3 1761 08158674 5

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

1 1
949

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 280.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ABRIL 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 24
no. 280-82

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

EL AÑO MUSICAL

(1911)

Música de Cámara.—La Sociedad Filarmónica: Obras y artistas.—Cuarteto Francés: Una sonata de Manzanares.—Cuarteto Español: Un cuarteto de Villar.—Concurso de Cuartetos.—Varios conciertos: Joaquín Larregla.

Música Sinfónica.—La orquesta Sinfónica de Madrid: Obras estrenadas.—Los dos festivales de la Asociación Wagneriana.

Música dramática.—El teatro Real: *Cristo en la fiesta de Purín*, de Giannetti; *Resurrección de Alfano*, *Tristan e Iseo*, *El final de Don Alvaro*, de Conrado del Campo.—Saco del Valle.—Los demás teatros.

Varia.—El Conservatorio.—Conferencias musicales: Bretón, Villar, Salvador y Roda.—Conciertos en el Ateneo y en el Círculo de Bellas Artes.—Concursos musicales: La Misa de Conrado del Campo.—Homenajes a Pedrell y a Bretón.—Publicaciones.—Necrología.—El arte español en el extranjero.

La Música en Provincias.—Barcelona: Conciertos corales, sinfónicos y de cámara.—San Sebastián, Bilbao, las Sociedades filarmónicas.

Los conciertos del décimo año de la Sociedad Filarmónica Madrileña estuvieron a cargo de los Cuartetos Rosé (de Viena) y Klingler (de Berlín), de Kreisler y Bauer (violín y piano), de los pianistas Risler y Lhévinne, y de la soprano María Luisa Debogis.

El éxito de esta última no fué tan franco ni tan general como en la temporada anterior. En sus conciertos (21, 23 y 25 de Noviembre de 1910) tocó el repertorio antiguo y moderno, desde las arias de Lully y Rameau, hasta las melo-

días de Debussy; desde las antiguas canciones francesas del siglo XVIII, hasta los apuntes pintorescos de Max Reger. Es lástima que esta literatura del *lied* no arraigue más rápidamente entre nosotros. Sin ella, sin comprenderla, ni es posible penetrar en la esencia del drama lírico, ni pasar en la apreciación de la música vocal, del lado puramente externo, de belleza sonora. Nuestro público, oyendo cantar siempre en un idioma extraño, no dando importancia a la letra, ha ido haciéndose juez peritísimo en pescar entonaciones poco justas cuando se trata del registro agudo, y en contrastar la pureza y morbidez del sonido. En fuerza de oir cantantes italianos de buen mecanismo vocal, no transige con lo que no traiga como condición primera ese refinamiento de técnica laríngea. María Luisa Debogis pasa en Alemania—o cuando menos así lo afirma la crítica—por partir en la interpretación del *lied*, de la belleza sonora, para buscar, mediante ella, la expresión característica, y sin embargo, para nosotros, habituados al perfecto mecanismo de las tiples ligeras, era imposible dejar de echar de menos en algunas obras, como en *Rossignols amoureux*, de Rameau, esa perfección en los trinos, picados, ligados y ecos de las que se perfeccionaron en la escuela italiana.

En los *lieder* que ante todo requieren solemnidad y potencia de voz, como *La gloria de Dios en la Naturaleza*, y el canto de entusiasmo en *Amor y vida de mujer*, de Schumann, quizá se echen de menos en ella esas condiciones; quizá también en esos cantos íntimos de Brahms, fuera de desear un sentimiento más profundo; pero en lo pintoresco, en lo gracioso, en lo amable, en lo poético, en lo sentimental, en todo aquello que constituye los componentes de un alma de mujer moderna, más equilibrada que exaltada, las interpretaciones de la Debogis pareciéronme un encanto. Encantadoras aquellas canciones francesas del siglo XVIII de perversión inocente, de candidez deliciosa, donde todo es sencillo, donde la pasión deja el puesto al discreteo amable; encantadora en *La Violeta*, de Mozart, donde el alma de Goethe parece haber vivido en el alma

de la flor; encantadora en las leyendas de *Loreley* y del *Rey de los Alisos,* con la sugestión que pone en la voz del fantasma; encantadora en el *Wohin?* de Schubert, ligero y gracioso; encantadora, en fin, en el aria de Lully, en el delicioso *Matrimonio de las rosas,* de César Franck, en las melodías de Debussy, y en los *lieder* de Max Reger—*Cuando florece el tilo,* y *Creo, amor mío*—dos picarescos apuntes, vistos á traves de un humorismo alemán.

Los Cuartetos Rosé y Klingler parecían personificar el tipo de las dos capitales, Viena y Berlín. El Rosé, siempre fino, elegante, distinguido, revistiéndolo todo de un encanto sonoro, transformándose a cada obra, adaptándose a todos los estilos; el Klingler, más rudo, más brusco, más varonil, yendo a buscar siempre una profundidad de sentimiento, una emoción honda que cantar. Mientras el Cuarteto Rosé da la impresión de haberse puesto a estudiar las obras, cuando nada le quedaba por aprender en la técnica de los instrumentos, el Klingler da la de haber estudiado siempre en un sentimiento intensamente emotivo, y hasta como si hubiera aligerado los trabajos preparatorios en su deseo de llegar pronto a la emoción. De aquí que no sepa yo preferir en Rosé ninguna obra determinada de las que ejecutó en sus tres conciertos del 9, 11 y 13 de Enero; que, desde el punto de vista de la interpretación, no sepa ni señalar como punto culminante el delicioso cuarteto de Haydn obra 3, núm. 5, con el alarde de pianísimo que hizo en la aminuetada serenata del andante, o el cuarteto de Brahms en *si* bemol, o el colosal cuarteto en *do* sostenido menor, de Beethoven, que, tocado de un solo aliento, sin la menor pausa, mantuvo la emoción del público durante los cuarenta y cinco minutos que dura, y aun hizo correr un estremecimiento general en el momento de atacar con fantástica y demoníaca furia el alegro final de obra tan estupenda. De aquí también que en el Klingler vayan mis preferencias hacia lo hondo y lo intensamente emotivo, a los cuartetos de Brahms y de la última época de Beethoven; que en su Haydn no vea yo mi Haydn jovial, ale-

gre, con su atildada peluca, que en todas las obras me parezca como si las vieran á traves de grandes sufrimientos y dolores.

En sus tres conciertos (6, 8, 10 de Marzo) sólo estrenó el Cuarteto Klinger una obra moderna, el cuarteto en *re* bemol, obra 15 de Ernst von Dohnanyi, el pianista húngaro a quien habíamos aplaudido el año anterior en su colaboración con Vecsey. Es encantador, de gran solidez técnica. El ritmo del *presto* se impone desde el comienzo con su fuerza, su originalidad y su fantasía. Interno a veces, pintoresco otras, es la obra de un compositor y de un poeta.

Kreisler y Bauer dieron tres sesiones de sonatas de violín y piano, los días 18, 20 y 22 de Abril. Con razón pasa Kreisler por ser hoy la primera figura entre los violinistas. Todo en él es serio, depurado, impasable. A su gran maestría en la técnica y en la dicción, une la admirable musicalidad, la gran conciencia de un verdadero artista. Bauer era muy conocido entre nosotros en su bien ganada reputación de artista serio y de primera fila. Ambos se fundían bien, aunque sin esa compenetración de los que a diario se estudian y se adivinan; pero tanto el uno como el otro, quizá por temperamento, quizá por el repertorio que más intensamente cultivan, son más propensos a la gracia, a la finura, a la poesía, que a penetrar en profundidades de emoción. De aquí que sus mayores éxitos, que donde arrebatara al público fuera en esas obras de insuperable elegancia, como la *Fantasía* de Schubert, o en aquellas otras donde el sentimiento poético resalta con cierta expansión.

Lhévinne actuó como pianista en los conciertos de la Debogis, ya citados. Ideal intérprete de Chopin y de Mendelssohn, nos dió a conocer algunas obras de la moderna escuela rusa (Borodin, Liadoff, Scriabin, Balakireff), en las que predomina el elemento pintoresco, y un arreglo de la célebre *Chacona,* de Bach, para violín solo, hecha por Bussoni, quien ha conseguido al trasladar al piano la célebre obra de Bach,

dar la impresión de que está pensada, hecha y escrita para este instrumento.

Risler también nos trajo novedades, entre ellas, tres, o por mejor decir, dos, de verdadera importancia: la Sonata de Dukas y las treinta y tres variaciones de Beethoven sobre un vals de Diabelli. Pocas obras modernas de piano han despertado tanto interés, ni ocupado tan hondamente a la crítica como la Sonata de Paul Dukas. El célebre crítico y compositor francés, sólo de tarde en tarde produce alguna obra; pero cuando las lanza al público, cuando las deja oir, van revestidas de un trabajo de depuración tan grande, tan concienzudo, llevan ya de tal manera el sello de su personalidad, que su aparición determina un movimiento de curiosidad y de interés en el público, movimiento rara vez defraudado por el compositor. Además Dukas, parece como si se complaciera en intentar a cada nueva obra una dirección distinta. Su *Aprendiz de brujo,* miraba a lo pintoresco; en sus *Variaciones* y en su *Sonata,* al espíritu de Beethoven, de Brahms y de César Franck; en su *Ariana y Barba Azul*, al drama lírico. No creo que haya necesidad de repetir que la *Sonata* es obra de arte elevado, de infatigable aspiración de belleza. Sus grandes proporciones, la elevación de su pensamiento, el acierto con que el autor desciende de la idea motriz a las líneas generales, de éstas a los grupos temáticos, y de ellos al detalle, conservando siempre el tranquilo dominio de su pluma, sólo pueden apreciarse en una interpretación tan perfecta y tan intensa como la que Risler nos dió. En la obra me parece notar una dirección constantemente acusada de la complicación a la sencillez. Me parecía sentir en los dos primeros tiempos, en el primero, sobre todo, un afán de tormento armónico, como si después de escrito en una armonía más sencilla lo hubiera complicado el autor en el deseo de presentar la obra más trabajada y original. La evolución de la obscuridad a la luz, que noto como característica, parece dar el triunfo en esta obra, como en tantas otras, a la claridad y a la sencillez. El final, el tiempo más claro, el

más sencillo, el más luminoso, es también el que produce emoción más honda y más intensa, el que más se acerca por su espíritu a Beethoven, a Brams y a Franck.

¿Qué decir de las admirables *Variaciones* de Beethoven sobre un vals de Diabelli? Hijas de una broma, de una humorada del compositor, comienzan tratando el vulgar y amanerado vals de Diabelli con sus características rosalías, en tonos alegres, como inspirados por una sonrisa; pero, poco a poco, Beethoven va encariñándose con las melodías, con los pensamientos musicales que brotan de su pluma, y llega un momento en que la sonrisa desaparece de sus labios, en que su alma se eleva a las regiones de donde descendieron las últimas sonatas y los últimos cuartetos, y lo que había comenzado siendo un juego, conviértese en idealismo puro, en substancia espiritual, en algo que sólo Beethoven supo pensar, sentir y legar al mundo.

Otra obra importante que nos hizo oir Risler fué su transcripción del *Till Eulenspiegel*, de Strauss. De la obra no he de hablar; de la transcripción sólo indicaré que está hecha más bien por un compositor que por un pianista, mirando al interés y espíritu del poema, sin preocuparse para nada de las dificultades mecánicas.

Las Sociedades españolas de música de cámara dieron en Madrid pocos conciertos. La de Instrumentos de viento no dió ninguno; el Cuarteto Francés dió cuatro; el Español, dos.

En los programas del Cuarteto Francés sólo figuró una obra española, la Sonata en *fa* sostenido menor, de Jacinto Manzanares. No suelen distinguirse las obras de este joven compositor, por lo complicado de su trabajo técnico ni por sus vuelos hacia grandes alturas. Su característica suele ser la sencillez, la ingenuidad y la inocencia del pensamiento, la fina nota de una poesía delicada. En la sonata mira a Schumann, cuyo romanticismo apasionado ha sabido asimilarse bien en el primer tiempo, el mejor de la obra, para mi gusto. La romanza la encuentro menos original y elevada, aun con la

nota de poesía de su final con sordina: el *allegro* final, a lo Schumann, es el tiempo que menos me agrada. Bien ejecutada por los Sres. Guervós y Francés, fué acogida con aplausos y elogios.

El joven Cuarteto Vela sufrió este año una nueva transformación. El Sr. Vela marchóse a París, y sus compañeros eligieron como primer violín a D. Abelardo Corvino, cambiando el nombre del Cuarteto Vela por el de Cuarteto Español. Antes de presentarse al público han trabajado mucho, para lograr en poco tiempo esa homogeneidad, ese equilibrio, esa ponderación, tan indispensables en todo conjunto musical. Quizá ese refinamiento del detalle, ese deseo de hacerlo oir todo, los lleva a una cierta lentitud en los movimientos, y a exagerar la tendencia al piano y al pianísimo; pero de todos modos, desde su presentación en esta nueva forma, cautivaron al público con lo esmerado y exquisito de su trabajo y su preparación. Como el Cuarteto Francés, sólo nos dieron a conocer una obra de autor español: el que figuraba en el programa como *Primer cuarteto* de R. Villar. Prefiero las *Canciones leonesas* de este compositor al cuarteto. En aquéllas, la poesía de la melodía popular está hábilmente realzada por una armonía distinguida, esfumada, vaga, que alía a maravilla con la poesía de las sierras leonesas. En el cuarteto esa poesía sólo existe en la presentación de los temas: lo demás da la impresión de un trabajo poco sincero, poco espontáneo, de empleo de procedimientos, sin otra finalidad que la del procedimiento mismo, de imitaciones de Grieg, de una rapsodia más bien pensada que sentida. La obra fué aplaudida.

No debo terminar esta parte relativa a los Cuartetos sin indicar que, por virtud del nuevo Reglamento de Exposiciones, se celebró al mismo tiempo que la Exposición de Arte Decorativo, un concurso para premiar un cuarteto (composición), y un Cuarteto (agrupación instrumental). En el primero triunfó D. Conrado del Campo; en el segundo, al que se presentaron los Cuartetos Español y Francés, obtuvo el premio el prime-

ro de éstos, siendo propuesto el Francés para una condecoración.

Aparte de los conciertos de la Filarmónica, no nos visitó más solista extranjero que Borschke, de quien hablé el año anterior. En cambio hemos tenido a tres pianistas españoles: a María Luisa Ponsa, a Carmencita Pérez y a Joaquín Larregla. La primera dió dos conciertos en el teatro Español, los días 16 y 18 de Mayo, ejecutando en ellos, entre otras obras, cuatro de Albéniz, y la *Serenata andaluza* de Malats; Carmencita Pérez, la precoz artista de quien hablé el año pasado, nos encantó de nuevo con su concierto en el Príncipe Alfonso, el 19 de Abril; Joaquín Larregla, el célebre pianista y compositor navarro, dió tres (13 de Febrero, 11 y 13 de Diciembre), principalmente dedicados a sus obras, pertenecientes todas a los géneros de salón y de concierto, algunas de las cuales, como el *Minué de las Rosas*, *Bella Mimosa*, *Tarantela*, *Jota Navarra*, etc., gozan de gran popularidad en España y fuera de ella. Inútil es decir que estos últimos conciertos estuvieron muy concurridos, y que los aplausos no cesaron durante la ejecución del programa.

*
* *

Como en años anteriores, la Orquesta Sinfónica, única que en Madrid existe hoy, sólo dió seis conciertos en el teatro Real, bajo la dirección del maestro D. Enrique Fernández Arbós.

Estrenó en ellos la leyenda sinfónica *Sadko*, de Rimsky-Korsakoff; el preludio de la Cantata 29 de Bach; un Coral y fuga, y algún otro arreglo del mismo compositor, y dos obras españolas, premiadas en el anterior Concurso musical: la *Leyenda*, de Manrique de Lara, y un poema sinfónico de Arregui. El resto de los programas se basaba en el repertorio que todos los años oímos a esta orquesta.

La mayor parte de las obras de Bach que se ejecutaron eran adaptaciones, arreglos más ó menos hábilmente hechos: lo

original no necesita aquí de nuevos comentarios. En la enorme producción de Bach descuellan, como cimas de sus grandes obras, la misa en *si* menor, las *Pasiones*, algunas cantatas, y aunque todo lleve el sello de su genio, lo mismo cuando se eleva á alturas de fe religiosa, que cuando desciende a la sonrisa y a las gracias del estilo galante, sólo en un estudio de análisis podríanse pesar y medir las cualidades y bondad de lo que entra en la masa de su producción. Cualquier joyita de estas firmada por otro nombre, bastaría a hacer una reputación; entre el caudal de Juan Sebastián, son números, unidades que carecen de realce.

El nombre de Rimsky-Korsakoff se extiende y se populariza más cada día, principalmente entre el público francés é inglés. Quizá se deba esta preferencia a la tan marcada que los franceses tienen por el color, interesándoles más la manera de decir las cosas que las cosas mismas; quizá éntre también como factor de esta expansión la rivalidad del arte francés con el alemán, más que por parte del público, por las clases directoras artísticas... De todos modos, el hecho es que en Francia, si reciben con semblante hosco y pluma agresiva los nombres de Brahms, de Mahler, de Bruckner y aun de Strauss, abren los brazos ante Mussorgsky, Rimsky-Korsakoff y Borodin. *Sadko* es una nota de color, fina, interesante, pintoresca: desgraciadamente, la única ejecución que oímos se resistía bastante de falta de preparación, y una nota de color, sin color, apenas puede estimarse.

El poema sinfónico de Arregui está inspirado en el cuento de Andersen, *Historia de una madre*. El autor va a recrearse en los momentos más musicales de la narración, con sinceridad encantadora, tocando discretamente alguna nota que, dado el tono del poema, pudiera resultar un tanto peligrosa. No disimula su admiración por Strauss en la primera escena, análoga a la que da principio a *Muerte y transfiguración*; pero aun en estos momentos no se detiene en la imitación servil, y sabe dar una nota de poesía íntima, sentida. Quizá peca el poe-

ma de exceso de dimensiones para una primera audición; pero el público lo acogió con gran aplauso, e hizo salir al autor repetidas veces al proscenio.

La Orquesta Sinfónica tomó parte también en los dos festivales que organizó la naciente Asociación Wagneriana de Madrid: el primero en el teatro de la Princesa, el segundo en el teatro Real.

Componían el programa del de inauguración, una biografía de Wagner, escrita y leída por el Vicepresidente de la Sociedad, D. Valentín de Arin; una amenísima charla, en la que D. Félix Borrell, quien siempre ocupó el primer puesto en la defensa y propaganda de las obras de Wagner, nos contó las fases por las que fué pasando la aclimatación del wagnerismo en Madrid, las decepciones, las luchas, los primeros éxitos, el triunfo definitivo; y un programa donde, al lado de los cinco cantos que Wagner escribió sobre las poesías de su amada, figuraban el *Idilio de Sigfrido*, *Los encantos del Viernes Santo* y el preludio de *Los Maestros*.

El segundo festival nos dió a conocer, además de la Obertura de *Fausto* y de algunos fragmentos del *Buque fantasma*, todo el segundo cuadro del primer acto de *Parsifal*, con voces. Dirigía la orquesta el maestro Rabl, y tanto él, como los solistas, los coros y la orquesta, alcanzaron un éxito fervoroso, debido quizá, más que a ellos, a la mística y enorme emoción de ese momento, uno de los más grandes que han brotado del sentimiento wagneriano. Injusto fuera no agregar una nota más en elogio de Challis, por la honda emoción con que recitó su parte.

El coro que tomó parte en esta audición fué el de la Capilla Isidoriana, que, como todos los años, consagró la mayor parte de su trabajo a la música religiosa, dando en la Semana Santa hermosas audiciones de las obras de los polifonistas en los oficios que se celebraron en la Catedral.

*
* *

El teatro Real ofreció, en las dos medias temporadas encerradas dentro del año 1911, el mismo desfile de cantantes exigido por el abono y contratado por la Empresa; desfile en el que, al lado de nombres tan ilustres en la historia del canto italiano como la Storchio, Anselmi, etc., figuran, como es natural, otros no tan preclaros ni esplendentes.

Se estrenaron para nuestro público cuatro óperas, dos italianas, una de Wagner y una de un compositor español. De las dos primeras diré muy poco. Titúlanse *Cristo en la fiesta de Purín*, del maestro Gianneti, y *Resurrección*, del maestro Alfano. El autor de la primera, peina canas, ha sido en estos años últimos maestro concertador y director de orquesta en el teatro Real, y justo era que subiese a la escena en calidad de autor, recompensando así el celo y el trabajo que ha puesto al servicio de nuestro único teatro lírico durante varias temporadas. El autor de la segunda es un muchacho por su aspecto, casi un adolescente; su obra dicen que había triunfado en varios teatros de Italia y de fuera de ella. Yo confieso que no la había visto aparecer entre periódicos y Revistas con los fulgores del éxito, y que más bien atribuí su presentación en el teatro Real a exigencias industriales de alguna casa editorial. Ambas obras están bien: son fruto de compositores; pero ni la una ni la otra despiertan la emoción de la verdadera obra de arte: ni la impresión profunda del genio, ni el cosquilleo estético del triunfador Puccini. Ambas miran a este favorito de los públicos italiano y no italiano; *Cristo* más de lejos, en un ponderado selecticismo; *Resurrección*, más de cerca, como si Alfano buscara en la luz puchinesca el foco donde abrasarse.

No creo que sea esta ocasión para repetir lo que tantas veces se ha dicho de *Tristán*. La literatura wagneriana es tan copiosa, son tantos los cerebros que sobre ella han discurrido, los ingenios que la han interpretado, los razonadores que la comentaron, que todo cuanto de ella se diga huele a tópico para el que esté algo versado en lecturas de esta índole. Además, si *Tristán* resultaba estreno en Madrid, para mí era

«una audición más», pues desde la vez primera que la oí han transcurrido muchos años, sin que durante ellos se enfríen mi entusiasmo ni mi interés.

La ejecución fué buena por parte de los dos protagonistas—Viñas y la Gagliardi;—muy distante de la poesía de otras audiciones, por parte de los demás. Viñas ve muy bien el personaje; quizá un poco frío, en los apasionados arrebatos del gran poema de dolor que encierra el acto tercero. La Gagliardi hace una Iseo meridional, caliente, vibrante; quizá no es tampoco el personaje que Wagner realizó, pero es su arte tan sincero, tan espontáneo, va tan bien con su voz cálida y su acción de un país de sol, que aun el más descontentadizo se siente avasallado por esa hermosa fusión, por la compenetración completa de todos los factores que integran su realidad escénica. Como antes indico, ni los demás personajes, ni la orquesta, ni el director, dieron una nota que se aproximara a lo que otros teatros guardan como tesoro de tradición en la manera de ver esta obra: unos por preocuparse de las entonaciones sin hacer caso del espíritu, ni aun de vestir ni hacer el personaje; otros por encerrar la ejecución en una discreta lectura; el director por no ver en *Tristán* sino fuertes y pianos, sin nada íntimo, sin nada interno; sin apreciar, cuando más, sino efectos de brillantez y de caliente sonoridad.

La otra obra estrenada fué *El Final de Don Alvaro*, drama lírico español, letra del célebre poeta Carlos Fernández Shaw, ya fallecido, música de Conrado del Campo. Mientras las obras italianas que en el año se estrenaron, llegaron a la escena después de una preparación cuidada, amparadas por artistas de renombre, al *Final de Don Alvaro* regateáronle ensayos y salió como de lástima, cuando sólo restaban dos o tres funciones para cerrar el teatro. No bastó el cariño que en la ejecución puso la orquesta, ni la buena voluntad de los cantantes: la obra fué insegura, sin dominar, sin que nadie estuviera en su puesto con esa serenidad tranquila, con ese desahogo que permite infundir la emoción. De aquí que a pesar del cariño con

que todos fuimos a oirla, apenas pudiéramos adivinar las bellezas, entreverlas a través del velo gris de la atención que ponían cantantes e instrumentistas en mantener el compás y recordar lo más bien hilvanado que aprendido; que los únicos momentos en que nos sentimos dentro de la obra, vibrando con el sentimiento del autor, fuese en las notas de delicada poesía, en las más sencillas y más aseguradas, en la canción que entona el labriego al terminar el acto primero, y en los coros pintorescos con que comienza el segundo. En lo demás, veíamos la depurada técnica del compositor, su anhelo de belleza, su pensamiento más sentimental que trágico; pero en estado de potencialidad, sin llegar al ser.

Gracias a la naciente Asociación Wagneriana de Madrid, nos dió la empresa del teatro Real *El Anillo de Nibelungo*, en cuatro miércoles consecutivos, agregando después un *Tristan*, cantado por Rousselière (quien apenas dominaba la obra) un *Lohengrin* y un *Tannhäuser*. Digno de mencionarse aquí, es el episodio ocurrido en una representación de *Tristan*. Enfermó el maestro que dirigía la orquesta un día en que ésta se había anunciado en los carteles. Próximo ya el momento de la representación, supo la empresa la enfermedad. No convenía suspender la representación, y todo hacía creer que sería imposible darla, cuando el joven maestro Arturo Saco del Valle se brindó a dirigirla sin previo ensayo. Sus arrestos, su confianza en sí mismo, más parecían propios de un osado inconsciente que de un artista que, aunque hubiese estudiado la obra, sólo lo había oído en las dos o tres representaciones que llevaba en Madrid. Y, sin embargo, triunfó, triunfó por completo, y público, cantantes y orquesta, se unieron para tributarle una de las ovaciones más justas y más merecidas que ha escuchado la sala del teatro Real.

Y para terminar lo que a este teatro se refiere, sólo me resta añadir que, terminando con la temporada que corre el arriendo del teatro a la empresa actual, se anunció nuevo concurso, y que, ya dentro del mes de Enero de 1912, fué resuelto

en favor de los mismos actuales empresarios señores Calleja y Boceta.

De los demás teatros donde la música se cultiva, nada digno de mención arroja el balance del año. El género chico parece atravesar una crisis, quizá la misma que mató la tonadilla en los principios del siglo pasado. En el afán insaciable del público por la novedad, se estrenan y se estrenan obras, sin que, aun firmadas algunas por nombres ilustres, lleguen al arte de *La Revoltosa* o la *La Verbena de la Paloma*. La opereta vienesa es la que parece difundirse más, y ser más del agrado del público, siguiendo en esto la corriente europea. El empresario del teatro Eslava, Sr. Lleó, que ha hecho en él una sala nueva, limpia, coquetona, llena de luz, intentó al reabrir su teatro, volver a la zarzuela grande, dándonos *La Bruja*, del inolvidable Chapí; pero ante el desvío del público, tuvo que retirarla, y atraer espectadores con *La mujer divorciada*.

***

Pocos días después de cerrar *El año musical* anterior, fuí nombrado Director del Conservatorio. Reducido aquí a la tarea de mero cronista, y cuando más a una labor de crítica musical, pasaré rápidamente sobre los hechos principales que han ilustrado la historia externa del Conservatorio durante el año que acaba de transcurrir.

Se proveyeron durante el año, o mejor dicho, tomaron posesión de sus cargos en él, varios nombres ilustres en la historia del Arte español, figurando a la cabeza de ellos, el compositor tan elogiado en estas crónicas, D. Bartolomé Pérez Casas y los actores D. Enrique Sánchez de León y D. José Rubio; diéronse durante el año cuatro series de conferencias a los alumnos de Declamación por los señores Benavente y Palomero, y los críticos de Arte, señores Villegas y González, que firman con los seudónimos de *Zeda* y *Miquis*. D. Angel Menchaca explicó un curso breve de su nuevo sistema teórico-

práctico de notación musical, y los alumnos organizaron una serie de conferencias dadas por ellos mismos, entre las cuales resultaron particularmente interesantes aquellas en que los alumnos de Composición dieron a conocer sus obras.

Los concursos de fin de año, seguidos de la ya acostumbrada serie de primeros premios, revelaron a cinco artistas que, ojalá con el tiempo se hagan dignos de ese nombre: José Antonio Cubiles, de que ya hablé el año anterior, cuando disputó el premio Ortiz y Cusso a Carmencita Pérez; Francisco Fermín Fernández Ortiz, excelente discípulo del Sr. Fernández Bordas; la señorita Teresa Tellaeche, excelente *mezzo-soprano*, discípula del Sr. Tabuyo; una joven actriz, Sara Esteban, discípula de la Sra. Tubau; y una joven compositora, María Rodrigo.

Por vez primera se adjudicó el premio Sarasate, formado con la renta del capital que el insigne violinista navarro legó al Conservatorio: lo obtuvo por unanimidad el Sr. Fernández Ortiz; al premio Estela sólo se presentó el Sr Cubiles, e inútil parece decir que le fué adjudicado sin discrepancia.

El 13 de Setiembre publicó la *Gaceta* el Nuevo Reglamento con que el Ministro D. Amalio Gimeno ha dotado al Conservatorio. Su orientación marca dos direcciones: una la de corregir las deficiencias y defectos que todos censuraban en el Conservatorio, como, por ejemplo, limitar el número de premios que anualmente se concedían; otra, de índole más elevada, intensificando la enseñanza con el sistema de cursos paralelos adoptado en todos los Conservatorios de Alemania, Austria, Bélgica, etc. La explicación de toda esta reforma me llevaría muy lejos, aun limitándome a una sobria exposición.

Y para terminar la historia del año en el Conservatorio, sólo me resta indicar la gran protesta que contra mí se hizo. No fué con ocasión de mi nombramiento, sino poco después de publicar la *Gaceta* el Reglamento que había hecho el Ministro. Unos mil músicos protestaron de que yo estuviera al frente del Conservatorio, no siendo artista, ni profesional, habiendo dado pruebas de ser incapaz para el desempeño del cargo,

y perteneciendo por añadidura a la Junta de Gobierno de la Sociedad Filarmónica, que, según decían los exponentes, no contrata artistas españoles ni protege el arte español. La exposición fué entregada al Ministro, y publicada en la Prensa, donde ya habían aparecido varios artículos, no contra mi gestión, sino contra mi capacidad. Y nada más se ha vuelto a saber de este acto.

Dignas también de figurar en esta serie de noticias fueron las Conferencias de arte organizadas por el Ministerio de Instrucción Pública, conferencias en las que figuró la Música unida a los nombres de D. Tomás Bretón, D. Rogelio Villar, D. Miguel Salvador y al mío. Los Sres. Bretón y Villar trataron cuestiones del presente: el primero, de «La influencia de Wagner en la lírica dramática, y de la orientación del teatro lírico-dramático en España;» el segundo, de «Los músicos españoles contemporáneos». Más que conferencias de historia o de estética, fueron las cuatro que dieron los Sres. Bretón y Villar, exposición de pensamientos suyos, de proyectos, de cosas que debían hacerse para fomentar el cultivo de la música española y mejorar la condición de los compositores. Las dos conferencias de D. Miguel Salvador versaron sobre «la cultura de Bach en España», y tuvieron un verdadero carácter de pedagogía práctica, presentando la publicación íntegra de la *Bach-Gesellschaft,* y al lado de ellas otras ediciones de más fácil acceso, enseñando cómo deben manejarse, y la intensidad con que hoy se estudia a Bach en todas partes. Particularmente interesante fué el momento en que, dentro de su sistema de pedagogía práctica, leyó un párrafo del libro de Albert Swetzer sobre las influencias de ciertas obras en otras del cantor de Leipzig, y evacuó prácticamente al piano esas citas, haciendo ver el porqué de las operaciones del crítico.

Mis dos conferencias versaron sobre «La música profana en el reinado de Carlos I», y tuvieron, o al menos quise darles, un carácter de investigación. Cuanto más estudio esa época, más me enamora y me atrae, más sugestión ejerce sobre mí. Al

verla de cerca, casi no puede comprenderse el grado de adelanto que alcanzaron entonces nuestros músicos, sus atisbos, el progreso y el impulso que dió al arte la escuela de nuestros vihuelistas. Es preciso venir al siglo XVIII, y muchas veces al XIX, para encontrar la continuación de aquel impulso; perdido para España al sustituir el monacordio a la vihuela, perdido para el mundo, por él ningún interés que entonces inspiraba la música popular. Dormidos en los libros de cifra están aún todos los atrevimientos rítmicos y armónicos de nuestros vihuelistas: día llegará en que esos libros vean la luz y pueda admirar el mundo ese original período de la historia musical de nuestra patria.

La vida musical en el Ateneo fué bastante intensa. Henri Collet dió dos Conferencias (24 de Febrero y 10 de Marzo): la primera con carácter de divulgación wagneriana, y la segunda como delicado homenaje a Conrado del Campo, con ocasión del estreno del *Final de Don Alvaro*, de que antes se habló. Como concertistas ocuparon la cátedra D. V. Costa Nogueras, pianista (20 de Abril), ejecutando composiciones suyas, no del más alto valor; Isaura Mourille y el niño Damasito Ledesma (piano y violín); Manolito Fúnez, un pianista de diez años de edad (24 de Noviembre), artista precoz, de intuición clara, de grandísimas aptitudes, que más tarde dió otro concierto en el Conservatorio; y el guitarrista D. Daniel Fortea, quien dedicó su velada a la ejecución del repertorio de su maestro, D. Francisco Tárrega. Esta última velada tuvo como preludio una charla pintoresca y amena del Sr. García Sanchiz, presentándonos la visión del maestro soñador y poeta. Algunos otros conciertos más, que no reseño por no haber asistido a ellos, celebráronse en la «docta casa». Con carácter mixto de conferencia y concierto, merece especial mención la velada que dedicó el Vicepresidente de la Sección de Música, D. Miguel Salvador, a honrar la memoria de Listz, con ocasión de su centenario, auxiliado por la joven pianista Pilar Castillo, de ejecución poderosa y de sentimiento verdadero.

Otro centro que consagró especial atención a la Música fué el Círculo de Bellas Artes, no sólo con sus concursos y sus premios, ya iniciados en años anteriores, sino con una serie de Conciertos-conferencias, en los que tomaron parte el maestro Bretón, los Sres. Fernández Bordas, Guervós, etc.

De los concursos musicales ya he hablado al ocuparme en la música de cámará: el único premio pendiente aún de ser otorgado es el que se ha de adjudicar a la ópera en un acto. Y al hablar de concursos, justo es consignar el nuevo triunfo obtenido por D. Conrado del Campo en el abierto por la Sociedad Artístico-Musical de Socorros mutuos de Santa Cecilia, para premiar una gran misa, para solistas, coro y orquesta.

La misa fué ejecutada el día de la patrona de la música, y aunque resintiéndose la ejecución de no muy preparada, pudimos apreciar la conciencia y el sentimiento poético en que se había inspirado este infatigable trabajador, que, sólo en el año a que esta Crónica se refiere, nos había dado a conocer una ópera en dos actos, un cuarteto, una misa grande y aun ha presentado otra ópera al concurso pendiente de resolución.

Dos grandes homenajes a músicos españoles se celebraron en el año: uno al maestro Pedrell, organizado por el Orfeó Tortosí, con motivo de haber dado su nombre a una calle de Tortosa, y otro al maestro Bretón, organizado por sus admiradores, y celebrado con un almuerzo solemne. Ambos fueron justos y merecidos. Pedrell y Bretón son dos trabajadores infatigables, que han luchado mucho, que han extendido por Europa su nombre y su fama, y que, en el ocaso de su vida, se encuentran llenos de laureles, pero sin que la caprichosa fortuna les haya sonreído más que en el campo de la gloria. De Pedrell como compositor no puedo hablar, pues la lectura de sus obras dramáticas en una reducción de canto y piano es insuficiente para basar ni aun arriesgar una opinión; pero como divulgador, como apóstol de nuestro siglo de oro musical, como atleta luchando por que en el mundo se nos conociera y admirara, ningún elogio me parece digno del mérito de su trabajo·

Bretón es otro atleta; enamorado de la ópera española, predicándola sin cesar, trabajando por que llegue a ser, no descansa ni se fatiga, y, aunque hasta ahora la mayor gloria de su nombre vaya unida a géneros muy altos, aunque no los de su preferencia, a *La Dolores,* a *La Verbena de la Paloma*, a las *Escenas andaluzas*, todos anhelamos que esos triunfos queden oscurecidos por el que obtenga en su ideal: en la ópera española.

No sabría decir si relacionado con estos homenajes, si porque flote en la atmósfera un mayor cariño al arte español o por otras razones, es el caso que se nota en los músicos un movimiento de aliento, de deseo de crear un arte nuestro. En artículos, en mociones, en anhelos, palpita esa esperanza, y si hasta ahora se ha escrito más que se ha hecho, pronto, quizá, cesen los síntomas del ansia para emprender un camino más práctico: el camino de la acción.

Pocas publicaciones importantes se hicieron en el año: como notas sólo tengo las del precioso *Madrid-Musical*, con que el espiritual crítico Joaquín Fesser nos obsequia todos los años; los dos volúmenes de *Escritos Heortásticos*, publicados con ocasión del homenaje a Pedrell, los *Músicos contemporáneos* y las *Jornadas de arte*, de Pedrell, publicados por la librería Ollendorff, de París; una preciosa monografía, con el título de *Solo de gaita*, en la que se estudia a conciencia la historia de este instrumento, firmada por D. Ramón de Arana (*Pizzicato*); un original opúsculo de D. Enrique Sánchez, titulado *Stagno, Gayarre, Massini,* etc. En música sólo recuerdo los preciosos *Coins de Seville,* de Joaquín Turina; algunos *lieder* de Villar, y el nuevo volumen de las obras completas de Victoria (tomo VII), publicado por Pedrell en la casa Breitkopf und Haertel, de Leipzig.

La necrología del año arroja los fallecimientos de D. Salvador Giner y Vidal, célebre compositor valenciano, de quien he oído algunos lindos poemas sinfónicos, bien trazados, dejando ver en ellos un delicioso espíritu poético; D. Cleto Za-

bala, otro compositor de cierta nombradía en un tiempo; don Luis Arnedo, crítico y compositor; el cantante D. Justo Blasco, y algunos más, de menor relieve en la música española.

No he de repetir aquí lo que en años anteriores he apuntatado respecto de los artistas españoles en el extranjero. Sólo añadiré la gran importancia que este año dió la Catedral católica de Londres a la música española, en la Semana Santa; los conciertos de Arbós en Londres y en Moskoff; estos últimos con programas de nuestros compositores modernos—Pérez Casas, del Campo, Arregui, Albéniz y Arbós,—y el triunfo que en el Conservatorio de París obtuvo un joven violinista español, el Sr. Quiroga, a quien fué adjudicado el premio Sarasate, mucho menos importante por su cuantía que el del Conservatorio de Madrid.

***

La vida musical en provincias es cada vez más intensa y próspera.

Barcelona constituye un centro musical rival de Madrid, que si es inferior a nuestra capital en ciertos órdenes, nos sosobrepuja en mucho con su Palau de la Música Catalana y su célebre Orfeón.

Al hacer esta reseña de la vida musical española, tengo que valerme de noticias ajenas y de datos publicados en Revistas y periódicos; no extrañen, pues, los lectores que resigne la responsabilidad de los juicios, y aun que alguna vez incurra en involuntarias omisiones de bulto.

La temporada de Ópera en el Liceo no arroja, según mis datos, grandes novedades: dos ciclos del *Anillo,* y el fracaso de *La Wally,* parecen ser los acontecimientos de mayor relieve.

En cambio, el número y calidad de los conciertos sinfónicos y corales resulta enorme, comparado con el de Madrid: la Fiesta de la Música Catalana; la serie de conciertos de Cuaresma, dados por la Orquesta Sinfónica, de Barcelona, y el Or-

feón Catalán; los cinco de la Orquesta Sinfónica, de Madrid (uno menos de los que aquí oímos); el concierto Listz en el Palacio de Bellas Artes, y otros más, figurando entre las obras ejecutadas la *Misa en si menor*, de Bach, casi todos los poemas sinfónicos de Strauss, y otras muchas con coros, órgano y orquesta. Entre las obras de compositores catalanes estrenadas o ejecutadas en estos conciertos, conservo notas de las siguientes: *Agonia,* poema para voces mixtas, letra de Guimerá, música de Juan B. Lambert, de técnica interesante; la *Cansó de bressol,* de Sancho Marraco; *L'hereu Riera,* de Cumellas Ribó (dos cuadritos de género); el *Ave María*, de Morera; *Divendres Sant,* de Nicolau; una *Danza valenciana,* de Chavarri; la *Rondalla aragonesa*, de Granados; los *Gozos a la Virgen,* de Brudieu—el madrigalista catalán de tiempos de Felipe II,— y el *Prólogo* de *Los Pirineos,* de Pedrell, ejecutado por nuestra Orquesta Sinfónica y el Orfeón Catalán.

De concertistas y virtuosos que en Barcelona actuaron, citaré al Cuarteto Rosé, Bauer-Bordas, Wanda Londawska, Clara Sansoni, Vecsey, Risler, Alejandro Ribó y Blanca Selva. Mención aparte merecen dos conciertos organizados con ocasión de dos homenajes: uno, el del homenaje a Pedrell, compuesto de obras de maesto; otro, el de un cariñoso homenaje al pedagogo, compositor y pianista Enrique Granados, quien ejecutó gran número de sus obras, entre ellas las célebres *Goyescas*, encanto y admiración de cuantos las han oído. San Sebastián y Bilbao figuran inmediatamente después de Barcelona, por la actividad e importancia de su vida musical. San Sebastián no reduce su vida artística a los atractivos del Casino, donde a la ya tradicional serie de conciertos clásicos, han agregado este año una hermosa ejecución de la novena sinfonía de Beethoven, un Festival Wagner, y el desfile de algunos artistas tan conocidos como Pepito Arriola, Cortot, Hekking, Wanda Landowska, etc.; allí estrenaron la pastoral lírica *Mendi-Mendiyan*, de Power y Usandizaga, ya estrenada en Bilbao el año anterior, con gran éxito, e hicieron también

el *Manfredo,* de Schumann, precedido de una conferencia de Gascué.

Bilbao tampoco limita su actividad a su Sociedad Filarmónica, madre de todas las españolas; también allí tienen su orquesta y sus buenos coros. Con estos elementos diéronse algunas sesiones, y dieron obras como el *Stabat Mater,* de Ledesma, y como el primer acto (apremios de tiempo impidieron hacer la obra entera) de *Ortzuri,* letra y música de un sacerdote, D. Resurrección María de Azcué, quien fundiendo el arte popular con la técnica wagneriana, obtuvo un éxito completo.

Las Sociedades Filarmónicas, apóstoles de la música en España, trabajaron con la actividad acostumbrada. La Sinfónica de Madrid, el Cuarteto Rosé y la combinación Thibaud-Granados, visitaron la totalidad o la casi totalidad de ellas. Bilbao oyó además a Bordas-Cortot, Agnes Borgo, van Isterdael, Andrés Isasi, etc.; Oviedo y Gijón, llevaron con el Cuarteto Francés a la bella y excelente cantante Beatriz Ortega Villar, hoy retirada de la escena; al trío de damas francesas, Pepito Arriola, etc.; Zaragoza oyó a muchos artistas españoles, a Mariano Perelló y Ricardo Vives (violín y piano), a Carmencita Pérez, a la Srta. Beltrán de Tarragó y a la pianista italiana María Carreras, aplaudida también en otras Filarmónicas... Valencia, donde, gracias a la actividad musical de Chavarri, tantos conciertos se han organizado, fundó también su Sociedad Filarmónica, que ojalá prospere tanto como las del Norte, contribuyendo así a expansionar nuestra cultura.

Y ya que hablo de las Sociedades Filarmónicas, no quiero dejar de citar un artículo publicado este año en un periódico de Londres, en el *Daily Tellegraph.* El articulista debía de haber hablado con algunos artistas de los que nos visitan; y extrañado de la organización tan democrática y tan artística de nuestras Sociedades, ponderaba el mecanismo y bondad de su funcionamiento. Uno de sus párrafos decía así, sobre poco más o menos: «Nosotros hemos oído ahora al maravilloso Cuarteto Rosé. Pues bien, en León, una ciudad española donde

ninguna casa cuenta menos de dos siglos de antigüedad, donde se saltó del petróleo a la luz eléctrica, sin pasar por el gas, llevan ya varios años oyendo a ese cuarteto, en sus *tournées* por las Filarmónicas españolas.» Y un agente de conciertos me decía en Berlín el año pasado, que después de Alemania, España era el país más musical, donde la música se hallaba más extendida; pues si Madrid no tenía la potencia musical de París o de Londres, en cambio, Francia e Inglaterra sólo tenían un centro artístico, mientras España contaba con ocho o diez poblaciones que gustaran y apreciaran la buena música.

Y he aquí cómo vamos poco a poco haciendo arte y estableciendo esa doble corriente en la que se apoya toda sólida cultura: exportar lo que aquí producimos, conocer en casa lo que fuera brilla y ha adquirido sólida reputación. Los compositores y los músicos van realizando lo primero; las Sociedades Filarmónicas realizan lo segundo; ambos se completan, y ambas contribuyen a hacer la vida musical cada vez más sólida y potente.

CECILIO DE RODA

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

La disolución racional.

El gran maestro del fenomenalismo racionalista, David Hume, empieza su ensayo «Sobre la inmortalidad del alma», con estas definitivas palabras: «Parece difícil probar con la mera luz de la razón la inmortalidad del alma. Los argumentos en favor de ella se derivan comúnmente de tópicos metafísicos, morales o físicos. Pero es en realidad el Evangelio, y sólo el Evangelio el que ha traído a luz la vida y la inmortalidad.» Lo que equivale a negar la racionalidad de la creencia de que sea inmortal el alma de cada uno de nosotros.

Kant, que partió de Hume para su crítica, trató de establecer la racionalidad de ese anhelo y de la creencia que éste importa, y tal es el verdadero origen, el origen íntimo, de su crítica de la razón práctica, y de su imperativo categórico y de su Dios. Mas, a pesar de todo ello, queda en pie la afirmación escéptica de Hume, y no hay manera alguna de probar racionalmente la inmortalidad del alma. Hay, en cambio, modos de probar racionalmente su mortalidad.

Sería, no ya excusado, sino hasta ridículo, el que nos extendiésemos aquí en exponer hasta qué punto la conciencia individual humana depende de la organización del cuerpo, cómo

va naciendo, poco a poco, según el cerebro recibe las impresiones de fuera, cómo se interrumpe temporalmente, durante el sueño, los desmayos y otros accidentes, y cómo todo nos lleva a conjeturar racionalmente que la muerte trae consigo la pérdida de la conciencia. Y así como antes de nacer no fuimos ni tenemos recuerdo alguno personal de entonces, así después de morir no seremos. Esto es lo racional.

Lo que llamamos alma no es nada más que un término para designar la conciencia individual en su integridad y su persistencia; y que ella cambia, y que lo mismo que se integra se desintegra, es cosa evidente. Para Aristóteles era la forma sustancial del cuerpo la entelequia, pero no una sustancia. Y más de un moderno la ha llamado un epifenómeno, término absurdo. Basta llamarla fenómeno.

El racionalismo, y por éste entiendo la doctrina que no se atiene sino a la razón, a la verdad objetiva, es forzosamente materialista. Y no se me escandalicen los idealistas.

Es menester ponerlo todo en claro, y la verdad es que eso que llamamos materialismo no quiere decir para nosotros otra cosa que la doctrina que niega la inmortalidad del alma individual, la persistencia de la conciencia personal después de la muerte.

En otro sentido cabe decir que como no sabemos más lo que sea la materia que el espíritu, y como eso de la materia no es para nosotros más que una idea, el materialismo es idealismo. De hecho y para nuestro problema—el más vital, el único de veras vital,—lo mismo da decir que todo es materia, como que es todo idea, o todo fuerza, o lo que se quiera. Todo sistema monístico se nos aparecerá siempre materialista. Sólo salvan la inmortalidad del alma los sistemas dualistas, los que enseñan que la conciencia humana es algo sustancialmente distinto y diferente de las demás manifestaciones fenoménicas. Y la razón es naturalmente monista. Porque es obra de la razón comprender y explicar el universo, y para comprenderlo y explicarlo, para nada hace falta el alma como sustancia impere-

cedera. Para explicarnos y comprender la vida anímica, para la psicología, no es menester la hipótesis del alma. La que en un tiempo llamaban psicología racional, por oposición á la llamada empírica, ni es psicología, sino metafísica, y muy turbia, y no es racional, sino profundamente irracional, o más bien contrarracional.

La doctrina pretendida racional de la sustancialidad del alma y de su espiritualidad, con todo el aparato que la acompaña, no nació sino de que los hombres sentían la necesidad de apoyar en razón su incontrastable anhelo de inmortalidad y la creencia á éste subsiguiente. Todas las sofisterías que tienden a probar que el alma es sustancia simple e incorruptible, proceden de ese origen. Es más aún, el concepto mismo de sustancia, tal como lo dejó asentado y definido la escolástica, ese concepto que no resiste la crítica, es un concepto teológico enderezado a apoyar la fe en la inmortalidad del alma.

W. James, en la tercera de las conferencias que dedicó al pragmatismo en el Lowell Institute de Boston, en Diciembre de 1906 y Enero de 1907 (1), y que es lo más débil de toda la obra del insigne pensador norteamericano—algo excesivamente débil,—dice así: «El escolasticismo ha tomado la noción de sustancia del sentido común, haciéndola técnica y articulada. Pocas cosas parecerían tener menos consecuencias pragmáticas para nosotros que las sustancias, privados como estamos de todo contacto con ellas. Pero hay un caso en que el escolasticismo ha probado la importancia de la sustancia-idea tratándola pragmáticamente. Me refiero a ciertas disputas concernientes al misterio de la Eucaristía. La sustancia aparecería aquí con un gran valor pragmático. Desde que los accidentes de la hostia no cambian en la consagración y se ha convertido ella, sin embargo, en el cuerpo de Cristo, el cambio no puede ser más que de la sustancia. La sustancia del pan tiene que

(1) *Pragmatism, a new name for some old ways of thinking. Popular lectures on philosophy by William James*, 1907.

haberse retirado, sustituyéndola milagrosamente la divina sustancia sin alterarse las propiedades sensibles inmediatas. Pero aun cuando éstas no se alteran, ha tenido lugar una tremenda diferencia; no menos sino el que nosotros, los que recibimos el sacramento, nos alimentamos ahora de la sustancia misma de la divinidad. La noción de sustancia irrumpe, pues, en la vida con terrible efecto si admitís que las sustancias pueden separarse de sus accidentes y cambiar estos últimos. Y es ésta la única aplicación pragmática de la idea sustancia de que tenga yo conocimiento, y es obvio que sólo puede ser tratada en serio por los que creen en la *presencia real* por fundamentos independientes.»

Ahora bien; dejando de lado la cuestión de si en buena teología, y no digo en buena razón, porque todo esto cae fuera de ella, se puede confundir la sustancia del cuerpo—del cuerpo, no del alma—de Cristo con la sustancia misma de la divinidad, es decir, con Dios mismo, parece imposible que un tan ardiente anhelador de la inmortalidad del alma, un hombre como W. James, cuya filosofía toda no tiende sino a establecer racionalmente esa creencia, no hubiera echado de ver que la aplicación pragmática del concepto de sustancia a la doctrina de la transustanciación eucarística no es sino una consecuencia de su aplicación anterior a la doctrina de la inmortalidad del alma. Como en mi anterior ensayo expuse, el sacramento de la eucaristía no es sino el reflejo de la creencia en la inmortalidad; es, para el creyente, la prueba experimental mística de que es inmortal el alma y gozará eternamente de Dios. Y el concepto de sustancia nació, ante todo y sobre todo, del concepto de la sustancialidad del alma, y se afirmó éste para apoyar la fe en su persistencia después de separada del cuerpo. Tal es su primera aplicación pragmática y con ella su origen. Y luego hemos trasladado ese concepto a las cosas de fuera. Por sentirme sustancia, es decir, permanente en medio de mis cambios, es por lo que atribuyo sustancialidad a los agentes que fuera de mí, en medio de sus cambios, permanecen. Del

mismo modo que el concepto de fuerza, en cuanto distinto del movimiento, nace de mi sensación de esfuerzo personal al poner en movimiento algo.

Léase con cuidado, en la primera parte de la *Summa theologica* de Santo Tomás de Aquino, los seis artículos primeros de la cuestión LXXV, en que trata de si el alma humana es cuerpo, de si es algo subsistente, de si lo es también el alma de los brutos, de si el hombre es alma, de si ésta se compone de materia y forma, y de si es incorruptible, y dígase luego si todo aquello no está sutilmente enderezado a soportar la creencia de que esa sustancialidad incorruptible le permite recibir de Dios la inmortalidad, pues claro es que como la creó al infundirla en el cuerpo, según Santo Tomás, podía al separarlo de él aniquilarla. Y como se ha hecho cien veces la crítica de esas pruebas, no es cosa de repetirla aquí.

¿Qué razón desprevenida puede concluir el que nuestra alma sea una sustancia del hecho de que la conciencia de nuestra identidad—y esto dentro de muy estrechos y variables límites—persista a través de los cambios de nuestro cuerpo? Tanto valdría hablar del alma sustancial de un barco que sale de un puerto, pierde hoy una tabla que es sustituída por otra de igual forma y tamaño, luego pierde otra pieza y así una a una todas, y vuelve el mismo barco, con igual forma, iguales condiciones marineras, y todos lo reconocen por el mismo. ¿Qué razón desprevenida puede concluir la simplicidad del alma del hecho de que tengamos que juzgar y unificar pensamientos? Ni el pensamiento es uno, sino vario, ni el alma es para la razón nada más que la sucesión de estados de conciencia coordinados entre sí.

Es lo corriente que en los libros de psicología espiritualista, al tratarse de la existencia del alma como sustancia simple y separable del cuerpo, se empiece con una fórmula por este estilo: Hay en mí un principio que piensa, quiere y siente... Lo cual implica una petición de principio. Porque no es una verdad inmediata, ni mucho menos, el que haya en mí tal princi-

pio; la verdad inmediata es que pienso, quiero y siento yo. Y yo, el yo que piensa, quiere y siente, es inmediatamente mi cuerpo vivo con los estados de conciencia que soporta. Es mi cuerpo vivo el que piensa, quiere y siente. ¿Cómo? Como sea.

Y pasan luego a querer fijar la sustancialidad del alma, hipostasiando los estados de conciencia, y empiezan porque esa sustancia tiene que ser simple, es decir, por oponer, al modo del dualismo cartesiano, el pensamiento a la extensión. Y como ha sido nuestro Balmes uno de los espiritualistas que han dado forma más concisa y clara al argumento de la simplicidad del alma, voy a tomarlo de él tal y como lo expone en el cap. II de la Psicología de su *Curso de Filosofía Elemental*. «El alma humana es simple», dice, y añade: «Es simple lo que carece de partes; y el alma no las tiene. Supóngase que hay en ella las partes A, B, C.; pregunto: ¿Dónde reside el pensamiento? Si sólo en A están de más B y C; y por consiguiente, el sujeto simple A será el alma. Si el pensamiento reside en A, B y C, resulta el pensamiento dividido en partes, lo que es absurdo. ¿Qué serán una percepción, una comparación, un juicio, un raciocinio, distribuídos en tres sujetos?» Mas evidente petición de principio no cabe. Empieza por darse como evidente que el todo, como todo, no puede juzgar. Prosigue Balmes: «La unidad de conciencia se opone a la división del alma: cuando pensamos, hay un sujeto que sabe todo lo que piensa, y esto es imposible atribuyéndole partes. Del pensamiento que está en la A, nada sabrán B ni C, y recíprocamente; luego no habrá *una* conciencia de todo el pensamiento; cada parte tendrá su conciencia especial, y dentro de nosotros habrá tantos seres pensantes cuantas sean las partes.» Sigue la petición de principio; supónese, porque sí, sin prueba alguna, que un todo como todo no puede percibir unitariamente. Y luego Balmes pasa a preguntar si esas partes A, B, C son simples ó compuestas, y repite al argumento hasta venir a parar a que el sujeto pensante tiene que ser una parte que no sea todo, esto es, simple. El argumento se basa, como

se ve, en la unidad de apercepción y de juicio. Y luego trata de refutar el supuesto de apelar a una comunicación de las partes entre sí.

Balmes, y con él los espíritualistas *a priori* que tratan de racionalizar la fe en la inmortalidad del alma, dejan de lado la única explicación racional: la de que la apercepción y el juicio son una resultante, la de que son las percepciones o las ideas mismas componentes las que se concuerdan. Empiezan por suponer algo fuera y distinto de los estados de conciencia que no es el cuerpo vivo que los soporta, algo que no soy yo, sino que está en mí.

El alma es simple, dicen otros, porque se vuelve sobre sí toda entera. No, el estado de conciencia A, en que pienso en mi anterior estado de conciencia B, no es este mismo. O si pienso en mi alma, pienso en una idea distinta del acto en que pienso en ella. Pensar que se piensa, y nada más, no es pensar.

El alma es el principio de la vida, dicen. Sí; también se ha ideado la categoría de fuerza o de energía como principio del movimiento. Pero eso son conceptos, no fenómenos, no realidades externas. El principio del movimiento, ¿se mueve? Y sólo tiene realidad externa lo que se mueve. ¿El principio de la vida vive? Con razón escribía Hume: «Jamás me encuentro con esta idea de mí mismo; sólo me observo deseando u obrando o sintiendo algo.» La idea de algo individual, de este tintero que tengo delante, de ese caballo que está a la puerta de casa, de ellos dos y no de otros cualesquiera individuos de su clase, es el hecho, el fenómeno mismo. La idea de mí mismo soy yo.

Todos los esfuerzos para sustantivar la conciencia, haciéndola independiente de la extensión—recuérdese que Descartes oponía el pensamiento a la extensión,—no son sino sofísticas argucias para asentar la racionalidad de la fe en que el alma es inmortal. Se quiere dar valor de realidad objetiva a lo que no la tiene; a aquello cuya realidad no está sino en el pensamiento. Y la inmortalidad que apetecemos es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de esta vida.

La unidad de la conciencia no es para la psicología científica—la única racional—sino una unidad fenoménica. Nadie puede decir que sea una unidad sustancial. Es más aún, nadie puede decir que sea una sustancia. Porque la noción de sustancia es una categoría no fenoménica. Es el número, y entra, en rigor, en lo inconocible. Es decir, según se le aplique. Pero en su aplicación trascendente es algo en realidad inconocible y en rigor irracional. Es el concepto mismo de sustancia lo que una razón desprevenida reduce a un uso que está muy lejos de aquella su aplicación pragmática a que James se refería.

Y no salva esta aplicación el tomarla idealísticamente, según el principio berkelayano de que ser es ser percibido, *esse est percipi*. Decir que todo es idea o decir que todo es espíritu, es lo mismo que decir que todo es materia o que todo es fuerza, pues si siendo todo idea o todo espíritu este diamante es idea o espíritu, lo mismo que mi conciencia no se ve, porque no ha de persistir eternamente el diamante, si mi conciencia, por ser idea o espíritu, persiste siempre.

Jorge Berkeley, obispo anglicano de Cloyne y hermano en espíritu del también obispo anglicano José Butler, quería salvar como éste la fe en la inmortalidad del alma. Desde las primeras palabras del Prefacio de su «Tratado referente a los principios del conocimiento humano» (*A treatise concerning the Principles of human Knowledge*), nos dice que este su tratado le parece útil, especialmente para los tocados de escepticismo o que necesitan una demostración de la existencia e inmaterialidad de Dios y de la inmortalidad natural del alma. En el capítulo CXL establece que tenemos una idea o más bien noción del espíritu, conociendo otros espíritus por medio de los nuestros, de lo cual afirma redondamente, en el párrafo siguiente, que se sigue la natural inmortalidad del alma. Y aquí entra en una serie de confusiones basadas en la ambigüedad que al término noción da. Y es después de haber establecido casi por *per saltum* la inmortalidad del alma, porque ésta no es pasiva, como los cuerpos, cuando pasa en el capítulo CXLVII

a decirnos que la existencia de Dios es más evidente que la del hombre. ¡Y decir que hay quien, a pesar de esto, duda de ella!

Complicábase la cuestión porque se hacía de la conciencia una propiedad del alma, que era algo más que ella, es decir, una forma sustancial del cuerpo, originadora de las funciones orgánicas todas de éste. El alma no sólo piensa, siente y quiere, sino mueve al cuerpo y origina sus funciones vitales; en el alma humana se unen las funciones vegetativa, animal y racional. Tal es la doctrina. Pero el alma separada del cuerpo no puede tener ya funciones vegetativas y animales.

Para la razón, en fin, un conjunto de verdaderas confusiones.

A partir del Renacimiento y la restitución del pensamiento puramente racional y emancipado de toda teología, la doctrina de la mortalidad del alma se restableció con Alejandro Afrodisiense, Pedro Pomponazzi y otros. Y en rigor, poco o nada puede agregarse a cuanto Pomponazzi dejó escrito en su *Tractatus de inmortalitate animae*. Esa es la razón, y es inútil darle vueltas.

No ha faltado, sin embargo, quienes hayan tratado de apoyar empíricamente la fe en la inmortalidad del alma, y ahí está la obra de Frederic W. H. Myers sobre la personalidad humana y su sobrevivencia a la muerte corporal. *Human personality and its survival of bodily death*. Nadie se ha acercado con más ansia que yo a los dos gruesos volúmenes de esta obra, en que el que fue alma de la Sociedad de Investigaciones psíquicas—*Society for Psychical Research*—ha resumido el formidable material de datos, sobre todo género de corazonadas, apariciones de muertos, fenómenos de sueño, telepatía, hipnotismo, automatismo sensorial, éxtasis, y todo lo que constituye el arsenal espiritista. Entré en su lectura, no sólo sin la prevención de antemano que a tales investigaciones guardan los hombres de ciencia, sino hasta prevenido favorablemente, como quien va a buscar confirmación a sus más íntimos anhelos; pero por esto la decepción fue mayor. A pesar del aparato

de crítica, todo eso en nada se diferencia de las milagrerías medievales. Hay en el fondo un error de método, de lógica.

Y si la creencia en la inmortalidad del alma no ha podido hallar comprobación empírica racional, tampoco le satisface el panteísmo. Decir que todo es Dios, y que al morir volvemos a Dios, mejor dicho, seguimos en Él, nada vale a nuestro anhelo; pues si es así, antes de nacer, en Dios estábamos, y si volvemos al morir adonde antes de nacer estábamos, el alma humana, la conciencia individual, es perecedera. Y como sabemos muy bien que Dios, el Dios personal y conciente del monoteísmo cristiano, no es sino el productor, y sobre todo, el garantizador de nuestra inmortalidad, de aquí que se dice, y se dice muy bien, que el panteísmo no es sino un ateísmo disfrazado. Y yo creo que sin disfrazar. Y tenían razón los que llamaron ateo a Spinoza, cuyo panteísmo es el más lógico, el más racional. Ni salva al anhelo de inmortalidad, sino que lo disuelve y hunde, el agnosticismo o doctrina de lo inconocible, que cuando ha querido dejar a salvo los sentimientos religiosos ha procedido siempre con la más refinada hipocresía. Toda la Primera Parte, y sobre todo, su capítulo V, el titulado «Reconciliación»—entre la razón y la fe, o la religión y la ciencia se entiende—de los *Primeros Principios* de Spencer es un modelo, a la vez que de superficialidad filosófica y de insinceridad religiosa, del más refinado *cant* británico. Lo inconocible, si es algo más que lo meramente desconocido hasta hoy, no es sino un concepto puramente negativo, un concepto de límite. Y sobre eso no se edifica sentimiento ninguno.

La ciencia de la religión, por otra parte, de la religión como fenómeno psíquico individual y social sin entrar en la validez objetiva trascendente de las afirmaciones religiosas, es una ciencia que, al explicar el origen de la fe en que el alma es algo que puede vivir separado del cuerpo, ha destruído la racionalidad de esta creencia. Por más que el hombre religioso repita con Schleiermacher: «la ciencia no puede enseñarte nada, aprenda ella de ti», por dentro le queda otra.

Por cualquier lado que la cosa se mire, siempre resulta que la razón se pone enfrente de ese nuestro anhelo de inmortalidad personal, y nos lo contradice. Y es que en rigor la razón es enemiga de la vida.

Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte como a la estabilidad de memoria. Lo vivo, lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es, en rigor, ininteligible. La lógica tira a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se nos ocurra. Y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su sér. Mi idea de Dios es distinta cada vez que la concibo. La identidad, que es la muerte, es la aspiración del intelecto. La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. Para analizar un cuerpo, hay que menguarlo o destruirlo. Para comprender algo, hay que matarlo, enrigidecerlo en la mente. La ciencia es un cementerio de ideas muertas, aunque de ellas salga vida. También los gusanos se alimentan de cadáveres. Mis propios pensamientos, tumultuosos y agitados en los senos de mi mente, desgajados de su raíz cordial, vertidos a este papel y fijados en él en formas inalterables, son ya cadáveres de pensamientos. ¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. ¿Y la verdad? ¿Se vive o se comprende?

No hay sino leer el terrible *Parménides* de Platón, y llegar a su conclusión trágica de que «el uno existe y no existe, y él y todo lo otro existen y no existen, aparecen y no aparecen en relación a sí mismos, y unos a otros». Todo lo vital es irracional, y todo lo racional es anti-vital, porque la razón es esencialmente escéptica.

Lo racional, en efecto, no es sino lo relacional; la razón se limita a relacionar elementos irracionales. Las matemáticas son la única ciencia perfecta en cuanto suman, restan, multi-

plican y dividen números, pero no cosas reales y de bulto; en cuanto es la más formal de las ciencias. ¿Quién es capaz de extraer la raíz cúbica de este fresno?

Y, sin embargo, necesitamos de la lógica, de este poder terrible, para trasmitir pensamientos y percepciones y hasta para pensar y percibir, porque pensamos con palabras, percibimos con formas. Pensar es hablar uno consigo mismo, y el habla es social, y sociales son el pensamiento y la lógica. Pero ¿no tienen acaso un contenido, una materia individual, intrasmisible e intraductible? ¿Y no está aquí su fuerza?

Lo que hay es que el hombre, prisionero de la lógica, sin la cual no piensa, ha querido siempre ponerla al servicio de sus anhelos, y sobre todo del fundamental anhelo. Se quiso tener siempre a la lógica, y más en la Edad Media, al servicio de la teología y la jurisprudencia, que partían ambas de lo establecido por la autoridad. La lógica no se propuso hasta muy tarde el problema del conocimiento, el de la validez de ella misma, el examen de los fundamentos metalógicos.

«La teología occidental—escribe Stanley—es esencialmente lógica en su forma y se basa en la ley; la oriental es retórica en la forma y se basa en la filosofía. El teólogo latino sucedió al abogado romano; el teólogo oriental al sofista griego» (1).

Y todas las elucubraciones pretendidas racionales o lógicas en apoyo de nuestra hambre de inmortalidad, no son sino abogacía y sofistería.

Lo propio y característico de la abogacía, en efecto, es poner la lógica al servicio de una tesis que hay que defender, mientras el método, rigurosamente científico, parte de los hechos, de los datos que la realidad nos ofrece para llegar o no llegar a conclusión. Lo importante es plantear bien el problema, y de aquí que el progreso consiste, no pocas veces, en deshacer lo hecho. La abogacía supone siempre una petición

(1) Arthur Penrhyn Stanley. Lectures on the history of the Eastern Church.

de principio, y sus argumentos todos son *ad probandum*. Y la teología supuesta racional no es sino abogacía.

La teología parte del dogma, y dogma, δογμα, en su sentido primitivo y más directo, significa decreto, algo como el latín *placitum*, lo que ha parecido que debe ser ley a la autoridad legislativa. De este concepto jurídico parte la teología. Para el teólogo, como para el abogado, el dogma, la ley, es algo dado, un punto de partida que no se discute sino en cuanto a su aplicación y a su más recto sentido. Y de aquí, que el espíritu teológico o abogadesco sea en su principio dogmático, mientras el espíritu estrictamente científico, puramente racional, es escéptico, σκεπτικος, esto es, investigativo. Y añado en su principio, porque el otro sentido del término escepticismo, el que tiene hoy más corrientemente, el de un sistema de duda, de recelo y de incertidumbre, ha nacido del empleo teológico o abogadesco de la razón, del abuso del dogmatismo. El querer aplicar la ley de autoridad, el *placitum*, el dogma, a distintas y a las veces contrapuestas necesidades prácticas, es lo que ha engendrado el escepticismo de duda. Es la abogacía, o lo que es igual, la teología, la que enseña a desconfiar de la razón, y no la verdadera ciencia, la ciencia investigativa, escéptica en el sentido primitivo y directo de este término, que no camina a una solución ya prevista ni procede sino a ensayar una hipótesis.

Tomad la *Summa Theologica* de Santo Tomás, el clásico monumento de la teología—esto es, de la abogacía—católica, y abridla por dondequiera. Lo primero la tesis: *utrum*... si tal cosa es así o de otro modo; en seguida las objeciones: *ad primum sic proceditur;* luego las respuestas a las objeciones: *sed contra est*... o *respondeo dicendum*... Pura abogacía. Y en el fondo de una gran parte, acaso de la mayoría, de sus argumentos hallaréis una falacia lógica que puede expresarse *more scholastico* con este silogismo: Yo no comprendo este hecho sino dándole esta explicación; es así que tengo que comprenderlo, luego ésta tiene que ser su explicación. O me quedo sin

comprenderlo. La verdadera ciencia enseña, ante todo, a dudar y a ignorar; la abogacía ni duda ni cree que ignora. Necesita de una solución.

A este estado de ánimo en que se supone, más o menos a conciencia, que tenemos que conocer una solución, acompaña aquello de las funestas consecuencias. Cojed cualquier libro apologético, es decir, de teología abogadesca, y veréis con qué frecuencia os encontráis con epígrafes que dicen: «Funestas consecuencias de esta doctrina.» Y las consecuencias funestas de una doctrina probarán, a lo sumo, que esta doctrina es funesta, pero no que es falsa, porque falta probar que lo verdadero sea lo que más nos conviene. La identificación de la verdad y el bien no es más que un piadoso deseo. A. Vinet, en sus *Etudes sur Blaise Pascal*, dice: «De las dos necesidades que trabajan sin cesar a la naturaleza humana, la de la felicidad no es sólo la más universalmente sentida y más constantemente experimentada, sino que es también la más imperiosa. Y esta necesidad no es sólo sensitiva; es intelectual. No sólo para el *alma*, sino también para el *espíritu* (1), que es una necesidad la dicha. La dicha forma parte de la verdad.» Esta proposición última: *le bonheur fait partie de la vérité*, es una proposición profundamente abogadesca, pero no científica ni de razón pura. Mejor sería decir que la verdad forma parte de la dicha en un sentido tertulianesco, de *credo quia absurdum*, que en rigor quiere decir: *credo quia consolans*, creo porque es cosa que me consuela.

No, para la razón, la verdad es lo que se puede demostrar que es, que existe, consuélenos o no. Y la razón no es ciertamente una facultad consoladora. Aquel terrible poeta latino Lucrecio, bajo cuya aparente serenidad y ataraxia epicúrea tanta desesperación se cela, decía que la piedad consiste en

(1) Traduzco aquí por espíritu el francés *esprit*, aunque acaso fuera mejor traducir inteligencia. Así como tampoco nuestra voz felicidad corresponde por entero al *bonheur* francés (tal vez mejor: dicha) ni necesidad a *besoin*.

poder contemplarlo todo con alma serena, *pacata posse mente omnia tueri.* Y fue este Lucrecio el mismo que escribió que la religión puede inducirnos a tantos males: *tantum religio potuit suadere malorum.* Y es que la religión, y sobre todo la cristiana más tarde, fue, como dice el Apostol, un escándalo para los judíos y una locura para los intelectuales. Tácito llamó a la religión cristiana, a la de la inmortalidad del alma, perniciosa superstición, *exitialis superstitio,* afirmando que envolvía un odio al género humano, *odium generis humani.*

Hablando de la época de estos hombres, de la época más genuinamente racionalista, escribía Flaubert a Madame Roger des Genettes estas preñadas palabras: «Tiene usted razón; hay que hablar con respeto de Lucrecio; no le veo comparable sino a Byron, y Byron no tiene ni su gravedad ni la sinceridad de su tristeza. La melancolía antigua me parece más profunda que la de los modernos, que sobrentienden todos más o menos la inmortalidad de más allá del *agujero negro.* Pero para los antiguos este agujero negro era el infinito mismo; sus ensueños se dibujan y pasan sobre un fondo de ébano inmutable. No existiendo ya los dioses, y no existiendo todavía Cristo, hubo, desde Cicerón a Marco Aurelio, un momento único en que el hombre estuvo solo. En ninguna parte encuentro esta grandeza; pero lo que hace a Lucrecio intolerable es su física, que da como positiva. Si es débil, es por no haber dudado bastante; ha querido explicar, ¡concluir!» (1)

Sí, Lucrecio quiso concluir, solucionar, y, lo que es peor, quiso hallar en la razón consuelo. Porque hay también una abogacia anti-teológica y un *odium anti-theologicum.*

Muchos, muchísimos hombres de ciencia, la mayoría de los que se llaman a sí mismos racionalistas, lo padecen.

El racionalista se conduce racionalmente, esto es, está en su papel mientras se límita a negar que la razón satisfaga a

(1) Gustave Flaubert. *Correspondance.* Troisiéme serie (1854-1869). París, MDCCCCX.

nuestra hambre vital de inmortalidad; pero pronto, poseído de la rabia de no poder creer, cae en la irritación del *odium anti-theologicum,* y dice con los fariseos: «Estos vulgares que no saben la ley, son malditos.» Hay mucho de verdad en aquellas palabras de Soloviev: «Presiento la proximidad de tiempos en que los cristianos se reúnan de nuevo en las catacumbas porque se persiga la fe, acaso de una manera menos brutal que en la época de Nerón, pero con un rigor no menos refinado, por la mentira, la burla y todas las hipocresías.»

El odio anti-teológico, la rabia cientificista—no digo científica—contra la fe en otra vida, es evidente. Tomad no a los más serenos investigadores científicos, los que saben dudar, sino a los fanáticos del racionalismo, y ved con qué grosera brutalidad hablan de la fe. A Vogt le parecía probable que los apóstoles ofreciesen en la estructura del cráneo marcados caracteres simianos; de las groserías de Haeckel, este supremo incomprensivo, no hay que hablar; tampoco de las de Buchner; Virchow mismo no se ve libre de ellas. Y otros lo hacen más sutilmente. Hay gentes que parece como si no se limitasen a no creer que haya otra vida, o mejor dicho, a creer que no la hay, sino que les molesta y duele que otros crean en ella, o hasta que no quieren que la haya. Y esta posición es despreciable así como es digna de respeto la de aquel que, empeñándose en creer que la hay, porque la necesita, no logra creerlo. Pero de este nobilísimo, y el más profundo, y el más humano, y el más fecundo estado de ánimo, el de la desesperación, hablaremos más adelante.

Y los racionalistas que no caen en la rabia anti-teológica se empeñan en convencer al hombre que hay motivos para vivir y hay consuelo de haber nacido, aunque haya de llegar un tiempo, al cabo de más o menos decenas, centenas o millones de siglos, en que toda conciencia humana haya desaparecido. Y estos motivos de vivir y obrar, esto que algunos llaman humanismo, son la maravilla de la oquedad afectiva y emocional del racionalismo y de su estupenda hipocresía,

empeñada en sacrificar la sinceridad a la veracidad, y en no confesar que la razón es una potencia desconsoladora y disolvente.

¿He de volver a repetir lo que ya he dicho sobre todo eso de fraguar cultura, de progresar, de realizar el bien, la verdad y la belleza, de traer la justicia a la tierra, de hacer mejor la vida para los que nos sucedan, de servir a no sé qué destino, sin preocuparnos del fin último de cada uno de nosotros? ¿He de volver a hablaros de la suprema vaciedad de la cultura, de la ciencia, del arte, del bien, de la verdad, de la belleza, de la justicia... de todas estas hermosas concepciones, si al fin y al cabo, dentro de cuatro días o dentro de cuatro millones de siglos—que para el caso es igual,—no ha de existir conciencia humana que reciba la cultura, la ciencia, el arte, el bien, la verdad, la belleza, la justicia y todo lo demás así?

Muchas y muy variadas son las invenciones racionalistas—más o menos racionales—con que desde los tiempos de epicúreos y estoicos se ha tratado de buscar en la verdad racional consuelo y de convencer a los hombres, aunque los que de ello trataran no estuviesen en sí mismos convencidos, de que hay motivos de obrar y alicientes de vivir, aun estando la conciencia humana destinada a desaparecer un día.

La posición epicúrea, cuya forma extrema y más grosera es la de «comamos y bebamos, que mañana moriremos», o el *carpe diem* horaciano, que podría traducirse por «vive al día», no es, en el fondo, distinta de la posición estoica con su «cumple con lo que la conciencia moral te dicte, y que sea después lo que fuere». Ambas posiciones tienen una base común, y lo mismo es el placer por el placer mismo que el deber por el mismo deber.

El más lógico y consecuente de los ateos, quiero decir, de los que niegan la persistencia en tiempo futuro indefinido de la conciencia individual, y el más piadoso a la vez de ellos, Spinoza, dedicó la quinta y última parte de su *Ética* a dilucidar la vía que conduce a la libertad y a fijar el concepto de la felici-

dad. ¡El concepto! ¡El concepto y no el sentimiento! Para Spinoza, que era un terrible intelectualista, la felicidad, la *beatitudo*, es un concepto, y el amor á Dios un amor intelectual. Después de establecer en la proposición 21 de esta parte quinta que «la mente no puede imaginarse nada ni acordarse de las cosas pasadas sino mientras dura el cuerpo», lo que equivale a negar la inmortalidad del alma, pues un alma que separada del cuerpo en que vivió no se acuerda ya de su pasado, ni es inmortal ni es alma, procede a decirnos en la proposición 23 que «la mente humana no puede destruirse en absoluto con el cuerpo, sino que queda algo de ella, que es *eterno*», y esta eternidad de la mente es cierto modo de pensar. Mas no os dejéis engañar; no hay tal eternidad de la mente individual. Todo es *sub aeternitatis specie*, es decir, un puro engaño. Nada más triste, nada más desolador, nada más antivital que esa felicidad, esa *beatitudo* spinoziana, que consiste en el amor intelectual a Dios, el cual no es sino el amor mismo de Dios, el amor con que Dios se ama a sí mismo (prop. 36). Nuestra felicidad, es decir, nuestra libertad, consiste en el constante y eterno amor de Dios a los hombres. Así dice el escolio a esta proposición 36. Y todo para concluir en la proposición final de toda la *Ética*, en su coronamiento, con aquello de que la felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma. ¡Lo de todos! O dicho en plata: que de Dios salimos y a Dios volvemos; lo que, traducido a lenguaje vital, sentimental, concreto, quiere decir que mi conciencia personal brotó de la nada, de mi inconciencia, y a la nada volverá.

Y esa voz tristísima y desoladora de Spinoza es la voz misma de la razón. Y la libertad de que nos habla es una libertad terrible. Y contra Spinoza y su doctrina de la felicidad no cabe sino un argumento incontrastable: el argumento *ad hominem*. ¿Fue feliz él, Baruc Spinoza, mientras para acallar su íntima infelicidad disertaba sobre la felicidad misma? ¿Fue él libre?

En el escolio a la proposición 41 de esta misma última y más trágica parte de esa formidable tragedia de su *Ética*, nos

habla el pobre judío desesperado de Amsterdam, de la persuasión común del vulgo sobre la vida eterna. Oigámosle: «Parece que creen que la piedad y la religión y todo lo que se refiere a la fortaleza de ánimo, son cargas que hay que deponer después de la muerte, y esperan recibir el precio de la servidumbre, no de la piedad y la religión. Y no sólo por esta esperanza, sino también, y más principalmente, por el miedo de ser castigados con terribles suplicios después de la muerte, se mueven a vivir conforme a la prescripción de la ley divina en cuanto les lleva su debilidad y su ánimo impotente; y si no fuese por esta esperanza y este miedo, y creyeran, por el contrario, que las almas mueren con los cuerpos, ni les quedara el vivir más tiempo sino miserables bajo el peso *de la piedad*, volverían a su índole, prefiriendo acomodarlo todo a su gusto y entregarse a la fortuna más que a sí mismos. Lo cual no parece menos absurdo que si uno, por no creer poder alimentar a su cuerpo con buenos alimentos para siempre, prefiriese saturarse de venenos mortíferos, o porque ve que el alma no es eterna o inmortal, prefiera ser sin alma (*amens*) y vivir sin razón; todo lo cual es tan absurdo que apenas merece ser refutado (*quae adeo absurda sunt, ut vix recenseri mereantur*).»

Cuando se dice de algo que no merece siquiera refutación, tenedlo por seguro, o es una insigne necedad, y en este caso ni eso hay que decir de ella, o es algo formidable, es la clave misma del problema. Y así es en este caso. Porque sí, pobre judío portugués desterrado en Holanda, sí, que quien se convenza, sin rastro de duda, sin el más leve resquicio de incertidumbre salvadora, de que su alma no es inmortal, prefiera ser sin alma, *amens*, o irracional, o idiota, prefiera no haber nacido, no tiene nada, absolutamente nada de absurdo. El, el pobre judío intelectualista definidor del amor intelectual y de la felicidad, ¿fue feliz? Porque este y no otro es el problema. «¿De qué te sirve saber definir la compunción, si no la sientes?» dice el Kempis. Y, ¿de qué te sirve meterte a definir la felicidad si no logra uno con ello ser feliz? Aquí encaja aquel te-

rrible cuento de Diderot sobre el eunuco que, para mejor poder escoger esclavas con destino al harem del soldán, su dueño, quiso recibir lecciones de estética de un marsellés. A la primera lección, fisiológica, brutal y carnalmente fisiológica, exclamó el eunuco compungido: «¡Está visto que yo nunca sabré estética!» Y así es; ni los eunucos sabrán nunca estética aplicada a la selección de mujeres hermosas, ni los puros racionalistas sabrán ética nunca, ni llegarán a definir la felicidad, que es una cosa que se vive y se siente, y no una cosa que se razona y se define.

Y ahí tenemos otro racionalista, éste no ya resignado y triste, como Spinoza, sino rebelde, y fingiéndose hipócritamente alegre cuando era no menos desesperado que el otro; ahí tenéis a Nietzsche, que inventó *matemáticamente* (!!!) aquel remedo de la inmortalidad del alma que se llama la vuelta eterna, y que es la más formidable tragi-comedia o comi-tragedia. Siendo el número de átomos o primeros elementos irreductibles finito, el universo eterno tiene que volver alguna vez a darse una combinación como la actual, y, por lo tanto, tiene que repetirse un número eterno de veces lo que ahora pasa. Claro está, y así como volveré a vivir la vida que estoy viviendo, la he vivido ya infinitas veces, porque hay una eternidad hacia el pasado, *a parte ante*, como la habrá en el porvenir, *a parte post*. Pero da el triste caso de que yo no me acuerdo de ninguna de mis existencias anteriores, si es posible que me acuerde de ellas, pues dos cosas absoluta y totalmente idénticas no son sino una sola. En vez de suponer que vivimos en un universo finito, de un número finito de primeros elementos componentes irreductibles, suponed que vivamos en un universo infinito, sin límite en el espacio—la cual infinitud concreta no es menos inconcebible que la eternidad concreta, en el tiempo,—y entonces resultará que este nuestro sistema, el de la vida láctea, se repite infinitas veces en el infinito del espacio, y que estoy yo viviendo infinitas vidas, todas exactamente idénticas. Una broma, como veis, pero no menos cómica, es de-

cir, no menos trágica que la de Nietzsche, el del león que se ríe. ¿Y de qué se ríe el león? Yo creo que de rabia, porque no acaba de consolarle eso de que ha sido ya el mismo león antes, y que volverá a serlo.

Pero es que tanto Spinoza como Nietzsche eran, sí, racionalistas, cada uno de ellos a su modo, pero no eran eunucos espirituales; tenían corazón, sentimiento, y sobre todo, hambre, un hambre loca de eternidad, de inmortalidad. El eunuco corporal no siente la necesidad de reproducirse carnalmente, en cuerpo, y el eunuco espiritual tampoco siente el hambre de perpetuarse.

Cierto es que hay quienes aseguran que con la razón les basta, y nos aconsejan desistamos de querer penetrar en lo impenetrable. Mas de éstos que dicen no necesitar de fe alguna en vida personal eterna para encontrar alicientes de vida y móviles de acción, no sé qué pensar. También un ciego de nacimiento puede asegurarnos que no siente gran deseo de gozar del mundo de la visión, ni mucha angustia por no haberlo gozado, y hay que creerle, pues de lo totalmente desconocido no cabe anhelo por aquello de *nihil volitum quin praecognitum;* no cabe querer sino lo de antes conocido; pero el que alguna vez en su vida, o en sus mocedades o temporalmente, ha llegado a abrigar la fe en la inmortalidad del alma, no puedo persuadirme a creer que se aquiete sin ella. Y en este respecto apenas cabe entre nosotros la ceguera de nacimiento, como no sea por una extraña aberración. Que aberración, y no otra cosa, es el hombre mera y exclusivamente racional.

Más sinceros, mucho más sinceros son los que dicen: «de eso no se debe hablar, que es perder el tiempo y enervar la voluntad; cumplamos aquí con nuestro deber, y sea luego lo que fuere»; pero esta sinceridad oculta una más profunda insinceridad. ¿Es que acaso con decir: «de eso no se debe hablar», se consigue que uno no piense en ello? ¿Que se enerva la voluntad?... ¿Y qué? ¿Que nos incapacita para una acción humana? ¿Y qué? Es muy cómodo decirle al que tiene una enfermedad

mortal, que le condena a corta vida y lo sabe, que no piense en ello.

¡Meglio oprando obliar, senza indagarlo,
Questo enorme mister de l'universo!

«Mejor obrando olvidar, sin indagarlo, este enorme misterio del universo!» escribió Carducci en su *Idilio maremmano,* el mismo Carducci que al final de su oda *Sobre el monte Mario* nos habló de que la tierra, madre del alma fugitiva, ha de llevar en torno al sol gloria y dolor

hasta que bajo el Ecuador rendida,
a las llamadas del calor que huye,
la ajada prole una mujer tan sólo
tenga y un hombre,
que erguidos entre trozos de montañas,
en muertos bosques, lívidos, con ojos
vítreos te vean sobre inmenso hielo,
oh sol, ponerte! (1)

¿Pero es posible trabajar en algo serio y duradero, olvidando el enorme misterio del universo y sin inquirirlo? ¿Es posible contemplarlo todo con alma serena, según la piedad lucreciana, pensando que un día no se ha de reflejar eso todo en conciencia humana alguna?

«¿Sois felices?» pregunta Caín en el poema byroniano a Lucifer, príncipe de los intelectuales, y éste le responde: «Somos poderosos»; y Caín replica: «¿Sois felices?, y entonces el gran Intelectual le dice: «No; ¿lo eres tú?» Y más adelante este mismo Luzbel dice a Adah, hermana y mujer de Caín:

«Escoge entre el Amor y la Ciencia, pues no hay otra elección.» Y en este mismo estupendo poema, al decir Caín que el árbol de la ciencia del bien y del mal era un árbol mentiroso, porque «no sabemos nada, y su prometida ciencia fué al precio de la muerte», Luzbel le replica: «Puede ser que la muerte conduzca al más alto conocimiento.» Es decir, a la nada.

(1) La traducción es mía, y figura en mi tomo de *Poesías.*

En todos estos pasajes donde he traducido ciencia, dice lord Byron *Knowledge*, conocimiento; el francés *science* y el alemán *Wissenschaft*, al que muchos enfrentan la *wisdom—sagesse* francesa y *Weisheit* alemana—la sabiduría. «La ciencia llega, pero la sabiduría se retarda, y trae un pecho cargado, lleno de triste experiencia, avanzando hacia la quietud de su descanso.»

Knowledge comes, but wisdom lingers, and he bears a laden breast, Full of sad experience, moving toward the stillness of his rest,

dice otro lord, Tennyson, en su *Locksley Hall*. ¿Y qué es esta sabiduría, que hay que ir a buscarla principalmente en los poetas, dejando la ciencia? Está bien que se diga, con Matthew Arnold—en su prólogo a los poemas de Wordsworth,—que la poesía es la realidad, y la filosofía la ilusión; la razón es siempre la razón, y la realidad la realidad, lo que se puede probar que existe fuera de nosotros, consuélenos o desespérenos.

No sé por qué tanta gente se escandalizó o hizo que se escandalizaba cuando Brunetière volvió a proclamar la bancarrota de la ciencia. Porque la ciencia, en cuanto sustitutiva de la religión, y la razón en cuanto sustitutiva de la fe, han fracasado siempre. La ciencia podrá satisfacer, y de hecho satisface en una medida creciente, nuestras crecientes necesidades lógicas o mentales, nuestro anhelo de saber y conocer la verdad; pero la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, contradícela. La verdad racional y la vida están en contraposición. ¿Y hay acaso otra verdad que la verdad racional?

Debe quedar, pues, sentado, que la razón, la razón humana, dentro de sus límites, no sólo no prueba racionalmente que el alma sea inmortal y que la conciencia humana haya de ser en la serie de los tiempos venideros indestructible, sino que prueba más bien, dentro de sus límites, repito, que la con-

ciencia individual no puede persistir después de la muerte del organismo corporal de que depende. Y esos límites dentro de los cuales digo que la razón humana prueba esto son los límites de la racionalidad, de lo que conocemos comprobadamente. Fuera de ellos está lo irracional, que es lo mismo que se la llame sobre-racional que infra-racional o contra-racional; fuera de ellos está el absurdo de Tertuliano, el imposible del *certum est, quia impossibile est*. Y ese absurdo no puede apoyarse sino en la más absoluta incertidumbre.

La disolución racional termina en disolver la razón misma, en el más absoluto escepticismo, en el fenomenalismo de Hume o en el contingencialismo absoluto de Stuart Mill, éste el más consecuente y lógico de los positivistas. El triunfo supremo de la razón, facultad analítica, esto es, destructiva y disolvente, es poner en duda su propia validez. Cuando hay una úlcera en el estómago, acaba éste por digerirse á sí mismo. Y la razón acaba por destruir la validez inmediata y absoluta del concepto de verdad y del concepto de necesidad. Ambos conceptos son relativos; ni hay verdad ni hay necesidad absolutas. Llamamos verdadero a un concepto que concuerda con el sistema general de nuestros conceptos todos, verdadera a una percepción que no contradice al sistema de nuestras percepciones; verdad es coherencia. Y en cuanto al sistema todo, al conjunto, como no hay fuera de él nada para nosotros conocido, no cabe decir que sea o no verdadero. El universo es imaginable que sea en sí, fuera de nosotros, muy de otro modo que como a nosotros se nos aparece, aunque ésta sea una suposición que carezca de todo sentido racional. Y en cuanto a la necesidad, la hay absoluta? Necesario no es sino lo que es y en cuanto es, pues en otro sentido más trascendente, ¿qué necesidad absoluta, lógica, independiente del hecho de que el universo existe, hay de que haya universo ni cosa alguna?

El absoluto relativismo, que no es ni más ni menos que el escepticismo, en el sentido más moderno de esta denominación, es el triunfo supremo de la razón raciocinante.

Ni el sentimiento logra hacer del consuelo verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo; pero esta segunda, la razón, procediendo sobre la verdad misma, sobre el concepto mismo de realidad, logra hundirse en un profundo escepticismo. Y en este abismo encuéntrase el escepticismo racional con la desesperación sentimental, y de este encuentro es de donde sale una base—¡terrible base!—de consuelo. Vamos a verlo.

MIGUEL DE UNAMUNO

LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Un viaje a Francia en 1792.

(*Conclusión.*)

Las cabezas de los dos sacerdotes decapitados en Burdeos, el cuerpo ensangrentado de Duhamel, no son visiones que conforten a un espíritu como el de nuestro compatriota; pero las circunstancias obligan a hacer de las tripas corazón, sobre todo cuando no se halla fácil ni expedita la puerta para salir de la trampa en que se cayó. Sin duda soportaron los franceses sus veinticinco años de Revolución e Imperio, con la secreta esperanza de que al día siguiente renaciera la normalidad y la paz con todo el mundo. Y de la misma suerte, D. Leandro trataría de esperar a que pasase el nublado o procuraría adaptarse al ambiente de la revuelta, como a una fuerte bebida de buen tono. ¿Qué remedio más que aturdirse en el café o en el teatro como si nada ocurriese? ¡Y qué café el suyo! El más ruidoso y bullidor del Palais-Royal: el *café Corazza,* en suma, que comparte con el de Foy un papel importantísimo en la historia íntima de las convulsiones de París. En aquella sala famosa empiezan a acoplarse las figuras más siniestras de la facción extranjera y del bando de los *ultra:* Proly, Desfieux, Chabot el ex-capuchino, Tallien el futuro secretario-grefier en la *Commune* del 10 de Agosto, Lazowsky, Varlet. Esto es, los furio-

sos, los «setembrizadores», los implacables y averiados (1). Todavía no ha entrado en juego el español Andrés María Guzmán, que sirve en los ejércitos y no regresará a la capital hasta fines del mismo año 92, para brillar, efímero y violento, como un relámpago, en la tormenta del año siguiente. Y, no obstante esta clientela de exaltados, el café Corazza pasará siempre en el concepto público como un foco esencialmente contrarrevolucionario y realista (2), y acumulará continuas sospechas, de las cuales, en uno de sus informes, tendrá que ocuparse el ministro Garat, verdadero técnico y organizador de la policía terrorista (3). Los escritores que en la polémica histórica a propósito de Batz, sostienen—como Lenôtre o el descendiente del famoso conspirador monárquico—la tesis de su intervención maquiavélica en el envilecimiento o destrucción mutua de los revolucionarios y convencionales, no verán en los asiduos de ese café más que agitadores a sueldo, espías disfrazados de patriotas, agentes provocadores manejados por el intrépido barón o energúmenos que secundan admirablemente sus planes. Tal fué también la tesis de Robespierre y Saint-Just en el proceso de las *chemises rouges* («conspiración del extranjero o de Batz»), y en las causas contra los hébertistas o contra Danton y sus amigos.

Con esta flor y nata de los violentos y de los «hombres de sangre», codeóse, un poco sin saberlo, nuestro benigno compatriota, acompañado del Chabot de París y de su *conjux*, como escribe a menudo, y hasta de una *vicina* amable, que se convirtieron en cicerones del viajero. Y de la Comedia no digamos. En medio de tanto trastorno y turbulencia, asiste al espectáculo el 27, el 29, el 31 de Julio; vuelve a él la noche trágica y suprema del 9 de Agosto, y el 17, 18, 19 y 21 del propio

(1) *Les conspirations et la fin de Jean, baron de Batz*, por su descendiente el barón de Batz. París, 1911, pág. 22.

(2) A. Schmidt: *Tableaux de la Révolution française*, t. I., pág. 149.

(3) Buchez et Roux, publican este informe en el tomo XXV de su *Histoire parlementaire de la Révolution française*.

mes. ¿Qué obras acertó á ver? Esto es lo que no puntualizan sus apuntes. Abriendo el *Moniteur* o el *Journal des Débats*, y repasando los anuncios correspondientes a aquellos días, podremos enterarnos de las funciones más en boga. Desde la fuga a Varennes, los teatros han abandonado sus viejos títulos reales y principescos; se han convertido en Teatro de la Nación, Teatro Italiano, Teatro Francés, Teatro de la calle Feydeau, Ambigú-Comique, Teatro de Mademoiselle Montansier,—la protegida o asociada de Danton. Nada ya, por estas fechas, de *Grands danseurs du Roi;* nada de *Théâtre de Madame Royal* ó de *Monsieur*. Aparte del repertorio consagrado, desde Racine a Voltaire, desde *Fedra* a *Brutus*, represéntanse obras nuevas y de circunstancias, apropósitos políticos, loas fúnebres. A *La mort de Mirabeau*, a *L'autodafè ou le Tribunal de l'Inquisition*, han sucedido hace tiempo *La lettre de cachet, La mort de Gouvion, Les deux Chambres*. Hace furor en la sala Montansier *Tout par l'opium*, parodia de *Romeo* y *Julieta*. Con *Georges Dandin* y *Le barbier de Séville* alternan aquellos días, en el Ambigú, *Crispin a Madrid* y *Le villageois clairvoyant*. Con *Le médecin malgré lui* o *La frascatana*, renuevan cada noche su éxito en el Teatro de la calle Feydeau, *Les visitandines*, el estreno más feliz de aquellos años. *¡Les visitandines!* ¡Qué inexplicable sugestión, qué dolorosa resonancia evoca este título en la mente del rebuscador que ha seguido, día por día, los periódicos del tiempo, que ha visto a esa ópera cómica—a esa «linda bagatela», como la llama el crítico del *Moniteur*—hacer imposible su camino, de un cabo a otro de la Revolución! Nacida poco antes del 10 de Agosto, en medio de las convulsiones agónicas de la realeza, soporta el año terrible, combina sus agudezas y donaires con el horror del 93, sobrevive a sus espectadores, acaso a sus mismos intérpretes de la víspera, y surca el mar Rojo como un esquife de nácar iluminado en la oscuridad, resonante de cascabeles argentinos y flautas melífluas. Cuando llegan los días sangrientos y las terribles «hornadas» de Prarial, continúa impertérrita en los carteles, entona cada noche

su apacible serenata de amor al pie de la guillotina, que relampaguea al claro de luna y, pasando a la otra ribera, hallámosla todavía, veinte años después, distrayendo, en Cádiz o en Palma de Mallorca, el tedio de los fugitivos durante la guerra de la Independencia, con sus melodías impregnadas de inefables recuerdos sansculótidos y thermidorianos.

Así se entrelazan y confunden realmente lo histórico y lo trivial, el hecho que destacará sobre las edades y la trama oscura del vivir diario y silencioso. Para variar de espectáculo, una noche, la del 5 de Agosto, acuden Moratín y Chabot a la sección *des Enfants rouges*. Las cuarenta y ocho secciones de París se han declarado en sesión permanente, como consecuencia de la declaración de «la patria en peligro»; se ha establecido en la Municipalidad un negociado central de correspondencia entre ellas; se ha hecho continuo su contacto para la rebelión que se anuncia. El manifiesto del Duque de Brunswick, jefe de los ejércitos aliados, y sus fulminantes e ineptas amenazas contra la capital, conocidas desde el día 3, encienden el coraje de todos. Uno de los más firmes campeones de la derecha parlamentaria, Matthieu Dumas, dirá, andando el tiempo, con precisión definitiva, que aquella proclama fué «el acto más impolítico que la ignorancia y el orgullo dictasen jamás, y un verdadero fratricidio de los príncipes franceses emigrados, contra Luis XVI y su familia» (1). Después de la filípica de Isnard, en la Asamblea, comentando el mensaje del rey en que se comunica y desaprueba el manifiesto, preséntase Pétion a dar cuenta de la petición de destronamiento, amañada en el Hôtel-de-Ville por los sedicentes comisarios de las secciones. La de Mauconseil se declara desde luego en rebelión, y manifiesta no reconocer ya como rey de Francia al infortunado Capeto, adhiriéndose otras trece a tal acuerdo. La Asamblea vacila; agota los medios de dilación; trata de evadir las conminaciones que continuamente recibe para que resuelva a plazo fijo. Y los Ja-

(1) *Souvenirs*, t. II, págs. 426 y 427.

cobinos, los *Cordeliers,* los cincuenta clubs, las ochenta y cuatro secciones, los innumerables cafés y *guinguettes* de la ciudad, son otras tantas asambleas enfurecidas, donde no se habla más que de alzamiento popular y deposición del monarca. Esta sección de los *Enfants rouges* que visitó Moratín, se reunía entonces en la iglesia del mismo nombre, cerca del Temple, y comprendía 1.800 ciudadanos activos. Más adelante se llamó sección del *Marais,* luego sección del *Homme-Armé* y, a partir de 1813, cuartel del Monte de Piedad (1); y allí tuvo ocasión de presenciar, *in vitro* diríamos, las operaciones revolucionarias, reducidas casi siempre a la tenacidad de una minoría, que por la vociferación, la amenaza y el cansancio se impone al mayor número de comodones y negligentes; hasta el punto de que los acuerdos más graves resultan tomados a última hora, cuando ya no quedan en el local más que los tres o cuatro mangoneadores de costumbre y unos veinte o treinta ciudadanos rendidos de sueño.

Mientras tanto ha visitado a Olivera, el judío bayonés, residente en París ahora. Ha visitado también a D. Domingo de Iriarte, secretario de nuestra Embajada y encargado del despacho de ella, por haberse retirado ya Fernán-Núñez. Iriarte le pondría al corriente de los bajos fondos e interioridades de la Revolución; de la ambigüedad de relaciones entre España y Francia, que parecen haberse suavizado un momento gracias a la presencia del viejo Aranda en el poder; de la ruptura en perspectiva, y que no tardará en hacerse inevitable... El día 9 de Agosto dirígese D. Leandro a casa del diplomático español, con el intento de comer allí. Pero se lleva chasco: Iriarte no está. Sus deberes políticos lo habrán retenido en otro puesto; las entrevistas de los representantes extranjeros que quedan en París no cesan un instante; se cierne en la atmósfera como un aviso de tragedia final. Vuelve Moratín sobre sus pasos, se encamina á su refugio del Palais, y

(1) Mortimer-Ternaux, *Histoire de la Terreur*, t. II. Notas, pág. 430.

satisface su apetito en el primer restaurant que le llama la atención. Pasea de nuevo por la tarde, y va por la noche al teatro, con su habitual continente calmoso, ostentando con más o menos bizarría su gran escarapela tricolor sobre el ala abatida del sombrero a la *Henri IV*. Al salir de la Comedia da todavía su vuelta de noctámbulo impenitente. La noche es espléndida y calurosa, sin un soplo de aire ni una nube. Observa un momento el estival insomnio de París, los grupillos de curiosos en cada puerta, las patrullas y retenes cruzando en todas direcciones. ¿Ocurrirá algo esta vez? No es probable. ¡Hace tantos días que se anuncia! Vale más meterse en cama y entregarse a un sueño reparador. Pero, no bien se ha recogido en su albergue, cuando, en punto de media noche, vibra, distante, el toque furioso de una campana, que se extiende de iglesia a iglesia, en la calma solemne de un aire inmóvil, en el silencio de una expectación que permitiría oir el ritmo de la sangre fluyendo por las venas.

He aquí las palabras de su dietario, reproducidas literalmente y sin traducción, en su propia jerga franco-latina: «*nocte tocsin sonat; sublevacion populi.*» ¿De qué se trata? ¿De una precipitación, de una intentona más, de un tumulto pasajero? No. Es que suena la hora en el reloj de los siglos. Aquellas campanadas vibrantes y siniestras no caen siquiera como cayeron doscientos veinte años antes las de la torre de Saint-Germain-l'Auxerrois, en la noche aciaga de San Bartolomé, pregonando un acceso de furor, de fanatismo, de barbarie. Las de ahora separan dos edades del mundo, dos épocas de la historia, dos milenios de la humanidad. Anuncian, en suma, la mañana del 10 de Agosto, que es más, mucho más que un ataque a las Tullerías y la caída de un trono secular diez veces, porque supone una violentísima ruptura de la unidad del espíritu humano. Una era de diez y ocho centurias parece extinguirse en este momento expiatorio, purgación final de un largo proceso de crímenes, iniquidades e injusticias colectivas, si damos crédito a los definidores o profetas de la nueva reve-

lación; mientras se abre la era de las reparaciones y delicias... por ventura destinada también a resolverse en espejismo, en engaño, en «ilusión de progreso» y en más larga cuenta de crímenes e iniquidades, cuando amanezca de nuevo, en siglos futuros, el día de la revisión vengadora, cerrándose otro ciclo semejante en la alternativa insoluble y fatal de las decepciones y las esperanzas terrenas.

¿Tuvo conciencia Moratín de esa gran subversión espiritual y material a que asistía y del valor trascendente de aquella jornada? Puede presumirse que no. Los hombres de su temple, correctos y minuciosos, suelen carecer del alto sentido histórico, del dón de lo sublime. No poseen aquella doble vista que permite contemplar lo actual y momentáneo *sub specie aeternitatis*. Moratín no era un filósofo, ni tan sólo un pensador, ni respondió nunca, como poeta, a la emoción de lo grande, fuese de la categoría que se quiera: generoso u horrible, divino o satánico. Era un espíritu intenso sin duda, pero con un sector de visión muy limitado: la preceptiva, el «buen gusto», la amenidad, la delicada observación de costumbres literarias o domésticas. Como todos los horacianos en general, sobreponía la perfección a la elevación o grandeza, manteniéndose en irónico escepticismo epicúreo. Es fácil adivinar, por lo mismo, cuáles serían sus impresiones en aquellos días inolvidables y cómo el espanto que manifiesta tan reiteradamente es más de carácter fisiológico que de origen moral. ¿Cómo transmite a la posteridad esa fecha del 10 de Agosto de 1792, de que el azar vino a hacerle testigo? Pues con la siguiente anotación literal de su dietario: «*Tullerías—Ataque—Mascacre Esguizarii.—Ego pavor.—Con Chabot, rue San Antonio y boulevard. Têtes in lanzas. Pavor.*» Tantas veces ha sido cantada y descrita esa mañana memorable, que no es lícito volver sobre ella mientras no se aporten datos nuevos o versiones desconocidas. Desgraciadamente, Moratín no llegó a extender la suya, y resulta imposible sumarla a las que ofrece todos los días la diligencia de los investigado-

res. Así, al tiempo de escribir este trabajo, Arturo Chuquet ha publicado en *Le Temps* dos interesantes documentos de dicha especie, o sean dos cartas referentes al 10 de Agosto, firmada una por el médico Bollmann—que más tarde trató de libertar a Lafayette—y otra por un rico desocupado, Schlabrendorf, ambos alemanes. Schlabrendorf se había trasladado a París, ganoso de asistir de cerca a los acontecimientos de la Revolución y cediendo a una curiosidad que contrasta con la displicencia del escritor madrileño: fué a Francia por unas semanas, y el trágico interés de la revuelta le retuvo allí hasta 1815. El Dr. Bollmann se hallaba en la Asamblea en el momento en que Luis XVI y su familia, atravesando penosamente el jardín de las Tullerías y la terraza de los *Feuillants,* se refugiaron en el seno de la representación nacional, que ya fue tanto como entregarse a la venganza y al patíbulo. Después de mortales incertidumbres, de enojosos cabildeos—la Asamblea no podía deliberar constitucionalmente en presencia del rey,—se acuerda alojar a los augustos refugiados en la *loge* o tribuna donde tomaba sus notas el *Logotachygraphe,* separada del salón por una verja de hierro. Escena inolvidable, que el médico tudesco parece haber sentido con entrañas de *hombre,* no de humanitario ni de patriota. Su descripción corrobora y amplía los relatos más conocidos, las memorias de Madame Campan, de Weber, el hermano de leche de María Antonieta; de Madame de Tourzel, el aya de los niños reales. Con aire indiferente, pero sin ningún rasgo de dignidad, el rey aguarda el término de la discusión; la reina, en cambio, demuestra una actitud digna de su rango. «Sus cabellos se han vuelto grises en estos ocho meses últimos. Sus faltas—dice Bollmann—jamás me parecieron tan excusables como al verla en la Asamblea nacional, frente al pobre esposo inepto, frente al bueno, pero incapaz, Luis XVI.»

*
* *

Lo que pasó fuera del Parlamento es harto sabido. Después de la salida del rey y su familia, permanecieron unos setecientos suízos y un centenar de guardias nacionales en las Tullerías. Algunas horas más tarde casi ninguno quedaba con vida: *Helvetiorum fidei ac virtuti invictis pax,* dirá la inscripción del monumento levantado en Lucerna a su memoria. El castillo estaba devastado, saqueadas sus habitaciones, incendiadas muchas de sus dependencias y edificios anexos. Una multitud, ebria de vino y de sangre, de lujuria y de ferocidad, despojaba los cadáveres, cometía en ellos mil torpezas, los mutilaba asquerosamente. Jirones de chaquetas rojas, uniforme de los suízos, flotaban en la punta de las bayonetas y de los sables, pregonando la trágica fidelidad de aquella legión esclava de su juramento. Las cabezas de los muertos eran paseadas en picas, y la horrible saturnal duró toda la tarde, toda la noche, a la luz de reverberos y hogueras. Moratín contempló ese cuadro, como lo contempló y describió Schlabrendorf; vió esas cabezas lívidas y amoratadas, pasando por el boulevard y la calle de San Antonio; esos ojos abiertos y vidriados por la muerte, esas bocas contraídas por la última crispación. ¿Eran de anónimos soldados, de gentilhombres sorprendidos en el Alcázar, de monárquicos como Clermont-Tonnerre, de escritores como Suleau, degollado aquella mañana por Théroigne de Méricourt, la virago o amazona de Lieja, en venganza de los espirituales epigramas que se había permitido a su costa? No lo supo, seguramente; no quiso saberlo. No podía experimentar más que náusea y repulsión. Conoció, de una vez para siempre, el horror de la demagogia y la crueldad de las muchedumbres desbordadas. Le fue dado observar cómo los hombres permanecen substancialmente los mismos a despecho del efímero barniz de la cultura; cómo el fanatismo exterminador que achacamos a las edades pretéritas, no hace más que cambiar de rumbo y de objeto, emigrando de una a otra religión, de uno a otro ideal, de unos a otros principios dominantes, y cómo, en fin, la misma capital del orbe civilizado reproduce los espectáculos des-

garradores, la inmunda carnicería y los rosarios de cabezas que la falsa retórica suele evocar como lúgubre ornamento reservado tan sólo a los muros de Fez o Tafilete.

¡Salir de este infierno, salir cuanto antes! He aquí su única idea.

El 11 de Agosto, por la mañana, permanece encerrado en su domicilio; por la tarde se aventura un momento hasta el boulevard, en compañía de Chabot. El 12 visita a Iriarte; llega a las Tullerías, contempla la magnitud del estrago, las habitaciones saqueadas, el famoso «armario de hierro», las huellas de los proyectiles, los vestigios de la lucha y la sangre. Por tierra yacen las estatuas de Luis XIV y Luis XV. Es domingo: una multitud inmensa, llevada de la misma curiosidad, recorre los jardines, el Alcázar profanado, el templo de la realeza abatida. En la sala del Picadero, la Asamblea continúa su oprobiosa sesión, convalidando todas las imposiciones de la chusma; la familia real apura su cáliz de sesenta horas en la celda del *Logotachygraphe*. La nueva *Commune* revolucionaria se ha erigido en poder absoluto y tiránico, contra el Parlamento, contra los treinta y seis mil municipios restantes. Así como antes impuso el destronamiento del rey, ahora impone su reclusión. Vacílase entre el palacio de Luxemburgo, la abadía de San Antonio, el Obispado, el Temple; y la torre de este último, previa inspección del imprescindible Palloy, el arquitecto patriota, resulta la preferida. Al anochecer del lunes (13 de Agosto), en dos coches de las que fueron caballerizas reales, el infortunado Luis, María Antonieta, Madama Elisabet, el pequeño Delfín y la Infanta, fueron conducidos al viejo edificio de la extinguida orden. Moratín, acompañado de Chabot, vió pasar ese cortejo lamentable, en las sombras del crepúsculo, mal disipadas por el resplandor de las siniestras *lanternes*. Una formidable escolta envolvía a los regios prisioneros; las turbas vociferaban injurias y amenazas inequívocas. Ha subido a una de las carrozas el «virtuoso Pétion», como en Varennes un año antes; pero Barnave no está allí, y tardará

muy poco en expiar su generosa y caballeresca adhesión de última hora a ese gran infortunio inevitable.

A contar de tal momento, todo denota, en los apuntes de D. Leandro, impaciencia, agitación, preparativos de marcha. Busca al abate Pellicer, con quien hará su viaje á Londres; se apresura a cumplir algunos encargos que hasta entonces había diferido, y olvida la mayor parte; entrega a Madame de Beaumont (de la familia del arzobispo de París) la carta qne para ella habíale dado Crucero. De casa de Iriarte corre a la de Pellicer, de la de Pellicer a la sección para pedir pasaporte. Es preciso que dos ciudadanos «corporalmente responsables» de esta declaración (1), identifiquen su personalidad, y, a escape, va a buscar al judío Olivera, y con éste a Couteulx o Le Couteulx, el financiero de la Constituyente. Vuelta a la sección, y de la sección al Hôtel-de-Ville para el refrendo, y del Hôtel-de-Ville en coche, hasta la barrera de Passy (16 Agosto). ¿A guisa de paseo en que emplear la tarde? ¿Para gozar un anticipo de salida o escapatoria de aquel infierno? Y otra vez, el 17, a casa de Iriarte, a casa de Pellicer, a casa del banquero Le Grand, para tomar una letra sobre Londres y arreglar sus asuntos monetarios. El cambio con dicha plaza, según las cotizaciones del *Moniteur*, está aquellos días a diez y siete; el precio del dinero habrá subido notablemente, pues se omite este dato en el periódico oficioso, a contar de la memorable rebelión. El día 7, para obtener 100 libras en plata, era preciso dar 160 en *asignados*: un luis de oro costaba cuarenta libras papel. En regla su documentación, sus pasaportes, su carta de crédito, no falta sino que las famosas barreras de París dejen el paso libre. Danton ha dicho que «hay que hacer miedo a los aristócratas»; es el terror, que se acerca a grandes pasos. Marat no habla en *L'Ami du Peuple* más que de sus doscientas setenta mil y pico de cabezas cortadas. Las cárceles se llenan de suspectos; vigílase toda evasión; empieza a funcionar el *Tribunal*

(1) Acuerdos de la *Commune*, del 13 y 18 de Agosto.

del 17 de Agosto, origen del horrible sistema que alcanzó sus cumbres en el futuro Comité de Salud pública, en el Tribunal revolucionario y en la ley draconiana del 22 de Prarial. Háblase ya de visitas domiciliarias, de un gran escarmiento y, en suma, de un 2 de Setiembre todavía innominado y sin fecha.

La suspicacia jacobina, a la cual un progreso ilusorio ha trasladado la suspicacia inquisitorial, recela traición en todas partes y ha hecho imposible toda salida. «Las barreras de París, cerradas el 10, el 11, el 12 y el 13, entreabiertas el 14 después de una visita general a los *hôtels garnis,* cerradas de nuevo el 15 y el 16, estuvieron del 17 al 29 libres a medias» (1). El derecho de gentes no reza con las revoluciones; de las proclamas líricas que llamaron a los estranjeros a compartir las dulzuras y bienandanzas de la libertad, nadie se acuerda tampoco. La garrulería teorizante de la época no tardará en justificar esas violaciones, declarando por boca de Thuriot que Francia debe permanecer «*en estado de naturaleza* respecto de los otros países». Y después de la prohibición de salir, viene la aglomeración de los detenidos por esta causa, la insuficiencia de los medios de transporte, el agotamiento de los pasajes. Todo el mundo quiere partir a la la vez. Moratín acude al despacho de la diligencia, junto con el abate Pellicer, desde el día 18, y hasta el día 23 no les será posible emprender la marcha anhelada. Mientras tanto, refrena su impaciencia y espera el instante de la liberación, aturdiéndose en el café, en el teatro, cuyas funciones son ya a beneficio de las víctimas del 10 de Agosto; con las compras y visitas de despedida; comiendo el día 20 en casa del cura de Saint-Marceau, amigo de Chabot y uno de los ejemplares del sacerdote constitucional y patriota, que ya les había invitado el día 1.°; consumiendo los minutos, que se le hacen horas, y las horas, que se le hacen meses, aunque sea fisgoneando por última vez en un antro terrorista,

(1) Mortimer Ternaux, *Histoire de la Terreur,* t. III, pág. 133, nota.

como la sección *des Gobelins* (día 20), que reúne lo más exaltado del arrabal de San Marcelo y que fermenta con la fermentación precursora de las horribles jornadas de Setiembre. Por último, al medio día del jueves 23 de Agosto, puede subir a la ansiada diligencia; dirigir una postrera mirada de angustia y satisfacción, todo a un tiempo, a las calles de la enloquecida metrópoli; pasar por las barreras y sufrir el sobresalto final de la presentación y examen del salvoconducto; decir adiós a la pesadilla. A las nueve de la noche, la diligencia llega a Clermont. Después de cenar, a la una de la madrugada, sigue para Amiéns, donde se apea a las once de la mañana del 24. El 25 come en Boloña, y a las ocho de la noche se halla en Calais. El 26, a primera hora, se embarca en el paquebot, con un *pavor terribilis*. Es la primera vez que se confía al mar y que conoce su furia. A las doce de la mañana está en Dover, al abrigo de las olas, en el seno de una nación tranquila. Puede respirar a sus anchas, arrancar del sombrero la cucarda cívica, sentirse libre y dichoso. Queden en paz, al otro lado, los franceses, con sus sangrientos delirios y su fanática redención. Lo que acertó a ver le basta y le sobra. Le basta para no recordarlo jamás; le basta para sentir, en lo que le reste de vida, un horror invencible por la memoria de aquellos meses malogrados y por todo lo que trascienda a bullanga y popular tumulto.

***

Tales fueron las andanzas del ilustre escritor madrileño durante su viaje de 1792; tales las escenas que presenciara al atravesar el golfo encrespadísimo de la Revolución francesa. Como queda dicho, ninguna de estas escenas tuvo que ver con el asesinato de la princesa de Lamballe, contrariamente a lo que los biógrafos de Moratín afirman. El 27 de Agosto, don Leandro hallábase ya en Londres, alojado en una posada de Suffolck-Street (1), desde donde pasó más adelante a la calle

(1) Diario manuscrito.

de Strand, núm. 481, y luego a la Green-Street, Leicester Square, núm. 11 (1). La angelical amiga de María Antonieta no pereció, según es sabido, hasta el día 3 de Setiembre, en la prisión de la Force. ¿Cómo pudo ver paseada en una pica la cabeza de Luisa de Saboya-Carignan, con sus guedejas de oro pálido velando las facciones exangües y puras y rodeándolas de una luz de martirio é inmortalidad? Ni le faltaba esta prueba para «dejar con espanto y aversión un país donde el crimen parecía haber erigido su trono» (2). El día siguiente de su llegada a la ciudad del Támesis, escribe a Melón (3): «Ayer llegué »a Londres; hoy (28 Agosto) he visto a Las Heras y al Emba»jador, que me ha recibido muy bien... Las cosas de París »van mal. La Fayette se escapó, huyendo de la guillotina que »le amenazaba; el Rey está en una torre del Temple con un »municipal (un miembro del Municipio) que no le pierde de »vista, y mil hombres de guarda; los jacobinos han renovado »las proscripciones del Triunvirato; nadie vive seguro, y todo »el que puede escapar, escapa. Dirás a Dimanche y al Doctor, »que no extrañen que no haya hecho ninguno de sus encar»gos en veinte días (4) que me he detenido en París, y en días »tan agitados y turbulentos...»

Sorprende la escasez de alusiones a los sucesos de la Revolución que pone de manifiesto su correspondencia conocida. ¿Sería por temor a los rigores fiscales de las Aduanas españolas, por cautela, por falta de afición? Transcurren unos cuatro meses, hasta el 21 de Diciembre de 1792, sin que aparezca otra carta ni otra referencia política. Lo que dice a Melón con esta última fecha, sería para desconcertar si no conociéramos lo contradictorio de esos caracteres escépticos y volterianos que

(1) *Obras póstumas*, t. II, páginas 129 y 132.

(2) Silvela, *Vida* de Moratín, *Obras póstumas*, t. I, pág. 22.

(3) Por cierto que esta carta (*Obras póstumas*, t. II, pág. 125) figura con la fecha equivocada. Dice 28 de *Marzo* y debe decir 28 de *Agosto* de 1792.

(4) Fueron veintinueve justos.

abominan de los frutos y no dejan de cultivar la planta. «El »Rey (de Inglaterra) está empeñado en hacer la guerra a los »franceses, y el pueblo en que le aligeren los tributos; el de »Escocia e Irlanda está un poco revuelto, y no deja de dar »cuidado. El contagio de la falsa filosofía ha cundido aquí, a »pesar del frío que hace, y por todas partes se oyen opiniones »absurdas, que hacen estremecer. Dicen que es menester un »nuevo arreglo del parlamento, y que la nación no está legal»mente representada... Se quejan también, con igual injusticia, »de las riquezas del clero, la distribución de los impuestos, los »privilegios de varios cuerpos y particulares, y otras cosas, que »anuncian los progresos que van haciendo en esta gente las »erradas máximas de los modernos. De otro modo pensaban »nuestros abuelos, y el pan valía más barato, y había más cris»tiandad y mas temor de Dios...» (1). Pasan otros cuarenta días y, en 1.° de Febrero del 93, poco después de la muerte de Luis XVI en el cadalso, dice al indefectible Melón: «Ya sabrás »las últimas novedades de la Galia: aquí, como estamos tan »cerquita, las tenemos al cuarto día. Cada vez se cree la gue»rra más inevitable...» (2). En otra carta, sin fecha, pero del propio año 93, manifiesta a su amigo cuánto le fastidia la dramaturgia británica: «El teatro inglés—dice—es capaz de con»solar a los españoles, a los italianos y aun a los malabares, »de las extravagancias del suyo»; y añade la confesión ya citada más arriba: *si los franceses no estuvieran locos, no hubiera yo venido a ver las inmortales obras de Shakespeare.* Y, por último, cosa de seis meses más tarde, el 26 de Julio, anunciando a Melón su próxima salida para Bélgica, Alemania é Italia, dice secamente y de pasada: «El inicuo Marat acaba de morir asesinado a manos de una mujer» (3). El hecho había ocurrido en París el día 13.

---

(1) *Obras póstumas*, t. II, páginas 126 y 127.
(2) Idem íd., pág. 131.
(3) Idem íd., pág. 134

Con esto puede decirse que se pierde en sus cartas todo rastro de la Revolución, si bien las *Notas sueltas sobre Inglaterra,* publicadas en el tomo I de sus *Obras póstumas,* contienen todavía algunas referencias aprovechables. Así, por ejemplo, la reseña de un banquete político, en la taberna de *Cronw and Anchor*, al cual asistió y que habían organizado los partidarios londinenses de Tomás Payne, después del proceso y condena (en rebeldía) de este último, por su opúsculo sobre los *Derechos del hombre,* y de la célebre defensa del abogado Erskine. Payne era norteamericano; se adhirió con gran vehemencia a la revolución de Francia y tomó parte activísima en sus agitaciones, trabajando a dos vertientes: en el interior, y sobre los pueblos de lengua inglesa, con la terrible fusión del puritano y el jacobino. «Llevado de la curiosidad—dice Moratín,—asistí á esta función, tomando un billete por siete chelines», o sean 35 reales de nuestra moneda. Debía presidirla Erskine en persona, quien, al presentarse en la sala de espera, fue recibido con aplausos y aclamaciones. Subido en una mesa leyó un discurso contra el Gobierno *tory*, y le siguieron otros varios. Llegada la hora de comer, y a costa de formidables empujones y aun con peligro de morir aplastado, Moratín consiguió penetrar en la sala principal, suficiente para unos cuatrocientos comensales, de los ochocientos que se habían reunido. El salón estaba adornado con pilastras y figuras, gran bóveda elíptica en el centro, dos imponentes chimeneas de mármol, cinco arañas riquísimas. Dispuestas a lo largo contábanse cinco mesas y otra que formaba el testero, para la presidencia. «Se cubrieron las mesas una sola vez; pero con tal abundancia, que todos comieron bien y sobró mucho todavía.» Después del banquete, empezaron los brindis: Erskine, el fogoso Sheridan, Grey, Bing. A continuación de cada discurso, se levantaban las copas, decíase tres veces *hurra,* y bebían todos. Algunos oradores cantaron también canciones políticas de circunstancias, coreadas por el auditorio, que repetía el estribillo.

Mr. Took, acepto a la demagogia, habló en sentido más

exaltado que sus predecesores y zahirió al Presidente y a Sheridan. El vino se había apoderado ya de no pocas cabezas, trataron algunos de agredir a Mr. Took, en un grupo cercano a él empezaron a darse de cachetes, cedieron las mesas, rodó la vajilla por el suelo, ganaron la puerta los más prudentes y, después de mucho rato, con grandes fatigas de la presidencia y una vez retiradas las reliquias del combate, prosiguió la reunión como si tal cosa, quedando acordado repetirla dentro de cuatro semanas (1). La viva descripción de esta escena hace muy de sentir el silencio del literato español sobre tantas otras, más movidas y trascendentales, de que acababa de ser testigo. Fatigado de Londres, emprende, allá en Agosto del 93, su vuelta a la Europa continental. El día 6 llega a Dóver para embarcarse con dirección a Ostende, según el itinerario que puntualiza en su *Viaje de Italia*. El día 7, detenido en Dóver todavía, anota la siguiente impresión, que no honra, por cierto, a su blandura de entrañas: «Viento contrario. Me divierto »en ver embarcar para Ostende clérigos y ex-frailes franceses, »desaliñados, puercos, tabacosos, habladores; tan en cueros »como el día en que llegaron, y tan a oscuras de la lengua in»glesa, al cabo de dos años de manejar el diccionario, como »la madre que los parió» (2). Estos infelices desaliñados, puercos y desnudos, eran los hermanos de persecución y martirio de aquellos otros, cuyas cabezas ensangrentadas tanto le horrorizaron en Burdeos. Era el rebaño miserable y hambriento de la emigración forzosa, esto es, de la expulsión legal y de la disyuntiva entre la apostasía y la muerte. Cuando él salió de París como simple viajero, aburrido y asqueado, pudo cruzarse con las caravanas de esos clérigos, empujados, entre mil peligros, a todas las fronteras, privados de sus beneficios y temporalidades, sin ropa, sin ajuar, sin permitírseles más dinero que una cantidad irrisoria, no pocas veces dejada en las manos

(1) *Obras póstumas*, t. I, págs. 165 y siguientes.
(2) Idem íd., t. I, pág. 272.

rapaces de sus perseguidores ó de sus custodios. Así entraron por docenas y por millares en España, y así pudo hallarles todavía a su regreso, después de cinco años de diversión en los países más agradables de la tierra, mientras ellos languidecían en una estrechez e infortunio que empiezan ahora a ser debidamente conocidos y estudiados (1).

Y nada más. El viajero siguió su ruta; la Revolución también. El viajero peregrinó por Bélgica y Suíza, por Alemania e Italia. Se extasió en Milán, en Parma, en Florencia, en Roma, en Venecia, en Ferrara. De Bolonia, donde halló a los sobrevivientes de la expulsión de los Jesuítas entregados a toda suerte de estudios, hizo su cuartel general. Pasaron los años 1794, 95, 96... Allá, a mediados de Octubre, emprendió su regreso a la nativa Hesperia, embarcando en la fragata española *La Venganza*. Un temporal horrorosísimo la puso a pique de perderse: cedió, partido, el bauprés; quebróse la caña del timón; pudo escapar de milagro al apresamiento por una escuadra británica, y se refugió en la isla de San Pedro, punta meridional de Cerdeña. El 16 de Noviembre reanuda su viaje, y entre borrascas, lluvias y huracanes, tiene que recalar en Mahón. El 7 de Diciembre sale de nuevo para Cartagena, que la violencia de los vientos no les permite ganar, como les aparta también de Málaga, entrando, por último, en Algeciras el día 11, donde desembarcó Moratín, maltrecho y extenuado por tanta penalidad. Godoy continuaba en auge: vacó la secretaría de la Interpretación de lenguas, por muerte de Samaniego, y obtúvola el recién llegado. Desde 1797 á 1808, se deslizan los años sedentarios y laboriosos de su existencia, no turbada más

(1) Véase especialmente: Jean Contrasty, *Le clergé français exilé en Espagne*, Tolosa, 1910. Con anterioridad habían abordado este tema el P. Delbrel, en un trabajo de la revista *Etudes Religieuses* (Setiembre, Octubre y Noviembre de 1891); Geoffroy de Grandmaison, en *Le Correspondant* (5.° y 6.° números de 1891); y otros de menor importancia, aparte de las obras generales sobre historia de la emigración, tales como la de Ernesto Daudet, etc.

que por las envidias y conjuras literarias, por sus choques con el general Cuesta en la Junta de Teatros, por los chismes de *polacos* y *chorizos*. Son los años de *La sombra de Nelson*, de la *Huerteida,* de la traducción de *Hamlet;* los años de *El Barón* y *El sí de las niñas*. Entonces puede volver la vista atrás y recordar sus andanzas pretéritas, no sospechando las que para más adelante le reserva el destino y creyéndose para siempre en tierra firme. Entonces puede evocar poéticamente sus correrías, aventuras y peregrinaciones, y aludir a ellas, como en estos versos de la epístola II, dirigida a D. Gaspar Melchor de Jovellanos:

> De mi patria orilla
> a *las que el Sena turbulento baña*
> *teñido en sangre;* del audaz britano,
> dueño del mar, al aterido belga;
> del Rin profundo a las nevadas cumbres
> del Apenino...;

esto sin observar, por ventura, que el Sena turbulento se ha salido de madre, anegando la Europa vencida, saltando por los Pirineos sobre la vieja Península aletargada. Estamos en 1808. Ocurre el motín de Aranjuez, que repercute en Madrid. Encerrado en su casa oyó aquella noche, la noche de San José, el feroz griterío de las turbas; pero no como quince años antes en París, a guisa de espectador asombrado, sino como víctima presunta cuya cabeza reclama el populacho, enfurecido por innobles instigadores. Llega el 2 de Mayo y, por debilidad, por horror al tumulto, por creer temeraria toda resistencia, sigue el partido que juzga más fuerte. Continúa desempeñando su secretaría; después de Bailén, el ejército francés desampara a Madrid, y Moratín, siempre en busca de seguridad, se retira a Vitoria. Vuelve a la Corte con las tropas de Napoleón, y en 1811 es nombrado Bibliotecario mayor de la Biblioteca Real. Otra batalla, los Arapiles, provoca, en Agosto de 1812, una nueva retirada, y esta vez definitiva, del ejército imperial. El pacífico bibliófilo, el novel «caballero del Pentá-

gono», se retira también, achacoso y enfermo, a Valencia; vive allí en la estrechez, y llegado el momento de evacuar a Valencia, no halla más que un desvencijado calesín, que comparte con una señora de edad, doña Teresa Iraburu. Vuelca el calesín, rómpese una clavícula su compañera de viaje, y, ante el temor de dar con el *Fraile* y sus guerrilleros, no encuentran arbitrio mejor que acogerse al castillo de Peñíscola. Creyeron permanecer allí unas horas, a lo sumo unos días, y, en el momento menos pensado, les sorprende y coge dentro de la fortaleza un sitio de once meses: de los comienzos de Julio de 1813 hasta el 13 de Mayo de 1814. Recibió el castillo más de catorce mil proyectiles de cañón, incendiándose un día cincuenta barriles de pólvora, que derribaron una gran parte del edificio, con muchas muertes, horrores y aullidos de dolor. Libre de este infierno, pasó a Vinaroz, y de Vinaroz, en un carro, a Valencia. Quiso acogerse a los decretos sobre empleados que hubieran servido al intruso; presentóse al general Elío, y en poco estuvo que no le diese muerte con su propia espada. Túvole arrestado y lo mandó preso a Barcelona, en una goleta. Nuevos temporales, nuevas desdichas, peligro inminente de estrellarse sobre el cabo de Oropesa... Por fin, en la ciudad de los Condes, el general barón de Eroles le atiende con más humanidad y ofrece consultar a Madrid sobre su caso. Lo ha perdido todo: equipaje, dinero, pensiones retenidas. Vive en una mal posada de la calle *den Petritxol;* se recata de la gente; se hace llamar por su segundo nombre y apellido: Melitón Fernández. Recupera algo de lo perdido y lo confía al banquero Grassot, que quiebra poco después con estrépito. Aguarda la resolución de Madrid y no viene nunca. Transcurre todo el año 1815, todo el 1816; le da en la nariz tufillo de Inquisición, y huyendo de autos y autillos, con adjuraciones *de levi* o *de vehementi*, se interna en Francia y vaga por Montpeller, se detiene en Lyón y llega hasta París, donde se reúne con su amigo Melón en Mayo de 1818. Han pasado veintiséis años desde el viaje 1792. Se ha hundido el Imperio. La Restauración se

esfuerza en borrar todo vestigio del París revolucionario de otros días. ¿Dónde están los viejos conocidos y cicerones del café Corazza, del banquete cívico de la Bastilla, de la sección de los *Enfants rouges:* Chabot, su mujer, el cura de Saint-Marceau, la *vicina* amable que les acompañaba al Palais-Royal en las vísperas del 10 de Agosto? ¿Sería ésta, por ventura, la *señorita francesa* del VII de sus *Epigramas:*

La bella que prendió con gracioso reir
mi tierno corazón alterando su paz,
enemiga de amor, inconstante, fugaz,
me inspira una pasión que no quiere sentir...?

Todo ha cambiado por segunda vez, todo ha envejecido como Nísida, otra beldad de los floridos años del poeta:

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren a su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
cuando joven reías,
ves que no vuelven, y en amar porfías?
Huyó la delicada
tez, y el color purísimo de rosa,
la voz y la preciada
melena de oro undosa:
todo la edad se lo llevó, envidiosa...

Y de París a Bolonia, y de Bolonia a España, otra vez, al grito de libertad de 1820. Barcelona vuelve a albergarle; la sombra del Santo Oficio se aleja. Pero no bien goza un poco de quietud, ve representar sus comedias y saborea los goces del triunfo; la fiebre amarilla y las amenazas de la reacción servil lo empujan de nuevo a Francia; y ahora para siempre. El 23 de Agosto de 1821 está ya en Gerona, a principios de Setiembre en Perpiñán, luego en Bayona, el 11 de Octubre en Burdeos. Allí, poco tiempo después, se reunió con su amigo Silve-

la, pasando a vivir en su casa-colegio. En 1827 se trasladaron a París, con objeto de reinstalar más en grande la fundación educativa para jóvenes españoles que tanta celebridad tuvo en su época; y, al año siguiente, el 21 de Julio de 1828, dejó de existir Moratín, envejecido más que viejo, y juguete, durante casi toda su vida, de una Revolución que no amó nunca, y que, por caminos fatales, llevóle a la infelicidad personal y a la apostasía de sus deberes patrióticos.

MIGUEL S. OLIVER

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

LXX

Novillos y patriotismo.

Aunque lo referido acerca del Colegio de la Aurora, su enseñanza e indisciplina, resulta demasiado grotesco, inconcebible, o cuando menos bastante exagerado al parecer, debo decir que, por moverme solamente el deseo de dar noticia del estado de la educación en la época de mi infancia y juventud, lo narrado es cierto en todas y cada una de sus partes. El color de los cuadros es propio de la misma tierra, y sus efectos no son del copiante, sino del original de que se tomaron.

Nada sé del origen y fundamento de la Aurora. Fácil cosa sería averiguarlo, por los papeles del archivo parroquial. Una lápida, subsistente hoy en la puerta que da a las gradas de la iglesia, dice así: *Escuelas Pías de la Aurora.*

¿Fue en su origen uno de esos colegios mixtos de instrucción primaria y humanidades confiados a los Padres Escolapios? No me ocupé entonces en saberlo, ni hoy he procurado hacer indagaciones.

Lo que sí puedo decir es que por mis tiempos era un cuerpo sin alma: un edificio que constaba de una iglesia abando-

nada del culto, y que sólo se abría alguna que otra vez para convertirla en lugar donde se sorteaban los quintos y en *colegio* de ruidosas elecciones.

Sobre la iglesia, unos salones desmantelados.

Y aquí paz y después gloria.

Quedaba el huevo, pero sin yema ni clara. Y quedaba también el fuero, que mantenía como depósito sagrado D. Juan Galán y Moreno.

Representaba la Aurora el último suspiro, el grado postrero de decadencia de aquellas escuelas semimonacales, semiclericales, que llenaban como podían, durante la Edad Media, las funciones docentes y educativas, y que vinieron lamiendo el plato con más o menos trabajo hasta el plan centralizador de estudios del año 1857.

Por lo que respecta al maestro, nada se puede decir que no resulte en su honra y alabanza.

Sacerdote honesto y sencillísimo, apacible y bondadoso, sabía muy bien latín, y no sabía enseñarlo, por causa de la rutina con que lo había él aprendido. Sabía poco de lógica y menos de física; y, sin embargo, con sus experimentos e ingeniosidades, por grotescos que resultasen, era un maestro pintiparado de esas cosas... para una escuela de párvulos.

De las rabonas, luchas y pedreas, de los robos en huertos y arboledas, no hay que escandalizarse: tales excesos, relegados ya a las clases ínfimas de la chiquillería, eran, en aquellos tiempos y los antepasados, cosa corriente y natural. Garcilaso pertenecía a una de las familias españolas de mayor nobleza y acomodo. Cuando dice en sus versos:

> Flérida para mí dulce y sabrosa
> más que la fruta del cercado ajeno,

bien deja entender que robó los frutales, y que no lo haría cuando era ya barbudo y talludito.

Por otra parte, dejo indicado que las rabonas venían a suplir a las excursiones escolares, reconocidas hoy como útiles para los efectos educativos.

En unas escapatorias íbamos a dar con los despedazados muros del Castillo de Santa Catalina. Allí, en la plaza de armas, en sus derruídos baluartes, sentía como si el espíritu de un genio me gritase lo mismo que a Quintana: «¡Guerra y venganza!»

Cuando un día, en más dilatada excursión, llegamos a Puerto Real, sus casas (incendiadas y hundidas casi todas entonces) nos movieron a curiosidad y tristeza, impulsándonos á preguntar, a un viejo que pasaba, cuál era la causa de tanta ruina. A lo que el anciano contestó:

—¡Lo quemaron los franceses!

LXXI

Las armas y las letras.

Llegado Junio y fin de curso, hallándose mi señor padre en su habitación particular, llamada por mi buena madre *el cuarto de los leones*, le picó la curiosidad de ver lo que su hijo había aprendido.

Hizo que le llevara los libros por donde había estudiado, ¡y cuál sería su estupefacción al encontrarse con que no sólo no sabía el *musa musæ*, pero ni siquiera leer latín!

El cuarto de los leones, cuya llave no dejaba nunca al dueño, guardaba el polvo desde que se alquiló.

Una mesa de escritorio, con carpeta, protocolos y papeles varios, el Fuero Juzgo, las Leyes de Toro, las Partidas y la Novísima Recopilación, declaraban al letrado. Un barril con cartuchos de pólvora, tres docenas de fusiles mohosos, un rimero de cartucheras y correas, un manojo de sables con empuñadura de metal, denunciaban al patriota oficial de voluntarios.

Pues, como digo, mi padre se quedó tan pasmado que ni le saltó el resorte del enojo; y así, sin saber qué decir ni qué partido tomar, rechazado del lado de las letras, fuí a dar en el

de las armas. Con rostro severo, me ordenó que cogiera un fusil y me pusiera de plantón sobre el barril de pólvora.

De ese modo estaría cerca de una hora, en cuyo punto mi padre tuvo que salir a sus quehaceres. Dudó si dejarme encerrado, de plantón sobre el barril; pero recapacitando que yo no era de fiar para vecino de materias explosivas, me ordenó bajar y salir del cuarto, dirigiéndome la siguiente admonición:

—¡Ya sabré yo lo que he de hacer contigo!

Las determinaciones fueron: en primer término, dejarme sin ir a Jerez aquellas vacaciones (castigo, en verdad, grave para mí); ponerme á estudiar francés con un pariente nuestro, D. Emilio Polanco; y, por último, mandarme a estudiar el latín con D. Santiago Castellanos.

LXXII

Un profesor de francés y un dómine de latín.

D. Emilio Polanco, casado con una prima hermana de mi padre, era un apuesto joven como de veintisiete á veintiocho años.

Aún vivía su madre, consumiendo los cortos restos de su anterior fortuna y procurando no dar su brazo a torcer. Su esposo, antes opulento comerciante en Cádiz, vióse envuelto en la ruina general. Liquidó la casa, al ver consumido todo su activo, y se retiró al Puerto para vivir con su familia en una casa de su propiedad, que antaño le servía para las temporadas de recreo. Con muy poco numerario y un baúl lleno de incobrables giros, vegetó algunos años; dejando superviviente a su señora para que le siguiese en el difícil papel de vivir con decoro exterior y con poquísimo dinero.

Claro está que una vez casado el hijo, ya no le alcanzaba nada de las zurrapas de la fortuna.

Habíase educado, como hijo de casa rica, en Londres y

París; había frecuentado buenas sociedades, y es lógico que descollase por su educación y sus maneras distinguidas.

Pero, ¿qué hacer, cómo exprimir estas dotes para sacar de ellas el pan nuestro de cada día?

Sin comercio ya y sin industria, sin nada en qué emplear el trabajo personal para hacerlo producir, es un enigma cómo podía vivir por entonces, en aquella parte de Andalucía al menos, la desgraciada clase media.

Tentó a dar lecciones de contabilidad, y nada; de inglés, de francés, de matemáticas, y con tantas cosas apenas podía ganar al mes cuatro o cinco duros.

En medio de tantas estrecheces, comencé a dar con él lecciones de francés. Su método era bueno. Me enseñaba de viva voz el sonido de vocales y consonantes, y me lo hacía repetir. Me explicaba cada línea de la gramática una por una, y hasta que no me la hacía entender no me ordenaba que la aprendiese de memoria. Así llegamos hasta traducir el *Telémaco;* y, de haber frecuentado más la conversación, hubiera logrado hablar francés medianamente.

En primeros de Octubre abrió su aula D. Santiago Castellanos, dómine de latín muy contra el uso de lo que cualquiera pueda figurarse.

Fama de latino la tenía, y muy grande. ¡Con decir que se le reconocía desde el siglo anterior, a pesar de ser laico, casado y liberal, está dicho todo!

Pero, mi D. Santiago el año 38 contaba ochenta y ocho de edad. Tenía una catarata senil en cada ojo, que no le dejaba ver tres sobre un burro. De la edad, una tos habitual que por afectación de oficio hacía él más sonora y campanuda. No chocheaba de cabeza; pero su cerebro, batiéndose en retirada, se había quedado sólo con el latín y con la estima de la gravedad de su persona. Y también de los cargos de Síndico y de Alcalde, que había ejercido en las dos épocas del *Sistema*, cuyo recuerdo no dejaba perecer, simbolizándolos *ad perpetuam* en su bastón de caña de Indias, con puño de oro (aunque sin borlas), su gran

sombrero de copa y su frac verde con botón dorado y piedra ágata en medio.

Su cátedra de latín, por oposición la había ganado después de mediar el siglo XVIII; pendía de un patronato la retribución, y con sus veinticinco duros cada mes vivía como el pez en el agua.

No era amigo del *Arte de Nebrija*. Nos hizo comprar otro, cuyo nombre no recuerdo si era Hornos, *Hornero* o cosa parecida; y ya podrá calcularse por mi olvido lo mucho que me aplicaría sobre el *Arte*.

D. Santiago tenía la clase en el convento de San Juan de Dios. Entrábase por la calle de la Misericordia; por allí mismo daba acceso a una clase gratuita de primeras letras.

Hoy no puedo menos de sonreirme cuando oigo declamar a algunos varones, que no conocen de la misa la media, porque tuviéramos hospitales, Ayuntamientos, Gobiernos civiles, Capitanías generales, cuarteles, cárceles y presidios establecidos en conventos, sin considerar que ¿qué se había de hacer? Esto prueba que España no era nada, que no había casi hospitales ni escuelas, que no existían, sino por excepción, edificios para los Capitanes generales, ni para los Jefes civiles, ni para las cárceles, etc. Y que, en cambio, toda población importante se reducía a un amasijo de conventos.

Volvamos a nuestro octogenario D. Santiago Castellanos.

Sentábase éste en su pulpitillo o cátedra de madera apolillada, tan vieja como él; y con tantos golpes de tos como palabras campanudas, explicaba la lección. No hay más sino que, para nosotros, así significaban las palabras como las toses: un ruido.

Concluída la explicación, llamaba a un cursante para hacerle una pregunta; y el arrapiezo, abriendo el *Arte* por donde entendía que debiera tratarse del asunto, abusando de la ceguera del maestro y de la altura a que se hallaba colocado, leía con la mayor desvergüenza la contestación.

Perro viejo, no dejaba de advertir a veces el engaño; sobre

todo, cuando al preguntar sobre los pretéritos, leían por los supinos.

Pero a mí, en particular, me cogía menos veces. Primeramente: no iba con el libro entero, sino con la hoja que arrancaba; así la escondía mejor en la palma de la mano. En segundo lugar: trocaba alguna palabra o cometía alguna equivocación, para hacer perder la pista de cosa que oliese a leída; y así me las ingeniaba.

Las rabonas no resultaban necesarias; pues ya porque a don Santiago se le agudizasen los catarros, ya porque el reuma no le permitiera salir, quedaba suficiente número de días completamente en blanco.

LXXIII

El rescate de una gorra: epopeya.

Por aquel entonces, el hermano mayor de Cotera, D. José, médico justamente acreditado y regularmente entendido en Historia Natural, abrió un curso particular de dicha asignatura.

Mi señor padre, por ver si yo mostraba más disposiciones para esos estudios que para el latín, me inscribió en la matrícula.

Algo saqué, si bien no muy sustancial. Al fin y al cabo, vine a saber que eran tres, como las hijas de Elena, los reinos de la Naturaleza: minerales, vegetales y animales. Que las plantas vivían y se reproducían; que los animales vivían, se reproducían y se iban de una parte a otra. Y varias cosas más, con algunas retahilas como ésta: bimanos, cuadrumanos, carniceros, roedores, desdentados, monotremos, paquidermos, etc.

En cambio, como me vi allí con la mayor parte de mis compañeros de la Aurora, volví a desplegar las alas más libremente en el campo de las travesuras.

Al mismo San Juan de Dios, entonces *bota de turbios* de varias enseñanzas, fuimos con la de la Historia Natural. Dió-

senos por clase una habitación con puerta de entrada a la izquierda del primer descanso de la escalera, una ventana de antepecho al patiecillo jardín, y el hueco de una puerta (cerrada a piedra y lodo) que daba a la cátedra de D. Santiago Castellanos; delante de este hueco, y para mayor incomunicación, hallábase colocado un gran estante de madera, cerrado con candado y llave, y cuyo contenido y uso desconocíamos.

Enredando en el aula antes de venir el profesor, tiré la gorra de un muchacho, por detrás del estante, al hueco que hacía la puerta tabicada. Viendo la dificultad de rescatarla, el dueño se echó a llorar, diciendo que le castigarían en su casa al verle entrar sin gorra.

Tenía razón el pobre. Sentí remordimiento por el daño causado; y sin pensar en más, tomo vuelo; de un salto cojo la cornisa, que reguindo; trepo por detrás del estante, recojo la gorra y vuelvo a tirarla fuera, siendo recogida por su dueño.

Hasta aquí, todo fué muy bien y a satisfacción. Pero, cuando pienso saltar para salir de lo hondo, veo con estupor que no puedo tomar vuelo ni alcanzar la altura del estante. Hago esfuerzos desesperados para moverlo, empujando por la espalda; sus tablas crujen, y el peso no se mueve.

Mis compañeros ríen a carcajadas, al considerar mis apuros de ratón en ratonera. Después entienden que el asunto es serio; pretenden ayudarme para mover y desviar el armario, yo por detrás y ellos por delante. Carece de asideros y cruje, declarando que está más propicio a dejarse romper que a mudar de posición. ¡Todo un carácter! ¡Toda una ruina inconmovible!

El catedrático debe de estar a punto de llegar. En el apuro, discurro y ordeno que pongan un banco por afuera; que por él salte Majarón sobre la tapa del estante, que Ramón Cotera y otros mayores se reguinden a sus piernas, que Majarón eche los brazos por detrás del armatoste para que al salto alcance yo las manos, y por ellas pueda hacer la ascensión.

El plan es obedecido *incontinenti*. Ya Majarón, tendido boca

abajo sobre la cabeza del estante, alarga sus brazos y penden de sus piernas dos cadenas de chiquillos. Trepo; y al trepar cabecea el armatoste, pierde el equilibrio y soltamos todos de repente.

La balumba cae, produciendo un ruido catastrófico. Majarón queda hecho un sapo sobre el espaldar; los demás huyen despavoridos; yo salto sobre las tablas del estante para levantar a Majarón; éstas se hunden y sale rodando un fragmento de altar, con *San Miguel* por un lado y el *Diablo*, independiente, por otro, de los pies del primero. ¡Salimos huyendo!

No habíamos corrido Majarón y yo el primer tramo de escalera, cuando la escuela plena, el maestro, los ayos, sacristanes y cuantos en el convento estaban aparecieron dando descomunales voces, unos de indignación, otros de espanto y todos contra mí, a quien, como era verdad, consideraron desde luego reo.

Ni el coro de los puñales de los *Hugonotes* tiene que oir, para aquel coro improvisado y espontáneo. Fue lo peor, que tuvo eco, y no faltaron gentes que considerasen la cosa como un horrible sacrilegio, digno de ser purgado con sambenito, y en hoguera.

Nos echaron de San Juan de Dios a los *naturalistas,* y nos fuimos con la música a otra parte. La otra parte fue la casa misma de Cotera, donde continuamos asistiendo a las explicaciones de Historia Natural.

Como D. Santiago continuaba dando su clase en un aula del mismo San Juan de Dios, me pareció prudente no asomar por allí mientras no se calmase la ira ocasionada por el sacrilegio. Pasados algunos días procuré volver, impulsado por el temor de que la falta llegara a oídos de mi padre. Di vueltas por el edificio, y un condiscípulo de latín, con quien topé, no me dió buenos informes sobre el estado de los ánimos respecto a mi negocio.

Entré a cuentas conmigo, y dije:

«¿Qué voy a aprender aquí? *Subjuntivo,* ¿y qué es subjunti

vo? *Gerundio,* ¿y qué es gerundio? *Pluscuamperfecto:* esto parece que significa una cosa más que perfecta o que no tiene tacha; y si es perfecta, ¿cómo es más perfecta todavía? ¡Al diablo con tales jerigonzas! Más quiero sentar plaza, que volver a abrir un maldecido *Arte de Latín.*»

Volví la espalda; y aquí dieron fin, por entonces, mis humanidades.

LXXIV

* De cómo se enseña a aborrecer lo que se aprende.

Seguí concurriendo a la clase de Historia Natural; y a otra de dibujo, que daba en su casa particular un señor comandante retirado, de cuyo nombre no puedo acordarme, ni hace falta.

Mis deseos por aprender a dibujar eran vehementes. De mí partió la exigencia de que me pusieran en la clase; y no dejé de importunar a mis padres hasta que me compraron el estuche de lapiceros y difuminos.

El primer día, púsome el maestro en el papel dos puntos en sentido horizontal, para que entre ellos trazara una línea recta. Así lo hice. Pasada una hora volvió, y me dijo que estaba bien. Pero, como en hacer la raya eché un segundo y estuve una hora sentado, mano sobre mano, sin hacer nada, el tiempo me pareció eterno; hice péndulo de las piernas, me rasqué el exterior y el interior de las narices, conté todas las vigas de la techumbre, y si tarda más la clase me parece que reviento.

Volví al otro día puntual, aunque ya sin maldito el entusiasmo. Y vuelta a los puntos, que fueron no sólo horizontales, sino que también verticales y oblicuos. Así, como al mancebo del boticario, fue endulzando el maestro mi existencia: unas veces haciéndome machacar almendras amargas y otras veces almendras dulces. Con estas dichosas líneas, más tarde

combinadas en paralelas, triángulos y otras figuras geométricas, me hizo pasar un trimestre deleitoso.

Hice acopio de paciencia, cosa difícil en mi temperamento: ya por lo que me escarabajeaba la conciencia por mi mala conducta de latino, como por el compromiso a que me obligaba el hecho de haber sido yo mismo impertinente solicitante de aprender a dibujar.

Al fin, cuando Dios quiso, me pusieron una muestra de contorno de nariz, y luego otra, y más tarde un ojo, y otro y otro, hasta hacerme aborrecer el queso, que me los pudiera recordar. Y después una boca; y ¡eche usted bocas!, que no fueran tantas si el retirado militar tuviera que mantenerlas. Y más adelante, una oreja y otra oreja y un orejón con sus pelos y todo, que ponían los míos de punta, en fuerza de monotonía y de fastidio. Como si no bastase para agotarme la paciencia, me hacía repetir la muestra una vez y otra vez.

Hasta que, al cumplir el año, di a los mismísimos diablos aquel aprendizaje estúpido, capaz de secar en flor el mismo genio de Velázquez y de Miguel Angel.

LXXV

*El honor de un granadero.

El Convenio de Vergara había regocijado todas mis potencias, pero también había muerto mis mayores ilusiones. Cifrábanse en verme pronto de cadete, y tocaba con la mano la faja de general. Terminada la guerra, veía la cosa más difícil.

Para mi honra de político precoz, debo declarar que estimé en más la victoria sobre los carlistas que todas mis ilusiones. No por eso hube de perder el amor a las armas. Un batallón, una compañía que pasara de largo o se alojase, cautivaba mis sentidos y potencias. Los tambores tenían hilos con mis pies; y quieras o no quieras, me arrastraban en pos y los seguían con el aire de la marcha.

Por las noches tenía ejercicio de armas la compañía de granaderos de la Milicia Nacional, bajo la instrucción del sargento Carniago; su capitán, D. Francisco Nicolau; mi padre, su teniente.

Por mi parte, no faltaba una noche. Cogí un fusil del cuarto de los leones, compré esmeril; y, de negro y mohoso, lo puse reluciente y nuevo. Era inglés, y pesaba más que un cuákero robusto; eso mismo me embelesaba. Si sólo doce años tenía yo de edad, estaba espigado como de quince otros chiquillos, y tenía una vanidad viril que suplía a todo. Poníame en fila y obedecía las voces de mando de Carniago, como cualquier granadero. Reventaba con el fusil aquel, pero no daba mi brazo a torcer hasta que mandara: *¡Descanso!*

El sargento Carniago era mi amigo; un buen patriota. Mediano de cuerpo; algo más blanco, colorado y metido en carnes de lo que correspondía a la marcialidad; pelo rubio rojo, ojos azules, bigotes poblados y retorcidos; fue, tiempos atrás, voluntario con mi padre en la persecución de Pantisco y de Limones. Desde entonces le quedaron su categoría y dejos militares.

Era cortacabezas (de pico) de carlistas y frailes, los que a la verdad eran la misma cosa. Y, a la verdad también, hombre más fiero por de fuera y más inofensivo por dentro, jamás conocí.

Por papelear en la mayoría, gozaba de una ayuda de costas; despachando billetes en la taquilla o «botiquín» del teatro, y apuntando en la concha, las temporadas de comedia, se ganaba la vida. La mujer vengaba la ojeriza del marido a los carlinos tratando sin suaves modos al veterano perseguidor de Pantisco.

Sin vanidad, tantos progresos hice en la marcha, en las vueltas, en andar al paso y doblar el fondo, así como en el ejercicio del fusil, que era el modelo de la compañía. Con esto me encontraba muy ufano, y aun me parece que a mi padre no le desagradaba.

Hallábase establecido el cuartel en el convento de Santo Domingo; allí, en su ancho patio y grandes claustros hacíamos nuestros ejercicios nocturnos.

El tambor de la compañía (me parece que lo estoy viendo, ya se lo habrán comido los gusanos y lo tengo delante), el tambor, digo, en un tiempo de descanso, se me acercó y me dijo:

—Bien que maneja el señorito ese fusil; pero, ¿a que no hace usted lo que yo?

—¿Qué hace usted?

—Pues, mire: me cuadro así, con el fusil en descanso; y de un golpe, soltándolo de la mano, lo tiro al hombro y lo dejo firme, cogido con la izquierda.

En efecto, así lo hizo; como veterano que era y reciente cumplido de la guerra.

Mucho pesaba el fusil; pero, estimulado mi amor propio, convertí la vanidad marcial en fuerzas; y a la voz de mando del tambor, *¡paf!* allá fué el fusil al aire, para recibirlo en golpe seco y firme sobre la culata con mi mano izquierda.

—¡Bravo, señorito!—Y me tocó la cara.

No me pareció muy bien esta caricia de tambor a un granadero, más o menos efectivo; pero, nada malicié.

—¡A formar!—dijo Carniago, y fuí a colocarme en filas.

A otra noche, procuré en los descansos no separarme de algún grupo de milicianos, quitando así al tambor la ocasión de acariciarme como si fuera un chiquillo. En las sucesivas, parecióme advertir que andaba a vueltas buscando coyuntura. No lo he descrito, y lo merece.

A la talla que pidió Mendizábal, apenas llegaría. Años, como cuarenta y cinco, trabajados en guerra, que bien parecían más de cincuenta; seco de cuerpo, sucio de color, afilado de nariz, entrecano el bigote, sumido de carrillos, ojos negros grandes, pero rebozados por párpados pellejones; apostura e nada para adelante y algo torcida a un lado, a modo de soldado baratero; pelo doblado a la derecha, retorcido detrás

de la oreja; aretito de oro en el lóbulo de la izquierda, y en su pabellón la colilla de un pitillo. Uniforme de cuartel y gorrilla ídem, tirada a medio ganchete, completaban la figura típica y truhanesca del rodaballo.

A las tres o cuatro noches, se acercó a mi grupo, y diciendo: «Con permiso», me arrebató el fusil, separóse unos pasos y empezó a examinarlo muy detenidamente. Dábale vueltas y más vueltas, metía el dedo por la boca del cañón, montaba las llaves, y más parecía examen de armero que curiosidad de soldado.

Viendo que no concluía, adelanté unos pasos para rescatar el arma, y entregándomela dijo:

—Su fusil es inglés; lo conozco como a la madre que me parió; con esos hemos hecho casi toda la guerra. Los de la compañía de granaderos son los mejores; los que tienen los fusileros son de desecho. Pero lo que tiene que ver es una pistola que yo mismo le quité a D. Basilio. ¡Caballero, eso sí que es un pistola! Si el señorito la quiere ver, arriba en mi cuarto la tengo. Véngase cuando se acabe el ejercicio y ¡verá una prenda!

Entonces como ahora, la condición de la malicia siempre se ha presentado en mí bajo una forma singular. Sospecho, rechazo la sospecha como ruin pensamiento; y luego, los nuevos indicios para la sospecha los atribuyo a obsesión de mi malicia.

El malísimo estudiante de latín, que no sabía el significado de *musa musæ*, ya había hecho con otros escolares la traducción del «*Formosus pastor Córydon ardebat Alexim*»; pasto limpio y edificante con que nutrían a la inocente juventud aquellos benditos y ejemplares cogolludos o cogullados monopolizadores de la educación cristiana, apostólica y romana, desde los Godos hasta casi hoy día de la fecha.

No me dió buena espina la proposición del tamborcete; lo achaqué a mi propia malicia, pero seguí caviloso haciendo suposiciones y proyectos malignos.

Al romper filas salí para mi casa, cargado con el fusil, mi-

rando atrás, por si el tamborcete me seguía, y diciendo entre dientes: «Pues si este Alexis me quiero hacer su Córydon, le meto la bayoneta por la boca del estómago.»

La ocurrencia me pareció magnífica. «Pero ¿y si la carantoña del primer día fue inocente, y no era invención lo de la pistola del cabecilla D. Basilio? Ya lo veremos. Hombre, no te dejes ir del primer mal pensamiento; mira lo que piensas y lo que haces, reflexiona.» Pero aquella noche apenas pegué los ojos.

Me sentía ajado en mi dignidad, casi sin honra, como quien recibido un agravio, no se decide a vengarlo. «Nada; yo necesito hacer ver que soy tan hombre como el primer granadero. Mañana a la noche dejo al tambor que se explaye, y si no me queda duda que pueda atribuir a propia malicia, hago una que será sonada.»

La idea fue tomando cuerpo; ofrecía para mí un atractivo maligno irresistible. Por lo mismo de que era un niño, eso de ejecutar un acto de hombre, y de hombre de pelo en pecho, a la usanza de los guapos de Andalucía, me hinchaba de vanidad. Si alguna vez me rindió el sueño, fue para soñar con mi proeza.

A veces me repugnaba ver al tambor revolcarse en su sangre; sentía el escalofrío que experimenté cuando el pescadero homicida puso el pomo del puñal en mi cabeza. A veces consideré que el bueno del tambor, si no había sido baratero y maestro de pinchos lo parecía. Pero estas reflexiones sólo servían para avergonzarme, arrancando estos apóstrofes: «¡cobarde, maricón, niño de caca!»

Amaneció. El día se hizo largo. No obstante, cada hora pasada aumentaba cierta angustia interior. No almorcé ni comí. No me hallaba en mi casa, salía a la calle; no me sentía bien. Me eché al campo. «¿Qué vas a hacer?», me preguntaba. Y la sola interrogación muda sonrojábame, cual si fuera una ofensa. «¡Cobarde! ¿Qué quieres con esa pregunta? Los hombres son para estos casos.» Así iba y venía, salía y entraba.

Las horas, antes de pasar, eternas; después de pasadas, agónicas.

Al caer el sol, mi cerebro estaba mareado, no discurría; lo peor es que no sentía odio por el tambor; ni menos, ira. Pero toda la fuerza de mis ideas del honor, toda la literatura de los cuentos y de los romances, de las comedias de capa y espada que había visto, y todo el ambiente externo de *hombría andaluza*, formaban una trampa de hierro que impulsaba mi voluntad a un acto que tenía por absolutamente ineludible.

Sonó la hora. Cargué con mi fusil y marché al patio del convento. «No hay remedio, el tambor se propasó y estoy obligado a pasarlo con la bayoneta.»

Sentía pesada y ardorosa la cabeza; la respiración, difícil. Ya apresuraba el paso para llegar más pronto, ya lo retardaba para alejar el momento. El rezo se vino a mi mente y a mis labios, como en la noche del último día que fuí a la escuela de Santo Domingo; y rezando entré en el patio del cuartel, y rezando a la Virgen mentalmente me puse a discurrir por entre los pocos granaderos que a la sazón habían llegado.

Pasó algún tiempo y reunióse el número ordinario.

—*¡A formar!*—mandó Carniago; y empezamos el ejercicio.

Me desojaba mirando.

—*¡Al hombro, ar!*

Y automáticamente echaba el fusil al hombro, mientras seguía rezando y derramando la vista por todas partes.

—*¡Tercien, ar!*

Y terciaba, escrutando con la mirada los ángulos oscurecidos de los claustros.

—*¡Descansen, ar!*

Y rezaba, miraba y remiraba.

—*¡En su lugar, descanso!*

—*¡Rompan filas!*

Dejé de rezar. Un escalofrío, corriéndome desde el cogote a la rabadilla y desde el espinazo hasta la punta de los dedos, exprimió en sudor mi piel. «¡Cobarde, miserable!»... Y de ama-

rillo y mustio vine a enrojecerme. Avanzo al ángulo menos iluminado del claustro, donde presumía poder hallar al tambor. No estaba. ¡Respiré! Comprimí la respiración, hice otro esfuerzo y me dirigí a los restantes ángulos del claustro. ¡Tampoco!

—Sargento Carniago, ¿y el tambor?

—Está en el calabozo, con la cabeza partida. Vino borracho esta mañana a la guardia, se insolentó con el teniente de la segunda, lo mandó arrestado, no quiso obedecer, y el centila lo descalabró de un culatazo.

Las piernas me flaquearon. «¡Dios mío! ¡Gracias, Virgen Santísima, madre mía! ¡Tu milagro me ha salvado!»

Cogí el fusil, no esperé más ejercicios. Me acosté en seguida, para entregarme a mis pensamientos. Rezaba, sin pensar en el rezo, y al mismo tiempo pensaba así:

«Ahora, que, gracias al milagro, si no valiente de verdad y de propia valentía, al menos por amor propio y por aparecer valiente a tus mismos ojos, has puesto de tu parte cuanto ha sido posible por herir o matar a un pobre diablo que supones te quería ofender, vengamos a un ajuste de cuentas; veamos lo que haya de justicia y de verdad en tus pensamientos, propósitos y conducta.

»Lo primero que veo es que cuando la Virgen te ha quitado la ocasión, permitiendo que el tambor se emborrachara y lo descalabrasen, no era bueno lo que pretendías hacer. Las congojas que has pasado, en mucha parte eran de miedo; pero otras, eran la angustia que produce un propósito criminal, el recuerdo repugnante y horroroso del hombre asesinado por el pescadero, del montañés degollado y otros espectáculos semejantes que has tenido ocasión de presenciar.

»Si el tambor pensaba ofenderte, no te había ofendido aún. Y tú, ¡botarate!, lo que debiste procurar desde que entraste en sospechas, no era facilitar la ocasión de que pudiera llegar a ofenderte, sino evitarla no yendo más al ejercicio ni al cuartel de la Milicia, ni ponerte en el caso de que haya venido a

hacer un milagro lo que tú podías haber hecho por propia voluntad y razón.

»¿Por qué no obraste así, estúpido? ¿Por no acusarte de cobardía rehuyendo un peligro? ¿Te quisiste engañar a ti mismo? Después de todo, los romances, el honor, no enseñan esa valentía que te proponías hacer. Ibas a resultar, no un guapo, sino un pincho de tres al cuarto, de esos miserables que no admiran a nadie y que arrastran un grillete.

»Y luego, no te has acordado de tu madre. ¡Esa sí que es valiente, más que tú: fiera cuando se irrita, pero siempre noble y generosa! Ni de tu padre; a quien, aunque le gusta que seas alentado y no un niño enagüero y mamalón, no le haría mucha gracia que le resultaras esportillero de la cárcel.

»¡De buena te ha librado la Santísima Virgen! No, no es eso el valor. No hay valor sin nobleza. Ni se necesita emplearlo cuando la prudencia puede dejarlo en reserva de mayor lucimiento. No irás más al cuartel; resígnate con no hacer el ejercicio.»

Este relato, puede que fastidioso, quiere significar que tal suceso incluye muchas cosas: el lector podrá inducirlas; no le agravio suponiendo que necesita cuchara de bayeta.

Aquí aparece la conciencia, a los doce años, en perfecta función. Muchos antes, ya hablaba yo conmigo; me aprobaba y me reprendía. Esta vez no resulta una facultad embrionaria, sino en completo desarrollo.

LXXVI

* Gil Blas de Santillana.

No recuerdo si ya he dicho que el primer libro que leí, deletreando casi, fue el *Bertoldo*.

Hago omisión del catecismo, del libro de urbanidad y cortesía, de las fábulas de Iriarte y Samaniego; porque, leídos en

la escuela y atento a aprenderlos de memoria, la voluntad puesta en esto, no lograba aprenderlos, ni menos entender de ellos una sola palabra.

¡A tal extremo alcanzan los sistemas absurdos! ¡Vergüenza que todavía a fines del siglo de las luces impere en la enseñanza, con su cortejo de exámenes, preguntas y respuestas convenidas, lecciones repetidas de los textos, y demás monstruosidades pedagógicas!

A tan poca cosa se reducían mis lecturas a los doce años; como no se agregue algún romance, pues los más los conocía de oídas, ya a los ciegos, ya a la gente del pueblo y más particularmente a los trabajadores del campo en las temporadas de vendimia.

Mi señor padre, aunque cerraba con llave su cuarto de los leones, no tenía tal precaución mientras no se ausentaba de la casa.

Como todo lo vedado tiene atractivo para los muchachos, a cualquiera vuelta de espaldas, escudriñaba yo los rincones de aquella habitación.

En uno de los armarios de los libros, topé con una caja de cigarros. Como el lector podrá haber entendido, desde que comencé a ir al latín con D. Juan Galán y me vi jefe de cuadrilla, entré en la plenitud de cierta hombría anticipada. Para gozar sus fueros, empecé a fumar, ya pitillos cuando disponía de cuartos, ya «matalahuga» sustraída de la espetera, ya colillas de las barreduras de la casa.

También, para más energía en las órdenes, usaba de interjecciones viriles; y la nota culminante de tal período de mi infancia cifrábase en tapar la edad de niño con afectaciones de hombrecito. Un habano, y grande, resultaba mala tentación para resistida. Sustraje uno, que lucí después humeante entre envidiosos colegas.

Un feliz hurto aboca a la reincidencia. Andaba a vueltas otro día, para el efecto, y me sorprendió mi padre.

—¿Qué buscas ahí?

—Un libro para leer—contesté, con afectada frescura.

—Ahí no hay más libros que de leyes... Pero, si quieres leer, toma.

Y de otro estante sacó un tomo, no pequeño: era el *Gil Blas de Santillana*.

Acto seguido, para mayor disimulo, comencé a leerlo por el prólogo. ¡Cosa rara! Cuando fuera del *Bertoldo* jamás de otro libro pude leer ni la primera hoja, del *Gil Blas* seguí leyendo, enterándome de todo y hasta de la intención del primer cuento.

Llegó la hora de comer; la interrupción me fue enojosa. Comí por fórmula y de prisa. Volví a la lectura; el sol desapareció del horizonte. Pedí con imperio a la criada que encendiera el velón; y no la dejé en paz hasta conseguirlo, a pesar de sus protestas por lo anticipado de la hora. Sin cansancio, sin mareo, llegó la hora en que debía acostarme, y todavía regateé a mi madre una más para seguir con la lectura. Al otro día, me levanté el primero; a la luz crepuscular de la ventana, abrí el libro; y sin dejarlo de la mano, seguí leyendo y seguí hasta que llegó la última línea.

Sentí pena de haberlo concluído, y dije a mi padre:

—¿No tiene usted otro libro como ese?

—No, ni te convienen; te distraerían del estudio.

Quedé meneando la cabeza, sin saber qué contestar.

LXXVII

* Una lección de natación y de otras cosas más profundas.

Llegó (que todo llega y pasa) el verano de 1840.

—Soy casi un hombre y no sé nadar; quiero aprender—dije a mi padre.

No le pareció mal. Me condujo a los baños flotantes del

río, tomó un abono para mí, dióle un duro al primer bañero, y le dijo:

—Enseñe usted a nadar a este rapaz.

Desnudo yo, atóme una ristra de corchos por bajo de los brazos y una cuerda. Me eché al agua y comenzó sus instrucciones: «Lo primero es perder el miedo. Los brazos así, las piernas así. Respire fuerte, y si traga agua la escupe. Más despacio, y a compás brazos y piernas.»

Si me hundía, tiraba de la cuerda. A los tres baños, ganado ya su duro, me daba el rosario de corcho, y me dejaba solo campar por mis respetos. Como otros bañistas nadaban sin tales adminículos, me arriesgué, hice algunos gorgoritos; pero, como no me separaba mucho de la escala, agarrado a la escala, a pocas tentativas, salí flotando y avanzando con torpeza. Lo principal habíalo vencido; fuí agilizándome, y al terminar el abono, ya nadaba por dentro, por fuera y por los alrededores del cajón.

Una vez dueño del líquido elemento, no pude conformarme con ser nadador de tres al cuarto. Veía a varios hombres y hasta mozalbetes, si bien mayores que yo, cómo pasaban el río de la una a la otra banda. ¿Por qué no hacerlo yo también? ¡Pues manos a la obra!

Como quiera que el Puerto de Santa María está a la desembocadura del Guadalete en el mar, siempre sufre la acción de las mareas vivas: el río allí, si crece, tira para adentro con mucha fuerza; y si mengua, tira hacia el mar como una carretada de demonios.

Ignorando entonces el fenómeno y su causa, experimenté sus efectos a poco de separarme de la orilla; y viendo lo que derivaba y lo escaso del avance, desistí prudentemente del propósito, volviendo rumbo al cajón flotante, que, á duras penas y con no pocos apuros, pude ganar contra corriente.

Llegó a preocuparme la contradicción de la dificultad; como atrae el abismo, así me atraía el irresistible empeño de vencerla. Los días siguientes no eran baños, sino más bien ape-

rreos: yo, por avanzar hacia la orilla opuesta; el río, por arrastrarme donde le daba la gana.

Quiso mi desventura que al pasar cerca del puente una noche de aquellas viese por allí, a la sazón, poco ancho el río, casi la mitad que en el sitio de los baños. Hacer la observación y decir para mi capote «¡por aquí sí que te paso!», y desnudarme y correr con aire triunfal a la orilla, fue todo pensamiento y acción a un tiempo: dicho y hecho.

Pero, no había dado tres pancadas, cuando veíame clavado en el fango de la orilla; cosa que me hizo perder la gallardía corporal y encendió más el ánimo con la caída al pozo de tan sucia, remorosa e inesperada contradicción. El agua corría provocativa otro paso más allá.

Desclavé trabajosamente el pie zaguero, hundiéndose el delantero hasta la corva. Sin duda, el pegajoso limo, más prudente y sabidor que yo, pretendía retenerme, y (como en su lenguaje le era dado) parece cual si me hablara y me dijese:

—¿Dónde, vas, mancebo incauto?

Mas yo, con la obcecación de chiquillo voluntarioso y malcriado, forcejea que forcejea, gané el agua de la orilla. Ganarla y hundirme en el cenagoso limo, cual tragado repentinamente, fue tan presto que sólo dió lugar a que con la velocidad del pensamiento conociera mi situación, y me dijese: «El fango te traga, va a pasarte de la boca y te ahogas. ¿Qué remedio? Tiéndete si puedes, toma resuello, mete el cuerpo y la cabeza bajo el río; y así tendido, lucha por desclavar las piernas del fango.»

—¡Virgen, protégeme!—Y me hundí en el abismo.

Mi primera tentativa fue la de tenderme boca abajo: vi que no lo permitía la coyuntura de la rodilla. El río estaba menguando en su período de mayor corriente, y vi que arrastraba mi cuerpo a la derecha; favorecido de esta fuerza poderosa, me dejé caer cuanto pude en esa dirección; y así, medio diagonal, medio tendido por debajo del agua, comencé a pa-

talear cuanto pude en dirección oblicua. Zafaba una pierna, y otra se hundía; nuevos esfuerzos, y no me veía libre.

El aliento tomado al sumergirme iba consumiéndose; apremiaban los instantes, aumentaban las angustias de la situación. El paleteo de las piernas era ya más oblicuo y menos hondo. El agua, batiendo el limo que las cubría, dábame más soltura; pero, encadenado aún, el resuello no podía ya contenerse, a pesar de todos los esfuerzos de lucha con mi voluntad.

—¡Adiós, madre mía! ¡La Virgen me ampare!—pensé y sentí.

Hice el postrer desesperado esfuerzo; y, como flecha disparada, me arrastró la corriente. Vime libre; pero antes de poder alcanzar la superficie líquida, las paredes del pecho no pudieron más, la boca se abrió, y en vez del aire ansiado, lo que entró fue una bocanada de agua.

No es posible describir las angustias de la asfixia por inmersión; renuncio a ello, y además fatigaría a los lectores. Diré tan sólo que, a pesar de ellas, me quedó conocimiento para pensar así: «La Virgen me ha librado del fango, y no ha de ser para dejar que me ahogue ahora que floto y tengo la cabeza al aire.»

Así era, en efecto; mas, ya el agua que había entrado, ya un nudo que sentía en la garganta, no me permitía respirar. La cabeza empezaba a ofuscárseme. Todo esfuerzo para tomar aliento sólo resultaba eficaz para producir un ronquido sibilante. Aún conservaba conocimiento para no manotear y mover manos y piernas a favor del flote. No pudiendo tomar aire, tenté esforzar los impulsos de tos y apaciguar los conatos de aspirar: el ronquido fue menor y la sibilación más fuerte. Esto me dió alguna esperanza; volví a toser y a sibilar, y con tal faena restablecióse al fin la respiración.

Dueño ya de mí, me quedaba otro nuevo apuro: ganar la orilla sin volver a sumirme en el lodo, para llegar al sitio donde me desnudé y había dejado la ropa.

Como al punto de comenzar la referida aventura estaba el

río en la mayor fuerza de la bajamar, una vez libre de la prisión del fondo, fuí arrastrado por la corriente un buen espacio, que después aumentó entre si me ahogo o no me ahogo.

El lugar de mi partida fue como a mitad de la distancia que media entre el puente y un almacén que hay a la derecha, construído sobre pilotes, y que tiene a modo de un muellecito, que el río cubre en las crecientes y lame en las menguantes.

Cuando dueño de mí quise ganar el trecho perdido, hallábame como a dos cuerpos de edificio más allá del almacén. Nadaba y nadaba río abajo, y apenas avanzaba lo que deshacía la corriente. Tomar la orilla fangosa en el punto más próximo y seguir por ella a pie hasta el lugar de mis vestidos, era imposible; adelantar a nado, más imposible aún. Las fuerzas me faltaban, y por fin discurrí llegar tendido al limo y entre agua y orilla arrastrarme poco a poco, pero tendido siempre de barriga y sin sentar el pie.

Así lo hice, con las dificultades y pena consiguientes; tardando en avanzar media vara lo que se puede suponer, convertido en torpísimo reptil. Aunque mal estudiante de Historia Natural, no se me ocurrió la dicha que a tales animaluchos proporciona lo coriáceo y duro de su piel. Y bien debiera habérseme ocurrido, porque a cada impulso de mi arrastre entre el fango lamoso salían las coquinas a saludarme con los afilados arañ os de sus valvas, que me hacían mucho mal. Lacerado cual se puede suponer, casi exhausto, llegué al punto donde, sobresaliendo el muelle del almacén, vi cortada mi carrera de caimán o de hipopótamo. Era preciso volver a convertirme en pez. Empresa vana: el cansancio extremado, el río veloz en opuesto sentido, hacíanme retroceder lo avanzado con tan penoso arrastre. Tenté a ver si agarrándome a las junturas de los cantos de la construcción podía pasar; y ¡oh, ventura!, casi a nivel del agua toqué, no piedras desamorosas para débiles uñas, sino una magnífica hilera de estacas o defensa de pilotes que corrían por todo lo largo de la pared. Pero allí vi por experiencia que no hay dicha completa.

La estacada es verdad que me sacaba del apuro, pero a costa de dolores muy acerbos. Las conchas de las coquinas resultaban caricias en comparación del trato que me dieron unos malditos y cortantes escaramujos, moluscos univalvos que se incrustan en las maderas bañadas por las aguas del mar y cuyas puntas de diamante hieren como cuchillas y escuecen como la pez derretida en el infierno. Cada vez que la corriente me aconchaba contra los pilotes, corrían cien espuelas de fuego desde mis brazos a las piernas, repitiéndose esto a cada avance del uno al otro.

Ganada ya la última estaca, volví a nadar sobre la orilla; y fuese porque el estribo del puente cortase la fuerza de las aguas, fuese por haber terminado la bajamar, vi que adelanba regularmente y sin obstáculos que vencer.

Frente a la ropa, me guardé bien de incorporarme ni fijar los pies, pues no en balde había pasado los anteriores apuros; adopté de nuevo el régimen de marcha reptil, y arrastrando de vientre con ayuda de codos y rodillas, crucé la zona fangosa hasta dar con terreno firme.

No me causó poco embarazo el verme tan arañado y enfangado al punto de vestirme. ¡Tan cerca de allí el agua y tan vedado el acercarse a ella para mi aseo! La situación no dejaba de ofrecer inconvenientes. ¿Cómo ocultar a mi buena madre la suciedad, ni cómo disimularle mi travesura?

Después de maduro pensamiento, tomé mi partido. Vestíme, seguí el camino de la Alameda, y en la fuente que hay establecida junto al embarcadero de los vapores me volví a desnudar; en sus chorros me lavé cuanto pude, así como la ropa interior.

LXXVIII

* Reflexionemos.

Dirigidos estos apuntes al objeto de estudiar sobre el vivo los factores de una educación, faltaría al propósito pedagógi-

ço si no entrase ahora a analizar cosas tan complejas como son las contenidas en el último relato.

Surgen del análisis actos inocentes, verdaderamente infantiles, hijos de la ignorancia, y otros que son falsos juicios fundados en las apariencias; pero también algunos que revelan madurez de juicio, y que hombres muy sabidores y esforzados no hubieran discurrido quizá.

Nótase bien el miedo que se apodera de mí, como de toda criatura, ante el peligro inminente de morir; y vuelve a presentarse otra vez el singular fenómeno que aparece ligado con mi primer recuerdo, la *resignación* para morir, conservando o mejor sintiendo avivarse la inteligencia hasta el punto de discurrir en el conflicto, y encontrar esta vez en la mente los recursos necesarios y oportunos para salvarme en tan apurada como peligrosa situación.

En el período de edad en que me hallaba entonces, dominábame el afán de la hombría, contrariábame que me tratasen como niño. Miraba al espejo si por ventura querría aparecerme ya el bozo, veía mi cara tan limpia, me impacientaba y parecíanme siglos los meses, eternos los años.

En tal situación de ánimo, empeñado en nadar como el mejor, impotente para hacerlo junto a los baños flotantes, me pareció que por lo angosto del río podría lograr mejor mi intento. Ignoraba que por las partes estrechas el paso es más difícil y la corriente mayor. Ignoraba también que no todas las orillas son a propósito para abordarlas. Ignoraba a cuánto expone el andar sobre légamos humedecidos. Ignoraba que en la baja de las aguas son muy peligrosas las proximidades de los puentes, porque sus primeros estribos acumulan el fango, porque rápidamente después acantilan la orilla y los ojos aumentan la velocidad de la corriente. Ignoraba que por el punto elegido no se aventura nadie a bañarse, como no sea en la pleamar. Todas estas y otras ignorancias más, donde aparece el niño atrevido, travieso, voluntarioso y malcriado, me condujeron ciego al abismo.

Una vez dentro de él, comienza a desaparecer el niño y a ser sustituído por el hombre. Preveo y anticipo los sucesos que van a ocurrir sin demora de un instante, y rápido más que ese instante, lo aprovecho para concebir una idea salvadora y realizarla. El fango va a tragarme y no trato de huir inútilmente de él: me tiendo, aunque sé que voy a hundirme en las aguas, y que debajo de ellas tendré que luchar por desasirme, y que me ahogaré si me falta la respiración antes de vencer al enemigo.

En tan suprema resolución, vienen al par el recuerdo de mi madre y el sentimiento religioso invocando a la Virgen. Aliento interiormente la esperanza, lucho y venzo. Al alcanzar ya el libre espacio del aire ambiente, no puedo más; respiro y entra, no el aire vivificante, sino el agua asfixiadora.

En momento tan crítico, cuando la inmensa mayoría de las criaturas pierden toda razón y se agarran a un clavo ardiendo, el niño reflexiona, vuelve su espíritu al auxilio de la Virgen, no permite al cuerpo que se entregue a los desordenados estremecimientos de la asfixia y la agonía; domina aún el instinto que le impulsa a aspirar, y ejecuta esfuerzos de tos y espiración.

¿Cómo explicar tales contrastes de ignorancia y de sabiduría? Asunto es éste digno de meditación; entraña cuestiones que por el momento sería inmetódico explanar. Ahora sólo conviene a mi propósito consignar algunos datos de observación.

Primero: que si había oído y entendido a D. Juan Galán algo de Física y lo correspondiente a las leyes hidráulicas, ni me acordé de D. Juan en aquel momento, ni de tales leyes. Sin embargo, determiné mis actos con arreglo a ellas, buscando disminuir el peso del cuerpo por la submersión, antes de que ocurriera la inminente involuntaria, al hundirme y clavarme un poco más; así como dirigí mis esfuerzos bajo el agua a favor de la corriente, aprovechando su fuerza en pro de mi lucha. ¿Lo hice todo por instinto? De ninguna manera.

Lo que aquí ocurrió fue una determinación o incitacion in-

telectual, provocada por la emoción del peligro. Si el fenómeno más común es que dicha emoción perturbe la inteligencia en la mayoría de las personas y de las ocasiones, se ve, aunque con menor frecuencia, que en otros casos a esos mismos individuos, o lo que es más común, a otros individuos, esas mismas emociones del peligro les activan y despejan la inteligencia, adquiriendo una rápida fuerza de concepción racional, salvadora, por términos de ideación armónica tan seguros, precisos e instantáneos como la vibración de la nota cromática más aguda. No pensé, repito, en D. Juan Galán, ni en los experimentos del vaso de agua y los avíos de encender; pero tengo por cierto que aquel poco de saber, que me quedó dormido en el cerebro, se despertó sin saber cómo y sin darme cuenta en el momento del apuro.

Bueno será observar que este género y este porqué del discurrir es más frecuente de lo que a primera vista parece, aun en los actos ordinarios de la vida. Sin apartarme de la escena que nos viene ocupando, puedo señalar otros fenómenos de la misma especie. Por ejemplo, andando el tiempo, oí decir varias veces, a diversas clases de personas: «Junto al puente es muy peligroso bañarse, hay hoyas.» Traduciré esta locución, clara para los vecinos del Puerto, oscura y puede que ininteligible para moradores de otros pueblos. La frase se refiere a la creencia popular de que en determinados puntos del fondo de los ríos corrientes existen sumideros u hoyos profundos, en los cuales el agua forma remolinos, por donde si pasa una persona se hunde y no vuelve a aparecer.

Pues bien, respecto al puente de San Alejandro, la creencia de las hoyas se fundaba en que de vez en cuando ocurría el caso de algún ahogado, principalmente en mozalbetes que para bañarse se tiraban al río desde el puente. Y sin embargo de mi dura experiencia en la asendereada lección de natación, y no obstante mi conocimiento práctico de la naturaleza del fondo del río allí, que tanto tuve en cuenta y puse en práctica al regreso, oía la afirmación de la existencia de las hoyas y su

acusación de causantes de ahogados, sin ocurrírseme la explicación verdadera de tales desgracias.

¿Qué significa esto y qué aplicación tiene a la pedagogía? Una muy sencilla: que puede tenerse un conocimiento práctico sin llegar a ser teórico; así como puede tenerse un conocimiento teórico sin llegar a darle encarnación práctica. De todo esto se deduce cuán inconveniente resulta para la educación una u otra enseñanza aislada; y cuán vital, oportuno y conveniente es darlas asociadas y relacionadas. Ha sido preciso que pasen muchos años para que al oir la noticia de un ahogado que se tiró del puente y no se le volvió a ver, haya caído yo en la verdadera cuenta del siniestro, siéndome tan conocida. Al tirarse desde el puente, de cabeza o de pie, nada más fácil que quedar clavado en el fondo cenagoso, sin necesidad de remolinos ni de hoyas. Pero, ¡cuánto tiempo no ha tardado mi torpe inteligencia para completar tan vulgar conocimiento!

Otra observación tengo que hacer: cuando el suceso del tambor, antes y después de su desenlace inesperado, sentí la emoción religiosa, primero pidiendo a la Madre de Dios que me sacara de aquel lance, luego para darle gracias por el milagro. Pues en esta ocasión del río, invoqué a la Virgen, encomendándome a su amparo; al verme libre, lo creí tan milagro o más que el del tambor, pero ni di gracias ni se me ocurrió tal cosa. Fui el verdadero tipo del ingrato.

¿Por qué efectos tan distintos? Puesto que se trata de cosas que pasaron en mi interior, me parece que yo, mejor que nadie, soy quien puede darle explicación.

El primer caso puso en gran actividad mi conciencia, antes y después; pensé sobre mis pensamientos y sobre mis sentimientos. El segundo movió como una ráfaga (que no había tiempo para más) mi sentimiento religioso, pero no mi conciencia.

Pasado el apuro, ni aun reflexioné sobre lo ocurrido. El movimiento del ánimo se fué a buscar el medio de lavarme el fango y ocultar la diablura; solicitado por este final empeño,

ni me acordé de la Virgen, por más que me quedara la impresión de su auxilio milagroso.

LXXIX

* Cambio de carácter.

Los dos últimos sucesos relatados y la lectura del *Gil Blas* produjeron cierto cambio en mi carácter.

Perdí algunas dosis de ilusiones. El tambor por un lado y el capitán Chinchilla por otro, calmaron, aunque no extinguieron mi ardor por las cosas de milicia. Ya no soñaba tanto con ser general triunfador. La fuerza de la corriente y el fango del Guadalete habían amenguado la vanidad que tenía de mis propias fuerzas.

Mi buena madre, celosa hasta el delirio, turbaba la paz doméstica. Amándola mucho y también a mi padre, sufría yo penas más profundas de lo que parece susceptible en un chicuelo.

Todas estas cosas me hicieron perder la alegría infantil y ese placer de la vida que sólo se observa en los pájaros y en los niños. La pesadumbre me trajo a reflexivo: ya aceptaba en la mente propósitos de conducta ladina, a modo de Gil Blas; ya volvía el pensamiento al exclusivo poder y voluntad del cielo.

Corría el verano del 40, y fuí a Jerez. Uno de mis primeros pasos fue ir a ver a la vecina familia del contrabandista; él estaba ausente; su mujer y sus hijos en la misma situación, excepto María Pepa, la hija mayor. Al verla quedé sorprendido.

No era ya la niña, bonitísima, sí, pero mal arreglada, alegre y juguetona. Era una señorita circunspecta, cuidadosamente vestida y limpia, peinada a maravilla, y de una belleza singular, propia y especialísima de alguna que otra mujer de la provincia de Cádiz, cuya nota más culminante la constituye una finura de formas exquisita, en consonancia con toda la gracia de las demás mujeres andaluzas.

Su rostro ovalado, la nariz perfecta, el color blanquísimo y sonrosado contrastaban con ojos grandes y negros y con su pelo a ondas, que, de puro negro, en la convexidad de cada una reflejaba la luz en rayas plateadas. La barba partida aumentaba el encanto de su belleza; y apenas se sonreía, dos hoyuelos ocultos venían a dibujarse en sus mejillas. La encontré alta de cuerpo, ancha de hombros y admirablemente esbelta.

En Cádiz y sus proximidades, en Tarifa, Vejer y pueblos comarcanos es donde solamente se halla tal género de bellezas. Resultan del batido de multitud de razas, desde las orientales más antiguas hasta la griega y la árabe, todo entremezclado con sangre indígena.

La familia entera me recibió alegremente; también María Pepa, pero sin la algazara y los extremos que el año anterior.

LXXX

* De cómo un estante de libros llama a otros estantes.

Aquella temporada no experimenté tanta inclinación hacia la cuadra, los caballos y el borrico pío. A mi buen amigo *Pindo* ya no lo encontré: había muerto, y sentí gran pena.

La habitación del *Caballero* componíase de un amplio dormitorio y una gran sala; en ésta había dos estantes, velados con visillos verdes.

Después que abandonó su estancia el dueño para salir a la calle, tenté a abrir un estante; la llave, echada en uno y otro, se opuso a mis deseos. Discurriendo mañas para vencer la dificultad, reflexioné que no estaba en mi propia casa y que debía abstenerme. Así lo hice, pero al día siguiente supliqué al *Caballero* que me dejara alguno de los libros para leer. Accedió gustoso; abrió ambos estantes y dejó puestas las llaves para que yo los eligiese.

Unos eran de leyes. Ya los conocía por sus títulos: *Las Siete Partidas, Las Leyes de Toro, El Fuero Juzgo, La Novísima Recopilación.*

Dejé la requisa de los tomos grandes, que resultaban ser de leyes, y tomé uno pequeñito y de pocas hojas, titulado así: *Diccionario crítico burlesco.* Lo abrí con ansiedad, suponiendo que lo burlesco debería resultar gracioso, y apenas pude leer cuatro hojas; me pareció tan insulso, que volví a ponerlo en el hueco donde se hallaba.

Miré otros rótulos, y dos o tres decían: *Poesías de Martínez de la Rosa.* Con esto de anunciar poesías, bien se me alcanzó que debían de ser cosas de romance y cosa alegre; saqué de su casilla el tomo primero.

En efecto, con bastante deleite leí el libro. ¡Y cosa rara! Cuando jamás pude aprender nada de memoria, muchos versos de aquellos en la memoria se me quedaron grabados. A tal punto, que, no habiéndolos vueltos a leer desde entonces, aún hoy, anciano ya y más que nunca desmemoriado, todavía me acuerdo de:

Cien veces ciento,
mil veces mil,
más besos dame,
Laura gentil,
que flores crían
Mayo y Abril
y arenas llevan
Darro y Genil.

Como también recuerdo, sin que se deba a la simple contextura de la estrofa, aquello que empieza de este modo:

Vi en el Támesis umbrío
cien y cien naves cargadas
de riqueza;
vi su inmenso poderío,
sus artes tan celebradas,
su grandeza.

Pero el ánima afligida
mil suspiros exhalaba
y ayes mil:
el ver la orilla florida
del manso Darro anhelaba
y del Genil.

Y no sólo me agradaron y leí con deleite tales composiciones de la cuerda de Erato, sino que también con igual gusto y mayor interés la traducción de la *Epístola de Horacio a los Pisones*.

Como leyera y leyera sin descanso ni levantar mano, a pocos días terminé los tomos. Ya había leído otros rótulos: *Quintana, colección escogida*. Y, en efecto, allí un almacén perfectamente surtido para mi gusto. Uno tras otro, devoré del primero al último versificador toda aquella antología. Unos poetas fuéronme más simpáticos que otros: Fray Luis de León, el que más; aquella estrofa de «Acude, corre, vuela», sobre todas.

Apreció y distinguí las diferencias de estilo, gusto y carácter de los diversos escritores. Por una simple lectura y de corrido, quedáronse también en mi memoria muchas estrofas de la oda a Itálica, las Soledades de Lope de Vega, la nunca bastante celebrada Epístola moral, donde se dice:

Que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente,
antes que la rodilla al poderoso;

la sabrosa plática de la cena, por Baltasar del Alcázar:

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa, etc.

Gustóme mucho Herrera, y también Cienfuegos. Me pareció meloso en demasía Meléndez Valdés; pero «El Aguila altanera» enjuagó el dejo. Lo que no pude resistir ni leer fue las églogas, y las pasaba de largo, excepto alguna de Garcilaso.

Debo notar que, excepción hecha del *Quijote,* jamás he tenido paciencia para leer un libro más de una vez, ni cuando niño, ni de mozo, ni ya viejo, así trate de literatura, de historia o de ciencia. Defecto capitalísimo que no he podido dominar nunca, ni con mis propios escritos; hasta el punto de preferir no corregirlos, a pasar la pena de volverlos a leer.

Atribuyo este capital defecto a la conjunción de mi carácter impaciente con los efectos de la absurda pedagogía a que pretendieron sujetarme. Aprender de memoria sin entender de lo que se trataba, obligarme a repetir una lectura una vez y ciento y mil, produjo en mi espíritu tal indigestión y tales bascas, que, así como aquel a quien se le ha indigestado un alimento, con sólo recordárselo pasado tiempo, siente náuseas y repulsión indominable, mi nerviosidad interna se impacienta y sufre leyendo cualquier escrito más de una vez. Si lo entiendo a la primera lectura, porque ya lo entendí; si no lo entiendo, porque no lo entendí.

LXXXI

*De cómo las cerezas se van las unas tras las otras.

Si se echara sobre un harnero toda la Poesía, desde su origen hasta el último día del postrer siglo futuro, la musa Erato no tendría suficientes faldas para recoger las que habría inspirado; y las demás hermanas quedaríanse con muy poca cosa.

Tanto amor conjugado por activa y por pasiva no puede menos que despertar su sentimiento, y así me aconteció.

Me eché a hacer versos. Limpiando el polvo, topó Conchita con los garabatos; dió noticia del hallazgo a la familia. En su cariño, creyeron que el muchacho era un prodigio de fecunda precocidad. Pareciéronles primorosos los versos, y hasta se adelantaron a mostrárselos a D. Juan Capitán, literato ecle-

siástico y poeta que por entonces gozaba en Jerez fama de humanista. Por cortesía hubo de decir que estaban bien y que el chico prometía; noticia que todos creyeron a pies juntillas; y yo, no hay qué decir.

Leyendo versos y más versos, el sonsonete y el metro se pegan a los oídos, hasta cuesta trabajo salirse de la vibración del ritmo y de la rima. A poca aptitud que se tenga, resulta así cualquiera copla. Paréceme que, por haber escrito versos antes que prosa, esta última me cuesta más trabajo; necesitando tenerme de la mano para que no me salgan a cada instante endecasílabos, octosílabos y otros metros.

¿Tiene esto aplicación a la pedagogía? ¡Vaya si la tiene! Pero, dejemos el asunto; sería largo. Prosigo con mi cuento, que no lo es.

LXXXII

*Las cerezas se enredan.

Entro una tarde en casa del *señó Felipe*. No estaba María Pepa, y pregunté por ella.

—Arriba está, en la *sotea*—contestó la madre.

Subí y, en efecto, la encontré sentada en el poyo de una reja-ventana que daba a la calle de Sevilla.

Ventana y azotea no se compaginan bien. El caso consistía en que el caserón, de puro viejo, había hundido el piso alto, quedando un lienzo de pared en que se mantenía la ventana y (desaparecida la techumbre) el piso convertido en azotea.

La plena luz de una tarde de verano inundaba el espacio y enfocaba la figura de María Pepa, muellemente reclinada sobre el alféizar.

Un manojo de claveles escarlata, graciosamente caído, exaltaba la brillantez de las negras ondas de la cabellera, y otro clavel hacía de botón al centro de su leve descote.

Al verme llegar, corrió por su semblante una especie de agrado, saliendo los dos hoyuelos de las mejillas a acompañar al de la barba, como si me dijeran: «¡Buenas tardes!» De súbito se ocultaron; y lo rosado del semblante extendióse por la totalidad de su blancura, lo mismo de la cara que de la frente y cuello.

No sé lo que me pasó por de fuera, porque no podía verme; por dentro sentí como si algo me inundara y saliera en caño por los ojos. María Pepa bajó la vista, y yo también.

Ella tenía mi edad; y lo que yo había extrañado fue, sin duda, que la dejé en botón de rosa el año anterior, y en éste hallábase en el momento de lucir sus primeros colores y formas, de exhalar sus aromas primeros. Por mi parte, sentí la mayor conmoción interna que he experimentado en todo el resto de la vida.

Cuando niños, María Pepa y yo nos queríamos cuanto puedan quererse dos criaturas. María Pepa no tenía más voluntad que la mía. Siempre me hablaba preguntándome:

—¿Quieres que juguemos? ¿Qué quieres que haga?

Siempre nos besábamos al vernos y al despedirnos.

Quise besarla como antes... ¡Huí!... Ella seguía con la vista baja, y me sentí temblar. Los ojos se me humedecieron sin saber por qué. Sentí un mareo. Púseme más encendido que los claveles de María Pepa, volví la espalda, bajé la cabeza y me fuí a casa.

La multitud de cosas que pasan en un solo instante por el interior de la criatura hace difícil su enumeración, y más difícil el dar cuenta de ellas de una manera ordenada; porque se ofrecen de modo tan atropellado y revuelto, que, por mucha aptitud analítica que se posea y por mucha memoria que se tenga de las propias impresiones, la descripción fiel de todo esto supera a las facultades humanas.

Metodizando cuanto puedo la materia, diré que me sentí arrastrado en dos opuestos y poderosísimos sentidos. El primero, me arrojaba a los brazos de María Pepa; el segundo, me

detenía. En tan rápido conflicto, sentí latir mis sienes, aturdírseme la cabeza, cual si estuviese alcoholizado.

El primer impulso fue involuntario y rápido, como la ira que súbita nos acomete. El segundo, voluntario e involuntario a un tiempo mismo, pero no de emoción, sino de motivos presentados en el cerebro no sé cómo. El primero apareció cual una ráfaga enardecida que inundó todo mi sér; el segundo, partiendo por detrás de la frente, quedóse allí mismo taladrándome el cerebro y amenazando saltarlo por las sienes.

¿Qué motivos fueron esos, presentados no sé cómo en el cerebro? Fueron muchos, muchísimos. No podré fijar ahora ni su orden de sucesión, ni el valor comparativo que a cada uno pude dar; pero los recuerdo bien, y sé que por el peso de su suma fue contrastado el primer impulso, sufriendo un choque mi sér entero: conmoción parecida a la que se experimentará cuando dos buques, corriendo a todo vapor o a toda vela en contrarias direcciones, chocan entre sí.

Primeramente, yo quería mucho a María Pepa: nos tratábamos desde que teníamos tres años; mi voluntad era la suya; su finura innata, de cuerpo y de espíritu, culminaba más entre aquella familia de escasa educación; era algo mío.

Acababa yo de recibir abundosas inspiraciones de amor humano con la lectura de tantísimas poesías; y aunque impuras las más, no hicieron mella en mi espíritu por ese lado; antes bien, determinaron una contraria dirección fluctuante (respecto al parecido) entre el amor a Beatriz y el amor a Dulcinea.

¿Por qué este efecto, y no el más directo y natural? Encuentro en mí la explicación, sumamente sencilla: dependió de la huella que dejan en el espíritu las primeras impresiones.

Antes de leer el *Gil Blas* y las poesías de Martínez de la Rosa, Quevedo, Góngora, etc., cuando en la cuna me contaban cuentos, éstos concluían en que el príncipe se casaba con la dama encantada o con la doncella humilde, y no de otro modo ni a menos precio se podía hacer su dueño. Cuando el

caballero, en sus aventuras, era acogido en el mismo lecho, único, de la castellana altiva, ponía a través de ambos la espada por fianza de la honestidad.

Mi buena madre, singular tipo de mujer española, ignorante y apasionada, generosa hasta el heroísmo, humilde casi siempre, arrebatada y ciega a veces, era ejemplar de honestidad llevada a tal extremo, que no recuerdo haberla visto nunca en ropas menores, ni el seno aunque lactase; ni sé cuándo pudo hacer sus diligencias, pues de tal manera se recataba, que, a ponérseme por testigo, la tendría que declarar como cuerpo glorioso.

Sentimiento tan vivo del pudor, junto con el concepto adquirido por los cuentos, dirigieron mi juicio a considerar como cosa abominable la sensualidad. Afirmábame en lo mismo el sexto mandamiento, y sobre todo mi idea del honor. Dos cosas entendía entonces como deshonrosas en primer grado: para la mujer, el quebrantamiento de su pureza; para el hombre, ser cobarde. El romance de los Comendadores constituía mi código del honor. ¿Cómo deshonrar yo a mi pobre y querida María Pepa!

Pero, tan poderoso fue el vértigo, al despertar el nuevo sentimiento, que dudo si los motivos expresados hubieran sido suficientes para mi determinación. Sé que un momento me dije: «¿Y quién lo va a saber?» Un error singular disolvió como la sal en el agua las consecuencias a que iba encaminada la pregunta.

Mis conocimientos fisiológicos sobre determinadas funciones se habían perfeccionado con el estudio de la botánica; pero entendiendo que cópula y fecundación eran una misma cosa, y que dada la una era infalible la otra. Todavía repuse:

—¡Pues me casaré!

Pero, al verme tan niño y tan fuera de posibilidad casadera, la lucha concluyó por aturdirme, dar giros a mi alrededor María Pepa, tapias y ventana, y huir tambaleante.

María Pepa, sin duda; mas yo no era púber aún. ¿Hubiese

vencido la virtud si esta circunstancia viene entonces a mi mente o llegan a ser más exactos mis conocimientos fisiológicos? No lo sé.

¡Pero cuántas cosas, cuán varias y cuán hondas influyen y determinan los actos de las criaturas! ¡Cuánto hay que observar y estudiar en sus oscuros e intrincados resortes! ¡Cuánto puede y debe aprovecharse en esa observación y de ese estudio para dirigir la educación!

En fin, para terminar la historia de la pobre María Pepa, diré que me convertí en su mudo y platónico amador. Huí las ocasiones de encontrarla sola, desquitándome con echarle miradas lánguidas a hurtadillas y nada más. Bien comprendía ella este lenguaje, y bien debía de mortificarla y fastidiarla.

Dos años después, la encontré casada. Grande fue y silenciosa mi pena; pero fue mayor cuando conocí al novio. La misma naturaleza e inclinación fina de María Pepa ocasionó su desventura. Rechazando lo grosero y malcriado, vino a aceptar por marido a un oficialillo de escribanía, rubio, pálido y pecoso, que, si vestía levita a medio uso y sombrero de copa alta, en cambio era viciosillo y borrachín.

María Pepa se deshojó a muy poco, como rosa tronchada, y expiró; su marido no tardó en seguirla, carcomido por los excesos y la tisis.

¡Pobre María Pepa; jamás pude olvidarla!

LXXXIII

*** De cómo la ausencia de alegría en la juventud declara enfermedad de espíritu o de cuerpo.**

Caído ya el ánimo y alejado el bullicioso hervor infantil de la alegría, el amor insatisfecho (de suyo melancólico), sumado a las antedichas causas, hízome experimentar interiores desabrimientos y ansiedades tristes.

Así entré en la adolescencia, y con el mismo sello de ca-

rácter, he proseguido los años que llevo de existir hasta hoy, sin más que momentáneas o breves interrupciones, y el atempero por cierta ficción o disimulo para no convertirme en agrio y desagradable al trato y estima de las gentes.

Calculo si sería por los alrededores de Diciembre del mismo año 40 cuando mi padre, con la demás familia, se estableció en Cádiz. El Puerto, solitario en invierno, no ofrecía atractivos para mí; juzgaba haber en Cádiz más amplios horizontes.

En la vida nueva, debió ocuparse mi padre, dados la edad y el medro de su hijo, en el problema de su educación.

A inducir por sus determinaciones y las doctrinas corrientes en las personas de mundo, paréceme que debió de fijar su consideración en uno de los más salientes problemas de la pedagogía doméstica y paternal, a saber: impedir que el niño ande en malos pasos. Ello es que habiéndome dejado hasta entonces en libertad para que hiciera lo que me diese la gana, sin percatarse de mi lección de equitación, ni mis rabonas y demás diabluras, ahora me puso un ayo para que me llevara y trajera, acompañándome a todas partes.

Apagada mi presunción de hombría, como otras cosas, ni me afeitaba ya el labio con el cortaplumas, para adelantar el bozo, ni me contrarió el cirineo de levita, quizá porque su oficio fue breve.

En efecto, a poco, me pusieron de medio-interno en el Colegio de San Pedro; dormía en casa, y pasaba el día en el edificio escolar, excepto los domingos y fiestas.

LXXXIV

* Prosigue la interrumpida educación.

Era director el Padre Mora, un exclaustrado convertido en sacerdote, que tenía poco de fraile, mucho de bandolero y más de clérigo de misa y olla. Modesto y conocedor de sus

cortos alcances, ejercía de director nominal, reservándose la efectiva de la instrucción primaria y la gestión económica.

Sojuzgado, pero no extinguido el carlismo, informaban la sociedad de aquella época dos tendencias en lucha, que se manifestaban en todos los sentidos posibles, sin excepción de la misma enseñanza.

Habíase establecido en Cádiz el Colegio de San Felipe Neri, el mejor sin duda que se conocía entonces en España y, a decir verdad, el mejor en su género que ha existido después hasta hoy día de la fecha.

Fue creado por comerciantes, indianos en su mayoría, con el patriótico fin de que sus hijos recibieran educación española; esto es, que no resultaran filibusteros, sino amantes de la tierra de sus padres.

Poblaron el Colegio los hijos de la gente acaudalada, cuya inmensa mayoría era por entonces del partido moderado; y por ello tomó necesariamente color político el bueno de San Felipe.

Algún ricachón, algunos ricos, y la mayoría de las gentes mediocres, formando la falange progresista, hicieron rancho aparte y enviaron sus hijos al Colegio de San Pedro, por más que el Padre Mora fuese tan progresista como su abuela.

Frente al Colegio de San Felipe, ya que no podía oponer su nombre al del célebre poeta D. Alberto Lista, procuró buscar lo mejorcito para el desempeño de las cátedras.

Primeramente arrambló con el material aprovechable de los exclaustrados, sacando de allí a un Sr. Virotó, excelente latino, a quien debió coger la exclaustración con la miel en los labios, sin que le entrase más adentro, a juzgar por los hechos de vestir correctamente de laico, no volver a ocuparse en la misa y adoptar un continente más parecido a comandante de reserva que a pretérito novicio.

También sacó de dicha procedencia al Padre Martínez, lector agustino que había sido, trocado en clérigo llano y de regulares costumbres, bien instruído en filosofía dogmática y

teología, menos en la de Condillac y Baldinoti, que explicaba por la necesidad de acomodarse a los tiempos, y no levantar voces del lado de San Felipe con que le acusasen de ignorante y atrasado.

Para concluir con el personal de eclesiástico origen, diré que había otros dos exclaustrados más, quienes hacían el oficio de inspectores y daban clases subalternas: uno de ellos, el Padre Sartou, tranquilo, indulgente y que debía de ser bueno, puesto que se captaba el cariño de los muchachos, manteniendo en difícil equilibrio el respeto y la amistad.

Un lego venía, por último, encargado del comedor y la despensa; pero tan lego, que debió salir así del mismo vientre de su madre. ¡Ya quisieran haber llegado Cubas, Guzmán, Mariano Fernández y todos los actores cómicos de nuestro teatro antiguo, a hacer un lego tan motilón, tan típico y tan lego como el despensero de San Pedro!

El elemento laico lo constituían principalmente los que voy a enumerar.

D. Joaquín Riquelme, notable matemático entre los más notables, profesor desde aritmética elemental hasta matemáticas sublimes; y verdadero profesor, pero que, por lo mismo, si inmejorable para hombres y personas aplicadas, no servía para chicos, que toman la cosa por necesidad y para cumplir.

Seguíale como hombre notable su cuñado, D. Pedro O'Cruley, profesor de Inglés y Francés, de Historia Universal y de España, de Mitología, Retórica y Poética. Todavía hubiera podido desempeñar otras cátedras más, a haber querido. Porque, verdaderamente, ya como instruído, ya como talentoso, muy pocas personas de aquel entonces le podrían aventajar. No hay sino que D. Pedro, con ser el talento de Cádiz, era el mayor y más singular bohemio que había en todas las Españas.

Con estos dos puntales, con los elementos antedichos, más un médico que daba algunas lecciones de Física y de Historia Natural, más un boticario que oficiaba de químico, un maestro

de baile, dos de música y otro de esgrima, quedaba cerrado el cuadro que tenía que oponerse a las públicas preeminencias de su rival el Colegio de San Felipe Neri.

Perdóneme el que leyere, si, por historiador justo (ya que he descrito mis escuelas de primeras letras, el Colegio de la Aurora y las cátedras de San Juan de Dios en el Puerto), no omito los detalles necesarios para dar a conocer el estado de la enseñanza en los colegios gaditanos en la fecha a que nos referimos.

Tal es el principal fin de estos apuntes; que, si aburren para leídos, no huelgan para animarnos a mejorar la enseñanza y señalar jalones que nos digan si avanzamos o retrocedemos, o si estamos quedos.

LXXXV

* Reconocimiento y clasificación.

Investido de colegial mediante el pago de la pensión del mes, pasó el Padre Mora a tentarme la ropa: quiere decir, a ver qué grado de instrucción tenía el crecido y recio zagal que le entregaban, para disponer las asignaturas a que debería llevarle.

Empezó por la Doctrina; y me encontró tan en claro, que, fuera de persignarme, del Bendito, el Padrenuestro y el Credo, no acerté ni con el número de uno solo de los Mandamientos.

Me hizo leer, y leí bien, de corrido y con sentido cabal.

Hízome escribir al dictado, y le quitaron la buena impresión de la lectura los garrapatones de lo escrito y no pocos excesos ortográficos.

Se metió en la Gramática, y tuvo que salirse de ella *motu proprio,* mirándome de soslayo, sorprendido de ver tal inopia en un muchacho que traía certificado de Latín y otras varias cosas.

Pasó a la Aritmética... ¡y ni sumar! Lo peor del caso es que sigo así, contando sesenta años muy cumplidos.

Quedóse atónito y suspenso el Padre Mora, meneó la cabeza como quien no sabe qué hacer: debí parecerle demasiado grandullón para echarme a los bancos de la escuela. Al fin tomó asiento detrás de su pupitre y escribió tres papeletas: una para Virotó, primer año de Latín; otra para D. Pedro O'Cruley, Historia de España, Mitología, Retórica y Poética; la tercera, para D. Joaquín Riquelme, Aritmética y Algebra.

A las horas correspondientes, me presenté en las cátedras. Todo se redujo a *oir*, *ver* y *callar*. Terminada la lección, cada maestro me dió el título del libro que debía adquirir y por el que había de estudiar.

Dueño de ellos, con resolución firme, abrí el nuevo *Arte* de Latín para recomenzar lo que tan sin fruto había procurado en otras ocasiones aprender. A decir verdad, algo más obtuve; pero poco y prendido con alfileres.

Pasé al libro de Historia: consistía en un compendio, sobre poco más o menos, parecido en tamaño al Iriarte. Su esencia consistía en un catálogo de nombres y fechas. Enterábame de algo; pero como el empeño y el propósito del libro se cifraba en el extremo cronológico principalmente, resultaba imposible para mí el quedarme con las fechas ni los nombres sin trastrocarlos ni confundirlos.

Abrí el libro de Mitología: historia fabulosa bien comprendí que era; cuando no podía quedarme con la efectiva y real, me pareció tiempo ocioso el destinado a cargarse la cabeza con la vida y milagros de Júpiter o Venus.

Quedábanme la Retórica y Poética; leí dos o tres páginas, y parecióme tan sandio su contenido, que cerré el libraco, con cierto menosprecio.

«¡Mal principio de semana (dije para mi capote): soy burro de remate! ¿Para qué querrá mi padre hacerme estudiar? No sirvo para esto. Que me haga cadete: para eso me sobra con

saber leer y escribir. En el Regimiento seré el primero; en el Colegio éste, como he sido en la escuela, el último.»

LXXXVI

* Donde menos se espera, salta la liebre.

A las nueve empezaba la clase de Latín, durando hasta las doce. De una a dos, la de Aritmética y Algebra. De cinco a seis de la tarde, en días alternos, unos Historia, otros Mitología, Retórica y Poética.

Virotó tenía la clase dividida en dos bandos: Cartagineses y Romanos. A mí no me hizo beligerante desde luego; dejóme en paz hasta saber los puntos que yo calzaba.

Al pronto no me enteré de lo que significaba aquello, pero luego entendí que era una donosa aplicación de la Historia antigua a la Pedagogía.

Vivían allí los latinizantes en perpetua lucha, con su general a la cabeza y sus correspondientes decuriones, librándose batallas, ganándolas o perdiéndolas, según los puntos o heridas que respectivamente hacía cada parte. Una tablilla, con una *C* y una *R* enlazadas y de color rojo, pasaba los bancos de la una a la otra banda, según Cartago o Roma lograse la victoria. Confieso que, a pesar de mis inclinaciones bélicas, si amortiguadas, no extinguidas aún, no me entusiasmó gran cosa la invención.

A lo último, concluída la lucha entre Cartagineses y Romanos, comenzó el profesor unas explicaciones que no entendí. Después empezó a tomar la lección a los muchachos, de la parte señalada y explicada el día antecedente, y finalizó preguntándome no recuerdo qué.

Como no acertara a contestarle, me preguntó otra cosa. Así, bajando y bajando, llegó a las declinaciones, donde a duras penas y equivocándome a cada paso pude salir del aprieto,

no sin dejar ver claro que no sabía una palabra y necesitaba principiar por el *A B C*.

Mohino y con las orejas calientes, entré a la hora respectiva en la clase de Aritmética. Comenzó Riquelme por explicar una sencilla suma de quebrados. Después fué llamando uno por uno a cada chicuelo, notándole cantidades y haciéndoselas sumar.

Me llegó el turno... ¡y aquí te quiero ver! Salió a la luz del día toda mi desnudez, y vió el maestro que no sabía realmente ni la tabla de sumar: las cuatro reglas, que a duras penas había aprendido con D. Domingo Fartos, se me habían olvidado.

No se impacientó D. Joaquín, pero me dijo que sin saber bien las tablas de sumar, restar y multiplicar no podía darse un solo paso. Salí del aula más corrido que una mona, triste y malhumorado.

Llegó la hora de la clase de O'Cruley, y entré en ella con la tristeza y el mal humor acrecidos. Tocábale aquel día la Retórica y Poética, y habló de ellas en general; pero tan claro, con tanta soltura y gracia, que lo que me pareció sandio en el libro, me resultó instructivo y ameno saliendo de sus labios.

Terminada la explicación, no empezó a preguntar, sino que entabló conversación con un alumno sobre cosas de versos de pocas sílabas y de muchas sílabas; y así procuraba hacer por que los cursantes dijesen algo que se les pudiera ocurrir, tuerto o derecho.

En esto se encaró conmigo, y me dijo:

—¿Se ha hecho usted cargo de en qué se ocupa la Mitología?

Aunque la distracción de la conferencia había suspendido mi confusión y mal humor, al verme interrogado sobre materia de que tampoco sabía palotada, presintiendo que iba a hacer un papel ridículo por tercera vez en el primer día, exasperado le contesté:

—No, señor. ¡Ni quiero!

Quedóse parado ante el tono y brusquedad de la contestación, y repuesto, me dijo dulcemente:

—Algún motivo le asistirá a usted para eso. Si usted fuese tan amable que me lo dijera, tendría mucho gusto en oirlo.

A lo cual, amostazado, repliqué con viveza:

—Tengo mala memoria. No puedo aprender la Historia de España, ni la tabla de sumar; y no voy a quebrarme la cabeza aprendiendo fábulas y tonterías.

Quedó aún más suspenso D. Pedro, y después de un rato, volviéndose a la clase, que estaba extrañada, por tratarse de un condiscípulo nuevo y desconocido, así como por el atrevimiento, dijo:

—Puede que este alumno tenga razón. De todos modos, declaro que me gusta. Es un librepensador, y no me equivoco si os digo que será el primero de la clase.

Salí confuso entre los demás muchachos, que me miraban curiosamente. Sentí mucha gratitud hacia el maestro; parecíame que me había sacado una espina de mi corazón y echado un bálsamo en la herida.

A la hora de estudio y en mi casa, aquella noche volví a los libros con verdadero afán, pero nada: no había voluntad que superase la imposibilidad absoluta de mi condición.—«Dos por dos cuatro, dos por cuatro ocho, dos por ocho... (contaba por los dedos y seguía)... diez y seis, dos por nueve...» Y tenía que volver a contar por los dedos para decir «diez y ocho».

Claro está que las dificultades crecían a medida que la cuenta iba siendo de más dedos. Cansado de tan ímprobo trabajo, dejaba éste para pelear con las declinaciones. Rendido al fin, como si hubiese hecho una larga jornada, dejaba caer el libro de la mano.

Así pasaron unos días de mortales angustias para mí en las clases de Virotó y Riquelme, de tranquilidad y satisfacciones progresivas en la de O'Cruley.

Apuntaba en un papel los nombres de las personas y las fechas. Cuando le tocaba a D. Pedro hablarnos en una lección acerca de los Fenicios y departía sobre el punto con los mu-

chachos, al llegarme la vez y meter mi cuarto a espadas, decía los hechos de más bulto, y sacando un papelito, dirigíame a D. Pedro:

—No querrá usted que diga un disparate, y para no trabucar los nombres ni las fechas, aquí traigo apuntados unos y otras.

—Hace usted bien—contestaba.—Después de todo, sería un botarate quien se pusiera a escribir de Historia fiándose en su memoria. Mala Historia escribiría no teniendo a la vista, para consultarlos, todo género de datos y documentos, así de los sucesos, como de su enlace y del tiempo y época exactos en que ocurrieron.

De ese modo iba pasando en Historia casi tan bien como el más dispuesto y memorioso; pero donde alcancé prontamente triunfos inesperados y trascendentales fue en Retórica y Poética.

Con lo que cogía al oído de las explicaciones de D. Pedro y con otro factor existente en mí, y del que, sin embargo, no me había dado cuenta (es a saber: la lectura de las obras de Martínez de la Rosa, la traducida Epístola de Horacio a los Pisones y la colección de Quintana), hice un amasijo de tal volumen, que D. Pedro y todos los muchachos de la clase se hacían cruces, creyéndome un prodigio.

Con esto había adquirido cierta autoridad, que subió de punto cuando, encargando a los alumnos de la clase que escribieran un romance sobre no sé qué tema, salió mi romance a relucir.

Ya en camino, me pidieron cuartetas y quintillas, octavas reales, sonetos y muchas cosas más, con cada una de las cuales abrieron un palmo de boca discípulos y maestro.

—¡Es un literato! ¡Es un poeta!—exclamaban asombrados.

¿Quién me tosía ya? ¿Qué importaba que no diese palotada en el latín y en el sumar? Los mismos Virotó y Riquelme me miraban con respeto. Sin embargo, era lo cierto que el *litera-*

to no estaba seguro de si una palabra debía escribirse con *h* o sin ella, con *b* o con *v* de corazón.

Pero cada tiempo tiene sus modas y aun manías. Por aquel entonces, todo lo que había que ser en España era autor de coplas. Quintana, Gallego, Espronceda, Zorrilla, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, llenaban todos los cerebros. Ser poeta era el colmo de la sabiduría. Al mismo D. Alberto Lista no se le tenía en nada por eclesiástico, ni por maestro, sino porque hacía versos.

Que no supiera una patata de Teología: con una oda más o menos lamentable, alcanzaba la Doctoral cualquier clerizonte; o una mitra si los versos menos malos, y el cura de regular conducta. Ni los periodistas ni los diputados tragaldabas conseguían, como ahora, los altos puestos del Estado; mientras que los asaltaba con la mayor facilidad cualquier autor de comedias o de un librejo de versos.

«Ritmo y rima llevaban hasta a la Presidencia del Consejo de Ministros o del Estamento de Próceres.»

Con esto comprenderá el lector el espíritu de aquella época y la importancia que adquiría en la sociedad escolar su vate improvisado.

Dejé de asistir a latín con Virotó, sin que nadie se atreviese a decirme palabra. Iba cuando quería a la clase de Riquelme, y no se atrevía a preguntarme nada. Entraba y salía en el aula que me daba antojo, para matar el tiempo; pasando el día de aquí para allí, asaltando la despensa, haciendo rabiar al lego, forcejeando con los criados y derribándolos con la zancadilla, forzando las llaves de los calabozos para libertar los prisioneros, jugando al florete y al sable, donde mostré aptitudes superiores a los demás discípulos. Híceme el gallo de los internos y externos, el desfacedor de entuertos escolares, el niño mimado de los sirvientes, inspectores y maestros.

Juntamente con la enseñanza de D. Pedro O'Cruley, casi tanto como la clase de Esgrima, llegó a interesarme la de Ló-

gica y Gramática general que daba el Padre Martínez. Fuí a ella espontáneamente y sin que el Padre Mora interviniera; fuí porque sí, porque un día entré curioso, entendí bien la explicación, y me gustó la materia.

Compré el Baldinoti traducido al castellano, por puro adorno, y una Gramática general; pero no los abrí. Ya el horror a los libros de enseñanza se había apoderado de mi espíritu de tal modo, que miraba un enemigo en cada texto. Pero, eso sí, escuchaba con mucha atención lo que decía el Padre; sus ideas no sólo me las asimilaba, sino que despertaban en mi pensamiento otras ideas, y problemas y conatos de explicaciones.

El Padre me cobró cariño, prodigándome a poco las consideraciones de un compañero y del más aventajado de la clase.

Al fin del curso me encargó el repaso de los otros escolares. Y aunque esto no me dió la importancia que las coplas, me produjo una satisfacción más íntima; cobré mayor confianza en mí mismo, y aun produjo en mi espíritu ciertos dejos de independencia intelectual, cierta rebeldía al pensamiento ajeno.

Crecieron estas manifestaciones de la interior soberbia hasta el punto de denominar intolerancia a las contradicciones de mi opinión propia; arrebatábanme las disputas y encendíanme el espíritu con los vendavales de la ira, cual solemos ver en los fanáticos. En tales casos, cuando las razones no bastaban para convencer a los contrarios, en mi exasperación pasaba a los denuestos, dejando a veces maltratados a amigos y personas queridas. Luego que sobrevenía la calma, dábame pena, conocía la falta y procuraba desagraviarlos.

Advertí que pocas veces se borran del ánimo los efectos del insulto; y que el denostado, ridiculizado o injuriado una vez, podrá perdonar, pero conservando siempre en su interior la huella de la ofensa.

Como tenía el hábito de reflexionar sobre mis actos y los de las personas que me rodeaban, en las horas de mayor soledad, al acostarme, mientras venía el nocturno sueño, y al despertar por la mañana, en ese intervalo que media entre el sueño y la vigilia, decidí enmendarme; y debo confesar que, por completo, no lo he logrado aún.

Cierto que al fin pude reprimir los encendimientos y dejé de pasar de la discusión a las disputas, y menos al denuesto; pero todavía, cuando oigo sostener lo que considero falso, se conmueve mi sér, tengo que refrenar en mi interior algo que parece pugnar por desbocarse, y mis frases y palabras salen duras, por comedidas que pretenda hacerlas.

¿De qué modo podrá la Pedagogía corregir, por la educación este grave defecto? ¿De qué modo, para no caer en el extremo contrario, mucho peor todavía? Porque, ¿hay defecto mayor que la pasividad indiferente en materia de opinión? De aquí a la degradación del espíritu no hay ningún paso.

El mismo escéptico que defiende con ardor su escepticismo es una persona honrada. Pero el acomodaticio, aquel a quien nada mueve; el tolerante, no por educación, sino por indiferencia, es un egoísta, es un hombre incapaz, un eunuco del alma.

Mas he aquí un asunto educativo que no sé cómo resolverlo. Siempre será ardiente el ardoroso, e indiferente el apático. No se me ocurre más que dulcificar al primero, para que no llegue a intolerante y fanático; y estimular al segundo para que ame la verdad y defienda con celo la justicia.

Como quiera que sea, es lo cierto que sin esa mala condición que he confesado, hubiera tenido más amigos escolares.

LXXXVII

¡Gazpacho! El Escamón y Paimogo.

Llegué, no obstante, a ejercer cierto dominio: tácitamente concedido por la generalidad, más o menos repugnado por algunos, ya consintiendo a ratos, ya protestando a veces.

En el mundo pequeño de los chicos hay bastantes cosas que estudiar. Algunas han pasado casi inadvertidas; sobre una de éstas voy a trazar algunos rasgos.

A poco de *tomar la tierra,* quiere decir, de conocer el colegio y encontrarme como en casa propia, movió mi interés bajo cierto aspecto la personalidad de tres alumnos. Ninguno de los tres se parecía a los otros en nada, absolutamente en nada. Pero los tres, aunque en diversa forma y por vario modo, eran tres víctimas, tres criaturas condenadas al pasto de las travesuras, los insultos y los malos tratos de la población escolar.

Como tan diferentes eran, necesito darlos a conocer por sus rasgos especiales; y dudo por cuál empezar. Principiaré por el más sencillo.

Ramón Piedra era un muchachón de catorce años, obeso y como un rollo de manteca, inocentón, tímido y femenino, aunque no afeminado. Los compañeros no le querían mal, no le tenían inquina, pero el caso es que no le dejaban un momento en paz.

Uno le empuja, otro le pellizca; éste le pinta a la fuerza unos bigotes con tinta o corcho quemado; aquél unas patillas. O ya, cuando camina inadvertido, viene por detrás un diablejo, y a la carrera le pone las manos en los hombros y salta por encima. O bien, si los inspectores están lejos, se asocian varios estudiantes y derriban al pobrete, gritándole:

—¡Gazpacho!

Y el «gazpacho» consiste en quitarle los calzones, darle azotes en las rollizas nalgas, echarle buches de agua en la barriga, sobarle de lo lindo y pellizcarle.

A todo esto acompañaban las naturales protestas del agredido, así como la risa, jolgorio y algazara de los demás, quienes en cada coz y en cada vano esfuerzo de la víctima sentían un placer maligno e indefinible.

La segunda víctima tenía por nombre Manuel La Riva. Contaría unos diez y seis años. Ni poco ni muy desarrollado, rubio, de pelo claro, fisonomía indiferente casi siempre, descon-

fiada a veces (los chicos le decían *escamón*: palabra que no sé si está en el Diccionario, pero que da una idea inexpresable por ninguna otra.)

Sobrino de un montañés enriquecido en el Puerto de Santa María, mal educado (el sobrino), por consiguiente, voluntarioso y tímido, formal y de mediana inteligencia, guardoso, sin esa generosidad de los muchachos, tan noble en el fondo, que los lleva a dar y repartir entre los compañeros todo lo que tienen: tal era *El Escamón*.

Por este pecado comenzó su desdicha. Dieron los condiscípulos en asaltarle el baúl y registrarle la carpeta, forzando llaves y cerraduras. Quitábanle las golosinas, el dinerillo, los libros y papeles, con lo cual se daba a los diablos y quejábase a los superiores. Vinieron las averiguaciones y algún que otro castigo. No fue preciso más: los saqueos arreciaron, quedóse hasta sin calcetines ni camisa; la palabra del más terrible conjuro escolar pesó sobre su cabeza: «*¡Soplón!*», y se vió privado del agua y del fuego. Sus compañeros no volvieron a dirigirle la palabra, sino para mofarse de él o insultarle. Los más chicuelos tenían potestad para maltratarle, pues tras ellos estaba todo el Colegio para acogotar al réprobo, si fuese osado a responder al insulto.

Fue preciso a los directores del Colegio sacar a La Riva del dormitorio general, destinarle una habitación retirada y aislada, de cuya llave era dueño el prisionero, y estar allí condenado al aislamiento y la soledad, sin más amigos que su carpeta, baúl y cama.

La tercera víctima era *Paimogo:* hace poco que ha muerto y reservo su nombre por justas consideraciones; además, en el Colegio sólo le conocíamos por sus dos apodos. Los chiquillos no se habían contentado con uno: *Paimogo* le decían despectivamente, por ser natural de ese pueblo, en la provincia de Huelva; llamábanle también *Durana*, por expresarle antipatía y malquerencia.

El lector no entenderá qué tiene que ver el nombre de Durana con tales defectos. Fácil es la explicación.

Por aquellos tiempos luchaban desaforadamente los partidos moderado y progresista. El último se veía vencedor, gracias a que había echado en el platillo de la balanza su espada el general Espartero. Los moderados venían observando la política violenta y perseguidora que ellos denominaban «*de resistencia*», y que, continuando hasta muchos años después, dió al traste con la corona de Isabel II.

Era el jefe y corifeo de los moderados un Sr. Durana, hombre culto, pero de pasiones vehementes, mejor dispuesto para las intolerancias del absolutismo que para las prudencias de los partidos medios. Dedicó su vida a pelear, acosar, perseguir y aniquilar a los progresistas, ya por medio de la prensa en el periódico de que era director, ya desde la esfera del poder, ejerciendo el cargo de cacique absoluto de Cádiz y su provincia. Con esto resultó aborrecido de los progresistas y altamente impopular. Al caer los moderados, tuvo que salir a uña de caballo. Y la población escolar de San Pedro, hija de familias progresistas, no encontró otro nombre más odioso que aplicarle a *Paimogo* que el segundo mote de *Durana*.

Y antes de seguir mi cuento diré que Durana emigró y que a poco se suicidó en París, pegándose un pistoletazo. Aunque maduro de años, no teniendo en qué ejercer su fogosidad, se enamoró de la Reina Cristina; declaró a ésta su atrevido pensamiento, y al recoger las naturales calabazas, no pudo digerirlas y se levantó la tapa de los sesos.

Paimogo era un mozuelo de quince años, moreno con visos verdinegros, ojos grandes y torvos de mirar oblicuo, roborado entre la contracción de los párpados y el fruncimiento del entrecejo. «*Impatuoso*» e «*impatizador*», descubría que si dañaba de palabra, con más gusto dañara con obras, a poderlo hacer impunemente. No carecía de inteligencia, pero en lo moral no debió a la naturaleza grandes favores. Envidioso, egoísta, vengativo, suplía con la mala intención lo que le faltaba de ese

valor generoso, más o menos arrebatado, que solamente anida en los corazones nobles.

Nada de esto estaba analizado por sus compañeros, ni tampoco por mí entonces; pero, indudablemente, por esa intuición o ese instinto que suple a la reflexión en las criaturas, todos sentíamos antipatía hacia *Paimogo*. Por eso, no contentos con no llamarlo por su nombre, le pusieron *alias*, como a los criminales; y no pareciéndoles expresivo, le añadieron el que a la sazón mejor encarnaba el odio a la violencia y a la tiranía.

Los muchachos, individualmente, le tenían cierto miedo; pero de modo espontáneo se asociaban para insultarle, mortificarle y vejarle, con más saña y rigor que al inofensivo La Riva.

En efecto, *Paimogo* era de la madera y naturaleza de los criminales natos. Cuantas veces he pensado después en tal criatura, más y más convencido quedé de que sin la educación que recibió hubiera ido a parar en un presidio.

Cualquiera diría ahora que esa educación fue la cristiana y moral que le suministrara el Padre Mora o el lector Fray *Fulano* Martínez. Permítaseme que lo niegue: nada de eso. La educación que le impidió ser un malvado, aunque sin lograr hacer de él un hombre bueno, se debió a sus compañeros, al desprecio y los insultos, que, si no le amansaron, hiciéronle tragar saliva una vez y mil, acostumbrándole a reprimirse, a devorar dentro de sí sus aviesas inclinaciones; en una palabra, a dominarse de grado o por fuerza.

En una época como aquella, en que ni familia, ni maestros, ni colegios se ocupaban para nada en la educación de las criaturas (creyendo neciamente que todo se reducía a enseñar de memoria la Doctrina, el libro de Urbanidad, el Latín y algunas otras garambainas condecoradas con el nombre de *asignaturas*), la educación se administraba y adquiría sólo por el roce, contacto y lucha de unos chicos con otros, por el instinto que les llevaba a estimar a los buenos, burlarse de los imperfectos y fustigar a los malos.

Al pobre de Piedra nadie lo quería mal, pero era objeto de las bromas más o menos pesadas de la malignidad estudiantil. Era un pedazo de carne fofa bautizada, un sér sin energía, y a fuerza de empellones y diabluras le fueron educando, agilizando y despabilando. El método no resulta muy pedagógico ni sano; no seré yo quien lo defienda ni proponga; pero, a la verdad, no conozco otro cuyos resultados abone tanto la experiencia. Cuando más adelante hable de las novatadas en las universidades y colegios de carreras mayores, puede que tenga que volver sobre el asunto.

Como La Riva era del Puerto, y paisano mío, por tanto, creí caso de honra salir a su defensa; y, en efecto, con más o menos trabajo pude librarle de su muerte civil. Dejáronle en paz, aunque nunca tuvo amigos; yo fuí el único. Me lo agradecía con cierta especie de reconocimiento y sumisión, lo cual no era parte a que se le ocurriera nunca brindarme con nada, ni aun de sus abundantes golosinas.

Ya en camino, de desfacedor de agravios, híceme Quijote de la causa de *Paimogo*. Cesaron de vejarle en presencia mía, no sin que la empresa me costase dar y recibir algunas cachetinas. Pero pronto advertí que el buen *Durana,* no sólo no agradecía mis servicios, sino que en su interior le corroía la envidia y hasta la malquerencia, como ofendido de que obtuviese yo por mi propia autoridad y fuerza un favor para él. Con esto le dejé abandonado a su propia suerte, guardándolo constantemente en la memoria cual tipo de hombre atravesado. Después, el tiempo ha venido a demostrarme cuánta razón de instinto gozan los muchachos, y cómo la propia Naturaleza procura insconscientemente corregir las imperfecciones.

Paimogo comenzó la carrera de abogado; la abandonó y dedicóse a contratista de obras públicas: fue duro, despiadado y estrujador de trabajadores; así se hizo rico. Vivió malquerido de los humildes, menos preciado de sus iguales, comido de envidia por la prosperidad de quienes la alcanzaron mayor que él. Murió sin que una lágrima humedeciese ningunos ojos.

No tropezó en algún artículo del Código porque los colegiales de San Pedro le enseñaron a tascar el freno, disimular y reprimirse. Pero sus últimos años fueron desastrosos; casado, tuvo hijos que ya no se educaron en San Pedro; las ramas salieron al tronco, y esas sí que se enredaron en los artículos del Código penal.

LXXXVIII

* Los exámenes de antaño.

Celebrábalos anualmente San Felipe con gran pompa y aparato; no había de ser menos San Pedro.

San Felipe Neri estaba en su propio edificio, gran convento remozado y alegre, el cual pudo servir para el objeto con que fue fundado, lo mismo que para Palacio de las Cortes y que para Colegio de segunda enseñanza. Tenía y tiene un amplio patio hermosísimo, lugar apropiado para los juegos juveniles y para el espectáculo teatral de los exámenes públicos.

San Pedro residía en un enorme casarón de la calle del mismo nombre y en otras dos casas más, contiguas y comunicantes por la espalda, con fachada a la plaza de Mina. Careciendo estos edificios de un patio tan lucido como el de San Felipe, salíamos de madre y verificábamos la fiesta en el más hermoso que había en la ciudad: en el patio del Pabellón de Ingenieros. Aquello era de ver cuando se celebraba tan solemne espectáculo, acto, fiesta y representación, porque de todo tenía un poco. Epoca fija, en los comienzos de Junio.

Un gran toldo de blanca lona, adornado con festones rojos, tamizaba la luz espléndida del inicial estío, dando al ambiente dulce frescor. Las galerías, listadas de bancos ocupados por el público anónimo. El cuadro central del patio, vistosísimo. Banderas y gallardetes ondeando en los balcones de las galerías. Pabellones de vistosas telas adornando los arcos y columnas inferiores. Alfombrado el suelo.

Al frente, amplia tribuna (tres gradas en alto) circuída por balaustres de madera pintada simulando mármol. En el centro y al fondo, un dosel de terciopelo carmesí cobijando el retrato de la Reina Isabel, en inocente edad, con dos sandías al pie como emblema de los dos mundos de nuestros tiempos gloriosos, y la cara malhumorada y greñuda de un león asomándose. A la derecha, una mesa con tapete de damasco rojo y un sillón para el profesor. Acá y allá esferas armilares y globos terráqueos, mapas y libros, coquetamente y con pintoresca distribución colocados. Por último, un gran atril sustentando amplia pizarra negra.

Al frente opuesto, otra gradería y nuevo tablado, más pequeño, a guisa de estradillo, con sendos sillones eclesiásticos rellenos con las ilustres posaderas del Jefe Político y del señor Alcalde, juntamente con otros para el Comandante general y demás personajes, amén del Padre Mora y los catedráticos libres de faena por el momento.

Entre el estrado y la tribuna, ancha calle limitada por hileras de bancos destinados a las familias de los colegiales; excepto los próximos a la tribuna, reservados para el cuerpo estudiantil.

Allí era cosa de vernos tan lucidos de pies a cabeza con nuestro flamante uniforme, consistente en sombrero de tres picos galoneado de plata, casaca azul con botones y sardinetas del mismo metal, y pantalón también azul e igualmente adornado con franja de plata. Tan preciosa moda militar, bueno es que no se pierda de vista, ni se olvide su origen. Como se nota, existía en esos Colegios híbridos y de transición, eclesiástico-aseglarados; conservándose con rigor hasta hoy día de la fecha en las instituciones meramente religiosas, como los Escolapios y Jesuítas.

Tres días duraba la función, amenizando los intermedios con su música una banda militar, situada en la galería superior. El primer día tocaba lucirse a los chiquitines de instrucción primaria; el segundo, a los zangones de humanidades.

El tercero, era todo de jolgorio.

Clase de piano y de solfeo, clase de esgrima, y, por último, clase de baile; sólo que en este examen final se apartaban los bancos y se examinaban también (aunque sin ganar curso) algunas señoritas que, galantemente, eran sacadas a bailar por los escolares. Después, reparto de premios, discursitos obligados del Sr. Jefe Político y del Sr. Alcalde, refresco de naranja y horchata, dulces para los chicuelos y familias, emparedados con buenos vinos para autoridades y demás personas de circunstancias y tal.

Hasta aquí, de los exámenes públicos no hemos visto sino la parte decorativa y exterior; quédame el dar idea de la medula íntima. Diez o doce días antes comenzaba la preparación: los catedráticos repartían los papeles entre sus discípulos respectivos. Excepción hecha del Padre Martínez, que no me advirtió nada, y del maestro de esgrima, los demás (cual a mis otros compañeros) me indicaron la lección sobre que me habían de preguntar, encargándome que la aprendiese bien.

—Mira (porque me hablaba de *tú*)—me dijo D. Pedro O'Cruley,—en Retórica y Poética nada te tengo que advertir, porque sabes más que yo; pero, de Mitología no sabes una palabra. Elige a Venus, que es la diosa más bonita; entérate de sus devaneos y de las veces, poco más o menos, que le puso los cuernos a Vulcano; pues sobre eso te voy a preguntar. En Historia de España y en la Universal tampoco estás muy fuerte; lee con atención y apréndete el capítulo de las conquistas de Alejandro y la batalla del Guadalete, puesto que se dió cerca del Puerto; y, por Dios, ¡que no me hagas ensalada con las fechas!

—De esto último no respondo—le contesté.

—¡Pues estamos perdidos! Mira, omites las que puedas buenamente, que yo no te apretaré; pero las principales márcatelas en las uñas.

D. Joaquín Riquelme se redujo a señalarme una ecuación de primer grado en el libro de Lacroix (no sé si escribo bien

el nombre) y un problema sencillo sobre no recuerdo qué asunto de triángulos.

Por virtud de tan inocente artificio, no naufragó ningún muchacho: salvo mi paternidad, que milagrosamente pudo salvarse en una tabla.

Hice un examen lucido en Lógica e Ideología, medianejo en Gramática general. Pasé a trompicones en Historia; y me hubiera roto las narices si no me ampara D. Pedro, porque las fechas escritas con lápiz en las uñas por la mañana se habían borrado. En cambio, me despaché a mi gusto en Retórica y Poética. Pero, amigo, cuando llegó la vez al Algebra y la Geometría, aquello fue un cataclismo: ¡el vacío, la soledad más espantosa, la nada, reinaban en mi cerebro! Ya había salido la pregunta de los labios de D. Joaquín Riquelme, y yo no sabía qué contestar.

Allí, en la escena, en alto, en el tablado, aumentaban mi confusión el centenar de cabezas, con sus correspondientes pares de oídos y de ojos que en mí estaban fijos, desde los del Sr. Jefe Político hasta los de las bellas jovencitas y orondas mamás. Hubiera deseado que la tierra me tragase. La vergüenza me tiñó el rostro como una remolacha; viniéronme irresistibles pujos de llorar; y para que no me viesen me volví de espalda. En cuyo momento, al ver el caballete y la pizarra, libre de la fascinación de tantos ojos, tomando curso de energía la desesperación, me sugirió una idea salvadora. Cogí la tiza; y escribiendo con gran rapidez en el encerado letras y signos, acá y allá mezclados con + y — y × y : y x, manoteando para con los brazos impedir al público la lectura y borrándola luego de repente, me volví con descaro a D. Joaquín y al público auditorio ilustre, como dando por terminada la faena.

D. Joaquín me miró absorto y me hizo la pregunta de Geometría, por ver si con ella salía más o menos disparatadamente. Pero una vez hecho el camino, ya no me paré en barras. Tracé un triángulo en la pizarra, le puse una letra en cada

pico... ¡y allí fue de ver el barajar del ángulo *a b c* con el ángulo *b c a!* Y a todo esto, escribe que te escribe y charla que te charla en algarabía o bernardinas que dejaron atónito al público y al mismo D. Joaquín, quien puso término al sainete subiendo y bajando la cabeza.

Ello fue que, *premio* no, pero obtuve la nota de *bueno* en Matemáticas. El público no me hizo justicia, ni menos los maestros, pero sí los escolares. Tenía entre ellos bastantes amigos y admiradores; gozaba de buena reputación entre los neutros, que siempre componen la mayoría de toda colectividad; pero tenía también mis émulos y tal cual enemigo. Alguno hubo de oir que un señor gordo decía al Padre Mora durante mi examen:

—Ese muchacho parece de provecho.

Y que el Padre Mora le contestó:

—Es un filósofo, y además hace octavas reales.

Con lo cual se agotó la paciencia de mi émulo y fue a desahogarse entre sus colegas, haciendo los justos comentarios de mi osadía desvergonzada en el examen de Matemáticas, y concluyendo todos por decir que yo era un purísimo farsante.

La frase resultaba dura; pero, como expresión de la verdad, no dejó de imprimir su huella en el ánimo de los neutros y rebajar el concepto en que me tenían. No hay mejor juez de los estudiantes que sus compañeros.

No por descargo de mis culpas: desde las primeras páginas de los presentes apuntes vengo confesando mi ingénita ineptitud para las ciencias exactas y otras muchas; es una desgracia que deploro; no es culpa del ciego el no ver, que harto lo siente. Pero yo digo: si los exámenes son una mera y pura farsa, forzando a hacer papel en ella, ¿qué hice más que extremar los grados de la farsa misma?

¡Ah! No se diga que los exámenes de hogaño son muy otros que los descritos de antaño. Ya demostraré más adelante que los exámenes actuales de preguntas por papeletas sacadas a la

suerte, resultan más farsa todavía; y sobre farsantes, absurdos; y sobre absurdos, necios; y sobre necios, inhumanos e injustos.

LXXXIX

*¿Qué es estudiar?

Si por *estudiar* se entiende grabar en la memoria las hojas impresas de un libro, como las graba en un pliego de papel la prensa tipográfica, para leerlo allí dentro de los sesos con la exactitud que se encuentra en el mismo libro; si por *estudiar* se entiende guardar los signos fonéticos del maestro o sus mismas ideas en la caja del cráneo, como se guarda la ropa en el cajón de una cómoda, para vestirla cuando llega la ocasión, entonces... ¡yo no estudié ni aprendí cosa alguna!

Si por *estudiar* se entiende adquirir algún conocimiento, dar con la clave oportuna para su examen, desenvolver la atención, ensayarla en observar y comparar, despertar el juicio, valorar las cosas y sus fenómenos, seriar éstos, diferenciar las causas de sus efectos, inducir lo desconocido por lo conocido, aprender a ver lo exterior y formar juicio y adquirir conocimiento de cosas y personas, y verse uno mismo interiormente y adquirir conciencia propia, entonces... ¡no dejé yo de estudiar en el Colegio de San Pedro!

FEDERICO RUBIO

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PROBLEMAS Y LECTURAS[1]

La publicomanía.

Naufragio de obras y autores.

Horas inciertas corren para las formas literarias, para las manifestaciones del pensamiento. Los ídolos se van, y entre las dudas y nieblas que nos rodean, no se distinguen las formas de los que vendrán á substituirlos. Las obras de los grandes maestros que suscitaran otrora tantas polémicas y tempesta-

(1) Bajo este título aparecerá en breve, editado por la «Biblioteca de Derecho y de Ciencias Sociales, de Victoriano Suárez, un tomo de más de 500 páginas, del que es autor Aníbal Latino, pseudónimo que ha logrado acreditar en la República Argentina y en otros países de la América del Sud, un escritor oriundo de Italia, y establecido desde hace muchos años en Buenos Aires, donde logró distinguirse en el periodismo, llegando a desempeñar los más altos puestos de la prensa bonaerense.

La nueva obra de Aníbal Latino—pues ha publicado otras muy apreciables anteriormente,—consta de cuatro partes, y (como se verá por los títulos que consignamos en seguida) aborda en ellos los temas más variados y más interesantes.

La primera parte, titulada *Problemas del siglo XX*, comprende los siguientes capítulos o estudios:

La publicomanía: Naufragio de obras y autores;

Las luchas económicas y los armamentos;

La preparación de la juventud y las carreras que deben darse a los hijos;

des, pasan casi inadvertidas; ya no se apasionan ni se acaloran los ánimos por el romanticismo o por el naturalismo; ya no existen escuelas con brillantes cohortes de secuaces ardientes, dispuestos por un quítame allá esas pajas a romper lanzas

---

Efectos terribles de una guerra futura;
Peregrinos y peregrinaciones.—El problema religioso;
Los pueblos que triunfan;
Roma y sus transformaciones;
El espíritu nacional y el cosmopolitismo;
La edad de los hombres públicos;
Estudios y exámenes;
Los efectos de la apertura del canal de Panamá;
Las guerras a grandes distancias;
Los gustos teatrales del público;
La popularidad de algunos escritores y hombres públicos;
El presente y el futuro.

La segunda parte se refiere á *La República Argentina y su gran capital*, y contiene los siguientes estudios:

La nacionalidad de los escritores;
España y la República Argentina;
Los hijos de los extranjeros;
Algunos juicios sobre el pueblo argentino;
Los progresos de Buenos Aires.—Edilicia y periodismo;
Originalidad e imitación;
La emigración italiana y sus críticos y panegiristas;
Por las colonias;
Arquitectura y escultura;
La cadena de los Andes;
Errores económicos.

La tercera parte, titulada *Notas de viaje*, contiene consideraciones sobre Gibraltar; habla de Cataluña, de los catalanes y de la literatura catalana; refiere impresiones sobre Galicia, la Suíza, la Liguria; sobre los americanos en Europa, y sobre la travesía del Océano.

En la cuarta parte están incluídos, bajo la denominación de *Escritos diversos*, algunos capítulos de amena lectura, y una pequeña novela, titulada *Sin Patria*, cuyo argumento envuelve un problema social de la mayor importancia.

Los capítulos que aquí publicamos han de formar parte del libro que, como dejamos dicho, tiene en prensa el ilustre escritor, el cual, aunque nacido en Italia, maneja la pluma como un castellano.

en defensa de sus obras favoritas, como los caballeros de la Edad Media las rompían en defensa de sus damas. Unas veces es un autor ruso, como Tolstoy, el que se impone a las preferencias de todos los públicos, o un autor polaco, como Sienkewicz, o un autor inglés, alemán o norteamericano: las obras poderosas de Zola, con su insuperable poder descriptivo; las obras delicadas de Bourget y de otros autores tendrán siempre numerosos lectores y partidarios; pero es bien evidente que ya no llenan los anhelos de los grandes públicos, que han perdido una parte de la popularidad de que antes habían disfrutado. Los gustos se han modificado, las tendencias son diversas, las aspiraciones son complejas y contradictorias. Se desean creaciones nuevas, raras, impresionantes, sin que se sepa a punto fijo cómo han de ser, qué condiciones han de reunir. Sucede en literatura algo análgo a lo que sucede en la vida política y económica de los pueblos: nunca satisface lo que se tiene, se anhela siempre algo mejor, se camina hacia una meta que nunca se alcanza.

En medio de tantas incertidumbres y sentimientos difíciles de precisar y satisfacer, llama la atención la enorme cantidad de libros que se publican en todos los generos, sobre todas las materias. ¿Quién no ha pensado con terror en lo que tendrán que llegar a ser las bibliotecas y las librerías dentro de un siglo, si todas las obras que hoy alcanzan elogios, y son tenidas por importantes y dan renombre a sus autores, sobreviviesen? Si ya hoy día la ilustración es tan difícil, si la instrucción de los niños y de los jóvenes resulta cada vez más complicada por las numerosas obras que existen en todos los ramos del saber, sin contar los progresos de las ciencias, y la acumulación de la historia de las grandes naciones, ¿qué sucederá dentro de cien o doscientos años, cuando centenares de miles de libros nuevos se habrán agregado a los existentes?

Ahora mismo no bastaría la vida de un hombre, por larga que fuese, para leer las obras de los clásicos griegos y latinos y las grandes producciones literarias de Europa desde el siglo XIV

hasta la fecha, ni menos para leer todas las novelas de alguna importancia que se han escrito en los siglos XVIII, XIX y XX. Empero, para bien de nuestros descendientes, el manto del olvido caerá piadosamente sobre un gran número de obras que han tenido sus horas y hasta sus años de popularidad, como caerá sobre muchos nombres que hoy corren de boca en boca. El polvo de las bibliotecas será el sudario de las reputaciones usurpadas y de las creaciones que se han levantado explotando circunstancias, tendencias y pasiones de un día, o que la moda ha logrado exagerar con sus artificios y sus caprichos. Apenas si alguno que otro ejemplar de innumerables novelas, memorias, dramas, comedias, colecciones poéticas, libros de crítica, de viajes, de historia, de filosofía, de ciencias económicas, quedará como muestra en esas arcas de Noé de la inteligencia, que se llaman bibliotecas, para dar una idea de la actividad tipográfica y de la exuberante producción de nuestros tiempos. Aun así será preciso que los venideros, para orientarse y hacer lugar a las nuevas obras que irán apareciendo, quemen montañas de libros y folletos, hagan autos de fe bibliográficos, como se hacen escombros de edificios que fueron vistosos y que desempeñaron brillante papel durante largas décadas, muchos durante siglos enteros. Las obras filosóficas, las metafísicas, que han dado tanta reputación a sus autores, serán las primeras en ser olvidadas, porque, como dice un popular escritor italiano, «las especulaciones filosóficas y ontológicas, que cada cual interpreta de una manera distinta, son estériles y tristes como los amores solitarios»; y lo mismo sucederá con las obras de crítica e interpretación histórica, con las sociológicas y con las de economía política, cuyo móvil primordial es corregirse unas a otras y sentar teorías novedosas, que a nada conducen y que no se tienen en cuenta para nada en la vida y desarrollo de los individuos y de las sociedades.

Algunos escritores han previsto esta obra destructora del tiempo. En Abril de 1892, Piérre Loti, al hacer el elogio de Octavio Feuillet, terminaba el discurso de recepción en la Aca-

demia francesa con las palabras siguientes: «Yo pienso con melancolía en ese gran silencio que va a caer inevitablemente sobre él (aludía á Feuillet) al término de esta jornada, hasta que llegue el juicio del futuro... ¡Oh!, no entiendo referirme a un futuro muy lejano; ¿quién se atreve a pensar en él? Se comprende que las obras antiguas hayan atravesado grandes espacios de tiempo; pero nuestras obras modernas pasarán pronto... No, yo me refiero a un futuro cercano, al de mañana que llega, al siglo nuevo que se aproxima. Ese misterioso siglo XX mirará pronto en el nuestro para buscar en él lo que haya de verdadero mérito. Toda nuestra literatura, por la cual tanto nos afanamos, va a pasar por ese crisol de los años que deja caer en el vacío sin fondo las cosas pequeñas, las obras impersonales, triviales, ligeras, hechas a fuerza de habilidad, para guardar solamente las que valen...»

¿Qué quedará, en efecto, de las producciones de tantos autores que hoy nos son familiares? Dentro de un siglo, probablemente, muchos nombres sonarán tan extraños al oído, no del vulgo, que los ignorará completamente, sino de la gente de letras, como ya a nosotros nos suenan muchos de fines del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX.

Pero esto no impedirá que, aun después de la selección despiadada hecha por el tiempo, sea imposible conocer todas las grandes obras de las literaturas de Europa y América. Esto es imposible hoy mismo. ¿Quién puede envanecerse de conocer a fondo todos los clásicos de su propio país, tratándose de los países de historia literaria ya antigua? ¿No se forman acaso en cada uno de ellos, especialistas en tales o cuales estudios, según la índole de lo que tratan con preferencia? ¿Qué sabemos de muchos escritores de mérito que figuran en primera línea en Alemania, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos, Dinamarca, Holanda, Austria-Hungría, Grecia, Turquía, Servia, Bulgaria y Rumanía, como no sean las referencias vagas de algunos críticos o eruditos, o lo que se nos dice en ciertas traducciones, de cuya exactitud no es posible cerciorarse? Habrá que recurrir a

los extractos, como se ha recurrido a las miniaturas, a las pequeñas reproducciones, para divulgar el conocimiento de los mejores cuadros de los grandes pintores; habrá que inventar métodos especiales para que los estudiosos puedan tener una idea de las grandes producciones literarias de otros países y de otros tiempos, sin necesidad de leerlas, o será preciso limitar el campo de la instrucción para no perder en intensidad lo que se gane en dilatación, como hoy mismo sucede, para no multiplicar esas masas de individuos forrados de nombres que saben un poco de todo, que han leído un poco de todo, que están llenos de nociones superficiales, pero que son incapaces de toda profundidad. Es uno de los defectos de que ya adolecen muchos hombres ilustrados de nuestras sociedades, a causa de la inmensidad de las lecturas y de la difusión de los conocimientos.

***

Sin esperar el siglo XXI, sin que el tiempo haya hecho su obra justiciera, ¡qué desengaños se experimentan a veces hojeando los libros que en las ciudades de Francia y de Italia llenan las carretillas de los vendedores ambulantes o los estantes de las librerías de viejo! Las primeras obras de autores como Aureliano Scholl, Andrés Theuriet, Catulle Méndes, Claretie, Paul Alexis, Esteban Mallarmé, Jorge Rodenbach, Antonio Barrili, Capuana, Verga, Panzacchi, Rovetta, Colajanni, Mantegazza, Farina, Vassallo y de otros muchos no menos conocidos, no sólo se encuentran a vil precio, sino que se encuentran hasta los tomos con dedicatorias que los autores han regalado a los amigos o quizá a otros escritores no menos reputados.

Y sin embargo, la publicomanía crece sin cesar y se va convirtiendo en furor, en una verdadera calamidad. Sin contar el aumento incesante de las publicaciones periódicas, todo se reúne en tomos y folletos, los artículos periodísticos, los discursos, las conferencias, las lecciones que se dictan desde las cátedras, las opiniones de los diarios, las innumerables memorias e in-

formes que se escriben sobre cualquier cosa. Las novelas insulsas, los tomos de poesías sin inspiración y hasta sin sentido, menudean lastimosamente. Siendo la impresión tan barata y tan fácil, ¿quién resiste al placer de ver su nombre en letras de molde, de merecer una cita en los grandes periódicos, de ver figurar sus tomos al lado de los tomos de los grandes escritores en las vitrinas de los libreros? ¡Qué importa que llegue pronto el olvido! Se satiface la vanidad del momento, se anhela una hora de satisfacción, como las damas que gastarán una fortuna en un vestido que arrojarán quizá después de haberlo llevado un solo día, después de haber llamado la atención y causado la envidia de las damas amigas o conocidas.

Algunos escritores más listos o de mayor talento, y hasta algunos de verdadero genio, han hecho o hacen esfuerzos para anticiparse al día de mañana, para ser los precursores de lo que podría llamarse la literatura del porvenir.

Emilio Zola se había hecho intérprete de los sentimientos de la clase obrera, de las masas populares, de esas «olas que avanzan» y que habrán de dominar, según decía en una fecha no muy lejana. D'Annunzio ha buscado nuevas formas métricas, ha intentado sin éxito la resurrección del teatro clásico; Tolstoy proclamó un nuevo evangelio democrático, de cuya aplicación había de depender la felicidad de los hombres; Bourget ha desarrollado en sus novelas, tesis originales, y Edmond Rostand ha creído que su *Chanteclair* produciría una revolución en la escena; pero es bien sabido, que si los autores nombrados y algunos otros de los más célebres de nuestros tiempos, lograrán sobrevivir y escapar al olvido en que caerán muchos otros, no será por sus tentativas de innovación, ni por los esfuerzos que habrán hecho para distinguirse de los demás, sino por los méritos reales que habrán tenido como escritores y pensadores.

Mañana, como hoy y como ayer, serán siempre los grandes ingenios los que prevalezcan, serán las obras de verdadero mérito las que se impongan y sobrevivan; pero ni éstas pueden

nunca prescindir del ambiente, del momento psicológico en que aparecen, ni es menos cierto que los gustos cambian, y con ellos las formas y las condiciones de las obras literarias y teatrales. Las comedias y tragedias de Molière y Racine, las novelas de Víctor Hugo y Balzac, tienen bellezas y méritos que serán siempre apreciados, pero no llenan ya por completo las aspiraciones de los que leen, ni de los que asisten á los teatros.

Dentro de ciertos moldes y principios fundamentales, en literatura como en todo, se busca continuamente la novedad, la variedad; se anhelan impresiones nuevas, sensaciones fuertes que sacudan los nervios, que presenten bajo un aspecto desconocido y original las cosas de la vida.

¡Dichosos los autores que, al interpretar con acierto los anhelos y sentimientos de una época o al anticiparse con espíritu intuitivo a los que predominarán en una época futura, pueden poner en sus obras el sello de su genio, esa parte de humano, de universal que necesitan para ser duraderas, para librarse de la muerte! Esos que se llaman Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare o Víctor Hugo, son como esas construcciones de mármol y piedra que resisten los embates del tiempo, como las columnas y los arcos del Foro Romano. Las obras que, sin dejar de tener algunas cualidades, sólo responden a circunstancias momentáneas, a condiciones y exigencias de un período determinado, son como esas construcciones, no pocas veces bonitas y vistosas, que se levantan con motivo de las exposiciones universales: duran más o menos tiempo y desaparecen después de haber llenado su misión.

Gracias a ese afán de renovación, a esos cambios en los gustos que crean modas y tendencias literarias y teatrales y dan a cada período un carácter peculiar, se seguirán escribiendo dramas y comedias, publicando poesías y novelas, historias y descripciones. Si así no fuese, habría que cesar ahora mismo toda publicación, pues no hay género que no cuente con miles de obras, no hay manifestación alguna que no haya

sido representada en sus diversos aspectos por ingenios brillantes.

El afán de novedades, de impresiones raras, fuertes, originales, imprevistas, nunca ha sido tan grande como en nuestros tiempos. De aquí que en el teatro se corra con impaciencia de Sardou a Ibsen, de Rostand a Sudermann y Hautpmann, y en la novela se busquen los autores exóticos para volver de vez en cuando a los maestros, a los autores favoritos de la propia nación, y especialmente a los franceses.

¿Cuáles serán los gustos, las necesidades, las modas de mañana? ¿Qué nuevas formas asumirán los principales géneros literarios? ¿Qué se inventará para concentrar la atención y despertar interés? La orientación es difícil y no cabe en un breve artículo investigación tan compleja. Pero es indudable que la novela en su forma usual de estudios sociales por medio de intrigas bordadas alrededor de una pasión, ha hecho su tiempo y ha de sufrir modificaciones de importancia. Lo prueba la fácil popularidad adquirida a su aparición por *Quo Vadis* y la fruición con que se acoge toda obra del género que se aparta del camino trillado, las de algunos autores rusos, ingleses y alemanes. No es fácil decir si será la novela histórica o la novela científica la que subentre a la novela social: es probable que a la ciencia le esté reservado un puesto importante en la literatura de lo porvenir, ya que hasta ahora sólo ha sido aprovechada hábilmente por Julio Verne. Es probable también que escritores de gran vuelo logren interesar y conmover con obras en que actúen determinadas clases sociales o gremios determinados de trabajadores o empleados, sin necesidad de dar a la mujer, como se ha hecho hasta ahora, un papel preponderante, ni recurrir a los artificios de las fuertes pasiones amorosas.

La historia, la política, las finanzas, la vida económica de los pueblos, se prestarán más que nunca a obras grandiosas y profundas que anulen la admiración exagerada que aún se siente y las citas abusivas que aún se hacen de las obras de Ma-

quiavelo, Montesquieu y Rousseau; en cambio, la poesía va perdiendo cada vez más terreno, y sólo grandes poetas podrán levantarla de vez en cuando y hacerla brillar con el antiguo esplendor.

Dos hechos resultarán también infaliblemente, como consecuencia de los progresos realizados en todos los ramos del saber y de las obras de mérito que se habrán acumulado; son los siguientes: primero, que será cada vez más difícil distinguirse y sobresalir, y que un escritor que publique dentro de un siglo novelas que alcancen, por ejemplo, la popularidad que tuvieron las novelas de Zola y Daudet, y tengan los méritos que éstas tienen, habrá de poseer un ingenio muy superior al que tenían aquellos escritores; y segundo, que la instrucción de la juventud será cada día más difícil y embrollada, si no se encuentran los medios de poner orden en el caos que van produciendo los innumerables libros que se publican, y que, hasta por su ínfimo precio, tentarán la curiosidad de los jóvenes. Tal vez, la especialización de las materias y la condenación de lo enciclopédico, logre salvar en parte el inconveniente.

Arquitectura y escultura.

La arquitectura, en sus variadísimas formas, constituye uno de los exponentes del vigor, de la riqueza, de las capacidades y energías de los pueblos. Viene a ser en el orden material lo que los libros de mérito y los inventos son en el orden literario y científico. Las grandes construcciones forman lo que podría llamarse la literatura plástica de cada pueblo: expresan con piedras y ladrillos o con armazones metálicas las ideas predominantes en una época dada, la labor de una o más generaciones.

Las grandes obras arquitectónicas suscitan la admiración de los pueblos, tanto como las grandes creaciones de la inteligencia. La Acrópolis de Atenas ha contribuído tanto como

los poemas de Homero a mantener vivo el recuerdo de la Grecia antigua y de su genio inmortal; el Panteón de Agripa, el Coliseo, los restos y las ruinas de las grandes construcciones romanas que atraen peregrinaciones inacabables de todos los puntos del planeta, se imponen a la atención de los pueblos modernos casi tanto como las leyes famosas y las obras de los grandes escritores, sobre todo porque se reconoce allí todavía la grandeza colosal del pueblo-rey, y porque, como ha dicho un gran escritor, «flota sobre los monumentos romanos el océano invisible de un espíritu universal, asimilador, que tiene de Grecia la armonía, de Asia la magnitud, rebosando realmente en la tierra y en la Historia, sin tocar a un ideal, que irá más tarde a perderse entre los misterios y los arreboles del cielo, medio luz, medio sombra».

Los pueblos que no han tenido arquitectura, que no han dejado rastro de su cultura, de su laboriosidad y de su gusto, han sido completamente olvidados, no han merecido la consideración de los venideros. Por las Pirámides se piensa todavía en los antiguos egipcios, y no se piensa en muchos otros pueblos de Asia y de Africa que han alcanzado quizá mayor grado de civilización, como los fenicios y los cartagineses, pero que han dejado menores vestigios de su existencia.

La arquitectura, a la que hay que agregar la escultura que la complementa y la embellece, influye hoy también poderosamente en el concepto que cada pueblo se forma de los demás. Cuando se llega a una ciudad desconocida, lo primero que salta a la vista y se impone a la atención son las construcciones urbanas, que concurren más que las gentes y las costumbres, más que los hoteles y los atractivos que después se encuentren, a formar nuestras primeras impresiones. Y podéis estar seguros de que si éstas son desfavorables, por la estrechez de las calles o la fealdad de los edificios, será muy difícil que se logre modificarlas, aunque se nos brinden toda clase de halagos y comodidades.

De los arcos, columnas y muros de los grandes edificios,

como de las estatuas y de los monumentos, se desprenden para el viajero observador ideas y sentimientos que revelan un aspecto, una cualidad, una virtud o un vicio del pueblo al cual pertenecen. Las obras maestras de la pintura son admirables también y sirven de deleite al espíritu; pero hay que ir a buscarlas a horas determinadas en galerías y museos, mientras las obras escultóricas y arquitectónicas se ofrecen a todas horas en espectáculo permanente, desempeñando un papel más trascendental y ejerciendo una influencia más continuada y más profunda. Y no bastan las obras antiguas, los templos magníficos, los palacios de estilo, como los que abundan en las ciudades de Italia y de España, para satisfacer los anhelos de los habitantes e imponerse a la atención de los extraños: se quieren también las obras modernas, las estatuas de los hombres ilustres, los monumentos conmemorativos, los edificios elegantes y esbeltos que reúnen la comodidad a la solidez, las fuentes colosales, los paseos y los jardines, las perspectivas lejanas y las arboledas frondosas, todo lo que pueda halagar la vista, ensanchar los pulmones, hacer agradable la vida.

Se irá a contemplar en Roma por algún tiempo las ruinas que revelan el espíritu de un pueblo colosal, o bien los templos que hablan del genio y de la actividad del cristianismo; se irá a ver en Venecia, junto con la iglesia de San Marcos, de arquitectura oriental, los edificios llenos de cinceladuras y esmaltes, levantados en medio de las aguas, amoldando con feliz combinación las influencias externas a las peculiaridades históricas y topográficas; se irá a admirar los edificios de estilo árabe en España y las maravillas del arte gótico en Milán y Colonia, pero se irá a vivir a París o a Viena, a Berlín o a Londres, a Turín o a Barcelona, es decir, a las ciudades modernas, a las que reúnan mayores comodidades y que mejor se amolden a los dictados de la higiene y a las nuevas exigencias de la vida.

He aquí por qué son siempre plausibles las grandes obras públicas, las que están llamadas a perdurar en el tiempo, como sin duda las aplauden todos los que aman el país en que han

nacido, el país en que viven. Nada dará a los venideros una idea más exacta del valer de los hombres de esta generación que los grandes edificios construídos o en construcción, los ferrocarriles, puertos, canales, puentes, viaductos, que en la Argentina, como en los pueblos más adelantados, se van multiplicando para responder a necesidades crecientes de la vida nacional.

Suele afirmarse que, bajo algunos conceptos, los pueblos modernos están en decadencia y que no tienen las energías de los antiguos, porque no levantan templos costosísimos como los de San Pedro y San Juan de Letrán, en Roma; ni palacios de piedra como los de Pitti y del Louvre; ni residencias vastísimas y sorprendentes como las de Versalles y Fontainebleau; pero el cargo no puede ser más injusto. ¿Acaso los túneles que van horadando los Alpes en todas direcciones no son tan dignos de admiración como los mejores monumentos de la arquitectura de todos los tiempos y de todos los estilos? Serán menos artísticos por su índole, pero como obras de ingeniería y arquitectura, son más difíciles y más dignos de admiración que los edificios y monumentos clásicos de otros siglos.

Lo que hay es que cada época tiene su misión y sus caracteres propios. Estamos atravesando un período de transformación en que el hierro va substituyendo a la piedra, como lo útil y práctico substituye a lo espiritual y contemplativo. Empero, para que una obra de arquitectura resulte admirable, no es menester que responda a uno de los estilos de que hablan las historias del arte: el perfeccionamiento de los materiales y su fácil manejo ha abierto a los arquitectos nuevos horizontes, que permitirán a los que tienen ingenio imprimir a sus trabajos rumbos completamente distintos de los que han prevalecido en otras edades. Y cuenta que no se pretende con esto invadir el campo de la ingeniería, tan vasto como científico, pero que tiene atingencias forzosas y frecuentes con la arquitectura propiamente dicha.

Creo que los miles de edificios que se van levantando en

Buenos Aires, los más de ellos vistosos, a veces elegantes, pero en general abigarrados, sin carácter, sin estilo, de adornos llamativos y superficiales, que tienen por objeto disfrazar la economía y la especulación que guían a los constructores, responden bien al carácter de la época presente, vago, incoloro, utilitario, sin altos ideales; reflejan bien la composición cosmopolita de la población, confusa e indefinible, movida por el resorte de las ganancias y de los placeres, y entregada a una labor cada vez más ardua y más intensa, como lo requieren las necesidades del momento. La edificación revela las condiciones del ambiente, como las construcciones metálicas de diez, veinte y más pisos que se levantan en Nueva York, Chicago y otras ciudades de los Estados Unidos, son un reflejo del carácter y de las dotes peculiares del pueblo norteamericano, fuerte, atrevido, utilitario, menospreciador de peligros, pero al mismo tiempo prosaico, sin gusto artístico, incapaz de hacer el menor sacrificio a una idea de elegancia o de belleza. Esas enormes construcciones metálicas envuelven también una idea de algo inmenso, colosal, sorprendente, como lo es la riqueza, la extensión, la población de la gran República.

Lo que digo de la arquitectura bonaerense, tal vez no podría aplicarse a la escultura, porque las principales obras no son ejecutadas por artistas argentinos, sino por extranjeros de mucho mérito, sin duda, pero que no pueden pensar ni sentir como los argentinos, porque no han aprendido a conocer en las obras nacionales y en el trato de las gentes, las peculiaridades de los hombres y de los hechos que deben representar. Así que los venideros se hallarán perplejos y no sabrán qué juicio deben aplicar a los monumentos que se habrán levantado en este período. Por mi parte opino que la escultura, como la pintura, deben tener el mismo carácter nacional que va teniendo la arquitectura, por más que intervengan en ella hombres y materiales de todas las procedencias. A cualquiera se le ocurre pensar que son los artistas nacionales los que deben formar el arte argentino, no los franceses, los italianos o los es-

pañoles. Pero si bien en los concursos que se celebran y en las compras y encargos que efectúan los gobiernos y las municipalidades, intervienen artistas nacionales, se va demostrando tan poco acierto en la elección de ciertas obras y en su colocación, es tan dudoso el gusto con que se hacen ciertas adquisiciones, se reciben de Europa tales adefesios, que mucho es de temer que las obras escultóricas que se levantan en la actualidad den a los venideros, no obstante su factura completamente extraña y las firmas exóticas que llevan al pie, una idea más pobre, tal vez, de la que merecen por su capacidad y sus aptitudes los artistas argentinos.

De todas maneras, desde el punto de vista del trabajo y de la iniciativa, los hombres públicos argentinos llenan bien su misión, a tal punto, que la generación actual se impondrá a la admiración de las venideras por las obras de interés general y de utilidad práctica que se habrán levantado en el corto período de algunos años. Si no habrá monumentos grandiosos genuinamente nacionales, ni obras escultóricas de gran mérito, habrá puertos, ferrocarriles, canales, puentes que prestarán valiosísimos servicios. Sólo es de augurar que algunas de estas obras, invariablemente confiadas también a empresas o empresarios extranjeros, se hagan con más solidez y con menos apresuramiento, para que cuando llegue el momento de la gratitud y admiración de los venideros, no estén ya convertidas en ruinas y en la imposibilidad de seguir prestando los servicios que aconsejaron su construcción.

La cadena de los Andes.

Ignoro por qué razón no existe hace tiempo en la República Argentina un club andino a imitación del club alpino que existe en Italia, con numerosas ramificaciones, y al cual pertenecen jóvenes de la mejor sociedad, hombres ilustres en la política, en las ciencias, en las letras y en las artes. No sé ex-

plicarme tampoco por qué no se realizan anualmente excursiones a las principales montañas, como las que con tanta frecuencia se organizan en Europa a las cimas más altas y escabrosas de los Alpes, que ya no tienen para muchos ningún rincón que no haya sido explorado, por difícil y peligroso que sea, arriesgando la vida cuando ha sido necesario, pero triunfando de todos los obstáculos, de todas las resistencias, como para afirmar la superioridad del hombre hasta sobre los elementos más indomables de la Naturaleza. ¿No hay quien sienta entre los argentinos la voluptuosidad, el placer de las dificultades vencidas; no hay quien experimente el deseo de poner a prueba su vigor y sus fuerzas de resistencia en largas y arriesgadas ascensiones, de contemplar esos imponentes e indescriptibles espectáculos que sólo pueden proporcionar las altas montañas cubiertas de nieve? ¿O se espera acaso que sean los extranjeros, como algunos ya lo han hecho, los que vayan a escalar las cumbres más altas, los que sucesivamente presenten la topografía exacta de la cadena andina, los que refieran las peculiaridades del Aconcagua y del Tupungato, las bellezas y las curiosidades de los valles interiores, de las hondonadas profundas, como refieren y demuestran con su trabajo la feracidad del suelo, las riquezas de las minas?

Pocos países necesitan, como la República Argentina, desarrollar el culto de la montaña, fomentar anualmente expediciones a esta o aquella cima de los Andes, porque los hombres y los jóvenes pertenecientes a las clases acomodadas, que son las únicas que pueden dedicarse a ese deporte, por los gastos que requiere, vegetan en la inactividad física, aplastadora y deprimente, entregados al exceso de los placeres o del trabajo mental, anhelando únicamente, como distracción y descanso, los viajes a Europa, es decir, la inacción y el refinamiento degeneradores y corruptores.

¿Por qué otros escritores no concurren con Joaquín González a ensalzar las montañas de la República, como han hecho miles de escritores con las montañas más altas de Europa?

Es bien sabido que los colosos de los Alpes, el Monte Blanco, el Monte Rosa, el Cervino y otros, han tenido sus héroes y sus víctimas; que las ascesiones han dado vida a una literatura amena y brillante, y han hecho la celebridad de no pocos ascensionistas. En algunas localidades se han elevado monumentos a los primeros que han logrado vencer las dificultades de los pasos creídos insuperables, como el de Saussure, en Chamounix, y se conservan, transmitiéndolas de padres a hijos, las hazañas de algunos guías, los atrevimientos increíbles de algunos *touristes,* formando tradiciones que mantienen la admiración y el culto por las montañas. Hombres ilustres, como el célebre financista Quintino Sella, algunos de los hermanos Cairoli, el mismo rey Víctor Manuel II, han sido alpinistas infatigables, como lo fueron el dramaturgo Giacosa y el escritor Edmundo de Amicis.

Este último, en brillantes artículos, en un prefacio escrito para el libro de Guido Rey, sobre el monte Cervino, y en su obra *Alle porte d'Italia,* contribuyó extraordinariamente a desarrollar la afición por las excursiones alpestres.

No acabaría si hubiese de citar los nombres de todos los ascensionistas que han adquirido alguna notoriedad, y los títulos de las principales obras que se han escrito en todos los idiomas, pero especialmente en italiano, francés, alemán e inglés, y que forman lo que podría llamarse la *literatura de la montaña*, pura y sencilla, sólida y robusta como los habitantes que viven en los valles pintorescos, como el aire que se respira en las cumbres más elevadas.

Seguramente en los valles y en las estribaciones de las cadenas andinas no existen las comodidades, los atractivos, las facilidades que brindan los Alpes intensamente poblados, llenos de vegetación hasta dos mil y tantos metros de altura, y en los que las casas, los hoteles, las vías funiculares van trepando hasta la región de los hielos y evitando la fatiga de las ascensiones.

Desde las cimas de los Andes, no es dable contemplar a lo

lejos los campos sembrados, las ciudades diseminadas, los caseríos que cubren las alturas más bajas, los chalets que hermosean los sitios más pintorescos, los caminos que serpentean en los valles y en los flancos de las mismas montañas, todo ese conjunto que da indicio de vida, de población, de trabajo, y que envía hacia lo alto rumores melancólicos, llenos de atracción y de poesía.

La ascensión de los mal llamados colosos de los Alpes va siendo un juego de niños, que pueden afrontar hasta las señoritas más elegantes y más delicadas. Por eso mismo, los hombres fuertes y atrevidos, que abundan en las naciones viriles de Europa, se lanzan a empresas más arriesgadas, van a satisfacer su pasión y a poner a prueba sus fuerzas de resistencia en la cadena del Himalaya, en la ascensión de los colosos andinos o en exploraciones árticas o antárticas.

En la estación propicia, no es probable que se encuentren argentinos, ni bolivianos, ni peruanos, al pie del Aconcagua, del Sorata, del Arequipa, preparándose para emprender ascensiones; pero, de vez en cuando, se encuentra algún inglés, alemán o norteamericano, en lucha con los elementos, con los obstáculos de la Naturaleza, resueltos a vencerlos, aun a riesgo de la propia vida.

Dígase lo que se quiera sobre las cualidades y los defectos de esa raza sajona y anglo-sajona que puebla el Norte de Europa, las islas Británicas y los Estados Unidos, no es posible desconocer la originalidad de su constitución física y moral, su fibra robusta y resistente, su tenacidad y su arrojo empleados sin alardes ni aspavientos, tan comunes en los individuos de raza latina.

He tenido oportunidad de efectuar una rápida excursión a Puente del Inca, es decir, al corazón de las montañas andinas, en la línea de la más antigua comunicación con Chile, por el valle que forma desde la cumbre el río de las Cuevas, que más adelante o más abajo, según la dirección que se lleve, toma el nombre de río Mendoza.

Después de atravesar, en veinticuatro horas, por las líneas del Pacífico y del Gran Oeste, el corazón de la República Argentina, siempre envueltos en nubes de tierra, que unidas a la uniformidad y monotonía del paisaje y al traqueteo del tren, convierten la travesía en un suplicio dantesco, se toma en Mendoza el tren del ferrocarril trasandino, compuesto solamente de dos o tres coches pequeños, que después de correr cerca de una hora entre viñedos y huertas, en esa espléndida vega mendocina parecida a las de Piamonte, entra en las estribaciones de los Andes, asumiendo en seguida el paisaje esa variedad, esa sucesión de panoramas pintorescos y sorprendentes, propios de las regiones montañosas.

El tren sube continuamente, unas veces bordeando el río tormentoso, otras perdiéndolo de vista como si entrase en algún misterioso subterráneo, para encontrarlo poco después encajonado entre dos paredes de peñascos o arrimado a la base de una altura que se levanta perpendicularmente, como dispuesta a caer y obstruir el curso de las aguas y el paso de los trenes.

Los Andes presentan en todo el trayecto una gran variedad de formas y de panoramas, que en nada ceden, si no mejoran, a lo que he visto en los Alpes, los Apeninos y los Pirineos. Es un espectáculo grandioso y severo, que eleva el ánimo hacia las cosas sublimes, como las plegarias que se oyen en un templo en las solemnes funciones religiosas. Se descubren todos los relieves de las montañas, su variedad de grandes líneas curvas, violentamente cortadas, sus ángulos enormes, sus contornos grandiosamente desordenados, que dan la imagen de un lenguaje mudo, que diga cosas tremendas, que se sienten confusamente sin comprenderlas. Son colosos arquitectónicos, como los que veía Gustavo Doré en su fantasía, y que ha presentado en sus clásicas ilustraciones.

Naturalmente, que fuera de algunos arbustos y hierbas silvestres, no hay vegetación alguna en toda la cordillera en una extensión de más de 150 kilómetros, y fuera de las pequeñas y

solitarias casitas que forman las estaciones, no hay indicio de vida. Pero he observado que hay mucha tierra aprovechable, si no para cultivos, para cierta clase de árboles, y que, sin contar la pampa de Uspallata, el valle se ensancha en algunos puntos, prestándose a pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas. Con el tiempo irán allí los habitantes, y con ellos la vegetación, que cambiará el aspecto de los Andes, aumentando sus bellezas. ¿Quién sabe, por otra parte, las riquezas que aún están escondidas en esa inmensa cadena que ningún pie humano ha hollado todavía en innumerables puntos de sus valles profundos, de sus hondonadas peligrosas, de sus cimas más altas?

Puente del Inca, como Cacheuta, por ejemplo, está llamado a ser una estación termal por excelencia, y un lugar privilegiado para huir de los calores estivales. El famoso puente natural, con sus aguas, sus grutas, sus estalactitas, proporciona una curiosidad, una rareza no inferior en belleza a las que se ostentan en algunos parajes de Europa.

En los Andes se puede subir fácilmente mil quinientos o dos mil metros más que en los Alpes, porque el clima es menos rudo y la nieve desaparece en verano, disminuyendo los peligros y los contratiempos de las ascensiones. A la altura en que se halla Puente del Inca, por ejemplo, cerca de tres mil metros, empieza en Europa la región de las nieves y de los hielos, mientras allí se disfruta, en los meses de verano, de una temperatura agradable, que sólo en los días de temporal se vuelve cruda y molesta. Las montañas de los Alpes presentan en muchos puntos un aspecto más imponente que las de los Andes, porque se las contempla desde una elevación ínfima, a lo sumo algunos centenares de metros sobre el nivel del mar, mientras a los Andes se les ve desde elevaciones ya considerables, pues la misma ciudad de Mendoza se encuentra a cerca de ochocientos metros sobre el nivel del mar.

Cerca de Puente del Inca se puede admirar la mole enorme del Aconcagua, la reina de las cimas andinas, una de las

más altas montañas del globo, que sólo cede a las del Himalaya. A primera vista, aunque la cresta y los flancos estén cubiertos de nieve, produce una desilusión completa. Diríase que apenas se destaca unos doscientos metros sobre muchas de las montañas que la rodean. Pero a medida que se avanza y se observan los detalles y se nota por los desmoronamientos el espesor de la nieve, no menor de catorce a quince metros, y esto no en la cima, sino en los flancos, se impone a la admiración y al estupor de los excursionistas.

Pocas ascensiones se han hecho todavía al Aconcagua, y sólo se recuerdan las del profesor belga Gusfeld, en 1883, que no pudo llegar a la cima; la del inglés Fitzgerald, acompañado del guía Matías Zurbriggen, en 1897, considerada como la primera, y la de Reginald Rankin, inglés también, efectuada en Diciembre de 1902, y que, obstinado en llegar a la cumbre contra el consejo de los guías que lo acompañaban, fué sorprendido por un temporal de nieve y recogido casi helado al día siguiente, teniendo que sufrir la amputación de los dedos de los pies.

Pero en lo sucesivo, las ascensiones serán más frecuentes, pues hay guías prácticos que se ofrecen a acompañar a los que quieran intentar la hazaña, y han de ir de Europa o Norte-América los aficionados robustos y decididos que han de llevarlas a cabo. Cualquier día se publicará una descripción completa de la célebre montaña, llena de vistas y de relatos impresionantes.

Será sensible que entre los primeros dominadores del Aconcagua y de las cumbres más altas de los Andes no figuren argentinos. Es ya tiempo de fomentar ese noble entretenimiento que en muchos se convierte en pasión, que ojalá llegue a dominar a la juventud dorada de la gran capital sud-americana, alejándola del juego e impulsándola a ideales más elevados y más dignos de los pueblos viriles. Debería organizarse allí un club andino nacional o asociaciones de excursionistas, y efectuar cada año una o varias expediciones a los picos más

elevados de la cordillera, proveyéndose de los elementos que sean necesarios para asegurar su éxito.

Sin exigir los gastos ni exponer a los peligros de los viajes polares, esas expediciones serán útiles y saludables, y adquirirán en más de un caso resonancia universal.

ANÍBAL LATINO

LA AMÉRICA MODERNA

Una nueva fuente de riqueza en la Argentina y su significación para España. El algodón. Consumo mundial progresivo. Zonas algodoneras argentinas. Producción media por hectárea. Rentabilidad de este cultivo. Manera de contrarrestar la concurrencia algodonera norteamericana por los argentinos en España.—La ingeniería y la literatura sobre el Chaco fabuloso. La penetración civilizadora. Aún dinero y hombres.—El Código penal de Costa Rica. Una crítica positivista.—Lope de Rueda y su teatro. Críticos españoles, alemanes y cubanos.

La producción algodonera de la Argentina puede reemplazar a la producción de los Estados Unidos que abastece a la industria textil española. Recientemente lo ha afirmado así el Dr. B. Pont, en una conferencia dada en la Casa de América, en Barcelona.

Las ventajas inmediatas para la industria textil española serían el alejar todo peligro de crisis del trabajo en el caso en que los Estados Unidos llegasen a establecer grandes filaturas. Los Estados Unidos no podrán suministrar el algodón necesario, dada la creciente demanda de este producto; el algodón de la India es malo y el de Egipto es insuficiente. Los demás países productores de algodón no pueden ser tenidos en cuenta como centros abastecedores del consumo mundial.

La demanda de algodón es cada día más grande, dado el crecimiento de la riqueza que aumenta la capacidad de compra en la población, y la colonización que, al llevar la civilización

a nuevos territorios, convierte a los naturales en nuevos demandantes de los productos de algodón. El ejemplo de Dakar (Senegal) es bien claro: hace pocos años, los naturales andaban desnudos, y ahora ya van vestidos con ropas de algodón de colores.

Los centros productores que hoy abastecen a los mercados consumidores, como sucede con los Estados Unidos, dejarán de exportar y destinarán toda su producción al consumo nacional.

Según los resultados de las estadísticas hechas por Jurascheck, publicadas en el Diccionario de Conrad (Handvörterbush der Staatsvissenschaften), el consumo de algodón en el mundo es el siguiente:

PAÍSES	Consumo de algodón.		
	1901 - 1905 — *Mill. Kg.*	1896 - 1900 — *Mill. Kg.*	1891 - 1895 — *Mill. Kg.*
Gran Bretaña é Irlanda	751,40	715,72	694,56
Estados Unidos de América	983,90	756,22	625,93
Suiza	23,30	23,28	23,57
Bélgica	43,67	36,10	29,27
Alemania	361,70	302,32	252,38
Canadá	28,70	23,72	20,00
Francia	194,77	166,32	153,73
Italia	144,65	119,05	88,47
España	78,06	70,66	64,06
Países Bajos	21,36	13,65	11,96
Suecia	17,88	16,70	14,15
Austria-Hungría	151,30	128,15	112,78
Portugal	14,18	14,05	9,77
Rusia	300,00	250,00	180,00
Finlandia	5,80	6,04	4,36
Grecia	5,00	4,70	0,53
India	372,00	280,00	210,00
Dinamarca	3,42	1,98	0,39
Noruega	2,82	2,75	2,58
Bulgaria	1,53	0,54	0,33
Rumanía	0,82	0,61	0,60
Servia	0,10	0,16	0,34
Suma	3.506,36	2.932,72	2.499,76

Como el consumo del algodón fue en los mismos países, excepto para la India, para los años de 1871-75 de 1.277 millones de kilogramos, y para 1901-1905 de 3.134 millones de kilogramos, resulta que para los últimos treinta y cinco años el aumento alcanzó la enorme suma de 1.860 millones de kilogramos, y para cada uno de los quinquenios un aumento de 159-300 millones de kilogramos.

Entre los países productores de algodón no se ha estimado la Argentina. En este país se ha desenvuelto la producción del algodón de tal suerte, que hace esperar un gran porvenir. En una extensión de 353.594 kilómetros cuadrados, que viene a representar las tres cuartas partes del territorio español, y que comprenden la provincia de Corrientes, los territorios nacionales del Chaco, Formosa y Misiones, con una población de 412.355 habitantes, se cultiva el algodón, cuya muestra fue presentada en Barcelona en una extensión de 2.216 hectáreas, pudiéndose añadir, según el Dr. Pont, a la zona de cultivo 549.079 kilómetros cuadrados de Santiago de Estero, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, lo que constituiría una zona de extensión doble de la total de España, que equivaldría a la mitad de la zona algodonera de los Estados Unidos.

Esta clase de cultivo no es nuevo en la Argentina. Cuando los jesuítas tenían vastas propiedades en el Sur de América cultivaron el algodón. En Corrientes, Misiones y Chaco, el algodón es indígena. El desarrollo de las comunicaciones es un poderoso estímulo para el desenvolvimiento del cultivo algodonero, y si se tiene en cuenta que las condiciones del clima favorecen tal producción, es de esperar que en breve la producción argentina éntre en vías de gran desarrollo.

La calidad del algodón argentino que se ha exhibido en Barcelona, se ha aceptado como buena y superior a muchas clases, menos al preferido del Egipto. Este algodón argentino procede de una excelente zona algodonera, constituída por Corrientes y el Chaco austral, situada al N. E. de la Argentina, rodeada por tres grandes ríos: Alto Paraná, Paraná y Uru-

guay, y es fronteriza de las Repúblicas del Paraguay, Brasil y Oriental, y está diagonalmente atravesada por el grandioso lago Iberá.

El Dr. Pont, comparando los precios actuales del algodón con los gastos actuales de producción, llega a afirmar que tal cultivo puede ser el más remunerador, porque dejaría un beneficio neto de 500 francos por hectárea, sin el aprovechamiento de las industrias derivadas. El producto medio por hectárea es de 1.500 kilos, y en los Estados Unidos sólo llega a 1.300. La tierra no exige abonos ni regadío, y los salarios de los trabajadores resultan más baratos que en los Estados Unidos. El kilo de algodón argentino cuesta de recolectar de 4 a 5 centavos, y el norteamericáno 9,13 centavos. La dificultad que por ahora se presenta para que el algodón argentino pueda competir en España con el de los Estados Unidos, está en que los fletes de la Argentina a España son más caros que los fletes de los Estados Unidos; pero hay que tener en cuenta la mayor baratura del producto argentino y la posible rebaja de los fletes con el aumento de la exportación.

Las informaciones del Dr. Pont están confirmadas por escritores que han hecho estudios de indudable valor sobre la Argentina: Albert B. Martínez y Maurice Lewandowski, en su obra *L'Argentine au XX^e siécle* (París, 1909) (1), señalan también los territorios del Chaco, Formosa y Misiones, como los más indicados para el cultivo del algodón, dadas sus condiciones climatológicas y la composición de sus tierras.

El algodón es indígena de las islas o regiones marítimas de los trópicos; la región geográfica del cultivo se distribuye a ambos lados del Ecuador, hasta los 40° de latitud al N. y hacia el S. hasta los 30°; más allá de los 35° o 40° no se cultiva, a pesar de su probable adaptación. Apenas puede sufrir los calores excesivos durante el verano, y en el invierno los días de

(1) Véase también *La culture des plantes industrielles dans la République Argentine*, por Carlos D. Girola.

temperatura muy baja llegan a interrumpir sus funciones orgánicas. La atmósfera indicada es la caliente y húmeda; pero la humedad no ha de ser en grado excesivo, porque en tal caso, su crecimiento es demasiado rápido. Todas estas condiciones favorables se dan en los territorios argentinos antes mencionados.

Con la expulsión de los jesuítas se perdió el cultivo, que no volvió a reanudarse hasta que en 1894 se hicieron algunos ensayos en el territorio de Formosa, utilizando las variedades «Louisiana» y «Sea Island», traídas de los Estados Unidos. El resultado fue excelente. En diversas colonias fundadas en Chaco, casi exclusivamente algodoneras, había en 1904, 5.500 hectáreas dedicadas al cultivo de este arbusto. El Chaco es un centro algodonero por excelencia, no solamente por la extensión de la superficie cultivada, sino también por la cantidad de fibras que anualmente cosecha, y por la importancia de su comercio con la plaza de Buenos Aires (1). Desde Marzo de 1902 a Marzo de 1904, se exportaron por el puerto de esta región, llamado Barragueras, 386.620 kilogramos de fibras y 130.378 kilogramos de semillas de algodón. Todo esto hace presagiar, como lo confiesa el material de estudio sobre este asunto, que el Chaco será una gran zona algodonera, siempre que los factores refractarios puedan ser descartados progresivamente.

El papel que desempeñará el cultivo del algodón en la economía nacional argentina se comprende teniendo en cuenta los cálculos que se hacen sobre la rentabilidad de tal cultivo.

La producción media es aún mayor que la señalada por el doctor Pont. Las tierras del Chaco, propias para este cultivo, dan un rendimiento medio, en los años favorables, de 2.000 kilogramos por hectárea, de algodón en rama, es decir, de fibra y semilla.

El precio del kilogramo oscila entre 12, 15 y 17 centavos;

(1) Fidel Maciel Pérez: *Investigaciones algodoneras en los territorios del Chaco, Formosa y Misiones*, 1904.

vendiéndole al precio mínimo de 10 centavos, se obtiene un producto mínimo de 200 pesos, o sean 440 francos por hectárea.

Los gastos de producción se calculan por otros en 100 pesos por hectárea, en media. Durante el primer año cuesta esto, pero después los gastos disminuyen en un 25 por 100; de suerte que el beneficio líquido puede llegar a ser superior a 100 pesos, o sean 220 francos por hectárea.

Uno de los obstáculos mayores que encuentra este cultivo en la Argentina, es la escasez y a veces falta absoluta de brazos. Requiere el algodón unas operaciones minuciosas y delicadas, que no pueden ser substituídas por la acción maquinal en la cosecha. En algunas comarcas se ha llegado a ofrecer hasta 4 centavos por kilogramo de algodón recolectado, y en otras hasta un tercio del producto cosechado. Pero es de esperar que, una vez conocido el gran rendimiento de esta planta textil, acudirán muchos capitales y fuerzas de trabajo a emplearse en su cultivo y se extenderá en vasta escala.

Tratándose de un cultivo industrial que se encuentra en vías de desarrollo, no se pueden sacar del producto todos los aprovechamientos que en otros países se consiguen. La semilla del algodón, que en los Estados Unidos es una fuente de riqueza, apenas es utilizada en la Argentina para obtener el aceite, si bien últimamente se han fundado algunos establecimientos con este fin. Como el ingeniero agrónomo Maciel Pérez afirma, no falta más que la filatura y el tejido para que el ciclo industrial de la explotación algodonera del Chaco alcance su evolución completa.

A los tejedores catalanes se les ofrece ocasión de acometer una empresa de grandes rendimientos si saben organizar la explotación de las zonas algodoneras argentinas, llevando allí capitales y brazos en número necesario. No solamente se beneficiarían ellos mismos, emancipándose del mercado norteamericano, sino que harían un bien innegable a los emigrantes españoles que llegan sin rumbo a las tierras argentinas.

Tal vez de esta suerte podrían contrarrestar el efecto concurrente de la mayor baratura de los fletes de Norte América a Europa, ahorrando en costes de producción el exceso de precio de los fletes desde la Argentina. Las autoridades argentinas, por otra parte, han anunciado su propósito de proteger la producción algodonera. El Gobernador de la provincia de Corrientes, Juan R. Vidal, decía a este propósito al Dr. Pont:

«A más de estar dispuesto a estimular y proteger con todas mis fuerzas el nuevo cultivo, regalando las semillas, ensayos del cultivo, primas a los plantadores proporcionales a la cosecha, etc., ayudaré con toda mi influencia de gobernante a cualquier empresa española que venga a desenvolverlo.»

La realización de los planes que quedan dibujados en lo que llevamos dicho, contribuiría a estrechar más los lazos entre la Argentina y España, proporcionando mutuos beneficios.

Es tan importante el tema de la producción algodonera del Chaco, que después de todo el material consultado, busqué en la flamante obra de Mr. Huret *De Buenos-Aires au Gran Chaco*, nuevos datos sobre el asunto. Pero Mr. Huret no habla para nada de este magno tema; en cambio, nos habla de la contemplación de salchichas en el Chaco Austral, y que los carniceros allí son casi todos solteros.

Una impresión muy honda dejan las descripciones hechas por A. López Prieto sobre «el Chaco fabuloso» (1).

La sensación del país que nos ocupa queda fuertemente grabada en el lector, y confirma, a través de las descripciones y entretenimientos literarios, lo que antes se dijo respecto de las causas que retrasan el alumbramiento de las riquezas del Chaco, sobre todo de la algodonera.

«Después de lo leído, queda una impresión imborrable que confirma la conclusión que se hace en la mayor parte de las cuestiones referentes a estos países; la potencialidad económi-

(1) *El Monitor de la Educación Común*, Junio 30 de 1911. Buenos Aires.

ca es inmensa, pero faltan capitales, hombres y una cierta formación técnica para la vida industrial. Los grandes territorios argentinos piden cada vez más hombres, más dinero, para desenvolver la gran civilización que es capaz de alcanzar la República tan pródigamente dotada por la Naturaleza.»

*
* *

El vigente Código penal de Costa Rica ha dado motivo al Profesor de Derecho penal costaricense, Dr. Luis Castro, para escribir una acerba crítica, en la cual refleja la orientación positiva de la criminología. El Dr. Castro, influído por tal orientación, que tanto ha contribuído a difundir en América el doctor argentino José Ingegnieros, considera que el Código costaricense es un producto arcaico que no satisface las exigencias penales modernas ni aquellas que son privativas del momento social actual de Costa Rica. Así afirma, rotundamente, que ni muchos de los delitos catalogados merecen la punición que se les señala, ni muchas de estas puniciones son equitativas con el hecho que se reputa delictuoso.

Aún más: muchas de las infracciones allí castigadas, no son delitos en el verdadero sentido de la palabra. La ciencia examina esos hechos desde otros puntos de vista; no para que se impongan penas, sino remedios físicos y psíquicos, a los infractores, como que ve en ellos simples desórdenes nerviosos, de origen biológico o de medio ambiente.

Evoluciona la criminalidad en Costa Rica, y obedece con ello a las circunstancias del momento histórico por que atraviesa.

El Dr. Castro combate a Molinarien la afirmación de este escritor, que afirma que el Derecho penal va a su ocaso, y que el delito no existe ya; el profesor americano entiende que el delito no sigue una evolución que presagie su desaparición, sino su transformación. Desde este punto de vista, enfila parte de su crítica sobre el Código costaricense. La defensa social es

el concepto básico de la ciencia del Derecho penal. La labor penal es una labor de defensa, pero de defensa que debe graduarse en relación del análisis cuantitativo que se haga, del daño producido en armonía con la causa productora.

La determinación legal de las perturbaciones mentales criminosas, es el punto que el profesor Castro trata con más detenimiento, comparando el Código costaricense con leyes penales extranjeras. Así desenvuelve su crítica:

La ley penal de Costa Rica dice:

«Están exentos de responsabilidad criminal:

1.° El loco o demente, a no ser que haya obrado en un intervalo lúcido, y el que, por cualquier causa independiente de su voluntad, se halle privado totalmente de razón.

Cuando un loco o demente hubiere ejecutado un hecho que la ley califique de crimen o incurriere en reiteración de otros que importen simples delitos, el Tribunal decretará su reclusión en uno de los establecimientos destinados a los enfermos de aquella clase, del cual no podrá salir sin previa autorización del mismo Tribunal.

En otro caso, será entregado a su familia bajo fianza de custodia, y mientras no se preste dicha fianza, se observará lo dispuesto en el inciso anterior.»

Los artículos 309 y 310 del Código de procedimientos penales dicen, el primero:

«Si se advirtiese en el procesado indicios de enajenación mental, se averiguará por personas que lo hayan tratado, por reconocimiento de facultativo y por otras observaciones e indicios, si esta enajenación era anterior al delito o ha sobrevenido a él, si es cierta o simulada y si es total o parcial. El segundo:

«Si la demencia sobreviniere después de cometido el delito, reconocida que sea y recogidos todos los datos que fuere difícil encontrar más tarde para la comprobación del hecho y determinación del delincuente, se mandará suspender la causa para continuarla cuando éste recupere la razón.

Si la demencia sobreviniere después de pronunciada sentencia firme que imponga pena al procesado, se observará lo dispuesto en el inciso 2.° del art. 87 del Código penal», etc., etcétera.

Dice el art. 87 del Código penal:

«Si después de cometido el delito, cayere el delincuente en estado de locura o demencia, se observarán las siguientes reglas:

1.° Cuando la locura o demencia sobrevenga antes de pronunciarse la sentencia que cause ejecutoria, se suspenderán los efectos de ésta, sin aplicarse al reo pena alguna corporal, hasta que recobre la razón, observándose lo que para tales casos se determina en el Código de procedimientos.

2.° Cuando tenga lugar después de pronunciarse dicha sentencia, si ella le impone pena de crimen, el Tribunal dispondrá su traslación a uno de los hospitales designados a los enfermos de aquella clase; y si la pena fuere menor, podrá acordar, según las circunstancias, o bien que sea entregado a su familia, bajo fianza de custodia, y detenerlo a la disposición de dicho Tribunal, o de que se le recluya en un hospital de insanos.

En cualquier tiempo que el loco o demente recobre el juicio se hará efectiva la sentencia; pero si ella le impusiere privación o restricción temporal de libertad, se imputará a su duración el tiempo de la locura o la demencia.»

La eximente 9.ª dice: «El que obra violentado por una fuerza irresistible o impulsado por un miedo insuperable.»

Tales son las disposiciones legales sustantivas y adjetivas que se refieren a la supresión en el agente de la voluntad de delinquir o a la supresión del uso de la razón.

Como se ve, la ley de procedimientos habla de la averiguación de la locura parcial o total. Tal innovación dentro de leyes adjetivas, parece referirse a la teoría de Grasset, de los delincuentes que pueden conceptuarse como semilocos; o bien a la teoría que conceptuaba que los monomaníacos no eran del

todo locos, y por consiguiente responsables de todas aquellas acciones que no tuvieren relación con su enfermedad o cometidas fuera de esa órbita; pero ¿qué resultado podrá tener tal probanza?

¿Haría posible la semilocura una absolución, una condenatoria de acuerdo con nuestras leyes?

No, nuestro Código penal no hace distingos de ninguna naturaleza a ese respecto, y cabría entonces dentro de la ley una injusticia, absolviendo o condenando a un reo cuya situación mental no ha podido definirse.

El mismo Grasset, nombrado perito alienista en un proceso horrendo de asesinato, con despedazamiento del cadáver de la víctima, suceso ocurrido recientemente en Monte Carlo, de que fueron autores un matrimonio y la víctima una señorita, y al que fueron impulsados por el incentivo del robo, logró hacer prevalecer su teoría haciendo absolver al marido y condenando a la mujer a la pena de muerte, a pesar de que el marido había sido el ejecutor del crimen y del despedazamiento del cadáver.

¿Y por qué triunfó Grasset, declarando al marido medio-loco?

Porque se llegó a comprobar en autos que era un alcoholizado perfecto, sobre quien ejercía su esposa el mando completo, en virtud del carácter irascible que tenía ella y la pasividad y casi supresión de la voluntad del marido, como resultado del gran vicio. Aquel hombre, a pesar de que sabía lo que hacía, como que repugnó varias veces el acometer a la víctima, no pudo resistir, poseído de pánico, el mandato de su mujer, que le ordenó la comisión del crimen. Había perdido dicho individuo el ejercicio completo de sus centros superiores de ideación, para convertirse en un sugestionado completamente pasivo.

Se abren paso, pues, los nuevos conceptos psiquiátricos, y piden en todas partes su proclamación como ley.

Ordena la eximente anotada que se haga efectiva la re-

clusión del loco, cuando ejecute crimen o reitere en simples delitos; debemos pensar, naturalmente, que la reclusión cabe también cuando la reiteración sea asimismo de crímenes, porque lo más abarca lo menos.

Ahora, suponiendo que el loco comete el delito y que, de acuerdo con el art. 87 del Código penal, es permitido entregarlo bajo fianza de custodia a la familia, la ley comete error, porque si uno que es cuerdo no se puede entregar a la familia, con mucha más razón no debería hacerse con el loco, porque en el primer caso es posible una enmienda, pero en el segundo sólo se conseguiría devolver a la sociedad un elemento declarado nocivo, y, por consiguiente, puede hacerle daño con la salvaguardia siempre de su locura declarada.

Así como no creo natural devolver a la sociedad el loco que ha sido condenado, creo menos lógico hacerlo con el que ha sido absuelto, pues que ambas libertades riñen por completo con la tendencia científica de hoy día, que ordena la separación de la sociedad de los elementos que le son perjudiciales, y, en consecuencia, creo que en ambos casos la reclusión en el asilo correspondiente es necesaria, para evitar, en lo posible también, una burla a la acción de la Justicia, permitiendo pasearse por las calles de las ciudades, y con la mayor *sans façon* de un simulador, al que ayer no más era tenido por loco, en virtud de dictámenes periciales.

Anoté también la eximente 9.ª de «fuerza irresistible», porque creo: o bien que pudiera estar comprendida en el segundo concepto del inciso 1.° del art. 10 del Código penal, o bien porque este inciso podría comprender al 9.°, conforme lo redacta Mancini, muy sabiamente, en su proyecto de Código penal italiano, en esta forma:

«No es imputable de delito el que en el momento en que consuma el hecho se encuentra en un estado de locura o por cualquier causa no tenga la conciencia de delinquir, o fuere impulsado por una fuerza a la cual no puede resistir.»

El Código noruego dice, también, en su art. 44:

«No hay acto culpable, si en el momento en que ha sido cometido, el autor no podía comprender la naturaleza y la ilegalidad de este acto, sea porque su inteligencia no tuviese todo su desarrollo o se hubiese debilitado, o si por estas mismas razones o porque estando bajo la influencia de un peligro inminente, de una amenaza, de un estado de alma particular, no fuera dueño de sí mismo.»

Esta definición, que parece enumerar los casos en que la inculpabilidad puede presentarse, no es muy aceptable, pues que las leyes precisamente no deben tratar de enumerar nunca, por el peligro que habría de que se quedara por fuera un caso cualquiera, que diera origen a un fallo caprichoso del Juez, aun contra las prescripciones de la ciencia.

Las leyes deben en sus definiciones tener un sentido general, como la nuestra a este respecto, que emplea la palabra «loco», y «el que por cualquier causa independiente de su voluntad se halle privado totalmente de razón».

¿Cabría dentro de la ley nuestra y con esta definición, absolver a un reo por sonambulismo, hipnotismo, sugestión?

Claro que sí, y aun más: es posible, como yo lo he hecho, convertir la atenuante de embriaguez (inciso ocho del artículo 11 del Código penal) en eximente (caso de Apolinar García, por lesiones), haciendo encajar el caso dentro del art. 1.° *a contrario sensu*, en armonía con el primer concepto del inciso 1.° del art. 10 del mismo Código.

Al examinar esta circunstancia eximente, en que el Juez, de acuerdo con el art. 495 del Código de procedimientos penales, necesita el auxilio del Médico forense, y en que necesariamente está obligado, de acuerdo con el art. 494, Código ib., a nombrar a los Médicos del pueblo para que dictaminen, se me ocurre preguntar:

¿Los Médicos del pueblo, con ese nombre de peritos natos que les da la ley, deben ser tenidos como idóneos para todos los casos en que el Juez los necesite?

Creo que en esto hay un verdadero error de la ley. Estric-

tamente científico y de gran peso no puede ser el dictamen de cualquier Médico del pueblo, por cuanto tiene el título de doctor. Es lógico pensar, que el dictamen de un médico alienista lo sea más porque la ciencia, con ser tan vasta y el tiempo tan corto, exige que su estudio se reparta parcialmente, y así hoy día se encuentran más especialistas en los diferentes ramos que profesores o sabios en todo.

Precisamente el estudio de las enfermedades mentales es el que menos resultados económicos proporciona, y de suyo el menos apetecido también.

Por tales observaciones, me parece más natural que la ley señale como peritos en estos casos, ya que tan grave es su misión y de tan trascendentales resultados, únicamente a los especialistas en la asignatura, y que de ellos exija que en su dictamen cumplan con los requisitos que la ley señala para contestar a las preguntas del Juez (art. 504 a 506 del Código de procedimientos penales).

Además de hacerles comprender lo necesario que es que en sus apreciaciones usen de un estilo sencillo, conciso, como que tratan de ilustrar a un profano y no a un colega de profesión. Así como también, que deben circunscribirse o ceñirse a las preguntas hechas, y no entrar en apreciaciones de circunstancias eximentes, atenuantes o agravantes, porque es esa la misión del Juez, en vista del dictamen pericial y para fijar ya responsabilidades.

Es lógico exigir, que al juzgador se le concedan, además de las libertades que le otorga el art. 385 del Código de procedimientos penales, o sea la de la aplicación de su sana crítica, la de hacer valer en su sentencia, determinándolas en cada caso, todas aquellas circunstancias que a su modo de pensar pudieran constituir atenuantes y agravantes en el hecho, aun cuándo ellas no estén previstas por el Código penal, pues ocurre muchas veces en el examen de los procesos, que en él se encuentran datos de gran valor y peso para la determinación del juzgador y que no encajan dentro de los exiguos límites de la

ley, y que siendo, al parecer, aparentes para una disminución o agravación de la pena, el Juez se abstiene de anotarlos, por no aparejar consecuencia alguna legal, aunque moral y humanamente sí debía ser así.

Como el criterio científico poco a poco invade la esfera legal, y como los representantes de la Justicia represiva deben hoy día estar bien informados de tan trascendental evolución, y al hacer su nombramiento se depositó en ellos la confianza popular de su honradez y criterio, la innovación propuesta, que aparejaría facultad para rebajar o aumentar los grados de la pena, no implicaría peligro alguno, dado que las sentencias serán revisadas más adelante en otras instancias, y los superiores tribunales pueden también pesar la certeza de los hechos anotados en favor o en contra de los acusados, y la honradez con que el Juez procedió en su evaluación.

Tales medidas abrirían amplio campo al juicio criminal, harían posible la introducción por las partes interesadas de toda clase de prueba que el Juez califica para su admisión o no. Con tal libertad los reos podrían aportar al proceso multitud de circunstancias de gran valía, producto del examen interno, de verdaderos Jueces de su acto, con la convicción de que en su oportunidad serían tomadas en cuenta.»

***

En la Universidad Nacional de Cuba se abrió un concurso para adjudicar el premio extraordinario «Domínguez Roldán» al mejor estudio sobre Lope de Rueda y su Teatro. El trabajo presentado por Salvador Salazar tiene el mérito de comparar las críticas hechas sobre Lope de Rueda, y someterlas después a una revisión en la que se transparenta el ángulo visual de un crítico cubano sobre esta página de indudable importancia histórica para la literatura española (1). Sin ser el estudio

(1) *Lope de Rueda y su Teatro*, Salvador Salazar. Habana, 1911.

de Salazar una investigación amplia de la obra de Lope de Rueda, constituye, sin embargo, una contribución estimable para la historia literaria española.

La diatriba apasionada, como la exagerada celebración, son igualmente vituperables. Los extremos se tocan, dice el viejo refrán, y es, efectivamente, en el punto medio donde se encuentra la verdad. Ocúrreseme todo esto a propósito de las opiniones, absolutamente contradictorias, que sobre Lope de Rueda emiten Adolf Friedrich Von Schark y D. Alberto Lista, el primero en su obra sobre la literatura y el teatro en España, y el segundo en su *Crítica literaria*.

Dechado de todas las perfecciones Lope de Rueda, en opinión de Lista, se afana éste en buscar en sus obras multitud de analogías con Cervantes, el padre de la lengua, y luego de encontradas o creer que las encuentra (1), inciensa a nuestro autor con ditirambos hiperbólicos, asegurando que sus métodos son los de los grandes autores dramáticos, según puede verse en el siguiente párrafo:

«Esta manera indirecta de pintar los caracteres desenvolviéndolos poco a poco en la escena, como se desenvuelven en el trato común de la vida, es la que han seguido los grandes maestros del arte dramático, y la más útil para enseñar a conocer a los hombres.» (Pág. 124.)

No bastándole aún todo el incienso quemado aquí, el señor Lista llega a considerar a Rueda, a quien con frecuencia llama «insigne autor y actor dramático», un excelente poeta, cuyos

(1) La respuesta de Melchor a la maldición de en agraz te vayas, nos recuerda involuntariamente la respuesta de Sancho a la dueña doña Rodríguez:

—Acodícieme: esto se parece a aquel amor que tenía un galeote a una canasta de colada, como pinta Cervantes.

En cuanto al lenguaje, hay muy poca diferencia, como ya he dicho, de él al de Cervantes... Estos diálogos se parecen en gran manera a los del *Quijote*.

Es imposible leer nada de Rueda sin acordarse de alguna cosa semejante de Cervantes.

versos son dignos de toda loa. Dice: «Estas dos quintillas («Anday mi branco ganado» y siguiente del coloquio «Prendas de amor») no ceden en armonía, en *escogimiento* de palabras ni en belleza de imágenes a las mejores composiciones de aquel tiempo.» (Pág. 124.)

Refiriéndose a los pasos, exclama:

«Todo esto supone mucho talento de invención en cuanto a las descripciones de caracteres y muchos recursos dramáticos.» (Pág. 108.)

Pero llega al summum en el resumen de todo su elogio:

«Resumiendo cuanto hemos dicho de este insigne poeta y actor cómico, vemos: primero, que conservó al drama de cierta extensión el carácter novelesco, impreso por Torres Naharro; segundo, que mejoró notablemente e hizo progresos muy apreciables en la descripción de los caracteres, bien que la mayor parte de los vicios que censuró eran los de la gente baladí; tercero, que introdujo la notable innovación de escribir las comedias en prosa, en lo cual no fué imitado sino de muy pocos de sus sucesores; cuarto, que inventó la comedia de magia, lo que seguramente citamos como un hecho histórico, pero no como una parte de su elogio; quinto, que era excelente poeta, y que sabía pintar y escribir en verso tan bien como en prosa; sexto y último, que fué el padre de la lengua, prescindiendo de sus sales y gracias cómicas y de la viveza de su diálogo, por la pureza y corrección sostenida de su frase, por la verdad de la expresión, que siempre se nota en ella, y por la armonía y fluidez de su estilo, dotes en que antecedió al inmortal Cervantes, en tiempo, no en mérito. Sólo añadiremos, en obsequio de la verdad: Lope de Rueda, aunque mucho más casto y urbano que Torres Naharro, no es siempre tan limpio como la moral y el decoro exigen. Tal vez es obsceno y grosero, no sólo en las expresiones, sino también en el pensamiento; defectos de que poco a poco se fué purgando nuestro teatro, aunque nunca llegó a estarlo completamente hasta el último tercio del siglo XVIII.» «Siendo esto así, no tendré dificultad en decir que

es una mengua para nuestra literatura no poseer una edición clásica de las obras que se pueden encontrar de Lope de Rueda. ¿No la tienen los franceses de las inmundicias y necedades de Rabelais, coetáneo suyo? (Pág. 126.)

Parece a quien lee la obra del Sr. Lista que todos estos conceptos se refieren a uno de los más grandes escritores que en el arte dramático han brillado en España; y, por el contrario, la desilusión que se experimenta cuando se lee al romántico alemán, está en razón directa del anterior entusiasmo, tanto más, cuanto que Schak parece copiar a Lista, invirtiendo completamente las proposiciones.

Dice Schak, en la obra citada:

«Las comedias y églogas (?) de Lope de Rueda nos ofrecen pruebas indudables de su escaso talento poético, ya por las razones que acabamos de indicar, ya por lo pobre y prosaico de sus asuntos. Los hilos de la trama que componen sus fábulas son casi siempre los mismos, y jamás podrá sostenerse que es delicada y bella su urdimbre. Y esta falta de inventiva se muestra en toda su desnudez, no sólo porque no sabe encubrirla con el brillo de la exposición, sino también porque sus rasgos aislados poéticos no compensan esos defectos.» (Páginas 173-174.)

Refiriéndose a «Armelina», después de contar su argumento a su manera, comenta del siguiente modo:

«Esta fábula seca y desabrida, manifiesta bien a las claras la falta de gusto de Lope de Rueda. (Pág. 177.)

Cuando trata de los llamados coloquios pastoriles, piensa:

«No hay que esperar representación alguna de un mundo ideal de pastores en sus coloquios pastoriles, puesto que su título proviene de la condición de ciertos personajes que figuran en ellos. En lo esencial no se diferencian de las comedias, aunque, atendiendo al objeto de su autor, deben corresponder a un género poético más elevado. Verdad es que se equivoca lastimosamente, porque su patético repugna por su hinchazón afectada, agradándonos tan sólo sus intermedios cómicos bur-

lescos. Parécenos que es perder el tiempo exponer ahora el argumento de estos coloquios pastoriles. Los de los dos que se conservan (Camila y Timbria) (1), se fundan en los mismos motivos que sirven de base a las comedias, y cuya frecuente repetición patentiza, sin género alguno de duda, la pobreza de inventiva de su autor. La composición es desigual y confusa en alto grado». (Pág. 177.)

En su afán iconoclasta, echa a rodar uno de los principales títulos de gloria de Lope de Rueda: «Ciertos críticos deploran, dice, sin duda, que el drama no hubiese conservado la forma estrecha que le imprimió en un principio Lope de Rueda; nosotros, al contrario, nos congratulamos de que el teatro español se haya librado de esta desdicha, y creemos que no ha sido el menor mérito de los poetas posteriores el escribir en verso sus obras y embellecerlas con sus ricas y variadas modulaciones.» (Pág. 173.)

Es decir, que mientras para uno es Lope de Rueda lo mejor de lo mejor, el padre de la lengua, el iniciador del verdadero teatro, etc., etc., para el otro resulta un falso ídolo, elevado por un entusiasmo demasiado ardoroso, hasta la categoría de verdadero autor dramático.

Para Schak, Lope de Rueda es una figura de cuarto orden; para Lista, una de las más grandes de la literatura de Castilla. ¿Qué pensar? ¿Por cuál de estas dos opiniones, que autorizan dos críticos eminentes, debemos decidirnos?

Ya lo hemos dicho: por ninguna. Que si Schak, mirando a través de sus lentes, enturbiados por el romanticismo de las riberas del Rhin, deja de ver las bellezas del naturalismo de Rueda—que siempre pintó la realidad vívida en el ambiente en que obtuvo sus mejores lauros, apartándose, por instinto, de ese «lirismo», que restó méritos a Calderón y que desacreditó la vieja escuela romántica alemana,—se equivoca lastimosamente, ya que juzgar con la conciencia llena de prejui-

(1) Quedan tres: los dos citados y «Prendas de Amor».

cios es, en literatura como en todo, el mayor de los crímenes; y si Lista, apóstol de ese convencionalismo que encuentra excelente «todo lo de casa», halló genialidades en Lope de Rueda, que jamás tuvo ni soñó tener el batihoja de Sevilla, se equivoca también.

Porque la verdad, eterna y única, no puede seguir los caprichos de los hombres ni ser esclava de sus apasionamientos. Porque por sí misma resplandece dominadora y libre; y la verdad, aquí como en tantas otras partes, está—ya lo hemos dicho—en el justo medio.

Lope de Rueda fué un buen actor dramático que, en contacto con su público, conoció, mejor que nadie, sus gustos y sus deseos; y escribiendo para los mismos que habían de juzgar inmediatamente sus obras, y llevando en cada una la experiencia, grata o triste de la anterior, realizó esa adaptación, indispensable y salvadora, entre el artista y su público, que, á despecho de escuelas y de críticos, es la palabra suprema en materia de teatros.

Nunca fué un poeta, ni pretendió serlo; ni jamás soñó, aunque Schak no lo crea, en hacer coloquios pastoriles. La Arcadia, deliciosa y feliz, de pastores cortesanos, filósofos y poetas, jamás pasó por su imaginación. Nunca la había visto, y él siempre copió en sus tipos, tipos de la vida.

Cultivó bastante aceptablemente la prosa castellana; pero no fué, ni con mucho, el padre de la lengua.

Rasgos aislados, bellezas de rato en rato, no pueden equipararse a un triunfo sostenido que jamás flaquea.

Por lo demás, lo que pretendió casi me atrevo a asegurar que lo obtuvo: hacer reir a su pueblo, burlarse de sus defectos, sentir el entusiasmo de las multitudes buenas en una plaza pública, al aire libre, sin falsas atmósferas de salón, ni convencionalismos de frac y guante blanco.

¿Y qué mayor triunfo para un autor que tener como última aspiración un buen deseo, y que este deseo tenga la consagración de una realidad triunfante?

No obstante estos juicios, la obra de Lope de Rueda es algo más vasta de lo que se cree. Lope de Rueda influyó notablemente en el desenvolvimiento del teatro español, aleccionando en el arte de hacer comedias a la escuela de literatos valencianos, que, desde el último tercio del siglo XV, se orientaron en el cultivo de la literatura castellana, sin olvidar la lemosina. El teatro valenciano fué influído por Lope de Rueda; la célebre Escuela de los Nocturnos enseñó a Lope de Vega, y aquel movimiento literario, en el que descuella Guillén de Castro con su monumental obra *Las mocedades del Çid*, repercutió en Francia con Corneille, que, calladamente, se aprovechó de la inspiración del autor valenciano. Sin estas influencias y derivaciones, no es posible comprender la significación de Lope de Rueda y de su teatro en España.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ciencias morales: La ética sexual y la monogamia.—Literatura: Los Goncourt.—Crítica: La poesía de Valle-Inclán.—Impresiones y notas: El estudio del latín.—Para los que duermen mal.—La estufa de frío.—Oficios y vidas que dan miedo.—Más sobre «deber de».—La calle de la Piel Oliente en Cantón.

CIENCIAS MORALES

La ética sexual y la monogamia.—Está caracterizada nuestra edad, entre otras cosas, por el contraste entre la impiedad y la confesión de Dios, entre la oración y la irreverencia, entre el materialismo y el idealismo; apenas se tiene la impresión dolorosa de algo sagrado que se derrumba cuando se percibe un hálito interior, nuncio de más alta vida. Se han descorrido los densos velos en que se hallaba envuelta la esfinge del amor; pero bajo la mano sacrílega que intentaba apagar la castidad y el pudor, fundamentos en que el amor descansa, quedaban ardiendo algunas astillas, que no iluminaban sólo ruinas, sino que revelaban también fantasmas y visiones evocadas por inconscientes impulsos de la vida real, que no tardaban en abrasarlo todo, cambiando por completo el panorama de la existencia.

Una valiente escritora italiana, Valeria Benetti, acomete

en la *Nueva Antología* la no fácil tarea de estudiar, entre los varios aspectos que ese contraste característico de la vida moderna nos ofrece, el que se relaciona con la ética sexual, y lo hace con gran lucidez y excelente documentación. Dos direcciones predominantes se dibujan desde luego, según el concepto que se tiene de la nueva ética por consecuencia de la valoración de la sexualidad respecto al individuo.

En la primera dirección se concibe la sexualidad en sentido estrictamente individualista, y la ética sexual se presenta como una derivación de la ética estrictamente individual; el individuo regula la pasión sexual como las demás de su organismo, según criterios propios de conciencia y de utilidad. La moral en este caso se reduce a la higiene, y el gran programa pedagógico de preparación para una vida sexual disciplinada viene a tener, más que nada, un valor de instrucción y de educación.

No basta someter a un individuo a una higiene espiritual y somática, o puramente somática, si se quiere; la ética sexual carece de apoyo en los límites de una individualidad vacía de contenido moral, y se reduce á un preceptuario al que el individuo se sujeta ó no, segun el modo con que pretenda resolver el problema de su existencia. Lo que hoy se pide a gritos es una moral de los sexos capaz de operar la regeneración de las conciencias, idealmente reintegradas en la visión de los intereses reales sociales. La necesidad se impone, con independencia de todo partido religioso o político, de llegar a un acuerdo sobre la valoración de las relaciones sexuales y sobre la nueva conciencia moral. No se trata de restaurar una preceptiva encaminada a dirigir nuestra conducta individual, sino de poner al individuo en relación con las más complejas cuestiones morales, las de la familia y la sociedad. Pero aquí se tropieza con los más graves problemas jurídicos y pedagógicos.

Por un lado se invoca un nuevo derecho matrimonial y familiar, realizador de la personalidad jurídica de cada miembro de la familia; por otro se afirma la necesidad de legislar sobre

las costumbres, estableciendo nuevos poderes coactivos para prevenir y reprimir la trata de blancas, la prostitución de los menores y todas las especies de perversión y degeneración de la vida sexual. En el terreno pedagógico no son menos revolucionarios los resultados: la coeducación erigida en sistema; la educación sexual, directa o indirecta, ocasional o no, introducida en la familia, en la escuela y en los talleres; la regeneración interior de las conciencias con la afirmación de la moral única, sin dobles pesos ni dobles medidas, con la fórmula igualitaria en el derecho familiar, en la educación y en la moral. Pero eso requiere la protección de la mujer y del niño, y se enlaza con los más hondos problemas del feminismo.

Este modo de concebir la ética sexual es opuesto al individualístico, pues aquí la ética se nos presenta como reguladora de las relaciones entre individuos de sexo diferente. En este sentido es evidente la relación entre la ética sexual y la monogamia. La monogamia, como institución jurídica y como fórmula de ética sexual y matrimonial, ha llegado hasta nosotros, con vergüenza de las formas más coercitivas de imposición moral y legislativa, no victoriosa, sino vencida, en muchos aspectos esenciales. No hay duda que la suerte de la monogamia está indisolublemente ligada con la valoración máxima del individuo, siendo como es «la unión perfecta de dos seres de sexo diferente». Pero como de esos dos seres la mujer ha sido valorada como inferior al hombre, de ahí su derrota de hecho. El éxito de la monogamia depende de la plena realización del derecho femenil en la sociedad presente.

La mujer, en la familia antigua, ocupaba el puesto de súbdita, en el derecho, en la política y en la propiedad. El hombre, como cabeza de grupo, vino a desmembrarse de la *gens* y á tener personalidad propia, mejorando con los tiempos hasta llegar a su plena emancipación e igualación en derechos con todos sus semejantes. La mujer no ha permanecido estacionaria en absoluto, mejorando también sus condiciones económico-jurídicas: pero estas mejoras apenas han alterado su situación

en la familia y en el Estado, y sigue siendo súbdita, inferior en derechos al hombre, aunque teóricamente se la considere igual. Todo esto constituye un anacronismo y una contradicción, con que hay que acabar. Por otra parte, el reconocimiento del valor individual presupone que la maternidad no pesa en la individualidad femenina para oprimirla y rebajarla so pretexto de protección, sino para explicarla y realizarla. La maternidad, respecto al individuo, no supone un *menos*, sino un *más*. No hay razón para menguar el derecho de la mujer en nombre de la maternidad; si la maternidad, para su funcionamiento normal, requiere un esfuerzo mayor, provea la sociedad a ese suplemento de esfuerzo, y ponga económica y socialmente a la mujer en condiciones tales que la maternidad se desenvuelva normalmente en ella. Así podrá resurgir la monogamia victoriosa, con su pleno contenido espiritual y ético.

Es necesario que los últimos momentos del largo proceso histórico, degenerativo, de la institución matrimonial, sean superados. Es preciso que cese el chocante contraste entre una ética que en nombre de la libertad individual concede bastante, y un derecho que, renegando de sus principios informativos, niega demasiado; entre un derecho que recurre sin más a los términos extremos del autoritarismo, y una moral que no respeta más límites que los trazados por la espontaneidad del sentimiento individual.

LITERATURA

Los Goncourt.—El marqués de Ségur, en un artículo dedicado a Edmundo y Julio de Goncourt en la *Revue Hebdomadaire,* pone de relieve el contraste entre la indiferencia innegable con que fué acogida por el público la labor de los Goncourt y la influencia positiva ejercida en la literatura por ambos hermanos con sus treinta años de fracasos. El marqués de Ségur explica esta anomalía por la pasión, rayana en frenesí,

que los Goncourt sintieron siempre por las letras. «No tenemos ninguna de las pasiones que sacan al hombre de una bibioteca, de un museo», han dicho, y es verdad. Sólo vivieron para ver y describir. No fueron ni quisieron ser nunca más que literatos; tomaron, como dice Anatolio France, la pluma y el papel como se toma el velo y el escapulario. Fe tan ardiente no puede menos de producir prosélitos. Otra causa de influencia era la busca de la novedad, característica de sus trabajos; en la historia, como en la novela, quisieron romper con la tradición, hallando procedimientos nuevos y medios nuevos de expresión, despertando y atrayendo la atención con su audacia. Por último, la fusión absoluta de sus dos almas era, por lo perfecta, tan rara, que sorprendía. Teófilo Gautier los llama «una sola persona en dos volúmenes», y Sainte Beuve «dos hermanos gemelos, a ocho años de distancia»; y cuando murió Julio, Barbey d'Aurevilly hablaba de «Edmundo de Goncourt, esta viuda». Jamás se ha visto unión tan estrecha y permanente, no igualada ni aun por nuestros Quinteros. Los Goncourt constituyen por todos estos motivos un *caso* especial de historia literaria, y son fiel representación de una época en que se cultivaba la neurosis como enfermedad distinguida, y se alababa la decadencia como supremo apogeo del arte.

Edmundo nació en Nancy, el 26 de Mayo de 1822, y Julio en París, el 17 de Diciembre de 1830. Su padre, Marco Pedro, antiguo jefe de escuadra del primer Imperio, murió cuatro años después, quedando los niños al cuidado de una madre inteligente y cariñosa, y del abuelo, Antonio de Goncourt, «viejecillo seco y furriñoso», con su pipa remachada en su desdentada boca y su bastón atornillado en la mano derecha, para apoyarse y para corregir a la cocinera. ¡Pobre cocinera! Apaleada por cualquier motivo, y a veces chapuzada en el estanque por el abuelo «para refrescarla la sangre» y quitarle toda idea de matrimonio. Edmundo hizo sus estudios en el Colegio Goubaux, siendo condiscípulo de Alejandro Dumas, hijo; era un alumno pasadero, pero revoltoso, y cuyas fantásticas com-

posiciones arrancaban al profesor esta exclamación profética: «Señor de Goncourt, usted hará escándalo.» Julio creció entre las faldas de su madre, y bajo la dirección tutelar de su hermano, que lo modeló a su imagen, sintiendo los mismos gustos.

Eran dos almas gemelas en dos cuerpos desemejantes: Edmundo alto, robusto, de cabellera espesa, ojos negros, nariz corta y grandes bigotes que le daban el aspecto de un oficial de caballería; Julio pequeño, menudo, de cara blanca y rosa, de bigotes rubios como su pelo; con su monóculo pegado al ojo, tenía el aspecto de persona «importante». En los caracteres había matices. Edmundo es más tenaz, serio y reflexivo; Julio es un encanto, ligero, guasón, trabajador a sus horas, pero amigo también de haraganear, tendido en una mecedora, envuelto en su «nimbo de tabaco», más atrevido y original que su hermano. Cuando paseaban juntos, Julio iba siempre delante, a unos pasos de Edmundo; y así fué en la vida, dice el marqués de Ségur.

Al morir la madre en 1848, Edmundo era empleado del Ministerio de Hacienda, y Julio terminaba sus estudios, resuelto a no ser nada ni hacer nada. Dueños de una fortunita modesta, pero suficiente para vivir con independencia, Julio hizo que su hermano dejara el empleo, resolviendo ambos ser pintores, que es lo que en aquella época se llamaba «vivir de sus rentas»; para aprender el oficio, empezaron por hacer un viaje, y en Julio de 1849 se pusieron en camino, a pie, con trajes de aprendices, una blusa blanca, una gorra y un saco a la espalda; Julio, imberbe y rubio, parecía una doncellita disfrazada, y al verlos, muchos los tomaron por una pareja de enamorados. Así recorrieron la Borgoña, el Delfinado, la Provenza y la Argelia, haciendo acuarelas y apuntando en un cuaderno sus impresiones de viaje. Aquel cuadernito decidió de su vocación, pues aficionándose a describir, cayeron en la tentación de hacer una novela, una novela en diez y nueve capítulos: «He puesto en ella—dice Julio—todo el cincelado de estilo, he

amontonado en ella todas las audacias de frase, todos los choques de palabras.» Amor al colorido, tendencia al amaneramiento, rebusca de la novedad: toda la labor de los Goncourt se revela ya en esa frase.

En 1851 se ponen ya a escribir en colaboración una novela, *El 18...*, extravagante sin duda, pero en la que fundan grandes esperanzas; terminan el manuscrito en Noviembre, y pocos días después queda lista la impresión; el 1.° de Diciembre se acuestan llenos de emoción, y esperan ansiosos el siguiente día, para saber la acogida que se hace a su primer volumen. Al rayar el alba, su primo de Blomont, antiguo guardia de Corps, entra como un vendaval en el cuarto: «¡Ya está hecho!—les grita—¿Cuál? ¿Qué es lo qué está hecho?—¡El golpe de Estado, pardiez!—¡Ah!... ¡Y hoy que se pone en venta nuestra novela! ¡Se acabó!» Y en efecto; la novela se puso en venta dos días después, pero el público tenía que pensar en otra cosa, con el golpe de Estado que cambiaba la segunda República en segundo Imperio; de los mil ejemplares tirados, se vendieron sesenta, y su solo consuelo fué un artículo de Janin en donde les llamaba «alegres bandidos, maestros en estilo rocosá rabioso, muchachos fantasistas que juegan a desmontar la literatura de su abuelo».

Tras este primer ensayo, vino una fase de periodismo en *El Relámpago*, revista sin suscriptores que duró poco más que su título, y en *París*, otro periódico, fundado, como el anterior, por su primo Villedeuil, en el que colaboraron seis meses, despidiéndose del público para dedicarse a una obra histórica, *Las queridas de Luis XV*. Eran los tres volúmenes sobre la duquesa de Chateauroux, la Pompadour y la Dubarry; pero antes publicaron la *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución*, y otra análoga sobre el Directorio. El ardor con que trabajaban tenía algo de locura; se privaron de todo placer y hasta de toda sociedad, hasta dando sus trajes de visita para no poder ir a ninguna reunión. El resultado de tal esfuerzo fué un cuadro, exacto en cada detalle, pero falto de conjunto

y armonía, una serie de dibujos, de difuminos, de acuarelas, fatigosa y molesta a la larga. Es ya el mismo procedimiento que ha de repetirse en todas sus obras; registro de hechos, catálogo de observaciones, actas de inventario; historia puramente documental, sin juicios, sin conclusiones, sin ideas generales y frecuentemente sin alcance. Es la fórmula de su escuela, y en su *Diario* se leen frases como ésta: «Un tiempo del que no se tiene una muestra de tela y una lista de platos de una comida, no lo ve vivir la historia.» Cuando se lee su libro *La mujer en el siglo XVIII*, se sienten tentaciones de darles la razón; es una serie de estampas de Fragonard o de Cochin, que dan muy bien la impresión de la realidad, sin que los autores frunzan siquiera el entrecejo ante las frivolidades que describen con perfecta impasibilidad. En todas sus obras históricas mantienen los mismos principios, y sólo en el estudio que consagran a *María Antonieta* dejan de mostrarse indiferentes; seducidos por el encanto y la desgracia de la pobre reina, casi llegan a su apología.

Si el azar no hubiera hecho que los Goncourt conocieran a Gavarni, quizá no hubieran salido nunca de los archivos, de lo que ellos llamaban su «Museo de recuerdos». Pero el contacto con el famoso dibujante, con su fino espíritu de observación, ejerció en ellos decisiva influencia, llevándolos al estudio del medio social viviente y palpitante de las plazas y de las calles, del interior de las familias y del interior de los corazones. Así dejaron poco a poco la historia por la novela, los archivos por los hospitales, los museos por los salones, las iglesias por el arroyo, inclinándose sobre todas las neurosis, dominando todos los ascos, para recoger la realidad con todas sus impurezas y hacer «vida vivida». El método, sin embargo, no varía, y en la novela, como en la historia, siguen siempre siendo notarios y coleccionistas.

Sor Filomena, uno de sus primeros y mejores ensayos, es ejemplo característico de sus procedimientos. En un almuerzo en casa de Flaubert, el 5 de Junio de 1860, Bouilhet cuen-

ta un suceso de que ha sido testigo: Una religiosa, enfermera del hospital de Rouen, se enamora platónicamente de un alumno interno; éste se suicida, y Bouilhet, que era también interno, ve a la enfermera entrar furtivamente en la habitación, arrodillarse a los pies del cadáver y derramar lágrimas silenciosas; entonces Bouilhet se acerca al muerto, le corta un mechón de pelo y se lo entrega a la religiosa, que lo recoge piadosamente, da gracias con los ojos y sale sin decir una palabra. El asunto enamora a los Goncourt, y de él sale *Sor Filomena*; pero para escribirla, los dos hermanos se dedican a la más penosa tarea: la de pasarse semanas enteras en los hospitales, viendo operaciones y asistiendo a escenas desgarradoras de amputaciones, muertes y disecciones, domando sus nervios, venciendo sus repugnancias, tomando notas y haciendo observaciones mientras el cirujano abre un cráneo o el enfermo lucha con los estertores de la agonía. Todas las noches caían rendidos, agotados por la tensión de sus nervios, pero convencidos de que aquélla era su misión, como mártires del documento.

Germinia Lacerteux, arranca también de una historia real, la de su antigua criada Rosa, que durante veinticinco años les ha servido y cuidado como un perro fiel, compartiendo todos sus secretos y mereciéndoles tanta confianza, que era la encargada de abrir las cartas cuando estaban fuera. Muere en Agosto de 1862, y al día siguiente de su muerte, una casualidad les descubre el lado vergonzoso de aquella existencia humilde, toda una serie de mentiras, de torpezas, de orgías y de robos, con remordimientos, crisis de desesperación y ensayos de conversión seguidos de caídas cada vez más profundas. Los Goncourt sufren cruelmente con aquel desengaño tan tremendo desaliento, tan gran desconfianza, que la extienden «a todo el sexo de la mujer», espantados «ante su genio de disimulo». Comprenden el partido que pueden sacar literariamente de esta emoción, y tomando aquel caso como objeto de estudio, bajan a los ínfimos fondos sociales, hasta el pleno fango, y de

allí sacan su novela, la más atrevida quizá de todas sus creaciones, y que entonces, aunque hoy parezca anodina, produjo cierto escándalo, llamándola los críticos «fango cincelado» y «literatura pútrida», asombrándose, no sin razón, de ver que las mismas manos que se complacían en arrugar los encajes de la Pompadour, pudieran complacerse en sobar los trapos sucios de una cocinera. No sabían esos críticos que para el realista todo es lo mismo, con tal de hallar «un efecto», sea de charco fétido, sea de lago límpido.

Las dos novelas citadas son las que mejor han resistido la prueba de los años. Todas las demás, *Renata Mauperin*, *Manette Salomón*, *La señora Gervaisais*, etc., se inspiran en los mismos principios y se desenvuelven por el mismo procedimiento. Ninguna de ellas tuvo éxito a su aparición, y sólo más tarde se han vulgarizado. Los autores sufrieron mucho por esta indiferencia, y el fracaso de *La señora Gervaisais* fué una de las causas directas de la muerte de Julio. Y si en la novela les fué mal, en el teatro les fué peor. El teatro es, ante todo, acción, formas sencillas, lengua clara y sobria, todo lo que falta precisamente a los Goncourt, sin que jamás lo comprendieran. Con obstinación desoladora se empeñaron en escribir para la escena, y su carrera dramática fué un martirio.

El mayor de sus fracasos y el que más trascendencia tuvo fué el de *Enriqueta Mariscal*, en el teatro Francés; rechazada en el Vaudeville, se leyó con aceptación en el salón de la princesa Matilde, y mediante tan alto patronato fué aceptada por el administrador Thierry, y luego por el Comité del teatro Francés. La interpretación no podía ser mejor: Gott, Delaunay, Lafontaine, la Arnould-Plessy, la flor de la Comedia. Los Goncourt estaban encantados, y en todo París no se hablaba sino de aquel estreno; a las dos de la tarde había cola, y entre los que venían se veían muchos estudiantes; la dirección, algo inquieta, había reforzado la *claque*, y los amigos de los autores disfrutaban todos de billetes de favor. El primer acto se escuchó con silencio, pero en la escena del baile de la Ópera, en

que las máscaras se insultan, llamándose «¡Jergón de luto!», «¡Tornero de palos de cucaña!» y, sobre todo, «¡Suscritor de la Revista de *Ambos Mundos!*», considerado como injuria suprema, la tormenta estalló formidable; en los dos actos siguientes el tumulto fué infernal. Los Goncourt, entre bastidores, esperando su triunfo, sufrían horriblemente; hasta dos días después confesaron que les duró el estrépito de los silbatos en los oídos. En las noches siguientes se hicieron en la obra algunos recortes; pero el público siguió silbando, y a la sexta representación hubo que retirar la obra. Publicada luego en *L'Evénement*, fué recibida con irritación; los autores y la princesa Matilde recibieron una avalancha de cartas injuriosas, y hasta el padre Félix descargó los rayos de su elocuencia contra los Goncourt en el púlpito de Nuestra Señora de París. Realmente, la cosa no era para tanto. *Enriqueta Mariscal* era uno de tantos dramas de adulterio, algo lánguido, de realismo entonces audaz, y con el diálogo salpicado de brutalidades. Veinte años después se volvió a poner en el Odeón, pero se recibió con frialdad y fué el entierro definitivo.

Para Julio el golpe fué fatal, y desde entonces quedó herido de muerte. Todo le hastía y le enerva, y el ruido le persigue por dondequiera que va. «Parece—dice—que tengo una oreja en el estómago»; hasta los trinos de las aves le molestan, y su última carta termina con estas palabras: «¡Siempre este diablo de ruido! ¿Dónde hay silencio sobre la tierra?» No sobre, sino bajo la tierra, lo encontró el 20 de Junio de 1870, en que expiró, a los treinta y nueve años de edad. Edmundo acompañó el cadáver de su hermano, deshecho, con el pelo encanecido en ocho días, durante los cuales jamás había dejado de apuntar en sus cuadernos todas las fases de aquella agonía de su hermano, minuciosa e implacablemente realista. A los que por ese motivo le tacharon de falto de corazón, respondió «que era útil para las letras el estudio feroz de la agonía y de la muerte de un hombre que muere por la literatura y por la injusticia de la crítica». *El Diario de los Goncourt,* empezado el 2 de Diciem-

bre de 1851, el día del famoso golpe de Estado, y terminado en 1895, un año antes de la muerte de Edmundo, forma nueve volúmenes y constituye un documento precioso, único, de información que no siempre debe aceptarse sin comprobación suficiente, y que es estudio psicológico y sugestivo que impresiona, seduce y a veces exaspera.

El método de colaboración de los Goncourt es original: una vez terminadas las investigaciones, clasificadas las notas y corriente la documentación, hablan largo y tendido del plan general de la obra; combinan los *efectos*, y convienen en los *trozos*, frecuentemente preparados de antemano, que deben introducir en el texto; arreglado así todo, cada uno se encierra en su cuarto y escribe el mismo capítulo que el otro; luego los cotejan, eligen, cosen, amalgaman y funden en el molde común; así proceden en las partes capitales de la obra, como el principio y el fin; en lo demás, a veces se lo distribuyen y uno hace un artículo y otro el siguiente, sin perjuicio de la revisión común; cuando todo está terminado se lee, se dan los últimos toques y queda listo para la imprenta. Esta constante comunicación dió por resultado, que en los últimos años llegaron a pensar y sentir con tal uniformidad, que muchas veces, al cotejar sus páginas, se encontraban con que eran iguales en el fondo y en la forma.

Este trabajo colectivo produjo muchos libros interesantes, pero descosidos, invertebrados. Son obras que representan un ensayo meritorio, un esfuerzo desinteresado, pero sin valor intrínseco. Y es que ha faltado a los Goncourt lo que no puede adquirirse: la chispa del genio, o, cuanto menos, esos dones naturales sin los que no se crea nunca ninguna obra duradera. Si los Goncourt, contra lo que ellos se han imaginado, no han fundado escuela, nos han legado un ejemplo digno de alabanza: el de dos existencias consagradas por entero al ideal soñado.

CRÍTICA

La poesía de Valle-Inclán.—Pasa por cosa corriente que uno de nuestros geniales poetas contemporáneos es D. Ramón del Valle-Inclán, celebrado autor de festejadas obras, y mimado creador de multitud de versos y estrofas de variados metros. Si se llama poeta al que sabe producir sonoros cascabeles, tintineantes resonancias de campanillas y de copas de cristal, halagadores ruidos que adormecen el alma sin darla vagar para fijar el pensamiento ni para encender la lámpara de las ideas, Valle-Inclán es un poeta casi digno de figurar, por esos conceptos, al lado del gran Zorrilla y no por bajo del ya olvidado Grilo. Pero si la poesía es algo más que eso—siendo eso también, pues en la poesía tiene que haber trinos y gorjeos, y si no todo debe ser música italiana, tampoco debe ser todo sabia orquestación wagneriana—Valle-Inclán no es el gran poeta que se empeñan en hacernos tragar sus admiradores.

Tengo a la vista «un bello fragmento» del acto primero de *La marquesa Rosalinda*, publicado como muestra de los primores de dicción de Valle-Inclán por el *A B C*, y declaro que, dejando aparte lo fatigoso del metro elegido (el decasílabo, magnífico para un himno, aunque sea el de Riego, pero impropio para el diálogo), he quedado rendido con su lectura, y eso que sólo se trata de un fragmento que ocupa dos columnas del popular diario de la mañana. La impresión de conjunto, en masa, digámoslo así, arranca estas exclamaciones: «¡Qué bonito! ¡Es precioso! ¡Qué delicadeza! ¡Qué galanura!» Y es que, en efecto, las palabras y las rimas son delicadas, lindas, preciosas, propias del ambiente cortesano y versallesco en que se desenvuelve la obra, en una época en que el preciosismo criticado por Molière no había todavía dejado su puesto a la prosa de Rousseau, y en que el galanteo de abates y de pajes engalanaba el habla con todo género de flores y de cosquilleos de frases mitológico-bucólicas, tan intencionadas como graciosas y cascabeleantes.

¿Qué más se puede pedir entonces—se me dirá—tratándose de una «farsa sentimental y grotesca»? He ahí precisamente lo que me detiene para no extremar mis censuras, y hasta para hacerme dudar de su justicia. Ese mote de «farsa sentimental y grotesca» puesto por el autor a su obra para definir su carácter, me deja algo en suspenso; porque ¿no estará la farsa y lo grotesco en eso que yo estimo criticable? ¿No será una «tomadura de pelo», fina y delicadamente hecha por el autor a los que hacen hablar así á sus personajes, un poco a tontas y a locas, por gallardear y por echárselas de disertadores petimetres, y soltando de cuando en cuando, llevados de su garrulería, frases sin sentido ni meollo que dejan turulato al que las oye, arrancándole hasta un aplauso inconsciente por la misma incomprensión de lo tan gratamente oído? ¡Quizá! ¿No serán otra «tomadura de pelo», socarronamente hecha a ciertos modernistas, los deslices de rimas en asonancias, de preposiciones colgadas, de construcciones enrevesadas y enmarañadas, y hasta la medida misma de los versos, impropia de la escena? Sería una crítica zumbona digna del mayor aplauso; pero si la hipótesis es admisible en una «obra para leer», es difícil de admitir en una «obra para ser representada», porque un autor puede utilizar los medios que su ingenio le sugiera para expresar sus ideas artísticas; pero no es fácil que haga entrar a toda una empresa de teatro y a toda una compañía en sus propósitos, jugándose los intereses que en tales campañas se juegan, así sean los justadores personas tan desprendidas como D. Fernando Díaz de Mendoza y D.ª María Guerrero.

En todo caso, y por si fuera un camelo sabiamente preparado, quiero demostrar que a mí no me la han pegado, y que limitándome al «bello frag[illegible]to» inserto en el *A B C* y acertadísimamente comparado con la «evocación de una vitrina del siglo XVIII con su rica colección de encajes, tabaqueras y abanicos de la época», pretendo probar que no trago sin la debida protesta ciertas cosas, y que no comulgo con ruedas de molino. Veamos; el fragmento empieza así:

ARLEQUÍN. ¿Las blancas manos tejen guirnaldas
á la bicorne frente de Pan?
¡Graciosas ninfas que lleváis faldas
por el decreto de un chambelán!
ROSALINDA. Si ahora nos cubren blondas y sedas,
no lo mandaron los chambelanes;
pero aquí llevan en las olmedas
hoja de parra los egipanes.

¡Qué bonito! ¿Verdad?—¡Precioso!—¡Bueno! Pero, pensemos en que eso está escrito para el teatro, y contemos con que de los espectadores que concurren a la Princesa—y no hablamos de los que oirán la obra, si cuaja (1) por esos mundos de Dios, en España y en América,—la mitad se quedan en ayunas del diálogo, y sólo se atienen a la música de las palabras. Ya esto es un defecto, pues las obras escénicas deben ser inteligibles, escritas en lenguaje tan claro que se comprenda sin esfuerzo cuanto se dice. Pero pasemos por alto esta pequeñez, y veamos lo que se dice. Arlequín se encuentra con Rosalinda y con Amaranta, y las llama «¡graciosas ninfas»—piropito discreto—«que lleváis faldas por el decreto de un chambelán!» ¿De modo que antes de ese decreto no llevaban faldas? ¿Iban desnudas? ¿Qué facultades tenían los chambelanes para decretar el porte de faldas por las ninfas? ¡Un lío! ¡Una colección de despropósitos! Ni Rosalinda ni Amaranta iban vestidas porque lo mandara ningún chambelán; ni los chambelanes podían dictar decretos, ni hay nada en esos dos lindos renglones que tenga pizca de sentido. Y no digo nada de la pulla de Arlequín al decirlas de manos a boca que «tejen guirnaldas», no por la natural afición de la mujer a engalanar su rostro, o sus cabellos, o su traje, o sus habitaciones, sino por el gusto de presentar la ofrenda de sus guirnaldas «a la bicorne frente de Pan», lo cual, o es una acusación de paganismo o es una alu-

(1) Este articulejo le escribí la víspera del estreno, en cuanto leí el *A B C*, para recoger la impresión de la lectura.

sión a la sinvergüencería de tales damas, cosas ambas para ser recibidas por las damas en cuestión como molestas y ofensivas, por lo menos para cubrir las formas. Pero ¡es claro! Aquellas damas, como la mayor parte de las asistentes a las funciones de la Princesa, no sabían nada de *Pan* ni de su «frente bicorne», y no entendiendo la alusión, no se dieron por ofendidas. Sólo les sonó lo del chambelán, y por eso se apresuró Rosalinda a decir que «si ahora nos cubren blondas y sedas,—no lo mandaron los chambelanes». ¡Qué lo habían de mandar! Pero tiene mucha gracia el «ahora» («si ahora nos cubren blondas y sedas») porque, una de dos: o ese «ahora» quiere decir que antes no iban así cubiertas, o expresa que hay momentos en que están desnudas; en todo caso, es toda una confesión, no muy discreta para hecha a un joven como Arlequín, ni aun por damas de las pintadas por Lancret en los jardines de Versalles. Pero si el «ahora» es inconveniente, ¿qué pensar de lo que agrega Rosalinda? «Pero aquí llevan en las olmedas—hoja de parra los egipanes.» Mucho egipán es ése para puesto en boca de damas que no se han dado por entendidas con la alusión a Pan; pero, ¿qué quieren decir con esa añadidura a su réplica? ¿Es que lamentan la hoja de parra de las estatuíllas de los jardines? ¿Es que llaman egipán a Arlequín, y le quieren decir que si ellas llevan faldas, también él lleva hoja de parra? ¡Atrevidillo nos parece ese lenguaje para un comienzo de relaciones!

Arlequín, sin pararse en lo de los egipanes—tal vez no entendiera tampoco la alusión,—se fija en el pie de Rosalinda, y al verlo desnudo, declara que ha encontrado el «chapín» que le correspondía bajo un «jazmín», como la rima perfecta exige, y entonces la dama lo reclama, y Arlequín se dispone a ponérselo por sí mismo, cruzándose este diálogo:

ROSALINDA. ¡Dádmelo!
ARLEQUÍN. Espero la gracia de
ser tu azafata.
ROSALINDA. ¡No estáis cabal!

ARLEQUÍN. Linda señora, dame tu pie
por que le vuelva su pedestal.
Sacadle al aire...

¡Qué bonito! ¿Verdad?—¡Precioso!—¡Bueno! Pero es el caso que no sé aquí por dónde empezar. Rosalinda habla de *vos* a Arlequín, y Arlequín de *tú* a Rosalinda, aunque luego suelta un *sacadle* que nos deja sumidos en la mayor confusión por el *le* en lugar de *lo* (Rosalinda dice bien, *dádmelo*), y por el *sacad* en lugar del *saca;* luego tropezamos con una preposición totalmente átona, *de*, rimando con un *pie* más tónico que el jarabe yodo-tánico; después tropezamos con un *por* en lugar de *para* y con un arrastrado *por que le vuelva* en lugar de *para ponerlo,* sencillo, claro y gramatical, que no acertamos á explicarnos en la pluma de Valle-Inclán, sino por el decidido propósito de guasearse del público, de Rubén Darío y de los partidarios de las preposiciones colgadas.

Pues véase esta otra filigrana: dice Arlequín que no es de Francia, sino de Venecia, y habla de España, de la que murmura:

ROSALINDA. Pensad que es tierra muy cristiana,
donde las viejas hacen la cruz
cuando galana capa de grana
rozando el muro, pasa al trasluz.

¡Qué bonito! ¿Verdad? ¡Precioso!—¡Bueno! Pero fíjense ustedes bien: España es una tierra muy cristiana (hay que leer *cristi-ana*, pues si no, queda el verso cojo), donde las viejas hacen la cruz cuando galana capa de grana, rozando el muro, pasa al trasluz. ¿Al trasluz de qué? ¿Al trasluz del muro? ¡Vaya un muro! ¡Ni aunque fuera de cristal! ¿Y si pasa al trasluz sin rozar el muro? Entonces la vieja, ¿no hace la cruz? ¡Oh tierra misteriosa de cruces y de viejas, y de muros y de capas! Todo eso es hojarasca, traída al buen tun-tún para calentar un numen sin ideas. Y todo sigue así:

AMARANTA. Aquí no danzan amores griegos
en los jardines bajo los lauros.

¿Y por qué han de danzar los amores griegos? Los amores griegos danzarán en Grecia y los españoles en España. ¿Y a qué santo habrán de danzar bajo los lauros? ¿No había árboles más a propósito? Se puede danzar a *la sombra de, junto a,* pero no *bajo* los lauros.

ROSALINDA. Aquí las ninfas no hacen sus juegos
de cabalgadas en los centauros.

¡Ah! Los *griegos* para los *juegos,* y los *lauros* pará los *centauros.* ¡Pobre Poesía! Pero ¡qué bien suenan esas rimas en *egos,* y sobre todo, en *auros*! ¿Quién se pára en menudencias de sentido? La cuestión es que suene bien al oído lo que se dice, aunque se diga una simpleza, y aunque se pongan en boca de atildadas señoronas, hablando con Arlequín, frases tan inconvenientes como las de los «amores griegos bajo los lauros» y «cabalgadas de ninfas en los centauros».

El discreteo, chispeante de erudición y de gracia, continúa a chorro decasílabo, y Arlequín termina una picante parrafada descriptivo-comparativa con estos cuatro rengloncitos:

Allí las bocas, que abren el cielo,
muerden riendo la verde poma
en los lunares de terciopelo
sobre los labios, puestos con goma.

¡Qué bonito! ¿Verdad?—¡Precioso!—¡Bueno! Pero... ¿entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? Aquí es tal el enredo armado por Valle-Inclán, que no hay modo de deshacerlo: unas bocas (dejemos el ripio de «que abren el cielo» a un lado) muerden riendo la verde poma... ¡Perfectamente! Hasta aquí la cosa es clara: unas bocas (o unos dientes, figura retórica conocida en que se toma el todo por la parte) muerden la verde poma, es decir, «una manzana verde», que lo mismo puede

tomarse en el sentido literal de una manzana fresca y agridulce, que en el sentido figurado de unas mejillas frescas y juveniles. Pero ¿cómo y en qué sitio muerden esa poma? «En los lunares de terciopelo.» ¿Y cómo se puede morder una poma o unas mejillas en los lunares? ¡Vaya unos lunarcitos! Y ¡vaya un gusto que tiene el mordedor, de morder en lunares de terciopelo, en lugar de morder en carnecita sonrosada! Pero el poeta precisa todavía más, y el mordisco dado en los lunares resulta que no es en la poma, sino en los labios, que es donde están los lunares «puestos con goma», detalle precioso para la Arqueología del siglo XL, y que nos ha descubierto el poeta gracias a las exigencias de la *poma*, que a todo trance reclamaba un viaje a *Roma*, o una ninfa *roma*, o un Pan que la *desloma*, o una boca que se la *coma*, o un ninfo que *asoma* por la *loma*, y que *toma* la *poma* casi en *broma*, o un poco de *goma* para pegar los lunares, que es por lo que ha optado Valle-Inclán, por ser lo que pegaba mejor, en este caso y en muchos otros.

No sigo más, y me contento con repetir a Valle-Inclán lo que he dicho muchas veces a Rubén Darío, a Fernández Shaw, a Marquina, a Rueda y a tantos otros. Querido poeta: usted tiene talento, cultura, numen y gusto; en esa misma *Marquesa Rosalinda* lo demuestra usted cumplidamente. ¿Qué trabajo le cuesta a usted pulir y limar su obra hasta dejarla limpia de todas esas garrulerías, dándonos, pues puede usted hacerlo muy bien, una labor exquisita y delicada, una filigrana de valor permanente y de mérito indiscutible? ¿No es un dolor, para quienquiera que no se pague de famas populacheras, ver que quien puede trabajar para la gloria de su nombre y de su patria, trabaje para esa galería del vulgo, que da el aplauso, es verdad, pero que lo daría también presentándole obras purgadas de toda incorrección, y a cuyo aplauso podía entonces sumarse el de esa otra minoría que tanto importa para la sólida cimentación del crédito literario?

IMPRESIONES Y NOTAS

El estudio del latín.—Con motivo de la información abierta por Andrés Fresnois en la *Revue des Français,* sobre la conveniencia o inutilidad del estudio del latín (información cuyos resultados no han podido ser más favorables, sobre todo entre las mujeres, a la lengua de Virgilio), se ha recordado una oportuna frase que Jorge Courteline pone en boca de uno de sus personajes de *J'en ai plein le dos, de Margot.*

—¿Conque sabes latín?—dice un interlocutor.

—«Lo cito, pero no lo sé»—responde el otro.

¡Cuántos doctores, en toda clase de Facultades, pueden decir otro tanto!

*
* *

Para los que duermen mal.—El Dr. Fleury da en la *Hygiène* varios consejos a las numerosas víctimas del insomnio. Importa que el estómago funcione bien, pues su estado es de los que más influyen en el sueño. Las digestiones penosas de los dispépticos y de los artríticos suelen producir insomnio o, por lo menos, pesadez y agitación perturbadoras del descanso reparador. Importa también el buen funcionamiento del intestino, pues sus desórdenes trascienden también al sueño, perturbándolo. En general, debería prohibirse a las personas que padecen de insomnios, cualquiera que sea su causa (nervios, corazón, estómago, riñones, hígado o intestinos), el uso de las bebidas fermentadas, especialmente del té y del café. Sólo en los hipotensos podría autorizarse el uso, siempre que tomaran esas bebidas en la primera parte del día.

En los anémicos el insomnio se cura mediante cierta preparación que les excite al descanso: una siesta poco prolongada les permite dormir mucho mejor durante la noche. En los insomnios de orden psíquico se impone el tratamiento moral, la persuasión sobre todo, empleando todos los argumentos nece-

sarios para convencer y sugestionar el espíritu del enfermo. En muchos neurópatas que padecen insomnio da excelentes resultados un trabajo regular, después de algunas horas de reposo absoluto.

En todo caso, no debe descuidarse la higiene de la habitación en que se duerma, procurando airearla y oxigenarla cumplidamente. Los acostumbrados a dormir con las ventanas abiertas en todo tiempo, afirman que duermen así mucho mejor.

***

La estufa de frío.—Es otro descubrimiento de Graham Bell, el inventor del teléfono: es la manera de tener frío en las habitaciones en la época de calor, como se tiene calor en la época del frío.

El aparato es tan ingenioso como sencillo, y como el autor no se ha reservado el secreto ni ha sacado privilegio de invención, cualquiera puede emplearlo: todo se reduce a adaptar al marco de una ventana de la habitación que se quiera refrescar, un ventilador en forma de abanico que la electricidad mantiene en movimiento constante, tomando la corriente de cualquier aparato de alumbrado. El aire fresco que se produce así se recoge por un ancho tubo que va a dar a una caja de dimensiones bastante grandes donde se coloca una barra de hielo. La caja tiene dos agujas por donde pasa la corriente helada que circula así por todo el cuarto, si se tiene bien cerrado. El aire fresco producido por el ventilador y puesto en contacto con el hielo da una sensación de frescura agradabilísima. Durante los calores del verano anterior de 1911, mientras todo el mundo se quejaba en Wáshington de la temperatura, Graham Bell con su aparato disfrutaba en su casa de una frescura deliciosa.

***

Oficios y vidas que dan miedo.—Víctor Cyril y el doctor Berger han hecho en París un estudio de lo que aquí pudiéra-

mos llamar los barrios bajos, y el resultado de su información es desconsolador y horrible.

Entre los tipos examinados hay pocas mujeres: éstas tienen menos necesidades que el hombre, sufren con mayor resignación, tienen más constancia y en ultimo término tienen el recurso de la prostitución que las hunde desde luego, pero que las permite defender su existencia.

El tipo de la casa sospechosa se halla, sobre todo, en las cercanías del boulevard Sebastopol y de la calle de San Martín, y comprende habitaciones, boardillas y gabinetes, cuyo precio varía entre treinta céntimos y un franco: suciedad indescriptible, sábanas que sirven para un mes, trapajos que se pudren en las camas y deyecciones en los descansillos. Hay *cuadras* también con camas en torno de un barreño central infecto. No se admite a nadie a crédito, y generalmente no se ocupa la habitación sino para dormir. Las tres clases más temibles en estas casas son los *orientales* (los que venden pieles, alfombras y chucherías de Argel o Marruecos), las prostitutas y los apaches, por el escándalo, el barullo y las bromas pesadas que suelen dar.

Los más delicados duermen en ciertos chiribitiles (tipos los de la *cité* Juana de Arco), cuyo único mueblaje consiste en un jergón de paja que cada cual acomoda como y donde quiere. «En casa de José», sucesor del célebre Fradin, junto al Mercado, en el centro de la miseria, se duerme a la cuerda, y es un montón de gente diseminado desde el sótano al desván; es un asilo muy buscado porque no se admiten borrachos, y el silencio es obligatorio desde las nueve; al que mete ruido se le expulsa sin contemplaciones.

Los bosques de Bolonia y de Vincennes, desde que las rondas de policía llevan perros, son poco frecuentados. En invierno los infelices que no tienen ni aun para pagar los refugios más baratos, se ingenian para defenderse del frío como pueden; el refugio más conocido es el tubo de canalización, preparado en las calles para ser enterrado en las zanjas: lo tapan

por los extremos, y allí duermen tranquilamente. Las canteras de yeso de Romainville, calientes todavía, sirven para cocer, uno tras otro, los dos lados del cuerpo. Otros refugios son: las barcazas del Sena y de los canales, las pilas de sacos de los muelles, los vivacs de los guardas de obras en contrucción, las casas en demolición, los toneles de vinos de Bercy, los coches abandonados en terrenos vagos, los carritos de los vendedores de periódicos, las salas de espera de las estaciones, las iglesias, para los que logran quedar encerrados en ellas, las escaleras exteriores del metropolitano, los corredores de las casas donde pueden burlar la policía, etc.

Todos esos desdichados se dedican a oficios poco definidos: unos corren tras los coches para descargar equipajes, otros van al campo en busca de violetas o de azulinas; éstos se agarran a un carro para ayudar a tirar, aquéllos se dedican a recoger pedazos de hierro, que les pagan, cuando juntan 20 kilos, un franco. Hay el *camelot* y el trapero, el vendedor del artículo París y el barbero a perra chica, el repartidor de prospectos y el pega-carteles, el hombre-sandwich y el *bandista,* que gana 36 perras por cada mil bandas si las hace bien, y de las que tiene que dar 16 al intermediario que le ha proporcionado tan lucrativa ocupación. ¡Desgraciados!

*
* *

MÁS SOBRE «DEBER DE».—Dos discretos ateneístas excursionistas—supongo que son tales por el membrete de la carta que me dirigen, y afirmo su discreción por el tono de su misiva—me piden razone más todavía las indicaciones críticas que sobre el uso del verbo *deber* con *de*, hice en el número anterior (1). Aunque ya otras veces he tratado de este tiquis-miquis gramatical, ampliaré con gusto mis razonamientos para ver de

(1) Esta *nota* la escribí para el número de Marzo, y por conveniencias de ajuste, la retiraron en la imprenta.

satisfacer la atendible y estimable curiosidad de mis lectores.

El uso del verbo *deber*, como verbo de obligación, viene, desde los tiempos más antiguos de la lengua, confundido con el de *haber de* y con el *tener que* como sinónimos («he de salir» y por analogía «debo de salir» y «tengo de salir») y nuestros clásicos están llenos de ejemplos de este uso, no siendo extraño por lo mismo que los actuales escritores barajen y confundan estas formas. De lo que yo trato es precisamente de restablecer la pureza de la frase, dando a cada giro su propio valor, para que no invada ninguno de ellos la jurisdicción del otro. «He de decirte una cosa», «debo decir una cosa», «tengo que decirte una cosa», son tres fórmulas distintas que responden a matices delicados del pensamiento, dentro todos de un color común, de una idea general que a todos los abarca: la obligación. Si yo estoy hablando con uno y quiero atajarle con una observación, seguramente lo hago empleando la primera fórmula: «he de decirte una cosa»; si él insistiera y nosotros estuviéramos seguros de nuestro mayor conocimiento del asunto, replicaríamos con la segunda fórmula: «debo decirte una cosa»; en ninguno de ambos casos estaría bien empleada la tercera; en cambio, si alguien nos hubiera revelado un secreto, o confiado un encargo, o nosotros mismos tuviéramos empeño o hubiéramos formado el propósito de decir a alguien algo que le interesara o nos importara que supiese, desecharíamos las dos fórmulas primeras, y emplearíamos espontáneamente (pues el lenguaje es así, y todos estos trabajos de selección se hacen en los dominios de lo subconsciente) la tercera fórmula: «tengo que decirte una cosa».

Como todas estas delicadezas de análisis y primores de dicción no están al alcance del vulgo, el vulgo no se pára en barras, y baraja, no ya las fórmulas solo, sino los elementos materiales mismos de que se componen, tomando el *de* del *haber de* y poniéndoselo a *deber* y a *tener*. «Has *de* saber eso», «debes *de* saber eso», «tienes *de* saber eso». Del vulgo recoge el escritor poco cuidadoso esa mezcla de expresiones, y la em-

plea a su vez; y el mismo escritor correcto y hasta el mismo buen hablista, influído por el medio ambiente, cae a veces, al correr de la pluma, en la trampa del equívoco. Por eso, al lado de «lo que *debe ser* delante de Dios un alma», encontramos en Santa Teresa «algo *deben de* esperar»; y al lado de «por la misma ley *debe ser* libre», hallamos en Cervantes «lo que *debe de hacer* como discreto»; y junto al «*deben resolver* nuestros códigos», leemos en Jovellanos «*debe de* ser tan durable como ella misma».

Ante esta confusión, y en su deseo de armonizar las cosas para salvar los dos giros, los gramáticos hallaron cierta diferencia de sentido entre *deber*, seguido de lo que ellos llaman un infinitivo (yo lo llamo *nombre de verbo*) y *deber de* en la misma posición. La diferencia, en efecto, salta a la vista en algunos casos: entre «cada día voy entendiendo más lo que *debe ser* un alma ante Dios», y «yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor; *debe de ser*, ser yo poco penitente», frases ambas de Santa Teresa, bien se ve el valor absoluto del primer *debe ser*, y el valor precario, dubitativo, de conjetura, del segundo *debe de ser*. Fundados en esta diferencia han establecido, y la Academia llegó a consagrarlo, el uso del *deber de ser* en el sentido de obligación dudosa, de presunción, de posibilidad, debiéndose suprimir el *de* en los demás casos.

Es una transacción para salvar ambos giros, que jamás ha sido observada por los buenos escritores ni menos por los del montón; los que tienen costumbre de poner el *de*, lo ponen, y los que no, prescinden de él, trátese o no de sentido dubitativo. Hay que tener convicciones en materia de lenguaje, como en política y como en todo. Véase el ejemplo típico de Santa Teresa, pues lo hemos citado de propósito: quítese el *de* de la segunda frase, diciendo; «*debe ser*, ser yo poco penitente», y dígase si hay nadie que no la entienda lo mismo con *de* que sin *de*. ¿A qué, pues, conservar una distinción que arranca de una confusión, de un uso analógico vicioso? Lo mejor es mantener

el empleo de *haber* con *de* frente al de *deber* sin *de*, que siempre resulta arrastrado, vulgar, cacofónico, y desde luego inútil.

***

La calle de la Piel Oliente en Cantón.—Marcelo Pionnier, en la *Revue des Français*, hace una sugestiva pintura de lo que es «Un paseo por Cantón», en la flamante República china, antes Imperio Celeste. Cantón «es la más maravillosa muestra de la China de *paravent*». De uno a otro extremo, aquello no es más que un inmenso mercado; todo son tiendas y bazares de cuanto uno pueda imaginarse, con ruido ensordecedor de gritos de vendedores y de culis, de cascabeles, campanillas y gongs. Los montones de inmundicias alcanzan proporciones tan voluminosas, que llega uno a creer «que forman parte del sistema orográfico», a lo que ayuda no poco la lujuriosa vegetación que en ellos pulula, de tronchos de berza. La calle de la Piel Oliente, que atraviesa Pionnier, y que es una de tantas de Cantón, le envuelve en una grasa neblina que huele a opio, a tripas, a sándalo y a sudor humano, todo revuelto.

La comida con que le obsequia una familia china es deliciosa: «Gustamos ante todo—dice—de exquisitos pasteles que olían a aceite, berzas y chinches, y luego nos llenaron deliciosos dedalitos de un brebaje salpicado de moscas. El mayor de los niños trajo en seguida la tetera en su caliente cesto algodonado, y el más joven metió en ella la mano hasta el codo para probarme que el té no estaba demasiado caliente.»

Las camorras son graciosas. Casi nunca llegan a las manos, pero las lenguas no paran, y los insultos no los llevan los vivos, sino los antepasados de los contendientes.—«¡Nieto de gorrino, tu tatarabuelo nació con la canga al cuello!—grita uno.—¡Quita allá, biznieto de tortuga, que yo azoto a tus abuelas hasta la undécima generación!—contesta otro.—Y así siguen apostrofándose hasta que se le agota la voz a uno de ellos, declarándose vencido. Después de todo, ¡más vale así!

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La «recognizance» dans le droit anglais.—Contribution à l'étude de la liberté individuelle, par Adrien Paulian. París, 1911. Un vol. de 220 páginas en 8.°, 6 francos.

La *recognizance,* es decir, la caución de paz ó de buena conducta que se obliga á prestar a ciertos sujetos con quienes no parece que pueden buenamente vivir en paz sus conciudadanos, es una institución que podemos decir privativa del derecho inglés y, probablemente por eso mismo, muy poco conocida y estudiada por los escritores de fuera de Inglaterra.

El Código penal español incluye en su escala general de penas la de la caución; pero luego, en su libro segundo, cuando señala la correspondiente a cada forma o figura de delito, sólo una vez vuelve a acordarse de ella, y aun entonces, como pena facultativa en los Tribunales (para el delito de amenaza), no como obligatoria, según acontece con todas las demás penas. Así es que apenas nunca se hace uso de ella. Cuando se discutió en el Senado la ley de condena condicional, un senador, el Sr. Tormo, propuso que la concesión de la suspensión de la condena fuera acompañada de la caución por parte del beneficiado con ella; pero la propuesta no fué bien acogida. Se trata de una institución con la que no estamos familiarizados, y la cual, en nuestro habitual liberalismo de tipo francés, nos parece incompatible con los fueros de la personalidad individual.

En cambio, se da la paradoja—aquí lo mismo que en otra multitud de materias—de que en Inglaterra, el país que se dice clásico de las libertades, el empleo de la *recognizance* es, desde hace muchos siglos, frecuentísimo, sin que se piense en suprimir la institución; antes bien, no pocas de las más recientes y de las más importantes leyes penales la admiten y se refieren a ella de nuevo. Y eso que la *recognizance*—conviene advertirlo,—aun cuando se presta ante los jueces y Tribunales, no es una pena propiamente, sino una medida de precaución, y por lo tanto, de índole en realidad administrativa, y las facultades para exigirla son muy amplias, discrecionales y muy vagamente reguladas por la ley.

De esta singular y, a los ojos ingleses, tan útil institución nos ofrece un estudio muy completo y muy interesante el libro del Sr. Paulian, quien para formarlo (es su *tesis* de doctorado) se fué a vivir a la propia Inglaterra, con el fin de verla funcionar en su mismo terreno y dentro de su mismo ambiente. Es un libro, en lo que cabe, perfecto: claro, ordenado, bien escrito, muy documentado, sobrio y suficiente. Para conocer la *recognizance*—tan poco conocida, repito, fuera de Inglaterra, en los demás países europeos, y no hay que decir si en el nuestro,—nada tan recomendable como esta obra. En la cual hallarán los lectores, además del cuerpo de ella, en que se desenvuelve toda la doctrina tocante a la *recognizance* (cuándo y cómo se presta, sus efectos y demás), unos anexos muy útiles sobre bibliografía de la cuestión, estadísticas relativas a la aplicación de la *recognizance,* los textos (en inglés, con su traducción francesa al pie) de varias leyes que se ocupan del asunto, etc., etc.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El Año Musical, por Cecilio de Roda..... 5

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos, por Miguel de Unamuno..... 28

Los españoles en la Revolución francesa, por Miguel S. Oliver.... 53

Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud, por el Dr. D. Federico Rubio..... 75

Problemas y Lecturas, por Aníbal Latino..... 137

La América Moderna, por Vicente Gay..... 159

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 180

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 281.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MAYO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

LAS PINTURAS DEL PALACIO DUCAL

DE BERWICK Y DE ALBA

Aunque las vicisitudes del tiempo y la transformación que en España han sufrido, principalmente en el siglo último, las casas y estados de nuestra tantas veces secular aristocracia, hayan reducido en algunas y hecho desaparecer del todo en otras las riquezas artísticas que en ellas los siglos y el esplendor y grandeza de la vieja monarquía española acumularon, todavía no puede dejar de hacerse notable en el vasto mundo de la opulencia y del arte una colección escogida de doscientos sesenta y ocho cuadros, desde los primitivos al siglo XV hasta los de nuestros propios días, en los cuales hacen brillar con sus obras sus nombres, en la generalidad de autores conocidos, ciento treinta y ocho profesores entre los de mayor prestigio que acreditan por el universo las escuelas llamadas española, italiana, flamenca y holandesa, alemana y francesa. Tal es la colección que posee la casa ducal de Berwick y de Alba, cuyos ilustres titulares, recogiendo el más hermoso legado de su insigne madre, la perpetuamente inolvidable Rosario Falcó y Osorio, Condesa de Siruela, Duquesa de Alba, han hecho dar a la estampa el *Catálogo*, cuya formación había encargado aquella señora al conservador de estas joyas en su palacio de Liria, D. Angel María de Barcia, que entonces desempeñaba

en nuestra Biblioteca Nacional el empleo de jefe de su sección de Bellas Artes.

Un solo cuadro, casi moderno, de esta colección, después de hecho el doble estudio crítico técnico y descriptivo del señor Barcia, y el de ilustración documental en los archivos de la casa por la misma excelsa Duquesa, con el auxilio de su diligente archivero el Sr. Paz y Melia, había sido causa de que este *Catálogo*, completamente concluído y dispuesto para la imprenta mucho antes que la noble dama, con general sentimiento diera prematuramente al destino el tributo de una vida tan provechosamente ocupada por ella, quedara sin imprimir. Desde que el pintor francés, de sangre española, Carlos Iriarte, puso en duda que hubiese salido del pincel de Goya, el cuadro señalado en el *Catálogo*, entonces en proyecto y ya impreso (1), con el núm. 53 de orden, y que representa a la VI Condesa del Montijo, la pupila de su tío y tutor el Cardenal Conde de Teba, arzobispo de Toledo, D.ª María Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga, en grupo artístico con su sus cuatro preciosas hijas D.ª Ramona, que fue por su matrimonio Condesa de Contamina y de Parsent; D.ª María Tomasa, Marquesa de Villafranca y Duquesa de Medinasidonia; D.ª María Gabriela, Marquesa de Lazán, y D.ª María Benita de los Dolores, Condesa de Villamonte y después Marquesa de Bélgida, dividióse el parecer de los técnicos entre los que creían que el cuadro se había pintado por un artista francés, y entre los que perseveraban en la tradición que en la casa y familia se conservaba, de que su autor había sido, en efecto, D. Francisco de Goya. De esta última opinión era la Emperatriz Eugenia, la cual

(1) *Catálogo* | *de la* | *Colección* | *de* | *pinturas* | *del Excmo. Sr. Duque* | *de Berwick y de Alba* | *por* | ANGEL M. DE BARCIA | *Jefe de la sección de Bellas Artes* | *de la Biblioteca Nacional.*—(Escudo ducal de Berwick y de Alba.)—MCMXI.—Col.—Se acabó de imprimir esta obra en el Establecimiento tipográfico de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, el XXX de Septiembre de MCMXI.—Folio XVI.—278 páginas y el colofón sin foliar.

había oído cien veces en su hogar de Madrid, a su tía la señora la Marquesa de Bélgida, una de las retratadas en este lienzo, que era de Goya, lo que le constaba de una manera tan indubitable, cuanto que había estado presente, como era natural, a su ejecución. Y aunque un testimonio de esta naturaleza entraba en la graduación de lo incontrovertible, ¡cualquiera convence a un artista que ha dado una opinión solemne sobre una obra que ha visto, de que ha padecido error! Si Iriarte se aferraba a su juicio, con más empeño se aferraban a su opinión los que en nuestro país acostumbran verlo todo por el lado adverso, y mañana sostendrán que el cuadro de *Las lanzas,* que custodia nuestro Museo del Prado, no es el original de Velázquez, sino una copia, o cuando más una repetición del verdaderamente auténtico que hayan visto en cualquiera de los Museos de Europa, y sobre todo en los de París, donde se tiene la mayor habilidad y destreza para presentar teatralmente las cosas falsas de manera que todo el que las ve se persuada, que ellas son las únicas verdaderas y auténticas. Los ilustres Madrazo, D. José, D. Federico y D. Pedro, fueron los padres de esta escuela de desestimación de las joyas artísticas propias que España posee; pues siendo el fondo de su educación esencialmente francesa, eran en este punto más franceses que españoles. En esta controversia, la Duquesa Rosario se amilanó, y el Catálogo quedó en suspenso, hasta que su bizarro hijo y sucesor en la jefatura de la casa y en las exquisitas delectaciones literarias y artísticas de tan gran cuadro, se resolvió a darle al público.

No ha sufrido la colección artística del palacio de Liria las ruinosas disipaciones que totalmente han extinguido, y extinguen sin cesar, las de otras casas grandes, cuyo ejemplo más desolador lo ofrecieron las de Sessa y Osuna y el Infantado; pero tal como ha llegado a los tiempos modernos, fácil es comprender que aun con ser tan numerosa y selecta, mal puede representar lo que debió aglomerar en ella la incorporación de tantos opulentos Estados como la enriquecieron fundiendo con

los suyos sus blasones, sobre todo si se considera lo que fue desde principios del siglo XVI la casa matriz o troncal de Alba de Tormes, y lo que fueron las de Olivares, Peñaranda, Carpio, Algaba, Fuentes de Valdeopero, Gelves, Lemos, Lerín, Monterrey, Villanueva del Fresno, Osorno, Miranda, Berwick y Montijo, todas las cuales, al entroncar con la de Alba, hicieron homenaje de herencia a ésta de las colecciones respectivas que poseyeran, decantadas algunas en libros tan inmortales como los *Diálogos de la pintura*, de Vicente Carducho. Los que en otra clase de estudios hemos manejado ahincadamente las memorias históricas, la correspondencia militar y diplomática y hasta la de familia de los Duques de Alba, que desde el tercero de este título que bajo Carlos V y Felipe II mereció el título de grande, que con su nombre, su cultura y su espada llenaron casi entero todo el siglo XVI, y que con su prestigio dejó vinculado en todos sus sucesores, durante los siglos XVII y XVIII, una supremacía efectiva de influencia y poder en el curso de la política y de la historia de la monarquía de los Austrias y Borbones, no podemos dejar de lamentar el destino que hayan tenido las interesantes adquisiciones de obras artísticas de que en todos aquellos documentos a la continua se habla, a la par que se consigna la estrechez de relaciones que el gran Duque don Fernando mantuvo personalmente con el Tiziano en Italia y con los más insignes profesores y maestros del arte pictórico en Alemania, en los Países Bajos y en Holanda. Verdad que muchos de los encargos que con estos grandes maestros sostuvo, unos fueron para satisfacer la codicia artística de sus Soberanos, y otros con aplicación a las iglesias de su particular patronato en sus estados señoriales; pero aun así y todo, la tradición que dejó de lo que para sí reservaba, basta para formar la razonable idea de que la opulencia de las colecciones artísticas que atesoró fueron espléndidamente correspondientes a la de los demás objetos que decoraban su residencia de Alba de Tormes y todas las de su extenso patrimonio. Qué hizo el tiempo de estas riquezas, aún se ignora. Lo que se sabe, y el

Catálogo recientemente publicado acredita, es que hasta su cuadro-príncipe de familia, el del primer Conde de Alba, señor de Valdecorneja y de Salvatierra, D. Fernando Alvarez de Toledo y Sarmiento, de quien Hernando del Pulgar, en sus *Claros varones de España*, hace relación histórica tan interesante, no procede de los fondos antiguos de la casa, sino de la compra que de este cuadro hizo el Duque D. Carlos María Stuart y Portocarrero, padre del actual, en la almoneda que se efectuó de las colecciones que dejó a su muerte D. Valentín Carderera, que lo había descrito en su *Catálogo* particular, impreso en 1877.

El ya mencionado Vincencio Carducho, en el VIII de sus *Diálogos de la pintura*, extrema el valor y la importancia de las colecciones que a mitad del siglo XVII poseían, entre otras casas incorporadas por entronques a la de Alba, las de los Condes de Lemos y de Monterrey y del Marqués de Villanueva del Fresno. En el folio 159 dice textualmente: «El Conde de Monterrey, ¿qué no hace por ver y allegar cosas originales?» Aquí también describe al de Lemos, «tan benigno y tan amante de las buenas pinturas»; y al folio 150 y 151 relata primero la visita que, llegando a Madrid, hizo a la casa de D. Antonio Moscoso, Marqués de Villanueva del Fresno, en que no tuvo menos que admirar que en los del Almirante de Castilla, el Marqués de Leganés, el Conde de Benavente, el Príncipe de Squilache y el Marqués de la Torre, con las que compiten en la grandeza y singularidad de sus muchas pinturas, así como en la compostura y aseo con que tenía repartida tan grande copia y de tan grande estimación. La colección del Conde de Monterrey no la vió entonces; pero de ella dice: «No fuí a ver las pinturas del Conde de Monterrey, porque no se halló la persona que tenía la llave, y, aunque las he visto muchas veces, lo sentí. Muestra muy bien S. E. la grandeza de su casa y el poder de su grandeza en tener *tantos originales* y aquellos grandes dibujos de *Los nadadores,* de lápiz colorado, de mano de Miguel Angel, a quien Italia venera el nombre, y *solicita-*

ra estos dibujos por grande suma de oro, a no los poseer tan grande Príncipe.»

Si en la casa de Alba se reunieron todas estas colecciones, aumentando considerablemente la primitiva propia, no se sabe. Las investigaciones documentarias de la Duquesa Rosario Falcó, no pasaron más allá de lo que concernía a las existencias que ella encontró, y a estos mismos datos estrictamente se ciñe en el *Prólogo* que precede a la descripción de los cuadros de la colección actual, el Sr. Barcia; de modo que, por sus procedencias, en lo que constituye el fondo del *Catálogo* publicado, nada se registra anterior a los treinta y dos lienzos escogidos que, a principios del siglo último, por la transacción hecha entre la casa de Berwick y de Liria con los herederos de la XIII Duquesa de Alba, D.ª María Teresa Cayetana de Silva, entregaron éstos como de las antiguas pertenencias de Alba, Olivares y el Carpio.

El autor del *Catálogo* pone más empeño en sostener la supremacía de la casa de Berwick y de Liria, sobre todas las anteriormente unidas a la de Alba, haciendo seguir en importancia a la línea que procede de la Reina de Escocia, María Estuardo, la posterior de Montijo, que ennoblece la figura, aún felizmente viva, de la Emperatriz Eugenia, cuyas donaciones importantes, así a su cuñado, el Duque D. Jacobo, como a sus sobrinos, los Duques D. Carlos y D. Jacobo II, imprimen un valor superlativo a esta interesante parte de la colección. A pesar de todo, para los que vivimos apasionadamente apegados a la más pura tradición nacional, el fondo fundamental de cuanto con esta Casa se relaciona, la constituye siempre la rica vena del gran Duque de Alba, D. Fernando, cuya grandeza a ninguna otra humana en nada cede, aunque no le adornaron nunca insignias soberanas. La raíz de los Alvarez de Toledo, desde los tiempos de Carlos V, tendió siempre a absorber en sí las más espléndidas soberanías de Europa. El abolengo real de su abuelo, emparentado con la Casa Real de Aragón, en la augusta madre de D. Fernando V, llamado

el Católico, en el más próximo de sus deudos, el Marqués de Villafranca, hermano del gran Duque, durante su largo gobierno de Nápoles, equivalente a un largo reinado, emparentó ya con los Médicis, con cuyos nietos circuló su sangre con la Real de casi todas las Coronas del continente, y su mezcla, más tarde, con la de los Estuardos de Escocia y con la de los Sobieski de Polonia, no era más que como el cumplimiento de una predestinación providencial, cuyo supremo remate había de cerrar la augusta señora que, al compartir en el Imperio francés el cetro del tercero de los Bonaparte, contribuyó a dar a aquella imperial corona los fulgores más esplendentes que Francia, en su dilatada historia, había tenido desde los tiempos legendarios de Carlomagno y los tiempos sublimemente románticos del primer Napoleón.

Pocos o muchos en número los cuadros de la colección de la Casa de Berwick y de Alba, que forman el nuevo *Catálogo*, base de toda ella serán siempre las procedencias de la Casa matriz y de las españolas refundidas en ella, que, aunque de tan varios tiempos, de tan varios maestros y de tan varias escuelas, su existencia en nuestra nación es un timbre documental más de lo que fué la grandeza de la Monarquía española en los felices tiempos en que el primer Duque de Alba conquistaba a Navarra para completar los linderos de nuestra nación, y el tercero, o ponía su espada al lado de la del Emperador Carlos V en las grandes batallas que éste riñó en las orillas del Albis, en las puertas de Roma y en las riberas del Africa, o extremaba sus gobiernos bajo Felipe II en Italia y los Países Bajos, y contribuía a la conquista de Portugal.

Tal como se nos presenta el *Catálogo* del Sr. Barcia, esta base se destruye por la preferencia dada a los fondos artísticos de la Casa de Berwick y de Liria; a ellos se subordinan los de las demás procedencias, bien que en realidad de verdad, a éstas y a aquéllos se sobreponían los constituídos por las adquisiciones, hechas generalmente en los mercados de Florencia y Nápoles, entre los años 1814 a 1820, por el Duque D. Carlos

Miguel Fitz-James Stuart y Silva, primero en quien se juntaron los títulos de Berwick y de Alba, y entre cuyos preclaros timbres sobresalió un amor exaltado hacia las Bellas Artes, que le hizo concebir y halagar el proyecto de formar en Madrid una galería particular, pero pública, a imitación de las que había visto en sus viajes en diversas capitales de Italia, a fin de que su estudio pudiese ser utilizado por los artistas y aficionados de España, con cuyo auxilio podría erigirse en una verdadera escuela de insignes maestros, sin necesidad de someterse a la educación extranjera que se adquiría por los pensionados de París y de Roma. De los 268 cuadros descritos en el *Catálogo* del Sr. Barcia, resultan 115 procedentes de estas adquisiciones, sin contar las que, hechas también por el mismo Duque, de 1821 a 1828, y depositadas en poder de los banqueros Caraffa y Gneceo, de Nápoles, y Pocquet, de París, nunca llegaron a venir a España, ascendían a otros 176, entre los cuales había 15 retratos, 37 asuntos religiosos, 8 históricos, 14 mitológicos y simbólicos, 14 de género y 88 paisajes, vistas, bodegones, etc.

Es indudable que entre los ciento quince de esta procedencia que se describen en el *Catálogo*, hay muchas obras verdaderamente maestras; pero mírese el *Catálogo* meramente bajo su carácter artístico, mírese bajo el histórico y de familia, no se puede negar que la mayor importancia de los cuadros que comprende, se hallan: primero, en los treinta y dos procedentes de las antiguas Casas de Alba, Olivares y el Carpio; en segundo lugar, en los comprendidos en los *Inventarios* de D.ª Catalina Colón y Portugal, Duquesa de Veragua, mujer del Duque de Berwick y de Liria, D. Jacobo Fitz-James Stuart y Burgh, Conde de Tinmouth, con todos los demás de la Casa de Liria y, finalmente, en los de la Casa de Montijo, donde Goya, López y Winterhalter dan expresión a todo el arte moderno.

Contiene el *Catálogo*, en uno de sus *Indices* alfabéticos, el de los nombres de los autores de las obras magistrales que en él se contienen, y aunque no se ha cuidado de hacer de ellos

la división de las escuelas a que cada uno pertenece, basta pasar la vista por ellos para formar una ida de la importancia considerable de tan gran caudal de producciones maestras. Los nombres de ese *Indice* son los siguientes:

Albani (Francisco).
Alonso (T. R.).
Allori (Cristófano).
Angélico de Fiesole (Frá Giovanni).
Aparicio (D. José).
Balaca (D. Ricardo).
Barvechio (Federico).
Bassano (Jacobo).
Beerstraeten (Juan).
Bega (Cornelio).
Bellino (Juan).
Berchem (Nicolás).
Berkheyden (Job).
Both (Andrés).
Both (Juan).
Bourguignon (Jacobo Courtois).
Brakenburg (Ricardo).
Brasch (Wenceslao).
Breenbregh (Bartolomé).
Breughel (Pedro).
Breughel de Velours (Juan).
Bril (Pablo).
Bronzino (Angelo Allori).
Brown (Jhon Levis).
Caliari (Carlos).
Canaletto (Antonio Canale).
Caravaggio (Miguel Angel).
Carracci (Aníbal).
Carreño de Miranda (Juan).
Crayer (Gaspar).
Credi (Lorenzo de).
Champagne (Felipe de).
Chaplin (Carlos).
Delatour (M. Q.).
Denis (Simón Alejandro).

Dominichino (Domenico Zampieri).
Dreux (Alfredo).
Dyck (Antonio Van).
Egmont (Justo Van).
Esquivel (Antonio María).
Esteban (Enrique).
Esteban (Víctor).
Fagnani.
Furini (Francisco).
Fyt (Juan).
García Hidalgo (José).
Garofalo (Benvenuto).
Geldorp (Gortius).
Giordano (Lucas).
Giraud (Carlos).
Goya (Francisco).
Goyen (Juan Van).
Greco (Dominico Theotocopuli).
Guercino (Juan Francisco Barbieri).
Gutiérrez de la Vega (José).
Hackert (Felipe).
Haes (Carlos).
Helst (Bartolomé Van del).
Honthorst (Gerardo).
Kalraat (Abraam Van).
Kessel (Juan Van).
Key (Guillermo).
Koning (Salomón).
Lairesse (Gerardo).
Lebrún (Carlos).
Liaño (Felipe).
López Portaña (Vicente).
Madrazo (Federico).
Madrazo (Raimundo).
Maratti (Carlos).
Meel (Juan).
Mengs (Antonio Rafael).
Mignard (Pedro).
Molenaer (Juan).
Murillo (Bartolomé Esteban).
Nattier (J. Marc).

Neer (Eglon Van).
Netscher (Gaspar).
Odier.
Olivier (Miguel Bartolomé).
Orley (Juan Van).
Orrente (Pedro).
Palma (Jacobo, *el viejo*).
Palma (Jacobo, *el joven*).
Parrocel (José Ignacio).
Peruggino (Pedro Vanucci).
Pontormo (Jacobo Carrucci).
Pordenone (Juan Antonio Licinio).
Porta (Frá Bartolomeo della).
Poussin (Nicolás).
Procaccini (Hércules).
Poussino (Gaspar Dughet).
Rem ó *Remignis* (Gaspar).
Rembrandt (Pablo).
Reni (Guido).
Ribera (Carlos Luis de).
Richard.
Rodríguez de Guzmán.
Rosa (Salvatore).
Rubens (Pedro Pablo).
Ruprecht (Tini).
Ruysdael (Jacobo).
Ryckaert (David).
Sánchez Coello (Alonso).
Sanzio (Rafael).
Sarto (Andrea Vannucchi del).
Schalken (Godofredo).
Schoemberg (Alejandro).
Seghers (Daniel).
Sindici (Francisca Fitz James de).
Sirani (Isabel).
Snyders (Francisco).
Sorolla (Joaquín).
Straeten (Nicolás Van).
Tamberlick (Enrico).
Teniers (David).
Teniers (David, *junior*).

Tiziano Vecello.
Ulieger (Simón de).
Vaamonde (J.).
Vaccaro (Andres).
Vanloo (Luis)
Vanni (Juan Bautista).
Vanni da Siena (Francisco).
Vasari (Jorge).
Velázquez de Silva (Diego).
Velde (Guillermo Van der).
Venne Adriano).
Veronés (Pablo Cagliari).
Vinci (Gaudencio de).
Vinci (Leonardo de).
Vas (Pablo de).
Wildens (Juan).
Winterhalter.
Wonwermans (Felipe).
Wssel.
Wynautsz (Juan).

De tan numerosa colección, de obras maestras tan notables y de autores de tan superior prestigio, solamente se han reproducido, por medio de la estereotipia, treinta y dos lienzos. El *Indice* de estas láminas es el siguiente:

1.ª Retrato de D. Fernando Alvarez de Toledo, primer Conde de Alba, señor de Valdecorneja y de Salvatierra. Es una tabla española, de las que en el lenguaje familiar del arte se denomina *de los primitivos,* y la que, como antes se ha dicho, fue adquirida de la almoneda de la Colección Carderera, por el Duque D. Carlos María Stuart y Portocarrero. Como en muchas de estas tablas del siglo XV, el cuadro en realidad representa las imágenes del misterio de la Anunciación, y al pie, de rodillas ante un reclinatorio, aparece la figura del Conde, como en oración. Viste gabán de mangas largas, cuya caperuza le cubre la cabeza, sobre la cual campea el escudo de sus armas, así como a sus pies aparece su celada. El cuadro místico es de bastante belleza, y en todo él se refleja el ambiente

de la escuela alemana que trajo a la Península el primer espíritu de inspiración del arte moderno.

Siguen en los números 2 y 3, dos retratos del gran Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo; el uno es el de Tiziano (pág. 8) y el otro el de Gillermo Key; el primero lo tiene Barcia como de la primitiva colección de la casa ducal, y el segundo fue adquirido en el siglo pasado por el Duque D. Jacobo Stuart y Ventimiglia. A mí no me cabe duda de que éste debió también haber pertenecido al mismo Duque retratado en Flandes en 1568, y aunque el nombre del Tiziano convierte en joyas la menor de sus producciones, doy preferencia en valor artístico al de Key, sobre el de Tiziano, porque el de éste indudablemente no se pintó del natural, y el del pintor flamenco, en todos sus detalles, certifica que tuvo delante al retratado; en el cuadro del Tiziano hay dibujo y color, el color y el dibujo de un gran maestro; en el de Key hay naturaleza y carnes. Tal vez para los accesorios, Key se inspiró en el retrato del Tiziano; pero en el rostro hay más verdad en su retrato que en el del gran maestro italiano.

El cuarto de los retratos de que se ha hecho reproducción y lámina es el de la novelesca Duquesa María Teresa Cayetana de Silva, pintada por Goya en 1795, cuando la Duquesa, de quien tantas leyendas se han hecho, frisaba en los treinta y tres años. Este retrato, como si confirmara esas leyendas, lleva una inscripción puesta con tal maestría por el pincel del artista por cima del falderillo colocado a sus pies, que ni aun estando cerca se repara en ella, a pesar del gran tamaño de las letras. Esta inscripción dice: *A la Duquesa de Alba, Francisco de Goya*, 1795. El cuadro es en todo goyesco puro, y en él están vivos la mujer, la Duquesa, el pintor y la novela.

En el orden de los cuadros de familia, la quinta reproducción fototípica es la del Duque de Berwick y de Liria, D. Jacobo Fitz-James Stuart, hijo de Jacobo II de Inglaterra y de Arabela de Churchill, la hermana del Duque de Malborough. Se ignora quién pintó este hermoso retrato, que Barcia ha

incluído entre los anónimos de escuela francesa; así como atribuye a Richard el sexto en orden el II Duque de Berwick, de Liria y de Xérica, hijo del anterior, y de Honorina Burgh, Condesa viuda de Lucán, D. Jacobo Fitz-James Stuart y Burgh, Conde de Tinmauth, por cuyo matrimonio con la Duquesa de Veragua, D.ª Catalina Colón y Portugal, viuda del Conde de Villada, D. Francisco Alvarez de Toledo, la rama de la Casa Real de Inglaterra, de que todos estos Príncipes descendían, acabó de arraigar su naturaleza en España. Este hermoso retrato hace digna compañía en la colección de la casa Berwick y de Alba, en el *Catálogo* que la describe y en las reproducciones que lo adornan con el que Nattier hizo de la ya mencionada Duquesa de Veragua, doña Catalina Colón, una de las damas más hermosas y distinguidas de la corte de España, bajo los reinados de Felipe V y de Fernando VI. Nattier la retrató cuando la Duquesa tenía veinte años de edad, y las flores naturales de su bello rostro oscurecían el apiñado haz de rosas con que el espejo y el pincel adornaron la cotilla de su pecho.

Esta sección de retratos de familia que comprende los 63 primeros números del Catálogo, todavía cuenta en él con otras cuatro reproducciones: la del de la Duquesa Rosario Falcó y Osorio (núm. 36), pintado por Raimundo Madrazo; la de la Marquesa de Lazán (núm. 54), uno de los magistrales entre los más magistrales de Goya; la del Conde de Teba y del Montijo, D. Cipriano Palafóx y Portocarrero (núm. 56), del pincel de D. Vicente López y la del S. M. I. María Eugenia de Guzmán, Condesa de Teba, Marquesa de Moya, Emperatriz de los franceses, pintado en 1862 por Winterhalter. Del retrato de la Duquesa Rosario Falcó no hay más que decir sino que Raimundo Madrazo fijó para siempre en aquel rostro de tan fina y dulce belleza, todo el espíritu de su bondad característica y todo el rayo de su viva inteligencia, y en aquel cuerpo recto, cenceño, de una exquisita naturalidad, el aire de distinción y elegancia que completa una figura de las de mayor re-

lieve de la corte de la Reina María Cristina de Austria. Esta señora augusta la llamaba su amiga, y su tía, la Emperatriz Eugenia, su hermana. Los españoles no sabemos hacer interesante la historia: en otras lenguas se habrían escrito libros primorosos acerca de esta trinidad deslumbradora. Del retrato de María Gabriela Palafox y Portocarrero, la Marquesa de Lazán, nada nuevo se puede decir: el arte lo admira como una de las más puras producciones del genio artístico de Goya, del cual, si de su pincel no hubieran salido tantas obras colosales, este retrato sería el número primero de su gran numen. No se le da tal número, porque en la obra gigante de Goya hay muchos primeros. López pintó el retrato de D. Cipriano Palafox y Portocarrero López de Zúñiga y Guzmán, Conde de Teba y del Montijo, padre de la Emperatriz Eugenia y de la Duquesa de Alba Francisca de Sales, y López era también de los dioses mayores de nuestro Olimpo artístico. En efecto, el retrato del Conde del Montijo es digno del prestigio de su pincel. Por último, viene en este grupo el elegante pintor alemán, retratista de todos los grandes soberanos de Europa, a mediados del siglo XIX, Winterhalter. Barcia dice que este retrato de la Emperatriz Eugenia de Guzmán es «una de las obras más importantes de su autor, y acabado modelo del gusto artístico de la época». Es, indudablemente, bastante; pero á mí me queda algo más que decir. En este retrato se respira todo el ambiente del Imperio de Napoleón III, al que la Emperatriz Eugenia, tan española siempre, imprimió el alto tono social. Jamás la corte de Francia ni bajo la monarquía galante de Enrique IV, ni bajo la elegantemente viciosa de Luis XIV, ni bajo los sueños primeros de María Antonieta en el Trianón, ha tenido el sello de suprema y honesta distinción que Eugenia de Guzmán impuso a la del segundo Imperio. Esta distinción honesta y suprema es la que resalta del retrato de la Emperatriz hecho por Winterhalter, y regalado por esta augusta señora a su cuñado el Duque de Alba, Jacobo Stuart y Ventimiglia. Este retrato de la Emperatriz puede decirse que es

el retrato de su Imperio. En este grupo de familia cabían también, en el *Catálogo* de Barcia, el grupo de los *Estuardos,* aunque encabezados con el de la Reina mártir de Escocia, María, y los reyes Carlos II y Jacobo II de Inglaterra, regalos del Cardenal Duque de York a la casa española de Berwick y de Liria. Todos estos Príncipes pertenecen, en efecto, a los augustos ascendientes de la casa actual de Berwick y de Alba. De este grupo no se ha reproducido en el Catálogo más que el *Caballero de San Jorge,* Jacobo Eduardo Stuart, hijo de Jacobo II de Inglaterra y de María de Módena. El cuadro es anónimo y de escuela francesa.

A continuación entran las escuelas pictóricas, comenzando, como es natural, por la española. Tres únicas reproducciones fototípicas se hacen de los diez y ocho cuadros que de ella se describen, sin contar los que en los grupos anteriores constan como retratos de familia: un *Crucifijo,* del Greco (núm. 84); el retrato de *D. Gabriel Esteban Murillo,* pintado por su padre Bartolomé (núm. 88), y el de la *Infantita Doña Margarita María,* hija de Felipe IV y de la Reina Doña Mariana de Austria, de unos cuatro años de edad, pintado en 1655 por Diego Velázquez de Silva. En este grupo hay además un retrato de *Santa Teresa de Jesús,* de Juan Carreño de Miranda; otro de la *Emperatriz María Teresa,* Reina de Hungría y de Bohemia, de Goya; otro de la Reina *Doña Isabel de Borbón,* primera esposa de Felipe IV, de Felipe Liaño, y otro de *Don Juan de Austria,* el de Lepanto, de pincel anónimo. Los nombres de los autores que estos cuadros y los demás que no se citan llevan, son un certificado vivo de su mérito.

De las sesenta y cuatro pinturas de escuela italiana que en este grupo del *Catálogo* se describen, se reproducen: la *Virgen de la Granada,* de Frá Giovanni Angelico da Fiesole (núm. 97), de una belleza extraordinaria; *La Anunciación,* de Federico Baroccio de Urbino (98), cuadro de una intensidad mística tan profunda en la parte en que aparece el arcángel Gabriel, como de un realismo por todo extremo sugestivo en la figura de la

Virgen María; el *Puente de Westminster*, en Londres, de Antonio Canale, llamado *El Canaleto* (núm. 105); *La Virgen contemplando a Jesús dormido*, de Lorenzo de Credi (núm. 109), una de las tablas mas hermosas que en los confines de los siglos XV y XVI produjo la antigua escuela de Umbría, recordando la elegante distinción de Leonardo de Vinci; un *Salvador, San Francisco y San Roque,* de Palma el viejo (núm. 120), y una *Natividad*, de Pedro Vanucci, *el Perugino* (núm. 122), que bastan por sí solos para el crédito de tan altos nombres; el autorretrato de Jacobo Carrucci, *el Pontormo* (núm. 123), que en esta obra parece puso todo el muestrario de sus facultades inmensas, en dibujo, en color, en expresión y en frescura; un retrato de personaje desconocido, de Rafael de Urbino (número 133), que en algún tiempo hizo honor a las colecciones del Conde Duque de Olivares y después a las de su sobrino el Marqués del Carpio, como ahora lo hace a la casa de Alba. De este retrato se ocupó Passavant, en su *Catálogo de las obras de Rafael*; mas la primera noticia que de él tuvo se la comunicó desde Dresde el inteligente crítico y maestro Ludwig Zœliner, que lo había admirado en la casa donde forma parte de su hermosa colección. Sigue, y cierra el grupo, el retrato de *Blanca Capello, gran Duquesa de Toscana,* de Pablo Cagliari, conocido por Pablo Veronés (núm. 148); sin que falten en colección tan escogida obras de Juan Bellino, Tiziano Vecellio, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, el Garofalo, el Bronzino, Miguel Angel, Bassano, Jorge Vasari, el Dominichino, el Guercino, Lucas Giordano y otros maestros, honor de Italia.

Las escuelas flamenca y holandesa no podían dejar de estar abundante y superiormente representadas en una colección que tiene por base fundamental la casa ducal de Alba. Setenta y dos cuadros se describen en esta sección del *Catálogo* del señor Barcia; mas sólo se reproducen:

1.° *La vanidad mundana,* de Breughel de Velours (número 175).

2.° *La Betsabé,* de Van-Dyck (núm. 181).

3.° Retrato de un niño desconocido, de Van-Dyck también (número 182.) De este retrato me propongo hallar la identificación, por difícil que esto parezca, por la conexión de su procedencia con la de nuestra situacion en los Países Bajos en el tiempo en que este lienzo se pintó, es decir, en 1635.

4.° *El Descendimiento*, de Rembrandt (núm. 204).

5.° Un *paisaje,* de Rembrandt también (núm. 205).

6.° *La vuelta del mercado*, de Rubens (núm. 207).

7.° *Otro paisaje*, de Jacobo Ruysdael (núm. 210).

Por último, de la escuela francesa, de que se describen cuarenta cuadros, no se reproducen más que los retratos de familia de la primera sección, y de los once de escuela alemana el autorretrato de *Antonio Rafael Mengs*, del que Barcia dice que «puede figurar entre las mejores obras del autor».

La colección de pinturas de la casa ducal de Berwick y de Alba, que queda a grandes rasgos reseñada, merecía la atención que supo dispensarla la última Duquesa Rosario Falcó y Osorio, digna de que a su tiempo y a sus manos hubiesen llegado todas las riquezas documentarias y artísticas que en el discurso de los siglos XVI al VXIII aglomeraron en ella tanta fusión de Estados y de familias. Menoscabadas por la acción del tiempo, por las divisiones testamentarias y aun por otras disipaciones, aquella ilustre dama, de inolvidable recuerdo, tuvo valor y perseverancia para recoger los despojos de lo que quedaba, y restituirlo todo a su antiguo y debido esplendor. Prueba de ello fueron los preciosos libros que la ciencia histórica ha recogido con imponderable estimación, avalorados por la autoridad de su nombre. La muerte prematuramente la sorprendió en medio del fervor de sus laudables empresas. La de la enumeración, clasificación y descripción del tesoro pictórico, que ella también había contribuído a aumentar, principalmente con las espléndidas donaciones que recibió de las augustas manos de la Emperatriz Eugenia, y de las colecciones no menos estimables de la casa condal del Montijo, quedó en el telar para que la completara y diera á luz, estimulado tanto por el amor

profesado a tan gran madre, como por idéntico impulso de una cultura cimentada en las propias aficiones que también sacó en herencia del regazo materno su ilustre hijo el titular heráldico de su casa y estados; y, en efecto, la publicación del *Catálogo* confiado al Sr. Barcia constituye la realización plausible de proyectos tan magnánimos. No entra este *Catálogo* en pugna, en su parte material, aunque tan esmeradamente desempeñada, con los que ostentan los timbres de las Casas Reales e Imperiales de Alemania, Inglaterra y Austria, y aun hay que reconocer que aun existen algunos de colecciones particulares, en las que se ha llegado a un lujo abrumador. Pero en la parte crítica y técnica encomendada al Sr. Barcia, el *Catálogo* de la casa de Berwick y de Alba no teme ninguna competencia, y de todas maneras el esfuerzo empleado por el Duque D. Jacobo Stuart y Falcó para imprimirle el sello de su personal esplendidez, se hace digno de todo elogio, sobre todo siendo la primera producción de este género e importancia que se hace en España. El solo anuncio de que S. M. el Rey D. Alfonso XIII, a semejanza del Duque de Alba, ya resueltamente ha decidido acometer empresa igual con las colecciones numerosas de todos sus Palacios y Sitios Reales, y de que para realizarla ha elegido al Sr. Barcia para confiarle su estudio, selección y descripción, puede considerarse como el primer franco triunfo de la publicación de este *Catálogo*. Pero no es solamente S. M. el Rey Don Alfonso el que hará una gran obra de cultura nacional, llevando a cabo el pensamiento que ha concebido. Aunque con dolor y con pena, y hasta casi produciendo una verdadera vergüenza nacional, es innumerable la exportación diaria que se hace a los mercados del extranjero de las riquezas artísticas que aún atesoran algunas de nuestras casas nobles y grandes, instituciones monásticas y toda clase de patronatos; todavía existen magnates de viejo abolengo, que, como el Duque de Medinaceli, guarda las suyas intangibles e impecables. El *Catálogo* de la casa de Berwick y de Alba será prolífico y fructuoso para el honor de la nación y la vulgarización de la cul-

tura patria, pues puede contribuir a contener esta deserción. Este *Catálogo*, que también por este concepto merece universales elogios, será la semilla fecunda de otros *Catálogos* semejantes, y tal vez el muro de contención a las vergonzosas disipasiones de que he hablado. Con esto, y sin esto, el Duque de Berwick y de Alba debe, con justicia, estar enorgullecido de su obra.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
Secretario general de la Junta de Iconografía Nacional.

BUENOS AIRES CAPITAL Y MUNICIPIO

I

EL RÉGIMEN MUNICIPAL ARGENTINO

El gran centro urbano formado por Buenos Aires, constituye, desde el punto de vista político, funcional, una Municipalidad (1). La historia de Buenos Aires como ciudad, es decir, como núcleo de cultura y de actividad, se confunde con el proceso de la nacionalidad argentina y con la evolución constitucional de la República: de un lado, por ser la Provincia de Buenos Aires una gran fuerza política, representativa de ideales y aspiraciones en pugna con las de otras Provincias; de otro, por los rozamientos y dificultades que tenía que suponer la posición de la ciudad, a la vez cabeza de una Provincia y capital de un Estado trabajado por tantas corrientes encontradas.

La vida y el régimen municipal de la Argentina, en el respecto público, debe hallarse en un período de crisis. Al decir del Sr. P. Torello, no hay verdaderos municipios. «Inútil es, escribe, que el art. 5.° de la Constitución nacional establezca el régimen municipal, como uno de los principios que las Constituciones de Provincia deben consagrar para asegurarse

(1) V. Sáenz Valiente: *Régimen municipal de la ciudad de Buenos Aires. Su organización y funcionamiento desde 1810.* Un vol. 1911.

el goce de sus instituciones, bajo la garantía del Gobierno de la nación (1), desde que el ejemplo demoledor viene de arriba.... De descenso en descenso, la institución municipal, que por tradición histórica y como organismo primario de todo régimen gubernamental, bajo todos los sistemas conocidos, por las funciones que tiende a llenar en la vida social, es, y debe ser, una entidad pura y exclusivamente administrativa, se convierta en un resorte de política, tanto más dañoso a la sociedad, cuanto más irresponsable y subalterno es el agente a quien se entrega para su manejo sin control... Así puede afirmarse, sin incurrir en un exceso de pesimismo, que el régimen municipal de la Constitución nacional no existe en la República, porque no puede decirse tal esas corporaciones híbridas...» (2).

No puedo juzgar de la exactitud del juicio copiado. Hasta donde me es posible apreciar las condiciones reales de la vida municipal, estimo que ella surge allí, y persistirá, como una demanda impuesta por las necesidades modernas que implican la formación de los grandes centros urbanos, aunque no ayude siempre la fuerza de una tradición, salvo en los casos de ciudades de historia. Y en esta no será excepcional el empuje, primero porque falta la acción de continuidad en la tradición, y luego porque la evolución institucional de la República, en el siglo de independencia, no ha favorecido la intensificación política de los núcleos urbanos y de las Municipalidades fuertes.

---

(1) El art. 5.° de la Constitución argentina dispone que «cada Provincia confederada dictará para sí una Constitución bajo el sistema republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución nacional, y que asegure la administración de justicia, su *régimen municipal* y *la educación primaria gratuita*».

(2) Torello: *El régimen municipal de la Constitución* en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*. Diciembre 1910, pág. 336.

II

LOS ANTIGUOS CABILDOS

Por de pronto, la época colonial no ha legado una tradición inmediata fuerte de *selfgovernment* local. Los antiguos cabildos eran quizá, como afirman López y Montes de Oca, verdaderas representaciones municipales vivas, con funciones claramente edilicias y cierta autonomía que se pierde—como en España—con la aplicación del régimen absoluto y de intervención, especialmente después de la erección del Virreynato del Río de la Plata en 1776; la Real ordenanza de Intendentes de Enero de 1782, establece la junta municipal compuesta del Alcalde y dos corregidores y el procurador, que asumen la administracción de los municipios.

Esto no obstante, el gran Alberdi veía en ellos, o mejor, en las instituciones municipales del antiguo régimen español americano, «la raíz principal de la organización democrática argentina. Antes de la proclamación de la República, dice, la soberanía del pueblo existía en Sud-America, como hecho y como principio en el sistema municipal que nos habría dado España. El pueblo interviene entonces más que hoy en la administración pública de los negocios civiles y económicos... Los cabildos de las municipalidades, representación elegida por el pueblo, eran la autoridad que administraba en su nombre, sin ingerencia del poder» (1).

La Revolución, que se inició en el cabildo de Buenos Aires en Mayo de 1810, no levanta los cabildos. «De un antiguo cabildo español, escribió Alberdi, había salido a luz, el 25 de Mayo de 1810, el gobierno republicano de la Argentina; pero

(1) Alberdi: *Organización política y económica de la Confederación Argentina* en los *Elementos del Derecho público provincial argentino*· Edic. de 1856, páginas 261-262.

a los pocos años este gobierno devoró al autor de su existencia. El parricidio fué castigado con la pena del talión, pues la libertad republicana pereció a manos del despotismo político, restaurado sin el contrapeso que antes oponía la libertad municipal» (1). Lo cierto es que todo el gobierno local lo ejercen la Junta provisional gubernativa, o el triunvirato o el directorio (2). La Junta se ocupa con el aseo, higiene y estética de la ciudad, así como con la seguridad y comodidad de los vecinos. Rivadavia suprime, por fin, aquellas instituciones genuinamente concejiles, en el decreto de 24 de Mayo de 1821; verdad es que pensaba en dictar una *reglamentación general de Municipalidades;* pero no se realizó el pensamiento (3); «desde 1822 has- 1852, sucede un verdadero eclipse en materia comunal»; es el período de la tiranía de Rosas.

---

(1) Alberdi. Ob. cit., pág. 262.

(2) V. Quiros y Emiliano: *Derecho administrativo.* II, p. 409 y sig.

(3) «Por una ley de Buenos Aires, de 24 de Mayo de 1821, fueron suprimidos los cabildos, entregada la justicia ordinaria que ellos ejercían a jueces letrados de primera instancia y a jueces de paz; toda la policía a un jefe y catorce comisarios, con atribuciones designadas por el gobernador, y elegibles por él todos los subrogantes del cabildo antes elegido por el pueblo. Esa ley de Rivadavia ha sido el brazo derecho de Rosas.» (Alberdi: Ob. cit., pág. 265, nota.)

«Destruída por las reformas legislativas de 1821, en Buenos Aires, la secular institución de los cabildos coloniales, que tan fecundos gérmenes de libertad sembraron en nuestro suelo, la nación perdió su tradición municipal. En el largo intervalo entre la segregación de las provincias y la Constitución de 1853, los cabildos fueron convirtiéndose, de *Salas* capitulares, en *Salas* legislativas, y después en *Legislaturas*, para que se realizase el propósito político de la reforma. Pero al ser suprimidas aquellas libres y vigorosas corporaciones, no fueron remplazadas por las que debían ejercer el poder municipal inherente a los hábitos del pueblo y a los nuevos principios de gobierno republicano representativo.» (González: *Manual de la Constitución Argentina*; Buenos Aires, 1897, pág. 717.)

III

ALBERDI Y SARMIENTO

Con la caída de la tiranía, resurge en el plano consiguiente de la reforma política, el grave problema del régimen municipal. El 2 de Octubre de 1852 ya se establece la Municipalidad de Buenos Aires. Son, en verdad, curiosas las ideas defendidas por Alberdi sobre la restauración de los municipios argentinos. «La historia, decía, nos enseña que en la organización local tiene principio el remedio de los males de un estado de cosas como el que aflige á los pueblos argentinos.» Y recuerda palabras muy oportunas de Echevarría: «La cuestión capital, decía éste, en punto a organización, era y es hallar un modo de institución que hiciese poco a poco apta la sociedad argentina para el régimen democrático... Esta institución debía ser educatriz como una escuela, conservadora y protectora como una autoridad social.»—«Ahora bien, ¿cuál es la institución única que en la Historia y en la práctica de las sociedades modernas llena de un modo más completo estas condiciones?—*La institución municipal:* ella debió ser el principio, la base *sine qua non* de la organización de la sociedad argentina» (1). El espíritu de Tocqueville influía enormemente en las ideas de Alberdi. «¿Tiene (pregunta más adelante Alberdi) Buenos Aires hoy día un cuerpo administrativo comparable al Cabildo que dió a luz el Gobierno de Mayo de 1810? ¿Pondríais a su lado la policía militar que le reemplazó desde 1821?» (2) Y Alberdi razona la necesidad de resucitar por la ley la libertad municipal: al menos debía iniciarse esa resurrección legislativamente. «La organización local, más realizable y fácil, prenderá más pronto que la organización general, que se apoya regularmente en

(1) Alberdi: Ob. cit., págs. 263 y sigs.
(2) Ob. cit., págs. 263-264.

aquélla. *La patria local, la patria del Municipio, del departamento, del partido,* será el punto de arranque y de apoyo de la gran patria argentina.» Y hace Alberdi el bosquejo de lo que debía ser un gobierno municipal. «Las Constituciones provinciales, escribe, deben poner en manos del vecindario, reunido y representado en los Cabildos de su elección, como sucedía antiguamente: 1.°, la Administración de justicia civil y criminal de primera instancia; 2.°, la policía de orden, de seguridad, de limpieza, de ornato; 3.°, la instrucción primaria de los niños del partido o vecindario; 4.°, los caminos y puentes, las calles y veredas; 5.°, la inmigración; 6.°, las rentas, los fondos, los medios de crédito y de todo género» (1). Casi todas las consideraciones que hace Alberdi en sus *Elementos* son admirable reflejo de la cultura política de entonces, y obra de político que quiere ver el problema de su pueblo en toda su complejidad constitucional y administrativa. Alberdi es el de la fórmula «Gobernar es poblar», y advertía certeramente la importancia que para la acción de la conquista del suelo por las gentes tendría la organización vigorosa de las Municipalidades—como en nuestra Edad Media;—y consecuente con su idea, decía que «las Constituciones locales debían conceder asiento en las Municipalidades a los extranjeros avecindados en su distrito, aunque no sean ciudadanos» (2).

Sarmiento veía el problema de otra manera. «Cuando las Provincias Unidas desconocieron toda autoridad central, se lee en sus *Comentarios de la Constitución*, Buenos Aires introdujo en sus instituciones el sistema representativo; y no habiendo en la Provincia otra Municipalidad que la de Buenos Aires, la Junta de representantes era un duplicado de esa misma Municipalidad con mayores atribuciones» (3). No admitía

(1) Alberdi: Ob. cit., págs. 266-268.

(2) Ob. cit., págs. 267-270. Comp. en los *Elementos,* del propio Alberdi, cap. IV, § VII, y el cap. VI del *Proyecto de Constitución para la Provincia de Mendoza* (pág. 356).

(3) *Obras de D. F. Sarmiento*: VIII. *Comentarios de la Constitución* (edic. 1895), pág. 246.

el paralelo con los Estados Unidos, porque allí la Legislatura provincial (de Estado), la Municipalidad—de Boston, de Nueva York...—tienen funciones distintas. «En las provincias argentinas no sucede así. Una Legislatura es una Municipalidad legislando, y no le da otro carácter la Constitución que examinamos. Si, pues, se restableciesen las antiguas Municipalidades con sus atribuciones, prerrogativas y restricciones según las leyes españolas, sería preciso suprimir la Legislatura, que hace doble juego en algunos puntos, y cuya presencia no sospechó la legislación española» (1).

El punto de vista de Sarmiento quiere explicar, de una manera realista, la dificultad de la creación y del funcionamiento de una Municipalidad en Buenos Aires como organismo distinto de su Estado, mientras la expansión territorial de la población y la formación política del Estado Nacional no ofreciesen los elementos positivos de una distinción entre *lo municipal, lo provincial y lo federal.*

IV

EL PROBLEMA DE LA CAPITALIDAD

El 2 de Setiembre de 1852, decíamos, se establece la *Municipalidad de Buenos Aires.* El decreto revela cierta idea de lo que debe ser una Municipalidad, como asociación de familias unidas por intereses, bienes y derechos, asociación con personalidad; propéndese en la organización de la Corporación municipal á la base popular. Pero el intento de Urquiza no se consolidó. El problema municipal perseguía, sin embargo, con cierto apremio a los hombres políticos del Plata. Cuando Buenos Aires se constituye en Estado independiente, dicta su ley Municipal de 11 de Octubre de 1854.

Pero no me propongo seguir paso a paso la historia de este

(1) Sarmiento: Idem, pág. 247.

régimen en la República Argentina (1); para mi objeto importa sólo fijar cómo se efectúa la última transformación política de Buenos Aires. Viene ella, según ya dije, impuesta por razones políticas e históricas, que pueden sintetizarse en el problema de la capitalidad nacional, para un Estado compuesto de elementos heterogéneos y trabajado por rivalidades internas.

Es bien sabido cuán grande importancia alcanza la cuestión de la capitalidad en los Estados, sobre todo, en los de formación federal, ó bien en aquellos en que es preciso armonizar intereses opuestos que entrañan rivalidades proyectadas en la estructura geográfica del país; una oposición del campo y la ciudad, como ha ocurrido en la Argentina. El celo natural por una autonomía reservada a los Estados, determinó en la América del Norte la fórmula de una capital nueva, federalizada en el distrito de Columbia, con su ciudad Wáshington.

En la Argentina, aunque, según el Dr. González afirma, «la capital es un resultado histórico que ha vencido a todos los propósitos legislativos en contrario» (2), como el propio escritor recuerda, no se llegó a vencer en victoria definitiva sino después de larga lucha. «Buenos Aires fué la capital del Virreynato, y después la de todos los gobiernos patrios, con raras e

(1) Una idea general de los caracteres actuales de los Municipios argentinos puede verse en el *Manual* del Dr. González, antes citado. Según este ilustre tratadista, «los Municipios, bajo el derecho constitucional y común, tienen una doble personalidad: pública, como «gobiernos» o «poderes» dotados de parte de la soberanía popular para el régimen de la localidad; y privada, en cuanto á los actos relativos á los bienes. Se forman por elección directa del pueblo de los respectivos distritos, ciudades o villas, según la división legal, con participación de los extranjeros... Sus poderes son, con raras excepciones, sólo dos: el deliberante y el ejecutivo; múltiple y con facultades y privilegios propios el primero, unipersonal siempre el segundo y elegido del seno de la Asambiea, llamada Concejo, con algunas excepciones, en que el Poder ejecutivo provincial nombra el funcionario con acuerdo del Senado local.» (Págs. 720-721.)

(2) *Manual* cit., pág. 290.

infructuosas interrupciones hasta 1853.» (1) El Congreso de 1853, siguiendo la inclinación de la Historia, declaró residencia de las autoridades federales la ciudad de Buenos Aires, bajo las condiciones que establecía una ley especial de compensación a la Provincia. Pero como el problema político fundamental era entonces el que imponía la oposición de la provincia de Buenos Aires a la Confederación, de la que dicha provincia se separaba en aquellos mismos momentos, no pudo resolverse la cuestión de la capitalidad. Buenos Aires, libre de Rosas, no aceptó la Constitución y se mantuvo aislada, hasta que sobrevino nueva guerra, y la Provincia ingresó en la Confederación, sin perjuicio de revisar la Constitución y considerar la propuesta de reforma que hiciera Buenos Aires. Paraná, que había sido designada como residencia del Gobierno en 1852, fué capital de la Confederación hasta 1862, «en que, terminada la guerra con Buenos Aires, el Gobierno convocó el Congreso para reunirse en la ciudad de Buenos Aires. Este Congreso siguió la tradición de sus antecesores, y declaró esa ciudad como capital, y federalizó todo su territorio como se había hecho con Entre Ríos; pero la Legislatura provincial rechazó aquella ley. Llegóse en seguida a un arreglo por el cual se declaraba residencia provisoria del Gobierno nacional, hasta que se cumpliese el art. 3.° de la Constitución, conservando entretanto la Nación y la Provincia sus respectivas jurisdicciones constitucionales. Cinco años después, en 1866, expirado el plazo para la revisión de la ley, sin que se adoptase la capital definitiva, el Poder Ejecutivo de la Nación, haciendo uso del derecho de las autoridades nacionales para fijar la residencia en cualquier punto del territorio, resolvió permanecer en Buenos Aires hasta la adopción de la residencia definitiva» (2).

La situación no resultaba satisfactoria. «Quejábanse los

(1) González: Idem, pág. 290.
(2) Idem: Ob. cit., pág. 292.

miembros del Congreso, escribe el Dr. Matienzo, de que la seguridad de sus personas y la tranquilidad de sus deliberaciones dependiese de los agentes de la policía provincial. En 1869 se dictó una ley estableciendo la capital en la ciudad del Rosario; pero el Presidente Sarmiento le opuso su veto» (1). Hubo otras tentativas para llevar la capital a otros sitios de la República, pero sin éxito. El Presidente Avellaneda, al dirigirse al Congreso en 1879, proclamaba la necesidad de resolver el problema de la capitalidad y de Buenos Aires; declaraba inaceptable el sistema de la ciudad nueva de los Estados Unidos, y no siendo capital Buenos Aires, «la capital de la República, dice, debe serlo el Rosario...»

Pero, como recuerda el Dr. Matienzo, «los acontecimientos se precipitaron. El gobernador Tejedor organizó públicamente fuerzas militares en la ciudad de Buenos Aires, y desacatando, con ayuda de ellas, las órdenes del Gobierno nacional, decidió a éste a retirarse de esa ciudad al vecino pueblo de Belgrano, que ahora está incorporado a ella, y después de combates sangrientos en que las fuerzas nacionales triunfaron, el Congreso dictó dos leyes simultáneamente, el 21 de Setiembre de 1880, para dar solución definitiva á la cuestión capital» (2).

V

LA FEDERALIZACIÓN DE BUENOS AIRES

Los acontecimientos de 1880 vienen a consolidar la organización política nacional cuando se encontraron frente a frente el Presidente Avellaneda y el gobernador Tejedor. El general Roca, que siendo ministro realizaba la famosa campaña del Desierto conquistándolo para la civilización, que había de

(1) Matienzo: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina*, pág. 101-102.

(2) Matienzo: Ob. cit., pág. 103.

ser el hombre de la paz con Chile, es el que sirve de eje de cristalización para esta etapa en que cesa la irreductible oposición entre la nación Argentina y una rica y difícil Provincia. La presidencia de Avellaneda, y antes la de Sarmiento, prepararon el espíritu provincial para «las grandes jornadas definitivas de 1880, dice el Dr. González, complicada también con una campaña presidencial. Vencido aquel vasto movimiento en campos de batalla... la influencia del espíritu provincial fué cada vez en más aumento, y no tardó en ponerse en tela de juicio el viejo problema de la capital de la República, que había quedado sin solución definitiva en los sucesos de 1852, 1859 y 1869. Esta fue la bandera de la nueva campaña electoral terminada en 1880 con la Presidencia del general Julio Al Roca. Las fuerzas políticas que condensaron y dirigieron la ejecución de su programa, realizaron una grande obra institucional y reconstructiva de la vida normal del país: la residencia de las autoridades de la Nación y de la provincia de Buenos Aires en la capital propia de éste, colocaba a la primera en condiciones de subordinación incompatibles con la esencia de los poderes y de la augusta dignidad que la Constitución les atribuía...» (1).

Nada, a mi juicio, más claro que este gran problema político e histórico. Mientras Buenos Aires, ciudad, fuera cabeza de Buenos Aires, Provincia, la unión federal—dígase nacional,—con propio Estado: la Argentina, una e indivisible, implicaba una hegemonía de una región sobre las demás; la ciudad europea, sobre el campo, que con la independencia creyera haber conquistado su plena libertad pampeana. Por otra parte, no era posible pensar en otra capital que no fuese la ciudad, cerebro hoy, de Buenos Aires... La solución estaba en separar políticamente de la provincia de Buenos Aires la

(1) González: *El juicio del siglo* en la *Nación* del Centenario, pág. 14. Comp. Rivarola: *Del régimen federativo al unitario*. págs. 319 y siguientes.

ciudad, para *nacionalizarla;* quizá es esta la expresión; esto es, que Buenos Aires fuese de todos los argentinos.

«Con la adopción de la capital definitiva—sigue diciendo el Dr. González,—después de reducidos los poderes de Buenos Aires, por la fuerza de las armas, a la condición de poder cumplir las formas constitucionales de las cesiones de territorio, preestablecidas en el art. 3.°, lo que se hizo por la ley de 21 de Setiembre de 1880 y la Provincial de 8 de Diciembre..., la Provincia creó su capital propia la ciudad de La Plata... En cuanto á la ciudad histórica de Buenos Aires, enaltecida al rango de Metrópoli de la Nación, neutralizada de dependencias morales y políticas de ninguna provincia en particular, adquirió de súbito un desarrollo imprevisto, condensó la atención de los poderes nacionales y de sus grandes recursos de edilidad y vida económica...» (1).

VI

LA POSICIÓN POLÍTICA DE BUENOS AIRES

Pero es tiempo de que nos detengamos á considerar, aunque sea brevemente, la organización municipal de Buenos Aires federalizada.

La Ley de 21 de Setiembre de 1880 declaraba capital de la República al Municipio de la ciudad de Buenos Aires, previa la cesión del Municipio por la legislatura provincial (2), bajo sus límites actuales. En el *Digesto Municipal* (3) se define, en su primer capítulo, la posición política, territorial y jurisdic-

(1) González: Art. cit., pág. 14.

(2) *Digesto Municipal de la ciudad de Buenos Aires*, edic. de 1907.

(3) Para el caso de una demora excesiva, se disponía la convocatoria de una Convención que reformase el art. 3.° de la Constitución, designando la capital definitiva; pero la Legislatura de Buenos Aires hizo la cesión del territorio en las condiciones de la ley, y, más tarde, agregó los municipios de Flores y Belgrano. (González: *Manual* cit., pág. 294.)

cional de la ciudad. «Todos los establecimientos y edificios públicos (de Buenos Aires) se dice quedan bajo la jurisdicción de la Nación, sin que los municipales pierdan por esto su carácter.» El término del Municipio, ya lo hemos indicado en otro capítulo; la capital federal, forma en su territorio una Municipalidad con persona jurídica, que representa la entidad municipal de la ciudad. Coinciden, hasta cierto punto, en la agrupación capital, estos tres factores sociológicos, que no siempre se integran en una misma unidad y sistema: la *aglomeración urbana*, formada por la atracción del puerto y por la consolidación de un núcleo generador—el antiguo Buenos Aires;—la *ciudad*, obra de la continuidad histórica, y la *municipalidad*, obra de la ley. La ley ha venido a crear una nueva entidad. «El distrito federal, cuyo propio gobierno es el de la Nación, y que concurre, como las demás provincias, á la formación de los poderes y al ejercicio del gobierno general» (1).

El régimen político y administrativo de Buenos Aires entraña estas dos relaciones: una, respecto de los poderes federales, y otra como entidad municipal. En la primera, la capital es, según indicamos—con arreglo á la Constitución,—un distrito para los fines de la elección de diputados de la Nación y de senadores y del Presidente de la República, y está bajo la dependencia legislativa del Congreso; pues, según el artículo 67, núm. 27, de la Constitución, es atribución de aquél «ejercer una legislación exclusiva en todo el territorio de la capital de la Confederación»; y además, el Presidente, según el art. 86, núm. 3, de la misma Constitución, «es el jefe inmediato y local de la capital de la Confederación». Resulta así una situación política muy especial la de Buenos Aires capital; tiene, como Legislatura local, el Congreso, y como jefe inmediato municipal-político, al Presidente de la República. Pero tiene además Buenos Aires su propia Municipalidad, compuesta, según su ley Orgánica, de un *Concejo deliberante* y de un *Departa-*

(1) González: *Manual*, pág. 294. (V. art. 36, 46, 81.)

mento Ejecutivo, y revestida del carácter, como ya indicamos, de persona jurídica, continuación del anterior Municipio de la ciudad. Las dos Instituciones municipales se han organizado, según el sistema de la separación de poderes; es decir, la representación corporativa del Municipio no tiene verdadera autoridad respecto del jefe del departamento ejecutivo, o sea del Intendente municipal, que no es, en tal concepto, un Alcalde popular, sino un funcionario dependiente del Presidente de la República, que lo nombra por tres años; es un funcionario que tiene más de prefecto del Sena que de Alcalde o Mayor de Nueva York, y que no puede equipararse al Alcalde de Madrid, aunque éste sea nombrado libremente por el Gobierno, a causa de la posición, respecto de la Corporación del Concejo. Para juzgar de este régimen, no debe olvidarse que Buenos Aires es la capital federal; un Alcalde de elección popular proyectaría una cierta sombra sobre el Presidente.

VII

EL INTENDENTE MUNICIPAL Y EL CONCEJO DELIBERANTE

El Intendente municipal, como digo, lo nombra por tres años el Presidente; no puede serlo quien pertenece al propio tiempo al Concejo; tiene grandes atribuciones en materia o nombramiento de sus empleados; presenta al Concejo el presupuesto general de la administración y los proyectos sobre impuestos y recursos municipales; representa cerca de la Nación a la Municipalidad, y en los juicios o contiendas y contratos; puede imponer multa según las ordenanzas de cuyo cumplimiento está encargado; pone en ejecución el presupuesto municipal, ordena los pagos, y recauda los impuestos y rentas del Municipio, etc. En sus relaciones con el Concejo deliberante, deben tenerse en cuenta estas indicaciones: 1.ª Que puede concurrir sin voto a sus sesio-

nes. 2.ª Que puede prorrogar éstas por asuntos de urgente interés y convocarlas con carácter de extraordinarias. 3.ª Que está facultado para presentar al Concejo proyectos de ordenanzas, acompañados de mensajes, y dar a aquél los informes que le pida. 4.ª Que debe presentar al Concejo una memoria anual del estado general de la administración. 5.ª Que puede ser denunciado ante el Concejo deliberante por mala conducta o negligencia grave en el desempeño de sus funciones, estando facultado el Concejo para proceder a la formación de causa, que se seguirá ante un jurado, presidido por el Juez federal más antiguo de la capital, haciéndose representar el Concejo por dos de sus miembros.

El *Concejo deliberante*, la verdadera representación corporativa legal del Municipio, se compone de varios miembros elegidos por la capital, formando un solo distrito electoral, y por un período de cuatro años, renovándose el Concejo por mitad cada dos. El sistema electoral es por lista de diez y seis miembros, tomándose el resto de los otros candidatos que hubieran obtenido la mayoría relativa. La base electoral, no es democrática, pues para ser elector es preciso saber leer y escribir y pagar una cierta cuota contributiva o ejercer alguna profesión liberal dentro del Municipio; tienen derecho de sufragio los extranjeros, que también pueden ser elegidos, si además de reunir las condiciones de edad, riqueza o condición exigidas a los ciudadanos, pagan impuesto que no baje de mil pesos, poseen el idioma nacional y se hallan domiciliados en el municipio desde cinco años antes de la elección. Las atribuciones del Concejo deliberante, aparte las relativas al personal dependiente, imposición de ciertas multas, creación de un Cuerpo de Inspectores municipales, investigaciones administrativas, aceptar o repudiar donaciones y legados, se refieren con cierta amplitud a asuntos de Hacienda, de Obras públicas, seguridad, higiene, beneficencia y moralidad pública.

La intervención de los extranjeros en el Concejo no es una pura teoría de la ley. Cuando yo lo visitaba en 1910, forma-

ba parte de él un español, riojano, gran comerciante, el señor Sáez. La idea que parece presidir la organización del Concejo deliberante, es que el Municipio es un grupo de intereses, o más bien una empresa *de ricos*; podría creerse que la vida municipal es algo que sólo importa a las gentes de la propiedad, del comercio, de las profesiones liberales. Estamos lejos del Municipio popular contemporáneo, de la ciudad baluarte inmediato de las democracias. Acaso esta falta de raíz popular, de difusión del interés municipal por la masa, explique el fenómeno de la indiferencia social frente la vida de las instituciones municipales. No conozco bastante el problema local de Buenos Aires para emitir un juicio razonable. Pero tomo como indicación sintomática estas manifestaciones que leo en un artículo del Sr. Sáenz Valiente en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (1). Recuerda este autor la situación política general, señalando «la falta de concordia entre el progreso material y el intelectual y moral. Tanto en el orden político, como en el orden municipal, el fenómeno reviste igual trascendencia e intensidad; en uno y otro vemos desiertos los comicios, abandonadas las urnas por los ciudadanos honestos, entregado el mecanismo electoral a la acción de partidos sin principios o de caudillos sin moral...» Y estima el Sr. Sáenz que siendo mala la realidad en política, «en el orden comercial es aún peor. Jamás, dice, ha habido verdaderos partidos, sino tan sólo simples conglomerados de individuos, entidades amorfas y sin cohesión alguna, agrupaciones heterogéneas y transitorias, nacidas ante la elección para morir tras ella, después de haber vivido la vida efímera de las colectividades irresponsables...»

Pero, repito que no puedo formular juicio fundado sobre la marcha del Concejo: instalado en edificio nada suntuoso, es éste una institución con la cual hube de mantener relaciones estrechas, que me honraron sobre manera. Su presidente en-

(1) Noviembre 1911. Artículo sobre *Un partido municipal.*

tonces, el Dr. Carlos M. Coll, hombre culto, muy interesado en acentuar la labor social del Concejo, mediante la construcción de casas para obreros y la organización de bibliotecas populares, hubo de encargarme, con la anuencia del Concejo mismo, ciertos trabajos de reorganización de la *Biblioteca* del Municipio, y es ésta una de las manifestaciones de confianza recibidas en la Argentina, que en mayor estimación tengo (1).

VIII

DIFICULTADES DE LA MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL

Hablando con un distinguido político de la Argentina, me señalaba las grandes dificultades que se ofrecen en Buenos Aires, para crear y desarrollar una fuerte y vigorosa Municipalidad. No puede prescindirse de que es la residencia de los poderes nacionales: una Municipalidad popular fuerte, ¿sería un peligro, suscitaría rozamientos? No debe olvidarse la historia de la Argentina. El Presidente no ha de tener cerca quien proyecte sobre su representación ninguna sombra: tienen que estar él y el Congreso en Buenos Aires como en su casa, jamás de huéspedes. Siempre, y en todo tiempo, han sido peligrosos los grandes municipios fuertes, como capitales nacionales: recuérdese París. Para la Argentina es más Buenos Aires, hoy por hoy, que París para Francia. Por otra parte, el Congreso es una representación en cierto modo propia para la ciudad misma; es su legislatura. ¿Qué falta hace otra asamblea local, de base democrática popular? Quizá lo más adecuado sería algo como un gobierno municipal, por comisiones responsables, ejecutivas...

—Pero, ¿elegido? Porque, ¿es posible que una gran ciudad renuncie a su autonomía, a una representación propia, a una

(1) V. mi libro *En América, Una campaña.* Madrid, 1911.

inspección directa, mediante el voto, de sus intereses? Buenos Aires no es el mismo caso de Wáshington; sería análogo al caso de Nueva-York suponiendo la enorme ciudad, capital federalizada de la Unión. El problema es díficil.

—Y cada día lo será más, porque es bien sabido que en las ciudades es donde se plantean hoy con más intensidad los problemas del bienestar común, las luchas entre la propiedad y la pobreza. La ciudad futura imagínase como el centro donde puede llegarse a una más orgánica consolidación de las aspiraciones generales, a socializar los medios de bienestar y de goce. Cuando el socialismo lucha por lograr las primeras reivindicaciones en la economía nacional, suele haber conseguido grandes victorias en la vida municipal. Ejemplo, las ciudades inglesas hace ya tiempo. No olvidemos la significación del movimiento de municipalización de servicios públicos.

—La solución podría venir si se lograse crear una vida municipal sustantiva, con problemas propios distintos de los problemas nacionales, con partidos propios para resolverlos, de suerte que no resultaran comprometidos y arrastrados por la acción absorbente y deslocadora de los partidos de la Nación. Logrado eso, abstractamente se ve la posibilidad de la coexistencia de una Municipalidad fuerte, aunque sea en la residencia de los poderes federales.

Y mi ilustre amigo recordaba la orientación de la reforma municipal norteamericana, que va muy en el sentido que acabamos de indicar, y por mi parte, le refería el gran esfuerzo intentado en España con la reforma del régimen local del señor Maura, en combinación con la reforma electoral, para apartar la vida y administración de los Municipios del engranaje triturador de los partidos.

Posteriormente, en el año 1911, y con ocasión de la renovación del Concejo deliberante de Buenos Aires, produjose, al parecer, allí, cierto movimiento municipalista, en el sentido de crear una política genuinamente municipal, movimiento que cristalizó en un partido municipal llamado *Unión comunal*.

«Para el nuevo partido, la política nacional y la municipal deben ser independientes» (1). «Revestirá, dice el programa de la *Unión*, el doble carácter de partido político y asociación de fomento edilicio, interviniendo en las contiendas electorales que interesan al régimen municipal, no como un fin principal de su constitución, sino como el medio más eficaz de facilitar la realización de su programa», en el cual se mantienen estos puntos principales: 1.° Autonomía absoluta de la municipalidad. 2.° Municipalización de las obras de salubridad. 3.° Impuesto al mayor valor de las fincas beneficiadas por obras municipales. 4.° Supresión de los impuestos municipales de Consumos. 5.° Municipalización de servicios públicos (2).

IX

EL PRESUPUESTO MUNICIPAL

Completaré estas indicaciones sobre el Municipio de Buenos Aires con algunas cifras sobre su Hacienda, tal cual éste se refleja en sus presupuestos. Tengo a la vista los de los cinco últimos años. Me limitaré a dar los totales de gastos acordados, y los recursos calculados para cubrirlos:

		P. M. N.	
Año 1907	Presupuesto ordinario.....	19.211.025,64	
—	Idem extraordinario..	1.540.264,36	
	Total.....		20.751.300.
Cálculos de recursos.....		20.751.300	

El presupuesto extraordinario cubríase con el excedente de recursos sobre los gastos:

(1) Sáenz Valiente: Loc. cit., pág. 170.
(2) Ídem íd.: Loc. cit.

	P. M. N.	
Año 1908. Presupuesto ordinario.....	22.398.435,35	
— Idem extraordinario.	4.828.208,65	
Total.....		27.226.644.
Cálculo de recursos. Ordinarios.....	24.936.850	
Extraordinarios	2.289.794	
Total		27.226.644.
Año 1909. Presupuesto ordinario.....	23.617.586,31	
— Idem extraordinario.	6.942.043,95	
Total.....		30.559.630,26.
Cálculo de recursos. Ordinarios.....	27.236.900,00	
Extraordinarios.....	3.322.730,26	
Total		30.557.630,26.
Presupuesto ordinario	26.419.656,66	
Idem extraordinario.....	5.185.041,01	
Total		31.604.697,67
Cálculo de recursos. Ordinarios.....	29.429.700,—	
Extraordinarios.....	2.174.997,67	
Total		31.604.697,27.
Año 1911. Gastos.....	36.823.286,56	
Cálculo de recursos.....	36.823.286,56	

ADOLFO POSADA

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

En el fondo del abismo.

Parce unicae spès totius orbis.
TERTULLIANUS, Adversus Mercionem, 5.

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible. El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza.

Tuvimos que abandonar, desengañados, la posición de los que quieren hacer verdad racional y lógica del consuelo, pretendiendo probar su racionalidad, o por lo menos su no irracionalidad, y tuvimos también que abandonar la posición de los que querían hacer de la verdad racional consuelo y motivo de vida. Ni una ni otra de ambas posiciones nos satisfacía. La

una riñe con nuestra razón, la otra con nuestro sentimiento. La paz entre estas dos potencias se hace imposible, y hay que vivir de su guerra. Y hacer de ésta, de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual.

Ni cabe aquí tampoco ese expediente repugnante y grosero que han inventado los políticos, más o menos parlamentarios, y a que llaman una fórmula de concordia, de que no resulten ni vencedores ni vencidos. No hay aquí lugar para el pasteleo. Tal vez una razón degenerada y cobarde llegase a proponer tal fórmula de arreglo, porque en rigor la razón vive de fórmulas; pero la vida, que es informulable; la vida, que vive y quiere vivir siempre, no acepta fórmulas. Su única fórmula es: o todo o nada. El sentimiento no transige con términos medios.

Initium sapientiae timor Domini, se dijo, queriendo acaso decir *timor mortis,* o tal vez *timor vitae,* que es lo mismo. Siempre resulta que el principio de la sabiduría es un temor.

Y este escepticismo salvador de que ahora voy a hablaros, ¿puede decirse que sea la duda? Es la duda, sí, pero es mucho más que la duda. La duda es con frecuencia una cosa muy fría, muy poco vitalizadora, y, sobre todo, una cosa algo artificiosa, especialmente desde que Descartes la rebajó al papel de método. El conflicto entre la razón y la vida es algo más que una duda. Porque la duda con facilidad se reduce a ser un elemento cómico.

La duda metódica de Descartes es una duda cómica, una duda puramente teórica, provisoria, es decir, la duda de uno que hace como que duda sin dudar. Y porque era una duda de estufa, el hombre que concluyó que existía de que pensaba, no aprobaba «esos humores turbulentos *(brouillones)* e inquietos que, no siendo llamados ni por su nacimiento ni por su fortuna al manejo de los negocios públicos, no dejan de hacer siempre en idea alguna nueva reforma», y se dolía de que pudiera haber algo de esto en su escrito. No; él, Descartes, no se propuso sino «reformar sus propios pensamientos y edificar sobre un ci-

miento suyo propio». Y se propuso no recibir por verdadero nada que no conociese evidentemente ser tal, y destruir todos los prejuicios e ideas recibidas para construirse de nuevo su morada intelectual. Pero «como no basta, antes de comenzar a reconstruir la casa en que se mora, abatirla y hacer provisión de materiales y arquitectos, o ejercitarse uno mismo en la arquitectura..., sino que es menester haberse provisto de otra en que pueda uno alojarse cómodamente mientras trabaja», se formó una moral provisional—*une morale de provision,*—cuya primera ley era obedecer a las costumbres de su país y retener constantemente la religión en que Dios le hizo la gracia de que se hubiese instruído desde su infancia, gobernándose en todo según las opiniones más moderadas. Vamos, sí, una religión provisional, y hasta un Dios provisional. Y escogía las opiniones más moderadas, por ser «las más cómodas para la práctica». Pero más vale no seguir.

Esta duda cartesiana, metódica o teórica, esta duda filosófica de estufa, no es la duda, no es el escepticismo, no es la incertidumbre de que aquí os hablo, ¡no! Esta otra duda es una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica. Porque la ciencia destruye el concepto de personalidad, reduciéndolo a un complejo en continuo flujo de momentos, es decir, destruye la base misma sentimental de la vida del espíritu, que, sin rendirse, se revuelve contra la razón.

Y esta duda no puede valerse de moral alguna de provisión, sino que tiene que fundar su moral, como veremos, sobre el conflicto mismo, una moral de batalla, y tiene que fundar sobre sí misma la religión. Y habita una casa que se está derruyendo de continuo y a la que de continuo hay que restablecer. De continuo la voluntad, quiero decir, la voluntad de no morirse nunca, la irresignación a la muerte, fragua la morada de la vida, y de continuo la razón la está abatiendo con vendavales y chaparrones.

Aún hay más, y es que en el problema concreto vital que

nos interesa, la razón no toma posición alguna. En rigor, hace algo peor aún que negar la inmortalidad del alma, lo cuál sería una solución, y es que desconoce el problema como el deseo vital nos lo presenta. En el sentido racional y lógico del término problema no hay tal problema. Esto de la inmortalidad del alma, de la persistencia de la conciencia individual, no es racional, cae fuera de la razón. Es como problema, y aparte de la solución que se le dé, irracional. Racionalmente carece de sentido hasta el plantearlo. Tan inconcebible es la inmortalidad del alma, como es, en rigor, su mortalidad absoluta. Para explicarnos el mundo y la existencia—y tal es la obra de la razón,—no es menester supongamos ni que es mortal ni inmortal nuestra alma. Es, pues, una irracionalidad el solo planteamiento del supuesto problema.

Oigamos al hermano Kierkegaard, que nos dice: «Donde precisamente se muestra el riesgo de la abstracción, es respecto al problema de la existencia cuya dificultad resuelve soslayándola, jactándose luego de haberlo explicado todo. Explica la inmortalidad en general, y lo hace egregiamente, identificándola con la eternidad; con la eternidad, que es esencialmente el medio del pensamiento. Pero que cada hombre singularmente existente sea inmortal, que es precisamente la dificultad, de esto no se preocupa la abstracción. No le interesa; pero la dificultad de la existencia es el interés del existente; al que existe le interesa infinitamente existir. El pensamiento abstracto no le sirve a mi inmortalidad sino para matarme en cuanto individuo singularmente existente, y así hacerme inmortal, poco más o menos a la manera de aquel doctor de Holberg, que con su medicina quitaba la vida al paciente, pero le quitaba también la fiebre. Cuando se considera un pensador abstracto que no quiere poner en claro y confesar la relación que hay entre su pensamiento abstracto y el hecho de que él sea existente, nos produce, por excelente y distinguido que sea, una impresión cómica, porque corre el riesgo de dejar de ser hombre. Mientras un hombre efectivo, compuesto de infi-

nitud y de finitud, tiene su efectividad precisamente en mantener juntas esas dos y se interesa infinitamente en existir, un semejante pensador abstracto es un sér doble, un sér fantástico que vive en el puro ser de la abstracción, y a las veces la triste figura de un profesor que deja a un lado aquella esencia abstracta como deja el bastón. Cuando se lee la vida de un pensador así—cuyos escritos pueden ser excelentes,—tiembla uno ante la idea de lo que es ser hombre. Y cuando se lee en sus escritos que el pensar y el ser son una misma cosa, se piensa, pensando en su vida, que ese ser que es idéntico al pensar, no es precisamente ser hombre.» *(Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, cap. 3.)

¡Qué intensa pasión, es decir, qué verdad encierra esta amarga invectiva contra Hegel, prototipo del racionalista, que nos quita la fiebre quitándonos la vida, y nos promete, en vez de una inmortalidad concreta, una inmortalidad abstracta, como si fuese abstracta, y no concreta, el hambre de ella, que nos consume!

Podrá decirse, sí, que muerto el perro se acabó la rabia, y que después que me muera no me atormentará ya esta hambre de no morir, y que el miedo a la muerte, o mejor dicho, a la nada, es un miedo irracional, pero... Sí, pero... *¡E pur si muove!* Y seguirá moviéndose. ¡Cómo que es la fuente de todo movimiento!

Mas no creo esté del todo en lo cierto el hermano Kierkegaard, porque el mismo pensador abstracto, o pensador de abstracciones, piensa *para* existir, para no dejar de existir, o tal vez piensa para olvidar que tendrá que dejar de existir. Tal es el fondo de la pasión del pensamiento abstracto. Y acaso Hegel se interesaba tan infinitamente como Kierkegaard en su propia, concreta y singular existencia, aunque para mantener el decoro profesional de filósofo del Estado lo ocultase. Exigencias del cargo.

La fe en la inmortalidad es irracional. Y, sin embargo, fe, vida y razón se necesitan mutuamente. Ese anhelo vital no es

propiamente problema, no puede tomar estado lógico, no puede formularse en proposiciones racionalmente discutibles, pero se nos plantea, como se nos plantea el hambre. Tampoco un lobo que se echa sobre su presa para devorarla, o sobre la loba para fecundarla, puede plantearse racionalmente y como problema lógico su empuje. Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro, y asociarse. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación.

En el mundo de los vivientes, la lucha por la vida, *the struggle for life*, establece una asociación, y estrechísima, no ya entre los que se unen para combatir a otro, sino entre los que se combaten mutuamente. ¿Y hay, acaso, asociación más íntima que la que se traba entre el animal que se come a otro y éste que es por él comido, entre el devorador y el devorado? Y si esto se ve claro en la lucha de los individuos entre sí, más claro aún se ve en la de los pueblos. La guerra ha sido siempre el más completo factor de progreso, más áun que el comercio. Por la guerra es como aprenden a conocerse y, como consecuencia de ello, a quererse vencedores y vencidos.

Al cristianismo, a la locura de la cruz, a la fe irracional en que el Cristo había resucitado para resucitarnos, le salvó la cultura helénica racionalista, y a ésta el cristianismo. Sin éste, sin el cristianismo, habría sido imposible el Renacimiento; sin el Evangelio, sin San Pablo, los pueblos que habían atravesado la Edad Media no habrían comprendido ni a Platón ni a Aristóteles. Una tradición puramente racionalista es tan imposible como una tradición puramente religiosa. Suele discutirse si la Reforma nació como hija del Renacimiento o en protesta a éste, y cabe decir que las dos cosas, porque el hijo nace siempre en protesta contra el padre. Dícese también que fueron los clásicos griegos redivivos los que volvieron a hombres como Erasmo a San Pablo y al cristianismo primitivo, el más irracional; pero cabe retrucar diciendo que fue San Pablo, que fue

la irracionalidad cristiana que sustentaba su teología católica, lo que les volvió a los clásicos. «El cristianismo es lo que ha llegado a ser—se dice—sólo por su alianza con la antigüedad, mientras entre los coptos y etíopes no es sino una bufonada. El Islam se desenvolvió bajo el influjo de cultura persa y griega, y bajo el de los turcos se ha convertido en destructora incultura» (1).

Salimos de la Edad Media y de su fe tan ardiente como en el fondo desesperada, y no sin íntimas y hondas incertidumbres, y entramos en la edad del racionalismo, no tampoco sin sus incertidumbres. La fe en la razón está expuesta a la misma insostenibilidad racional que toda otra fe. Y cabe decir con Roberto Browning, que «todo lo que hemos ganado con nuestra incredulidad es una vida de duda diversificada por la fe, en vez de una de fe diversificada por la duda».

All we have gained then by our unbelief
Is a life of doubt diversified by faith,
For one of faith diversified by doubt.

(Bishop Blougram's Apology.)

Y es que, como digo, si la fe, la vida, no se puede sostener sino sobre razón que la haga trasmisible—y ante todo trasmisible de mí a mí mismo, es decir, refleja y conciente,—la razón a su vez no puede sostenerse sino sobre fe, sobre vida, siquiera fe en la razón, fe en que ésta sirve para algo más que para conocer, sirve para vivir. Y, sin embargo, ni la fe es trasmisible o racional, ni la razón es vital.

La voluntad y la inteligencia se necesitan, y a aquel viejo aforismo de *nihil volitum quin praecognitum,* no se quiere nada que no se haya conocido antes, no es tan paradójico como a primera vista parece retrucarlo diciendo *nihil cognitum quin praevolitum,* no se conoce nada que no se haya antes querido. «El conocimiento mismo del espíritu, como tal—escribe Vinet

(1) Vide Troeltsch, en *Systematische christliche Religion*, de la colección *Die Kultur der Gegenwart.*

en su estudio sobre el libro de Cousin acerca de los *Pensamientos* de Pascal,—necesita del corazón. Sin el deseo de ver, no se ve; en una gran materialización de la vida y del pensamiento, no se cree en las cosas del espíritu.» Ya veremos que creer es en primera instancia querer creer.

La voluntad y la inteligencia buscan cosas opuestas: aquélla, absorber al mundo en nosotros, apropiárnoslo; y ésta, que seamos absorbidos en el mundo. ¿Opuestas? ¿No son más bien una misma cosa? No, no lo son, aunque lo parezca. La inteligencia es monista o panteísta, la voluntad es monoteísta o egotista. La inteligencia no necesita algo fuera de ella en que ejercerse; se funde con las ideas mismas, mientras que la voluntad necesita materia. Conocer algo, es hacerme aquello que conozco; pero para servirme de ello, para dominarlo, ha de permanecer distinto de mí.

Filosofía y religión son enemigas entre sí, y por ser enemigas se necesitan una a otra. Ni hay religión sin alguna base filosófica, ni filosofía sin raíces religiosas; cada una vive de su contraria. La historia de la filosofía es, en rigor, una historia de la religión. Y los ataques que a la religión se dirigen desde un punto de vista presunto científico o filosófico, no son sino ataques desde otro adverso punto de vista religioso. «La colisión que ocurre entre la ciencia natural y la religión cristiana no lo es, en realidad, sino entre el instinto de la religión natural, fundido en la observación natural científica, y el valor de la concepción cristiana del universo, que asegura al espíritu su preeminencia en el mundo natural todo», dice Ritschl *(Rechtfertigung und Versoehnung,* III, cap. 4, § 28). Ahora, que ese instinto es el instinto mismo de racionalidad. Y el idealismo crítico de Kant es de origen religioso, y para salvar a la religión es para lo que franqueó Kant los límites de la razón después de haberla en cierto modo disuelto en escepticismo. El sistema de antítesis, contradicciones y antinomias sobre que construyó Hegel su idealismo absoluto, tiene su raíz y germen en Kant mismo, y esa raíz es una raíz irracional.

Ya veremos más adelante, al tratar de la fe, cómo ésta no es en su esencia sino cosa de voluntad, no de razón, como creer es querer creer, y creer en Dios ante todo y sobre todo es querer que le haya. Y así, creer en la inmortalidad del alma es querer que el alma sea inmortal, pero quererlo con tanta fuerza que ésta querencia, atropellando a la razón, pasa sobre ella. Mas no sin represalia.

El instinto de conocer y el de vivir, o más bien de sobrevivir, entran en lucha. El Dr. E. Mach, en su obra sobre «El análisis de las sensaciones y la relación de lo físico a lo psíquico» *(Die Analyse der Empfindungen und das Verhältniss des Physischen zum Psychischen)*, nos dice en una nota (I. L, § 12), que también el investigador, el sabio *der Forscher,* lucha en la batalla por la existencia, que también los caminos de la ciencia llevan a la boca, y que no es todavía sino un ideal en nuestras actuales condiciones sociales el puro instinto de conocer, *der reine Erkenntnisstrieb.* Y así será siempre. *Primum vivere, deinde philosophari,* o mejor acaso: *primum supervivere* ó *superesse.*

Toda posición de acuerdo y armonía persistentes entre la razón y la vida, entre la filosofía y la religión, se hace imposible. Y la trágica historia del pensamiento humano no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquélla empeñada en racionalizar a ésta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la mortalidad; y ésta, la vida, empeñada en vitalizar a la razón obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales. Y esta es la historia de la filosofía, inseparable de la historia de la religión.

El sentimiento del mundo, de la realidad objetiva, es necesariamente subjetivo, humano, antropomórfico. Y siempre se levantará frente al racionalismo el vitalismo, siempre la voluntad se erguirá frente a la razón. De donde el ritmo de la historia de la filosofía y la sucesión de períodos en que se impone la vida produciendo formas espiritualistas, y otros en que la razón se impone, produciendo formas materialistas, aunque

a una y otra clase de formas de creer se las disfrace con otros nombres. Ni la razón ni la vida se dan por vencidas nunca. Mas sobre esto volveremos en el próximo ensayo.

La consecuencia vital del racionalismo sería el suicidio. Lo dice muy bien Kierkegaard: «El suicidio es la consecuencia de existencia (1) del pensamiento puro... No elogiamos el suicidio, pero sí la pasión. El pensador, por el contrario, es un curioso animal, que es muy inteligente a ciertos ratos del día, pero que, por lo demás, nada tiene de común con el hombre.» (*Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, cap. 3, § 1).

Como el pensador no deja, a pesar de todo, de ser hombre, pone la razón al servicio de la vida, sépalo o no. La vida engaña a la razón, y ésta a aquélla. La filosofía escolástico-aristotélica, al servicio de la vida, fraguó un sistema teleológico-evolucionista de metafísica, al parecer racional, que sirviese de apoyo a nuestro anhelo vital. Esa filosofía, base del sobrenaturalismo ortodoxo cristiano, sea católico o sea protestante, no era, en el fondo, sino una astucia de la vida para obligar a la razón a que la apoyase. Pero tanto la apoyó ésta, que acabó por pulverizarla.

He leído que el ex-carmelita Jacinto Loyson decía poder presentarse a Dios tranquilo, pues estaba en paz con su conciencia y con su razón. ¿Con qué conciencia? ¿Con la religiosa? Entonces no lo comprendo. Y es que no cabe servir a dos señores, y menos cuando estos dos señores, aunque firmen treguas y armisticios y componendas, son enemigos por ser opuestos sus intereses.

No faltará a todo esto quien diga que la vida debe someterse a la razón, a lo que contestaremos que nadie debe lo que no puede, y la vida no puede someterse a la razón. «Debe, luego puede», replicará algún kantiano. Y le contrarreplicaremos:

(1) Dejo así, casi sin traducir, su expresión original *Existents-Consequents*. Quiere decir la consecuencia existencial o práctica, no de razón pura o lógica.

«no puede, luego no debe». Y no lo puede, porque el fin de la vida es vivir, y no lo es comprender.

Ni ha faltado quien haya hablado del deber religioso de resignarse a la mortalidad. Es ya el colmo de la aberración y de la insinceridad. Y a esto de la sinceridad vendrá alguien oponiéndonos la veracidad. Sea, mas ambas cosas pueden muy bien conciliarse. La veracidad, el respeto a lo que creo ser lo racional, lo que lógicamente llamamos verdad, me mueve a afirmar una cosa en este caso: que la inmortalidad del alma individual es un contrasentido lógico, es algo no sólo irracional, sino contra-racional; pero la sinceridad me lleva a afirmar también, que no me resigno a esa otra afirmación, y que protesto contra su validez. Lo que siento es una verdad, tan verdad por lo menos como lo que veo, toco, oigo y se me demuestra—yo creo que más verdad aún,—y la sinceridad me obliga a no ocultar mis sentimientos.

Y la vida que se defiende busca el flaco de la razón y lo encuentra en el escepticismo, y se agarra de él y trata de salvarse asida a tal agarradero. Necesita de la debilidad de su adversaria.

Nada es seguro; todo está al aire. Y exclama, henchido de pasión, Lamennais (*Essai sur l'indifférence en matière de religión,* III[e] partie, chap. 67): «¡Y qué! ¿Iremos a hundirnos, perdida toda esperanza y a ojos ciegas en las mudas honduras de un escepticismo universal? ¿Dudaremos si pensamos, si sentimos, si somos? No nos lo deja la Naturaleza; oblíganos a creer hasta cuando nuestra razón no está convencida. La certeza absoluta y la duda absoluta nos están igualmente vedadas. Flotamos en un medio vago entre estos dos extremos como entre el ser y la nada, porque el escepticismo completo sería la extinción de la inteligencia y la muerte total del hombre. Pero no le es dado anonadarse; hay en él algo que resiste invenciblemente a la destrucción, yo no sé qué fe vital, indomable hasta para su voluntad misma. Quiéralo o no, es menester que crea, porque tiene que obrar, porque tiene que con-

servarse. Su razón, si no escuchase más que a ella, enseñándole a dudar de todo y de sí misma, le reduciría a un estado de inacción absoluta; perecería aun antes de haberse podido probar a sí mismo que existe.»

No es, en rigor, que la razón nos lleve al escepticismo absoluto, ¡no! La razón no me lleva ni puede llevarme a dudar de que exista; adonde la razón me lleva es al escepticismo vital; mejor aún, a la negación vital; no ya a dudar, sino a negar que mi conciencia sobreviva a mi muerte. El escepticismo vital viene del choque entre la razón y el deseo. Y de este choque, de este abrazo entre la desesperación y el escepticismo nace la santa, la dulce, la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo.

La certeza absoluta, completa, de que la muerte es un completo y definitivo e irrevocable anonadamiento de la conciencia personal, una certeza de ello como estamos ciertos de que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos, o la certeza absoluta, completa, de que nuestra conciencia personal se prolonga más allá de la muerte en estas o las otras condiciones, haciendo sobre todo entrar en ello la extraña y adventicia añadidura del premio o del castigo eternos, ambas certezas nos harían igualmente imposible la vida. En un escondrijo el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba para siempre su conciencia personal, su memoria, en aquel escondrijo le queda una sombra, una vaga sombra, una sombra de sombra de incertidumbre, y mientras él se dice: «ea, ¡a vivir esta vida pasajera, que no hay otra!» el silencio de aquel escondrijo le dice: «¡quien sabe»...! Cree acaso no oirlo, pero lo oye. Y en un repliegue también del alma del creyente que guarde más fe en la vida futura hay una voz tapada, voz de incertidumbre, que le cuchichea al oído espíritual: «¡quién sabe...!» Son estas voces acaso como el zumbar de un mosquito cuando el vendaval brama entre los árboles del bosque; no nos damos cuenta de ese zumbido, y sin embargo, junto con el fragor de la tormenta, nos llega

al oído. ¿Cómo podríamos vivir si no sin esa incertidumbre?

El «¿y si hay?», y el «¿y si no hay?» son las bases de nuestra vida íntima. Acaso haya racionalista que nunca haya vacilado en su convicción de la mortalidad del alma, y vitalista que no haya vacilado en su fe en la inmortalidad; pero eso sólo querrá decir a lo sumo que así como hay monstruos, hay también estúpidos afectivos o de sentimiento, por mucha inteligencia que tengan, y estúpidos intelectuales, por mucha que su virtud sea. Mas en lo normal no puedo creer a los que me aseguren que nunca, ni en un parpadeo el más fugaz, ni en las horas de mayor soledad y tribulación, se les ha aflorado a la conciencia ese rumor de la incertidumbre. No comprendo a los hombres que me dicen que nunca les atormentó la perspectiva del allende la muerte, ni el anonadamiento propio les inquieta; y por mi parte no quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón; quiero más bien que se peleen entre sí.

En el cap. IX del Evangelio según Marcos se nos cuenta cómo llevó uno a Jesús a ver su hijo preso de un espíritu mudo, que dondequiera le cojiese le despedazaba, haciéndole echar espumarajos, crujir de dientes e irse secando, por lo cual quería presentárselo para que le curara. Y el Maestro, impaciente de aquellos hombres que no querían sino milagros y señales, exclamó: «¡Oh generación infiel! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmele!» (v. 19), y se lo trajeron; le vió el Maestro revolcándose por tierra, preguntó a su padre cuánto tiempo hacía de aquello, contestóle éste que desde que era su hijo niño, y Jesús le dijo: «Si puedes creer, al que cree todo es posible» (v. 23). Y entonces el padre del epiléptico o endemoniado contestó con estas preñadas y eternas palabras: «¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!» Πιστευω, κυριε βοηθει τη απιστια μου (v. 23).

¡Creo, Señor; socorre a mi incredulidad! Esto podrá parecer una contradicción, pues si cree, si confía, ¿cómo es que pide al Señor que venga en socorro de su falta de confianza?

Y, sin embargo, esa contradicción es lo que da todo su más hondo valor humano a ese grito de las entrañas del padre del endemoniado. Su fe es una fe a base de incertidumbre. Porque cree, es decir, porque quiere creer, porque necesita que su hijo se cure, pide al Señor que venga en ayuda de su incredulidad, de su duda de que tal curación pueda hacerse. Tal es la fe humana; tal fué la heroica fe que Sancho Panza tuvo en su amo el Caballero Don Quijote de la Mancha, según creo haberlo mostrado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho;* una fe a base de incertidumbre, de duda. Y es que Sancho Panza era hombre, hombre entero y verdadero, y no era estúpido, pues sólo siéndolo hubiese creído sin sombra de duda en las locuras de su amo. Que a su vez tampoco creía en ellas de ese modo, pues tampoco, aunque loco, era estúpido. Era, en el fondo, un desesperado, como en esa mi susomentada obra creo haber mostrado. Y por ser un heroico desesperado, el héroe de la desesperación íntima y resignada, por eso es el eterno dechado de todo hombre cuya alma es un campo de batalla entre la razón y el deseo inmortal. Nuestro Señor Don Quijote es el ejemplar del vitalista cuya fe se basa en incertidumbre, y Sancho lo es del racionalista que duda de su razón.

Atormentado Augusto Hermann Francke por torturadoras dudas, decidió invocar a Dios, a un Dios en que no creía ya, o en quien más bien creía no creer, para que tuviese piedad de él, del pobre pietista Francke, si es que existía (1). Y un estado análogo de ánimo es el que me inspiró aquel soneto titulado «La oración del ateo», que en mi *Rosario de sonetos líricos* figura y termina así:

Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si tú existieras
existiría yo también de veras.

Sí, si existiera el Dios garantizador de nuestra inmortali-

(1) A. Albrecht Ritschl. *Geschichte des Pietismus*, II, 1 Abt. Bonn 1884, página 251.

dad personal, entonces existiríamos nosotros de veras. ¡Y si no, no!

Aquel terrible secreto, aquella voluntad oculta de Dios que se traduce en la predestinación, aquella idea que dictó a Lutero su *servum arbitrium* y da su trágico sentido al calvinismo, aquella duda en la propia salvación, no es en el fondo sino la incertidumbre que aliada a la desesperación forma la base de la fe. La fe—dicen algunos—es no pensar en ello; entregarse confiadamente a los brazos de Dios, los secretos de cuya providencia son inescudriñables. Sí, pero también la infidelidad es no pensar en ello. Esa fe absurda, esa fe sin sombra de incertidumbre, esa fe de estúpidos carboneros, se une a la incredulidad absurda, a la incredulidad sin sombra de incertidumbre, a la incredulidad de los intelectuales atacados de estupidez afectiva, para no pensar en ello.

¿Y qué sino la incertidumbre, la duda, la voz de la razón era el abismo, el *gouffre* terrible ante que temblaba Pascal? Y ello fué lo que le llevó a formular su terrible sentencia: *il faut s'abêtir*, ¡hay que entontecerse!

Todo el jansenismo, adaptación católica del calvinismo, lleva este mismo sello. Aquel Port Royal que se debía a un vasco, el abate de Saint-Cyran, vasco como Íñigo de Loyola, y como el que estas líneas traza, lleva siempre en su fondo un sedimento de desesperación religiosa, de suicidio de la razón. También Íñigo la mató en la obediencia.

Por desesperación se afirma, por desesperación se niega, y por ella se abstiene uno de afirmar y de negar. Observad a los más de nuestros ateos, y veréis que lo son por rabia, por rabia de no poder creer que haya Dios. Son enemigos personales de Dios. Han sustantivado y personalizado la Nada, y su no Dios es un Anti-Dios.

Y nada hemos de decir de aquella frase abyecta e innoble de «si no hubiera Dios habría que inventarlo». Esta es la expresión del inmundo escepticismo de los conservadores, de los que estiman que la religión es un resorte de gobierno, y cuyo

interés es que haya en la otra vida infierno para los que aquí se oponen a sus intereses mundanos. Esa repugnante frase de saduceo es digna del incrédulo adulador de poderosos a quien se atribuye.

No, no es ese el hondo sentido vital. No se trata de una policía trascendente, no de asegurar el orden—¡vaya un orden!—en la tierra con amenazas de castigos y halagos de premios eternos después de la muerte. Todo esto es muy bajo, es decir, no más que política, o si se quiere ética. Se trata de vivir.

Y la más fuerte base de la incertidumbre, lo que más hace vacilar nuestro deseo vital, lo que más eficacia da a la obra disolvente de la razón, es el ponernos a considerar lo que podría ser una vida del alma después de la muerte. Porque, aun venciendo, por un poderoso esfuerzo de fe, a la razón que nos dice y enseña que el alma no es sino una función del cuerpo organizado, queda luego el imaginarnos que pueda ser una vida inmortal y eterna del alma. En esta imaginación las contradicciones y los absurdos se multiplican y se llega, acaso, a la conclusión de Kierkegaard, y es que si es terrible la mortalidad del alma, no menos terrible es su inmortalidad.

Pero vencida la primera dificultad, la única verdadera, vencido el obstáculo de la razón, ganada la fe, por dolorosa y envuelta en incertidumbre que ésta sea, de que ha de persistir nuestra conciencia personal después de la muerte, ¿qué dificultad, qué obstáculo hay en que nos imaginemos esa persistencia a medida de nuestro deseo? Sí, podemos imaginárnosla como un eterno rejuvenecimiento, como un eterno acrecentarnos, e ir hacia Dios, hacia la Conciencia Universal, sin alcanzarle nunca; podemos imaginárnosla... ¿Quién pone trabas a la imaginación, una vez que ha roto la cadena de lo racional?

Ya sé que me pongo pesado, molesto, tal vez tedioso, pero todo es menester. Y he de repetir una vez más que no se trata ni de policía trascendente, ni de hacer de Dios un gran Juez o Guardia Civil; es decir, no se trata de cielo y de infierno para apuntalar nuestra pobre moral mundana, ni se trata de nada

egoísta y personal. No soy yo, es el linaje humano todo el que entra en juego; es la finalidad última de nuestra cultura toda. Yo soy uno, pero todos son yos.

¿Recordáis el fin de aquel «Cántico del gallo salvaje», que en prosa escribiera el desesperado Leopardi, el víctima de la razón, que no logró llegar a creer? «Tiempo llegará—dice—en que este Universo y la Natnraleza misma se habrán extinguido. Y al modo que de grandísimos reinos e imperios humanos y sus maravillosas acciones que fueron en otra edad famosísimas, no queda hoy ni señal ni fama alguna, así igualmente del mundo entero y de las infinitas vicisitudes y calamidades de las cosas creadas no quedará ni un solo vestigio, sino un silencio desnudo y una quietud profundísima llenarán el espacio inmenso. Así este arcano admirable y espantoso de la existencia universal, antes de haberse declarado o dado a entender, se extinguirá y perderáse.» A lo cual llaman ahora, con un término científico y muy racionalista, la *entropia*. Muy bonito, ¿no? Spencer inventó aquello del homogéneo primitivo, del cual no se sabe cómo pudo brotar heterogeneidad alguna. Pues bien; esto de la entropia es una especie de homogéneo último, de estado de perfecto equilibrio. Para un alma ansiosa de vida, lo más parecido a la nada que puede darse.

* * *

He traído hasta aquí al lector que ha tenido la paciencia de leerme al través de una serie de dolorosas reflexiones, y procurando siempre dar a la razón su parte y dar también su parte al sentimiento. No he querido callar lo que callan otros; he querido poner al desnudo, no ya mi alma, sino el alma humana, sea ella lo que fuere y esté o no destinada a desaparecer. Y hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital. Y llegado aquí, os he dicho que hay que aceptar el conflicto como tal y vivir de él. Ahora me queda el exponeros cómo, a mi sentir y hasta

a mi pensar, esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión y hasta de una lógica. Pero en lo que va a seguir habrá tanto de fantasía como de raciocinio; es decir, mucho más.

No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso. El divino Platón, después que en su diálogo *Fedón* discutió la inmortalidad del alma—una inmortalidad ideal, es decir, mentirosa,—lanzóse a exponer los mitos sobre la otra vida diciendo que se debe también mitologizar. Vamos, pues, a mitologizar.

El que busque razones, lo que estrictamente llamamos tales, argumentos científicos, consideraciones técnicamente lógicas, puede renunciar a seguirme. En lo que de estas reflexiones sobre el sentimiento trágico resta, voy a pescar la atención del lector a anzuelo desnudo, sin cebo; el que quiera picar que pique, mas yo a nadie engaño. Sólo al final pienso recojerlo todo y sostener que esa desesperación religiosa que os decía, y que no es sino el sentimiento mismo trágico de la vida, es, más o menos velada, el fondo mismo de la conciencia de los individuos y de los pueblos cultos de hoy en día, es decir, de aquellos individuos y de aquellos pueblos que no padecen ni de estupidez intelectual ni de estupidez sentimental.

Y es ese sentimiento la fuente de las hazañas heroicas.

Si en lo que va a seguir os encontráis con apotegmas arbitrarios, con transiciones bruscas, con soluciones de continuidad, con verdaderos saltos mortales del pensamiento, no os llaméis a engaño. Vamos a entrar, si es que queréis acompañarme, en un campo de contradicciones entre el sentimiento y el raciocinio, y teniendo que servirnos del uno y del otro.

Lo que va a seguir no me ha salido de la razón, sino de la vida, aunque para trasmitíroslo tengo en cierto modo que racionalizarlo. Lo más de ello no puede reducirse a teoría o sistema lógico; pero como Walt Whitman, el enorme poeta yanqui, os encargo que no se funde escuela o teoría sobre mí.

I charge that there be no theory or school founded out of me.

(MYSELF AND MINE.)

Ni son las fantasías que han de seguir mías, ¡no! Son también de otros hombres, no precisamente de otros pensadores, que me han precedido en este valle de lágrimas y han sacado fuera su vida y la han expresado. Su vida, digo, y no su pensamiento sino en cuanto era pensamiento de vida, pensamiento a base irracional.

¿Quiere esto decir que cuanto vamos a ver, los esfuerzos de lo irracional por expresarse, carece de toda racionalidad, de todo valor objetivo? No; lo absoluta, lo irrevocablemente irracional es inexpresable, es intrasmisible. Pero lo contra-racional no. Acaso no haya modo de racionalizar lo irracional; pero lehay de racionalizar lo contra-racional y es tratando de exponerlo. Como sólo es inteligible, de veras inteligible, lo racional, como lo absurdo está condenado, careciendo como carece de sentido, a ser intrasmisible, veréis que cuando algo que parece irracional o absurdo logra uno expresarlo y que se lo entiendan, se resuelve en algo racional siempre, aunque sea en la negación de lo que se afirma.

Los más locos ensueños de la fantasía tienen algún fondo de razón, y quién sabe si todo cuanto puede imaginar un hombre no ha sucedido, sucede o sucederá alguna vez en uno o en otro mundo. Las combinaciones posibles son acaso infinitas. Sólo falta saber si todo lo imaginable es posible.

Se podrá también decir, y con justicia, que mucho de lo que voy a exponer es repetición de ideas, cien veces expuestas antes y otras cien refutadas; pero cuando una idea vuelve a repetirse, es que, en rigor, no fué de veras refutada. No pretendo la novedad de las más de estas fantasías, como no pretendo tampoco, ¡claro está!, el que no hayan resonado antes que la mía voces dando al viento las mismas quejas. Pero el que pueda volver la misma eterna queja, saliendo de otra boca, sólo quiere decir que el dolor persiste.

Y conviene repetir una vez más las mismas eternas lamentaciones, las que eran ya viejas en tiempo de Job y del Eclesiastés, y aunque sea repetirlas con las mismas palabras, para que vean los progresistas que eso es algo que nunca muere. El que, haciéndose propio el vanidad de vanidades del Eclesiastés, o las quejas de Job, las repite, aun al pie de la letra, cumple una obra de advertencia. Hay que estar repitiendo de continuo el *memento mori*.

¿Para qué?—diréis.—Aunque sólo sea para que se irriten algunos y vean que eso no ha muerto, que eso, mientras haya hombres, no puede morir; para que se convenzan de que subsisten hoy, en el siglo xx, todos los siglos pasados y todos ellos vivos. Cuando hasta un supuesto error vuelve, es, creédmelo, que no ha dejado de ser verdad en parte, como cuando uno reaparece, es que no murió del todo.

Sí, ya sé que otros han sentido antes que yo lo que yo siento y expreso; que otros muchos lo sienten hoy, aunque se lo callan. ¿Por qué no lo callo también? Pues porque lo callan los más de los que lo sienten; pero, aun callándolo, obedecen en silencio a esa voz de las entrañas. Y no lo callo, porque es para muchos lo que no debe decirse, lo infando—*infandum*,—y creo que es menester decir una y otra vez lo que no debe decirse. ¿Que a nada conduce? Aunque sólo condujese a irritar a los progresistas, a los que creen que la verdad es consuelo, conduciría a no poco. A irritarles y a que digan: ¡lástima de hombre!; ¡si emplease mejor su inteligencia...! A lo que alguien acaso añada que no sé lo que me digo, y yo le responderé que acaso tenga razón—¡y tener razón es tan poco!,—pero que siento lo que digo y sé lo que siento, y me basta. Y que es mejor que le falte a uno razón que no el que le sobre.

Y el que me siga leyendo verá también cómo de este abismo de desesperación puede surgir esperanza, y cómo puede ser fuente de acción y de labor humana, hondamente humana, y de solidaridad y hasta de progreso, esta posición crítica. El lector que siga leyéndome verá su justificación pragmática. Y

verá cómo para obrar, y obrar eficaz y moralmente, no hace falta ninguna de las dos opuestas certezas, ni la de la fe ni la de la razón, ni menos aún—esto en ningún caso—esquivar el problema de la inmortalidad del alma o deformarlo idealísticamente, es decir, hipócritamente. El lector verá cómo esa incertidumbre, y el dolor de ella y la lucha infructuosa por salir de la misma, puede ser y es base de acción y cimiento de moral.

Y con esto de ser base de acción y cimiento de moral el sentimiento de la incertidumbre y la lucha íntima entre la razón y la fe y el apasionado anhelo de vida eterna, quedaría, según un pragmatista, justificado tal sentimiento. Mas debe constar que no le busco esta consecuencia práctica para justificarlo, sino porque la encuentro por experiencia íntima. Ni quiero ni debo buscar justificación alguna a ese estado de lucha interior y de incertidumbre y de anhelo; es un hecho, y basta. Y si alguien encontrándose en él, en el fondo del abismo, no encuentra allí mismo móviles e incentivos de acción y de vida, y por ende se suicida corporal o espiritualmente, o bien matándose o bien renunciando a toda labor de solidaridad humana, no seré yo quien se lo censure. Y aparte de que las malas consecuencias de una doctrina, es decir, lo que llamamos malas, sólo prueban, repito, que la doctrina es para nuestros deseos mala, pero no que sea falsa, las consecuencias dependen, más aún que de la doctrina, de quien las saca. Un mismo principio sirve a uno para obrar y a otro para abstenerse de obrar; a éste para obrar en tal sentido, y a aquél para obrar en sentido contrario. Y es que nuestras doctrinas no suelen ser sino la justificación *a posteriori* de nuestra conducta, o el modo como tratamos de explicárnosla para nosotros mismos.

El hombre, en efecto, no se aviene a ignorar los móviles de su conducta propia, y así como uno a quien habiéndosele hipnotizado y sugerido tal o cual acto, inventa luego razones que lo justifiquen y hagan lógico a sus propios ojos y a los de los demás, ignorando, en realidad, la verdadera causa de su acto, así todo otro hombre, que es un hipnotizado también, pues

que la vida es sueño, busca razones de su conducta. Y si las piezas del ajedrez tuviesen conciencia, es fácil que se atribuyeran albedrío en sus movimientos, es decir, la racionalidad finalista de ellos. Y así resulta, que toda teoría filosófica sirve para explicar y justificar una ética, una doctrina de conducta, que surge en realidad del íntimo sentimiento moral del autor de ella. Pero de la verdadera razón o causa de este sentimiento, acaso no tiene clara conciencia el mismo que lo abriga.

Consiguientemente a esto creo poder suponer que si mi razón, que es en cierto modo parte de la razón de mis hermanos en humanidad en tiempo y en espacio, me enseña ese absoluto escepticismo por lo que al anhelo de vida inacabable se refiere, mi sentimiento de la vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, esta mi irresignación a la muerte, es lo que me sugiere las doctrinas con que trato de contrarrestar la obra de la razón. ¿Estas doctrinas tienen un valor objetivo? — me preguntará alguien, — y yo responderé que no entiendo qué es eso del valor objetivo de una doctrina. Yo no diré que sean las doctrinas más o menos poéticas o infilosóficas que voy a exponer, las que me hacen vivir; pero me atrevo a decir que es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira esas doctrinas. Y si con ellas logro corroborar y sostener en otro ese mismo anhelo, acaso desfalleciente, habré hecho obra humana, y sobre todo, habré vivido. En una palabra, que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella.

Y nada tampoco se adelanta con sacar a relucir las ambiguas palabras de pesimismo y optimismo, que con frecuencia nos dicen lo contrario que quien las emplea quiso decirnos.

Poner a una doctrina el mote de pesimista, no es condenar su validez ni los llamados optimistas son más eficaces en la acción. Creo, por el contrario, que muchos de los más grandes héroes, acaso los mayores, han sido desesperados, y que por desesperación acabaron sus hazañas. Y que aparte de esto y aceptando, ambiguas y todo como son esas denominaciones de optimismo y pesimismo, cabe un cierto pesimismo trascendente engendrador de un optimismo temporal y terrenal, es cosa que me propongo desarrollar en lo sucesivo de este tratado.

Muy otra es, bien sé, la posición de nuestros progresistas, los de la *corriente central del pensamiento europeo contemporáneo*; pero no puedo hacerme a la idea de que estos sujetos no cierran voluntariamente los ojos al gran problema y viven, en el fondo, de una mentira, tratando de ahogar el sentimiento trágico de la vida.

Y hechas estas consideraciones, que son a modo de resumen práctico de la crítica desarrollada en los seis primeros ensayos de este tratado, una manera de dejar asentada la posición práctica a que la tal crítica puede llevar al que no quiere renunciar a la vida y no quiere tampoco renunciar a la razón, y tiene que vivir y obrar entre esas dos muelas contrarias que nos trituran el alma, ya sabe el lector que en adelante me siga, que voy a llevarle a un campo de fantasías no desprovistas de razón, pues sin ella nada subsiste, pero fundadas en sentimiento. Y en cuanto a su verdad, la verdad verdadera, lo que es independientemente de nosotros, fuera de nuestra lógica y nuestra cardíaca, eso quién sabe?

MIGUEL DE UNAMUNO

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD

SEGUNDA PARTE

JUVENTUD Y CARRERA MAYOR

I

La elección de carrera.

Había llegado el verano de 1842; frisaba, por consiguiente, en los quince años. Agitábase mi buena madre con la idea de la perentoria necesidad de que su hijo eligiese una carrera; mi padre abundaba en igual deseo, pero con la calma que él sentía respecto a todo lo futuro.

Como la guerra había terminado, aun sintiéndome con más vocación para militar que para otra cosa, enfriaban mi empeño los estudios matemáticos.

Entonces, como ahora, resultaba un problema dificilísimo este de procurarse cualquier modo de vivir.

La agricultura, reducida a la rutina del *arate cavate*, no estaba al alcance más que de los propietarios terratenientes; mi familia no tenía otras tierras que la arenilla de la salvadera. Tampoco había más industria que la del chocolate; y de comercio, las ruinas del de las perdidas Américas.

Quedaban las llamadas *carreras*. De la Iglesia no había que hablarme: mejor optara por marinero o ganapán.

Bien sonaban a mis oídos las palabras Arquitecto e Ingeniero; empero, salíanme al paso el sumar y el dividir, las ecuaciones y los pícaros triángulos.

No quedaban más que las tres grandes *botas de turbios* a que van a parar las masas de la juventud en la clase media y menos que mediana: Leyes, Medicina y Farmacia. Ninguna, a la verdad, me enamoraba.

¿Boticario? ¡Ni por pienso! Era oficio demasiado sedentario para mi espíritu intranquilo. Por venir de cepa, hubiese preferido el Derecho; conceptuábame más discutidor que mi abuelo y que mi padre, y creía poder sacar mejor partido. Pero la Universidad estaba en Sevilla, y la Escuela de Medicina en la misma Cádiz, donde residía la familia; tan importante circunstancia me obligó a aceptar a regañadientes la candidatura de Galeno.

En Octubre del dicho año 42 tomé matrícula en el preparatorio de Medicina y Cirugía, para cursar las asignaturas de Física experimental y Química, que explicaba, o debía explicar, nuestro catedrático D. José María López; y la de Botánica, que explicaba, en efecto, y enseñaba, el muy digno y distinguido profesor D. Manuel María de Porto.

Ignoro si alguien ha parado mientes en los grandes efectos educativos del primer año de los cursos de uua carrera mayor: constituye la verdadera divisoria de aguas de la vida. Por eso, pido perdón si en el relatar y describir esa divisoria resultase demasiado prolijo.

El Colegio de Medicina de Cádiz fue fundado por el marqués de la Ensenada, con el fin de dotar a las escuadras de un personal médico-quirúrgico propio, adornado de los mejores conocimientos de la época.

Para la mejor realización de su propósito, delegó todas sus facultades en D. Pedro Virgili, cuyas sabiduría, fama y experiencia eran entonces preeminentes. De Barcelona pasó dicho

señor a Cádiz. Dió sus instrucciones a los arquitectos, y se levantó de plano el edificio donde subsiste la celebrada Escuela.

En tanto se daba término a la obra, eligió D. Pedro los médicos cirujanos jóvenes más inteligentes y aplicados de su Escuela de Barcelona, para que pasasen a Inglaterra, Francia e Italia a perfeccionar sus estudios, ordenándoles también según sus aptitudes las ciencias que deberían ampliar más especialmente. Decir los nombres de los elegidos es dejar abonados el acierto y la sabiduría del elector.

A Gimbernat lo mandó a Inglaterra para que conociese sus ya entonces adelantados ciencia y arte quirúrgicos. A Mutis, a Francia, Suecia y otros países que hacían grandes progresos en Botánica y demás ciencias naturales. A Lubet, mi bisabuelo, padre de mi abuela paterna, a Bolonia y otras ciudades de Italia, para ampliar sus conocimientos en Higiene y Patología.

Con éstos, más Ametller y el mismo Virgili, comenzó la enseñanza, dándose al Colegio carácter y fuero de Marina; de modo que marinos eran, y con obligación de servir en los buques del Estado por cierto número de años, los que, terminados sus estudios, habían seguido gratis, alimentados, y con una pequeña paga encima, la carrera en el Colegio gaditano.

II

Vejámenes y novatadas.

Vejámenes y novatadas constituían dos singulares costumbres universitarias y escolares, de que hoy no es fácil dar perfecta idea. Los vejámenes tenían más carácter del elemento frailuno que impregnaba las Universidades. Las novatadas respondían al elemento militar, que formaba el otro polo de la sociedad vieja española.

El *vejamen* era muy grosero: consistía en un público, solemne y escandaloso ludibrio y remoquete del estudiante, cuando concluía su carrera y tomaba el grado en Cánones o Teología, y aun en Leyes y Medicina.

La *novatada*, al revés, no era del final, sino de los años primero y segundo de la carrera. No constituía un acto único, sino un período duro y cruel a veces, mezcla de mofa y sujeción a estado de esclavitud, algo atenuado en el segundo año.

Ya en 1842, como no teníamos por junto más barcos que el vetusto *Soberano*, la fragata *Cortés* y dos bergantines apolillados, sobraban los médicos de la Armada, y sólo iban al mar los estudiantes que lo solicitaban. El Colegio, por otra parte, no vivía del presupuesto: allá se las arreglaba con los productos de sus grados y matrículas; pero eso no obstante, seguía los usos y costumbres de las novatadas traidoras.

El día 1.° de Octubre de dicho año, a eso de la una menos cuarto de la tarde, cualquier transeunte por la plaza de Frajela, que fuese observador, bien podría fijarse en un grupo de ochenta y dos mozolejos, más o menos zangones, estrechamente apiñados, encogidos, cabizbajos y que dirigían las miradas recelosas hacia la puerta del jardín botánico del Colegio de Medicina.

Hallábame entre ellos. Eramos los ochenta y dos *fisiqueros*, el rebaño corderil que esperaba temeroso la hora de entrar por vez primera en clase, a través de las horcas caudinas que se sirvieran imponernos los despiadados estudiantes *mayores*.

Sonó la hora fatal, y dirigióse el apretado grupo al jardín, para ganar el claustro por su puerta, subir la escalera principal e invadir de sopetón el aula, donde ya se estaba salvo por el pronto.

Ya en el jardín aguardaban algunos *mayores,* quienes interpelaron a algunos *fisiqueros* de esta o parecida manera:

—Mira, tú, Napoleón, ven acá; que queremos nos cuentes tus hazañas.

Napoleón era un *fisiquero* chiquitín y anchote, llamado

Pepe Erostarbe, a quien desde ese punto le quedó el nombre del héroe medio loco, medio risible, con que tanto se infatuaron los franceses. Efectivamente, aun sin sombrero de tres picos, por su porte, por su levita larga, por su frente ancha y recta, Pepe Erostarbe se parecía extraordinariamente a un Napoleón de barro.

Como es natural, una vez citado, el *fisiquero* no tenía más remedio que dejarse secuestrar a merced del interpelante, abandonando la manada.

—Tú, boquirrubio, o mucho me engaño o tu madre tiene que ser muy buena moza. Dime dónde vive y si es aficionada a la tauromaquia.

Y allí quedaba sujeta la víctima hasta que se cansaban de tomarle el pelo de la ropa, y salía corriendo y corrido para clase. Y gracias si en el camino, al topar con otros mayores, sólo sufría un torniscón, o los efectos de un bastón que, atravesándole por entre los pies, le hiciera dar un batacazo, o algún apabullo en el sombrero.

Estas bromas eran de las del género mejor. Yo escapé aquel día y otros milagrosamente; porque el peligro se repetía a la salida.

—Caballerito, tenga usted la bondad de escucharme. Estoy sin costurera y sin criada. No tengo quien me cosa, ni quien me arregle el cuarto. Usted parece una doncellita púdica, y queda a mi servicio.

Esto decía un interno a Pepe Bores, a quien siempre llamamos después «el púdico Bores»; porque, en efecto, era tan vergonzoso y ruboroso, que por cualquiera cosa se ponía como la grana. Le cayó la lotería al pobrecillo muchacho, teniendo que pegar los botones al desastrado *mayor*, hacerle la cama, llevarle el agua, limpiarle el orinal y otra porción de impertinentes menesteres.

—A ver, *fisiquero*, ¿con qué méritos cuenta usted para atreverse a seguir la carrera de Medicina?

El muchacho le contestaba lo que podía o quedábase callado.

—Me parece usted muy bruto y que no sirve para el caso. ¡A ver, a ver qué habilidades tiene usted! ¿Sabe usted bailar? Baile usted un poquito de gavota.

Y quieras que no, a bailar hasta echar el quilo, si el buen *mayor* no era algo benigno.

—Baila usted muy mal, sin arte y sin gracia. Cante usted.

Y a cantar. Si el *fisiquero* tenía correa e ingenio, menos mal; pero si se atufaba o demostraba ser hosco, voluntarioso o mal educado, ¡de Dios le viniera el remedio! Lo menos malo que le podía suceder es que le dijeran:

—Vamos, usted no sabe nada ni sirve para nada; por consiguiente, usted no sabrá nunca más que rebuznar. Rebuzne usted, ¿a ver si me equivoco?

Desdichado de él si no rebuznaba a medida y satisfacción del tirano.

—¡Bien! ¿Lo ve usted? Para eso sirve. Pero usted es demasiado modesto, y yo sé que sus facultades alcanzan a más. Vuelva a rebuznar, con más energía.

Y así lo llevaba rebuznando por los claustros, por el patio; y lo sacaba a la Plaza, le hacía subirse en un asiento del paseo, haciéndole rebuznar *urbi et orbi*.

No había resistencia posible; porque la desobediencia, la insolencia u otra protesta cualquiera pagábase con manteamiento, rapado de cabeza y cejas, y hasta con violencias y herejías.

Al hablar del Colegio de San Pedro y referir los malos tratos que dábamos al bueno de Piedra, al guardiñoso Riva y al avieso *Paimogo*, ya noté que estas cosas de chiquillos, por irregulares y deplorables que fuesen, no resultaban injustas ni vanas (mucho menos) para el fin educativo.

Al tocar ahora este duro trato que se daba a los colegiales novicios, veo que constituían en el fondo, a través de sus for-

mas groseras, vejatorias y violentas, una disciplina educativa de no escasos ni perjudiciales frutos.

Era un cierto modo de corregir la ñoñería y el encogimiento de los espíritus viciados por la mala educación doméstica. Avispaba a los muchachos, obligándoles a mostrar su carácter, el mayor o menor despejo, tolerancia o intolerancia, irritabilidad o paciencia, orgullo o llaneza. Era una esgrima del arte del mundo, tan necesaria para saber defenderse en el trato con las gentes de sus malicias, burlas, discreteos y otros recursos que constantemente, aun hasta los hombres serios, empleamos en sociedad para averiguar y saber los grados de inteligencia y educación, las cualidades que posee una persona, y discernir si vale o no vale, si es tonto o discreto, instruído o ignorante, fatuo o sencillo, y hasta si es bueno o es malo.

Mi novatada, por fortuna, se redujo a bien poco: un apabullo que sufrí en el sombrero al subir la escalera y alguna broma de no mal género, que recibí con tranquilidad, y a la cual respondí con la más agradable cortesía que me fue posible. Criado en libertad, como habrá advertido el lector por todo mi relato, tenía el mundo que era dado tener a los quince años de vida un tanto agitada. Por otra parte, no dejó de saberse en el Colegio que me picaba de espadachín; y una y otra cosa hizo que al mes no fuese gallina en corral ajeno; y a los cuatro, aunque *fisiquero,* tan *mayor* en fueros y preeminencias como otro colegial de años mayores.

Del mismo, más o menos tardíamente, fueron «tomando la tierra» algunos colegas del año, a medida de sus condiciones particulares; siendo las más valedoras y eficaces la gracia y el espíritu abierto, sin llegar a travieso.

En otros, por el contrario, se dilató el período de novatada; algunos todavía andaban en los últimos años siendo pasto de las burlas de sus compañeros: los vanidosos, los egoístas, los escasos de inteligencia, los embusteros, etc., o lo que es igual, los más defectuosos.

III

* Un catedrático como otros, y de los que aún hoy quedan vestigios.

Éralo de Física y Química D. José María López, tipo tan singular que hoy más parecerá inventado que vivo y efectivo.

Juro por Dios en mi ánima que, lejos de exagerar las líneas de su retrato, he de suavizarlas respondiendo al afecto que le tuve y conservo a su memoria; porque sus imperfecciones, defectos o lo que quiera que fuesen, quedaban todos disimulados y perdonados por una originalidad, una gracia y un cierto dón de atraerse las voluntades, que no podré decir en qué consistía.

D. José María López era chiclanero; su aspecto, formas y tono, los de un capataz de bodega vestido de domingo. Y es el caso, que de tres cosas se jactaba:

La primera, ser el mayor inteligente en vinos de todo el Universo; la segunda, saber de tauromaquia más que el que la inventó, debiéndose a ello y a sus lecciones la fama de su paisano el célebre Montes, alias *Paquiro;* y la tercera, saber más Física que Dios y más Química que María Santísima. Todas estas jactancias van expresadas con sus palabras textuales, cual si de ellas diese fe un escribano.

Cómo un hombre de tan bastas formas había llegado a ser catedrático de una Escuela donde el profesor que menos, poseía una cultura exquisita y muy superior entonces a la de todos los científicos de España, es cosa que debe saberse.

D. José María López concluyó su carrera en el Colegio de Cádiz, tomando primer embarque en el navío *Asia,* en ocasión de conducir a México al último Virrey, el general Apodaca. Cayó éste enfermo en la travesía, y López le asistió. Quedóle agradecido, y tan prendado, que al desembarcar en Veracruz no quiso desprenderse del doctor; como Autoridad suprema que era, dispuso darle de baja en el navío y llevárselo a México de médico de cámara.

Las circunstancias políticas en que encontró el Virreinato no podían ser más desastrosas. Y fue lo peor que se agravaron hasta el punto de verlo perdido en sus manos y tener que reembarcarse mirando atrás y diciendo:

—¡Ahí queda eso!

Pero, en el entretanto, el bueno de D. José, con sus arranques, su carácter, cierta travesura y malicia de campesino y aquel dón ignoto que no he podido explicar, se apoderó del afligido Virrey, en tal manera, que desde entonces la voluntad del General fue sustituída por la de D. José María López.

Y es que en los grandes conflictos de la vida, cuando pesa en el alma una gran responsabilidad, cuando en la desgracia sólo se ven ingratos, cuando los amigos huyen y todo se resuelve en defecciones, el temple más viril se apoca; y si queda un amigo, y éste es de ánimo entero y fanfarrón, y da consejo con imperioso desahogo, ese amigo se mete en las entrañas.

Así es que, desde entonces, antes le arrancarían las telas del corazón al Apodaca que arrancarle su médico.

Llegó a Madrid con él, y todo el resto de la influencia que puede quedarle a un desgraciado se empleó: primero, en obtener licencias y más licencias para D. José María López; después, para conseguir que el tiempo que le retenía a su lado, le fuese valedero como de servicios en la Armada; más tarde, para conseguir, contra leyes y estatutos, que fuese ascendido a médico primero de Sanidad de la Armada por sus extraordinarios servicios al Virreinato y a la causa de España en críticos momentos; y finalmente, para que fuese nombrado, de Real orden, catedrático de la Escuela gaditana, con opción a la primera, segunda, tercera o cuarta vacante (todo con el fin de declararlo catedrático por derecho propio) y con facultad de que permaneciera junto a su protector mientras viviese. A la postre, Apodaca, viejo, achacoso y apesarado, dejó este mundo y a su amigo, no sin declararlo único y exclusivo albacea y testamentario.

Libre D. José, solicitó la inmediata vacante, y fué a dar en

Cádiz con su persona, para ilustrar al Colegio en sus cátedras de Física, Química y Clínica médica.

Aunque rapado de conocimientos, un instinto especial, cierta intuición muy común en andaluces, y sobre todo un desenfado admirable, suplían en él con creces todas las deficiencias.

Apoderóse de la Secretaría, y encastillado allí, en todo hizo su santísima voluntad, lo mismo tuerto que derecho. En el Claustro, nadie levantaba el gallo más que él; los profesores más respetables tenían que ceder, so pena de andar a puñetazos; el decano y todos concluyeron por transigir, cual marido prudente con esposa imperfecta.

Y no se diga que los tales señores catedráticos serían unos mandrias o benditos de Dios; nada de eso. Andando el tiempo, D. José fue trasladado a Madrid; y siendo el último en llegar, se metió a todo su Claustro en el bolsillo. Uno solo, carácter duro y entero, cuya fama de tal iguala o supera a la que adquirió de sabio, y que como tipo de carácter ha llegado a ser personaje de novela, procuró resistirle, estando de su parte el derecho y la razón; y, sin embargo, sucumbió derrotado por D. José María López, teniendo que recurrir como protesta a abandonar su honrada toga y su clientela, retirándose de Madrid. Y es que D. José María tenía *un no sé qué*, lo cual nadie podrá decir qué cosa era.

No visitaba más enfermos que los soldados de la clínica; pero sacaba sus provechos, para ayudar al sueldo de la cátedra, por cien caminos que él sabía discurrir.

De Física confeccionó un libro gordo, con retazos de acá y de allá, por el que hacía pagar a cada *fisiquero* cincuenta reales de vellón. Para evitar trampas y filtraciones, comenzó el discurso inaugural de esta manera:

«Señores: la Física es la asignatura primera y más importante de la carrera. A los médicos se les llama *Físicos*: ¡ya ven ustedes! No se les dice anatómicos, ni patólogos, ni terapeutas, sino *Físicos*. Lo cual quiere decir que la medula de todo lo que hay que estudiar para saber curar está en la Física.

»Pero, por mucho que yo trabaje para metérsela a ustedes en la cabeza, sería inútil si no tuviesen un libro de texto. Ninguno de los que había valía cuatro cuartos: unos compendios que sólo podían servir para dar alguna idea a los muchachos graduados de bachilleres en los Seminarios; pero no para los *Físicos* o *médicos*.

»Para ayudar a ustedes y facilitarles el estudio, he hecho el libro que tienen ustedes aquí y que sólo aquí se vende. Cincuenta reales: los libreros son unos ladrones y les llevarían más caro. Me ha costado muchos dolores de cabeza el hacerlo. Cuando lo imprimí me costó mucho dinero, y todavía estoy entrampado.

»Los que traigan los cincuenta reales, que se acerquen a la mesa para llevarse el libro. Los que no traigan el dinero, que vengan mañana con él para comprarlo. Porque, caballeros, ya sabe todo el mundo que yo soy un catedrático justiciero. Al que sabe, le apruebo; pero el que no sabe, no pasa, y no lo levanta ni la paz y la caridad.»

Terminado este inaugural, que ya sabíamos por fama, nos acercábamos los prevenidos escolares, sacando del bolsillo los dos duros y medio.

—¿Cómo se llama usted?—preguntaba.

—Fulanito de Tal.

Y en la primera hoja escribía el nombre del alumno, y ponía una rúbrica.

Quedaron varios sin comprar el libro. En la lista de matrícula anotó los nombres de los adquirentes, poniendo al margen una crucecita; y a los que no se habían provisto del texto se lo recordaba, conminándoles para que al día siguiente sin falta trajesen el dinero para el libro.

—Conque... hasta mañana, que empezaré la explicación.

Al día siguiente, antes de sentarse, leyó la lista de los todavía no crucificados, la mayor parte de los cuales venían provistos de los respectivos *cincuenta* consabidos. Quedaron unos pocos insolventes, y les dijo:

—¿Por qué no han traído ustedes el dinero?

Unos contestaron que no eran de Cádiz y tenían que escribir para que se lo mandaran; otros, que habían estado en casa de sus apoderados sin hallarlos. Un estudiantillo majete, de capa, faja y calañés, con facha de «guapo Francisco Esteban» en estado fetal, contestó con empaque:

—Tengo el libro.

—¿Cómo que lo tiene?

—Véalo usted—y lo sacó de debajo de la capa.

—¡Veneno con el tunante! ¿Quieres robarme? ¿Dónde lo has comprado?

—En un puesto de la calle Nueva, por una peseta.

—¡Veneno! ¡Eso no vale, eso es estafarme mi trabajo! ¿No ves que este libro está firmado y sirvió ya para otro?

—Sí, señor; pero como no le falta ninguna hoja, yo creí...

—¡Déjate de retóricas, tunante!—interrumpió amostazado D. José.—Quiere decir que estoy yo aquí para quemarme las pestañas, para gastarme todo el dinero que tenía y empeñarme además, para que con una veintena de libros que vendiese, pasando en manos de un estudiante a otro, quedara yo cornudo y apaleado... ¡Vete de aquí, que no te vuelva a ver; y hasta que compres tu libro no vuelvas a entrar en clase!

Veneno, a quien le quedó ese nombre, embozóse con gran donaire en su capita corta, de vueltas encarnadas, se caló el calañés de media alcuza, y con todo el garbo y continente de un majo en miniatura salió dando compases.

Cuatro o cinco días después, poco antes de la hora de clase, vimos llegar a la plaza del Colegio a nuestro *Veneno*. Varios estudiantes nos dirigimos a él, y uno le preguntó:

—¿Vienes a comprar el libro?

—¡No!—contestó secamente.

—¿Vas a entrar en clase?

—¡No sé!

En tanto contemplaba yo a mi héroe detenidamente.

En efecto, ofrecía bastantes particularidades aquel muchacho, que, aun con la añadidura de su sombrero de media alcuza, apenas nos llegaba al hombro. Su carilla, tostada y seria, parecía la de un hombre hecho ya, pasada la juventud y un tanto marchito. No tenía bozo, ni menos indicio de barba, por lo que campaba descaradamente en su mejilla izquierda la hundida cicatriz de un tremendo *jabeque*, que le corría de la oreja a la boca. Por el borde superior de su encarnada faja asomaba el cabo de una navaja jerezana. La pequeñez de su estatura contrastaba con las más correctas proporciones de grosor y relación en cabeza, tronco y miembros. Calculando, observando y comparando mucho, venía a aquilatarse que aquella criaturilla ni era tan niño como a primera vista parecía, ni tan viejo como la inspección detenida hacía presumir. Parecióme, en definitiva, que podría tener de diez y siete a diez y ocho años mal medrados y envejecidos al mismo tiempo.

—De modo que—prosiguió el interpelante,—¿no tienes el dinero para el libro?

—¡Lo jugué!—respondió, siguiendo su camino y separándose de nosotros, sin dar lugar a más interpelaciones.

No entró en clase ni por ella le volvimos a ver. Un día, a cosa de las doce y media, me dirigía hacia el castillo de Santa Catalina; al pasar delante de la derruída muralla de la Bomba, vi las cuadrillas de presidiarios que la estaban reparando, sentados en varios grupos, concluyendo el rancho unos, descansando del trabajo otros. Uno, entre ellos, más arrebujado, formando estrecho corro, casi cerrado en bóveda por la inclinación de todas las cabezas al centro, me llamó la atención. Acerquéme, y fue grande sorpresa encontrar en el grupo a *Veneno,* tirando el *cané* a los presidiarios, sobre su maja capa que hacía de tapete.

Me aparté pensativo de aquel lugar. Muchas veces había oído en labios de personas mayores esta frase escueta: «¡los peligros de la juventud!» No me hacía eco; como declamatoria, resultaba vacía. Ahora vino al pensamiento, posándose en

un hecho real. Pero todavía repuse: «¡peligros de la juventud... y de los viejos!»

Dejando por el momento el episodio de *Veneno,* vamos a la lección de D. José.

Luego que se hubo desahogado y calmado, dió comienzo a ella de la siguiente manera: alargó la mano, tomó un cuaderno manuscrito y empezó a leer en él, punto por punto y *c* por *b*, lo mismo que impreso contenía la primera lección de su texto. Nadie podría tacharle de inconsecuente. No existía más diferencia sino que en el libro estaba en letras de molde, y en el cuaderno manuscrito con grande y clara redondilla.

También se echaba de ver que D. José sabía leer tan de corrido, que no hacía puntos ni comas; lo que, añadido a su voz de sochantre y gorda lengua andaluza, daba el admirable resultado de mi bernardina matemática, pero con incomparable mayor perfección y maestría.

Como las primeras lecciones correspondiesen a las generalidades, divisiones, definiciones, etc., no se hicieron experimentos; pero en las siguientes sí, hasta fin de curso. Mientras abejorreaba D. José, un su sobrino (Cisneros), de años mayores, ayudado del mozo del gabinete de física, hacía los experimentos, y así pescábamos alguna cosa.

El gabinete era magnífico, aunque un tanto anticuado; pero estaba prohibido que entrásemos los estudiantes en él, porque no rompiésemos los aparatos.

Terminada la lectura y sus correlativos experimentos, pasaba lista el ayudante, y su tío comenzaba a preguntar:

—Don Fulano de Tal. ¿Qué es Física?

Y el muchacho contestaba de carretilla, o se atascaba así:

—Física es la ciencia... Física es la ciencia... la ciencia...

Y D. José le ayudaba sílaba a silaba:

—Que... la ciencia que... trata...

—Que trata...

Y era de ver, y no menos de holgarse, con aquel método de

enseñanza silábica del graciosísimo, singularísimo, pacientísimo y a la vez impaciente D. José.

Pero lo más divertido era cuando llegaba el punto a las explicaciones de la óptica. Como la cátedra había de quedarse a oscuras para hacer los experimentos, ¡aquí te quiero ver! El aula, a pesar de ser la mayor, el mismo salón de grados o *Paraninfo* (como hoy se llama, no sé si con dejo pedantesco), llenábase de bote en bote. A tales experimentos no faltaba ningún matriculado, ni los estudiantes traviesos de los demás cursos.

Leído en plena luz el capítulo correspondiente, D. José echaba una mirada imponente, corriéndola por todos y cada uno de los bancos, y acto continuo endilgaba este discurso oral:

«Señores. Todo lo que corresponde a la luz y a sus leyes, su composición, su descomposición por el prisma, etc., etc., que habeisme oído explicar, no se puede comprender bien sin ver las cosas por sus experimentos.

»Como esto interesa a los que estudian Física, pero aún más a los que estudian Fisiología (porque sin eso no pueden saber lo que es el ojo, ni cómo se ve, ni por qué se ve), y también importa a los Médicos y más a los Cirujanos (para operar las cataratas, etc., etc.), no extraño que esté llena la clase.

»Pero, ¡cuidado conmigo! Suelen venir algunos colegialitos a darla de graciosos y perturbar el orden, aprovechándose de quedar la clase a oscuras. Pues ¡mucho ojo! Porque tengo dadas mis disposiciones, y al que coja lo reviento, así sea el *sursum corda*.

»Andrés *(éste era el conserje)*, tú te pones a la puerta de la ventana; y si hay escándalo, cuando yo te diga «¡abre!», abres la puerta de par en par.

»Alonso *(éste era el portero)*, tú te pones á la puerta del aula, y no dejas salir a ningún pillo que trate de escabullirse.

»Tú, Cisneros, con el mozo, a atender a los experimentos y a cuidar de que no se rompa ninguna lente.

»Conque... ¡mucho ojo, y lo dicho dicho!»

Cerrábanse las puertas, dejando tan sólo perforación por donde entrara un delgado haz de luz. La clase quedaba en un silencio sepulcral.

D. José tosía, para dar comienzo a su papel de «Maese Pedro». Apenas había acabado de pronunciar la primera frase de «¡Ahora verán ustedes!», interceptándola un *ajo* pelado y desgarrado de las amplias fauces de D. José, era contestado con una carcajada universal, unísona y espontánea, que a la vez salía de todos los ámbitos de la clase.

—¡Ya salió la jeringuita! Alonso, ¿tienes echada la llave a la puerta? Nadie ha de salir sin ser registrado. ¡Ya se lo diré yo al de la jeringuita cuando concluyan los experimentos!

Verdaderamente, D. José no hablaba con propiedad. No era una jeringuita, sino jeringa y muy jeringa, sustraída del Hospital por los estudiantes de Clínica; sólo que para que sus efectos fuesen más eficaces al caso, no se disparaba en grandes masas, sino a pequeños chorretones, para rectificar la puntería en la oscuridad y repetir los asperges.

—Decía, señores, que la luz es un fluido imponderable...

Tolón, tolón. Y de un banco salía el badajeo de un cencerro.

D. José, revistiéndose de paciencia, hacía caso omiso y continuaba:

—Pero no es un cuerpo simple, porque se descompone en siete colores: rojo, anaranjado, amarillo...

Sonaba la esquila, y contestaban multitud de sonoros instrumentos, campanillas, pitos, trompetas y tejuelas de cacharros castañeteantes, que apagaban la voz gorda del maestro en el seno de un ruido infernal. Después venía un intermedio silencioso, y D. José exclamaba:

—Si no he de poder hablar, ustedes se lo pierden; se harán los experimentos sin explicación. Cisneros, pon el prisma y proyecta el espectro. ¡Otro jeringacito! Ha venido de mi izquierda. ¡Hoy voy a reventar a uno!

A la amenaza contestaban estridentes carcajadas, cence-

rros, pitos, trompetas y tejuelas, golpes de bastón sobre los respaldos de los bancos, taconeos en el piso y cuanto desapacible y ruidoso se podía discurrir. Sobrevenía otro intervalo de calma, y decía D. José:

—Están ustedes abusando de mi paciencia, y si esto sigue se concluyen los experimentos. Andrés, en cuanto vuelva el ruido, abre de repente la ventana. Cisneros, dirige un haz a reflector.

Si había un programa expreso para los experimentos, también lo había tácito para la broma escolar. Cada acto iba en *crescendo,* agregando al anterior alguna novedad. A veces, se declaraba una lluvia de patatas, que cruzaba de banco a banco, y muy principalmente hacia el centro del estrado, donde se suponía al Profesor. No dejaba de alcanzarle algún tubérculo, y advertido Andrés, abría de pronto la ventana; pero más presto quedaba todo en sepulcral silencio, y los alumnos serios y quietos como estatuas.

—¡Está muy bien! ¿Quién, al ver a todos ustedes con los ojos bajos y tan recogiditos como monjas acabadas de confesar, había de creer que eran ustedes unos *tales* y unos *cuales?* Pues, ¡ajo! no olviden ustedes que soy de Chiclana, y a mí ninguno me hace la *tal* y la *cual.* ¡Bueno sería que se me subieran a las barbas cuatro boquirrubios, que me los paso por debajo de los calzones! ¡A mí, que he navegado cincuenta años, y que yo solo reduje y metí bajo la escotilla a los marineros cuando se sublevaron en el navío *Asia!*... ¡Pues no faltaría más!

Descargado su enojo con tan enérgica filípica, añadía:

—Andrés, cierra la ventana, ¡y vamos a ver quién es el guapo que se menea!

No era tan pronto el quedarse a oscuras, como desenvolverse con mayor estrépito la anterior escena de ruidos, pataleos, patatazos, *gatadas* y *raterías.* Porque dos o tres gatos muertos, recogidos a prevención en los estercoleros, volaban por el aire, y otras tantas ratas; sin faltar alguno que otro re-

presentante vivo de tales felinos y roedores, que aumentaban la confusión.

—¡*Ajo*, Andrés, abre!

Entraba la luz del pleno medio día, para alumbrar aquel campo de Agramante, sembrado de patatas, cadáveres de alimañas y algún aparato derribado. La inmovilidad, la seriedad y el silencio sólo eran interrumpidos por el *fu* o el *miau* de algún gato espantado o por la fugaz carrera de una rata que procuraba escabullirse y ocultarse.

—¡Ahora nos vamos a ver las caras! Alonso, Andrés, ¡a la puerta de salida! Abrid sólo una raja, y que no salga nadie sin que yo lo registre por mí mismo. Ahora veremos quién es el de la jeringuita, el que sonaba el esquilón, y los de las trompetas y los pitos. ¡A ver! Aquí ni Dios se menea como yo no lo mande. Por bancos. Usted que está el primero, venga acá.

Salía el interpelado y se dejaba registrar por D. José. Su pito o lo que fuese había ya corrido de mano en mano entre los bancos, y el pecador aparecía completamente limpio. Desesperado D. José a los veinticinco o treinta registros infructuosos, jurando que se la habían de pagar, abandonó su tarea de empleado del resguardo y fuése a dar las quejas al Director, título que entonces correspondía al de Decano.

Éralo a la sazón D. José Benjumeda, hijo de la Escuela, padre refunfuñón, y por consiguiente débil; amantísimo de los estudiantes, cuyas travesuras le encantaban, aunque por obligado disimulo de su Autoridad le hacían poner cara cómicamente hosca.

—Señor Director, vengo a que quinte usted a los estudiantes que han asistido hoy a mi clase.

—¿Qué han hecho, que los quiere usted arcabucear?

—Aquí no puedo fusilar. ¡Si estuviera en el navío *Asia*, ya se lo diría yo! Lo que quiero es que nos reunamos en junta de catedráticos, y que de cada cinco alumnos echemos uno a la calle y pierda la carrera.

—Pero ¿qué han hecho?

Punto por punto, D. José le relataba lo ocurrido.

—Pues eso, D. José, es lo mismo que sucedió el año anterior y que le ha pasado siempre. ¡Cosas de muchachos, hombre, cosas de muchachos!

—¡Eso es! Así esto resulta una merienda de negros, y ni se puede explicar ni cabe hacer experimentos. Si yo fuera Director, ya vería usted qué pronto lo arreglaba.

—¡Sí, sí, dígamelo ueted a mí, D. José! Usted no se acuerda de que yo era inspector cuando usted estudiante. Entonces estábamos bajo las Ordenanzas de la Armada; y si yo hubiese sido tan riguroso con usted, sería hoy grumete y no catedrático. ¡Vaya, vaya, pues a fe que era usted un chiclanerito chusco!

Con tales recuerdos se aplacaba el enojo de D. José. Estas escenas se repetían todos los años; no obstante lo cual, ninguno dejó de hacer sus experimentos de óptica.

IV

* En que prosigue el retrato de D. José y la última página de Veneno.

Como ocho días antes del Patriarca, pasada lista, nos largó D. José la siguiente alocución:

«Ha llegado a mis oídos que, según costumbre de todos los años, andan ustedes pensando qué me han de regalar el día de mi santo.

»Unos querrán darme música; otros, un ramillete de esos grandes que se llevan en parihuelas.

»No hagan ustedes tonterías. ¡Para músicas estoy yo! Me alborotan la vecindad, me obligan a salir al balcón a media noche y que pille un catarro.

»Pues, ¿y los dulcecitos? Porque el catafalco de guirlache y meren gue no se eche a perder, es preciso estarse atracando

una semana, y se les descompone la barriga a todas las mujeres de la casa.

»Nada de tonterías. ¡Mandádmelo en duros!»

Acto seguido, abrió el cuaderno y comenzó el trabajo de su lectura.

No tardó mucho el mes de Mayo, último de curso, y en que la proximidad de los exámenes pone en un hilo el ánimo estudiantil.

El día primero del referido mes volvió D. José María López a usar de sus arengas, y aquélla fue tan breve como sigue:

—Señores, desde que soy catedrático, no he conocido un curso de peores estudiantes. El que no es un bruto, es un desaplicado. Y aquí me tienen ustedes en el conflicto de tener que darles calabazas a todos, sin excepción.

»No me gusta hacer daño, y menos oir lamentos y ruegos; pero ya sabe todo el mundo que en los exámenes tengo que ser justiciero.

»Lo único que puedo hacer por ustedes es darles un repaso por las tardes, para que así puedan contestar algo en el examen,

»¡No lo hago por interés! Paga adelantada: el repaso, cinco duros.»

No hay que decir que aquí no había tu tía. Los cinco duros eran el *pasavante* indispensable para la aprobación. A los dos o tres días, cada *fisiquero* había satisfecho su contribución; excepción hecha de *Veneno*, que no había vuelto a aportar por la cátedra, ni aun por la plaza del Colegio.

El repaso lo dábamos a las cuatro de la tarde, consistiendo en lo siguiente: D. José dió lectura muy corrida al cuadernillo en que iba la primera lección del curso, y después dedicó un cuarto de hora a hacer preguntas.

Si leyendo despacio no se entendía lo leído (porque el tono uniforme, la voz gruesa y la falta de pausas de punto y de coma que dieran sentido a las oraciones, producían un rumor más bien que otra cosa), figúrese el lector qué sucedería leyendo D. José de mogollón y para salir pronto del paso.

Aquel *runrún* producía mareo, que, unido a la hora pesada de la tarde, a la pereza de la primavera y al zumbar de muchos moscardones (de cierto, atraídos por la lección de D. José), terminaba en el mas profundo sueño. Así, al cuarto de hora, el aula dejaba en pañales a la leyenda de los siete durmientes; porque no eran siete, sino 70 u 80 escolares profundamente narcotizados, muchos de ellos roncadores.

D. José no debía parar mientes en aquello, y aun sospecho que se hipnotizaba a sí mismo; porque de otra manera no se comprende cómo no prohibía las salidas de tono, las paradas en firme, los altos y bajos de los múltiples ronquidos del atento auditorio.

Cuando cesaba el leer y comenzaban las preguntas, la mayoría salía del letargo. Algunos pobres rezagados seguían entonando su respectiva nota musical; que, según fuese entre otras la más sobresaliente (por sonora, destemplada o ridícula), obtenía como premio el fijar a D. José en quién era el artista... y preguntarle la lección.

Paréceme estar oyendo aún el gangoso, sibilante y estridente ruido del rezagado Pablo Subirá, interrumpido de súbito por la potente voz del catedrático:

—D. Pablo Subirá, dígame usted las leyes de la fuerza centrífuga.

Asustado el muchacho, se levanta de repente como impelido por un resorte, mira con espanto a todos lados cual si saliera del caos y se encontrara en un mundo desconocido.

—D. Pablo Subirá—repitió D. José,—diga usted las leyes de la fuerza centrífuga.

Pasados unos momentos, en que ya pudo Subirá darse cuenta de sí mismo, se pasó la mano por la frente como haciendo esfuerzos por traerse a la memoria las susodichas leyes; pero, por más que hizo, no pudo decir una palabra.

Apretado, oprimido y exprimido por nuevos mandatos imperativos de D. José, concluyó por ofuscarse de tal modo, que

estoy cierto de que si le preguntan entonces por el nombre de su padre no hubiera sabido contestar.

Viendo D. José la inutilidad de su imperio, desistió, ordenando al muchacho que para la tarde siguiente trajese aprendidas las leyes de la fuerza centrífuga.

Pablito no se durmió aquella tarde; y aun le vimos, mientras abejorreaba D. José, musitar una y otra vez, pararse, mirar alternativamente al libro y al techo, y seguir entre dientes recitándolas.

Llegó el momento de las preguntas, y fiel a su propia orden repitió D. José:

—D. Pablo Subirá, diga usted las leyes de la fuerza centrífuga.

—Las leyes de la fuerza centrífuga son once. La primera...

Y aquí se atascó; siendo lo más extraño que, si no todas, las siete u ocho primeras las había aprendido de corrido y las había *dado* muchas veces para sí.

—¡Diga usted las leyes de la fuerza centrífuga!—gritó el chiclanero profesor.

—Las leyes de la fuerza centrífuga son once. La primera...

Y mientras más gritaba D. José, menos el pobre de Subirá daba pie con bola. Sudoso y angustiado éste, sofocado aquél, concluyóse la escena como la tarde anterior:

—Para mañana, me aprende usted las leyes de la fuerza centrífuga. Porque, ¡o usted las aprende, o yo le reviento!

De igual manera se repitieron las cosas tres veces más. Compadecido desde el segundo día de las angustias del pobre Pablito, antes de entrar en el repaso le dije:

—¿Traes aprendida la retahila que te pide D. José?

—Creo que sí—me contestó;— hace dos noches que no duermo y no hago más que rezarlas entre dientes.

—Dímelas.

Y en efecto, con leves tropezones, las enjaretó una tras otra.

Mi espíritu, que tenía por necio e injusto el sistema de exá-

menes, en presencia de aquel caso me hizo conocer que además era inhumano.

El cerebro de aquel muchacho, amodorrado por el sueño, sale de él bajo la turbación de una sorpresa y queda por un momento inhábil para recordar ni discurrir. Se le ordena que aprenda una larga jerigonza, de memoria. Pone toda su voluntad en conseguirlo; pero, apenas la emoción que le produce la pregunta del profesor hiere su cerebro, se trastorna en el mismo sentido que la vez primera; una obnubilación naturalísima impide todo recuerdo y toda facultad intelectual. Mas, en el caso de Pablito bien puede decirse que no hay mal que por bien no venga. Avergonzado, no volvió a clase, abandonando la carrera. Nada volvimos a saber de Subirá.

Doce años después, yo, el más afortunado entre los 82 compañeros, el que a los cuatro años de médico había sido mejor tratado por la fortuna, tuve que ir a Carmona, llamado para una consulta. Allí encontré a Pablo Subirá.

Mientras sus condiscípulos seguíamos engullendo jerigonzas como la de las leyes de la fuerza centrífuga, él, saltando por exámenes y grados, vendiendo fajas y marselleses, calzoncillos y refajos, había adquirido un fuerte capital y una posición honrosa. Era alcalde, y estaba muy estimado. Ningún hijo de Esculapio fue favorecido como lo fue él por Mercurio.

¡Lástima de sociedad ésta, que se empeña en que toda la juventud ha de vivir a la ubre de las carreras profesionales! Gracias a las leyes de la fuerza centrífuga, Subirá tomó mejor ama de cría.

A la semana de repaso, los bancos se fueron aclarando; pocos días después, apenas si concurríamos seis o siete escolares. Llegó a tal punto la deserción, que D. José tuvo que cantar la nana tan sólo a D. Antonio Aragonés y a mí. ¡A esto quedó reducido su auditorio! Concluída la lectura, nos dijo:

—¡Vámonos! ¿Han visto ustedes año de peores estudiantes? Luego, los compromisos son para mí. Van a examinarse, no contestan una palabra, y para que los aprueben tengo que

andar a puñetazos con los catedráticos que conmigo forman el tribunal.

Verdaderamente que D. José tenía razón, pero no dejaban de tenerla a su vez los colegiales. Los cinco duros poseían la mayor virtud; eran la bula que redime toda clase de pecados. Y, por otra parte, ¿quién aguantaba el *runruneo* aturdidor de D. José?

Ni él se enteraba de lo que leía, ni a sí mismo se oía apenas. La prueba de este aserto está en el hecho que voy a referir.

Según dijimos, a más de la cátedra nuestra, explicaba Clínica médica a los estudiantes de sexto y séptimo año.

Su sistema era igual para todas las asignaturas: leer la lección, que llevaba manuscrita en un cuadernillo de papel y que copió de cualquier libro el primer año que tomó el oficio de catedrático. Ya, con tan cómodo expediente, los años sucesivos redujo su trabajo a ir puntualmente (eso sí) a su cátedra y leer los cada vez más añosos manuscritos. Pero, ¿cómo los leería, cuando un *clínico* que llegó a cátedra antes que D. José, al ver el cuadernillo sobre la mesa, le dió la tentación de escribir una diablura en el claro de una línea que quedaba después de un punto y aparte?

D. José comenzó la tarea de su lectura. No atendió siquiera a la variación del carácter de la letra, y en su monótona faena llegó a barbotear de corrido estas palabras: «*Es una vergüenza que un catedrático de Clínica explique por un cuadernillo*. Los síntomas di...»

Hasta llegar a la primera sílaba de la palabra «diferenciales», no cayó en la cuenta. Poniéndose de súbito en pie, cerrando el puño y lanzándolo adelante cual si quisiera hundirlo en las narices del auditorio, le apostrofó de esta manera:

—¡Me hago la *tal* y la *cual* en el *tal por el cual* que ha escrito esto!

Y salió bufando.

El primero de Junio comenzaron los exámenes. Grande

fue nuestra sorpresa cuando vimos pasear por el claustro a *Veneno*.

—¿A qué vienes aquí?

—A examinarme.

Todos nos quedamos con la boca abierta.

—¿A examinarte, tú?

—A examinarme, yo.

Y echó a andar, con desprecio, para no dar explicaciones.

Aunque los examenes eran públicos, por concierto expreso de los estudiantes, resultaban secretos. Sólo entraban uno a uno, a medida que era llamado por lista y repetido su nombre en alta voz por el bedel. Entraba el examinando; y los compañeros quedábamos guardando la puerta para evitar la fiscalización indirecta, y hacer que en el caso de un desastre fuera éste menos vergonzoso.

Veneno tenía el número 8 en la matrícula. Aunque desde la escena del libro fue borrado de la lista, aquel solemne día sonó su nombre, y entró en la sala con su habitual traje y acostumbrado desplante.

A pesar de la consigna, algunos *fisiqueros* nos quedamos con medio cuerpo fuera y medio dentro del salón, para ver lo que iba a pasar.

Presidido por D. José, como profesor de las principales asignaturas, formaban parte del tribunal D. Manuel María de Porto, profesor de Botánica (cuya asignatura daba en el primer trimestre), y otro catedrático que no puedo recordar, y que hacía de secretario.

Lo primero fue extrañarse del caso D. Manuel de Porto, y decir al alumno:

—Usted está borrado de mi lista, porque sólo asistió los dos días primeros a mi clase.

Veneno no contestó, pero D. José lo hizo por él de esta manera:

—Es verdad. Cayó enfermo con unas intermitentes, me llamó para que le asistiera; y, aunque le atraqué de quinina,

siguió con las calenturas hasta que tomé el partido de mandarlo a su tierra, y ya no pudo venir hasta pasadas las vacaciones de Navidad; pero en mi clase ha sido muy asistente y sabe bien la asignatura.

D. Manuel meneó la cabeza; y antes de que dijera nada, comenzó D. José a hacer preguntas a *Veneno*, las cuales contestaba éste de corrido.

Preguntó después Porto, y no le contestó ni una sola palabra. Antes que el Secretario preguntase, D. José dijo á *Veneno*.

—Puede usted retirarse.

Salió, y los curiosos despejamos la puerta. Tardaron bastante tiempo en llamar al número 9; oíamos voces de altercado entre Porto y D. José. Al fin votaron D. José y el Secretario por la aprobación y D. Manuel por la reprobación; pero, constituyendo los primeros mayoría, quedó *Veneno* a flote.

¿Cómo se había hecho este milagro? Ahora se sabrá; y se sabrá por boca del mismo D. José.

Cursaba con nosotros Física un hombre hecho y derecho, de más de treinta años, a quien ya he nombrado: D. Antonio Aragonés. Como persona formal, le distinguía D. José; y después de clase, se iban en compañía hablando amigablemente.

D. José, con sus genialidades y defectos, incluso el de andaluz exagerador e inventor de embustes (que él mismo consideraba a veces hechos reales), era un espíritu ajeno a toda clase de hipocresía. La absoluta carencia de tal vicio declaraba los que tenía, sin hojas de parra ni veladuras, haciéndole tomar cierto aspecto cínico; pero sin producir repugnancia, sino risa, por las razones que luego manifestaré.

Pasados los exámenes, Aragonés interpeló al profesor:

—D. José, ¿cómo fue que *Veneno* ganó el año?

—¡No me hable usted de eso! ¿No sabe usted lo que ha pasado?

—No, señor, y por eso lo pregunto.

—Pues voy a contar a usted lo que ha hecho ese pillo.

«El día antes de los exámenes se presentó en mi casa con su padre, quien se echó a mis pies, y me dijo que su niño se lo había confesado todo: que no había ido a clase, que no había comprado el libro ni estado en el repaso. Pero que él era un pobre labrador, que hacía grandes sacrificios por dar carrera al niño. Que si éste era desaplicado y de mala conducta (cosa disculpable en un muchacho), en cambio era más valiente que un gallo inglés, por lo cual tenía fama y era el niño mimado en Ronda y toda la Serranía. Que si perdía el año, su madre se iba a morir de pena; tanto más que estaba de meses mayores. Que yo era el cuchillo y él la carne. Que era persona muy agradecida, y que no perdería yo ni lo del libro ni lo del repaso, ni el favor de aprobar al niño. En fin, tanto me suplicó y me dijo, que no pude resistir. ¡Vamos, que con este corazón que Dios me ha dado, casi se me saltaron las lágrimas! Pero, como yo he *corrío* mucho mundo y a mí nadie me la pega, dije al padre:

»—Voy a hacer por usted un imposible: voy a que *Veneno* gane el año. Pero de mí no se burla nadie, y ya sabe usted lo que pasó con el libro y el repaso.

»—Sí, señor, se lo pagaré a usted todo: siete duros y medio. Y por el favor de aprobarle, le daré hasta veinte.

»Como usted comprende, quedaban doce duros y medio por la aprobación (lo cual era una mezquindad), por lo que le dije que *no*, y me cerré a la banda.

»Preguntóme que cuánto quería, y le contesté que cincuenta duros; pues menos no era decente que tomase un catedrático como yo. Me dijo que era un pobre, casi un *penjabro;* que nos fuésemos a la tienda de la esquina a tomar unas cañas, y allí acabaríamos de arreglarnos.

»Salimos y me convidó. Tomamos unas cañas; y, tira y afloja, quedamos en que me daría veinticinco duros por la aprobación. Pero como yo le hiciera ver la importancia y dificultad del servicio, por causa de mis compañeros de tribunal y principalmente del maricón de Porto, el padre no se avi-

no a entregarme el dinero hasta que el niño no obtuviese la aprobación. Y como yo no soy interesado, propuse que se depositara el dinero en manos de Bonifacio, el montañés dueño de la tienda. Convenido, llamamos a Bonifacio, se le entregó el dinero, se le enteró del trato; y pidiéndole medio pliego de papel, tintero y pluma, escribí:

»—*¿Qué son cuerpos?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Cuáles son las propiedades de los cuerpos?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Qué es calórico?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Qué instrumentos son los que sirven para medir el calórico?*—Y aquí va la contestación.

»En seguida le dije a *Veneno*:

»—Aprende bien esto, y no me comprometas.

»*Veneno* contestó bien a mis preguntas. Pero el maricón de Porto, conque no había concurrido a su clase, y conque no le contestó a nada de Botánica, quería reprobarle y se atestó y le echó bola negra, por más que yo le eché la escandalosa. Pero, como yo era el presidente y el catedrático de la asignatura principal, el secretario, a quien ya le había yo hablado, se vino conmigo y gané la votación.

»Pero, ahora entra lo gordo, lo que no se le puede a usted pasar siquiera por la imaginación. ¿Qué cree usted que hizo el pillo de *Veneno*? Pues, apenas supo que había salido bien, salió corriendo mientras yo quedaba en el tribunal examinándoles a ustedes. Cuando concluí, pasé a la tienda y pedí a Bonifacio los veinticinco duros. Se puso blanco, y me preguntó:

»—¿El muchacho salió bien?

»—¿Pues no había de salir? ¡Y poco trabajo que me ha costado! Dame los veinticinco.

»Se puso más blanco todavía, y me soltó el muy bestia casi a punto de llorar:

»—¡D. José de mi alma, ese tunante de muchacho me ha engañado! Entró aquí muy cabizbajo y se sentó en ese banco, junto al mostrador; le pregunté cómo había salido, y me

dijo que le habían dado calabazas. Que usted se había peleado con el tribunal y hecho cuanto pudo; pero que no contestó a los otros señores, y por sus dos votos contra el de usted quedó reprobado. Así estuvo mucho tiempo, mirando al suelo y dando suspiros, y después me dijo:

«—Mi padre, de la pena, se ha puesto malo; y me manda para que recoja los veinticinco duros.

»—¿Y se los dió usted?—le pregunté.

»—¡D. José de mi alma, perdóneme usted y dígame lo que quiera; pero me engañó el tunante, y le di los veinticinco duros!

»Como usted calculará, yo monté en cólera y le dije todo lo que me vino a la boca. Le manifesté, por último, que yo no tenía nada que ver con eso; que él era el depositario y, por consiguiente, el responsable de la cantidad. ¡Pero, nada! Aquí me tiene usted sin el dinero, sin saber dónde paran el sinvergüenza de *Veneno* ni su padre, ni cómo voy a sacárselo al bestia de Bonifacio. Y, créalo usted, D. Antonio: no siento tanto la pérdida de los veinticinco duros como siento el haber sido burlado por un chiquillo. ¡A mí, burlarse de mí, que tengo rozados los calzones de pasarme por debajo el presidio del navío *Asia!*»

Grosero, pero genuinamente andaluz, espontáneo y gracioso, con su superabundante y aberrada imaginación, falto de instrucción y de cultura, suplía sus deficiencias con intuición innata, que le permitía ser práctico felicísimo en el tratamiento de los enfermos de su clínica. Sano de cuerpo, fuerte estructura, osado y de enérgica voluntad, tenía el dón de mando, imponiéndose de grado o por fuerza.

Parecía cínico, y no lo era realmente: él creía buenos sus actos. Miraba como cosa justa vender sus libros, y como una picardía que no se los compraran; el agasajo del día de su santo, como una adehala honesta y corriente, abonada por la costumbre. Él, que no conocía la hipocresía ni el disimulo, no

podía entender los refinamientos que la sociedad actual llama delicadeza; y encargaba que no gastasen el obsequio en músicas ni en dulces.

Los cinco duros del repaso consideraba en serio que constituían obvención aneja a su destino; y así de todos los provechos que podía discurrir.

Esta moral de manga ancha (¡no hay por qué asustarse!) chocaba en D. José... porque D. José vivía retrasado.

V

¡Qué tiempos aquellos!

Esa moral era la imperante, la corriente como cosa naturalísima a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, en todos los cargos, jerarquías y oficios, desde la Iglesia y la curia eclesiástica hasta la administración de justicia, desde los reyes hasta los regidores perpetuos, del primero al último de los funcionarios.

El rey consideraba como su propio peculio el de toda la nación. Así pudo verse que un soberano como Fernando VII, que reinó pocos años y en una época tan pobre y calamitosa, pudiera legar en su testamento fabulosa fortuna.

Muchos cargos oficiales carecían de retribución, siendo compensada ésta con arbitrarias obvenciones; todavía, cuando esto escribo, quedan restos de organismos tan imperfectos cual se puede ver en la socaliñadora curia eclesiástica y en la escala baja de la judicial.

Tiempos atrás no se solicitaban las magistraturas en América, ni los empleos, ni aun los cargos de virreyes, por el mero sueldo; sino por las obvenciones, los estipendios y elásticas adehalas que cada cual medía a su sabor. Pretender que todos nuestros antepasados fueran impuros, sería injusto; pero hay que confesar que la pureza tenía en la opinión límites menos estrechos que en la actualidad.

En nuestros tiempos, D. José María López resulta un pequeño trasunto del histórico Verres; cuarenta años atrás, era un catedrático como tantos otros en esto de inventar socaliñas para pasar la vida. Hoy se comete un desfalco: si se sabe, se denuncia, lo publica un periódico y lo repiten ciento. Antes, ni aun existía fiscalización capaz de denunciarlo: cuando menos, quedaba oscurecido y no producía escándalo.

Respecto al modo de enseñar leyendo un manuscrito, también si se examina caeremos en la cuenta de que es recuerdo de pretéritos sistemas de enseñanza. Los maestros de los pasados siglos no daban enseñanzas orales, sino lecturas. *Lectores* se llaman aún los maestros de las órdenes monásticas. *Lector* de Cánones, Teología, Leyes, Medicina, se decían los catedráticos de las Universidades. Leer a tontas y a locas, sin puntos ni comas, sin sentido y sin atender siquiera a lo que se leía, era ya el último eco de un modo de enseñanza degenerada y pervertida, tan detestable como la que hoy impera, consistente en charla insustancial y gárrula, urdimbre de lugares comunes y vulgaridades que se ensartan un día y otro día, para rellenar una hora y salir del paso.

Abrigo la esperanza de que el cuerpo docente, volviendo pronto por los fueros de su propia dignidad, se fije en sus deberes. Al efecto, darán de mano a las parodias oratorias. Las enseñanzas subjetivas (como el Derecho, la Moral, la Literatura, etc.) se darán leyendo los tratados serios, examinándolos, compulsándolos y explicándolos con notas y observaciones orales breves del maestro, para que sean mejor comprendidas por los discípulos. Tal sistema de enseñanza es el que prevalece en Alemania y otros países donde la pedagogía se encuentra adelantada. Y bueno es decir que ya en España algún profesor digno y celoso comienza a practicar dicho sistema, dando de mano a la infeliz pretensión de convertir la cátedra en un aprendizaje del Parlamento.

Las ciencias objetivas (como las Físicas, Naturales, etc.) se enseñarán... *enseñando* los objetos, mostrándolos a la vista, a

la atención, a la observación, a la experimentación y al propio estudio de los alumnos; dándoles verbalmente las noticias, los datos y relaciones que los objetos examinados sugieran, así como las claves para su clasificación y observación.

Causa grima tener que repetir cosas tan triviales, evidentes y sabidas; pero a la repetición obliga el hecho verdadero y desgraciado de que no se practiquen ni aun por la minoría de los que tienen el sagrado oficio de la enseñanza.

¡Ay! ¡Cuántos bochornos, cuántas torpezas, cuántas ignorancias hubiera yo dejado de sufrir y cometer, si me hubiesen educado y enseñado de tan sençilla manera!

VI

* El Sr. D. Manuel José de Porto.

¡Cuán grato es su recuerdo para mí! ¡Cuánto respeto me inspira su memoria!

En 1842 tendría próximamente cuarenta y cinco años. Su estatura y continente eran muy análogos a los de D. Salustiatiano Olózaga; no tan bello como éste, pero sí del mismo porte grave y distinguido. Su cara algo achatada y con muchos hoyos de viruela; cuidadosamente afeitado, usaba peluca de color castaño, bien peinada y no ridícula. Vestía con conveniente elegancia, adecuada a su edad: tan limpio y tan flamante, que parecía su ropa acabada de salir de casa del sastre.

Tan severas sus costumbres, que, por no tener vicios, ni aun fumaba. Era soltero, y no se hacía memoria en él de ningún devaneo. Por esto y su pulcritud le llamaba D. José María López «maricón», a sus espaldas, pues en su presencia le guardaba mucho respeto; hasta el punto de que sólo al Director y a Porto trataba de *usted*.

Hacía religión de sus deberes. Era tipo de hombre ilustrado; no llegaba a profundo, sino en las asignaturas que tenía

que estudiar para enseñarlas. Aun en estas, no hacía gala de sus conocimientos, y eso que estaba al día con los últimos. Hablaba con facilidad y sobria elegancia, preocupándose de la claridad y porque los alumnos le entendieran. Enseñaba bien la Botánica, mejor la Fisiología, y sobre todo, la Patología general.

Visitaba muy poco, y sólo a familias distinguidas, de manera que le quedaba tiempo holgado para estudiar y asistir puntualmente a sus cátedras.

En el partido progresista era jefe del matiz más avanzado, contrastando con sus hábitos tranquilos y de orden.

Respecto a esto último, bien podría ponérsele de modelo. Sin tener caudal, su orden llegaba a permitirle vivir con dignidad y desahogo. Su casa parecía su retrato: limpia, amplia, amueblada con tal decencia que inspiraba respeto, sin la impresión envidiosa que provoca el lujo.

Trataba a los estudiantes con consideración, pero a distancia. Molestábanle la grosería y malas formas. Repugnaba la capa y el *calañés* en los estudiantes: a estar en su mano, hubiera proscrito de la cátedra tales vestimentas.

Sereno y justo, no llegaba a severo; los estudiantes malos le respetaban, los buenos le amaban y respetaban. Su sistema era más oral que objetivo; tenía, sin embargo, algo de lo último.

Fue diputado a Cortes varias legislaturas. Vino de catedrático a Madrid, juntamente con D. José María López; Porto quedó de catedrático a secas; D. José llegó a Decano en la Central.

VII

* Mis camaradas fisiqueros.

Pretender que la educación y la enseñanza se obtienen exclusivamente de los maestros, es el concepto más estrecho y absurdo que se puede imaginar.

Por el curso de estas notas resulta demostrado que todo educa y enseña a la criatura, así los animales como las gentes, así la tierra como el agua y cuanto encierran los que decimos hoy medio interno y medio externo. No hay duda, enseñan y educan las propias sensaciones y emociones, los goces; aún más los dolores y las pesadumbres. Educa asimismo todo lo que nos rodea, y nos enseña e instruye desde que nacemos hasta la muerte.

Tanto como de los maestros, más que de los maestros, aprendí yo del comercio y trato con mis compañeros.

Desde el primer día se estableció en el cuerpo escolar la corriente de compenetración que constituye las sociedades. Dentro de esa especie de piña se construyeron asociaciones particulares de tres o más individuos que, por atracción de carácter, edad, educación o simpatía, venían a hacerse camaradas.

El grupo particular de mi filiación lo compusieron D. Antonio Aragonés, Imperial Iguino y un servidor de ustedes.

D. Antonio Aragonés era un hombre de treinta y cuatro años de edad, mediano de cuerpo, fornido y cerrado de barba negra.

Vestía con lujo, pero sin elegancia, por más que seguía la última moda. Llevaba grandes alfileres de brillantes en la pechera, ricas y numerosas sortijas inmovilizaban sus cortos y robustos dedos, y (para mayor declaración de abundancia en bienes de fortuna) usaba calabrote de oro para el reloj.

Los antecedentes de su vida eran interesantes. De muchacho, se acomodó de mozo en una tahona y después en una fábrica de fideos. Hízose muy perito en el oficio, llegó a maestro y partícipe en la fábrica; años después quedó dueño exclusivo. Exportó sus pastas a las Américas, y le fué viento en popa.

Satisfecho por este lado, sintió el noble deseo de adquirir ilustración, siguiendo una carrera; y, en efecto, a fuerza de firme voluntad, pasó la segunda enseñanza y entró a cursar el preparatorio de Medicina.

El amor propio, juntamente con su edad, le imponían grandes esfuerzos para distinguirse de la turba de los mozalbetes. Estudiaba con testarudez para conseguirlo, y buscó la amistad de Imperial Iguino, que era el número uno de la clase.

Iguino contaba diez y seis años. Yo, entonces, quince; pero, alto de más de cinco pies y ancho de pecho, aunque ligero de carnes, seguía como siempre representando tres o cuatro años más. Resultaba, por consiguiente, después de Aragonés, el más hombre de la clase; circunstancia que señaló mi puesto en aquella trinidad.

Imperial Iguino era el hijo mayor de un catedrático de aquella Escuela de Medicina, de su mismo nombre y apellido. Mi camarada, para su temprana edad, tenía uno de esos talentos prodigiosos y envidiables que rara vez concede la Naturaleza: inteligencia clara como el chorro de una fuente, memoria fenomenal, casi irritante. Dirigido por su padre, había hecho los estudios de la segunda enseñanza con seriedad. Sabía Matemáticas al dedillo; Historia Universal y de España, no con puntos ni comas, sino por obras maestras; conocía los clásicos latinos, con pelos y señales; la Literatura española, a fondo. Había leído y podía recitar *c* por *b* desde las obras de San Isidoro y de Santa Teresa hasta los escritos de Jovellanos. Además del latín, hablaba correctamente italiano y francés. Por último, era un erudito a modo de los Ménendez Pelayo.

Los apuros que yo pasaba para no hacer un papel deslucido en el triunvirato, sólo Dios lo sabe. Aragonés pasaba las noches estudiando en el libro de texto; Iguino, a los cinco días lo sabía de memoria. Yo lo abrí, y apenas pude leer la primera hoja; tal y tan arraigada de antiguo era ya mi aversión a los libros dogmáticos.

Nada podía sacar en claro del runrún del profesor, quedándome con alguna idea que sacaba de la vista de los experimentos, más alguna otra que me sugería la intuición del len-

guaje técnico y que fué pegándose al oído, de las recitaciones que hacía a su modo Aragonés para su propio uso, y de la contestación que a mis observaciones y disputas osadas daba Iguino. Por ejemplo:

—Todo eso es ignorancia—decía yo;—la luz y el calor son una misma cosa y no distintas, como tú aseguras por la autoridad de los libros.

—Esa idea no es tuya—replicaba Imperial;—es un pedazo de añejas y abandonadas doctrinas, como la teoría de los cuatro elementos, doctrinas en que creyeron los antiguos filósofos Fulano y Zutano, Mengano y Perengano.

Y seguía ensartando una retahila de nombres griegos y aun latinos, con los textos correspondientes, que me desesperaban.

—Pues mira—decíale yo;—no he leído ni por el forro a esos señores, y apenas si los conozco de nombre; lo que afirmo es que así se presenta a mi razón; y me carga que, con tus eruditiones, quieras suponer que he cometido un plagio.

A cada paso armábamos disputas semejantes, resultando siempre que todo cuanto se me ocurría habíaseles ocurrido ya a cien personas y cien siglos antes.

De todas suertes, yo con mis inventivas e Iguino con su saber, andábamos constantemente enredados; Aragonés reservaba su opinión, pero nos oía con la boca abierta. Después de todo, hablando y hablando de lo que no sabía una jota, iba pescando algo y haciendo mis composiciones de lugar.

El caso fue que, llegados los fementidos exámenes, los tres obtuvimos nota de sobresaliente: Aragonés, porque se metió el texto en la mollera; Imperial, porque se lo merecía; yo... no se sabe por qué.

VIII

* Cosas del mundo.

El paralelismo de los hechos oblígame a suspender el relato de las cosas escolares y relatar otras que, no siendo escolares, enseñan y educan.

En las vacaciones del verano empleé mal el tiempo: los meses de Junio y Julio los pasé sin hacer otra cosa que tirar al florete; Agosto y Setiembre, en Jerez correteando.

Alguna ventaja saqué por el lado de la esgrima. Desde las once a las cuatro de la tarde, con intervalos de descanso y conversación, asaltaba con cualquiera hasta rendirlo, y luego a otro y a otro. Casi en ropas menores, a pesar del calor del verano y del sudor debilitante, proseguía ágil tan violentos ejercicios.

Así adquirí solidez y rapidez en los movimientos, bastante sensibilidad en lo que se llama *tacto de hierro* y el conocimiento práctico del *medio*, o sea de la distancia más oportuna en cada instante para el ataque o la defensa.

La variación de jugadores también producía enseñanzas y ventajas, así por lo que a la esgrima se refiere, como por lo que respecta a otras esferas. Bien dice el refrán: en la mesa y en el juego se conoce la educación de las personas. En el juego de la esgrima, mucho más: viene a ser el simulacro de una lucha personal, que pone al desnudo toda la oculta cantidad de amor propio de que están dotadas las criaturas; saca a plaza los defectos más secretos del corazón y del carácter; descubre las condiciones morales, las virtudes simuladas y los grados en que están las verdaderas. Al fin y al cabo, suaviza la soberbia, establece una disciplina que obliga a reconocerse superior a unos e inferior a otros; educando así la resignación, que toma la figura de humildad digna; y educando también el sentido de nobleza, que adquiere la forma de generosidad disimulada.

Por otra parte, siendo Cádiz puerto de mar, ofrecía ocasión para el estudio de una clínica abundante de bribones, matachines, fanfarrones, desgraciados y hombres de bien, venidos de muchos puntos, y todos vistos al desnudo en el espejo de la esgrima. Ya daré cuenta, a su tiempo, de algunos ejemplares.

Conozcamos ahora al que fue mi maestro, D. Juan Camas. Híbrido franco-hispano, firmaba Camas por españolizar su apellido Campmas: altísimo de cuerpo, colorado y grueso; cincuenta y dos años en 1843, con el aditamento de una peluca rubia; ágil y tirador de la buena escuela francesa.

Su historia, ¡vaya usted a saberla! Y no es porque dejase de contarla todos los días, sino porque en tratándose de este punto, era tan embustero, que trabajo le mando a quien procurase averiguarla.

Ya decía que pasó una noche herido, en Rusia, y gracias a que, muerto al lado su caballo, le abrió la barriga y se metió bonitamente en ella como en su caracol Bernardo el Ermitaño; ya aseguraba que fue prisionero en Austerlitz; ya que había servido por la causa española en la guerra del Rosellón.

En último término, de todo el berengenal de hazañas, cuentos, inverosimilitudes e imposibilidades cronológicas, sólo pude sacar en claro que había sido soldado, gracias a un *tatuaje* que tenía en el brazo izquierdo, algo borrado por vejigatorios, y que procuraba ocultar cuidadosamente.

Por apariencia física, continente, frases y género de fanfarronería, debió de servir en el ejército francés; pero cuando ya descansaba de su fatuidad Napoleón en Santa Elena. De soldado aprendería la esgrima, llegaría a maestro, y traído a España como uno de los cien mil hijos que parió San Luis para nuestro regalo, cumpliría en Cádiz; y en Cádiz se quedó, de maestro de florete.

Sea lo que quiera, sólo sé de ciencia cierta que le conocí por vez primera en el Colegio de San Pedro, y en el punto y hora en que fuí a iniciarme bajo su magisterio.

El ejercicio de la esgrima obliga al cuerpo a mantenerse

en firme equilibrio en todas las circunstancias, en los diversos movimientos y posiciones. Tal condición se adquiere con el hábito de esgrimir; da a la persona cierto desplante en el modo de estar y de andar, que resulta provocativo y fanfarrón si el individuo no lo advierte y lo corrige por virtud de una educación delicada.

Careciendo de ella Camas, y vaciado en la turquesa del ejército que se comía los niños crudos, resultaba una caricatura a este respecto. Como toda caricatura impresiona a modo de mascarón, produjome un efecto educativo; y entiendo que no debe echarlo en saco roto la Pedagogía. Advertido de ello, procuré atenuar mis desplantes, disimular la firmeza en las actitudes con maneras de la mayor urbanidad y cortesía. Y véase cómo lo que no pudo conseguir D. Diego Choquet de Isla, etc., etc., con sus afectados cumplimientos y la sempiterna lectura de su libro, lo consiguió Camas sin pretenderlo ni saberlo y por opuesto camino.

Si Camas era así por fuera, por dentro resultaba un bendito de Dios. Buen padre y mejor esposo, trabajaba cuanto podía por ganar el pan de su familia, sintiendo todo el apego a la vida que es propio del instinto de conservación, aumentado por los lazos de mujer e hijos.

Pero, he aquí un contraste: creía que su papel de maestro de armas le obligaba a echárselas de plancheta con todo el mundo y más con los tiradores forasteros, principalmente si ofrecían visos o señales de pretender establecerse en Cádiz para hacerle competencia.

Las primeras veces que asistí a esas escenas me temblaban las carnes: creí que iba a llegar la sangre al río. Las palabras gordas, las provocaciones, los insultos recíprocos llegaban hasta el punto de echar mano a los sables o saltar los botones de los floretes y ponerse en guardia. Mas era el caso que en llegando aquí, sin saber cómo, volvíase todo agua de cerrajas. Eso sí, continuaba el ceño y aun los malos modos; pero cada *feroche* se iba por su lado.

IX

* En Jerez de la Frontera.

España estaba en armas. El Duque de la Victoria defendía su Gobierno con cierta parte del ejército. Poblaciones de importancia, sólo le quedaban Madrid, Zaragoza y Cádiz; sublevada Sevilla, sufría el bombardeo, cuyo eco llevaba la noche serena hasta Jerez.

La familia Torres, enemiga de progresistas y *ayacuchos*, estaba más contenta que unas pascuas; no así yo.

Pasé triste la temporada. Hallábase casada María Pepa. Veía venirse encima grandes nublados. No tuve gusto para registrar la librería del *Caballero*. Andaba taciturno. Escribía algunos versos, menos vacíos que los de antaño.

En Setiembre regresé a Cádiz, matriculándome en primero de Medicina. Antes de empezar el curso, habían ocurrido graves sucesos.

En Torrejón de Ardoz recibió el último golpe la causa del Duque de la Victoria; éste levantó el sitio de Sevilla. Las tropas fueron abandonándole; y sólo llegó con los más fieles hasta el Puerto de Santa María, donde a duras penas pudo embarcarse y tomar asilo en un buque de guerra inglés que le esperaba en la bahía.

Las avanzadas de D. Manuel de la Concha no encontraron resistencia. Cádiz permanecía aún por el Duque; pero como su causa era perdida, bastó que salieran gritando algunos carabineros para que se abriesen las puertas a D. Manuel de la Concha.

Según uso y costumbre, constituyó una Junta; y su primer acuerdo fue el siguiente oficio, que leyó mi padre, a las cuatro de la tarde, estando con nosotros a la mesa, acabado de comer:

«De orden de la Junta Suprema, saldrá usted de Cádiz y su

provincia en el término de veinticuatro horas precisas.—El Presidente, Manuel de la Concha.»

Mi padre sacó un bolsillo de seda verde, y de él tres monedas de oro de a cuatro duros. Dió dos a mi madre, y se quedó con una.

—No tengo más dinero—dijo.

Arregló sus papeles, hizo la maleta, y en un falucho que salía al despuntar el alba para Málaga, tomó pasaje por tres duros.

X

La escuela de los apuros.

Ocho duros por todo capital bien poca cosa es, y más poca si se trata de una familia algo numerosa.

Componíase la nuestra, a la sazón: de mi buena madre y su virtuosa y hermosísima hermana Dolores; de tres hijas, Victorina, enferma de la razón; Amalia y Paz, enferma de hidropesía; de dos hijos, Pepe, entonces de cinco años, y un servidor de ustedes, de diez y seis.

La primera medida fue despedir la casa y arrendar un piso de seis duros al mes; despedir el criado y las criadas; vender en almoneda los muebles de la sala y todo lo demás que, cual las camas y otros menesteres, no resultaba tan preciso.

Con esto se fué tirando un par de meses. Mi madre y su hermana lo hacían todo, desde la cocina al lavado y arreglo de la ropa; Amalia ayudaba en lo que podía y en el cuidado de las enfermas.

El tercero y el cuarto mes se pasaron vendiendo los cubiertos de plata; el quinto, los pendientes y alguna gala que se pudo arañar; el sexto y los siguientes... no lo sé, ¡la Providencia!

En tan angustiosa situación hallábame al comenzar la carrera. La tristeza me hizo más reflexivo; si a los catorce años

parecía tener diez y seis, a los diez y seis representaba veinte.

Con la mayor y mejor voluntad que en una criatura puede darse, comencé a estudiar Anatomía, y me dije: «Hasta ahora has sido un malísimo estudiante, no has abierto un libro; has ganado los años sin saber cómo, por misericordia de Dios y haciendo unos exámenes de farfulla. ¡Vida nueva! Aprende de tu madre, que no descansa ni de día ni de noche; que, porque salgas limpio, se pasa lavando hasta la madrugada, y luego se pone a coserte la ropa y a quitarle las manchas, para disimular en la calle la pobreza. Ya que no sabes ganar un cuarto para aliviar a la familia y cumplir con tu deber, estudia al menos, para ser algún día útil y digno.»

Majarón estudiaba, así como Cotera y Palau (mis paisanos y antiguos camaradas en la Aurora), el tercer año; no necesitaban ya el texto de Anatomía, y Majarón me prestó el suyo, un tanto sucio y deshojado.

No bien hube llegado a casa con mi libro, cuyo autor era Boyer, comencé a leerlo. No entendía la lectura.—«Párate, hombre; párate, y lee con paciencia y con más atención, párrafo a párrafo, oración por oración. Pero, ¡si parece que esto no está en castellano! *La Anatomía se divide en Osteología, Miología, Angiología, Neurología y Esplacnología.*» ¡Demonio de nombres tan extraños! Y tendré que conservarlos en la memoria. *Miología*... no, primero *Osteología,* eso es, *Osteología*... ¿Qué sigue? *Miología*. ¿Y ahora? *Esplacnología*. Ya sé, *Osteología, Miología*... ¡No me acuerdo! A ver el libro: *Angiología, Neurología* y *Esplacnología*. ¡Por vida del diantre, que voy a estar repitiendo estas palabras hasta que San Juan baje el dedo!

Y me echaba a andar por la casa como un insensato, repitiendo: *Osteología, Miología*... Ya rendido, y no sin trabucar el orden a lo mejor de la taravilla, continuaba la lectura. «*La Osteología es la primera parte de la Anatomía, y estudia y trata de los huesos, de las articulaciones y de los ligamentos.*» De los *huesos*, lo entiendo; de las *articulaciones*, lo entiendo; de los

ligamentos..., ¿qué ligamentos serán éstos? En fin, ya me lo dirán.

«*La Miología es la segunda parte de la Anatomía, y trata de los músculos y aponeurosis.*» Músculos, músculos... deben de ser las carnes rojas; sigamos leyendo. «*Llámanse así de* mus, muris, *el ratón, por tener parecido estas partes al ratón desollado.*» ¡Diablo de etimología, tan ridícula y pedantesca! Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, sé que la *Miología* es la parte que se ocupa en estudiar la disposición de las carnes. ¡Adelante!

«*De los músculos y de las aponeurosis.*» Aponeurosis, aponeurosis... ¡qué demonio de nombre! ¿Y qué significará? No lo dice aquí; lo dirá más adelante. Pero, en el entretanto, ¿cómo voy a conservar este nombre raro, bailando en mi cabeza, sin ninguna imagen de objeto o cosa que lo represente?

En fin, como a cada paso topaba con uno de estos tropiezos, la cabeza se ponía a tres bombas. Procuraba repasar en la memoria lo leído, para ver si me acordaba, y desesperábame al ver que lo que zurcía por un lado, se descosía por otro.

En esta brega seguí un día, una semana, un mes. Llegó a ofuscárseme la inteligencia de tal suerte, que lo mismo era llegar a una palabra como *apófisis, epitróclea,* etc., cuyo significado no entendía de primera impresión, que una nube espesa y negra, corriendo por la mente, me dejaba en estupor; tan estúpido y soñoliento, que, para apreciar las cosas más corrientes y usuales, tenía que levantarme, andar y pasarme repetidas veces la mano por la frente.

—Pues, señor, soy un animal; soy inepto para todo estudio. ¿Qué voy a ser? ¿Qué va a ser de mí y de toda mi familia?

Volvía a abrir el libro, y no estudiaba: lloraba sobre él.

XI

* El Director Excmo. Sr. D. José Benjumeda.

Por lo mismo que nada podía sacar en claro del libro, concurría a clase con puntualidad, atendiendo con los cinco sentidos y potencias a nuestro viejo catedrático.

Desgraciadamente, cifraba su sabiduría anatómica en saber lo mismo que Boyer: seguía su propio método (no muy metódico), detallista y prolijamente descriptivo, por lo cual resultaba confuso. De todos modos, como los objetos de la descripción los presentaba en cátedra, algo podía recoger. Con el libro a la vista y el coronal en la mano, no acertaba cuál era la cara anterior ni cuál la posterior; porque la primera más parecía superior que anterior, y la segunda más inferior que posterior. Pero estas dificultades desaparecían cuando D. José señalaba la cara de referencia, quitándome dudas y cavilaciones.

Aun con tal ayuda, confieso que la Anatomía resultaba a mi inteligencia, y más a mi memoria, una cosa insuperable.

Andaba profundamente preocupado. Veía a Iguino tan satisfecho, navegando viento en popa por los golfos anatómicos. Aragonés, masculla que masculla y pasando las noches en claro a la luz de un quinqué, llevaba corrientes sus lecciones. Y yo, en cada *apófisis,* y en cada *epífisis,* y en cualquiera *gónfosis,* tropezaba con un escollo y sentía el naufragio de la pobre inteligencia. Hallábase afligido mi ánimo con esto, y abatido además con la triste escasez de la pobreza, rayana en la negra miseria si no la blanqueasen, ocultándola, el aseo y las virtudes de mi heroica madre.

En lo más profundo de uno de mis abatimientos, caído el *esfenoides* de la mano, fijos los ojos en el libro, pero extraviados, sin leer ni aun percibir las letras, me levanté repentina y nerviosamente, diciendo:

«—¡Ajo! Pero, ¿qué es estudiar Anatomía? Estudiar el cuerpo humano, saber sus entradas y salidas, recovecos y escondrijos, dónde están sus partes, qué vecindad tienen las unas con las otras, cuáles son sus rincones. ¡Ajo! Pues ¿no sé yo andar por mi casa, no sé andar por Cádiz con los ojos vendados, sin que ningún libro empachoso me lo haya hecho aprender? Pues si yo sé de Cádiz para ir y venir, manejarme y cuanto me es preciso, y si me propongo averiguarlo, puedo sin maestro ni libro saber hasta cuántas casas de lenocinio hay en la Mirandilla, ¿qué necesidad tengo de libros ni de nadie para aprender tan bien como Vesalio hasta la última entretela del corazón?

Aquellas interjecciones a lo D. José María López, intercaladas en el razonamiento, produjeron un efecto mágico en mi espíritu. Sentíme con un vigor que se desbordaba en osadía, tiré el libro y no volví a abrirlo sino para consultar alguna que otra vez los datos de mi propia observación, confrontándolos con lo inquirido y establecido por la ciencia. El Boyer quedó como un libro de consulta, pero no como un texto para aprender por él.

Seguí escuchando atentamente a D. José. Quedábame luego examinando el esqueleto y observándolo en conjunto, luego en sus partes, después en las partes de sus partes. Así adquirí un método natural de investigación y observación, lo transporté al correlativo de descripción, y aprendí por mí mismo a ver y describir las cosas, llegando de este modo a un resultado final extraño: a no saber nada de Anatomía sin tener el objeto delante, porque el objeto es el libro que me guía y dice todo; y a saber más Anatomía que la generalidad de los anatómicos regulares, cuando el cuerpo muerto o vivo, mostrándome una sola superficie o parte, revela, a modo de telón que se descorre, todo cuanto detrás y encima y a los lados debe haber y hay en efecto. Podrá olvidárseme el nombre de un filete nervioso; pero, que debe estar allí, que está y cómo está, eso no se me olvida.

Comenzaron a poco los ejercicios prácticos de Osteología y Miología; se acostumbró el oído al lenguaje técnico de la ciencia, y pude ya correr sin andadores y sin trabajo.

Imperial Iguino, a pesar de su inteligencia y memoria prodigiosa, comenzó a sentirse contrariado. Sabía el Boyer tan bien como D. José; pero, a medida que iba aprendiendo descripciones y detalles, la acumulación de los mismos le impedía formarse idea precisa y apropiada de las cosas. Sospechaba que le pudieran disputar el puesto de primer estudiante, y para no descender de él, procuraba marcar nuestras distancias haciéndome preguntas como ésta:

—¿A que no sabes el origen del 5.° par, los filetes que de él proceden y la distribución de todos ellos?

Claro está que no podía contestarle de memoria cumplidamente, y entonces él relataba *c* por *b* y punto por punto cuanto había leído.

Pero yo persistía en mi sistema. Si Imperial era asistente a la cátedra y a los ejercicios, yo atendía con más fuerza; y si él, cumplidos sus deberes, se marchaba a su casa a leer enciclopedias, libros de viajes y de historia, yo me quedaba en el anfiteatro con los disectores, ayudándoles primero y haciendo después los trabajos y preparación de las lecciones; por lo cual, no hay que decir si les sería simpático y me quedarían agradecidos.

La emulación de Iguino no pasó a envidia ni a pasión baja; bien es verdad que yo procuraba no mortificarle y reconocía de grado su superioridad. Disputaba, sí, con él, pero no sobre Anatomía. El caso es que en las disputas me enseñaba muchas cosas de que yo estaba ignorante.

No recuerdo qué guerra había por entonces o amenazaba haberla; lo cierto es que, tocando la cuerda sensible de mis innatas y no extinguidas aficiones militares, hízome soltar la sinhueso desmedidamente. Escuchábame Iguino entre un buen círculo de estudiantes, y atajando mi taravilla, comenzó a hablar tan eruditamente de táctica, estrategia, organización de

los ejércitos, lineas de ataque, defensa y retirada, de la artillería, castrametación, fortificaciones interinas y permanentes en castillos y plazas fuertes, que a todos nos dejó embobados. Así que hubo concluído, añadí yo:

—Es muy sabio todo lo que has dicho, mas hay un punto que desde niño tengo entre ceja y ceja. Si las grandes líneas de batalla tienen su aplicación, los combates colectivos se deciden por la misma ley que las luchas personales: vence el fuerte al débil. Pero si la fuerza está en relación contraria al movimiento, un débil ligero puede vencer a un fuerte pesado. Después, el *quid* está en combinar la mayor fuerza posible con la mayor velocidad posible en un momento preciso; y para esto no me parece lo mejor los ataques en masas profundas, dispuestas en cuadrado o en paralelógramo, como hoy se usa, sino en triángulo o cuña. Un cuadrado, y más un paralelógramo, en dirección normal al frente enemigo, no ofrecen más acción destructora que las filas primera y segunda; todas las restantes son peso inerte, pero no fuerza activa.

—¡Calla, calla!—repuso Iguino.—Extrañaría que no salieses con alguno de tus plagios. Pues, esa invención tuya que dices, no tiene más fecha que una anterior a Jesucristo; es la célebre cuña romana, que saben por lectura hasta los chiquillos de la escuela.

Pero, nos hemos alejado de D. José Benjumeda.

Ya conoce el lector lo principal, a lo que añadiré: sesenta años de edad, pequeñuelo de cuerpo, un tanto rechonchete, nariz breve y labios gordos. El tener los pies deformados por juanetes y callos, le obligaba a andar dolorido con torpeza y las piernas abiertas, influyendo tales circunstancias en su carácter, que resultaba malhumorado y refunfuñón. Mas, como D. José era por dentro tan benigno, indulgente y bueno, la apariencia contraria lo hacía más simpático, respetado y querido. Siempre decía que *no* a todo; al peticionario le echaba una peluca, y apenas éste volvía la espalda, llamábale D. José y le decía:

—Pero, ¿qué quiere usted? Eso no puede ser. ¡Déjeme usted en paz!

—Pero, Sr. D. José, si...

—Vamos, vamos, no le dejan ustedes a uno vivir... Lo haré, lo haré... pero ¡déjeme usted en paz!

Y, en efecto, lo hacía, como no fuese cosa irregular.

D. José, con ser menos talentoso que otros catedráticos, gozaba en Cádiz del primer crédito y la mayor autoridad; siendo muy respetado y querido de toda la población, lo mismo de las clases altas que de las ínfimas. Había logrado el mayor triunfo que deben procurar los hombres: la estimación general. El secreto de ello estaba en su bondad, puesta más de relieve por su aspecto y hablar hosco. Era, por tanto, una figura de mucho claroscuro. Con esto, y con ser formal y exacto cumplidor de sus deberes, cosa que escasea entre andaluces; con tener un talento bien equilibrado y mejor administrado, aunque no descollase en nada, y con ser buen operador para su tiempo, queda explicado y sabido lo que atañe a mi bien amado maestro y respetable decano.

XII

* Dos pecados capitales.

Desde que hice la vida de libertad que corresponde al estudiante de carrera mayor, procuré frecuentar los correspondientes círculos de amistades y relaciones.

Queda dicho que Majarón cursaba Medicina: segundo año, cuando yo el preparatorio; tercero, cuando yo primero. Conservábale cariño, y ya se sabe por qué: era noblón, bondadoso y valiente; me había demostrado afecto, tomando voluntariamente mis deseos por mandatos.

Claro está que, al encontrarnos otra vez unidos en la carrera, procuraría cultivar su trato y amistad. Pero, mi pobre

amigo ya no era el mismo; su fondo igual, mas profundamente modificado en sus manifestaciones y aspecto. Aquel mocetón, criado en la doméstica y frailera servidumbre, en cuanto se vió libre y emancipado en Cádiz, sintió los vivos apetitos de la carne reprimida. El placer le ató al dolor. Las clases y el estudio se le hicieron pesados, indiferente la amistad. No iba a cátedra casi nunca; estudiaba poquísimo, casi nada o nada. Pasábase las noches en las casas donde se compra el amor falsificado; los días enteros, mimando a una, confidente de otra y amante apasionada de todas. Dejábase ver con dificultad, se le veía taciturno y como disgustado, sólo se hallaba bien en la sociedad aquella de jóvenes alegres y desdichadas.

Al tercer año de esos trotes, Majarón era una ruina: la sífilis luchaba victoriosa contra su potente organismo. En las vacaciones del cuarto año marchó al Puerto, para caer postrado y morir, dejando en el mayor desconsuelo al solitario padre.

La casa de pupilos donde vivía Majarón era de estudiantes. Aunque nunca dormía allí, y si comía no almorzaba, iba yo con frecuencia por si pudiera encontrarle. Muchas veces le esperaba, y con esto conocí a otro tipo estudiantil digno de estudio: Julián Reyes, matriculado en último año, tocando, por consiguiente, el término de la carrera, mediano de cuerpo, enflaquecido, con pelo rojo y chapetas coloradas.

La pupilera era una patrona gaditana, de cuarenta años, sucia, flaca y mal *jateada*. Tenía una hija de veinte, y nada más; allí no había padre, ni tíos, ni primos, ni más familia. La jovenzuela parecía concebida en su misma madre y por su propia madre; al menos, allí no aparecían vestigios de masculina filiación.

El pensamiento principal, único, exclusivo de la pupilera, pensamiento y deseo que constituía casi una obsesión, consistía en casar a todo trance a la muchacha. Realmente, ésta no tenía nada de bonita: pasadera y nada más; pero ¡vaya usted a poner una breva a la puerta de una escuela!

La madre todo era atisbar algún caso *in fraganti*, para ar-

mar escándalo y pedir al colegial goloso que le devolviera el honor, casándose con su hija.

Esas escenas se repetían alguna que otra vez; pero todo se reducía a que el escolar mudase de casa y patrona, sufriendo después por más o menos tiempo las súplicas, los denuestos y persecuciones de las ofendidas.

Llegaban éstas en último recurso a escribir a la familia del delincuente, haciendo la historia que la Dueña Dolorida a Don Quijote, y apelando al honor, la religión y otras muchas cosas. Pero, a pesar de tantos lances, siempre sacaban el anzuelo sin pez y sin carnada.

Ultimamente la madre dió a la niña instrucciones severas de moral, haciéndole entender que la promiscuidad era un pecado grave, y que no concediera dádivas sino a quien le conviniese por mayor blandura de corazón.

Desde entonces reinó como señor absoluto Julián Reyes, y con nuevas artes le fueron enredando para pescarlo.

El estado moral de Julián era lo que me parecía más digno de un fino estudio.

Ya porque estuviera tísico, ya porque dada su predisposición a la tisis la adquiriese con la vida que hacía, lo cierto es que desde tres años atrás, grado a grado, quedándose primero en la cama hasta las diez, después hasta las once o las doce, luego hasta la una, y así de más en más tarde, Julián resultó la personificación de la inactividad y la pereza. Solía levantarse, a las ocho de la noche, mal vestirse, peor lavarse, cenar con los colegas de pupilaje y jugar al tute, si tenía con quién, o al solitario, si le faltaba pareja, hasta las altas horas de la madrugada. Entonces se volvía a acostar, ¡y Cristo con todos! No hace falta decir qué tal estudiante resultaría.

Lo cierto es que ya venía haciendo de tiempo atrás ese género de vida, con su pereza... y con la hija de la pupilera.

Por un lado, que el diablo las carga, y por otro, que tanto va el cántaro a la fuente hasta que al fin se rompe, o no sé si por tantas lamparillas de aceite como madre e hija encendie-

ron a los piés de San Antonio... se opiló la niña; y Julián, quizá por pereza de dejar la cama y mantener fieras disputas, se avino a legalizar la situación, aceptando el dulce y santo yugo del matrimonio. No es de ponderar la alegría por tan deseada y valiosa pesca: un estudiante de séptimo año, un señor médico dentro de muy poco.

Pero el hombre propone (las mujeres, mejor dicho aquí), y Dios dispone.

Julián era sobrino de un cura bien acomodado de un pueblo de la provincia de Jaén, y este tío cura le costeaba la carrera. Llegó a sus oídos el fregado del bodorrio, montó en cólera y no dió cuartel. Suspendió la mesada a Julián, la patrona tuvo otra boca más que mantener, y luego pagar ama para el engendro de la escasa y especializada actividad de los ocios de su yerno.

En fin, la cosa no pudo salir peor. Julián no pudo examinarse, ni menos allegar el dinero para la reválida. Las pupileras se desquitaban llamándole pillo y haragán a cada instante, y escribiéndole al cura muchas desvergüenzas por su falta de cristianismo.

Julián llegó a no levantarse ni de noche. Algunos ratitos jugaba al solitario sobre las sucias mantas de su cama. Otras veces alargaba la mano y mecía la cuna del llorón chiquillo.

Y así la tisis le fué dejando hueco, y abandonó este pícaro mundo para buscar el del eterno descanso.

XIII

* Fisiopatología de la pereza.

Considero el vicio digno de atención pedagógica. La pereza es un vicio, nadie lo dudará. Los vicios, como las pasiones, tienen su raíz en una facultad, en una propiedad o función natural y fisiológica. Así, todo vicio y toda pasión representan

una facultad trastornada. Por tanto, la pereza tiene un origen: su fundamento está en la ley de intermitencia de la vida, en períodos de actividad y descanso alternativos.

Vulgar es, de puro sabido, que no hay función fisiológica que no sea intermitente: desde la nutrición y las excreciones, hasta la locomoción, la respiración y la circulación.

A primera vista, parece que el sistema nervioso infringe la ley; pero es una falsa apariencia. Con decir que actúa por vibraciones, queda demostrada la esencial intermitencia de su funcionamiento; verdad es que los intervalos son infinitesimales, pero también lo son en el elemento activo de la onda. Todavía hay funciones nerveas cuya intermitencia es perceptible, por ser, digámoslo así, macroscópicas; la atención, entre otras. Su límite es el descanso, la abolición de la misma por un intervalo proporcional al esfuerzo y al tiempo que se atendió. El vulgo dice que el pensamiento no puede estar parado; nada tan falso. Sin traer a cuento los síncopes y otros estados anormales, en la misma normalidad se da la *suspensión,* fenómeno muy común precisamente en los grandes pensadores. No insisto con mayores y más numerosas pruebas; sería ocioso.

Ahora bien, la pereza es una perversión del descanso natural y necesario. Tal vicio asciende a pasión desde el momento en que sojuzga a la voluntad. Hablemos de este punto.

Nótese primeramente que, ya vicio, ya pasión, está muy relacionado con el clima y con el temperamento de los individuos. En los climas fríos no se observa la pereza, sino a veces el estupor que precede a la congelación. Por el contrario, en los climas cálidos es cosa frecuente; y puedo hablar con conocimiento de causa y ciencia propia, como nacido en Andalucía.

El temperamento es otro factor importante: cualquiera diría que el linfático; no es cierto. El linfático es pesado, poco activo, lento en sus resoluciones, apático; pero, por lo mismo, es rítmico; igual, así en su acción como en su descanso. Los

perezosos salen de las personas nerviosas, ya nervioso-sanguíneas, ya nervioso-linfáticas.

Los primeros despliegan, excitados por grandes estímulos, una actividad admirable, para caer después en una inactividad estupenda. He conocido a muchos paisanos míos así: don Nicolás María Rivero, como ejemplo; yo mismo, y por eso conozco el paño.

Los segundos, o sea los linfático-nerviosos, una vez que se paran y se dejan seducir por los placeres de la pereza, ya no los levanta nadie; porque la pereza es un placer seductor, embriagador, casi inefable. Pertenece a la peor categoría de los vicios, a la categoría de los vicios solitarios.

El borracho necesita procurarse los alcohólicos, el erótico, la mujer; el jugador, el garito; pero el perezoso, con echarse en cualquiera parte, ya tiene lo que necesita. Sólo le contrarían las necesidades personales; si tiene asegurado el alimento, aunque sea escaso, nada le hace sufrir como no sean las funciones de excreción. Por eso, orina y defeca de tarde en tarde; está reventando por orinar, y aguanta todavía, por no alargar la mano e interrumpir su beatífica quietud buscando el orinal.

Por el mismo motivo, le picarán las moscas y no hará por espantarlas. Si está en la cama y hace frío, aguantará el frío mejor que levantarse y procurar una manta. Hay más: tendrá sofocos de calor, y seguirá incómodo por no incorporarse y aligerar las cubiertas.

La pereza puede ser total o parcial. Cuando es total, todo el sér reposa en una obnubilación nihilista; tomar un poco de alimento de tarde en tarde, hacer sus necesidades, a esto se reduce todo. Cuando es parcial, reposa el cuerpo y hasta se pierde el tacto y aun la noción de existir; en tanto que el cerebro goza de cierta plácida tranquilidad, semibeatífica, nirvánica.

Muéstranse varios grados en el particular. A veces, el cerebro parece que funciona por sí mismo, con fácil espontaneidad,

ofreciendo en una medio somnolencia pensamientos profundos, puntos de vista luminosos y acertados, resolución fácil a intrincados problemas.

Otras veces, de la meditación humana se va el pensar, como por una escala cromática, a sutiles regiones metafísicas y teológicas. Y sin esfuerzo, a modo de revelación, aparecen escritos en la mente nuevos *Génesis*, nuevos *Apocalipsis*, nuevas *Imitaciones*, nuevas *Moradas*, nuevos *Nombres;* de tal manera que, si no se borrasen del recuerdo, si una actividad, intercalándose en la perdida voluntad, viniera a fijar tales imaginaciones y a movernos para predicarlas, resultaríamos un Daniel o un Isaías más o menos auténticos.

En todos los estados y grados de pereza, las sensaciones y los dolores físicos se atenúan. Siéntese la molestia de una prolongada e incómoda postura o posición, y, sin embargo, se soporta por no interrumpir el placer de la quietud ensoñadora. Al fin y al cabo, la parte queda anestesiada, y sólo se percibe el entumecimiento adolorido cuando termina forzosamente el ciclo perezoso.

La posición social y los medios de fortuna modifican mucho las formas de la pereza: en los altos y bien acomodados arraiga más hondo; en los pobres, los lleva a la haraganería y a la mendicidad. Si la sociedad presente retrocediera a la Edad Media, los haraganes pobres no serían mendigos desharrapados y vulgares; elegirían la vida de eremitas, y aun puede que la de penitentes extáticos. Bastante más podría discurrir sobre tan importante materia; temo ser pesado y que arrojen el libro los lectores.

No he de concluir sin rogar a los pedagogos de los climas cálidos que fijen su atención educadora en estos puntos. Observen, no a los niños, sino a los jóvenes de quince años en adelante. Es vicio que no corresponde a la primera infancia; se inicia en la juventud y va creciendo hasta la edad de los cuarenta años; luego hace estado o decrece, pero cuando ya el cuerpo se halla enfermo y el espíritu entumido.

A poco que se inicien en el joven los albores de este vicio, es necesario acudir con la higiene y la terapéutica pedagógicas, que deberán variar según sea el tipo pático a que el individuo corresponda.

En general, convienen los juegos corporales, de preferencia al aire libre, y los baños fríos de impresión. Pero sobre todo, romper el hábito del reposo prolongado, imponiendo la voluntad del educador a la del educando. Al hacerlo así, tenga presente que el perezoso, al dejar forzado a ello su quietismo, salta malhumorado, muchas veces iracundo, algunas furioso y como demente. Sépalo para que no lo extrañe ni se dé por resentido, ni menos por desaforado de su autoridad. En su consecuencia, no cometa el desacierto de responder al viciosillo, y mucho menos desistir del empeño de romper su cadena.

XIV

* Crecen los apuros en la familia del desterrado

Soportaba las escaseces, pero sufría mucho. El concepto moral que había adquirido de la pobreza era parecido al de un cierto como rebajamiento y menosprecio, incompatibles con la dignidad personal.

Si la pobreza se hubiera podido encerrar entre las cuatro paredes de mi casa, menos mal; pero, ver que se traslucía y no quedaba oculta a los ojos de las gentes, producíame un sentimiento de vergüenza igual a si tuviese que andar en paños menores por la calle.

Por más esfuerzos que ha hecho el Cristianismo para dignificar la pobreza, no lo ha conseguido; antes bien, creo que ha dado lugar a un efecto contrario, al menos en España. Confundiendo la pobreza con la mendicidad, deshonró a la primera y fomentó la segunda. En sus predicaciones nos presentaba al Salvador del mundo sin tener dónde reclinar la cabeza; y en

sus imágenes ofrecíalo a los ojos de los fieles vestido con ricas túnicas bordadas en oro y recamadas de piedras preciosas. Declaraba los trabajos de la Santísima Vírgen, sumida en los mayores dolores y penurias de la vida, y la ostentaba coronada de perlas, esmeraldas y brillantes.

Para ejemplo vivo, creaba, en vez de órdenes que viviesen pobremente y con decoro de su trabajo, órdenes que vivían y medraban por la mendicidad en contubernio con las más altas vanidades humanas. Así, el *General* de la orden de los mendigos era el primero de los *Grandes de España.*

Tales absurdos, tantas aberraciones, produjeron unos efectos deplorables: trocaron en mendigos a los tres cuartos de la población española, y en vanidosos a la otra cuarta parte.

Ahora podrá el lector hacerse cargo de mi sufrir, cuando veía a mi señora madre salir de noche con una labor penosamente labrada por sus manos y las de su hermana Dolores, correr de una en otra tienda para venderla, sufriendo ya una destemplada negativa, ya un sofión; y gracias si al fin, y como actod e caridad, la compraba alguno por mitad de precio.

Hubiérame producido menos vergüenza, menos emoción, cualquier insulto, que la frase de:

—*¡Eres un pobre!*

¡A cuántas desdichas, a cuántos dolores del alma dan lugar los conceptos equivocados de las cosas!

Por mucho que fuese nuestro silencio y disimulo, no era posible que dejara de transparentarse la realidad. Un pariente lejano nuestro, D. Ramón Pardillo, notario desahogado, se presentó a mi madre para hacerla aceptar el pago del arriendo del *partido* (o sea del cuarto que habitábamos). Mi madre acogió el favor con lágrimas de gratitud; yo, con lágrimas de gratitud (¡Dios se lo pague!) y de vergüenza (¡Dios me lo perdone!).

Mi padrino, D. Francisco Miranda, aunque seguía residiendo en el Puerto, también se percató de nuestra pobreza y de cuando en cuando nos socorría. Mi buen tío Manuel, generoso, aunque de varia fortuna y muchas veces escasa, vino a

decirnos que él quería atender a los gastos de matrículas y libros.

Cada uno de estos favores me llevaba a pensar que era un sér inútil; que, hombre y robusto, no sabía el modo de ganar honrada y dignamente la subsistencia de mi familia. Pensaba y repensaba en esto inútilmente, no encontrando la solución del problema.

Así terminé el primer año de Anatomía. Quedábanme aún seis años de carrera: ¡seis siglos que me parecían de Purgatorio!

Marché a Jerez, a pasar las vacaciones. Escocíame estar libre aquellos meses de las penurias de mi familia; pero consideraba que, pues en nada la podía aliviar, por lo menos la descargaba de una boca.

Para mal de mis pecados, topé en Jerez con un personaje singular; y no parece sino que el mismo tentador me lo puso por delante para probarme.

A Conchita Torres, por esa fecha algo jamona, le había salido un novio por el cual estaba loca: el bestia más ganso que ha nacido ni nacerá en Jerez de la Frontera, Diego Barrero.

Figúrese el lector un tío de campo, alto, que no cabía por las puertas, fornido en proporción, con la cara tan cargada de carnes, que éstas borraban las facciones, reemplazándolas por unas prominencias que sólo permitían a sus azules ojos asomarse entre dos hendiduras horizontales.

Toda su persona vestida a lo labrador, esto es: sombrero calañés, faja, botines, calzón corto, chaquetón, muchas chorreras, y más cadenas, botones y alfileres de diamantes gordos.

Su padre había muerto pocos años atrás. Fue un gañán que se echó a pegujalero, y de pegujal a rancho, y de rancho a cortijo; comiendo gazpacho, vivió a lo pobre y murió rico. Su hijo, así educado, encontróse de repente con una gran labor, numerosas piaras y una ganadería de toros bravos con que ilustrar su nombre; *item* más, repletos los graneros, y no pocas botijas de pesos duros y onzas de oro.

Todo esto sería muy bueno, si el muy bestia no hubiera pasado a ser un ente tan poseído de sus riquezas, que sólo sabía hablar de ellas; no bastando a su jactancia recrearse en el continuo relato de su posesión, sino que, para más elevarse, despreciaba a todo el mundo. Para él, los demás labradores eran unos pobretes; las personas de más viso, unos piojosos; no hay que decir con cuánto menosprecio trataría a los trabajadores y a quienes carecíamos de medios de fortuna.

El primer día que me vió, su salutación (sin levantarse del sofá donde estaba sentado cabe su novia, y volviendo la cara hacia ella) fue la siguiente:

—¿Este es el muchacho *probe* que ustedes recogieron?

No sé cómo no le contesté:

—Sí, tío bestia. Yo soy; que pobre y todo no me cambio por usted ni por toda su casta; y que no le doy de palos, como a un mulo, por respetos a esta casa.

Pocas veces me ha costado tanto trabajo reprimirme, y bien puede la familia Torres tomarlo como la mayor prueba que podía darle de mi cariño, respeto y gratitud.

Ya he hablado páginas atrás del *impatismo* y de los *impatizadores;* difícilmente podría presentarse un ejemplo mejor que este D. Diego, de *impatizador* e *impatuoso.*

Lo que me hizo sufrir en aquella temporada, sólo Dios lo sabe. No bastaba que yo huyera de él cielos y tierra; no siempre podía, viviendo en aquella casa. Además, moralmente, estaba él allí perenne. Conchita era la niña mimada; enamorada de aquel montón de carnuza, no se podía decir de él «buenos ojos tienes». Hasta el silencio en el coro de sus alabanzas era sospechoso, y yo temía reventar a cada momento y tirar los trastos por la ventana.

En verdad que son insoportables las gentes mal educadas enriquecidas. Comprendo la inquina que los obreros tienen a los de su clase que se enriquecen, pues no a humo de pajas dice el refrán: «Ni sirvas al que sirvió, ni pidas a quien pidió.»

¡Cosa rara! Aquel medio Sansón, medio Becerro, murió tí-

sico. Aquel, cuya frase estereotípica, y que no se le caía de la boca, era: «¡Yo *ajogo* a ése con onzas!», murió pobre.

XV

* Algo de Historia.

Cayó Espartero a impulsos de una coalición heterogénea; tan opuesta en sus condiciones esenciales, que sucedió lo que tenía que suceder: los disidentes progresistas, con Olózaga el elocuente y listo, cayeron en la ratonera de los señores moderados, por roer el hueso de Isabel II.

Narváez estableció una política dura, de resistencia y permanente persecución. Los progresistas y ayacuchos, y todo bicho viviente que no fuese moderado, declaráronse en conspiración perpetua, cada cual a su modo y como Dios le daba a entender.

Claro está que yo tenía mi puesto virtual: hijo de un desterrado y padeciendo persecuciones por la justicia, aunque mancebo, ¡cátate a Periquito hecho fraile!

Mala voluntad conservaba contra ciertas gentes, para mí *non sanctas*, que habían sido en Cádiz instrumento de los moderados para combatir a Espartero. Dábanla de republicanos, cuando no había republicanos ni por un ojo de la cara; y escribían cierto periódico anarquista, por el estilo de *El Huracán*, para hacer odiosa la libertad de imprenta.

Redactábanlo y dirigíanlo un Sr. Goyena, patriota insulso y vividor; y un tal Mendoza, pillo redomado que siguió haciendo comercio de la política hasta la Revolución del 68 inclusive. Pero, en fin, el caso fue que los señores moderados de Cádiz no pagaron sus servicios; y, por consiguiente, el periódico se declaró en oposición a la subida de Narváez. Este no se anduvo en chiquitas, como Espartero, y metió a la prensa en un zapato.

Como ni Goyena ni Mendoza sabían escribir más que desvergüenzas, y no estaba la Magdalena para tafetanes, recurrieron a D. Pedro O'Cruley, a quien ya conocen los lectores, maestro mío en el Colegio de San Pedro y muy capaz de escribir cosas fuertes bajo formas untadas con manteca. Pero, no le sirvió; mandaron prenderle, mas D. Pedro pudo huir y ocultarse.

Como yo hube de conservar trato y amistad con el maestro, y como su causa era la mía, claro está que nos ligamos también políticamente. Iba a verle al escondite, le llevaba y traía recados de la familia, y hacía de grumete en planes de conspiraciones y en burlas a la policía.

De varios escondites fue preciso saltar. Gracias a que en el Cuerpo de los mismos esbirros siempre solía haber algún patriota o algún tunarra que, por comer a dos carrillos, daba el alerta.

La temporada más larga la pasó D. Pedro en un casarón de cierta calle, cuyo nombre no recuerdo, entre la catedral nueva y la vieja. Estuvo deshabitado, tenía aspecto misterioso y como de casa de duendes. Allí no entraba nadie más que yo, con las necesarias precauciones y recatos; y también un antiguo conocido, que no había vuelto a ver desde años atrás, el famosísimo Carniago, mi primero en la compañía de granaderos.

Según pude columbrar, Carniago era el conserje de aquella casa inhabitada, disponiendo de ella como de cosa propia. Por su misma mano, pero ocultos bajo capa, llevaba a O'Cruley el almuerzo y la comida. Disponía éste de un jergón tendido en el suelo de una sala espaciosa, y de un sillón viejo que fue dorado en sus mocedades. Nada menos y nada más.

Sobre mi oficio de correveidile, también servía a mi maestro en otra cosa: llevaba todos los días una botella de anisado, sin el cual no podía vivir; lo tomaba con agua; pero, lechada a lechada, consumía un cuartillo diariamente.

En aquella monótona soledad, hablábamos de Retórica y Poética, de noticias y proyectos de conspiraciones. Como muy

ilustrado que era, él me hablaba de otras muchas cosas que no dejaban de instruirme. Sabio, quitábale seriedad cierta dosis de bohemia.

Después he tropezado en mi camino con tantas personas así, que llegué a sospechar si no dependerá esto del medio externo, del país, de la educación española, de nuestra historia. Lo que puede afirmarse es que la mayoría de las grandes inteligencias nuestras se malogran por esa ligereza de costumbres a que hemos dado el nombre de *Bohemia*.

El que necesita ocultarse, entre otras mortificaciones, sufre la del aburrimiento. Don Pedro, cuando no íbamos ni Carniago ni yo, se echabá en la cama y solía dormirse. Al encontrarle a veces en tan pacífico estado, considerándolo el mejor, yo no lo interrumpía y me esperaba.

Un día me aburrí también de esperar, y entreteniendo el ocio, quise curiosear el casarón desierto.

Era grande y destartalado. Las principales puertas estaban cerradas bajo llave; por el ojo de una de ellas asomé el mío, y con gran trabajo, gracias a un alto ventanillo que, dando al corredor, crepusculaba el espacio, parecióme distinguir otra puerta en el fondo; más allá todo oscuro, y sobre la puerta algo pintado, que no era adorno ni figura, ni percibí qué fuese.

Renuncié a más curioseos, y volví al salón de mi durmiente, quien despertó al sonido de los pasos.

—¿De quién es este casarón tan viejo y destartalado?

D. Pedro no me contestó de seguida; detúvose como el que tropieza con una dificultad, y luego dijo:

—No sé de quién es; el amigo Carniago lo ha puesto a mi disposición.

Sencillamente, se me ocurrió observar esto:

—¿Quién había de decir que mi primero de granaderos podría hoy disponer de una casa como ésta? Porque según lo veo de hateado, debe de estar peor de fortuna que cuando tenía a su cargo la mayoría y el botiquín del teatro del Puerto.

D. Pedro sacó conversación por otro lado. No me pare-

cieron naturales las salidas de mi maestro, con lo cual entré en cavilaciones y mayor curiosidad.

En sus ojillos negros y redondos me pareció leer que pensaba en algo distinto de lo que estaba hablando. Suspendió la conversación, y después de un intervalo de silencio, me preguntó:

—¿Has oído tú algo sobre masones?

—Sí, en el púlpito algunas veces; y a las viejas beatas las he visto santiguarse como si se tratara del diablo.

—¿Y qué juicio tienes formado de eso?

—Pues... le diré a usted... No sé; pero tengo entendido que inspiraron o les inspiraron las ideas de la Enciclopedia, y que ayudaron poderosamente a la Revolución francesa; por lo cual me son simpáticos. Además, por palabras sueltas que en conversación con algunos amigos oí alguna vez a mi padre, barrunto que anduvo en logias y que algo tuvo de masón.

—¿De modo que ni te inspiran odio ni crees que tienen rabo como el diablo?

—No tal.

—Pues, oye: yo soy masón. Esta casa es una Logia. Ahora están en suspenso las asambleas, y los sucesos políticos han llevado a cada uno por su lado. Carniago es un hermano, de los más antiguos y consecuentes; tiene las llaves de la casa y hace de conserje hasta que esto se reorganice.

—Si cada masón anda por su lado, uno será carlista, otro cangrejo, otro progresista. ¿Cómo van a reorganizarse?

—Te diré. La Masonería es una sociedad universal; existe en todas las naciones de Europa y de América, en Oceanía y en las ciudades comerciales de Asia y Africa. Abarca miembros de todas religiones y creencias, así filosóficas como políticas. Tenemos por vínculo una moral universal, y la obligación de protegernos y auxiliarnos mutuamente. Si es verdad que las luchas políticas nos han desorganizado aquí en España, nuestro espíritu reformista y contrario al oscurantismo subsiste. Lo que se necesita hacer aquí es dejar a un lado los

tránsfugas y afiliar gente nueva. En la Masonería se entra de aprendiz y luego se va ascendiendo en grados. Yo pertenezco al rito Escocés y tengo el grado 33.

—¿Y usted toma en serio todo eso?—le interrumpí.

—¡Pues no lo he de tomar en serio, niño! ¿Crees tú que la Revolución de Francia se hubiera hecho sin nuestra sociedad? La misma Revolución española, ¿por quién se inició sino por nosotros? Por eso nos tienen tanta tirria el clero y los sostenedores del mundo viejo. Si fueras a Inglaterra, a Alemania, a los Estados-Unidos, no harías esa pregunta. Allí verías a las personas más preeminentes ocupar los altos puestos del Gobierno, siendo masones declarados. Aquí, ahora mismo y a pesar de nuestra decadencia, hay hermanos muy distinguidos en las ciencias, en el comercio y en la misma Iglesia. Casi todos los capitanes de buques, así extranjeros como españoles, están afiliados; les sirve de mucho cuando llegan a los puertos y hasta en los casos de naufragio.

—¿Y cómo les sirve? ¿Llevan alguna señal en la cara?

—No, hombre. Para eso tenemos ciertos signos. Por ejemplo: cuando nos vemos en algún peligro, enlazamos los dedos de ambas manos, y colocándolas así (cruzadas delante de la frente), gritamos: «*¡Conmigo los Hijos de la Viuda!*»

—Eso es—repuse yo;—y si está usted en Rusia, le entenderán como a mi abuela.

—Puede que no entendieran las palabras; pero, como verían tu actitud, ya comprenderían que se trataba de un hermano. Cuando vino el Ejército de Angulema, muchos patriotas debieron su salvación a los hermanos que venían en el Ejército francés; y si Riego no comete la torpeza de huir después de la batalla y se deja coger prisionero, otra hubiera sido su suerte.

—Todo eso podrá estar muy bien; pero si no es más que una sociedad de socorros mutuos, no veo la necesidad de tanto misterio.

—Te diré—me replicó.—La confraternidad universal es una idea alta y noble, muy superior al pensamiento (loable,

sin duda) de socorrerse los hombres como hermanos. Tenemos aún más altos pensamientos, representados por símbolos. Procuramos honrar y dignificar el trabajo: por eso tomamos por emblemas el compás, la escuadra y el triángulo; denominamos al Supremo Hacedor el Gran Arquitecto del Universo. Nuestra doctrina se divide en varios grados; los hermanos se van iniciando en ella en relación a los grados a que ascienden.

—Me extraña, amigo D. Pedro, que usted, que es más bien ligero que grave, y que es tan dado a la ironía, hable tan seriamente de esas cosas. No sé por qué, se me antoja que en nuestra tierra de España, donde tan poca afición hay al compás ni a trabajar, la mayoría de los hermanos han de tomar esto como un *modus vivendi* y un camino para buscar empleos.

—De todo hay, por desgracia. Pero no faltan hombres de buena fe; ahí tienes al pobre de Carniago.

—Es verdad—contesté;—pero Carniago me parece un poco tonto, y en esta tierra nuestra han desaparecido los Don Quijote, han disminuído los Sancho Panza y se han multiplicado de una manera prodigiosa los Ginesillo de Pasamonte. Y si no, que lo diga su colega de usted, Mendoza.

—En verdad que no dejas de tener razón; pero el mundo no es España. Yo tengo facultad para iniciar y conceder los primeros grados. ¿Quieres entrar en la sociedad?

—¿No, señor.

—¿Por qué?

—Por una cosa muy sencilla: porque detesto todo lazo, toda cosa que me obligue a algo; porque mi voluntad procuro sujetarla a mi pensamiento, y mi pensamiento es mudable. Hoy creo que una cosa es verdad, y mañana entiendo que no lo es. Así, yo no he nacido para ninguna disciplina. Hoy siento, con más vehemencia que ningún otro sentimiento, el sentimiento de mi libertad y el odio a la tiranía.

—Pues no adelantarás nada; serás un solitario inútil para ti, y más inútil para la patria.

—Allá lo veremos, D. Pedro.

(*Continuará.*) FEDERICO RUBIO

CRUEL DESTINO

NOVELA

Sobre toda la existencia de Vassili Fiveisky pesaba una fatalidad misteriosa y sombría. Víctima de maldiciones desconocidas, había soportado, desde su juventud, la carga de la tristeza, del dolor y de la enfermedad, y las heridas siempre frescas de su corazón no se cicatrizaban nunca.

Por medio de los hombres, iba solitario, rodeado, a lo que parecía, de una atmósfera deletérea y especial, como de una nube invisible y transparente.

Hijo de un padre humilde y resignado, pobre sacerdote desconocido, también él era un humilde y un resignado, y durante mucho tiempo, no se dió cuenta de la solapada y perversa premeditación de que usaban las miserias para descargar sobre él.

Caía pronto y se levantaba lentamente, para volver a caer, y a levantarse de nuevo con lentitud mayor; era una hormiga laboriosa, y, brizna a brizna, grano de arena a grano de arena, sin cesar, restauraba su hormiguero destruído en los caminos de la vida.

Y cuando se hubo ordenado de sacerdote, y, casado con una hermosa muchacha, dióle ésta un hijo y una hija, creyó

su destino bien sentado, sólida y definitivamente, como el de los demás hombres;—y bendijo a Dios, porque creía en El, y porque su alma no tenía malicia.

Ahora bien; al sétimo año de su felicidad, en una tórrida tarde de Julio, ocurrió esto: los niños del pueblo fueron a bañarse, y, con ellos, el hijo del pope, llamado Vassili, un muchachito moreno y reservado, como su padre. Y Vassili se ahogó.

La joven popadia, que acudió a la orilla con la multitud, asistió al simple y desgarrador espectáculo de la muerte: jamás olvidó ella los latidos de su corazón, tan sordos y tan lentos, que cada uno de ellos parecía que había de ser el último; ni la transparencia insólita del aire, por donde pasaban y tornaban las figuras familiares, pero extranjerizadas en aquel instante; ni la singular confusión de los discursos, en los que cada palabra oída parece redondearse en el aire, para deshacerse y desaparecer al punto, en medio de nuevas palabras.

Con esto concibió para toda su vida el espanto de los días claros y soleados; hacían revivir ante sus ojos los compactos grupos destacados en pleno sol, los pies desnudos sólidamente afianzados sobre los restos de legumbres esparcidos por la orilla, el impulso regular de la lancha blanca, en la que reposa, allá en el fondo, el cuerpecillo grácil y encogido, tan próximo y ya tan lejano, extrañado para siempre.

Y mucho tiempo después, cuando ya la hierba hubo brotado sobre la tumba del pequeño Vassia, la popadia repetía aún, incansable, la plegaria de las madres desgraciadas.

—¿Señor, toma mi vida, pero devuélveme a mi hijo!...

***

Desde entonces, todo el hogar del padre Vassili se puso a temer los días luminosos del estío, en que el sol arde con un fuego demasiado vivo; en que el río falaz, incendiado por los rayos del astro, brilla con intolerable resplandor...

En esos días, cuando todo se explayaba alrededor, los hombres, los campos, los animales, miradas de angustia clavábanse en la popadia, y todos, de intento, se esforzaban en hablar alto y reir ruidosamente. Pero ella, indolente y taciturna, fijaba en ellos una mirada tan singular y tan obstinada, que apartaban los ojos; ella se ponía a vagar por la casa en busca de objetos familiares: de las llaves, de un vaso, de una cuchara. Poníanle al alcance todos estos objetos; pero ella continuaba buscando, cada vez más ansiosa y más tenaz, a medida que el sol lucía más alegremente y más alto en el cielo.

Entonces, ella iba á su marido, poníale una mano glacial en el hombro, y repetía indefinidamente su vana pregunta:

—¿Vassia, di, Vassia?

—¿Qué, querida mía?—contestaba el padre Vassili, humilde y acongojado; y con sus dedos temblorosos, de uñas incultas y manchadas de tierra, alisaba suavemente el pelo desordenado.

Ella era todavía joven y bonita, y en la sotana raída del sacerdote, su mano, caída y blanca, reposaba como una mano de mármol.

—¿Qué hay, querida? ¿Quieres tomar un poco de té? Todavía no lo has tomado.

—¿Vassia, di, Vassia?—seguía ella implorando, y, apartando su mano desalentada, continuaba su busca, siempre febril y con mayor impaciencia.

Una vez explorada la casa con sus cuartos desordenados, iba al jardín, del jardín al patio, para volver otra vez a la casa; mientras tanto, el sol proseguía su marcha por el cielo, a través de los árboles; el río resplandecía tibio y tranquilo, y la hija de la popadia, Nastia, agarrada a las faldas de su madre, la seguía paso a paso, ya taciturna y grave, como si la sombra negra de las cosas futuras hubiera invadido su cerebro de seis años; sus pasos mesurados se esforzaban en igualar los pasos largos y distraídos de la madre, y sus ojos, calladamente bajos, dirigían tristes miradas al jardín familiar, pero siempre lleno de un misterioso atractivo.

***

En cuanto el sol había llegado al cenit, la popadia se encerraba en su cuarto, con las maderas cerradas; y allí, en la oscuridad, bebía hasta la embriaguez, avivando a cada trago la amargura de su pena y el escozor de sus recuerdos.

Lloraba y se hablaba a sí misma, con voz arrastradiza e incierta, como las personas que leen trabajosamente una obra difícil: eran indefinidamente las mismas historias, en que vivía, reía y moría un niñito apacible y moreno; y en sus palabras canturreantes y en sus frases de libro, los ojos, la sonrisa y los razonamientos vejetes del niño revivían un instante.

Cuando el padre Vassili advirtió, por primera vez, que su mujer se embriagaba, comprendió, en su actitud de protesta exasperada y de amarga alegría, que aquello no tenía remedio; se puso a restregarse las manos secas y ardorosas, y prorrumpió de pronto en una risa silenciosa y estúpida que no tenía fin; por fin se irguió, y apartándose de su mujer, que lloraba dolorosamente, logró contener su intempestiva hilaridad; pero continuó un buen rato con estímulos de risa que sofocaba, con las manos puestas en la boca, como un colegial travieso.

De repente se puso serio y sus mandíbulas se cerraron como un estuche de hierro; no supo hallar una palabra de ternura o de consuelo para la popadia que divagaba; solamente cuando ella se hubo dormido, hízole él tres veces en la frente la señal de la cruz, se detuvo en el jardín junto a Nastia para acariciarla friamente el pelo, y se fué al campo.

Anduvo largo rato por entre altas espigas de centeno, con los ojos fijos en el polvo blanco y blando del camino, en donde se leía aún la huella redondeada de los pies desnudos. En un recodo se detuvo. Ante él, alrededor de él, hasta el horizonte lejano, las espigas cuajadas ondulaban sobre los tallos gráciles; arriba, en el cielo azul, pálido de color, resplandecía un sol implacable, y esto era todo. ¡Ni un árbol, ni una casa, ni un hombre!

Él estaba solo, perdido en la inmensidad de las espigas, ante la visión lejana del cielo tórrido.

El padre Vassili alzó los ojos: eran pequeños y hundidos, negros como carbones, y ardían con fuego sombrío, reflejo de la irradiación del cielo; cruzó los brazos sobre el pecho y quiso hablar. Las mandíbulas de hierro, cerradas como un estuche, se estremecieron, rechinaron sus dientes, y, con un esfuerzo semejante a un bostezo convulsivo, el pope abrió la boca y pronunció estas palabras con voz alta y clara:

—¡Yo creo!

El grito de su corazón, lanzado como un reto, se perdió, sin eco, en la inmensidad del cielo y de los campos; y otra vez, con pasión, como para persuadirse o para advertir, repitió:

—¡Yo creo!

De vuelta a la casa, se puso una vez más a la tarea de reconstruir, grano de arena a grano de arena, su destruído hormiguero; asistió al ordeñar de las vacas, peinó por sí mismo el pelo largo y áspero de Nastia, y, a pesar de la hora tardía, caminó dos verstas para ir a consultar con el médico del cantón sobre la enfermedad de su mujer.

El médico le entregó unas gotas en un frasco.

II

El padre Vassili no era amado de nadie, ni de sus feligreses, ni de sus subordinados.

En la iglesia, desempeñaba mal y pobremente su oficio; su voz seca y sin amplitud mascullaba las lecturas; en ciertos momentos, precipitaba las palabras hasta el punto de equivocar al diácono; en otros, remoloneaba sin motivo.

Aunque no fuese codicioso, su manera de recibir el dinero y las ofrendas era tan torpe, que se le creía interesado y se le reían en las barbas. Y como, por añadidura, se sabía que era muy desgraciado en su vida privada, todo el mundo de los alrededores le tenía aparte con cierto deprecio, y hasta se consideraba como un mal presagio el encontrarle o conversar con él.

El día de su cumpleaños invitó a cenar a los notables del pueblo, y todos contestaron aceptando; pero cuando llegó la hora de la cena, solamente acudió el clero; ninguno de sus feligreses distinguidos se presentó al festín; el pope se encontró humillado ante sus subordinados, y la popadia, que veía así prodigados estérilmente los vinos de precio y los postres encargados a la ciudad, sintióse cruelmente mortificada.

—Ni siquiera quieren ya venir a nuestra casa—suspiró ella tristemente; y sin haber probado los vinos.

***

Cuando los convidados se fueron, estaban borrachos y apenas dieron las gracias; de otra parte, en su voracidad ansiosa, no habían apreciado ni los postres, ni lo selecto de los vinos.

El más inconveniente para el pope era el mayordomo, un tal Juan Porfirich; despreciaba abiertamente al sacerdote por su mala suerte, y cuando se hizo del dominio público la espantosa embriaguez de la popadia, juró no volver a besar la mano del pope.

Era a la salida de la misa: cuando el padre Vassili le alargó la mano, Iván Porfirich hizo ostentación de volver insolentemente la cabeza.

La mano, atezada por el aire libre, quedó colgante, y el pope enrojeció hasta las orejas, sin decir palabra.

Este incidente, de que se habló en el pueblo, sirvió para confirmar á Iván Porfirich en su opinión de que el pope era un mal hombre, sin dignidad; resolvió trabajar a los campesinos para incitarles a quejarse a la hiparquía y solicitar otro pastor.

Iván Porfirich era un hombre rico, perfectamente feliz y universalmente respetado; tenía un aire de importancia, mejillas duras y llenas, poblada barba negra; y el vello, negro también, que le cubría todo el cuerpo, sobre todo el pecho y las piernas, parecíale ser indicio de una felicidad particular; era, por añadidura, altivo, presuntuoso; estaba siempre alegre

y persuadido de que Dios le había elegido entre los otros hombres. Un terrible accidente de ferrocarril, en el que hubo numerosas víctimas, no le costó a él más que la pérdida de la gorra, «y estaba ya vieja», decía él con aire de suficiencia, porque esta circunstancia le parecía ser un nuevo mérito en su activo.

Todo esto hacía del mayordomo un sér terrible y extraordinario a los ojos del pope. Cuando se encontraban, él era el primero en quitarse el sombrero de anchas alas con apresuramiento poco distinguido; y al alejarse, apresuraba el paso, como el de un hombre asustado y avergonzado de su susto, y sus piernas débiles se enredaban en los pliegues de su sotana. Parecíale que todo su destino enigmático y cruel se encerraba en aquella barba negra enorme, en aquella actitud imperturbable, y que debía recogerse, achicarse, esconderse detrás de las paredes, bajo pena de ser aplastado como una hormiga por aquel corpachón amenazador.

Poco a poco, todo lo que pertenecía a Iván Porfirich, todo lo que le concernía, había adquirido tal interés para el pope, que a veces, durante días enteros, no hacía más que pensar en el mayordomo, en su mujer, en sus hijos, en sus riquezas.

Hasta cuando trabajaba en el campo, entre los campesinos, campesino él también, con sus zapatones engrasados y su camisa de cáñamo, ocurríale frecuentemente mirar hacia el pueblo, y lo primero que veía era siempre, cerca de la iglesia, la casa de dos pisos del mayordomo, con su tejado de tejas rojas. Pero le costaba gran trabajo descubrir su propia casita, con su humilde techo de madera, en medio del verde gríseo de los sauces despeinados por el riachuelo; y el solo aspecto de aquellos dos tejados, tan próximos y tan diferentes, tenía algo desgarrador que le apretaba el pecho.

Un día, en la fiesta de la Epifanía, la popadia volvió de la iglesia llorando, y se quejó de haber sido insultada; pasaba por delante de Iván Porfirich para ir a su banco, y aquél había dicho, en voz lo suficiente alta para ser oído de todo el mundo:

—No se debería dejar entrar en la iglesia a esa borracha; es una vergüenza.

La popadia lloraba al referir la injuria, y, en aquel momento, los progresos de su vejez y de su decaimiento durante los cuatro años transcurridos desde la muerte de Vassia, se presentaron al pope con cruel e indiscutible evidencia.

Ella era joven todavía, pero ya surcaban su pelo plateados hilos; sus dientes habían ennegrecido, y sus ojos se habían hinchado; fumaba, y daba lástima verla con su cigarrillo, que sujetaba torpemente, a la manera de las mujeres, entre dos dedos estirados; mientras fumaba, lloraba, y el cigarrillo temblaba entre sus labios, hinchados por las lágrimas.

—¡Dios mío! ¿Por qué? ¡Dios mío!—replicaba, viendo caer con insistencta imbécil la lluvia fina de Setiembre.

Las gotas de agua habían empañado los cristales, y en la sombra, ya extendidas, las ramas del álamo, cargadas de lluvia, se movían como fantasmas. En la casa no se encendía aún, para ahorrar leña, y el aire era allí húmedo, frío, hostil, como en un patio.

—¿Qué hacer con gentes así, querida?—decía el pope a manera de excusa, y se frotaba las manos, que tenía secas y ardorosas;—¡hay que tener paciencia!

—¡Señor, Señor! ¿no nos defenderá nadie?—gemía la popadia.

En un rincón, los ojos de loba de la taciturna Nastia lucían inmóviles y fríos a través de los mechones esparcidos de su pelo crespo.

Cuando llegó la noche, la popadia estaba ebria, y entonces empezó para el pope la más intolerable, la más cruel, la más lamentable de las pruebas, aquella de la que no se acordó nunca sin un sobresalto de vergüenza y de castidad ultrajada.

En la oscuridad malsana de las maderas cerradas, en los ensueños monstruosos engendrados por el alcohol, y las frases incoherentes, indefinidamente hilvanadas, la popadia concibió una esperanza insensata: dar a luz un segundo hijo en quien

reviviese el niño prematuramente muerto. Sí, el niño iba a renacer, con su dulce sonrisa, con sus ojos resplandecientes, de una luz tranquila, con su parla apacible y ya razonable; iba a renacer en la belleza de su infancia inocente, tal, en fin, como era en aquel día terrible de Julio, en que el sol ardiente quemaba en el cielo, en que el río cegador y pérfido chispeaba á lo lejos...

Y, toda inflamada por su loca esperanza, bella, hasta el descaro, por el fuego que la abrasaba, la popadia quiso las caricias de su esposo: ya le suplicaba humildemente, ya le incitaba y se hacía provocadora. Pero el espanto no abandonaba el rostro ensombrecido del sacerdote.

Entonces, dolorosamente, esforzóse ella en volver a ser la criatura tierna y apetecible que era hace diez años: tomó una expresión tímida y virginal, y murmuró ingenuas palabritas infantiles; pero sus labios, hinchados por el alcohol, no le obedecían, y bajo las pestañas bajas brillaba, ardiente y significativo, el fuego de un deseo insensato... Y mientras tanto el pope, con la cara escondida en sus manos febriles, murmuraba débilmente:

—¡No puede ser, no puede ser!

Entonces ella se puso de rodillas, y con voz ronca le imploró:

—¡Por piedad!, ¡devuélveme á Vassia!, devuélvemelo, pope!; ¡devuélvemelo, maldito!

La lluvia de otoño azotaba obstinadamente las persianas, herméticamente cerradas, y solamente en torno de ellos la noche, sañuda, respiraba pesada y profundamente.

Aislados, en su casa, del mundo exterior, parecíales que un sueño de pesadilla sin término, les arrebataba en su órbita, entre gritos de dolor e imprecaciones furibundas. La demencia les acechaba a la puerta. Su soplo estaba en la atmósfera asfixiante del cuarto, y su mirada en la llama roja de la lámpara, que se apagaba bajo el tubo ahumado.

—¡No quieres! ¡No quieres!—gritó la popadia.

Y en su frenesí de maternidad, habíase quitado las ropas con ademán impúdico, y se erguía completamente desnuda y anhelosa, lúbrica y terrible como una bacánte, conmovedora y digna de piedad como una madre.

—¡No quieres! Entonces, te juro ante Dios que me iré a la calle, me iré, así, desnuda, a arrojarme al cuello del primer hombre que pase... ¡Devuélveme a Vassia, maldito!

Y su pasión, triunfó de la castidad del pope. A través de los largos gemidos de la noche de otoño y de las palabras incoherentes, le pareció que la vida, la vida mísera, la eterna engañadora, descubríale al fin sus manchas oscuras y misteriosas; y en las tinieblas de su conciencia, un pensamiento prodigioso brilló como un relámpago: el pensamiento de una resurrección milagrosa, de una lejana y maravillosa posibilidad.

Y a los transportes furiosos de la popadia, respondió él, el casto; él, el púdico, con otros transportes, en que se fundían juntas la esperanza luminosa, la oración y la profundidad de una desesperación sin límites.

III

Al llegar la primavera, la popadia estaba en cinta.

Pasó todo el verano sin embriagarse, y un gozo apacible irradió de nuevo en el hogar del padre Vassili.

Sin embargo, el enemigo invisible no cedía: se perdió un cerdo de cuatrocientas libras, cebado para la venta; á Nastia se le llenó el cuerpo de un sarpullido, y la enfermedad no desaparecía con ningún remedio.

Todas estas pruebas parecieron, sin embargo, soportables; la popadia hasta se alegraba de ellas en el fondo de su corazón, porque dudaba siempre de su gran ventura, y creía comprarla con todas aquellas miserias: parecíale que si el cerdo, animal de precio, se había perdido; que si Nastia estaba enferma, que si otros males aún habían caído sobre ellos; en cambio, nadie nunca se atrevería a ofender a su hijo.

Y, por este hijo tan deseado, hubiera ella dado la casa y Nastia; hubiera dado con gozo su vida y su alma a la potencia invisible e implacable, siempre sedienta de nuevos sacrificios.

Había embellecido, no temía ya a Iván Porfirich; al dirigirse a su sitio en la iglesia, ostentaba con orgullo su abultado vientre, y dirigía a las gentes miradas atrevidas y llenas de aplomo.

Para no perjudicar al niño, dejó de ocuparse en los penosos quehaceres domésticos, y se pasaba el día en el bosque patrimonial.

Allí, en la alta arboleda, tibia por el verano que declinaba, sombría y llena de perfumes, bajo la bóveda impenetrable del ramaje, cogía las setas blancas, que se apelotonaban en la hierba las unas contra las otras; la popadia las hallaba en sus cabezas negras, en su aspecto sencillo, vagas semejanzas con una nidada de niñitos, y esta idea la inspiraba una especie de emoción tierna.

Después seguía andando, con su paso rítmico y prudente de mujer que va a ser madre, y el bosque profundo se convertía para ella en un sér viviente, acariciador y discreto.

* * *

El otoño, luego el invierno, transcurrieron tranquilos y felices. La popadia empleaba las veladas en coser mantillas y fajas; pensativa, manejaba el lienzo con sus dedos blancos, dorados por la luz rosada de la lámpara; su mano estiraba la tela suave, como para acariciarla.

Un pensamiento especial, un pensamiento común a las madres jóvenes, se dibujaba en sus facciones, y, en la azulada sombra de la pantalla, su encantador rostro parecía, a los ojos del pope, iluminado interiormente por una luz tierna y delicada.

Temiendo perturbar con un gesto demasiado brusco el bello y radiante ensueño de su mujer, el padre Vassili paseaba si-

lenciosamente por la habitación...; el ruido de sus pasos, amortiguado por blandas zapatillas, resonaba suavemente, imperceptiblemente.

Contemplaba alternativamente a su mujer, la habitación tibia y buena, dulce como una amiga; así, pues, todo estaba bien en su casa, como en las de los otros hombres, y todo respiraba en ella una calma profunda y alegre.

Su alma sonreía dulcemente, porque no sabía que ya la sombra de un gran dolor descendía sobre su frente, y que, hasta en aquellos días de paz y de respiro, un destino sombrío y enigmático pesaba sobre su vida.

La noche de la Epifanía, la popadia daba a luz felizmente un niño, al que llamaron Vassili. Tenía la cabeza grande y las piernas gráciles. Ningún pensamiento asomaba en la mirada, extraordinariamente inmóvil y atontada, de sus ojos redondos.

Para el pope y su mujer pasaron tres años entre angustias, dudas, esperanzas; pero, al cabo de tres años, se hizo evidente que el nuevo Vassia había nacido idiota. Concebido en la demencia, había venido al mundo demente.

V

Desde entonces, la abrumadora obsesión de la pena reinó en la casa del padre Vassili, y la espantosa imagen del idiota pesó sobre todos los pensamientos, sobre todos los actos.

Como siempre, el hogar seguía su marcha: las estufas caldeaban, las gentes hablaban de sus asuntos; pero ya no estaba allí la alegría de vivir, y todo iba de mala manera.

Los obreros vagueaban al realizar su tarea, y se iban sin motivo; los reemplazaban otros; pero, al cabo de pocos días, experimentaban el mismo tedioso desaliento, la misma indiferencia, y se hacían groseros.

Las comidas eran irregulares, servidas demasiado pronto o demasiado tarde, y siempre les faltaba un convidado.

Los trajes y la ropa blanca caían a jirones, y, aunque la popadia manifestase constantemente la intención de remendar los calcetines de su marido, siempre estaban rotos, y el padre Vassili se lastimaba los pies.

El niño tenía ya cuatro años, pero no andaba aún, y no sabía decir más que una sola palabra: «¡Da!». Era malo y exigente: si le negaban algo, lanzaba gritos de animal, agudos y chillones, y alargaba sus manos de dedos ganchudos.

Era sucio en sus costumbres, y satisfacía sus necesidades al azar, en el suelo, como los animales; era un verdadero tormento mudarle de ropa, porque espiaba, con malicia astuta, el momento en que la cabeza de su hermana se inclinaba hacia él, para meterle las manos en el pelo y arrancar mechones enteros.

Un día mordió a Nastia; ella le tumbó en la cama, y le pegó largamente, cruelmente, como si no hubiera sido un niño, sino un pedazo de carne corrompida. Desde entonces se aficionó él a morder y enseñar los dientes con aire amenazador, a la manera de los perros.

Era, por añadidura, difícil de alimentar, porque, en su impaciencia ansiosa, exageraba la torpeza de sus movimientos, y se atragantaba o tiraba el plato. Su aspecto inspiraba aversión, casi espanto; sobre unos hombros pequeños, aún completamente infantiles, se movía una cabezota, y la caraza, inmóvil y ancha, parecía la de un adulto. Había algo que impresionaba en este desacuerdo violento entre la cabeza y el cuerpo; hubiérase dicho que el niño se había puesto, ignorándose por qué, una careta monstruosa.

*
* *

Exhausta de sufrir, la popadia se volvió a dedicar a la bebida. Bebía desmesuradamente, hasta el punto de ponerse enferma y perder la razón; pero la sobrexcitación del alcohol

era impotente para sacarla del círculo de hierro, en el que se alzaba implacable la imagen del niño estúpido.

Como en otro tiempo, esforzábase en buscar en el aguardiente los recuerdos amargos y punzantes de aquel tiempo; pero los mismos recuerdos la huían, y la nada mortal no le daba ya ni un sonido, ni una imagen.

Con todas las fuerzas de su cerebro exaltado, evocaba el dulce rostro del niño muerto, canturreaba las cancioncillas que él gustaba de gorjear, sonreía con su sonrisa, simulaba la manera con que el agua taciturna le estrechó y le amordazó... Y ya, he aquí que se acerca; he aquí que el inmenso dolor tan deseado va a encenderse en su corazón...; cuando, de pronto, la fugitiva imagen se desvanece á sus ojos...; todo se derrumba, se barre...; y, del fondo de las tinieblas muertas y frías, la máscara del idiota surge espantable.

Entonces parecíale a la popadia que acababa de enterrar a Vassia por segunda vez, y deseaba poder abrirse la cabeza contra una pared.

Asustada, corría al cuarto y llamaba a su marido.

—¡Vassili, Vassili, pronto, ven!

El padre Vassili acudía, y se sentaba en un rincón oscuro, tan indiferente, tan tranquilo, tan ausente, como si el espanto y la locura no reinasen en la casa; no se veían ya sus ojos y, bajo la frente abombada, aparecían solamente dos huecos negros que daban á su cara demacrada el aspecto de una cabeza de muerto.

Con la barbilla apoyada en sus dos manos huesudas, permanecía allí, sumido en una inmovilidad y un silencio absolutos, mientras que la popadia, un poco tranquilizada, sin embargo, cerraba, con desatentado apresuramiento, la puerta que daba acceso al cuarto del idiota.

Parapetaba aquella puerta, fortaleciéndola con la mesa y las sillas, con almohadones y ropas, pero todavía no le bastaba; tenía que mover y empujar, con la fuerza de un hombre, una

antigua y pesada cómoda, y arrastrarla hasta la puerta, arañando el suelo.

—¡Quita las sillas!—gritaba ella anhelosa.

Y él, siempre silencioso, se levantaba, desembarazaba la puerta y se retiraba de nuevo a su rincón.

Por un instante, la popadia se calma y se serena, comprimiendo con su mano los movimientos precipitados de su seno; pero, de pronto, se yergue de un salto, se echa hacia atrás los mechones tupidos de su pelo, y presta oído con indecible espanto á lo que se imagina detrás de la pared.

—¿Oyes, Vassili, oyes?

Las dos manchas negras se fijan en ella, inmóviles, y se oye una voz, indiferente y sombría:

—Todo está tranquilo, está durmiendo; cálmate, mujer.

Una sonrisa clara y alegre, una sonrisa infantil ilumina las facciones de la popadia, y, aún indecisa, vuelve á sentarse en el borde ds la silla.

—¿Es verdad? ¿Está durmiendo? ¿Le has visto tú mismo? ¡No mientas! Es un pecado mentir.

—Sí, le he visto, está durmiendo.

—Entonces, ¿quién habla ahí, detrás de la pared?

—No hay nadie; tú eres la que crees oir hablar.

La popadia estalla en una su alegría febril; ríe ruidosamente y menea la cabeza con aire convencido, echando con la mano algo... Evidentemente, es eso...; alguien ha querido asustarla para reirse de ella, y como no es más que una broma, ella es la primera en reirse.

Pero su risa solitaria queda sin eco y muere en el silencio, como piedra que cae en un abismo sin fondo; y todavía la sonrisa crispa sus labios cuando ya el glacial espanto renace en su mirada.

Quejumbrosa, empieza a gemir:

—Vassili, me das miedo; ¡cuánto has cambiado!... ven un poco á la luz.

Obediente, el padre Vassili se acerca á la mesa; la tibia luz

de la lámpara inunda su rostro sin lograr animarle; sin embargo, como sus facciones no expresan ningún espanto, el terror de la popadia se disipa; acerca su labios al oído de su esposo, y murmura:

—Pope, oye, pope, ¿te acuerdas de Vassia del otro Vassia?

—No.

—Entonces, ¿por qué te quejas en tus sueños? ¿Por qué te quejas?

—A veces me siento mal.

La popadia lanza una carcajada irritada.

—Que, ¿te sientes mal?... ¡Bah!

Y golpea con los dedos el pecho huesudo, pero amplio y robusto, del pope.

—¿Por qué mientes?

El padre Vassili no contesta nada; la popadia le mira con hostilidad a su rostro frío, a su barba hirsuta, que crece enmarañada, con claros en las mejillas hundidas; se encoge de hombros con aire de repugnancia.

—¡Puah! ¡Cuánto ha cambiado! Se ha vuelto malo, frío, repugnante como un sapo... ¿Tengo yo la culpa de que haya nacido así? Vamos, habla. ¿En qué piensas? ¿En qué estás siempre pensando, pensando, pensando?...

Pero el padre Vassili persiste en callarse, y escruta con mirada atenta, irritante, el rostro pálido y demacrado de la popadia. Y cuando mueren los últimos sonidos de sus palabras incoherentes, siente ella de nuevo que los anillos de hierro de este lúgubre silencio le aprietan la cabeza y el pecho, y hacen que broten, irresistiblemente, palabras apresuradas, inesperadas.

—Pues yo sé, pope, sé...

—¿Qué sabes?

—Sé en lo que piensas... Tú no...

Y de pronto se aparta del sacerdote con espanto.

—¡Tú no crees en Dios!... Eso es lo que es.

Y al punto comprende la gravedad de sus palabras; una

sonrisa lastimosa, que implora perdón, flota en sus labios hinchados, quemados por el aguardiente y rojos como sangre.

Pero el pope, pálido de emoción, la reprende con ruda insistencia:

—¡No es verdad! Piensa lo que dices... ¡Yo creo en Dios!...

Y de nuevo reina el silencio en derredor de ellos; pero hay ahora en este silencio algo acariciador, que baña dulcemente a la popadia como agua tibia...; con los ojos bajos, pregunta tímidamente;

—Si tú quisieras, Vassili, bebería un poco, me dormiría mejor después... es muy tarde.

Y se sirve una copita de aguardiente; vacila un momento, la llena, después la vacía hasta el fondo, a sorbos precipitados, como hacen las mujeres. El licor le quema el pecho y le entra un deseo repentino de reir, de agitarse y hacer ruido.

—¿Sabes una cosa, Vassili?... Vamos a jugar a los «durachki». Llama a Nastia, me gusta mucho jugar á los «durachki...» Vassili, querido mío, ve a llamarla y te daré un beso.

—Ya es tarde, está durmiendo.

La popadia golpea coléricamente con el pie.

—Entonces, despiértala; anda, ve.

Y Nastia viene, llena de sueño, alta y delgada como su padre, con sus manos grandes, deformadas por el trabajo; tiene frío, y se apelotona mientras encuentra la baraja grasienta.

Siéntanse alrededor de la mesa, y el juego, el más alegre y animado de los juegos, empieza siempre en silencio, en el caos de los muebles derribados, en la noche profunda en que todo duerme: las gentes, los animales, el campo.

La popadia se esfuerza en reir y bromear; hace trampas, escamotea los triunfos, y, por último, le parece que todo el mundo a su alrededor tiene la misma alegría.

Pero no tarda en inquietarse al ver aquellos dos pares de manos, huesudas y mudas, ir y venir por la mesa, suavemente y sin ruido, como si aquellas manos fueran seres racionales, dotados de una vida particular.

Vuelve a sentirse estremecida, a angustiarse, en la espera espantosa de algo sobrenatural. Por encima de la mesa, dos rostros sombríos y lívidos emergen de la oscuridad; avanzan, retroceden, en una especie de danza extraña y silenciosa. La popadia consume su copita mascullando palabras...; las manos secas vuelven a correr sin ruido sobre la mesa...; y he aquí que el silencio empieza a zumbar, y que viene a sentarse a la mesa un nuevo personaje...; unos dedos ganchudos tientan las cartas, se alargan hacia la popadia, recorren sus rodillas como unas arañas, llegan hasta su garganta...

—¿Quién está ahí?—exclama, poniéndose en pie de un salto.

Pero allí no hay más que el pope y Nastia, que la miran asombrados.

—Cálmate, querida; aquí estamos nosotros. Nosotros y nadie más.

—¿Y él?

—Está durmiendo.

La popadia vuelve a sentarse, y, durante un momento, los objetos cesan de moverse y permanecen inmóviles en su sitio habitual. Y el padre Vassili se da buen continente.

—Pope, ¿qué haremos cuando empiece a andar?

Y Nastia contesta:

—Hoy, al darle de comer, he visto que movía sus piernecillas.

—No es verdad—se apresuró a negar el pope.

Pero las palabras resuenan sordas y lejanas, y he aquí que de pronto los objetos, las tinieblas, las luces empiezan a dar vueltas, giran alocadamente en la órbita de un torbellino furioso, y que por todas partes surgen fantasmas que no tienen ojos...

Avanzan contoneándose hacia la popadia, la alcanzan, trepan por sus rodillas, rastrean sobre ella al azar como animales ciegos, la palpan con sus dedos ganchudos, la arrancan la ro-

pa, la agarran por la garganta, por el pelo, se esfuerzan en arrastrarla...

*
* *

La popadia, presa del delirio, rueda ahora por el piso, se agarra a él con sus uñas lastimadas, va a darse de cabezadas con las paredes; y su locura le da tal fuerza, que Nastia y el padre Vassili no logran sujetarla, y hay que pedir ayuda a la cocinera y a un obrero.

Entre los cuatro consiguen dominarla, la atan las manos con servilletas y la llevan a la cama, en donde sólo se queda a su lado el padre Vassili.

Sentado a la cabecera, mira inmóvil, cómo se retuerce el pobre cuerpo y cómo brotan las lágrimas bajo los párpados contraídos.

Con voz ronca á fueza de gritar, ella no cesa de implorar:

—¡Socorro! ¡Estoy mala! ¡Socorro, Vassili, querido mío!

Con gesto mesurado y extraordinariamente tranquilo, el padre Vassili le coge la cabeza con las dos manos; vuelven éstas a caer con el mismo movimiento tranquilo y mesurado, y largos mechones de cabellos grises tiemblan entre sus dedos.

VI

Llegó la Cuaresma; la campana lanzaba sordamente su tintineo monótono, y su llamamiento tímido no lograba quebrantar el sopor que pesaba aún sobre los campos cubiertos de nieve. Vacilantes, las notas gríseas salían una a una del campanario, perdíanse en las nubes glaciales y morían lentamente.

Durante mucho tiempo, ni un alma acudió a la invitación discreta y, sin embargo, apremiante, de la modesta iglesia.

A fines de la primera semana, dos viejas presentáronse a confesar, grises, sombrías y brumosas como el invierno que terminaba.

Por largo rato mascullaron, con sus bocas desdentadas, las mismas quejas oscuras, descosidas, sin principio ni fin, y las palabras, como las lágrimas agotadas por un uso demasiado largo, no querían acudir.

Ya ellas habían recibido la absolución; pero seguían sin comprender y se obstinaban en reclamar algo; y su queja era oscura y tenebrosa, como los fragmentos de un ensueño penoso.

Tras ellas, acudió mucha gente; y muchas lágrimas tiernas y ardientes fueron derramadas; muchas palabras aceradas y desgarradoras entraron en el corazón del padre Vassili.

Cuando el campesino Semione Mossiaguín saludó tres veces hasta el suelo, y se hubo acercado a pasos contados al pope, éste fijó en el mujick una mirada penetrante.

—Ya hace mucho tiempo que te esperaba—dijo el padre Vassili.—¿Por qué has venido, Mossiaguín?

—Para confesarme—contestó el campesino, solícito y alegre; y mostraba con una buena sonrisa, sus dientes blancos, bien alineados, como igualados con lima.

—¿Por qué a confesarte? ¿Te sientes mejor cuando te has confesado?—continuó el pope.

Y le parecía a Mossiaguín que sonreía alegre y benévolamente.

—Seguramente que me siento mejor, después.

—¿Es cierto que has vendido tu caballo y tu última oveja, y empeñado tu carro?

Mossiaguín dirigió al pope una mirada seria y descontenta. Ambos se callaron; el padre Vassili se volvió lentamente hacia el pupitre, y ordenó:

—Vamos, cuéntame tus pecados.

Mossiaguín tosió, tomó una actitud de mando, apoyó respetuosamente la cabeza y el pecho en el sacerdote, y se puso a cuchichear precipitadamente.

A medida que hablaba, el rostro del pope poníase más altivo y más severo, y se hubiera dicho que se endurecía bajo

el chaparrón de las dolorosas confidencias del mujick. Su respiración era profunda y entrecortada, como si se sofocara en aquella red de crueles insanidades, que se arrollaba lentamente alrededor de él, tales como los negros anillos de una serpiente desconocida.

Porque la vida de Semione Mossiaguín se resumía así: tenía siempre hambre; su mujer, sus hijos, sus bestias tenían hambre, y su razón concluía por turbarse, por vacilar, como un borracho que titubea, sin encontrarla, ante la puerta de su casa.

Se extenuaba en labores abrumadoras, y los frutos de este trabajo desaparecían en polvo impalpable; la vida respondía a sus esfuerzos con implacables burlas.

Como tenía el alma compasiva, recogió en su casa a un huérfano, cosa que todo el mundo le censurara; el huérfano vivio algún tiempo, y concluyó por morirse de hambre y de enfermedad; entonces se censuró a sí mismo, y no supo ya en puridad si había que ser compasivo o no.

Parecía que las lágrimas no debieran secarse nunca en los ojos de aquel hombre, que las palabras de cólera y de protesta no debiesen nunca morir en sus labios; y, por el contrario, no cesaba de reir y bromear; tenía una barba absurdamente cómica, en la que miles de pelillos de un rojo de fuego se enlazaban en una especie de zarabanda alegre. En el baile, iba de comparsa con las muchachas y los niños, y cantaba coplas melancólicas con voz aguda y vibrante; a los que le escuchaban se les saltaban las lágrimas, pero él conservaba siempre su misma sonrisa irónica y tranquila...

Sus pecados eran insignificantes y de pura forma; un día, el agrimensor a quien conducía en coche, el día de San Pedro, le había dado un pastel de carne, y Mossiaguín se lo había comido, aunque era Cuaresma; otra vez, había fumado un cigarrillo antes de comulgar; y estos pecados tomaban, en su confesión, la importancia de un asesinato.

—He terminado—exclamó al fin Mossiaguín, con acento

completamente cambiado y alegre, enjugándose el sudor que corría por su frente.

El padre Vassili volvió lentamente hacia él su rostro huesudo.

—¿Y quién te ayuda?

—¿Que quién me ayuda?—replicó Mossiaguín;—pues nadie. Bien sabes que por aquí la gente no es rica. Sin embargo, Iván Porfirich me ha socorrido.—Y el mujick guiñó un ojo maliciosamente.—Me ha dado tres «puds» (1) de harina, para devolverle cuatro en otoño.

—¿Y Dios?

Semione suspiró y su rostro se ensombreció.

—¿Dios? Yo no merezco que me ayude.

Las preguntas inútiles del pope le fastidiaban; dirigía furtivas miradas á la iglesia, ya vacía, y contaba con atención los pelos escasos de la barba del pope; miró sus dientes negros y estropeados, y pensó con envidia: «Seguramente que come mucho azúcar.»

El sacerdote insistió.

—¿Qué es lo que esperas?

—¿Lo que espero?... ¿Pero qué puedo yo tener que esperar?

La iglesia se oscurecía, y el frío se deslizaba bajo la camisa del mujick.

—Entonces no hay nada que hacer—dijo el pope, y sus palabras cayeron sordas y lejanas como las primeras paletadas de tierra caen sobre un féretro.

—¡Nada que hacer, nada que hacer!...—repitió lentamente Mossiaguín, escuchando sus últimas palabras.

Representábase su vida, los rostros famélicos de sus hijos, las quejas eternas, su trabajo abrumador, y ese peso oscuro y eterno sobre el corazón, que da ganas de pegarse o beber

(1) El «pud» vale dos libras.

aguardiente... y esto seguiría así, mucho tiempo, siempre, hasta la muerte.

Mossiaguín fijó en el pope unos ojos húmedos y velados bajo lás pestañas blancas que latieron rápidamente; y de pronto, los dos hombres sintieron que una cosa espantosamente triste los unía.

Con un movimiento inconsciente, se inclinaron el uno hacia el otro, y el padre Vassili puso su mano en el hombro del mujick; reposaba allí, suave y ligera, como una tela de araña en otoño. Mossiaguín se estremeció tiernamente con el hombro, y, alzando su buena mirada confiante, con la boca medio torcida por una sonrisa lamentable, dijo:

—¿Tal vez irá esto mejor?

El pope retiró dulcemente su mano y guardó silencio. Las blancas pestañas del mujick latieron más de prisa; los pelos de rojo de fuego de su barba se estremecieron, y sus labios balbucieron algo confuso e ininteligible.

—... Así, esto no irá mejor...; seguramente, está usted en lo cierto...

Pero el pope no le permitió concluir; golpeó colérico con el pie; envolvió a Mossiaguín en una mirada hostil, e inclinándose hasta tocarle, murmuró, con silbido de serpiente irritada:

—¡No llores, no te atrevas a llorar! Los terneros son los que mugen así. ¿Qué puedo hacer yo?

Y se golpeaba el pecho con su dedo tendido.

—¿Quién soy yo? ¿Soy Dios, acaso? Ruégale. Anda, ¡ruégale, te digo!

Y, dando un empujón al mujick:

—¡Ponte de rodillas!

Mossiaguín se arrodilló.

—¡Reza!

Tras el penitente estaba la soledad tenebrosa de la iglesia; sobre él, el pope, irritado, continuaba gritando:

—¡Reza!, ¡reza!

Maquinalmente se puso a hacer signos de cruz precipitados, y grandes saludos hasta el suelo.

Estas inclinaciones rápidas y repetidas; lo raro de las palabras del pope; la conciencia de estar sometido, en cuerpo y alma, a una voluntad oscura, pero fuerte, todo esto asustaba a Mossiaguín, y, por esto mismo, le reconfortaba singularmente. Porque, del espanto mismo, inspirado por un Dios poderoso y temible, nacía la esperanza en su misericordia; y, mientras que apretaba con ardor su frente contra las losas heladas, el pope pronunció dulcemente:

—Basta.

Mossiaguín se levantó y se santiguó ante las imágenes más próximas; ahora, estaba seguro, su destino iba a mejorar; y, tranquilamente, esperó las instrucciones del pope.

Pero el padre Vassili se contentó con volverle a mirar con sombría curiosidad, y le dió la absolución.

Al salir, Mossiaguín se volvió una vez más: la figura inmóvil y solitaria del pope empezaba a fundirse en la oscuridad circundante; la débil luz de un cirio no la iluminaba más que en parte; se había hecho sombría e inmensa; no tenía ya contornos exactos ni límites precisos, y no parecía ya sino un fragmento de la oscuridad que llenaba la iglesia.

LEÓNIDAS ANDREIEF

(*Continuará.*)

LA AMÉRICA MODERNA

España y la Argentina juzgadas por un crítico italiano. El valor cultural de España para América. La difusión americanista e hispanista.—Los extranjeros en la Argentina y el nacionalismo. Dificultades de la asimilación. Posición de intereses de las razas concurrentes.—Horizontes ibero-americanos. La América española como espacio libre a la expansión mundial. Comparaciones estadísticas. Rehabilitaciones históricas.

La literatura española sobre América debe un nuevo libro al escritor italiano conocido por el seudónimo de Aníbal Latino. El libro se titula *Problemas y lecturas*. En él trata muchos temas que, por lo variados y dado su sentido, podríamos denominar sociológicos. La mitad del libro, por lo menos, contiene, bajo el nombre de *La República Argentina y su gran capital*, una serie de estudios sobre temas tan interesantes como son las relaciones de la Argentina y España, las peripecias de la asimilación de los elementos extranjeros, la psicología de los argentinos, el urbanismo bonaerense, la especulación territorial, etc. La glosa completa de tan variados temas requeriría por nuestra parte muchas páginas, razón por lo cual, preferimos entresacar lo más interesante de la obra, dejando, tal vez para otra ocasión, el comentario de las noticias valiosas que nos da el escritor italiano, algunas de las cuales ya conocen nuestros lectores por el material publicado en esta sección.

Una de las partes más interesantes del libro de Aníbal La-

tino es la que dedica a estudiar las relaciones de España y la Argentina. Sus juicios tienen tanto más valor por cuanto no proceden de un español ni de un americano, que en este caso caerían fácilmente en la parcialidad. El escritor italiano rehabilita noblemente la significación y el prestigio de España, que sólo la pasión o la ignorancia pueden desconocer. Claro está que las explosiones sentimentales de españoles y argentinos en las visitas que recíprocamente se hacen, no son un camino para estrechar las relaciones hispano-argentinas, como muy atinadamente nota Latino; que hay que tener más espíritu práctico, mejor sentido de lo económico; no obstante, es grato demostrar los movimientos espontáneos de simpatía entre individuos de pueblos tan afines, de historia tan íntimamente enlazada, que no puede mentarse la de unos sin pensar en los otros. Lo importante es completar la obra del sentimiento con remaches de duraderos intereses.

El influjo económico de España en la Argentina puede ser mucho mayor de lo que es en la actualidad; pero no hay que olvidar que el comercio español ha de luchar con poderosos concurrentes en América; además, los productos españoles no se pregonan tanto en América como realmente debería de hacerse en relación con su volumen, porque los comerciantes les disfrazan con nombres extranjeros, a fin de atraer más a los compradores.

Pero lo que resulta indiscutible es la existencia de un mayor campo de expansión en América para la cultura española. Sobre este tema tal vez no le sería discreto a un español discurrir; los lectores ajenos juzgarían apasionadas sus palabras. Aníbal Latino trata este aspecto de la cuestión de una manera decidida y rotunda en sus palabras, haciendo resaltar el desconocimiento de las cosas de España por la mayoría de los extranjeros y, sobre todo, por los americanos. Tal ignorancia se explica por la falta de acercamiento cultural y real de los americanos respecto de España, y viceversa. Mucho más cerca de nosotros se encuentra Alemania, y gran fama de cultos tienen

los alemanes, y, sin embargo, el desconocimiento de España entre ellos es casi absoluto. Innumerables veces he escuchado en Alemania hablar de los españoles tomando como tipo el orgulloso español de Carlos V. Para muchos no ha llovido desde entonces, o, lo que es lo mismo, han limitado la vida del mundo a la geografía nacional. Veamos cómo escribe Aníbal Latino sobre este asunto:

«No es solamente el intercambio de productos el que está rezagado en las relaciones hispano-argentinas; es la misma influencia intelectual la que tendría derecho a ejercitar España sobre las naciones que se han formado a su sombra y a las que ha transfundido su sangre, su lengua, su civilización, sus costumbres, todo lo que constituye la esencia de la vida de un pueblo, su fisonomía y su carácter...

»La Argentina vive todavía de la savia europea; realiza sus grandes progresos y transformaciones con capital inglés, alemán o francés; busca sabios y especialistas en el viejo mundo, y es justo que, en lo que tiene de sobresaliente y digno de rivalizar con otros países, como las artes y las letras, se guarden a la madre patria las consideraciones debidas, y se le demuestren las mismas preferencias que se tienen por otras naciones.»

No obstante estas poderosas razones, los americanos hacen derivar todos sus viajes por Europa hacia París, recorriendo el resto de Francia a una velocidad de tren expreso. Fascina la leyenda de la Pafos moderna; lo espectaculoso atrae más a la gente que lo de significación espiritual. Algo más que muros patinosos y viejos templos pueden encontrar los americanos en España. Aníbal Latino lo dice gallardamente, contestando a aquellos que, desde América, dicen que en España no hay nada que ver ni que aprender:

«¿No revela esto una ignorancia estupenda, una apreciación injusta y deprimente de los méritos y bellezas de España? ¿Acaso los monumentos que recuerdan los grandes acontecimientos históricos no abundan allí, como en Francia y en Italia? ¿Y las artes? El Museo de Pinturas de Madrid es conside-

rado como uno de los mejores del mundo; las escuelas artísticas españolas han rayado a gran altura en los siglos pasados y alcanzan hoy mismo un esplendor que no es superado por otras naciones. La arquitectura presenta en Mérida y en Segovia, restos grandiosos de la antigua Roma, y en Córdoba y Granada, ejemplares únicos del período árabe y del arte morisco: los estilos románico, gótico, mudéjar y del Renacimiento, están representados por templos magníficos y por edificios públicos y particulares, dignos de admiración y estudio.

»Los paisajes no temen la comparación con los más celebrados de Italia, Francia y de la misma Suíza. Las costas cantábricas y gallegas, las del Norte de Cataluña, pueden rivalizar con las de Biarritz, Niza, San Remo y Spezia; en los Pirineos y en los valles y montes de las sierras Morena y Nevada hay paisajes tan pintorescos como los mejores de los Alpes. El día en que los españoles se decidan a construir buenos hoteles y a divulgar eficazmente los atractivos y bellezas insuperables de algunas de sus regiones, tendrán, en la visita de innumerables forasteros de todos los países, una nueva y valiosa fuente de riqueza.

»De modo que, aun admitiendo como verdadero el atraso que se enrostra a España, y respecto del cual se exagera casi siempre, sobran motivos para visitarla, y demostrar por ella el mismo interés que se tiene por Francia y por Italia; interés que debería ser mayor si se atienden las razones de parentesco, las vinculaciones de sangre y de raza y las espirituales de lengua y de pensamiento que tiene con la República Argentina y con las demás naciones de América.

»...Cuando unos y otros se estudien mejor recíprocamente, y dejándose de hipocresías, de elogios hiperbólicos, que no son siempre sinceros, de sahumerios que a nada conducen, se hablen con toda franqueza, será mucho mayor el intercambio de ideas y de productos, y los argentinos visitarán a España como la visitan los ingleses y los franceses. En vez de entretenerse en la manifestación incesante de entusiasmos ficticios, los inte-

lectuales españoles harán bien en demostrar que ciertos olvidos son injustos, que las reticencias mentales con que se aprecian las cosas de España no tienen razón de ser.»

Los juicios de un escritor italiano importa mucho hacerles resaltar, porque no solamente están llenos de espíritu imparcial, sino que también avaloran y confirman lo que yo he venido afirmando en todos mis artículos sobre la América de nuestros días; existe un campo inmenso, en el que florecen los gérmenes del tronco ibérico, y una gran potencia difusa, que precisa recoger en bien de una raza y de la cultura latina; sólo el abandono recíproco es causa del desconocimiento mutuo y, tal vez, de muchos daños para ambas partes. El intercambio de intelectuales contribuye en gran manera a desenvolver una corriente de fusión cultural, cada vez más deseable para la América ibera y España. Latino alude a los viajes recientemente realizados por algunos intelectuales españoles en América y a los de otros americanos, entre ellos el del orador cervantino Belisario Roldán, pidiendo lo que ya nosotros hemos recomendado varias veces: que el viaje se convierta en investigación y la conferencia en curso académico.

***

En su hermosa obra trata Aníbal Latino una serie de temas variadísimos, y cierra sus disquisiciones con una novela que titula *Sin Patria*, en la cual describe la vida especial de aquellos emigrantes que pierden el calor del hogar patrio y no arraigan del todo en el país adoptivo. El autor parece reflejar un estado de ánimo íntimo en él: parecen los renglones de la novela, trazos de sus Memorias. En la parte de su obra que dedica a las descripciones sociológicas de la Argentina presenta un capítulo que trata de la nacionalidad de los escritores, cuyo contenido se presta a muchas y variadas reflexiones. Es algo que sólo los fatalmente descastados pueden comprender y sentir.

La fusión de los elementos extranjeros siempre fue accidentada. El mestizaje de la sangre es más fácil de conseguir que el de las ideas. La oposición de razas a veces se resuelve en una afinidad electiva, en una mayor tendencia simpática, como individualmente se observa; pero la oposición de ideas, y de ideales es más intensa y duradera, a pesar de toda la ductilidad espiritual del hombre; el tipo moral no se funde con tanta rapidez cuando ya ha cristalizado. Todas estas resistencias actúan en los casos de concurrencia étnica, y son de ella excelentes campos de experimentación los países americanos que, como la Argentina, reciben una gran corriente de inmigración.

Aníbal Latino describe en su libro la lucha de los inmigrados en la Argentina; no la lucha económica, que, después de todo, suele ser una repetición más o menos intensa de la lucha ya librada en la patria de origen, sino la lucha moral que se mantiene dentro y fuera del hogar por el extranjero. «En su propia familia, si la esposa y los hijos no son de la propia nacionalidad, sino de la patria adoptiva, siente el expatriado el choque de las ideas, de los sentimientos y de los modos de ver que lo exponen a padecimientos morales mil veces peores que los materiales. Esto, naturalmente, sólo se observa entre hombres de alguna ilustración e inteligencia, que saben sentir y que son capaces de apreciar estos conflictos del espíritu, que agitan el alma con más violencia de lo que agitan y abaten el cuerpo las privaciones, las enfermedades, el hambre, la sed o el cansancio. Las facilidades que se acuerden para hacer desaparecer los obstáculos inherentes a la doble ciudadanía, y que son objeto de estudio y discusiones en Italia y en otros países, lo mismo que la generosidad y amplitud de criterio con que obran algunas naciones de América al otorgar sin molestias ni formalidades la naturalización de los extranjeros, no resolverán el problema, por mucho que se modifiquen las ideas y los sentimientos predominantes, respecto a la nacionalidad y la patria.»

A esta lucha une el escritor italiano la que tienen que librar los intelectuales extranjeros en la Argentina, en términos que merecen una consideración detenida. «Sin duda se podrá observar que los escritores extranjeros argentinizados no pueden quejarse, puesto que figuran en el mundo intelectual bonaerense, y con frecuencia se les dan espléndidos empleos oficiales o cátedras en los establecimientos públicos de enseñanza; pero esto no impide que ellos sientan esa resistencia latente de los intelectuales nativos, cuya oposición y cuyo disgusto se ponen de manifiesto en formas diversas, generalmente con ese silencio que pretende anular al adversario, formando el vacío a su alrededor; pero alguna vez también por medio del desprecio y de los ataques virulentos e injustos. Si se hace una reseña de la literatura nacional, no se citarán los nombres de los escritores aludidos; si se hace una antología, es muy raro que se incluya alguna de sus composiciones. Es verdad que esto ocurre especialmente con los mediocres, con los menos autorizados; pero los mejores y los más importantes no abundan tampoco en reconocimientos explícitos y francos del mérito ajeno, si ese mérito corresponde a hombres llegados de otras tierras y de otros cielos a desplegar aptitudes literarias en la gran patria argentina. Influídos por los temores quiméricos que suscita una masa enorme de población, que no está incorporada a la vida política del país, y cuyas ideas, sentimientos y aspiraciones chocan a veces con los de la población nacional, disgustados por la influencia que adquieren ciertos elementos extraños y por el cosmopolitismo que mantiene y difunde lo incoloro y lo exótico, los intelectuales argentinos se inclinan a la intransigencia y no se deciden con facilidad a dar carta de ciudadanía a los intelectuales extranjeros, aunque éstos se amolden al ambiente y luchen con honradez y sinceridad para conquistar el puesto que pueda corresponderles en la literatura nacional.»

La misoxenia literaria que censura Aníbal Latino en los argentinos, es un hecho que se observa en todas aquellas par-

tes en donde se escribe y se siente la competencia de la literatura extranjera. También en estas materias tan distanciadas de las cuestiones económicas, se manifiesta la oposición de intereses de tal índole, y a veces se intenta la aplicación de un proteccionismo más o menos disfrazado, pero proteccionismo al fin. Que esto es enormemente pernicioso para la cultura de un país, no se puede poner en duda; pero a pesar de tal exclusivismo, no es de temer que esa nueva forma de maniobra arancelaria pueda prevalecer, ni mucho menos contener la sutil filtración de nuevas ideas, de escuelas y producciones exóticas en el país exclusivista. Las antiguas pragmáticas, como las de Felipe II, que establecían la pena de muerte para el introductor de libros extranjeros en el reino, no tuvieron, a pesar de tanto rigor, sino una eficacia pasajera. Toda maniobra encaminada a impedir la exaltación de un exotismo científico, fracasará con tal que lo extranjero sea de buena calidad. Y lo que en términos generales se puede decir, también puede afirmarse, con más energía aún, cuando se trata de intercambios literarios con países en los cuales se habla la misma lengua, como España y la Argentina.

Lo que no puede censurarse es la exclusión de los escritores inmigrados de las antologías nacionales, siempre que se haga para satisfacer las exigencias del rigorismo histórico; pero de la misma suerte que se hace mención de escritores nacionalistas y de los extranjeristas, dando a entender así la posición de los escritores ante lo íntimamente nacional, también merecen una consideración especial aquellos extranjeros que por el alto hecho de penetrar (no de vivir tan sólo en el país extranjero), en el alma nacional han podido alumbrar sus senos y ensanchar sus horizontes. ¿Se podría hablar de la pintura en España sin nombrar al Greco y a Lucas Jordán, o prescindiendo de Ribera porque pintó en Roma? ¿Podemos olvidarnos los españoles de Merimée? No de otra manera proceden los mismos alemanes, tan nacionalistas, al mencionar al antinacionalista Freiligrath, poeta alemán, fustigador de las tiranías

alemanas y exaltador de los rebeldes liberales españoles.

Yo creo que un país como la Argentina, que tanto necesita de elementos extranjeros si no quiere demorar por mucho tiempo sus grandes y justificadas aspiraciones de grandeza, debe poner en práctica un amplio espíritu de filoneísmo, de adaptación y de incorporación de materiales exóticos que contribuyan a desenvolver la cultura nacional. Pero aún más importancia tiene, a mi juicio, la rivalidad entre los extranjeros en la Argentina, que con la tendenciosidad de sus juicios pretenden rebajar el mérito ajeno para enaltecerse indirectamente a sí mismos. ¡Cuántos ejemplos podríamos aducir recordando la parcialidad con que las cosas españolas han sido tratadas por los italianos en la Argentina!

* * *

No solamente por parte de los españoles se hacen esfuerzos en pro de la unión ibero-americana; los mismos americanos se dan cuenta perfecta de problema tan trascendental, y buscan cooperadores para la obra de fraternización y reconstitución de la inmensa Hispania. Presente tengo unos trabajos en los que se mezclan esfuerzos de plumas y espadas para esta obra de unión. El general Rafael Reyes y el profesor de la Universidad de Buenos Aires, Antonio Dellepiane, enfocan así la cuestión: uno rehabilitando páginas históricas, y afirmando la afinidad ibero-americana; otro mirando al porvenir y señalando el curso probable de la marcha de la humanidad. En estos estudios no hay números ni consideraciones económicas; pero ofrecen un tan profundo sentido y visión clara de la evolución social, que interesa conocer a los que siguen de cerca el movimiento de razas, que es uno de los hechos más culminantes del internacionalismo moderno.

El general Reyes ve en la América española el país predestinado para las futuras grandezas en la expansión humana. El espacio libre verdaderamente aprovechable para remediar los

grandes excesos de población de los pueblos fuertes, está en el continente colombiano (1).

«El porvenir de la humanidad está en la América hispana.

»El clima inclemente, las hordas de negros salvajes y los estériles desiertos de Africa se oponen a la colonización de este Continente por individuos de raza blanca. Se continuará la explotación de sus minas y productos naturales tropicales, pero nunca será el Africa, como no lo fue en la antigüedad, asiento de una civilización de raza blanca.

»El Asia apenas puede contener y mantener su actual población, que es más de la mitad de la especie humana; cuando hay malas cosechas, mueren de hambre sus habitantes por millares. La expansión natural y la necesidad y el derecho a «su puesto al sol», hará que los asiáticos lo busquen en donde lo encuentren, bien en el Asia europea o en Europa, siguiendo las huellas de sus antepasados los tártaros y mongoles, o sobre el Pacífico, invadiendo la América.

»Los pueblos asiáticos han despertado a la vida y han adoptado los métodos y adelantos occidentales. El Japón ha pasmado al mundo con la exhibición de su fuerza, de su heroísmo y de su patriotismo en la guerra con Rusia, y ha dado la prueba de lo que son capaces los pueblos que no han derribado los altares a la Divinidad, a la Moral y a la Abnegación, como lo están haciendo los occidentales.

»La América del Norte está ya poblada y explotada; pronto tendrá cien millones de habitantes, que necesitan expansión.

»Sus multimillonarios son una amenaza para los pobres y para los pequeños capitales. Ha dejado de ser, pues, campo que ofrezca los halagos que antes a la inmigración.

»Queda la América-Hispana como único y portentoso teatro para ésta.

»Los países de zona templada, como la Argentina y Chile, por su situación y por la benéfica mezcla que han tenido con

(1) R. Reyes: *España y América*. Ginebra, 1911.

los emigrantes europeos, han progresado más y han establecido definitivamente la paz y la corriente de inmigración espontánea, abundante y creciente sobre ellos.

»De allí se desbordará la inmigración hacia el Norte a los países tropicales, cuyas grandes riquezas minerales y agrícolas están intactas, y que sorprenderán al mundo por su importancia, cuando se conozcan.

»Puede decirse, con el Sr. Sanz Peña, Presidente de la Argentina, quien proclamó esta justa y civilizadora doctrina: «La América, para la humanidad», porque es en ella en donde está su porvenir.

»La era de las guerras civiles que los pueblos hispanoamericanos han tenido desde su independencia, la tuvo Europa por siglos en la Edad Media, y aquéllos la han cerrado definitivamente y han entrado con firmeza y serenidad por los senderos de la civilización y del progreso.

»Tendrán sus tropiezos, sus escollos y sus crisis, pero de cada nueva lucha saldrán victoriosos y más cuerdos y fuertes, y, por propia experiencia, aunque sea doloroso, como es todo alumbramiento, aprenderán que el ateísmo, el socialismo, la demagogia, la tiranía y todos los males de las naciones decadentes, son plantas exóticas en el suelo americano, en donde su exuberancia y vitalidad no permitirán que sus generadores, la miseria y la injusticia, se desarrollen y les den vida.

»Los ideales generosos de nuestra raza, la Moral y la Justicia, aliados a los ferrocarriles, creadores de la riqueza, de la abundancia y del bienestar generales, resolverán satisfactoriamente todos los problemas: políticos, económicos, religiosos y fiscales que existen y que se presenten.

»Dudar del progreso de nuestro Continente y de nuestra raza y de sus grandes y manifiestos destinos, es desconocer la Historia, carecer de fe y formar en las filas de los vencidos y de los faltos de fortaleza y de confianza.»

Esta visión será una realidad, a pesar de tener como campo de desenvolvimiento un territorio en el que imperan países so-

beranos. La expansión en territorios de colonización, como Africa, no se realiza sino a costa de grandes sacrificios de hombres y de dinero; las grandes masas de población inferior no se resignan a dejarse conquistar, y una vez conseguida la conquista territorial, la asimilación, la selección o el desplazamiento de los núcleos de población, es labor penosísima. Todo lo contrario ocurre en países civilizados, pero de población esparsa, como América. La incorporación de elementos de población, se hace bajo la forma pacífica de la inmigración; la adaptación se favorece por los mismos poderes públicos de los Estados sobre cuyo territorio se hace imprescindible la población. No se trata, pues, en este último caso, de obras magnas que requieren los esfuerzos de la conquista, sino la acción perseverante de la paz.

Las cifras dan la razón al general Reyes. Haciendo una comparación internacional de las estadísticas de 1909, relativas a la población y a la extensión territorial de grandes Estados europeos y de la República Argentina, se observa que, teniendo ésta la misma extensión territorial que todos aquéllos juntos, es, sin embargo, enormemente inferior en población absoluta y en población relativa.

PAÍSES	Area en millas cuadradas.	Población.	Por milla cuadrada.
Alemania	208.780	64.903.423	311
Austria-Hungría	241.333	49.418.598	204
Bélgica	11.373	7.382.572	649
Francia	207.054	39.376.000	190
Holanda	12.648	5.898.429	466
Italia	110.550	34.565.198	312
Noruega	124.130	2.392.698	19
Portugal	35.490	5.423.132	153
Suecia	172.880	5.476.441	31
Suíza	15.976	3.741.971	234
Total	1.140.214	218.578.462	191
República Argentina (2.950.520 kilómetros cuadrados)	1.139.243	6.500.000	5.7

Ningún pueblo ofrece incrementos de población tan rápapidos como la Argentina; esto, unido a que otros países iberoamericanos tienen una área de expansión que no ofrecen otras regiones del globo, permite augurar un porvenir espléndido, la creación de centros de civilización futura inmensos.

La posición de España en esta cadena de probabilidades es lo que analiza el profesor Dellepiane, enfilando resueltamente las discutidas páginas históricas de la colonización española. Así, dice el profesor bonaerense:

«La historia es sencilla y hasta vulgar, si se quiere, en fuerza de repetida; mas no por eso menos edificante. ¿No son igualmente, en su candidez y sublime simplicidad, los relatos bíblicos? Toleradme, en gracia a su actual interés, la osadía de contarla de nuevo, para entrar en materia.

»Un día, el hogar hispano-americano se turbó con la guerra intestina. Persuadidas las hijas que la madre las retenía en egoísta y prolongada tutela, resolvieron emanciparse. La lucha estalló entonces, encarnizada y agria, como toda rencilla doméstica; y, operada la ruptura y separación definitiva, cambiáronse, de una parte y de la otra, invectivas hirientes y los epítetos de regla:

—¡Goda!

—¡Mestizas!

—¡Tirana!

—¡Ingratas!

»Madre e hijas continuaron después por diferentes caminos, mirándose con ojos huraños o desdeñosos, y mostrándose indiferentes a su penas y desgracias respectivas; que si la primera había salido de la lucha debilitada y disminuída, las segundas pagaron, durante por algún tiempo, y siguen expiando algunas de ellas todavía, su inexperiencia de la libertad que no aprendieron a usar antes de adquirir.

»El tiempo, ese irresistible disipador de malentendidos y desavenencias de familia, ha realizado su obra reconciliadora en la parentela hispano-americana, trocando en profunda y

límpida corriente de acendrado cariño lo que en horas de antagonismo fué turbio torrente de resentimiento y de encono; y, en los momentos actuales, tanto la augusta madre patria como las veinte repúblicas nacidas de la gentil matrona fecunda engendradora de naciones, no sólo se sienten vinculadas por lazos indisolubles de afecto y simpatía, sino que empiezan a mostrarse orgullosas: la una, de haber dado a luz hijas tan espléndidas y rebosantes de juventud y hermosura; las otras, del hidalgo, del glorioso ascendiente de su estirpe.

»Tal es, sucintamente expuesta, la historia y situación actual de las relaciones entre España y las que fueron sus colonias de América, y hoy forman parte, como personas autónomas conscientes y responsables de la comunidad internacional, presentando cada una su faz y carácter propio, no obstante ofrecer todas ellas, a manera de aire de familia, los rasgos más salientes y hermosos de la fisonomía maternal; el culto a lo heroico, a lo noble, a lo generoso; el menosprecio de lo ruin y de lo cobarde; el sentido y la aspiración a lo ideal. Ricas de savia y entusiasmo juvenil, progresistas por instinto y por vocación, ambiciosas de un porvenir grandioso, con voluntad y elementos para labrárselo, su ascensión a las más altas cimas de la civilización es hoy un hecho descontado por la historia y la sociología, que comienzan ya a considerar a ambas Américas como a uno de los dos platillos en que se pesan y equilibran los destinos del mundo.

»Y en esta ascensión gloriosa, en esta magnífica florescencia y colosal expansión de la raza, la lengua, la religión y la cultura hispánicas, la primera en aventajarse será, sin duda, la venerable, la valerosa, la grande y amada madre patria, que verá así recompensados, con los triunfos de su hijas y con su propio vigoroso renacimiento, al calor de la fortificante relación con las mismas, los esfuerzos y sacrificios que hiciere en otro tiempo por la civilización humana, tal cual ella la entendía, no siempre quizás con acierto, pero, en todos los casos, con sinceridad y nobleza.»

A esta obra de unión ibero-americana contribuye el monarca español acogiendo los buenos deseos de los americanistas cuyos trabajos han inspirado estas notas.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

EXPOSICIÓN DE LAS OBRAS DE AURELIANO DE BERUETE

Sin miedo a incurrir en exageración, se puede afirmar que nunca se han presentado al público de Madrid las obras de un artista en condiciones tan decorosas y favorables como acaban de serlo en el estudio del insigne Joaquín Sorolla las de Aureliano de Beruete.

Desde las guirnaldas de laurel entretejido que primero marcan la entrada al través del jardinillo y luego decoran la parte alta de los muros hasta el tono de las alfombras y el carácter de los muebles, que, sin distraer un punto la mirada, completan el conjunto, todo revela el gusto más delicado y la más severa elegancia: aun la riqueza ha tenido allí la virtud de mostrarse sobria. La luz está tan hábilmente repartida, que llega calculada y templada por igual a todas partes: a la colocación de los cuadros ha presidido tal acierto, que ni la proximidad de los que son semejantes engendra monotonía, ni los que se diferencian mucho se perjudican por la violencia del contraste: cuantos obstáculos surgen en tales casos están vencidos: el consorcio de la piedad filial con el cariño del compañero ha creado en aquellos salones, además de un modelo de organización y presentación, una atmósfera de consoladora poesía que, unida al prestigio del arte, parece contrarrestar la idea de la muerte y triunfar del olvido.

No debe desaparecer un hombre de tan alto valer intelec-

tual como Aureliano de Beruete sin que hablen de él al público los que íntimamente le conocieron, y pueden contribuir a que la posteridad le aprecie y ensalce en la medida que merezca. Esta consideración pone la pluma en mis manos, aunque desconfío de ser imparcial; pues, unido a Beruete por una amistad de más de treinta años, quizá no me sea dado considerar fría y serenamente su labor. Sírvame de disculpa la circunstancia de que, teniendo aficiones análogas, habiendo respirado durante tanto tiempo la misma atmósfera intelectual propia de nuestra época, es lógico que participe, en materia de arte, de sus aciertos y de sus errores: no me creo, por lo tanto, autorizado a extremar la censura ni el encomio; y si me quedo corto en la alabanza, téngase en cuenta el temor natural a que parezca sospechoso el elogio.

El rasgo que caracteriza mejor a Beruete es su resuelta vocación artística. Estudió Derecho en la Universidad de Madrid, adquiriendo una base de cultura que no todos los pintores tienen; durante algunos años, luego de terminada la carrera, le atrajo la política, en la cual, por su clarísima inteligencia y su envidiable posición social, pudo encumbrarse como se encumbraron otros de su tiempo; y, sin embargo, la dejó sin pena y sin esfuerzo. Siendo diputado en las Cortes de 1873, al reunirse ambas Cámaras en Asamblea Nacional por la abdicación de D. Amadeo de Saboya, votó la República, y poco después se alejó de la lucha de los partidos, consagrándose por completo, primero, a la práctica del arte, y después, a serios trabajos de investigación y crítica.

Mientras fue estudiante, su mayor goce era desligarse de cuanto le rodeaba, visitar Museos, frecuentar estudios de pintores y salir a dibujar al campo; presto se convenció de que la pintura le atraía con mayor fuerza que la abogacía y la política: quizá influyese en su ánimo el íntimo afecto que profesaba a Cristóbal Ferriz, el cual había ya dejado el Derecho por los pinceles, y era competentísimo en materia de arte.

Quien por entonces se dedicaba a pintar paisaje, debía so-

meterse a la dirección y enseñanza de D. Carlos Haes, cuyas condiciones de profesor eran dignas del mayor elogio; recibiendo y aprovechando sus lecciones, llegó pronto a ser gran dibujante.

Haes, aunque belga de nacimiento, había tomado aquí la tierra, como se dice vulgarmente, y era en muchas cosas tan español como nosotros; pero conservaba, con particular predilección, el concepto del paisaje dominante en su patria.

Lo que en el campo le seducía y le gustaba reproducir en sus cuadros, era aquello cuya belleza puede apreciarse en totalidad y conjunto; procuraba, con intenso sentido poético, despertar la emoción artística con el encanto del sitio que escogía, mas prefiriendo siempre lo que le parecía grandioso; las masas de arbolado, el solemne misterio de las selvas, las enormes curvas de los montes, las dilatadas riberas de los ríos o sus amplios remansos, en una palabra, lo que sólo abarca la vista a más que regular distancia: lo pequeño, lo menudo, lo que los ojos gozan cuando miran de cerca y tanto se presta a los primores de ejecución, no tenía para él igual atractivo; sabía hacerlo porque era habilísimo, y hay estudios suyos de esta índole muy notables, pero no lo sentía. En lo que al color se refiere, sin temor de rebajar su mérito y hablando con todo respeto, era un colorista bien equilibrado y discreto, pero no brillante. Su ejecución era fresca y fácil, sobre todo elegante, mas sin grandes alardes de habilidad y picardía. Beruete siguió por algún tiempo la manera de Haes, y a esta época pertenece el cuadro suyo *Orillas del Manzanares*, que figura en el Museo de Arte Moderno.

Aquellas dos condiciones del color y la ejecución en que Haes sobresalía menos que en otras cosas, eran por entonces precisamente las que ostentaban en alto grado algunos pintores españoles que vivían fuera de España, particularmente Mariano Fortuny y Martín Rico.

No hace falta, y sería pedantesco por inoportuno, estudiar ahora la personalidad de estos artistas: baste recordar la fama

que gozaron y el influjo que aquí ejercieron; conviene, sin embargo, consignar que la técnica de ambos se diferenciaba poco. El arte de Fortuny, era un primor de dibujo, de brillantez de color y de gracia en la ejecución. Martín Rico, aunque con menos facultades, le seguía e imitaba con entusiasmo; los cuadros de Rico eran como los fondos de Fortuny. En Roma, en Londres y en París se buscaban sus obras por los primeros coleccionistas del mundo; a Madrid llegaban muy pocas, pero Beruete viajaba mucho, era amigo de Rico, vió lo que hacía y, aunque pasajeramente, se aficionó a su estilo siguiéndolo por algún tiempo. Yo recuerdo haberle visto durante días enteros, en Meudon, a orillas del Sena, trabajando en un merendero que se llamaba *La pesca milagrosa*, pintando tablitas con la misma paciente y amorosa minuciosidad desplegada por Rico en las que hacía con asuntos de Venecia, de París y de Toledo. Las obras de Beruete pertenecientes a este período son las que ahora su hijo ha catalogado como ejecutadas de 1878 a 1887.

La influencia de Rico en el criterio artístico de Beruete, creo yo que fue de menos duración. Aquella manera exigía aptitudes tan especiales, estaba fundada en un predominio tan absoluto de la ejecución, e imponía tales trabas hasta con la pequeñez de los tamaños preferidos, que quien la seguía quedaba reducido a la condición de mero imitador, y Beruete era, como hombre y como artista, demasiado independiente para someterse. En su afán de estudiar observó lo que hacían los paisajistas franceses, ingleses y holandeses, y acabó por desviarse de aquella tendencia minuciosa de Rico, como antes se había separado de la más amplia y menos precisa de Haes; aplicándose desde entonces tenaz y enérgicamente a desarrollar por el estudio la observación y la práctica, su modo personal de ver y de sentir sin dejarse dominar por lo que hicieran otros.

No consiguió ver realizados estos propósitos de independencia tan pronto como deseaba, pues nada hay en arte tan difícil como sustraerse a la tutela que se aceptó libremente y por pa-

recer bien fundada. Además, la confusión producida por la abundancia y contradicción de lo que veía en sus continuos viajes la sinceridad con que lo observaba todo, procurando desentrañar el sentido de aspiraciones opuestas, y su misma modestia le hicieron caminar despacio. Durante algún tiempo, sus cuadros reflejaron sus vacilaciones y tanteos; como dibujante adelantó mucho en esta etapa de su carrera; pero pintando, aun sin pecar de extremadamente seco ni duro, tampoco tenía toda la frescura y jugo deseables. Su hijo ha catalogado las obras correspondientes a este período, en un grupo que comprende las pintadas de 1888 a 1902.

La perseverancia que, cuando tiene el talento por base, vale tanto como la inspiración, fue abriéndole nuevos horizontes, dió seguridad a las ideas, y convirtió los juicios vacilantes en firmes convicciones: cuanto más sincera y trabajosa fue la evolución, con mayor fuerza quedó persuadido de que el paisajista tiene el deber de interpretar cada trozo del natural según la impresión que en sus sentidos y en su ánimo recibe al contemplarlo, y que esta lealtad en la expresión debe sobreponerse a todas las teorías de escuela y a todos los influjos ajenos.

A partir de aquella época, Beruete suelta los andadores—como me decía Sorolla, hace pocos días, ante las obras que reflejan esta última evolución;—desde entonces el interés de sus cuadros está principalmente en la verdad con que procura transmitir la impresión que recibe.

La ejecución, constante preocupación de los pintores, queda subordinada al carácter del paraje donde trabaja: con sujeción a este sano criterio, trata de modo distinto cada trozo del natural, y aun emplea procedimientos diversos; no pinta los abruptos peñascales de los montes de Toledo de igual suerte que las apacibles márgenes de los ríos del centro de Francia, ni interpreta los cielos grises y pesados del Norte, como los limpios y luminosos de la meseta castellana; parece que se esfuerza y pone todo el empeño de que es capaz, en determinar

por la calidad del estilo la variedad de lo que contempla.

Tal es la incansable y cuantiosa labor de sus últimos años, realizada con un entusiasmo superior a todo encomio. En buscar la verdad sin rebajarse a seducir con alardes habilidosos, ni exageraciones efectistas, puso toda su alma; la sinceridad que revela es admirable; nunca se propone sacar de un aspecto del natural más partido del que puede dar de sí; jamás intenta que el espectador experimente por virtud de una técnica sacada de quicio la emoción que él no ha sentido. Por esto, como sus gustos, y acaso también la organización de su vista, le hacían más apto para apreciar las bellezas de conjunto que los encantos de lo pequeño, el principal atractivo de sus obras está fundado en lo que pudiera llamarse la fisonomía del paisaje; en sus cuadros no hay piedra, árbol, mata ni flor que por la estructura o el tono prevalezca sobre lo que le rodea; para él lo importante es el carácter, la índole del paisaje.

En resumen: ha sido un pintor que, pasadas las incertidumbres propias de todo período de formación, acertó a encauzar sus facultades, aprovechándolas con extraordinaria inteligencia, sometiéndolas a severa disciplina, y dando ejemplo de una probidad artística intachable.

Otros méritos tenía Beruete que le hacen acreedor al respeto de sus contemporáneos. Viajando mucho, estudiando incansablemente en museos y galerías, observando y comparando con singular penetración, llegó a poseer profundo conocimiento de la pintura antigua y, en particular, de la española. Su libro sobre Velázquez, que público en francés y fue pronto trasladado al inglés, es obra de capital importancia, principalmente en lo que se refiere a la técnica del gran maestro.

Había formado una notabilísima y rica colección de cuadros antiguos; y por cierto que el roce continuo con lo producido por los más insignes pintores de otros siglos parecía aumentar su natural modestia: era frecuente que llevase a un amigo a su casa para mostrarle el último Zurbarán o el último Goya que había comprado, y no le enseñase lo que acababa de pintar: no

tenía, pues, nada de extraño que las gentes se acostumbraran a considerarle y respetarle antes como experimentado y sagaz conocedor de lo ajeno que como artista original y creador, aunque realmente lo era.

Yo no quiero emplear en su alabanza adjetivos que hoy tanto se prodigan; pero con mayor fuerza y alcance que pudieran tener mis palabras ha expresado Joaquín Sorolla todo lo que valía Beruete, haciéndole los espléndidos funerales de dar albergue a sus obras en su propio estudio. Este rasgo equivale a un juicio; y para un pintor no puede haberlo más honroso.

El hijo de Beruete, heredero de su talento y su cultura, y el arte español que ha perdido un artista y un crítico de alto vuelo, deben eterna gratitud al insigne pintor valenciano.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Madrid, 21 de Abril de 1912.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—Biografía: Los hijos de Tolstoi, según su padre.=Filosofía: La idea de Dios.=Biología: Nietzsche y las teorías biológicas modernas.=Bellas Artes: El snobismo en arte.=Higiene: El arte de comer.=Ocultismo: La existencia del cuerpo astral.

BIOGRAFIA

Los hijos de Tolstoi, según su padre.—En una de las *Cartas inéditas* de Tolstoi publicadas por la *Grande Revue*, encontramos una curiosa pintura de los hijos del ilustre ruso, que, a título de documento literario y biográfico, insertamos íntegra. La carta es de 1872 (la XLIV de la colección), y en ella dice Tolstoi:

«Me dais un tema para mi carta: «mis hijos», y quisiera escribiros sobre ese tema. He aquí lo que son: el primogénito (Sergio, diminutivo Serioja en ruso) es rubio, bastante guapo; hay en él algo de débil, de sufrido y de dulce en la expresión. Cuando ríe, su risa no es comunicativa; pero cuando llora, tengo que hacer un esfuerzo para no llorar con él. Todo el mundo dice que se parece a mi hermano mayor (Nicolás); me da miedo creerlo; sería demasiado bueno. El rasgo principal de mi hermano no era el egoísmo ni la abnegación, sino el justo medio. No se sacrificaba por nadie; pero jamás ha hecho daño a nadie ni contrariado a nadie. Se regocijaba y sufría en sí mismo y sólo para sí. Serioja es inteligente, tiene el espíritu

matemático y es muy sensible al arte; estudia muy bien, hace bien la gimnasia; pero es *gauche* (así, en francés, figura en el original ruso) y distraído; no tiene personalidad bien distinta; el lado físico le influye demasiado. Cuando está bueno y cuando está malo, son dos muchachos diferentes.»

Del primero de sus hijos salta Tolstoi al tercero, sin nombrar siquiera a Taciana, que debía venir en segundo lugar. «Elías, el tercero—dice,—no ha estado nunca enfermo; armadura robusta, piel blanca y rosa, radiante, pero estudia mal, piensa siempre en lo que le está prohibido, y él mismo inventa juegos; meticuloso y cuidado, su «yo» le importa mucho. Es ardiente y violento, se bate en seguida, pero al mismo tiempo es muy dulce y muy sensible. Es sensual. Le gusta comer y acostarse a su gusto; cuando come gelatina de frambuesa o puches de avena, sus labios chascan. Es personal en todo; cuando llora, se enfada y es desagradable; cuando ríe, su risa se comunica a todo el mundo. Todo lo que no es presumido tiene para él gran encanto, y no tarda en adivinar lo prohibido. Siendo muy pequeño, oyó decir a mi mujer, que estaba en cinta, que sentía los movimientos de su hijo; desde entonces, en mucho tiempo, su juego favorito consiste en meterse algo debajo del traje, y paseando su mano por el vientre, decir sonriendo: «es el nene». Acariciaba todos los taburetes que tenían los resortes rotos, cuchicheando con una sonrisita: «es el bebé». Hace poco tiempo, cuando yo escribía las fábulas para mi *Alfabeto*, inventó éste: «Pues señor, este era un niño que preguntó: «¿es que Dios anda?» Y el buen Dios le castigó, y estuvo andando toda su vida.»

«Si yo muero, el mayor, cualquiera que sea su suerte, seguirá siendo un buen muchacho, y será ciertamente el primero en sus clases. En cuanto a Elías, perecerá, si no tiene un guía severo y *amante*. Este verano hemos ido á bañarnos. Serioja iba a caballo y yo llevaba a Elías a la grupa del mío. Era por la mañana. Salgo; los dos muchachos me esperan. Elías, radiante, de sombrero, y llevando una sábana cuidadosa-

mente doblada; Serioja llega, no sé de dónde, sofocado, sin sombrero.—«Ve a buscar el sombrero, le dije; si no, no vienes.»—Serioja se agita, busca su sombrero por aquí y por allá, y el sombrero no parece.—«No te llevo, y eso te servirá de lección; siempre pierdes algo.»—Está a punto de llorar. Salgo con Elías y espero que este último manifieste su sentimiento. Nada de eso; está radiante, y habla de su caballo. Mi mujer encuentra a Serioja llorando.—«Busco mi sombrero, y no lo encuentro.» Ella adivina que su hermano, el de ella, que ha salido muy temprano para pescar, se ha llevado el sombrero de Serioja, y me escribe cuatro letras diciéndome que Serioja no tenía la culpa de la pérdida de su sombrero, y me envía al chico con gorra. Yo oigo pasos rápidos cerca de la caseta de baños. Serioja llega (había perdido el billete en el camino), y se pone a sollozar. Elías hace lo mismo, y a mí también se me saltan las lágrimas.»

La hija olvidada entre Sergio y Elías viene en la carta ahora, y de ella dice Tolstoi:

»Tania: ocho años. Sigue a Serioja en edad. Todo el mundo dice que se parece a su madre, y yo lo creo, y, aunque esto es bastante, lo creo porque es evidente. Si hubiera sido la hija mayor de Adán, no teniendo otros hijos antes de ella (1), hubiera sido una muchacha desgraciada. Su mayor felicidad consiste en ocuparse de los pequeños. Experimenta visible placer en tocar aquellos cuerpecitos; su mayor sueño es tener hijos. Estos días he ido con ella a Tula para hacerla fotografiar. Empieza por suplicarme que compre a Serioja una navaja; para uno, esto; para otro, aquello, y sabía acertar con el regalo que más gusto había de dar a cada cual. En cuanto a ella, no la he comprado nada, ni ella ha pensado en sí misma ni un momento. A la vuelta la pregunto: —«Tania, ¿estás durmiendo? —No. —Pues ¿en qué piensas? —Pienso en que cuando lleguemos preguntaré a mamá si Liola (León, el cuarto hijo) ha sido

(1) Así está en el texto, y así lo dejo.

bueno, y entonces le daré un regalo; y en que Serioja aparentará no estar contento, cuando en realidad lo estará.» Ella no es muy inteligente, no la gusta hacer trabajar a su cerebro; pero el mecanismo es bueno. Será una mujer admirable, si Dios le da marido. Estoy dispuesto a dar un gran premio al que haga de ella una *mujer nueva*.

»El cuarto, León, guapo, listo, de buena memoria, gracioso. Todos los trajes le sientan bien. Todo lo que hacen los demás, lo hace él también con bastante destreza y bien; pero no le comprendo todavía bastante.

»La quinta, Macha, tiene dos años: mi mujer estuvo a punto de morir al darla a luz; es débil y enfermiza, un cuerpo blanco como la leche, cabellos rizados, casi blancos, grandes ojos azules, extraños por su expresión profunda y seria, muy inteligente y sin belleza. Será uno de los enigmas que sufren y que buscan. No encontrará nada, pero buscará eternamente las cosas más inaccesibles.

»El sexto, Pedro, un gigante, un enorme y admirable *baby* dentro de su gorrito; mueve los codos en todas direcciones, se estira, y mi mujer se halla en agitación admirativa cuando lo tiene. En cuanto a mí, no lo entiendo; no veo más que una cosa: que hay en él enorme provisión de fuerza física; pero, ¿hay también aquello para lo que esa fuerza es necesaria? No lo sé; por eso no me gustan los chicos antes de tener dos o tres años.

»No sé—concluye diciendo Tolstoi, a modo de conclusión general—si os he hablado de una observación muy extraña. Hay dos clases de hombres: los cazadores y los no cazadores. Estos últimos se encariñan con los niños y gustan de tenerlos en brazos. Los otros tienen, para con los bebés, cierto sentimiento de miedo, de asco y de lástima. No conozco excepción ninguna a esta regla. Comprobadla entre vuestros conocidos (1).»

(1) Dando gusto a Tolstoi en este ensayo (aunque no sea conocido de su tía), yo de mí sé decir que no he sido sumo cazador ni siento aficiones

FILOSOFIA

La idea de Dios.—Habla Faguet en la *Revue Bleue,* y en un artículo sustancial, de prosa clara y transparente, de contenido discutible, pero que no queremos discutir, limitándonos al papel de fieles expositores, consigna sus opiniones sobre la magna idea de Dios en términos que procuraremos interpretar con la mayor fidelidad posible. El artículo se divide en ocho párrafos con sus títulos correspondientes.

I. *La idea de los dioses.*—La idea de Dios es la idea que se forman los hombres de la organización y del gobierno del mundo, y la que se forman de sí mismos, considerados como tan grandes y tan completos cual desearían ser. Los primeros hombres no veían sino enemigos en torno suyo, animales y elementos. Los animales eran seres semejantes a ellos, más fuertes en general; los relámpagos, los truenos, las inundaciones, los terremotos, debían ser manifestaciones del poder de otros seres, animales u hombres misteriosos y superiores en sumo grado a ellos. Por eso los primeros dioses revistieron formas de animales o de hombres con órganos de animales. Personificaban el aire, el cielo, el mar y el fuego, y eran adorados con terror y se les hacían sacrificios sangrientos para aplacarlos. Eran la aristocracia del mundo.

II. *La idea de los dioses buenos.*—Desarrollóse la civilización, y lo bienhechor del sol, lo fecundo de la tierra, lo grato del agua, desarrolló la idea de la existencia de cosas buenas, y por tanto, la idea de seres superiores buenos, de dioses buenos. Entre los beneficios recibidos por el hombre, unos lo son sin que el hombre ponga nada de su parte, el sol o la fuente;

---

de tal, pues ni me entretiene el ejercicio de la caza, ni me siento con valor para matar a un pobre animal inofensivo. Soy, pues, del grupo de los no-cazadores; pero siento precisamente con los niños pequeños lo mismo que, según Tolstoi, sienten los cazadores, y no me gustan los niños hasta que tienen dos o tres años. Y corra la información ¡a otro!

pero otros son obtenidos de la Naturaleza con ayuda del hombre, el grano sembrado, el abrigo construído. Los dioses que ponen esas fuerzas al servicio del hombre son buenos; pero a su lado figuran otros dioses u hombres que han llegado a dioses, y que son malos, porque contrarían al hombre.

III. *Idea de los dioses morales.*—El sentimiento del bien y del mal que el hombre puede hacer y la conciencia de ese sentimiento, da origen a la moral. Se aprende a respetar al hombre valiente, virtuoso y sabio. Pero ¿cómo entonces seguir honrando a los dioses malos, consagrados por la leyenda y la poesía al lado de los buenos? Se les modifica, se les asignan cualidades de que antes carecían, se les humaniza, en una palabra, y los dioses se hacen cada vez más humanos. Nada después más natural que todos los grandes hombres sean divinizados y, por consiguiente, que todos los dioses sean considerados como seres humanos elevados, por unos u otros motivos, a la categoría de dioses.

IV. *Idea de los dioses psicológicos.*—El hombre se analiza y se descubre multitud de cualidades que tienen de asombroso el no ser permanentes, pues brotan *en ciertos momentos* de un fondo desconocido y misterioso que produce manifestaciones que «siendo a la vez imposibles y reales, son milagros», como dice Schopenhauer. Nace así la psicología, y el hombre se dice que allí debe haber dioses interiores, como el relámpago es la manifestación de un dios. Y así se asientan en Teópolis la Justicia, la Verdad, el Pudor, la Virtud. Los malos instintos, la Discordia, la Avaricia, fuerzas temibles también, figuran a su lado como en la mitología anterior. Los dioses se ven más mezclados que nunca; pero todos están impregnados de humanidad. Son superhombres. Y así del hombre a Dios no hay solución de continuidad: es una escala con miles de escalones, el politeísmo pagano.

V. *Idea de un Dios.*—No hay que olvidar, sin embargo, que en el politeísmo queda siempre un germen de monoteísmo. Hasta donde Zeus aparece como Dios supremo, por encima de

Zeus y de todos los dioses está el Destino, y allí aparece ya en potencia y bastante precisa la idea monoteica. En Platón, que, en definitiva no hace otra cosa que reemplazar el Olimpo antropomórfico por el espiritual y los dioses por las ideas, las ideas viven en el seno de Dios. Para los romanos, Júpiter fue siempre el Dios superior, *Deus optimus maximus*. La multitud misma de los dioses del paganismo los achicaba de tal modo, que los ponía al nivel del hombre, dando por lo mismo mayor relieve al jefe, como el emperador tenía preeminencia absoluta sobre todos los ciudadanos del Imperio. Todo así llevaba a la concepción del Dios único, pues tanto daba que se admitieran otros dioses, siendo inferiores y subordinados al Supremo, como que no hubiera más que un solo Dios.

VI. *El Dios de los cristianos.*—Ese Dios único es el que predican los cristianos, hombres despreciados al principio y perseguidos después, notables por la pureza de sus ideas, por la firmeza de sus convicciones y por lo heroico de su vida. Se resiste todavía por patriotismo; los dioses están tan mezclados con la vida nacional, que duele abandonarlos. Pero en el monoteísmo quedan vestigios de politeísmo: los hebreos tienen sus Elohim y los cristianos tendrán sus ángeles, sus santos y sus Nuestras Señoras particulares. Para los simples de espíritu, el monoteísmo se organiza espontáneamente en una especie de politeísmo inevitable y no pernicioso. Para los fieles, Dios es Dios, único, omnipotente; pero no está solo: hay muchos poderes intermedios inferiores a Dios, pero superiores al hombre, objeto de culto: Nuestra Señora de la Buena Dicha, Nuestra Señora de la Buena Muerte son la misma persona con nombres distintos; pero cada una, confusamente, en el espíritu de los fieles, tiene su oficio propio, su devoción especial, como Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora de Poitiers vienen a ser la representación politeísta del *Genius loci,* el protector de la localidad. Es un politeísmo ingenuo e inofensivo. Los santos son otro recuerdo del politeísmo, y responden a la necesidad de mediadores e intercesores entre el hombre y Dios.

VII. *Fetichismo superviviente.*—Las superticiones, jamás toleradas por la Iglesia, son también formas de politeísmo, pero más peligrosas. El supersticioso no es cristiano, ni monoteísta siquiera; es un pagano. «La superstición, como dice Nietzsche, es un librepensamiento de segundo orden.» Las supersticiones son personales y ligan entre sí a quienes las profesan en una especie de secta; hay tantas sectas como supersticiones. Nótese que, para el pagano, el cristianismo, con su Dios hecho hombre, muriendo y resucitando, era en apariencia una sombra de politeísmo. Bossuet lo ha comprendido bien: la humanidad necesitaba un Hombre-Dios, y por eso Dios la envió un Dios-Hombre. «Era el remedio—dice—que Dios preparaba a la idolatría. La divinidad se había hecho *visible* y grosera; los hombres la habían dado su figura, y, lo que era más vergonzoso, sus vicios y sus pasiones. El misterio de Jesucristo nos ha hecho ver cómo la Divinidad podía, sin envilecerse, unirse a nuestra naturaleza y revestirse con nuestras flaquezas. El Verbo se hizo carne. ¡Oh hombres! Queríais dioses que sólo fuesen hombres, y he ahí un nuevo objeto de adoración: un Dios y un hombre en un solo sér; pero un hombre que no ha perdido nada de lo que era al hacerse como somos; no ha tomado del hombre sino lo que hizo en él; hizo la naturaleza, y la tomó; hizo la mortalidad, y no desdeñó tomarla. Y así, en vez de los vicios que los hombres ponían en sus dioses, en el Dios hombre sólo se vieron virtudes. No busquemos después de este ningún otro Dios *visible.*»

VIII. *Dios uno.*—Sentado el principio del Dios único, ese Dios sucede a todos los otros dioses en los atributos que el hombre le daba, y es la idea que los hombres se forman de la organización y del gobierno del mundo, la idea de sí mismos elevados a la perfección. Imaginan el mundo como un reino: Dios es el rey que manda, que quiere que se le honre, que juzga, premia y castiga; el mundo es una máquina admirable: Dios es el mecánico que la construye y dirige; el mundo es un mecanismo preciso e infalible: Dios es el primer motor, el *Ki-*

netes akinetos de Aristóteles; el mundo es algo en progreso continuo: Dios es la evolución, y la relación entre el mundo y Dios es la del *adveniat regnum tuum*. Por otra parte, como Dios es también la idea que el hombre tiene de sí mismo, elevado a la perfección, es fuerza infinita, causa infinita, libertad absoluta, virtud perfecta, bondad suprema. Interpretando un oscuro párrafo de Nietzsche, dice Faguet que los hombres que tienen la idea de Dios, tienen la idea de toda la perfección que puede sugerirles su época, con el sentimiento confuso de que ese ideal puede ser rebasado y luego vuelto a rebasar, y después más todavía, formando ese *después* en su espíritu un concepto de perfección indeterminada que existe en alguna parte y hacia la cual nos encamina cada perfeccionamiento humano, insensible, pero siempre meritorio. Concebido así, Dios es una causa final de perfeccionamiento. La perfección divina y la perfectibilidad humana están así en dos planos, el segundo siempre inferior al primero, pero acercándose siempre a él, sin alcanzarlo nunca.

BIOLOGIA

NIETZSCHE Y LAS TEORÍAS BIOLÓGICAS MODERNAS.—Mientras entre los apologistas, críticos, expositores y comentaristas de todas clases de Nietzsche, hay quienes estiman al filósofo de Rœcken como un secuaz de Darwin, otros lo presentan como antidarwinista convencido. ¿Quién tiene razón? Scipio Sighele, valiéndose de los recientes estudios hechos en el *Mercure de France* por Clara Richter, puntualiza las cosas en la *Nuova Antología*, de Roma.

Hay, ante todo, un equívoco que deshacer. La biología moderna distingue claramente la teoría de la *descendencia*, que es de Lamark, de la teoría de la selección, que es de Darwin; pero el público sigue llamando darwinismo a lo que sólo es lamarkismo, y la mayor parte de los críticos de Nietzsche siguen este mal camino. Nietzsche ha tomado algunas ideas de

Lamark y otras de Darwin: es darwinista sin quererlo, y lamarkiano sin saberlo. Él mismo se lastima «de haber derrochado su tiempo en el estudio tan vacío de la filosofía», confesando su ignorancia en ciencias naturales. Aunque después de su ruptura con Wagner se dedicó a la fisiología y a la medicina, como declara en su *Ecce Homo*, puede afirmarse que no conoció directamente las obras de Darwin ni de Lamark, aunque por sus relaciones de comprofesorado con Rütimeyer, de Basilea, pudo estar al tanto superficialmente de las grandes cuestiones biológicas. ¿Se hizo por eso evolucionista lamarkiano? Nietzsche es inclasificable por su independencia, que no le permite ser discípulo de nadie; pero aunque refuta ciertos principios, acepta otros, los fundamentales del evolucionismo.

En 1862, siendo estudiante, se preguntaba en *Fatalidad é Historia:* «¿No es quizá el hombre la evolución de la piedra a través de la planta y del animal?» Manteniendo esta fe en la evolución, negaba el perfeccionamiento resultante: «Evolucionar, dice, no significa necesariamente elevarse y fortificarse.» «Las especies no evolucionan hacia la perfección.» Pretender que la evolución represente un progreso, es la afirmación más absurda del mundo.» Es, pues, lamarkiano por ser evolucionista, y antilamarkiano por negar el perfeccionamiento. Hasta le repugna la idea de la generación espontánea, la hipótesis de la materia orgánica saliendo de la inorgánica. «Me siento, dice, más propenso a admitir que siempre han existido organismos.»

Apartado en esto de Lamark, vuelve a él al admitir la descendencia simiesca del hombre. *Zaratustra* no deja lugar a dudas, aunque, dejándose llevar de su espíritu burlesco, observe que «los monos tienen el carácter demasiado dulce para que el hombre sea su descendiente», sosteniendo además que como el hombre desciende del mono, podrá volver a ser mono. Esta teoría de «la marcha circular de la humanidad» es un anticipo de la doctrina general del *eterno retorno* de la *Gaya ciencia*. También es evolucionista en lo que se refiere a la actividad intelectual y moral. Cree que en el instinto de buscarse la comida

y de defenderse de los enemigos, está la base de toda la vida animal. «Los orígenes de la justicia, dice, de la moderación, del valor, en una palabra, de todo lo que designamos con el nombre de virtudes socráticas, son animales; son la consecuencia de los instintos que enseñan a buscar la comida y a defenderse de los enemigos.» Las más altas funciones del espíritu no son sino una especie sublime de las funciones orgánicas: «asimilación, selección, secreción.» Por aquí se acerca Nietzsche a lo que dice Vogt de las relaciones entre las funciones del cerebro y las de los riñones, y a la frase de Taine de que «la virtud y el vicio son productos naturales como el vitriolo y el azúcar».

Como consecuencia obligada, también Nietzsche tiene que admitir otra teoría de Lamark: la adaptación al ambiente. La misma Clara Richter dice que la teoría darwiniana de la selección es sólo una secuela de la adaptación, pues sólo los mejor adaptados sobreviven. Aceptada la influencia del ambiente, Nietzsche acepta su consecuencia, el mimetismo; como el animal reviste el color y la forma de las cosas que le circundan para no ser visto de sus enemigos, así el hombre se adapta a las opiniones, usos y costumbres del tiempo en que vive. «El hombre es un animal imitador, y la causa principal de su mimetismo moral es la debilidad.» Hay, sin embargo, mimetismos que no son producto de la prudencia ni del miedo, sino consecuencia de energía y síntomas de vitalidad. Hay individuos que triunfan en un medio ambiente hostil por su resistencia física, por su superioridad intelectual, por su fuerza de voluntad. Por eso Nietzsche, a la definición de la vida de Spencer, «la adaptación continua de las relaciones internas a las relaciones externas,» opone esta otra: «la vida es la voluntad de potencia que somete y se incorpora las cosas exteriores». La adaptación, en efecto, no es sólo resignación y fatalidad, como resulta en Spencer, sino energía y voluntad también, como quiere Nietzsche; no hay oposición entre ambos, sino complementación, rectificación. La filosofía de Nietzsche se resume en

la indicación del problema máximo de la vida: «La cosa más formidable en la Naturaleza, es tener una voluntad.»

Otro de los temas ampliamente tratados por Nietzsche, es el de la herencia, «la transmisión del movimiento». No puede afirmarse con seguridad si, además de la herencia estable, por nadie negada, acepta también la herencia progresiva de Lamark, que tan controvertida es. Sus fragmentos sobre la herencia intelectual son demasiado contradictorios; hablando del genio de César, dice: «Tales dotes no se transmiten por herencia», y recordando la frase de Aristóteles: «en los hijos de los grandes genios se desarrolla la locura; y en los hijos de los grandes virtuosos la idiotez», la aprueba, acercándose a la teoría lombrosiana. Respecto a la herencia de carácter moral, del temperamento, no ofrece duda su lenguaje: es el resultado de la acumulación de opiniones de nuestros ascendientes, transmitida por la herencia; toda nuestra moral tiene la herencia por base. Al final de su vida parece, sin embargo, menos convencido, y afirma que no sabemos lo que es verdaderamente la herencia. A pesar de todo, con sus dudas y contradicciones, Nietzsche puede pasar en conjunto como discípulo inconsciente de Lamark.

Por lo que hace a sus conexiones con el darwinismo, el contraste entre su antipatía verbal y su afecto de hecho a la teoría fundamental de Darwin de la lucha por la existencia, que es para Nietzsche una necesidad biológica o social, se explica fácilmente. La lucha, la guerra le son predilectas; Zaratustra glorifica la guerra, que lo santifica todo: «Quien renuncia a la guerra renuncia a la vida.» Todo organismo se defiende por medio de la lucha; el cuerpo humano mismo no es sino el resultado de incesante lucha de moléculas, según Roux, lucha intracelular, lucha mental. El organismo social no tiene más razón de ser que la lucha.

Nietzsche rechaza la explicación de Darwin, de que la lucha por la existencia dependa del exceso de población; el miedo maltusiano es para él «una miopía senil». No se lucha

por la conservación, sino por el aumento de la vida, por vivir mejor: «Donde hay lucha, siempre la hay por el predominio.» Nietzsche no hace más que exagerar una verdad biológica, transformando el instinto animal de querer vivir, en una voluntad más alta: en querer vivir dignamente, superando a los demás; su «voluntad de potencia» es el grado máximo de la «voluntad de existencia». La doctrina nietzscheana es para Sighele la consecuencia fatal de la doctrina darwinista.

Hasta la teoría de la selección natural, puede decirse que Nietzsche es un darwinista *malgré lui*. Consigna, cosa ya sabida, que esa teoría se formuló ya por Empédocles; pero declara que es una concepción de primer orden la de que «sólo quien es apto para vivir, sobrevive». No hay por eso que suponer que la consecuencia necesaria de la selección sea el progreso, y es un error de Nietzsche atribuir a Darwin semejante afirmación, cuando Darwin admitía hasta una selección regresiva al lado de la progresiva. Uno de los mayores obstáculos para la selección natural, según Nietzsche, es la Iglesia, «esa solidaridad de los débiles», como la llama, que trabaja sistemáticamente por la conservación de los enfermos, de los que sufren, abatiendo a lo que es soberano, humillando lo viril y lo dominador, y haciendo sospechosa la felicidad en la belleza. Otro obstáculo, muy ligado con el anterior, es la compasión; es la idea de Spencer preguntándose si la filantropía, empeñada en dulcificar los males presentes, no produce mayor suma de miseria, reforzada por Nietzsche al escribir que «la compasión aumenta los sufrimientos del mundo y es más dañosa que todos los vicios». Los que protegen a los inadaptados perturban la acción eliminadora de la Naturaleza, como dice Spencer; y nuestra moral, añade Nietzsche, al empeñarse en defender a los débiles e incapaces, es inmoral.

Nietzsche propone una selección artificial, consciente, para acabar con esa espantosa dominación del absurdo y del azar, que se llama Historia. Los educadores de la humanidad deben gozar, ante todo, de gran salud. La selección tiene dos aspec-

tos: negativo y positivo. «¡Es preciso que los débiles desaparezcan! ¡Es preciso que nosotros les ayudemos a desaparecer!» Mayor cruedad es dejar vivir a un niño deforme que tirarlo al río, como en Esparta; y lo mejor es impedir que nazcan seres así. De ahí la prohibición de engendrar a todos los degenerados. Los delincuentes son también otros enfermos, y su eliminación es el único objeto de la pena. La castración es el mejor medio de impedir el aumento de los degenerados. El suicidio es el procedimiento más eficaz para eliminarse del mundo cuando no se puede vivir bien.—El aspecto positivo de la selección es el dolor; el sufrimiento y el peligro son condiciones indispensables para el desarrollo de la planta-hombre, y sirven para probar su resistencia. El secreto de vivir la vida más fecunda está en vivirla soportando sufrimientos y venciendo peligros.

Otro problema ligado con el de la selección artificial, es el de la selección sexual. Darwin, siguiendo a Erasmo, había sentado el principio de que «la hembra escoge siempre el más hermoso macho»; los hechos demuestran que esto no es verdad, y que, en la mayor parte de los casos, la elección depende de la oportunidad, de la ocasión. Eso es lo que Nietzsche quiso evitar, estableciendo la selección sexual artificial. ¿Cómo? Reformando el matrimonio para eliminar el azar. El matrimonio del porvenir será «la voluntad de dos de crear el sér único que sobrepuje a quienes lo han creado»; hay que multiplicarse, pero elevándose cada vez más; ese es el fin del matrimonio. Para lograrlo, mejorando la raza, debe permitirse a los hombres más fuertes tener varias mujeres, y a las mujeres más bellas que procreen hijos de muchos hombres. Todo matrimonio debe ser autorizado por los médicos, previo oportuno reconocimiento, enseñándose al público la responsabilidad social del acto de la procreación. Como se ve, Nietzsche es también, en medio de sus exageraciones, un secuaz de Darwin, aunque haya transformado grandemente sus doctrinas y desarrollado inesperadas consecuencias.

Por lo que hace a la teoría del superhombre, dicen algunos que Nietzsche la tomó del *Valor de la vida*, de Dühring. Lo importante en esta materia es averiguar si esa teoría procede de la evolución lenta y constante, o de la evolución repentina, excepcional. Nietzsche admite el carácter esencial del transformismo, que es la continuidad, con la antigua máxima *natura nihil fecit per saltum;* por eso piensa que, así como el hombre actual ha tardado miles de años en formarse, la aristocracia por él soñada invertirá no menos tiempo, habiendo que recorrer muchas etapas para que el hombre pase a superhombre. Estas etapas son: 1.ª *Formación de una aristocracia,* minoría selecta, con derecho a ser egoísta, dominando a la masa y aceptando su sacrificio, para lo cual la legislación misma debe ayudar al advenimiento de hombres atrevidos y dominadores. 2.ª *Raza europea pura,* salida de esta aristocracia dominante. 3.ª *Especie sobrehumana,* nacida de esta raza.

BELLAS ARTES

El snobismo en arte.—Para ciertas gentes no se trata de tener mejor o peor gusto, sino de seguir o no seguir la moda. La moda, desgraciadamente—como dice Frantz Jourdain en *La Revue*,—no impone su tiránica voluntad solamente en los vestidos, sino que reina también, en absoluto, en el arte y hasta en materia de inteligencia. Sólo que por no confesar que la aceptación de un estilo determinado depende de un capricho de momento, se disfraza la verdad y se da el nombre de snobismo a tan lamentable estado de espíritu.

Actualmente, el snobismo exige que se admire y se prefiera exclusivamente el siglo xviii. El coleccionista no se interesa sino por las obras ejecutadas en tiempo de Luis XV y Luis XVI. Cualquier chuchería de esta época logra precios fabulosos en las subastas; las amas de casa no saben hablar sino de Wateau y Lancret; las fachadas de casas, palacios y

quintas, el mobiliario y las telas, todo recuerda la Regencia y los cuartitos de Versailles y de Trianón. Precisamente el estilo hoy mimado era el aborrecido y ridiculizado hace treinta años; entonces sólo se aplaudía el Renacimiento; el snobismo se había agarrado a Enrique II, y no lo soltaba ni a tres tirones; hasta Lesueur, arquitecto del Ayuntamiento de París y miembro del Instituto, declaraba en un banquete de alumnos de la Escuela de Bellas Artes, que la Regencia quedaría en la Historia como el tipo más completo del mal gusto.

Para que se vea hasta dónde llegaba la pasión, cita Jourdain un ejemplo concluyente: Unos años antes de la guerra franco-prusiana, un mantequero ofreció a los hermanos Goncourt un cuadro que no se sabe cómo había ido a dar á su trastienda del mercado. Vacilando, pues el cristal estaba roto, el marco sucio y el autor era desconocido, el mantequero pidió mil francos por su hallazgo. Los Goncourt quedaron extasiados ante aquella preciosidad, la mejor obra, quizá, que haya salido de manos de Moreau el Joven; como eran personas de conciencia, dijeron al vendedor que el cuadro valía mucho más, y que lo llevara al conservador del Louvre, que podría pagarlo, para el Estado, por lo que valía. Poco después el hombre volvió desalentado: en el Louvre le habían dicho que el Estado sólo se interesaba por obras del Renacimiento, y que lo del siglo XVIII no valía nada; los Goncourt pagaron los cincuenta luises y se hicieron propietarios de aquella joya, comprada después por Chauchard y hoy colgada en el Louvre, donde figura como una de las perlas de la hermosa colección del millonario. David, durante la Revolución, vendió en pública subasta, a precios irrisorios, en las aceras de las calles, lienzos de Boucher, Pater, Lancret y Watteau; pero David obraba como sectario fanático contra un arte que execraba por profesar ideas diametralmente opuestas a las suyas; su carácter de artista explicaba su proceder. El snob no obra así, no obedece a ninguna tendencia y es incapaz de razonar sus prevenciones ni sus preferencias. Acepta la consigna que le impone la moda

y no se calienta los cascos en reflexionar ni en comparar; hoy detesta lo que adorará mañana, y le tiene sin cuidado su inconsecuencia.

No hace mucho, el viento sopló hacia Botticelli y los prerrafaelistas. Sin transición la veleta ha saltado al cuadrante opuesto. ¿Hacia dónde soplará mañana? Se dibuja cierta afición a lo Luis Felipe y hasta a lo Napoleón III. El movimiento a favor del romanticismo ha fracasado; pero quizá para el próximo invierno asistamos a la apoteosis de Winterhalter, Ivon y Protais, y a las iluminaciones que en 1860 adornaban las felicitaciones de año nuevo. Estetas muy elegantes han afirmado a Jourdain que ciertos cucuruchos de confites con cromos y arabescos del segundo Imperio, eran sencillamente incomparables. Con gentes así, no hay que desconfiar de nada, y debe esperarse todo.

Por fortuna, el snobismo de hoy ha tenido el acierto de patrocinar al siglo XVIII, aunque sus patrocinadores no comprendan siquiera su valor, y le atribuyan cualidades que no tiene como aquella señora que se extasiaba ante un bodegón de Chardin, proclamándolo obra maestra de elegancia y distinción. ¡Pobre Chardin, tan censurado antes por su brutal realismo! Aquellas berzas, aquellas zanahorias, aquella rodilla sucia de cocina formaban un cuadro admirable de verdad, pero no eran la distinción ni la elegancia sus cualidades sobresalientes! La exposición de retratos del siglo XVIII, organizada por Dayot en las Tullerías, fué un exitazo, y si el snobismo no hubiera demostrado su éxtasis con adjetivos despampanantes por lo exagerados y lo inadecuados, afirmando que, después de aquello, la humanidad había agotado sus fuerzas, el placer hubiera sido completo.

El siglo XIX, que el snobismo desprecia, no fue inferior al XVIII. El siglo XVIII puede monopolizar la gracia, la elegancia y el sentimiento decorativo; pero ese arte de sensualidad algo superficial no ha hecho nunca vibrar más que una cuerda, dando constantemente la misma nota; y a la larga, las

fiestas galantes y los discreteos de esos personajes vestidos de terciopelo, seda y encajes, llegan a fatigar con su monotonía. La característica del siglo XIX es precisamente la variedad, la oposición, la abundancia de diversidades. Imagínese el *Bertin de Vaux*, de Ingres, al lado del *Antonino Proust*, de Manet; el *Napoleón III*, de Flandrin, junto a la señora *Charpentier*, de Renoir; piénsese en los lienzos de Ricard, Delacroix, Corot, Fantin Latour, Henner, Delaunay, Ribot, Courbet, Daumier, Whisler, Baudry, Puvis de Chavannes, Cézanne, Van Gogh, Carrière, etc., elegidos con severidad, sin odios ni prevenciones, y se dará uno cuenta de la suntuosa y potente floración de arte ofrecida al público.

No; el sentimiento testarudo del snobismo nada tiene que ver con la prevención artística que impulsaba, por ejemplo, a Ingres a abrir el paraguas, por no verlos, cuando pasaba ante los lienzos de Rubens, en el Louvre. No se hipnotiza uno ante las obras antiguas por amor a la belleza, sino por moda; la cómoda comprada hace cincuenta años a un chamarilero de provincias por 25 francos, y que hoy vale 15.000, era exactamente tan fina y tan delicada entonces como hoy; la famosa tiara de Saïtafernes era tan horrible cuando se la creía auténtica y producía pasmos de admiración, como cuando se la llevó al desván por falsificada. El día en que uno de esos terribles eruditos que no respetan nada, demuestre que la *Gioconda* no es de Leonardo de Vinci, o que la *Victoria de Samotracia* ha salido de un taller de falsificadores del tiempo de Carlos X, Jourdain confiesa cínicamente—y yo con él—que en nada modificaría mi juicio sobre tan admirables obras maestras.

Y, sin embargo, hay que reconocer que el snobismo posee raras y preciosas cualidades, positivamente útiles y provechosas, sea dicho sin ironía y sin contradicción; precisamente su colosal necedad y su frivolidad exasperante son las que de cuando en cuando aportan inesperado apoyo a las causas más justas y más santas, haciéndolas triunfar. ¿Qué hubiera sido de la música de Wagner sin la simpleza y terquedad del snobismo?

Claro es que, como sus preferencias son irracionales, poco después se empeñó en resucitar la música italiana, como hoy se ha empeñado en ensalzar las danzas rusas. Con un decorador ruso, una bailarina rusa, un músico ruso, un libretista ruso, un director de escena ruso ó un empresario ruso, no hay fracaso posible; el snobismo patrocina lo ruso, y el éxito es seguro.

El trato con los snobs no deja, como se ve, de ser peligroso, y es prudente no contraer con ellos sino alianzas efímeras y condicionales. Es una gente de la que hay que servirse, porque es poderosa, pero que no merece estimación ni simpatía. El snobismo es, en realidad, enemigo del arte, del arte elevado y sincero. Sus impulsos más apasionados encubren la más fría indiferencia; sus actitudes refinadas disimulan la mayor ordinariez, y su fraseología complicada sirve de disfraz á su ignorancia desesperadora. Los afiliados a esta nueva masonería no vacilan nunca entre una obra maestra y un automóvil *dernier cri,* entre la lectura de un libro notable y la asistencia a una partida de polo algo selecta... ¡Puff!

HIGIENE

El arte de comer, con ventaja para la salud y para el bolsillo.—Estamos frente a dos problemas: el encarecimiento angustioso de la vida, y la propagación de multitud de enfermedades que tienen su origen en errores de alimentación. Ambos están relacionados íntimamente, y hasta puede decirse que la solución del uno implica o por lo menos facilita grandemente la solución del otro.

Entre los muchos artículos que revistas y periódicos consagran al estudio de estas palpitantes cuestiones de higiene individual y social, elegimos el dedicado por el Dr. Gottschalk en *La Revue,* sin perjuicio de completarlo con indicaciones de otros. Uno de los prejuicios más corrientes en materia de alimentación es el aforismo de que, «cuanto más se come, más fuerte es uno»; de ahí el empeño de todas las familias de hacer

comer a los niños más de lo que desean, apelando a toda clase de aperitivos y reconstituyentes. Es un error, y la experiencia demuestra que, cuanto más se aproxima uno a la racion fisiológica, mejor se encuentra de salud y de fuerzas.

El Dr. Hinhede, dinamarqués, se ha sometido durante dos meses a un régimen económico, para ver hasta dónde podía reducir los gastos de alimentación, y ha observado que sus fuerzas, lejos de disminuir, aumentaban, pudiendo subir en bicicleta, sin fatiga, pendientes que antes le obligaban a subir a pie. Su desayuno se componía de papilla de cebada cocida en agua y adicionada con leche desnatada, azúcar y pasas de Corinto; la cena se reducía a una tartina con manteca y una ensalada de legumbres o patatas; la comida principal, al medio día, variaba algo más; pero he aquí algunas de sus listas: 28 de Junio: Patatas (340 gramos) y manteca (30); papilla de ruibarbo (270 de ruibarbo y 90 de leche).—17 de Julio: arroz (200 gr. de arroz cocido y 100 gr. de salsa); papilla de ruibarbo (300 de papilla y 70 de leche).—2 de Agosto: Patatas (300 gr.) con salsa de perejil (140 gr.); papilla de ciruelas pasas (200 gr. de ciruelas y 85 de leche).—8 Agosto: Sopa de coles (350 gr. de berza, 160 de patatas y 60 de pan negro); tortilla (140 gr. con 40 de salsa de ruibarbo y 40 de azúcar).

Eche cada cual la cuenta, y vea si con tales platos, u otros semejantes, no podrían reducirse extraordinariamente los gastos de alimentación, sin detrimento de la salud y con excelente dirección para resolver los más graves problemas sociales. Y no se diga que se trata de un caso excepcional; ahí está la alimentación de pueblos enteros: la del Japón, la de la India, y, en España misma, la del obrero andaluz, y sobre todo la del gallego, el tipo más resistente de nuestros trabajadores, el más equilibrado quizá de todos los obreros del mundo, sano, robusto, humilde, inteligente y patriota, que con una buena sopa de coles y su ración de borona, o pan de maíz, se conserva perfectamente, como el albañil piamontés con un puñado de arroz y de harina de maíz.

El profesor Chittenden, de la Universidad de Yale, quiso darse clara cuenta del valor del régimen, e hizo en sí mismo varios experimentos de reducción alimenticia; no le preocupaba la cuestión económica, sino la higiénica, y observó que no sólo se encontraba mejor, sino que sus fuerzas aumentaron sensiblemente. He aquí dos ejemplos de sus comidas: 23 de Junio: Por la mañana: café (123 gr.) con leche (50 gr.) y azúcar (11 gr.). Al medio día: Tortilla (50 gr.), patatas fritas (70), jamón (10), pan blanco (43), manteca (9), fresa (125), azúcar (20) y pasteles de crema (50). Por la noche: Bifteck (34), guisantes (60), patatas con crema (97), pan (26), manteca (17), ensalada (153), bizcochos (43), queso (15), café (53) y azúcar (12).—24 de Junio: Por la mañana: Café (96 gr.) con leche (32) y azúcar (8). Al medio día: 89 gr. de pescado con salsa a la crema; 95 de patatas asadas al horno; 10 de manteca, 58 de galletas de maíz, 86 de fresas, 26 de azúcar y un vaso (47 gr.) de gin. Por la noche. 14 gr. de lengua fría, 48 de patatas al horno, 60 de guisantes, 30 de pan blanco, 11 de manteca, 155 de ensalada con mayonesa, 22 de bizcochos, 14 de queso, 58 de café, 10 de azúcar y 22 de gin.

Lo interesante de estas listas, como nota Gottschalk, está en la pequeñez de las raciones de cada cosa, cuyo valor alimenticio se consolida por la masticación lenta y completa. Tras estos experimentos personales, Chittenden hizo otros varios con sus colegas, y luego se consagró a experimentos en mayor escala: un grupo de once soldados que se prestaron a ello, fueron sometidos al régimen de reducción durante seis meses, del 4 de Octubre al 3 de Abril, siendo vigilados constantemente y analizados sus alimentos y secreciones. Para que pueda hacerse directamente la comparación, he aquí dos comidas completas, una antes de empezar los ensayos, que muestra cuál es el régimen ordinario, y otra del final de los experimentos:

	Viernes 2 de Octubre 1903.			*Viernes 1.º de Abril 1904.*		
Mañana...	Bifteck	222	grs.	Tortas de maíz...	150	grs.
	Patatas asadas...	234	—	Jarabe	75	—
	Cebollas	34	—	Patatas asadas...	200	—
	Grasa	68	—	Manteca	20	—
	Pan	114	—	Café	350	—
	Café	679	—			
	Azúcar	10	—			
Mediodía.	Bifteck	171	—	Macarrones al gratin	250	—
	Patatas cocidas..	350	—	Puré de patatas..	250	—
	Cebollas	55	—	Nabos cocidos....	150	—
	Pan	234	—	Pan	35	—
	Café	916	—	Manteca	10	—
	Azúcar	27	—	Gelatina de manzana	200	—
				Café	350	—
Noche....	Bifteck picado...	95	—	Patatas asadas...	200	—
	Patatas	170	—	Manteca	20	—
	Cebollas	21	—	Compota	100	—
	Pan	158	—	Jamón asado	25	—
	Café	450	—	Pan	35	—
	Azúcar	21	—	Pudding de sagú con peras	300	—
	Gelatina de frutas.	107	—	Té	350	—

	Sábado 3 Octubre 1903.			*Sábado 2 Abril 1904.*		
Mañana...	Jamón	162	grs.	Pasteles de crema.	200	grs.
	Tortas fritas	215	—	Jarabe	50	—
	Pan	72	—	Patatas asadas...	200	—
	Azúcar	21	—	Manteca	10	—
	Café	550	—	Manzanas	140	—
				Café	Una taza.	
Mediodía..	Roastbeef	250	—	Merluza cocida...	25	grs.
	Grasa	133	—	Patatas cocidas..	250	—
	Pan	234	—	Nabos cocidos....	150	—
	Azúcar	21	—	Pickles	35	—
	Café	667	—	Manteca	10	—
				Pastel	130	—
				Café	Una taza.	
Noche....	Salchicha bávara.	171	—	Pudding dulce...	125	grs.
	Pan	128	—	Gelatina de mirtilos	150	—
	Leche	71	—	Patatas asadas...	200	—
	Azúcar	21	—	Zwiebacks (bizcochos)	25	—
	Café	450	—	Manteca	10	—
				Té	Una taza.	

La reducción es tremenda, aunque todavía la ración pueda parecer excesiva, sobre todo en lo relativo al té y al café. Pues bien; los soldados sometidos al experimento, a pesar de lo riguroso del invierno, ni se quejaron de frío, ni estuvieron mal ni un solo día, ni se resintieron de fatiga, encontrándose tan bien, que ellos mismos siguieron después el mismo régimen por su cuenta; el dinamómetro marcó un aumento de fuerzas que en alguno llegó al doble, y todos notaron mejor estado en sus facultades intelectuales. El aumento de fuerza pareció extraño, y como podía atribuirse a estar los soldados en el período de desarrollo, Chittendem quiso asegurarse del efecto, y sometió a la misma reducción a varios atletas que habían llegado al máximum de su desarrollo y que habían obtenido premios de campeonato. El experimento fue decisivo, y, con asombro de examinadores y examinados, quedó demostrado que el régimen de reducción aumentaba las fuerzas de un modo considerable.

No hay, pues, inconveniente en aconsejar, como sistema general de alimentación, un régimen reducido. A tal propósito, puede citarse el caso de un sujeto, tratado por el profesor Fauvel, de Angers. Su régimen ordinario era el siguiente: Desayuno: Una taza de chocolate con leche (10 gr. de cacao) y 60 de pan.—Almuerzo: Un entreplato (rábano, apio, alcachofas, pepino o una fruta cocida); dos huevos (sólo dos veces por semana) o un plato de legumbres o cereales; un plato de patatas; un postre, generalmente de frutas del tiempo, y 200 gramos de pan.—Comida: una sopa sin grasa; un plato de legumbres o de harina (muy poco); una ensalada; un postre, de confitería o frutas, y 100 a 150 gr. de pan. Este sujeto padecía jaquecas horribles, que desaparecieron luego por completo, y como ejercicio hacía numerosas excursiones en bicicleta, de 100 a 200 kilómetros, varias veces por semana, a 20 kilómetros por hora de promedio, con una sola parada de media hora, durante la cual tomaba una taza de café con leche con un poco de pan y manteca; los días en que daba estos paseos

se desayunaba a las cuatro y media de la mañana con 10 gramos de cacao y 15 de azúcar, y 30 gr. de bizcochos. El doctor Fauvel le sometió cuarenta y cinco días a un régimen uniforme, compuesto siempre de estos alimentos: Por la mañana: 30 gramos de bizcochos secos *(breakfast)*. A las once y media: 200 gramos de pan; 100 de berzas cocidas; 200 de patatas, salteadas en 20 gr. de manteca de coco y 30 de harina de maíz; 30 de bizcochos, 30 de confituras y 100 de naranjas. A las siete y media: Una sopa compuesta de 40 gr. de coles, 40 de patatas y 20 de manteca de coco; 100 de pan y 30 de confituras.—De bebida, agua pura solamente.—El estado general mejoró mucho, las jaquecas desaparecieron, el trabajo intelectual se hizo fácil, la resistencia física aumentó, la duración del sueño pudo reducirse, y el carácter se hizo más tranquilo, sin tendencia ninguna a la apatía, sino al contrario.

Es evidente que, en general, comemos demasiado en cuanto a la cantidad, y que andamos equivocados en cuanto a la calidad.

El prejuicio de que «la carne pone carne», está tan arraigado, que hasta los gobiernos se preocupan del alza de la carne, como si el precio de este artículo fuera la clave para la solución de la crisis actual. No basta el ejemplo de pueblos enteros que no prueban la carne; no basta la demostración de los vegetalianos con su abstención de todo género de carnes y su probada resistencia muscular en todo linaje de ejercicios; no basta el análisis de los alimentos, que prueba que la albúmina reclamada a la carne se encuentra en igual o mayor proporción en muchas leguminosas. ¡Es tan difícil dominar una preocupación, mucho más si coincide con nuestros gustos o nuestras costumbres! Hoy está demostrado que muchas de las enfermedades de la nutrición son debidas al exceso de alimentos azoados del régimen habitual, y que la mayor parte de las enfermedades derivadas del artritismo requieren la disminución de la albúmina en la ración ordinaria. El hombre sano no necesita esos rigores de régimen; pero no le hace falta tampoco

comer carne para estar bien, y puede en absoluto suprimirla sin ningún inconveniente.

OCULTISMO

La existencia del cuerpo astral.—Uno de los más cultos teósofos italianos, Augusto Agabiti, ha publicado en la revista de Roma, *Ultra*, una serie de artículos sobre «Los datos del hipnotismo en el problema del alma», llenos de atractiva doctrina y ricos en sugestivas enseñanzas. De ellos entresacamos lo relativo a los sorprendentes fenómenos del *fantasma volante*, que demuestran, supuesta su exactitud, la existencia indiscutible del llamado «cuerpo astral», es decir, de un algo material independiente del cuerpo terrestre, autónomo y semoviente, aunque ligado en esta vida con el cuerpo visible.

Los casos son frecuentísimos, y es un experimento de los más fáciles de obtener mediante la hipnosis. El hipnotizador puede mandar al sujeto dormido que vaya con su espíritu a tal o cual sitio, más o menos lejano, y que cuente lo que ve y oye en él, citando cosas y personas, que luego resultan tal y como habían sido vistas y oídas, no ya en otra habitación de la misma casa o en otra casa de la misma ciudad, sino en otras ciudades y hasta en el extranjero. Como el cuerpo del hipnotizado no se mueve del sitio, es evidente que hay otra cosa que se traslada al punto que se indica, y que esa cosa tiene sentidos, pues ve y oye, huele y palpa, y, por consiguiente, es algo distinto al cuerpo que conocemos, y que recibe el nombre de cuerpo astral, que tiene del cuerpo la perceptibilidad, pero tiene del alma la ingravidez, según los teósofos.

El mismo Agabiti, estando en Pésaro con varios médicos y abogados, y contando como medium a la señorita Perrelli, sujeto excepcional, ha obtenido la descripción de una habitación cerrada, el despacho de uno de los abogados presentes, con todos los detalles que se pidieron, como la fecha que tenía

el calendario de pared (que no era la del día), lo que había en el cajón central de la mesa, cerrada con llave, hasta una medallita de bronce, recuerdo de la última exposición de Milán, etc. Se podrá pensar que, estando presente el abogado, todo aquello se reducía a una simple transmisión del pensamiento; pero hay que notar que al preguntarle si había alguien en la antecámara, contestó que había una señora; el abogado decía que se engañaba, y ella insistió; y, en efecto, a la salida de la sesión, el abogado se encontró con su hijo, a quien había mandado que se quedara en la antecámara, y preguntándole cómo había dejado su puesto, contestó que había ido una señora a consultar y se había quedado aguardando la vuelta del abogado.

Dal Pozzo, por su parte, cuenta que en una época de agitación política, una noche, hacia las diez, adormeció a la sonámbula, y haciéndola varias consultas de otras personas, vió que se paraba de pronto en lo que estaba diciendo:—¿Qué ocurre? —preguntó.—¡Silencio!—dijo;—y pasados unos minutos, contó que había estado en casa de Pozzo; que estaban haciendo allí una perquisición, porque un criado había robado la llave del escritorio, con la que habían abierto el cajón de la derecha, llevándose todas las cartas que contenía; que éstas se hallaban en poder de la policía, y que la noche siguiente irían a registrar el cajón de la izquierda. Pozzo había perdido, en efecto, la llave de su escritorio, y se había mandado hacer otra sin cambiar la cerradura; por fortuna, las cartas que podían comprometerle estaban en el cajón de la izquierda. En el acto tomó el primer tren, y llegó a su casa por la mañana; dió un pretexto cualquiera para explicar su inesperado regreso, y al abrir el cajón de la derecha de su escritorio, lo encontró, en efecto, vacío; sacó del de la izquierda todos los papeles que podían comprometerle, y se volvió a marchar, sin demostrar que hubiera notado nada. ¿Cómo podría explicarse este hecho— dice Agabiti—sino por la salida del espíritu y del cuerpo astral de la sonámbula, asistiendo a la pesquisa en casa del ilustre

pariente de Víctor Manuel? Hoy, con la telegrafía sin hilos, las ondas hertzianas, el radio, etc.—añadimos nosotros,—quizá sea admisible la hipótesis de una supersensibilidad de tal naturaleza, que permita a los seres que la disfrutan ponerse en contacto con lo normalmente invisible, pasando a un mundo de sensaciones que todavía nos son desconocidas. La ciencia no ha resuelto nada todavía. Registra hechos, por maravillosos que sean; los cataloga y los pone en estudio, hasta encontrarles una explicación suficiente.

Hay personas predispuestas que, sin necesidad de hipnotización, pasan espontáneamente por el coma magnético, y llegan a desdoblarse por sí mismas. El Dr. Pascal cuenta el caso siguiente, ocurrido a un joven artista escocés, tal como se lo refirió al Dr. Gibier: «Pocos días hace—le dijo,—al volver a casa, a eso de las diez, me sentí presa de un cansancio inexplicable; no queriendo acostarme tan pronto, encendí una lámpara, tomé un cigarro y me extendí en un sofá para fumarlo; al echarme hacia atrás para recostarme, sentí que los objetos daban vueltas, y algo como un aturdimiento, un vacío; luego de pronto, me hallé en medio de la habitación; miré alrededor sorprendido, y mi sorpresa llegó al asombro: yo mismo me vi extendido en el sofá, blandamente, sin rigidez; mi mano izquierda se alzaba ante mí, apoyada en el codo con el cigarro encendido, cuya lumbre brillaba en la penumbra de la pantalla. Pensé estar soñando; pero tenía la impresión de no haber jamás estado tan metido en la realidad. Temí haberme muerto; pero vi el interior de mi pecho, mi corazón latiendo lentamente, mi sangre discurrir por las venas. Comprendí que debía sufrir un síncope particular; dejé de ocuparme de mi cuerpo, que seguía allí sentado, y mirando la lámpara, temí fuera a prender fuego a las cortinas; oprimí el botón para apagarla, pero aunque sentía todas sus moléculas y movía los dedos, no podía hacer que el botón diera la vuelta. Me observé entonces y me puse frente a un espejo; pero en vez de ver mi cuerpo, vi todo lo que había detrás del espejo y de la pared, todo el cuarto del

vecino correspondiente al tabique divisorio; estaba a oscuras, pero distinguí claramente una especie de rayo de luz que partía de mi epigastrio y que iluminaba los objetos; se me ocurrió la idea de visitar aquel cuarto, cuyo dueño estaba ausente, y sin saber cómo, lo recorrí, dirigiéndome a la biblioteca, en la que noté muchos títulos de obras, etc.» A las cinco se despertó rígido y helado, recostado en el diván y con el cigarro medio consumido y apagado entre los dedos. Se acostó, y al día siguiente rogó al portero que le enseñara el cuarto contiguo, comprobando la exactitud de sus recuerdos sobre los muebles, cuadros y libros.

La salida del alma del cuerpo ha sido estudiada científicamente por Rochas, y el llamamiento del cuerpo astral de una localidad a otra se hace sin gran dificultad con los procedimientos indicados por Papús, siendo también notables los trabajos de Miers, Richet y Podmore sobre los fantasmas de los vivientes. «Invitado por el hipnotizador a fijar mi pensamiento en una persona que hubiera deseado ver, me fijé en la duquesa N..., por la que había sido recibido durante mi último viaje a Londres, y que no sabía dónde podía hallarse ahora. Al cabo de una hora escasa percibí una especie de vapor azul sobre el canapé, impalpable al principio; la nube se fué materializando poco a poco, hasta que distinguí la fisonomía de una señora de la alta sociedad en traje de *soirée;* me acerqué y reconocí a la duquesa N... dormida.» No atreviéndose a despertarla, la quitó una magnífica sortija de turquesa del anular derecho; poco después, la aparición se disipó, y el hipnotizador volvió el cuerpo astral del narrador a su casa. Tres semanas después, la duquesa llegó a París, de paso para Biarritz, y el narrador fué a ofrecerla sus respetos, preguntándola si le había ocurrido algo de particular desde que no se habían visto: «Sólo recuerdo—contestó—que una noche, recibiendo numerosas visitas en mi *five ò clock*, me sentí presa de tal necesidad de dormir, que me retiré a mi gabinete para descansar; a los veinte minutos me desperté, libre de mi jaqueca, pero habiendo perdido mi sor-

tija, que no pareció por ningún lado.—Aquí la tiene usted.» ¡Tableau!

«Si a estos hechos se agrega que, así como se obtienen fotografías de espíritus, se puede fotografiar el alma exteriorizada y vagante de personas vivas, y cuando se quiera, por cualquier experimentador, tenemos la prueba positiva—concluye Agabiti—de que el hombre puede vivir, pensar, ver y sentir fuera del cuerpo, ó sea directamente con el alma.» Es la máxima demostración científica del hipnotismo para la resolución definitiva del problema de la existencia y supervivencia del alma.

Estudiando el misterio del sueño, se encuentra el enigma del alma y de sus peregrinaciones, recogido por los antiguos mitos. Psiquis era una joven de belleza tan peregrina que superaba a la misma Venus; los templos de Citerea, Guido y Pafos se derrumbaban faltos de fieles, y Venus, indignada, envió a su hijo Cupido para encender vil pasión en el pecho de su rival Psiquis. Pero la gentileza de la linda doncella seduce a Cupido, que la desposa y la lleva a un palacio magnífico, poblado de seres invisibles que previenen todos los deseos de Psiquis, sirviéndola a placer y entonándola suavísimos loores. Pero las hermanas de Psiquis, llevadas por Céfiro al palacio mágico, intentan perderla, llenas de envidia. Cupido la ha dicho que será feliz si se siente contenta con su amor y sus caricias, pero sin ver su rostro, sin averiguar su nombre. Las hermanas la sugieren el deseo de conocer aquel misterio, y ella, temiendo amar, no a un joven bueno y gracioso, sino a un sanguinario dragón, sorprende una noche, armada con un puñal y con una lámpara encendida, el sueño de su esposo, quedando palpitante al ver el bellísimo rostro del Amor, y aquella cabeza suavemente reclinada sobre las plumas del lecho; una gota de aceite hirviendo de la lámpara cae sobre Cupido, y éste, despertándose irritado, maldice a Psiquis y la abandona.

Este mito significa, como el del Paraíso y como el de Pandora, la peregrinación terrible del alma humana, que desde la

felicidad de la ingenua vida primordial en el seno de la divinidad, ha querido emanciparse para conocer las causas últimas y ver la cara invisible del Autor de todas las cosas. Psiquis tuvo que recurrir a Venus para reconquistar el Amor y la felicidad; pero Citerca la impone tres pruebas terribles: separar en un día, grano por grano, las semillas de amapolas, garbanzos, lentejas y habas revueltas en un gran montón; coger un copo de lana del vellocino de oro de un rebaño selvático; sacar un vaso de agua de la laguna Estigia y arrebatar una caja del tocador de Proserpina. Es la alegoría de las pruebas aspérrimas, crueles e inciertas, que toda alma debe sufrir al visitar la tierra y el reino de los muertos y de las penas.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

Las pinturas del Palacio ducal de Berwick y de Alba, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo..... 5

Buenos Aires capital y municipio, por Adolfo Posada..... 25

Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos. En el fondo del abismo, por Miguel de Unamuno..... 45

Mis maestros y mi educación: Memorias de juventud, por el doctor D. Federico Rubio..... 68

Cruel destino (novela), por Leónidas Andreief..... 132

La América Moderna, por Vicente Gay..... 156

Exposición de las obras de Aureliano de Beruete, por Jacinto Octavio Picón..... 171

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 178

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24. NUM. 282.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JUNIO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

ESTUDIO FILOLÓGICO

DE LA SEMANA HEBRAICA, VASCONGADA Y ASIRIO-BABILÓNICA

Las palabras que hoy usamos, dice Max Müller, podemos decir que las usaron nuestros antepasados los ários hace un gran golpe de siglos. Yo me atrevo a añadir que, de la propia manera, podemos asegurar que las usaron los primeros hombres que hablaron en el mundo.

Algo gastadas las empleamos, es cierto, de como se pronunciaron muchos siglos atrás, o a veces retocadas y compuestas con nuevo material; pero el material añadido y el de la palabra heredada es cierto de toda certeza que pertenecen al habla de los hombres que primero hablaron. Son monedas que con el roce se desgastan y a veces hay que aumentarles algo de metal; pero no hay metal que aquí se traiga de las minas; no sabemos sacarlo más que de otras monedas corrientes. Como en las ciencias físico-naturales, en la Filología nada se crea de nuevo, y aun puede decirse que nada se pierde enteramente, conservándose en uno u otro idioma la masa entera del habla de nuestros antepasados. Siendo esto así, ¡cuántas cosas no pudieran decirnos las palabras, si supiéramos preguntárselo!

Han corrido tantas tierras, han visto salir y ponerse tantos soles, hanse posado en tantos labios, que deben estar cargadas

de noticias, cansadas de saber, duchas de vivir. Acaso por eso cierran el pico y son menester todas las mañas y artilugios de los filólogos para hacerles soltar prenda, y aun con todo eso, a las veces se la pegan al más pintado. ¿Sabránme decir los más sabiondos filólogos de dónde procede y por qué se dijo, nada, la palabra *bagatela?* No es menuda bagatela ponerse a responder a esta pregunta. ¿Será tan rehacia y cerrada la palabra *semana*, que me he propuesto descifrar en estos momentos? Es una de esas monedas de larga historia, que la llevan en su propia leyenda; pero a veces la leyenda es tan borrosa, tan ceñida y densa, que no bastan los reactivos más fuertes para ponerla de manifiesto. Hay que acudir a otras monedas semejantes, a otras palabras parecidas, y aun no basta; hay que recurrir a la Historia y a los antiguos autores para que nos den alguna luz. Cinco o seis siglos fueron menester para que la voz *sedmana,* como entonces se decía, llegase a perder la *d* y suavizarse en *semana* entre las gentes que hablaban puro castellano, porque hasta entonces los leoneses y otros del Noroeste decían *selmana*. Ambas formas vienen de *septimana*, habiendo necesitado otros doce siglos para perder la *p* y la *i* y suavizar la *t* en *d* antes de perderse esa vocal. *Sedmana* viene de *sedimana*, pues sólo así pudo hacerse *d* la *t*, estando entre vocales, y *sedimana* viene de *setimana*, y ésta de *septimana*. Para que veáis cuánto miran por sí las palabras, no dejándose perder ni tocar a un pelo de la ropa, ya que tantos siglos son menester para desgastarles dos o tres sonidos. Las palabras siempre pertenecieron al partido conservador. No tanto, sin embargo, como algunos graves señores, entre los que tienen asiento en las Academias, pues pasados siglos y siglos después de gastadas las palabras, tienen el capricho de ponerlas tan flamantes de la mañana a la noche, que dejan de ser castellanas sin volver del todo a ser latinas.

Ejemplo, la palabra *Setiembre*, emparentada con semana, como que una y otra vienen de *septem*, siete. De esperar es que, ya que dichos señores pretenden que digamos Septiembre, lleven adelante su misericordioso propósito de desenterrarles los

huesos a los muertos, aun a trueque de enterrar a los vivos, haciéndonos decir *siepte*. Y hallándonos tan dociles que todos con ellos digamos *siepte*, como ya decimos *Septiembre*, o lo escribimos, mejor dicho, que pronunciarlo nadie lo pronuncia, no pararán hasta hacernos pronunciar o escribir *Septem*, *September* y *Septimana*, con lo cual acabarán con el idioma castellano a fuerza de darle lustre y más lustre, hasta convertirlo otra vez en latín.

Bien sabéis que *septimana*, como se halla en el Código de Teodosio, no fue nombre latino hasta que los cristianos lo sacaron del adjetivo *septimanus, septimana, septimanum*. *Septimani militis* se llamaban los de la legión séptima, como *secundani* los de la segunda y *sextani* los de la sexta, y *septimanæ nonæ* eran las nonas que ocurrían el día siete del mes, como *quintanæ* las que ocurrían el día quinto. *Septimanus* es un derivado del superlativo o numeral *septim-us séptimo*, con el sufijo *-anus*, como *quint-anus*, con el mismo sufijo, de *quintus* y *sextanus* de *sextus*. La voz *septem* tiene sus formas hermanas en los demás idiomas indoeuropeos; pero como ya no nos podrían decir más acerca de la institución de la semana, las dejaremos por ahora.

Y notad de paso cómo procede la filología comparada. La filología antigua acaso hubiera dicho que septi-mana derivaba de *manus* mano, porque son siete las manos, seis de trabajo que pone el obrero y una de descanso. Por lo menos, de una manera parecida procedía cuando sacaba *matri-monium* de *mater* madre, y *munus* cargo; y dígolo por si algún legisperito lo aprendió así en el texto que estudió y lo sigue creyendo, que todo pudiera suceder, aun en tiempos tan filológicos como los nuestros, pues textos modernos he visto yo de Derecho y aun Diccionarios latinos españoles donde tal niñería sigue repitiéndose. *Vadimonium* o fianza y *vadium* con el mismo sentido, vienen de *vador*, *vadari* fiar, sin que el *munus* pueda venir a cuento, como no viene en *matrimonium* ni en *patrimonium*, porque *mon-ium* es sencillamente un sufijo derivativo.

Volviendo a la semana, hay que suponer, ante todo, que es institución extraña a griegos y latinos. Los griegos dividían los treinta días de su mes en tres décadas; los romanos hasta los tiempos del Imperio conservaron su semana de ocho días, que llamaban *nundinum* de *novem dies*. Con todo, no dejan de hallarse entre los griegos algunas huellas de esta institución, que todos creen ser antiquísima y oriental, pues además de los siete años y siete días recordados en Homero como épocas determinadas, en Hesiodo el primero y séptimo día del mes están consagrados a Apolo, que, como es sabido, es el sol, al cual se consagró el domingo, y por los cristianos a la resurrección del Sol de Justicia, Jesucristo. Tenemos dos testimonios de cuenta que nos aseguran de que los griegos y todos los pueblos, por bárbaros que fuesen, conocían la semana, y en alguna manera la practicaban. Estos dos testimonios son de Filón y de Josefo. El primero escribe en su libro *De opificio mundi*, § 43: «Tiénese en aprecio la semana entre los más distinguidos de entre los griegos y los bárbaros.» Josefo, *Contra Apion*, 2, 39, 2: «No hay ni una ciudad de griegos ni de bárbaros ni pueblo alguno, donde no se guarde la semana que nosotros celebramos.»

A Roma llegó de Caldea, llevada por los astrólogos, como lo ha probado V. G. Gundermann *(Die Namen der Wochentage bei den Römern, Zeitsch. für deutsche Wortforsch.* 1, 175), y se ve por la denominación de los días con los nombres de los planetas, cuya serie es, según Dion Casio (37, 19): Κρόνος o Saturno, Ἥλιος o Sol, Σελήνη o Luna, Ἄρης o Marte, Ἑρμῆς o Mercurio, Ζεύς o Júpiter, Ἀφροδίτη o Venus; así tenemos: Dies Lunae o Lunes, Martis o Martes, Mercurii o Miércoles, Jovis o Jueves, Veneris o Viernes, trocados por los cristianos el Sábado de Saturno por el nombre hebreo del día del descanso, y el Domingo del Sol por el nombre del Señor, o *Dominus, dies dominicus o dominica,* κυριακή en griego, de κύριος del Señor, κύρος señor. También se ve por comenzar la semana con el *Dies Saturni*, que era el primero de la serie caldea, lo cual duró hasta

el siglo III, y fue cosa desconocida de judíos y cristianos. De Roma pasó a las provincias, mientras que en el Oriente helénico y en el ritual cristiano se siguió la costumbre judía de llamar los días feria 1.ª de la semana al Domingo, feria 2.ª al Lunes, etc., acabando con el Sábado. Sólo se hizo novedad en llamar al πρώτη σαββάτου con el adjetivo κυριακή, *Dies Dominicus*, como he dicho, y que después fue el comienzo de la semana; y entre los gentiles en Roma en llamar desde el siglo IV *dies Solis* al que antes fue *dies Saturni*, esto último, no por influjo del cristianismo, sino por el culto oriental del sol, tan en boga en aquellos tiempos. Todavía en la liturgia se dice *feria secunda* el Lunes, etc.

La semana se llama en griego ἑβδομάς o septenario, de donde *hebdamas* en latín, además de *septimana*. De esta última voz se dijo en irlandés *sechtman*, en antiguo córnico *seithun*, del irlandés *secht*, britano *seith*, el siete. El albanés *javɛ* es neologismo del hebreo *shābūagh*, que responde al sánscrito *saptâha* y al persa *haftah* septenario. El nombre de la semana en las lenguas germánicas viene de la misma raíz que *vix vez*, por la sucesión y vuelta: en godo *wikō*, en norso *vika*, antiguo alemán *wëhha*, alemán *Woche*. Los nombres de los días de la semana fueron traducidos a las germánicas y célticas; así el Lunes en alemán *Montag* o día de la Luna; *Dienstag* de *Tinxus* el Marte del Norte; Miércoles *Mittwoch* o media semana; Jueves *Donnerstag* de *Donar*; Viernes *Freitag* de *Freia*, la diosa Venus, Sábado *Sonnabend* o víspera del Domingo, y éste *Sonntag*, día del Sol.

* * *

Entre los sabios se había creído hasta poco ha que el origen de la semana había que buscarlo en las riberas del Éufrates. Hace poco refutó en parte esta opinión P. Jensen (*Die siebentägige Woche in Babylon und Ninive*), demostrando que no hay pruebas de la semana asirio-babilónica, aunque confesando que las hay del número siete aplicado a ciertos días com-

parables con los nefastos de los romanos, en que no se abrían los tribunales. Los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes de treinta días, es decir, el 7 y sus múltiplos, eran «días malos», en los cuales no se podían hacer ciertas cosas, y en los cuales por el contrario, se hacían ciertos sacrificios. Además, se menciona un día llamado *shabattu*, como consagrado para «descanso del corazón» (de los dioses). Cada día del mes tenía su divinidad o par de dioses. Hallamos, pues, en Asiria y Babilonia recuerdos de un grupo de siete días y añadiduras particulares, como la de consagrar los días a ciertos dioses, pudiendo sacarse en consecuencia, que o no nació allí la semana, o que sufrió mayores modificaciones que entre los hebreos. Entre éstos, todos convienen en que es institución antiquísima, y puede verse bien comprobado en Th. Nöldeke *(Die Namen der Wochentage bei den Semiten)*, y el ciclo periódico y regular de la festividad del Sábado o día del descanso, se halla, como es sabido, en el Decálogo. Pero puede decirse que la Torah toda entera no tiene otro fin que el de zanjar sobre firmes cimientos la festividad del Sábado, día por excelencia consagrado al Señor. Moisés comienza el Génesis, el libro más antiguo de los judíos, por la narración de la Creación, y la reparte en seis cuadros o días, como memorialín o símbolo de los seis días de trabajo, añadiendo como final el Sábado o día en que el Criador descansó y en que han de descansar los israelitas. Lo más probable es que dicha descripción y la semana no nacieran por primera vez en la cabeza del legislador hebreo, autor del Génesis, sino que son cosas bastantes más viejas y tradicionales en la estirpe de Abraham, el cual debió de traerlas de Ur Kashdim, Ur de Caldea, su patria. Jensen se inclina a tener por semítico el origen de la semana, o por lo menos de los semitas occidentales, mientras que Nöldeke persiste en tenerlo por babilonio, a pesar de no aparecer claro el uso de la semana en Babilonia.

El número 7, como sagrado lo relacionan efectivamente los babilonios con los siete planetas por ellos divinizados. Verdad es que la aplicación de estos planetas a los días de la semana

parece posterior en Babilonia, de donde pasó a Europa. (Cfr. A. Thumbs, *Die Namen der Wochentage im Griechischen*, p. 163); pero todas estas ideas acerca del número 7 tienen en las doctrinas astrológicas de aquellas tierras muy hondos fundamentos, no menos que las tradiciones del diluvio, de la torre de Babel y de la creación, y parecen derivarse, aunque modificadas por mil maneras, de la misma fuente antiquísima de la cual se derivan entre los hebreos. Esas fuentes están al parecer tan perdidas, traspuestas y desconocidas para nosotros, como para los antiguos lo estaban las fuentes del Nilo.

Pero hoy puede beberse agua del Nilo en sus fuentes, y acaso un día conozcamos el origen de estas añejas doctrinas tan claramente como el origen del telégrafo. Porque con datos, señores, no hay problema que tarde o temprano no tenga solución, y el lenguaje es un monumento tan viejo como el hombre, y es cosa que la traemos entre manos, y la filología se ha empeñado en desmenuzarlo y descifrarlo sacándole todo el jugo.

*
* *

Vais a dispensarme el que acuda a la lengua más antigua que conocemos, para ver si ella nos da alguna luz en esta parte. No es la lengua sagrada de los judíos, como se creía hace un siglo y siguen creyendo aquí algunas personas doctas, porque aquí solemos ir de un siglo atrás a la rezaga de lo que por Europa se sabe. Sin dar por enteramente averiguado lo que afirma el más autorizado tratadista de la religión védica, el eminente Bergaigne, de que los Vedas se compusieron un siglo solamente antes de J. C. y se pulieron y se pusieron en verso una docena de siglos después, el sanskrit clásico, moldeado en sus cenobios por los bragmanes, aparece a medio formar en las inscripciones de Asoka después de Alejandro, es decir, después del siglo IV antes de J. C. El Avesta y escritos de Zaratustra son, según Darmesteter, del siglo III en adelante, después de J. C. La civilización oriental no asoma en Europa

antes del siglo XIII, según se ve por los descubrimientos de Micenas, Tirinto, Egipto y Chipre.

Antes del siglo XIII había ya civilización en Europa y se conocía el bronce. Los indo-europeos se remontan hasta la época neolítica, pero no más allá, como se saca del estudio de sus lenguas, y probablemente su asiento primitivo fue al Sur de Rusia. No hay más que echar una ojeada por el mapa para ver el orden en que fueron inmigrando hacia Poniente. La raza céltica fue la primera en desgajarse camino del Noroeste. El primer establecimiento de los galos entre el Rhin y el Océano es por el año 600 antes de J. C., y un siglo después bajaron por Francia, ocupada entonces por los ligures, y al Sur por los iberos, y penetraron en España, mezclándose con los iberos españoles en la meseta central y formando la población llamada celtíbera. Los iberos dominaban todo el Sur de Francia aún en el siglo IV, según el Periplo de Scylax, y mezclados con los ligures, se extendieron hasta el Ródano. Supone Humboldt que desde los tiempos más remotos los iberos ocuparon, como habitantes originarios, la Italia y las islas del Mediterráneo. La segunda desmembración de los indo-europeos fue la de las ramas itálica y helénica, ya formaran antes un tronco común, ya los italiotas estuvieran más emparentados con los celtas. Después hacia el Norte subieron los Germanos, y últimamente los Eslavos, sin contar la rama ario-irania, que tomó el camino de Oriente, pasando al Asia. Así, la raza más antigua del Occidente de Europa es la ibera, que desde tiempo inmemorial habitó en España y Sur de Francia. El oleaje de los pueblos, que se empujan unos tras otros, fué dejándolos estacionados por su orden, conforme llegaban, al modo que acabo de exponer.

Haeckel y Fr. Müller dividen la raza mediterránea prehistórica, una de las doce primitivas, en cuatro: Indoeuropeos, Semitas, Caucásicos y Bascos. En la clasificación de Peschell, las dos últimas tienen carácter indeterminado, lo cual quiere decir que no se les conoce el origen, que son las más antiguas.

Si los iberos del Cáucaso son los mismos iberos de España, como muchos siguen creyendo tras el Gerundense, San Jerónimo y los autores clásicos, los Iberos son la más antigua y única primitiva raza mediterránea. De todos modos, la raza ibera está reconocida por la más antigua del Occidente de Europa. Huxley dice que en la época neolítica había en la Europa occidental cuatro tipos antropológicos: pequeño de cabeza larga, los Iberos; grande de cabeza corta, los Celtas; grande de cabeza larga, los Escandinavos; pequeño de cabeza corta, los Ligures. Los Celtas eran arios puros, de origen posterior, que no se remonta más allá de la edad de la piedra pulimentada o neolítica; los otros tres, más antiguos sin duda, fueron más o menos arianizados con el tiempo. La raza más antigua y prehistórica conocida en Europa es la de Cro-Magnon de Broca, dolicocéfala, de gran talla, frente ancha y abombada, 1,61 metros de talla, índice cefálico 64,3—74,1, circunferencia craneana 543 533 milímetros, índice nasal 42,7. A esta raza, según se cree, pertenecen los Iberos, primitivos habitantes de España. Desde el Barón de Humbold en su obra «Los primeros habitantes de España», hasta Hübner en su «Monumenta iberica», y Gerland en «Die Basken und die Iberer» en el «Grundriss der Romanischen Philologie», todos los sabios convienen en que el Vascuence fue la lengua de los iberos, y que con ellos estaba derramada por toda España y Mediodía de Francia.

***

Triste cosa, que haya tenido que echar por delante todos esos hechos históricos para poderos pedir, bien guardadas las espaldas, y con algún menor empacho, que prestéis atención a lo que la lengua vascongada o Éuskera pueda enseñarnos acerca de la semana. Porque aquí, en la propia casa y solar prehistórico de iberos o éuskaros y del éuskera o vascuence, son menester no menguados arrestos y extraordinario valor para sacar la cara por esa veneranda lengua de nuestros antepasados,

arriesgándose a que no sólo los castellanos le salgan a uno con aquello de Mariana, de que el vascuence es lengua cerril, que no admite policía, o de que alabar al vascuence es dar pie a los separatistas bizcaitarras, sino a que estos mismos bizcaitarras se le echen a uno encima, mohinos y enojados porque defiende que castellanos y vascos son de una raza, y que el vascuence fue el padre, ya que el latín fue la madre de la lengua castellana; que de unos y de otros, de acá y de allá, he tenido que soportar y llevar en paciencia y sufrir sin chistar tan desaforadas quejas, con no haber pretendido siempre más que salir por los fueros de la verdad científica y aficionar a mis compatriotas al estudio de nuestras cosas, de nuestra historia y de nuestro idioma, de nuestros orígenes y de nuestros antepasados.

***

A la vez que al vascuence, tengo que recurrir a la narración o pintura que de la creación del mundo hace Moisés al principio del Génesis para zanjar con firmeza el precepto del descanso el día del Sábado, y canonizar el trabajo del hombre durante la semana. No se os hará de nuevas oir que la serie de cuadros que allí pinta, condensa por maravillosa manera cuanto la Cosmogonía, la Geogenia, la Geología y la Paleontología no han sabido descubrir hasta estos últimos tiempos. Bien conozco que algunos de vosotros suponéis que semejante paralelo sólo vive en las cabezas de algunos exégetas católicos. Conviene deshacerse de cierta enemiga contra la Biblia y contra la religión, que personas de gran talento y cordura suelen traer á las cuestiones científicas, si se han de tratar serenamente; bien así como las personas religiosas deben olvidarse de la ciega fe a la autoridad, y sólo atender a las pruebas de hecho, cuando de ciencia pura y humana se trata. El famoso pensador Romanes escribía en la *Nature* del mes de Agosto de 1881: «El orden en que la flora y la fauna, según la

relación mosaica, aparecieron sobre la tierra, corresponde con lo que la teoría de la evolución indica y las enseñanzas de la Geología prueban.» Bien veis que no sólo los exégetas católicos son los que han visto ese paralelismo. Menos exégeta y menos católico fue Haeckel. Con todo eso escribió Haeckel estas palabras: «Podemos manifestar, por tanto, nuestra justa y sincera admiración al gran legislador de los judíos, por sus conocimientos de la Naturaleza y su hipótesis, sencilla y natural de la creación.» Lo que admiró Haeckel no está bien, señores, que nosotros lo despreciemos, porque ni habrá entre nosotros quien con peores ojos que él mire las cosas religiosas, ni, aunque le iguale en talento, carecerá de la modestia suficiente para no confesar que hasta ahora por lo menos no le ha aventajado en obras y fama. Todavía pudiera alguno salirme al paso con que la ciencia no admite hoy la creación de la nada y que por consiguiente es en balde citar para nada la descripción de Moisés. Aun los que, como Haeckel, no admitáis la creación ex-nihilo, podéis admitir la evolución de la materia, en la que Moisés y la ciencia van a la par, como el mismo Haeckel y Romanes lo confesaron, no sin maravillarse de que en una época, en que no se conocía la ciencia moderna, Moisés acertara en lo que acertó. Fuera de esto, señores míos, convendréis conmigo en que esta vuestra opinión, la más común entre los sabios sin duda, no pasa de ser una opinión y no llega a verdad demostrada, ni mucho menos a verdad evidente. «Nada se hace a sí mismo», dijo Buda. Ahí tenéis la opinión contraria, y es opinión de un sabio en quien fían más millones de gentes que en todos los sabios juntos europeos. Los que siguen la opinión del Buda discurren de esta manera: Que nada se haga a sí mismo, sino que todo efecto tenga su causa, es un hecho de la experiencia de todos los días: luego lo probable es que lo mismo haya sucedido siempre, y por consiguiente, la primera cosa que hubo en el mundo hubo de tener otra causa distinta de la misma cosa, y esa causa última que no pudo tenerla, que sería proceder in infinitum, es lo que lla-

mamos Dios. El principio de la inercia, que es el más hondo de la materia, explica el por qué «nada se hace a sí mismo», pues lo inerte necesita de otro para moverse. La primera causa no puede por lo mismo ser cosa material para que no esté sujeta a la inercia: ha de ser no material, y tal concebimos a Dios. El principio de causalidad probó Schopenhauer que es el principio que informa el entendimiento humano, es la ley de la mente, como lo es de la materia. Ved, pues, cómo los que suponéis la eternidad de la materia, podéis tener una opinión; pero los que suponen un comienzo, también tienen la suya, tan respetable por lo menos como la vuestra.

A-satah sed ajāyata, de lo que no era *(a-sat)* lo que es nació, dice el Rig-Veda: «El caos fue lo primero que fue hecho» (γένετο), añade Hesiodo. Ya veis cómo hasta los primitivos indoeuropeos admitían la creación. Es más (y ya estoy en el tema), los sabios suponen esta segunda opinión al explicar la formación lenta del universo desde una nebulosa informe de una materia homogénea y sutil y hasta sin movimiento, de aquel *prótilo*, que hoy dicen los sabios, en cuyo mismo nombre está el concepto de comienzo, *protos* primero en griego, *hyle* materia.

Bastaba el más ligero vaivén de una sola molécula para que comenzase el movimiento, se trasmitiese y corriese a toda la masa, fuese creciendo en velocidad, excitase la diferenciación molecular y la consiguiente lucha por una parte, y la atracción por otra, la formación de cuerpos compuestos, que en química todavía llamamos simples, por no haber alcanzado a destrabar aquellos primitivos engarces moleculares, en fin, para que el ligerísimo voltear no sólo de cada átomo en centros infinitos dentro de la masa cósmica, sino de toda la masa en torno de un punto céntrico, formase un sistema de fuerzas centrífugas y centrípetas, subdividido en otros y otros infinitos sistemas, como el solar con sus planetas y satélites, dando así comienzo a la excelsa y universal danza de los astros, cuyo voltear en giros matemáticos llegaba en forma de rítmica y

numérica música a los oídos de Pitágoras y del Profeta, que de ella arrebatado exclamaba: «Los cielos y sus astros cantan, Señor, tu gloria, se la dicen unos a otros, trenzan coros y danzas sempiternas en tu loor.» Ahora, los creacionistas argumentan de esta manera: Este caminar, según la ciencia, de lo menos a lo más, este evolucionar de lo sencillo a lo complejo, ¿no os dice, señores, que supone un comienzo? Todo progreso supone un primer paso, todo camino un punto de partida. La materia, de suyo inerte, allí se hubiera quedado, formando el negro caos para siempre jamás, si el dedo de Dios no hubiera tocado uno de sus átomos, metiendo en él el desequilibrio y el consiguiente movimiento, madre de todo el obrar de la Naturaleza, lo que hoy llaman energía. La materia de suyo no dice movimiento; antes a él se opone, es inerte; necesita un desequilibrio para moverse, algo que le venga de fuera, la energía, que a su vez pide una materia donde asentarse. La causa de esa materia inerte y de esa energía o movimiento, que a la materia sobrevino, ha de ser un sér *in actu* y nunca *in potentia*, un sér eterno y *a se*, Dios. Así discurren muchos sacando conclusiones de la misma ciencia atea.

***

Veamos ya lo que el vascuence nos dice acerca de la creación, y os ruego atendáis con un poco de paciencia y conservéis bien los vocablos vascongados. Hay un verbo en vascuence, que suena *as, as-i,* y que significa comenzar a ser, ser creado, o en activa crear. Su nombre de acción es *as-te,* el comienzo, el crear; *aste-an* en el comienzo responde al *bereshit* de Moisés, que sólo suena *en la cabeza.* Variante de *as i* comenzar, es *az-i* semilla y brotar, el nacer de las plantas, el más claro comenzar de que tengamos ejemplo todos los días y a vista de ojos en el universo. Por aquí veréis la fuerza del valor que encierra *as-te* comienzo, creación. Si el verbo *bara,* que Moisés empleó por crear, hubiera significado á la vez semana en hebreo, los teólogos hubieran visto en ello una prueba

de ser el hebreo la lengua primitiva. Yo sólo os diré que ese *as-te* del vascuence, además y a la vez que comienzo o creación, es el vocablo que los gizones vascongados emplean para llamar la semana. Os maravillará, pero no es una casualidad. Porque el mismo *as-te* significa día de labor, *jai ta aste* todos los días, literalmente fiesta y día de labor. ¿Cómo significando *aste* semana, pudo significar a la vez día de trabajo, que es una parte de ella? Porque *aste* semana y día de trabajo es el mismo *aste* comienzo, creación; quiere decir que en este antiquísimo vocablo está cifrada la creación y su símbolo la semana mosaica. Pero no pára aquí la coincidencia: con estar tomados en toda Europa los nombres de los días de la semana de los latinos, sólo en éuskera nada tienen que ver con ellos; antes son nombres de los cuadros en que dividió Moisés la creación.

Moisés repartió su descripción en siete cuadros o días, como hubiera podido repartirla en doce o veinte, si seis días de trabajo no fueran lo más acomodado para las fuerzas del hombre, como confiesan hasta los sociólogos modernos, que han reparado en ello. Pero además todos, con Santo Tomás, han notado en la descripción mosaica dos partes, *opus distinctionis* y *opus ornatus,* obra de diferenciación, de los tres primeros días, y obra de hermoseamiento, de los otros tres. Este reparto está tan manifiesto en el *Génesis,* que dejó maravillado a Haeckel, como oiréis por estas sus palabras *(Hist. Creac.,* I, p. 38):

«Dos grandes ideas fundamentales, comunes también a lo no milagroso, encontramos en la hipótesis mosaica de la creación con sorprendente claridad y sencillez: la idea de la separación o diferenciación, y la idea del desarrollo progresivo o perfeccionamiento. Aun cuando Moisés considerase las grandes leyes del desarrollo orgánico (para nosotros, en último término, conclusiones necesarias de la doctrina de la descendencia) como la acción directa de un Creador, con todo, en sus teorías se ve flotando la idea de un desarrollo progresivo y diferenciación de la materia simple originaria. Podemos mani-

festar, por tanto, nuestra justa y sincera admiración al gran legislador de los judíos por sus conocimientos de la Naturaleza y su hipótesis sencilla y natural de la creación.»

Advierto, señores, que Haeckel dice que «Moisés considera las grandes leyes del desarrollo orgánico como la acción directa de un Creador», y Moisés nada dice de si el Creador obra directa o indirectamente, sino que pintándole como causa última de todas las cosas, naturalmente se las atribuye, presentándole ante los ojos del pueblo como un Artífice humano, pues el pueblo tiene su lenguaje metafórico y en él le hubo de hablar. Muchos Santos Padres, y Suárez con la mayor parte de los teólogos, dicen que es más propio y digno de Dios el obrar no directamente, sino por las causas segundas, esto es, haciendo tal a la materia que ella se desenvuelva de por sí, dándole poderes para ello, bien así como es más digno de un gran príncipe valerse de sus ministros, en vez de hacérselo él todo por sus manos. Así obró y obra Dios, según la doctrina católica, y es harto mezquino el que, tomando pie de las expresiones metafóricas, sin las cuales no podemos expresarnos ni manifestar una sola idea, se haga chacota del Dios de los cristianos, pintándole como un peón de albañil, con la pella de barro en la mano izquierda para hacer el muñeco del hombre y la llana en la derecha para alisarle las mejillas y la frente.

Bien; pues ese reparto entre el *opus distinctionis* y el *opus ornatus* está tan de manifiesto en éuskera, que valiendo *aste* ese comenzar a ser, ese crear y esa diferenciación, propia de los tres primeros días, sólo llevan *aste* los nombres de los tres primeros días de la semana euskérica, y no lo llevan los demás, que sólo fueron de desenvolvimiento, y no de aparición y diferenciación. El Lunes se dice en éuskera *aste-len,* el Martes *aste-arte,* el Miércoles *aste-azken,* que todos tres llevan *aste,* y falta en los nombres de los demás días. No comienza la semana por el Domingo, conforme al uso cristiano, sino por el Lunes, por el primer día de trabajo o de la creación, y se dice *aste-len,* que suena primer *aste;* el Martes *aste* entremedio, el Miércoles

último *aste*. Si *aste* vale semana, cualquiera diría que la semana se cerraba en tres días, pues *len* vale primero, *arte* entre, y *azken* último o fin: de modo que el Lunes es la primera creación y primer día de trabajo de la semana, el Martes el segundo o medio, y el Miércoles el tercero y último y final. Y, con todo, no hay la menor noticia de que la semana haya tenido entre los vascongados solos tres días. Es que *aste* vale aquí creación y separación o diferenciación, en el sentido mosaico, y ésta sólo tuvo tres días o se pintó en tres cuadros.

También se saca de aquí que los llamados siete días de la creación no fueron días, sino períodos de tiempo, fases de la creación o cuadros acomodados a los siete días que se intentaban poner en la semana del trabajo humano. ¿Cómo iba a decir Moisés que eran días solares, si, según él, no hubo sol ni luz para la tierra hasta el cuarto día, como asimismo lo dice la ciencia? La luz fue el día primero, pero sol no hubo para la tierra hasta que la tierra se apartó del globo del sol y en ella se liquidó y se solidificó en parte su materia y se aclaró la atmósfera, donde reaccionaban con nieblas horribles y estruendo de formidable herrería todos los cuerpos químicos en estado gaseoso. Así, *aste* en los nombres de esos tres primeros días no vale día, sino creación: *aste-len* principio de la creación, *aste-arte* entremedio o duración de la creación, *aste-azken* fin o último de la creación; o, de otra manera, creación primera, media y última; que una y otra cosa suenan estos vocablos, y esto sin retorcerlos lo más mínimo, porque aun por separado ya he dicho que *aste* vale creación y comienzo y aparición, y *len* primero, *arte* medio o intervalo, *azken* fin y último: podéis preguntárselo a cualquier vascongado.

Vengamos ya a cada día en particular. Es maravilloso que Moisés pusiera tres cuadros, que son tres ojeadas: la primera cosmogónica o de formación del cosmos; la segunda geogónica o de formación del globo terrestre, como apartándose del globo del sol; la tercera geológica o de diferenciación de los elementos, ya en la tierra así apartada; porque la ciencia mo-

derna distingue tan bien estos tres cuadros, que ha hecho de ellos tres ciencias: la Cosmogonía, la Geogenia y la Geología. Pero más maravilloso es todavía que en éuskera sólo haya tres *aste* o días de labor, cuando son seis los de la semana, porque sólo tres fueron los días de la labor de la creación.

«Al principio, en el primer *aste,* o *aste-len,* como nombra el vascuence al Lunes, dijo Dios: «Sea Luz.» Y fue Luz.»

Luz no es más que movimiento o energía. En aquel caos inerte y estantio de la materia, enrarecida de una manera que ni podemos concebir, porque el aire mismo es densísimo y como sólido respecto de lo que aquella materia fue, Dios no tuvo más que tocar un átomo, no tuvo más que echar el habla de la boca para que con su aliento se menease ese átomo; que ello solo bastó para que comunicado el movimiento de átomo en átomo se rebullese toda la ingente masa, y cada vez con mayor ligereza hasta resplandecer en viva luz.

No hubo luz allí, porque todo el Universo fue luz a la vez, sin un rincón que no resplandeciese: «Sea luz, y fue luz.» En esta sublime fórmula condensa Moisés lo que dice la ciencia, que la nebulosa primitiva, a fuerza de moverse y condensarse y chocar de sus átomos, se hizo luminosa. La creación de la materia y del movimiento en ella con todas sus consecuencias, sobre todo la luz, forman la primera creación o *aste-len.*

Tras la ojeada cosmogónica del primer cuadro viene la geogénica del segundo, que se refiere a la nebulosa terrestre o apelotonado vellón de oro encendido, dentro del cual ardían como en inmensa fragua los cuerpos que habían de formarla después, cuando por la fuerza centrífuga fue apartada de la muy mayor nebulosa solar y lanzada por esos espacios, quedando con todo, en virtud de la fuerza centrípeta, encadenada a voltear en torno del horno solar de donde fue lanzada. La tierra forma así un todo distinto del resto de los mundos, quedando en medio la inmensidad del espacio, aquel *raqîagh*, que tan desmañadamente tradujeron los LXX intérpretes alejandrinos por *firmamento*, por la manera de considerar que tenían

los egipcios la bóveda celeste, y que nuestros judíos vertieron harto mejor por espandidura. Lo propio del segundo día es esta separación entre la tierra como mundo a parte del resto del Universo, que se llamó cielo, dejando entre ambos el espacio, espandidura o *raqìagh*, que el éuskera expresa por la voz *arte*, en el nombre del Martes, *aste-arte*, creación media o del intervalo, del espacio o firmamento.

El tercer día es una ojeada geológica, y pinta la diferenciación en el globo tierra de sus elementos constitutivos, repartidos en el macizo terrestre, las aguas de los mares y la atmósfera gaseosa. Aquí entran las turbaciones geológicas de tierras y aguas, los levantamientos, hundimientos y vuelcos de la costra todavía blanda y resquebrajada por mil partes, el alzarse sobre los mares islas y continentes, y la consiguiente estratificación de los terrenos con las primeras plantas, propias de cada uno de ellos, comenzando del paleozóico. Es la última separación, diferenciación y aparición, el último comienzo o *aste-azken*.

*
* *

Aquí acaban los *aste* o comienzos; los tres días siguientes son de desenvolvimiento, ya de tierras y mares, formándose nuevos posos y estratificaciones en el fondo de las aguas, ya de los organismos vivos, de vegetales y animales, cada vez más acabados.

Para entender el nombre del Jueves, reparad en que *ek* en vascuence vale salir a fuera, manifestarse, él o cualquiera en cuanto agente, o ellos, *no él:* así *ek-i* es el sol en un dialecto, y *eg-i* es todo saliente, la esquina, lo manifiesto, lo que se ve, la verdad; *eg-un* significa el día, o espacio de *ek*, como *il-un* significa tinieblas o espacio de *il*, que en vascuence significa muerte, desaparición y lunación; *e-gu* significa hoy, y suena espacio del *ek*. El Jueves se llama, pues, en éuskera *egu-ena*, superlativo de *egu* hoy. Suena, por consiguiente, *egu-ena* el hoy por excelencia, el día verdadero, la manifestación por excelencia, como *egu-s-ki* es el sol, el hacedor del *egu* hoy.

Cabalmente la Biblia pone el cuarto día la aparición de las lumbreras sobre la haz de la tierra, del sol, luna y estrellas. La luz fue creada el primer día; pero no fue vista por la tierra en forma de estos astros hasta que la atmósfera terrestre fue enrareciéndose y trasparentándose lo bastante para que la atravesase la luz del sol, y hasta que el mismo sol condensándose brillase tan vivamente que atravesando su luz la atmósfera de la tierra, llegase a alumbrarla. Todo ello no pudo suceder hasta el día cuarto, después de separada la tierra del sol el segundo día y de diferenciadas en la tierra el día tercero las partes macizas, líquidas y gaseosas, quedando la atmósfera libre de los gases que la oscurecían, y despejada, una vez liquidados los gases en mares y cuajados en tierras y macizos de la costra terrestre.

Entonces fue cuando en ese día cuarto aparecieron para la tierra las lumbreras del sol, luna y estrellas, que distinguieron los días de las noches, y sirvieron para medir los meses y los años, como dice Moisés. Este fue, pues, el primer hoy de luz, el primer verdadero hoy para la tierra, que es lo que suena *eguena* o Jueves, y lo que significa el estar consagrado ese día a Júpiter, que es el cielo brillante, como que el vocablo día viene de la misma raíz *div* brillar, de la cual se derivó el nombre de Ζεύς o *Iupiter* o *Diespater*, *Iovis* o *Jueves*. *Jueves* y *eguena* significan, por consiguiente, lo mismo, el aparecer de las lumbreras celestes a la tierra, el ser el primero y verdadero día, distinto de la noche que antes había durado siglos en la confusa mescolanza de los elementos terrestres durante los largos siglos que encierra el día tercero. Por manera, que los días anteriores al cuarto no fueron días como el hoy, como los actuales, alumbrados del sol, sino oscuros y tenebrosos. La ciencia está acorde con esto, pues sólo desde la flora pérmica hubo de haber luz sobre la tierra, según se saca de su estructura; mientras que la flora hullera anterior se desenvolvió entre nieblas y oscuridades más o menos densas.

Y con todo, la oscuridad en la época o día anterior no de-

bió de ser completa, pues por muchos vapores que enturbiaran la atmósfera y poco condensado que estuviese el sol, su luz había de trasminarse por lo menos de una manera difusa. Esto mismo nos da a entender otro nombre del día anterior o Miércoles, que es en éuskera *egu-asten*, además del ya declarado *aste-azken*. *Egu-asten* es el comienzo por excelencia del *egu*, del hoy, que sólo llegó a ser completo hoy el día siguiente o Jueves = *egu-ena*. Consta *egu-asten* del mismo *egu* hoy y del superlativo de *aste* comienzo; es, pues, el comienzo por excelencia del *egu*, del hoy, de los días actuales de sol y luna. El Miércoles acaba toda creación y diferenciación, y se llama *aste-azken;* pero comienza el día de hoy, la vida que aun lleva la tierra de días y noches, meses y años: por eso también se llama *egu-asten*.

El Jueves o *egu-ena*, día acabado del todo, día verdadero de sol, tiene además otros dos nombres en éuskera: *ost-egun* y *orz-egun*, según los dialectos, y constan de *egun* día y *ost* u *orz*, que convienen en significar la tempestad y el trueno, es decir, que *orz-egun* u *ost-egun* es el día del estruendo, cuando el globo tierra, del estado gaseoso pasó en parte al estado líquido, y luego en parte al sólido. Todos conocéis la *mezcla detonante*, que llaman, al formarse unas gotas de agua por la combinación de un poco de hidrógeno con otro poco del oxígeno del aire: ¡qué horrísono estampido, señores, no produciría la combinación del hidrógeno y oxígeno de aquella densísima atmósfera, cuando produjeron todas las aguas de los mares!

Al propio tiempo, y en aquel mismo día cuarto, el fuego central con sus sacudidas y volcanes resquebrajaba, hundía y levantaba continentes. Estos cataclismos y esta mezcla detonante de inaudito estruendo es lo que se pinta en el día cuarto, *orz-egun* u *ost-egun*, día de los estruendos y tempestades, con las cuales la atmósfera se enrareció, dejándose ver las lumbreras celestes, por lo que también se llamó *egu-ena*.

El día quinto o Viernes, según la Biblia, prosigue el des-

envolvimiento de los estratos geológicos, pues pone el reinado de los monstruosos reptiles en las aguas y luego de las aves en el aire. Todavía hallamos soterrados los esqueletos de los primeros en las capas terrestres hundidas, y cuanto a que las aves siguieran a los montruos marinos, es cosa de que la misma ciencia se ha maravillado; y, sin embargo, antes que la Paleontología lo había dicho Moisés.

Es, según la ciencia, la época secundaria, llamada por los paleontólogos *reinado de los reptiles,* en que aparecieron todo linaje de monstruos más o menos acuáticos, todos esos espantosos vestiglos y horribles alimañas, hoy desaparecidas, y además las aves acuáticas, mitad aves, mitad peces, como los otros bicharrajos eran mitad peces, mitad bestias. En éuskera al día quinto o Viernes se llama *ost-ira la*, *orz-ira-la*, *orz-ira-le*, palabras que significan en los varios dialectos la misma cosa, el que continúa o lleva adelante *(ira-la*, *ira-le),* el *ost* u *orz,* las sacudidas de las tierras, las turbaciones estruendosas de las aguas y de las tempestades de la atmósfera, enterrando bosques, que hoy desentrañamos de la tierra en forma de carbón, sepultando los monstruos que hoy descubrimos, levantando del fondo del mar montañas, en cuyas cimas hallamos capas de varios kilómetros de espesor, formadas por trilobitas, y otro sinfín de conchillas microscópicas, que vivieron en los abismos del mar o cayeron en ellos estratificando sus fondos.

***

El día sexto o Sábado fue el del desenvolvimiento de los animales terrestres y de la creación del hombre, que con ellos le pone de esta manera la Biblia no menos que la ciencia. Es la época terciaria de la ciencia, en la que aparecen los mamíferos y se perfeccionan los reptiles terrestres. Menciona por su orden Moisés los cuadrúpedos herbívoros, los reptiles terrestres o animales rastreros, las salvajinas o fieras, y en fin, el hombre. Cabalmente fue este el orden en que fueron apareciendo, según

la ciencia. En éuskera, el día sexto o Sábado, se llama *ira-koitz* progreso especial, *egu-bakoitz* día especial y *lar-un-bata* el uno o primero de la piel amarilla (1). Que esto de la piel amarilla aluda a los cuadrúpedos o al hombre, y que lo del progreso especial y día especial se refieran a la creación del hombre, que la Biblia distingue de todo lo anterior, empleando el verbo *bara* crear, sólo usado al principio al sacar la materia de la nada, conforme lo interpretan los católicos, y presentando a Dios en consejo, déjolo a las entendederas de cada cual.

El Domingo se dice *igan-de,* ascensión del Señor, único nombre cristiano en la semana vascongada. No hay nombre para el Sábado, que indique descanso, porque se tomó el Domingo por el Sábado de los Hebreos, adelantando así en un día la semana, que comienza por el Lunes. El Lunes o día primero tiene además el nombre de *il-en,* que hay que interpretar como llanamente suena en vascuence, el más muerto, el muerto o faltoso por excelencia, pues es un superlativo de *il* morir, faltar, como *egu-en* lo es de *egu* hoy, día actual. Natural es que el nombre del primer día sea símbolo de la nada o del caos, de que Moisés habló al principio. Así, *as* es el nacer o comenzar, *il* el morir, *aste* el nacimiento; y el primer día o Lunes, llamado *aste-len* primera creación, pudo también decirse *il-en,* el día del caos, del *tohu va bohu, invisible e informe*, que traducen los LXX, ἀόρατος καὶ ἀκατασκεύαστος; *inerte y confusa*, que dice Simmaco; *vanidad y nada,* que vierte Teodoción; *una nulidad y un nada*, según Aquila; *solitudo et inanitas,* conforme a la de Walton; *inanis et vacua,* de la Vulgata; *vana y vacía*, que tradujeron nuestros judíos. La frase hebráica se repite en Jeremías (4, 23) con el valor de *vaciedad y nulidad,* y eso es lo que vale cabalmente *il-en,* lo más *il,* lo más muerto, lo más *sin*, faltoso y vano. *Il-en* es la carencia del ser por excelencia, que por eso vale *il* lunación, por ser carencia de luz, desaparición o

(1) *Larunba* pálido o amarillo de color, *laruen* ictericia, *lar-undo* epidermis, *larru* piel del hombre y de los animales.

muerte, mudanza, *il-un* oscuro, como *eg-un* día, espacio de *il* y de *ek*, de tinieblas y de luz, de no manifestarse nada y del manifestarse las cosas.

***

Y ya podemos juntar en un solo haz las opiniones de las más antiguas civilizaciones. Reminiscencia de este nombre *il-en,* dado al primer día, fue entre los Asirio-Caldeos el consagrarlo a la Luna, símbolo de las mudanzas, tanto que por eso en vascuence *il* es lunación y mes que por ella se mide. De la propia manera el segundo día, de la separación del sol y de la tierra, fue consagrado al dios batallador, al rojizo Marte; el Miércoles, en que se acaban las creaciones y comienzan los días actuales, al mensajero de los Dioses Mercurio; el Jueves, o día de luz por excelencia, a Júpiter o dios del cielo brillante autor del *día;* el Viernes, o día de progreso, a la fecunda Venus; y el último de progreso especial al rey Saturno, cuyo reinado fue la edad de oro de las tradiciones caldeas, helénicas e itálicas. Todo ello muestra que en Caldea y Asiria quedó la misma tradición, que Abraham sacó y se llevó consigo a la tierra de promisión. Cómo y por qué hubo de quedar mejor estampada, que en ninguna parte, en la semana vascongada, es cosa que comprenderá fácilmente el que vaya leyendo mi obra «Tesoro de la lengua castellana».

En sustancia, la tradición helénica, iránia y védica vienen a decir lo mismo que la caldea, semítica y vascongada. Para no entreteneros y molestaros más tiempo, sólo apuntaré algunos hechos. En vano el autor del Upanishad (6, 2), ya en plena evolución de la doctrina emanatista, que en la India sucedió a la primitiva creacionista, combate el principio de que el ser viene del no ser; pues está, y no puede menos de reconocerlo, en los Vedas: *asatah sed ajāyata* de lo que no era, lo que es nació. El χάος (*cavus* en latín) de Hesiodo en la Teogonía (116) como comienzo de la creación, significa no confusión, sino vaciedad, nada, de χαίνω haber un vacío, y responde al *asat* védi-

co, lo que no es, y al *tamas* u oscuridad, *inanis et vacua*. El espíritu, que en el Génesis empollaba las aguas, como la gallina empolla sus huevos, *rūajh elohīm mrajhefet*, dió márgen en todas las cosmogonías orientales al mito del huevo del mundo.

El espíritu es el Ἔρος o Amor de Hesiodo (*Theog. 120*), el *Kāma* o Amor del Rigveda (10, 129), esto es lo que une fecundamente los elementos cosmogónicos, la moderna energía o movimiento, el espíritu o soplo del Criador sobre la materia enrarecida e inerte. Las aguas, de donde todo salió, fecundándolas el Espíritu, es el ὠκεανοῦ, ὅσπερ γένεσις παντεσσι τέτυκται, el Océano o conjunto de aguas, de las cuales todo se fraguó, según Homero: son los elementos en estado gaseoso y luego acuoso, antes de dividirse en astros, entre ellos la tierra, y de macizarse su corteza terrestre. Conforme al Zend Avesta, fue la Naturaleza en su origen a manera de huevo, puesto por el Criador en el seno del espacio vacío, esto es, de la nada, y que un día brilló súbitamente como cien soles. Al decir del libro primero de Manu, partiéndose el huevo de oro o ardiente, dentro del cual Brahma se había encerrado un año, se formaron el cielo y la tierra. En las tradiciones asirio-babilónicas de Beroso, Bel o el Señor formó el cielo y la tierra, partiendo en dos el huevo cósmico primitivo *Omoroka*.

Por tan extraña y maravillosa manera se conciertan las tradiciones del extremo Oriente ario-iranio con las de Grecia, Babilonia y Caldea, y con las del extremo Occidente vascongado en la explicación del origen del universo, simbolizado para siempre, desde el éuskera hasta el hebreo, el griego, latín y las lenguas todas modernas de Europa, en los nombres de la semana y de cada uno de los días que la componen.

JULIO CEJADOR

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Amor, dolor, compasión y personalidad.

Cain. .....
Let me, or happy or unhappy, learn
To anticipate my inmortality.
Lucifer. Thou didst before I came upon thee.
Cain. ..... How?
Lucifer. By suffering.
(Lord Byron: *Cain*, act. II, scene 1.)

Es el amor, lectores y hermanos míos, lo más trágico que en el mundo y en la vida hay; es el amor hijo del engaño y padre del desengaño; es el amor el consuelo en el desconsuelo, es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermana.

Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte
Ingeneró la sorte,

como cantó Leopardi.

El amor busca con furia a través del amado, algo que está allende éste, y como no lo halla, se desespera.

Siempre que hablamos de amor tenemos presente a la memoria el amor sexual, el amor entre hombre y mujer para perpetuar el linaje humano sobre la tierra. Y esto es lo que hace que no se consiga reducir el amor, ni a lo puramente intelectivo, ni a lo puramente volitivo, dejando lo sentimental o,

si se quiere, sensitivo de él. Porque el amor no es en el fondo ni idea ni volición; es más bien deseo, sentimiento; es algo carnal hasta en el espíritu. Gracias al amor sentimos todo lo que de carne tiene el espíritu.

El amor sexual es el tipo generador de todo otro amor. En el amor y por él buscamos perpetuarnos y sólo nos perpetuamos sobre la tierrra a condición de morir, de entregar a otros nuestra vida. Los más humildes animalitos, los vivientes ínfimos, se multiplican dividiéndose, partiéndose, dejando de ser el uno que antes eran.

Pero agotada al fin la vitalidad del sér que así se multiplica, dividiéndose de la especie, tiene de vez en cuando que renovar el manantial de la vida mediante uniones de dos indiduos decadentes, mediante lo que se llama conjugación en los protozoarios. Únense para volver con más brío a dividirse. Y todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente, lo que se era, un partirse, una muerte parcial. Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. Acaso el supremo deleite del engendrar no es sino un anticipado gustar la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital. Nos unimos a otro, pero es para partirnos; ese más íntimo abrazo no es sino un más íntimo desgarramiento. En su fondo el deleite amoroso sexual, el espasmo genésico, es una sensación de resurrección, de resucitar en otro, porque sólo en otros podemos resucitar para perpetuarnos.

Hay, sin duda, algo de trágicamente destructivo en el fondo del amor, tal como en su forma primitiva animal se nos presenta, en el invencible instinto que empuja a un macho y una hembra a confundir sus entrañas en un apretón de furia. Lo mismo que les confunde los cuerpos, les separa, en cierto respecto, las almas; al abrazarse se odian tanto como se aman, y sobre todo luchan, luchan por un tercero, aun sin vida. El amor es una lucha, y especies animales hay en que al unirse el macho a la hembra la maltrata, y otras en que la hembra devora al macho luego que éste la hubo fecundado.

Hase dicho del amor que es un egoísmo mutuo. Y de hecho cada uno de los amantes busca poseer al otro, y buscando mediante él, sin entonces pensarlo ni proponérselo, su propia perpetuación, busca consiguientemente su goce. Cada uno de los amantes es un instrumento de goce inmediatamente y de perpetuación mediatamente para el otro. Y así son tiranos y esclavos; cada uno de ellos tirano y esclavo a la vez del otro.

¿Tiene algo de extraño acaso que el más hondo sentido religioso haya condenado el amor carnal, exaltando la virginidad? La avaricia es la fuente de los pecados todos, decía el Apóstol, y es porque la avaricia toma la riqueza que no es sino un medio como fin, y la entraña del pecado es esa, tomar los medios como fines, desconocer o despreciar el fin. Y el amor carnal que toma por fin el goce, que no es sino un medio, y no la perpetuación, que es el fin, ¿qué es sino avaricia? Y es posible que haya quien para mejor perpetuarse guarde su virginidad. Y para perpetuar algo más humano que la carne.

Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte. El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brotan la esperanza y el consuelo. Porque de este amor carnal y primitivo de que vengo hablando, de este amor de todo el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana, de este enamoramiento surge el amor espiritual y doloroso.

Esta otra forma del amor, este amor espiritual, nace del dolor, nace de la muerte del amor carnal; nace también del compasivo sentimiento de protección que los padres experimentan ante los hijos desvalidos. Los amantes no llegan a amarse con dejación de sí mismos, con verdadera fusión de sus almas, y no ya de sus cuerpos, sino luego que el mazo poderoso del dolor ha triturado sus corazones remejiéndolos en un mismo almirez de pena. El amor sensual confundía sus cuerpos, pero separaba sus almas; manteníalas extraña una a otra; mas

de ese amor tuvieron un fruto de carne, un hijo. Y este hijo engendrado en muerte, enfermó acaso y se murió. Y sucedió que sobre el fruto de su fusión carnal y separación o mutuo extrañamiento espiritual, separados y fríos de dolor sus cuerpos, pero confundidas en dolor sus almas, se dieron los amantes, los padres, un abrazo de desesperación, y nació entonces, de la muerte del hijo de la carne, el verdadero amor espiritual. O bien, roto el lazo de carne que les unía, respiraron con suspiro de liberación. Porque los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa uncidos al mismo yugo de un dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se con-sintieron en su común miseria, se compadecieron y se amaron. Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena.

Todo lo cual se siente más clara y más fuertemente aun cuando brota, arraiga y crece uno de esos amores trágicos que tienen que luchar contra las diamantinas leyes del Destino, uno de esos amores que nacen a destiempo o desazón, antes o después del momento o fuera de la norma en que el mundo, que es costumbre, los hubiera recibido. Cuantas más murallas pongan el Destino y el mundo y su ley entre los amantes, con tanta más fuerza se sienten empujados el uno al otro, y la dicha de quererse se les amarga y se les acrecienta el dolor de no poder quererse a las claras y libremente, y se compadecen desde las raíces del corazón el uno del otro, y esta común compasión, qne es su común miseria y su felicidad común, da fuego y pábulo a la vez a su amor. Y sufren su gozo gozando su sufrimiento. Y ponen su amor fuera del mundo, y la fuerza de ese pobre amor sufriente bajo el yugo del Destino les hace intuir otro mundo en que no hay más ley que la libertad del amor, otro mundo en que no hay barreras porque no hay carne. Porque nada nos penetra más de la esperanza y la fe en otro mundo que la imposibilidad de que un amor nuestro fructifique de veras en este mundo de carne y de apariencias.

Y el amor maternal, ¿qué es, sino compasión al débil, al desvalido, al pobre niño inerme que necesita de la leche y del regazo de la madre? Y en la mujer todo amor es maternal.

Amar en espíritu es compadecer, y quien más compadece más ama. Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos, es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su propia aparencialidad, de su nadería, y volviendo luego sus ojos así abiertos hacia sus semejantes los vieron también miserables, aparenciales, anonadables, y los compadecieron y los amaron.

El hombre ansía ser amado, o, lo que es igual, ansía ser compadecido. El hombre quiere que se sientan y se compartan sus penas y sus dolores. Hay algo más que una artimaña para obtener limosna en eso de los mendigos que a la vera del camino muestran al viandante su llaga o su gangrenoso muñón. La limosna, más bien que socorro para sobrellevar los trabajos de la vida, es compasión. No agradece el pordiosero la limosna al que se la da volviéndole la cara por no verle y para quitárselo de al lado, sino que agradece mejor el que se le compadezca no socorriéndole a no que socorriéndole no se le compadezca, aunque por otra parte prefiera ésto. Ved si no con qué complacencia cuenta sus cuitas al que se conmueve oyéndoselas. Quiere ser compadecido, amado.

El amor de la mujer, sobre todo, decía, que es siempre en su fondo compasivo, es maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir con el deseo. Isabel compadeció a Lorenzo, Julieta a Romeo, Francisca a Pablo. La mujer parece decir: ¡ven, pobrecito, y no sufras tanto por mi causa! Y por eso es su amor más amoroso y más puro que el del hombre, y más valiente y más largo.

La compasión es, pues, la esencia del amor espiritual humano, del amor que tiene conciencia de serlo, del amor que no es puramente animal, del amor, en fin, de una persona racional. El amor compadece, y compadece más cuanto más ama.

Invirtiendo el *nihil volitum quin praecognitum*, os dije que *nihil cognitum quin praecognitum* que no se conoce nada que de un modo o de otro no se haya antes querido, y hasta cabe añadir que no cabe conocer bien nada que no se ame, que no se compadezca.

Creciendo el amor, esta ansia ardorosa de más allá y más adentro, va extendiéndose a todo cuanto ve, lo va compadeciendo todo. Según te adentras en ti mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres todo lo que no eres, que no eres lo que quisieras ser, que no eres, en fin, más que nonada. Y al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar ni a tu propia infinitud, ni menos a tu propia eternidad, te compadeces de todo corazón de ti propio, y te enciendes en doloroso amor a ti mismo, matando lo que se llama amor propio, y no es sino una especie de delectación sensual de ti mismo, algo como un gozarse a sí misma la carne de tu alma.

El amor espiritual a sí mismo, la compasión que uno cobra para consigo, podrá acaso llamarse egotismo; pero es lo más opuesto que hay al egoísmo vulgar. Porque de este amor o compasión a ti mismo, de esta intensa desesperación, porque así como antes de nacer no fuiste, así tampoco después de morir serás, pasas a compadecer, esto es, a amar a todos tus semejantes y hermanos en aparencialidad, miserables sombras que desfilan de su nada a su nada, chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas. Y de los demás hombres, tus semejantes, pasando por los que más semejantes te son, por tus convivientes, vas a compadecer a todos los que viven, y hasta a lo que acaso no vive, pero existe. Aquella lejana estrella que brilla allí arriba durante la noche, se apagará algún día y se hará polvo, y dejará de brillar y de existir. Y como ella, el cielo todo estrellado. ¡Pobre cielo!

Y si doloroso es tener que dejar de ser un día, más doloroso sería acaso seguir siendo siempre uno mismo, y no más que uno

mismo, sin poder ser a la vez otro, sin poder ser a la vez todo lo demás, sin poder serlo todo.

Si miras al universo lo más cerca y lo más dentro que puedes mirarlo, que es en ti mismo; si sientes y no ya sólo contemplas las cosas todas en tu conciencia, donde todas ellas han dejado su dolorosa huella, llegarás al hondón del tedio, no ya de la vida, sino de algo más: al tedio de la existencia, al pozo del vanidad de vanidades. Y así es como llegarás a compadecerlo todo, al amor universal.

Para amarlo todo, para compadecerlo todo, humano y extrahumano, viviente y no viviente, es menester que lo sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo. Porque el amor personaliza todo cuanto ama, todo cuanto compadece. Sólo compadecemos, es decir, amamos, lo que nos es semejante y en cuanto nos lo es, y tanto más cuanto más se nos asemeja, y así crece nuestra compasión, y con ella nuestro amor a las cosas a medida que descubrimos las semejanzas que con nosotros tienen. O más bien es el amor mismo, que de suyo tiende a crecer, el que nos revela las semejanzas esas. Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura, que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor.

Conciencia, *conscientia*, es conocimiento participado, es con-sentimiento, y con-sentir es com-padecer.

El amor personaliza cuanto ama. Sólo cabe enamorarse de una idea personalizándola. Y cuando el amor es tan grande y tan vivo, y tan fuerte y desbordante que lo ama todo, entonces lo personaliza todo y descubre que el total Todo, que el Universo es Persona también, que tiene una Conciencia, Conciencia que a su vez sufre, compadece y ama, es decir, es conciencia. Y a esta Conciencia del Universo, que el amor descubre personalizando cuanto ama, es a lo que llamamos Dios. Y así el alma compadece a Dios y se siente por Él compadecida,

le ama y se siente por Él amada, abrigando su miseria en el seno de la miseria eterna e infinita, que es al eternizarse e infinitarse la felicidad suprema misma.

Dios es, pues, la personalización del Todo, es la Conciencia eterna e infinita del Universo, Conciencia presa de la materia, y luchando por libertarse de ella. Personalizamos al Todo para salvarnos de la nada, y el único misterio verdaderamente misterioso es el misterio del dolor.

El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta donde soy, es saber donde acabo de ser, desde donde no soy.

¿Y cómo saber que se existe no sufriendo poco o mucho? ¿Cómo volver sobre sí, lograr conciencia refleja, no siendo por el dolor? Cuando se goza olvídase uno de sí mismo, de que existe, pasa a otro, a lo ajeno, se en-ajena. Y sólo se en-simisma, se vuelve a sí mismo, a ser él en el dolor.

Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria

hace decir el Dante a Francesca de Rimini (Inferno V, 121-123); pero si no hay dolor más grande que el de acordarse del tiempo feliz en la desgracia, no hay placer, en cambio, en acordarse de la desgracia en el tiempo de la prosperidad.

«El más acerbo dolor entre los hombres es el de aspirar mucho y no poder nada (πολλὰ φρονεοντα μηδενος κρατεειν)», como, según Heródoto (lib. IX, cap. 16), dijo un persa a un tebano en un banquete. Y así es. Podemos abarcarlo todo o casi todo con el conocimiento y el deseo, nada o casi nada con la volun-

tad. Y no es la felicidad contemplación, ¡no!, si esa contemplación significa impotencia. Y de este choque entre nuestro conocer y nuestro poder surge la compasión.

Compadecemos a lo semejante a nosotros, y tanto más lo compadecemos cuanto más y mejor sentimos su semejanza con nosotros. Y si esta semejanza podemos decir que provoca nuestra compasión, cabe sostener también que es nuestro repuesto de compasión, pronto a derramarse sobre todo lo que nos hace descubrir la semejanza de las cosas con nosotros el lazo común que nos une con ellas en el dolor.

Nuestra propia lucha por cobrar, conservar y acrecentar la propia conciencia, nos hace descubrir en los forcejeos y movimientos y revoluciones de las cosas todas una lucha por cobrar, conservar o acrecentar conciencia, a la que todo tiende. Bajo los actos de mis más próximos semejantes, los demás hombres, siento—o consiento más bien—un estado de conciencia como es el mío bajo mis propios actos. Al oirle un grito de dolor a mi hermano, mi propio dolor se despierta y grita en el fondo de mi conciencia. Y de la misma manera siento el dolor de los animales y el de un árbol al que le arrancan una rama, sobre todo cuando tengo viva la fantasía, que es la facultad de intuimiento, de visión interior.

Descendiendo desde nosotros mismos, desde la propia conciencia humana, que es lo único que sentimos por dentro y en que el sentirse se identifica con el serse, suponemos que tienen alguna conciencia, más o menos oscura, todos los vivientes y las rocas mismas, que también viven. Y la evolución de los seres orgánicos no es sino una lucha por la plenitud de conciencia a través del dolor, una constante aspiración a ser otros sin dejar de ser lo que son, a romper sus límites limitándose.

Y este proceso de personalización o de subjetivación de todo lo externo, fenoménico u objetivo, constituye el proceso mismo vital de la filosofía en la lucha de la vida contra la razón y de ésta contra aquélla. Ya lo indicamos en nuestro anterior ensayo, y aquí lo hemos de confirmar desarrollándolo más.

Juan Bautista Vico, con su profunda penetración estética en el alma de la antigüedad, vió que la filosofía espontánea del hombre era hacerse regla del universo guiado por *istinto d'animazione*. El lenguaje, necesariamente antropomórfico, mitopeico, engendra el pensamiento. «La sabiduría poética, que fue la primera sabiduría de la gentilidad—nos dice en su *Scienza Nuova*,—debió comenzar por una metafísica no razonada y abstracta, cual es la de los hoy adoctrinados, sino sentida e imaginada, cual debió ser la de los primeros hombres... Esta fue su propia poesía, que les era una facultad connatural, porque estaban naturalmente provistos de tales sentidos y tales fantasías, nacida de ignorancia de las causas, que fue para ellos madre de maravillas en todo, pues ignorantes de todo, admiraban fuertemente. Tal poesía comenzó divina en ellos, porque al mismo tiempo que imaginaban las causas de las cosas, que sentían y admiraban ser dioses... De tal manera, los primeros hombres de las naciones gentiles, como niños del naciente género humano, creaban de sus ideas las cosas... De esta naturaleza de cosas humanas quedó la eterna propiedad, explicada con noble expresión por Tácito al decir no vanamente que los hombres aterrados *fingunt simul creduntque.*»

Y luego Vico pasa a mostrarnos la era de la razón, no ya la de la fantasía, esta edad nuestra en que nuestra mente está demasiado retirada de los sentidos, hasta en el vulgo, «con tantas abstracciones como están llenas las lenguas», y nos está «naturalmente negado poder formar la vasta imagen de una tal dama a que se llama Naturaleza simpatética, pues mientras con la boca se la llama así, no hay nada de eso en la mente, porque la mente está en lo falso, en la nada». «Ahora—añade Vico—nos está naturalmente negado poder entrar en la vasta imaginación de aquellos primeros hombres.» Mas, ¿es esto cierto? ¿No seguimos viviendo de las creaciones de su fantasía, encarnadas para siempre en el lenguaje, con el que pensamos, o más bien el que en nosotros piensa?

En vano Comte declaró que el pensamiento humano salió

ya de la edad teológica y está saliendo de la metafísica para entrar en la positiva; las tres edades coexisten y se apoyan, aun oponiéndose, unas en otras. El flamante positivismo no es sino metafísica cuando deja de negar para afirmar algo, cuando se hace realmente positivo, y la metafísica es siempre, en su fondo, teología, y la teología nace de la fantasía puesta al servicio de la vida, que se quiere inmortal.

El sentimiento del mundo, sobre el que se funda la comprensión de él, es necesariamente antropomórfico y mitopeico. Cuando alboreó con Tales de Mileto el racionalismo, dejó este filósofo al Océano y Tetis, dioses y padres de dioses, para poner al agua como principio de las cosas, pero esta agua era un dios disfrazado. Debajo de la naturaleza, φυσις, y del mundo κοσμος, palpitaban creaciones míticas, antropomórficas. La lengua misma lo llevaba consigo. Sócrates distinguía en los fenómenos, según Jenofonte nos cuenta (Memorabilia i. I. 6-9), aquellos al alcance del estudio humano y aquellos otros que se han reservado los dioses, y execraba de que Anaxágoras quisiera explicarlo todo racionalmente. Hipócrates, su coetáneo, estimaba ser divinas las enfermedades todas, y Platón creía que el sol y las estrellas son dioses animados, con sus almas (Phileb c, 16. Leyes X), y sólo permitía la investigación astronómica hasta que no se blasfemara contra esos dioses. Y Aristóteles, en su Física, nos dice que llueve Zeus, no para que el trigo crezca, sino por necesidad, εξ αναγκης. Intentaron mecanizar o racionalizar a Dios, pero Dios se les rebelaba.

Y el concepto de Dios, siempre redivivo, pues brota del eterno sentimiento de Dios en el hombre, ¿qué es sino la eterna protesta de la vida contra la razón, el nunca vencido instinto de personalización? ¿Y qué es la noción misma de sustancia, sino objetivación de lo más subjetivo, que es la voluntad o la conciencia? Porque la conciencia, aun antes de conocerse como razón, se siente, se toca, se es más bien como voluntad, y como voluntad de no morir. De aquí ese ritmo de que hablábamos en la historia del pensamiento. El positivismo nos trajo una

época de racionalismo, es decir, de materialismo, mecanicismo o mortalismo; y he aquí que el vitalismo, el espiritualismo vuelve. ¿Qué han sido los esfuerzos del pragmatismo sino esfuerzos por restaurar la fe en la finalidad humana del universo? ¿Qué son los esfuerzos de un Bergson, v. gr., sobre todo en su obra sobre la evolución creadora, sino forcejeos por restaurar al Dios personal y la conciencia eterna? Y es que la vida no se rinde.

Y de nada sirve querer suprimir ese proceso mitopeico o antropomórfico y racionalizar nuestro pensamiento, como si se pensara sólo para pensar y conocer, y no para vivir. La lengua misma, con la que pensamos, nos lo impide. La lengua, sustancia del pensamiento, es un sistema de metáforas a base mítica y antropomórfica. Y para hacer una filosofía puramente racional, habría que hacerla por fórmulas algébricas o crear una lengua —una lengua inhumana, es decir, inapta para las necesidades de la vida—para ella, como lo intentó el Dr. Ricardo Avenarius, profesor de filosofía, en Zürich, en su «Crítica de la experiencia pura» *(Kritik der reinen Erfahrung)*, para evitar los preconceptos. Y este riguroso esfuerzo de Avenarius, el caudillo de los empiriocriticistas, termina en rigor en puro escepticismo. El mismo nos lo dice al final del prólogo de la susomentada obra: «Ha tiempo que desapareció la infantil confianza de que nos sea dado hallar la verdad; mientras avanzamos, nos damos cuenta de sus dificultades, y con ello del límite de nuestras fuerzas. ¿Y el fin?... ¡Con tal de que lleguemos a ver claro en nosotros mismos!»

¡Ver claro!... ¡ver claro! Sólo vería claro un puro pensador, que en vez de lenguaje usara álgebra, y que pudiese libertarse de su propia humanidad, es decir, un sér insustancial, meramente objetivo, un no sér, en fin. Mal que pese a la razón, hay que pensar con la vida, y mal que pese a la vida, hay que racionalizar el pensamiento.

Esa animación, esa personificación va entrañada en nuestro mismo conocer. «¿Quién llueve? ¿quién truena?» pregunta

el viejo Estrepsiades a Sócrates en *Las Nubes*, de Aristófanes, y el filósofo le contesta: «No, Zeus, sino las nubes.» Y Estepsiades: «Pero ¿quién sino Zeus las obliga a marchar?», a lo que Sócrates: «Nada de eso, sino el torbellino etéreo.» «¿El Torbellino?—agrega Estrepsiades,—no lo sabía... No es, pues, Zeus, sino el Torbellino el que en vez de él rige ahora.» Y sigue el pobre viejo personificando y animando al Torbellino; que reina ahora como un rey no sin conciencia de su realeza. Y todos, al pesar de un Zeus cualquiera a un cualquier torbellino, de Dios a la materia, v. gr., hacemos lo mismo. Y es porque la filosofía no trabaja sobre la realidad objetiva que tenemos delante de los sentidos, sino sobre el complejo de ideas, imágenes, nociones, percepciones, etc., incorporadas en el lenguaje, y que nuestros antepasados nos trasmitieron con él. Lo que llamamos el mundo, el mundo objetivo, es una tradición social. Nos lo dan hecho.

El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el Universo, ni a ser un fenómeno objetivo más. Quiere salvar su subjetividad vital o pasional haciendo vivo, personal, animado al Universo todo. Y por eso y para eso ha descubierto a Dios y la sustancia, Dios y sustancia que vuelven siempre en su pensamiento de uno o de otro modo disfrazados. Por ser concientes nos sentimos existir, que es muy otra cosa que sabernos existentes y queremos sentir la existencia de todo lo demás, que cada una de las demás cosas individuales sea también un yo.

El más consecuente, aunque más incongruente y vacilante idealismo, el de Berkeley, que negaba la existencia de la materia de algo inerte y extenso y pasivo, que sea la causa de nuestras sensaciones y el substracto de los fenómenos externos, no es en el fondo más que un absoluto espiritualismo o dinamismo, la suposición de que toda sensación nos viene, como de causa, de otro espíritu, esto es, de otra conciencia. Y se da su doctrina en cierto modo la mano con las de Schopenhauer y Hartmann. La doctrina de la Voluntad del primero

de estos dos y la de lo Inconciente del otro, están ya en potencia en la doctrina berkeleyana, de que sér es ser percibido. A lo que hay que añadir: y hacer que otro perciba al que es. Y así el viejo adagio de que *operari sequitur esse,* el obrar se sigue al sér, hay que modificarlo diciendo que ser es obrar y sólo existe lo que obra, lo activo, y en cuanto obra.

Y por lo que a Schopenhauer hace, no es menester esforzarse en mostrar cómo la voluntad que pone como esencia de las cosas, procede de la conciencia. Y basta leer su libro sobre la voluntad en la Naturaleza, para ver cómo atribuía un cierto espíritu y hasta una cierta personalidad a las plantas mismas. Y esa su doctrina le llevó lógicamente al pesimismo, porque lo más propio y más íntimo de la voluntad es sufrir. La voluntad es una fuerza que se siente, esto es, que sufre. Y que goza, añadirá alguien. Pero es que no cabe poder gozar sin poder de sufrir, y la facultad del goce es la misma que la del dolor. El que no sufre tampoco goza, como no siente calor el que no siente frío.

Y es muy lógico también que Schopenhauer, el que de la doctrina voluntarista o de personalización de todo, sacó el pesimismo, sacara de ambas que el fundamento de la moral es la compasión. Sólo que su falta de sentido social e histórico, el no sentir a la humanidad como una persona también, aunque colectiva, su egoísmo, en fin, le impidió sentir a Diós, le impidió individualizar y personalizar la Voluntal total y colectiva: la Voluntad del Universo.

Compréndese, por otra parte, su aversión a las doctrinas evolucionistas o trasformistas puramente empíricas, y tal como alcanzó a ver expuestas por Lamark y Darwin, cuya teoría, juzgándola sólo por un extenso extracto del *Times,* calificó de «ramplón empirismo» (*platter Empirismus),* en una de sus cartas a Adán Luis von Doss (de 1.° Marzo 1860). Para un voluntarista como Schopenhauer, en efecto, en teoría tan sana y cautelosamente empíricas y racionales como la de Darwin, quedaba fuera de cuenta el íntimo resorte, el motivo

esencial de la evolución. Porque, ¿cuál es, en efecto, la fuerza oculta, el último agente del perpetuarse los organismos y pugnar por persistir y propagarse? La selección, la adaptación, la herencia, no son sino condiciones externas. A esa fuerza íntima, esencial, se le ha llamado voluntad, por suponer nosotros que sea en los demás seres lo que en nosotros mismos sentimos como sentimiento de voluntad, el impulso a serlo todo, a ser también los demás sin dejar de ser lo que somos. Y esa fuerza cabe decir que es lo divino en nosotros, que es Dios mismo, que en nosotros obra porque en nosotros sufre.

Y esa fuerza, esa aspiración a la conciencia, la simpatía nos hace descubrir en todo. Mueve y agita a los más menudos seres vivientes, mueve y agita acaso a las células mismas de nuestro propio organismo corporal, que es una federación más o menos unitaria de vivientes; mueve a los glóbulos mismos de nuestra sangre. De vidas se compone nuestra vida, de aspiraciones, acaso en el limbo de la subconciencia, nuestra aspiración vital. No es un sueño más absurdo que tantos sueños que pasan por teorías valederas el de creer que nuestras células, nuestros glóbulos, tengan algo así como una conciencia o base de ella rudimentaria, celular, globular. O que puedan llegar a tenerla. Y ya puestos en la vía de las fantasías, podemos fantasear el que estas células se comunicaran entre sí, y expresara alguna de ellas su creencia de que formaban parte de un organismo superior dotado de conciencia colectiva personal. Fantasía que se ha producido más de una vez en la historia del sentimiento humano, al suponer alguien, filósofo o poeta, que somos los hombres a modo de glóbulos de la sangre de un Sér Supremo, que tiene su conciencia colectiva personal, la conciencia del universo.

Tal vez la inmensa vía láctea que contemplamos durante las noches claras en el cielo, ese enorme anillo de que nuestro istema planetario no es sino una molécula, es a su vez una célula del universo, Cuerpo de Dios. Las células todas de nuestro cuerpo conspiran y concurren con su actividad a mantener

y encender nuestra conciencia, nuestra alma; y si las conciencias o las almas de todas ellas entrasen enteramente en la nuestra, en la componente, si tuviese yo conciencia de todo lo que en mi organismo corporal pasa, sentiría pasar por mí al universo, y se borraría tal vez el doloroso sentimiento de mis límites. Y si todas las conciencias de todos los seres concurren por entero a la conciencia universal, ésta, es decir, Dios, es todo.

En nosotros nacen y mueren a cada instante oscuras conciencias, almas elementales, y este nacer y morir de ellas constituye nuestra vida. Y cuando mueren bruscamente, en choque, hacen nuestro dolor. Así en el seno de Dios nacen y mueren—¿mueren?—conciencias, constituyendo sus nacimientos y sus muertes su vida.

Si hay una Conciencia Universal y Suprema, yo soy una idea de ella, y ¿puede en ella apagarse del todo idea alguna? Después que yo haya muerto, Dios seguirá recordándome, y el ser yo por Dios recordado, el ser mi conciencia mantenida por la Conciencia Suprema, ¿no es acaso sér?

Y si alguien dijese que Dios ha hecho el universo, se le puede retrucar que también nuestra alma ha hecho nuestro cuerpo tanto más que ha sido por él hecha. Si es que hay alma.

Cuando la compasión, el amor nos revela al universo todo luchando por cobrar, conservar y acrecentar su conciencia, por concientizarse más y más cada vez, sintiendo el dolor de las discordancias que dentro de él se producen, la compasión nos revela la semejanza del universo todo con nosotros, que es humano, y nos hace descubrir en él a nuestro Padre, de cuya carne somos carne; el amor nos hace personalizar al todo de que formamos parte.

En el fondo, lo mismo da decir que Dios está produciendo eternamente las cosas, como que las cosas están produciendo eternamente a Dios. Y la creencia en un Dios personal y espiritual se basa en la creencia en nuestra propia personalidad y

espiritualidad. Porque nos sentimos conciencia, sentimos a Dios conciencia, es decir, persona, y porque anhelamos que nuestra conciencia pueda vivir y ser independientemente del cuerpo, creemos que la persona divina vive y es independientemente del universo, que es su estado de conciencia *ad extra*.

Claro es que vendrán los lógicos, y nos pondrán todas las evidentes dificultades racionales que de esto nacen; pero ya dijimos que, aunque bajo formas racionales, el contenido de todo esto no es, en rigor, racional. Toda concepción racional de Dios es en sí misma contradictoria. La fe en Dios nace del amor a Dios, creemos que existe por querer que exista, y nace acaso también del amor de Dios a nosotros. La razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir.

Pero más adelante, más sobre esto de que la fe en Dios sea la personalización del universo.

Y recordando lo que en otro de estos ensayos dijimos, podemos decir que las cosas materiales, en cuanto conocidas, brotan al conocimiento desde el hombre, y del hombre brota el universo sensible o material en que las conglobamos, y las cosas ideales brotan del amor y del amor brota Dios, en quien esas cosas ideales conglobamos, como en Conciencia del Universo. Es la conciencia social, hija del amor, del instinto de perpetuación, la que nos lleva a socializarlo todo, a ver en todo sociedad, y nos muestra, por último, cuán de veras es una Sociedad infinita la Naturaleza toda. Y por lo que a mí hace, he sentido que la Naturaleza es sociedad cientos de veces al pasearme en un bosque y tener el sentimiento de solidaridad con las encinas, que de alguna oscura manera se daban sentido de mi presencia.

La fantasía, que es el sentido social, anima lo inanimado y lo antropomorfiza todo; todo lo humaniza, y aun lo humana. Y la labor del hombre es sobrenaturalizar a la Naturaleza, esto es: divinizarla humanizándola; hacerla humana, ayudarla a que se concientice, en fin. La razón, por su parte, mecaniza o materializa.

Y así como se dan unidos y fecundándose mutuamente el individuo—que es, en cierto modo, sociedad—y la sociedad—que es también un individuo—inseparables el uno del otro, y sin que nos quepa decir dónde empieza el uno para acabar el otro, siendo más bien aspectos de una misma esencia, así se dan en uno el espíritu, el elemento social que al relacionarnos con lo demás nos hace concientes, y la materia o elemento individual e individuante, y se dan en uno fecundándose mutuamente la razón, la inteligencia y la fantasía, y en uno se dan el Universo y Dios.

***

¿Es todo esto verdad? ¿Y qué es verdad?—preguntaré a mi vez como preguntó Pilato. Pero no para volverme a lavarme las manos sin esperar respuesta.

¿Está la verdad en la razón, o sobre la razón, o bajo la razón, o fuera de ella, de un modo cualquiera? ¿Es sólo verdadero lo racional? ¿No habrá realidad inasequible, por su naturaleza misma, a la razón, y acaso, por su misma naturaleza, opuesta a ella? ¿Y cómo conocer esa realidad si es que sólo por la razón conocemos?

Nuestro deseo de vivir, nuestra necesidad de vida quisiera que fuese verdadero lo que nos hace conservarnos y perpetuarnos, lo que mantiene al hombre y a la sociedad; que fuese verdadera agua el líquido que bebido apaga la sed y porque la apaga, y pan verdadero lo que nos quita el hambre porque nos la quita.

Los sentidos están al servicio del instinto de conservación, y cuanto nos satisfaga a esta necesidad de conservarnos, aun sin pasar por los sentidos, es a modo de una penetración íntima de la realidad en nosotros. ¿Es acaso menos real el proceso de asimilación del alimento que el proceso de conocimiento de la cosa alimenticia? Se dirá que comerse un pan no es lo mismo que verlo, tocarlo o gustarlo; que del uno modo entra en nuestro cuerpo, mas no por eso en nuestra conciencia. ¿Es verdad

esto? ¿El pan que he hecho carne y sangre mía no entra más en mi conciencia de aquel otro al que viendo y tocando digo. ¡Esto es mío!? Y a ese pan así convertido en mi carne y sangre y hecho mío, ¿he de negarle la realidad objetiva cuando sólo lo toco?

Hay quien vive del aire sin conocerlo. Y así vivimos de Dios y en Dios acaso, en Dios espíritu y conciencia de la sociedad y del Universo todo, en cuanto éste también es sociedad.

Dios no es sentido sino en cuanto es vivido, y no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Él. (Mat. IV, 4. Deut. VIII, 3.)

Y esta personalización del todo, del Universo, a que nos lleva el amor, la compasión, es la de una persona que abarca y encierra en sí a las demás personas que la componen.

Es el único modo de dar al Universo finalidad dándole conciencia. Porque donde no hay conciencia no hay tampoco finalidad que supone un propósito. Y la fe en Dios no estriba, como veremos, sino en la necesidad vital de dar finalidad a la existencia, de hacer que responda a un propósito. No para comprender el *porqué*, sino para sentir y sustentar el *para qué* último, necesitamos a Dios; para dar sentido al Universo.

Y tampoco debe extrañar que se diga que esa conciencia del Universo esté compuesta e integrada por las conciencias de los seres que el Universo forman, por las conciencias de los seres todos, y sea, sin embargo, una conciencia personal distinta de las que la componen. Sólo así se comprende lo de que en Dios seamos, nos movamos y vivamos. Aquel gran visionario que fue Manuel Swedenborg, vió o entrevió esto cuando en su libro sobre el cielo y el infierno (*De Coelo et Inferno,* 52) nos dice que: «Una entera sociedad angélica aparece a las veces en forma de un solo ángel, como el Señor me ha permitido ver. Cuando el Señor mismo aparece en medio de los ángeles, no lo hace acompañado de una multitud, sino como un solo sér en forma angélica. De aquí que en la Pala-

bra se le llama al Señor un ángel, y que así es llamada una sociedad entera. Miguel, Gabriel y Rafael no son sino sociedades angélicas, así llamadas por las funciones que llenan.»

¿No es que acaso vivimos y amamos, esto es, sufrimos y compadecemos en esa Gran Persona envolvente a todos, las personas todas que sufrimos y compadecemos y los seres todos que luchan por personalizarse, por adquirir conciencia de su dolor y de su limitación? ¿Y no somos acaso ideas de esa Gran Conciencia total que al pensarnos existentes nos da la existencia? ¿No es nuestro existir ser por Dios percibidos y sentidos? Y más adelante nos dice este mismo visionario, a su manera imaginativa, que cada ángel, cada sociedad de ángeles y el cielo todo contemplado de consuno, se presentan en forma humana, y que por virtud de esta su humana forma, lo rige el Señor como a un solo hombre.

«Dios no piensa, crea; no existe, es eterno», escribió Kierkegaard (*Afslutende uvidenskabelige Efterskrift*); pero es acaso más exacto decir con Mazzini, el místico de la ciudad italiana, que «Dios es grande porque piensa obrando» (*Ai giovani d'Italia*), porque en Él pensar es crear y hace existir a aquello que piensa existente sólo con pensarlo, y es lo imposible lo impensable por Dios. ¿No se dice en la Escritura que Dios crea con su palabra, es decir, con su pensamiento, y que por éste, por su Verbo, se hizo cuanto existe? ¿Y olvida Dios lo que una vez hubo pensado? ¿No subsisten acaso en la Suprema Conciencia los pensamientos todos que por ella pasan una vez? En El, que es eterno, no se eterniza toda existencia?

Es tal nuestro anhelo de salvar a la conciencia, de dar finalidad personal y humana al Universo y a la existencia, que hasta en un supremo, dolorosísimo y desgarrador sacrificio llegaríamos a oir que se nos dijese que si nuestra conciencia se desvanece es para ir a enriquecer la Conciencia infinita y eterna, que nuestras almas sirven de alimento al Alma Universal. Enriquezco, sí, a Dios, porque antes de yo existir no

me pensaba como existente, porque soy uno más, uno más aunque sea entre infinitos, que como habiendo vivido y sufrido y amado realmente, quedo en su seno. Es el furioso anhelo de dar finalidad al Universo, de hacerle conciente y personal, lo que nos ha llevado a creer en Dios, a querer que haya Dios, a crear a Dios, en una palabra. ¡A crearle, sí! Lo que no debe escandalizar se diga ni al más piadoso teísta. Porque creer en Dios es en cierto modo crearle, aunque El nos cree antes. Es El quien en nosotros se crea de continuo a sí mismo.

Hemos creado a Dios para salvar al Universo de la nada, pues lo que no es conciencia y conciencia eterna, conciente de su eternidad y eternamente conciente, no es nada más que apariencia. Lo único de veras real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela, es la conciencia; lo único sustancial es la conciencia, Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia; no para pensar la existencia, sino para vivirla; no para saber por qué y cómo es, sino para sentir para qué es. El amor es un contrasentido si no hay Dios.

Veamos ahora eso de Dios, lo del Dios lógico o Razón Suprema, y lo del Dios biótico o cordial, esto es, el Amor Supremo.

MIGUEL DE UNAMUNO

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD

XVI

Un hombre galoneado llega a mi casa.

Cursando el segundo de Anatomía, respecto a sucesos escolares, poco hay que decir; adelantaba sin contratiempos.

El pobre de Aragonés hacía esfuerzos sobrehumanos; solía quejarse de dolores de cabeza, y podía advertirse alguna puerilidad en su conversación y como cierta ternura en su afecto hacia mí.

Cursábamos también Fisiología con Porto; leí el Magendie, cuyo era el texto, y bastó para formarme una idea general de las funciones. Además, Porto explicaba muy bien la asignatura, aunque hacía escasos experimentos en algunas ranas, y en un perro cierta vez, al tratar del jugo gástrico y la digestión estomacal.

Por aquel entonces fue nombrado Director de trabajos anatómicos D. Vicente Domínguez. Plaza de nueva creación, su nombramiento alteraba las prerrogativas del Claustro. Excepto D. José María López, nombrado de Real orden, la costum-

bre establecida era entrar por oposición, formando el tribunal todo el Claustro, y eligiendo el Claustro mismo al candidato, sin más que la posterior aprobación del Gobierno. Domínguez fue recibido cortés, pero fríamente, viéndose desligado de cierto oligarquismo que por tradición formaban los maestros. Tal espíritu ofrecía allí sus ventajas y sus inconvenientes: uno de ellos, la tendencia a la casta; los hijos de los catedráticos salían siempre victoriosos, y en su defecto, los cuñados, o los novios de las hijas de los catedráticos.

Los Gobiernos moderados establecieron el principio de la centralización absoluta, apoderándose de todas las atribuciones y de todos los nombramientos.

Era ministro Pacheco, diputado por Écija; la familia de Domínguez, los grandes electores del distrito.

D. Vicente, concluída la carrera, fué a París para perfeccionar sus estudios y doctorarse. Entrado en deseos de ser catedrático, Pacheco, para complacerle, discurrió crear una plaza de Director de trabajos anatómicos; disponiendo luego que dichos directores pasaran a ser catedráticos de Anatomía. Así quedaron elector y elegido satisfechos, a costa del presupuesto; viéndose aquí cómo una medida acertada y necesaria tuvo su origen, más que en un acto de buen Gobierno, en un acto de favoritismo.

Por ventura, el favorecido resultó muy digno del favor. Había estudiado la Anatomía en París con gran aprovechamiento, y trajo a la Escuela gaditana los últimos adelantos en la materia, sacándola de los moldes, ya un poco envejecidos, del barón Boyer.

Cuando le ví preparar, comprendí que lo hacía mejor que los Ayudantes disectores, y procuré imitarle; no así Pepe Dios ni Manuel Benjumeda, quienes tomaron a mala parte las innovaciones.

Ascendido D. Vicente a Catedrático, no le agradaba ninguna preparación, excepto las que yo hacía sin obligación y sólo por estudiar.

Así terminó el segundo curso, en la expectativa para mí de hacer oposición a la plaza de Ayudante disector que debía vacar por dar fin Manuel Benjumeda al ultimo año de Medicina.

El cargo debía proveerse entre candidatos del tercero; el tribunal habían de formarlo los dos catedráticos de Descriptiva y el de Regiones y Anatomía patológica.

Nos disputábamos la plaza Imperial Iguino y yo; verdaderamente, la lucha era insensata.

Los puntos que calzaba mi contrincante los conoce el lector; pero, aunque así no fuese, sería el primer caso en que entrando en oposiciones un hijo de catedrático no saliera victorioso.

Como la necesidad fabrica ilusos, a despecho de todo, hacía yo cuanto se puede hacer para ganar la plaza.

«Debo ganarla (me decía): Iguino contestará a todo como si leyera el Boyer, pero yo daré con más seguridad idea de las cosas; Imperial ha disecado poco, yo he disecado mucho. Se trata de una plaza de Disector; y, cuando su preparación se presente al lado de la mía, nadie podrá desconocer la diferencia.»

El sueldo de la plaza no era ninguna gollería: seis duros al mes, una peseta diaria; pero una peseta ganada por mí, en las circunstancias en que me hallaba, valía como un tesoro. Una del empleo, otra de las labores, total dos pesetas y casa pagada. ¡Cuánta felicidad en lontananza! ¡Y con qué amargura venía a cortarla la realidad!—«Es imposible, no me la darán.»

Pensaba ir a Iguino y decirle:

«—Sé generoso con tu pobre amigo. Esta es mi situación. Tú no careces de nada; no te acuestas ninguna noche sabiendo que al día siguiente no tendrán tu madre y tus hermanos ni pan que llevarse a la boca, si la Providencia no hace un milagro.»

Mas, ¿para qué iba a descender a tales súplicas de mendigo? ¿No se traslucía la pobreza de mi situación? ¿Ignoraba na-

cie que éramos la familia del desterrado, contando sólo con el día y la noche?

Por otra parte, si Imperial seguía siendo buen camarada, a pesar del disimulo de la buena educación, asomaba el resentimiento de las rivalidades. No estaba acostumbrado a llevar a nadie delante; y aunque sólo fuese el paralelo, lastimaba su amor propio.

Considerábame empeñado cual si luchase con las olas en un mar sin fin; y como en tales situaciones el espacio que la vista abarca toca y se confunde con el cielo, así mi ánima afligida miraba al cielo, esperando de Dios y de su Santa Madre (que como criatura carnal se ve más cerca de nosotros) que me prestaran el auxilio divino, en el combate mío, abiertamente opuesto a la naturaleza de la condición humana.

El tiempo discurría con lentitud, alargado por mis ansias; pues no parece sino que se complace en ser fugaz para el dichoso, como prolijo y tardo para el desgraciado. El rezar me consolaba; tranquilizábame así una interior penumbra, mitad de fe ciega, mitad de vaga esperanza.

Llegó al fin el mes de Octubre del año 1845. Apareció en la tablilla de Secretaría la convocatoria para la oposición: Imperial la firmó, yo la firmé. Pasados quince días, constituyóse el tribunal y comenzaron los actos.

¿Cómo resultaron? Sólo sé que los de Imperial fueron buenos; los míos no lo sé. Con sinceridad: no lo recuerdo. Sólo puedo decir que recé como en la noche del último día que fuí a la escuela del fraile. Sé también que los ejercicios de ambos opositores fueron aprobados y calificados de sobresalientes.

Salieron los jueces, y se dispersaron. Salió después D. Vicente Domínguez, y me acerqué a preguntarle, contestándome con emoción:

—Primer lugar Iguino, por tres votos contra uno a favor de usted; segundo lugar usted, por unanimidad.

¡Todo estaba perdido! Quedé resignado, y me consolé diciendo:

—Dios no me abandonará; la Virgen me abrirá otras puertas.

Dos días después, a eso de las ocho de la noche, un hombre con galones llegó a mi casa, portador de un *oficio*. Creí que fuese una equivocación; pero el sobre venía a mi nombre y tenía el sello del Jefe político. ¡El Jefe político! Sin duda habría averiguado que jugaba a las conspiraciones, y me impondría algunos azotes.

El hombre de los galones se fué; temí que mi pobre madre, al enterarse, acreciera su padecer; y guardé el *oficio*, para enterarme a solas. Haciendo el disimulado salí a la calle, y a la luz de la redoma de una botica leí lo siguiente:

«En virtud de la autoridad que me corresponde, y en vista de las propuestas hechas por el Tribunal de oposiciones a la plaza de Ayudante disector del Colegio de Medicina, he tenido a bien nombrar a usted para el ejercicio de dicho cargo con el haber de *mil cuatrocientos cuarenta* reales anuales.—Lo que participo a usted para su conocimiento y satisfacción.»

XVII

* Explicaciones.

Cosas pasan en la vida que no se pueden describir. Renuncio a pintar mi júbilo y el de mi madre. Seis pobres duros cada mes, adquiridos así, causaron tal impresión de felicidad como no he sentido otra semejante. ¡Ah, todo está compensado! Lo que para un dichoso es indiferente, suele constituir la mayor ventura de un infortunado.

Pero, ¿cómo había ocurrido aquello? ¿Qué tenía que ver con el Jefe político el Colegio de Medicina? ¿Sería una equivocación? ¡La duda me azoraba!

Salí en busca de D. Vicente Domínguez, y lo encontré en su casa. Estaba con rostro alegre, y me recibió diciéndome:

—Ya sé a qué viene usted; le doy la más cordial enhorabuena.

—¿Conque es cierto? ¿He sido nombrado?

—Sí, señor; es usted mi Ayudante.

—Pero, ¿cómo ha sido esto? Siempre ha hecho el Director el nombramiento, en nombre del Claustro, y ha recaído en el primer lugar de la propuesta; nunca el Jefe civil, ni otra Autoridad.

—Pues ahí está el *quid,* que va usted a saber muy pronto. La tarde misma en que se concluyeron los actos, al retirarme a casa encontré en ella una carta urgente del Jefe político, en la cual me decía que a la mayor brevedad hiciera el favor de ir a su despacho. Al llegar a Cádiz le había visitado en nombre de Pacheco, entregándole una carta de éste, donde le decía que me atendiera y considerara en todo como si fuese persona de su propia familia. El Jefe político me recibió con muchas atenciones; había tenido ya otra carta particular del ministro, en que le hablaba de mí. En vista de la urgencia de la cita acudí inmediatamente, y el Jefe me dijo: «—Disimule usted que le haya incomodado. En el correo de esta mañana he recibido una Real orden, la cual dispone que los Rectores de las Universidades no sean nombrados por el Claustro, sino por el Gobierno; y que en los Institutos y Colegios de estudios de carrera separados de Universidad ejerzan los Jefes políticos las funciones de Rector. Como esto es nuevo y algo extraño para mí, deseo consultarle respecto a cuáles son mis atribuciones en el Colegio de Medicina.» Leímos despacio la Real orden, y le especifiqué como pude cuáles eran las prerrogativas de los Rectores, pareciéndome que la Dirección del Colegio debería quedar convertida en Decanato y la Jefatura política en Rectorado como inmediato representante del Gobierno. Después que aclaramos estos puntos, me acordé de usted y le dije: «—A propósito, me alegro de este cambio. Va usted a empezar deshaciendo una injusticia. En el Colegio existe arraigada la costumbre de convertirlo en patrimonio familiar. Allí no entra

nadie como no sea hijo o sobrino de catedrático. A mí me miran de reojo, porque he sido nombrado fuera de la familia. Se acaban de hacer oposiciones a una plaza de Ayudante disector, y han puesto en primer lugar a un hijo del catedrático D. Imperial Iguino. Es muchacho instruído y listo, pero muy corto de vista y no sabe disecar. Mas, como tiene el padre alcalde, han postergado al otro opositor que diseca bien y sabe mucha Anatomía. Sólo falta que se reúna el Claustro y se extienda el nombramiento. Pero, como ahora las cosas han variado, no es al Claustro ni al Decano, sino a usted, a quien compete el nombramiento, pudiendo deshacerse la parcialidad y nombrar al segundo, pues los actos de los dos fueron aprobados y con la misma calificación de sobresalientes.» Después que me hubo oído, hizo que le dejara nota del nombre de usted; y ya tiene explicado lo que ha sucedido.

En efecto, los moderados llevaban la centralización a paso de carga. Me aprovechó, gracias a múltiples y milagrosas coincidencias; sin su raro concurso no hubiera conseguido llegar a disector, ni por ende a operador afortunado.

La centralización por sí misma, sin las demás circunstancias, hubiérame sido muy nociva. Bastara la influencia de don Imperial para que cualquier cacique gaditano, hablando al Jefe político, hubiese conseguido para el hijo lo que D. Vicente Domínguez para mí.

XVIII

* Influencias del oficio.

Si el hombre labora, su labora labra en él. ¿Tira el marinero de la cuerda? Pues la cuerda tira de las manos del marinero, las encallece y agranda. Así todos los oficios, al igual sobre el cuerpo que sobre el alma,

El cargo de Disector produjo en mí profundas modificaciones. Los cadáveres ahuyentaron a las musas, y éstas ya no me soplaron una mala copla en lo sucesivo.

Trabajaba bastante. Pepe Dios y yo teníamos que preparar muchas lecciones: dos para los catedráticos de Anatomía descriptiva, una para el de Topográfica; las autopsias de las Clínicas; y además, cuidar y dirigir los trabajos de Anfiteatro en las clases prácticas. Necesitábamos también concurrir a las cátedras de nuestros cursos respectivos.

Pepe Dios terminó su carrera aquel mismo año, remplazándole un estudiante aplicado, pero poco ágil de manos. Con esto vino sobre mí el peso de toda la carga. Por otra parte, los profesores se daban al diantre si las lecciones que habían de explicar no estaban por mí preparadas; favor que les agradecía, pero que hubiera agobiado a otro de complexión menos robusta.

Ocupadas las horas del día con mis aulas y en las labores anatómicas, quedábanme libres parte de la tarde y la noche, tiempo que dedicaba a preparar las lecciones. Según la labor, unas veces comenzaba a las seis, otras a las ocho; concluyendo los trabajos por lo común a las diez, y en ocasiones a las dos o las cuatro de la madrugada.

Cinco años así, desmenuzando cadáveres y reflexionando a solas, pr odujeron los efectos que la maroma en las manos del marinero.

Cuando se llega a dominar cualquier labor, parece que ella se hace por sí misma. La atención queda libre, y el pensamiento se va por donde quiere. Pasa el tiempo de puntillas, sin dejarse sentir; y si el dolor en los lomos, de estar doblado tantas horas, no me avisase, llegara el alba dando la mano al crepúsculo vespertino.

Las cosas sencillas pueden hacerse por todo el mundo; mas es el caso que, por sencillas que sean, pueden hacerse mal, medianamente ó bien.

Cortar... ¿Quién no sabe cortar? Pues aseguro que cortar bien es una habilidad extraordinaria.

Mil personas robustas y forzudas tomen sables iguales y bien cortantes todos ellos. Propóngaseles que de un revés di-

vidan una barra de hierro de ocho centímetros de espesor, que se sostenga vertical en el suelo por su propio peso. Evidentemente, ninguno de los mil dividirá en dos el férreo cilindro, como no sepa dar al sable la velocidad y el movimiento preciso para obtener el efecto apetecido. No es la fuerza sola; es la resultante de fuerza, velocidad y dirección lo que ha de concurrir de un cierto modo no fácil de enseñar, sino reservado a la esfera de la aptitud intuitiva, amaestrada por la práctica.

Si una materia homogénea se corta bien de un modo, otra materia de varia estructura, aunque resulte siempre divisible, también por ende resulta muy difícil de dividirse bien, de ser bien dividida.

Cortar bien los tejidos humanos: véase tan sencilla empresa, y se notará cuán difícil. Así como hay literatos y poetas que tienen una letra y una ortografía sumamente malas, así he conocido yo operadores celebrados con justicia, que operan bien, pero que cortan mal.

Dígolo para llamar la atención sobre minucias que pasan inadvertidas por su propia pequeñez para el arte pedagógico, y que, sin embargo, dan la clave de cosas mayores.

Obligado a trabajar con malos instrumentos, deteriorados por el mucho uso, eso mismo imponía buscar mañas con qué vencer las dificultades.

Escaseces de luz educaron el tacto, dando cada tejido al filo del bisturí una sensación distinta; sin necesidad de los ojos llegué (cual si viese) a sentir y conocer con segura evidencia la parte sobre qué obrara, y por ella saber todas las inmediatas o mediatas. Esto y mucho más, que por evitar prolijidades no refiero, ocurrió en lo que atañe a mis sentidos.

Por lo que toca al espíritu, desenvolvió más la atención, la observación y el juicio propio. Trocáronse mis idealidades poéticas juveniles en imaginaciones discursivas seudofilosofantes.

Quedaron reprimidos mis naturales ímpetus; pero, si me-

nos frecuentes, más atropellados, una vez que estallan, y más violentos.

Perdí el apetito de comer, así como el de movimiento. La interior tristeza de antes, extendió su mancha en fondo de una igual melancolía semejante al sentimiento que engendra el mar un día lluvioso del invierno.

XIX

* Un herido en la lucha.

Como ya se habrá conocido, D. Antonio Aragonés era todo un carácter; un carácter digno de estudio y de gran estimación. He contado su historia, el lector la sabe: de simple mozo de tahona, a obrero en una fábrica de fideos; de obrero a maestro, de maestro a copartícipe, de copartícipe a fabricante, exportador y rico. Esto, conseguido a la edad de treinta años o poco más, demuestra grandes dotes de honradez, razón clara, voluntad firme y constante, persistencia en todo ello; de cuyos factores se integra su verdadero tipo, simpático en alto grado y digno de alabanza sin tasa.

Sabe el lector que, al verse rico, entró en deseos de sentirse ilustrado; cosa que su educación y labores no le habían permitido. En vez de buscar esa ilustración en la lectura y en el trato de personas sabias, fué a buscarla en los claustros de las enseñanzas oficiales. Su edad y su amor propio le impusieron la obligación de ir a la par con los mejores estudiantes.

Pero su cuerpo robusto y sus brazos membrudos, así como su cerebro en plena sazón, ya no permitían nuevos crecimientos. Atiborróse, pues, los sesos con la Física y el primer año de Medicina; llegó el segundo, y «mete que aprieta», las noches en claro a la luz del quinqué, algo debió de lastimársele por dentro. Ya advertí que su carácter mostraba alguna variación, algo como infantil, cierta tendencia a emocionarse y humedecérsele los ojos.

Al tercer año estalló. Un día, en clase, cayó al suelo sin sentido. Fuimos a él los compañeros, y D. Manuel Porto, que nos estaba explicando Patología general, gritó:

—¡Una aplopejía! ¡Sangradlo al momento!

Salí como el rayo, regresé con lanceta y cinta, y sangré a Aragonés del brazo.

Bajó el amoratamiento de la cara, pero no volvía en sí. Como pudimos, en una camilla del Hospital, lo transportamos a su casa.

La hemorragia cerebral debió de ser muy extensa. Repetí las sangrías varias veces por mandato de Porto, y otras tantas de iniciativa mía; pues, al ver en ocasiones violársele la cara, estertoroso y como si toda la sangre se le subiese a la cabeza, me pareció que se iba a morir y que yo dilataba su postrer momento volviendo a sangrarle. Sea lo que quiera, a los ocho días comenzó a abrir los ojos, más tarde a balbucear; al fin lo levantamos del lecho, con la boca horriblemente torcida, afásico y hemipléjico del lado derecho.

Así se hizo llevar, arrastras de un criado, para examinarse del tercero; y así volvió el cuarto año a clase, con puntualidad.

No podía estudiar, pero lo intentaba. Encomendé a su mujer que le quitase todo libro; Aragonés rabiaba, exasperándose, furioso. Ejercía yo bastante influjo en su voluntad; y, no obstante, me era difícil vencer su obstinación.

Aunque menores, le repitieron los ataques. Examinóse del cuarto año y se matriculó en el quinto; pero, antes de abrirse el curso, sucumbió Aragonés, y yo le cerré los ojos.

No sólo es el militar, no sólo es el obrero quien sucumbe a los rigores de su oficio. Lo que pasa es que las heridas debajo del pellejo no se ven, no escandalizan.

XX

* Nuevas relaciones.

Como todo no puede contarse al mismo tiempo, volveremos atrás: próximamente, a los días en que D. Pedro O'Cruley yacía en su escondite.

Al pasar a cosa de la una por la plaza de San Juan de Dios, vi un grupo de gente mal pergeñada, y que me pareció de patriotas. Llenaba los portales del Ayuntamiento, y me agregué, como quien dice: «¡Aquí viene otro!» No me equivoqué; pero no estaban en ademán hostil, sino como unidos por un interés común.

Hacía de cabeza un hombre chiquitín, de barba negra muy cerrada, desenvuelto de movimientos, desastrado y sucio en el vestir. Por su pelaje se colegía que no era menestral ni obrero, sino de la clase de los pobres de levita. Por la suya no hubieran dado una peseta en el Boquete; ni aun dando él además, de propina, los pantalones y el sombrero, según estaba todo de roto, sucio y deshilachado.

Lo que más hirió mi atención fue que aquel hombre mostraba una altivez y una energía cual si fuese un general con mando en jefe y vestido de gala. ¡Cosa extraña para mí, que cuando llevaba zurcidos los calzones iba avergonzado!

Esta circunstancia hízome simpático el sujeto. Me parecía un espíritu fuerte, con cierta estima de sí mismo, y dándosele tres higas de su ropa.

Me acerqué al grupo. En los sentimientos políticos hay mucho que estudiar; tienen cierta cosa que unifica rápidamente lo más heterogéneo, el sabio con el ignorante, el tonto con el discreto, el culto y bien educado con el zafio y grosero, el pillo con el hombre de bien.

A poco de haber cabeceado por entre la gente, me enteré de lo que pasaba. Veíase en juicio la denuncia de *El Nacional*.

Iba de defensor el chiquitillo mal afeitado de la barba negra. Echaba pestes por la boca; y en aquellas circunstancias, bien se daba a entender que con tanto cuidado le tenía ir a la cárcel como el que se le daba de su pelaje.

Su valor me hizo más gracia; me puse frente a él en la primera fila, y le hice coro como aquel que dice: «¡Después que tú, entro yo!» Algo hubo de encontrar en mí, pues nos cogimos del brazo y echamos a pasear juntos, rompiendo el corro, yo escuchándole, él dando voces y manotadas al aire. A poco, desde la puerta del Ayuntamiento, gritó un portero:

—¡Denuncia de *El Nacional!*—y todos nos precipitamos al zaguán, subiendo la escalera.

En la galería alta se hallaba constituído el Juzgado en audiencia pública. El fiscal leyó el artículo denunciado, y dijo lo que le pareció. Tratábase de injurias, por decir lo impreso que el Ayuntamiento estaba formado contra ley, por nombramiento de la Corona, y que era un intruso.

—Tiene la palabra el autor del artículo denunciado.

—Presente—contestó mi hombre.

—¿Cómo se llama usted?

—D. Francisco Sánchez del Arco.

—¿Reconoce usted por suyo el artículo denunciado?

—Sí, señor, que lo reconozco.

—¿A quién ha nombrado usted por defensor?

—Yo no necesito defensor; yo vengo a defender mi artículo.

—Tiene usted la palabra.

—El artículo denunciado sólo dice la verdad. La Ley está sobre todo. El Gobierno arbitrario que manda contra Ley no debe ser obedecido, sino denunciado y llevado a la barra...

—Al orden, Sr. Sánchez del Arco.

—Lea V. S. la Ley, y vea lo que dispone: que los Ayuntamientos sean hijos de la elección y no del capricho de una real orden. Pido que se lea la Ley. Si el Presidente no la lee, yo la leeré; la traigo en el bolsillo.

—No es necesario.

—Pues, si no es necesario, el Tribunal la conocerá y absolverá el artículo; porque de otro modo, sería el tribunal de Poncio Pilatos. *(Aplausos.)*

—Al orden...

—Sí, señor, de Poncio Pilatos. *(Aplausos.)*

—La guardia arrojará del local a quienes perturben el orden. Y usted hable con el respeto debido.

—He dicho que la Ley está clara, y no admite interpretaciones. Y el Ayuntamiento nombrado contra Ley es intruso. *(Aplausos.)*

—Al orden...

—¡Sí, intruso, intruso!—gritó, desgañitándose. *(Aplausos.)*

—¡Al orden, al orden!

No se oía. El Presidente púsose el sombrero; los municipales cogieron a Sánchez del Arco por la solapa y lo echaron a empellones del Ayuntamiento, así como a los espectadores.

Cuando nos vimos en la plaza, Sánchez del Arco llevaba una solapa cual un gallardete guindando, y más abollado el sombrero. Todavía al quedar solos esperaba verle desahogar el pecho. ¡Cuál sería mi asombro al oirle prorrumpir en nasales carcajadas!

—¡Ga, ga, ga! ¿No han denunciado el artículo porque les decía intrusos? ¡Ga, ga, ga! Pues, les he dicho *intrusos* en sus barbas.

—No está mal, pero me parece que el Juez le va a encausar por desacato.

—¡Ga, ga, ga! ¿Qué importa? En la causa tendré el gusto de ponerlo como un trapo.

—¿De modo que a usted le da lo mismo por lo va que por lo que viene?

—No, señor; me gustan las peripecias. Nada hace reir tanto como lo último que me pasó en Conil. Estaba de Secretario del Ayuntamiento. Había traído de cabeza a los *cangrejos* de allí, que eran los principales de la población. Pronunciada contra

Espartero toda España, y estando Concha en Cádiz, ya no pude aguantar más. Se echaron gritando a la calle, pidiendo mi cabeza. El cura, con sus manteos, capitaneaba el motín. ¡Ga, ga, ga! Yo estaba encerrado en el Ayuntamiento. El cura gritaba golpeando la puerta, y muchos brutos con las escopetas estaban impacientes por fusilarme. ¡Ga, ga, ga! Yo, viéndome perdido, abro de repente, me meto entre el cura y sus hopalandas, lo agarro, me enredo con él... y entre si caemos o no caemos, ¡ga, ga, ga!, alcanzo la puerta de la iglesia; ya en el porche, lo dejo caer al suelo, donde dió un bravo batacazo, ¡ga-ga, ga!; métome en la iglesia, salgo por el postigo y me oculto en la casa de un progresista poco visible, que había al revolver de la esquina. Aquella misma noche salí de Conil, ¡ga, ga, ga!, y dejé al cura lleno de bizmas, ¡ga, ga, ga!

Como Sánchez del Arco llegó a ser una persona distinguida, y como fuese quizá quien más estimulara mi curiosidad en el estudio de los caracteres y las gentes, tendré más de una ocasión que hablar de él en lo referente a la instrucción y efectos educativos que su trato y amistad en mí produjeron.

XXI

* Los habitantes de la Luna.

Para averiguar los orígenes del Nilo, sabe Dios cuántas expediciones se llevan hechas; cuántos esfuerzos, cuántas vidas y cuánto dinero perdidos.

Si no temiese ir contra la corriente de la curiosidad, diría que importa más conocer el origen de otras cosas. Por ejemplo: el origen del nacimiento de la democracia en España; de la democracia que constituye el estado actual, que a todo informa, cuyo advenimiento vi llegar y a cuyo triunfo asistí con regocijo.

Dejando aparte referencias eruditas, doctrinas esparcidas

acá y allá, y hasta en libros especiales, la democracia apareció en España, antes que por idea, por un sentir natural o interior sentimiento.

Nada más apropiado para dar cuenta de él que relatar sencillamente cómo fue apareciendo en mí, y de qué modo fue enseñoreándose de mi voluntad.

Pero, dejemos para luego la exposición directa; sigamos reseñando los puntos que grado a grado van iniciando las cristalizaciones del espíritu.

Relaciones en la buena sociedad, las tenía; pero, voluntariamente, las corté al verme sorprendido por la pobreza. ¿Era orgullo o vanidad? Creo que no. Hemos caminado mucho, sin advertirlo. Hoy, una señora bien educada puede presentarse con un traje de percal francés limpio en cualquiera parte. Entonces y más atrás, era preciso ir lo que llamaban *decente*; no se concebía la decencia vestida con telas humildes.

Antes, y todavía hoy, siendo dificilísimo el problema de la subsistencia, el que caía y cae de su lugar económico, no queda agarrado a un escalón más o menos inferior; baja hasta lo profundo, a la ruina, y gracias si hace pie en la pobreza y no se hunde en la miseria degradante. Por eso, las personas de la clase del derribado huyen de él. Suponen (y no se equivocan) que la amistad les obliga a favorecerle; y como presienten que ya no ha de levantarse jamás y que los favores han de ser imposibles por cotidianos, se desvían cuanto antes del individuo que les causa agobio.

No sucedería esto si el trabajo resultase más honroso en el concepto social e individual, si la educación adaptara a las personas para el trabajo más que para los relatos de memoria; y si el trabajo acumulado en forma de riqueza, estimulando a lograrla por medio de él, facilitase al mismo tiempo el desarrollo de las artes útiles, del comercio y de la industria.

Pero, ¡vaya usted a encontrar nada de esto, principalmente entonces! ¡Vaya usted a encontrar trabajo para un señorito, como no sea de escribiente!

Consecuencia de ello: que abandoné mis relaciones antiguas antes de que me dieran de lado, y tomé otras nuevas conforme iban saliendo naturalmente.

Las mejores venían del Colegio y de la esgrima; otras, de la calle, cual la de Sánchez del Arco; y otras, de una cierta aplicación que yo había hecho de la Anatomía al Mundo, expresada en este lema:

Para conocer el cuerpo humano, andar por él; para conocer el mundo y el espíritu humano, correr por ellos.

La aplicación de tal principio me divertía. Pocos sacan placer con la presencia de un ciego típico, de un sordo, de un vanidoso; yo comencé a mirarlos como a los cuadros que distraen y agradan; si hubiera sido pintor, habría obtenido bastante provecho.

Triste de ánimo, prefería los cuadros de fondo triste, con figuras irónicas, inconscientemente graciosas. Así fuí llevado al conocimiento de la familia de los Baturoni.

El apellido éste suele oirse en Cádiz y poblaciones vecinas. Debe de proceder de algún tronco italiano; quizá de algún genovés emigrado a Andalucía. He conocido de tal nombre a algunos músicos. El Baturoni, jefe de la familia que voy a diseñar, debió de morir bastante tiempo atrás, porque la madre ofrecía caracteres de viuda crónica.

Ella, sus dos hijas y un hijo pueden retratarse con la misma línea: múdese tan sólo la edad (vieja una, jóvenes los otros); y con decir que eran altos, desgarbados, morenos verduzcos y de larga nariz, quedan hechos el contorno y la mancha, en particular y de la colectividad.

Mayor variedad había en los caracteres; madre e hijo, de pocas palabras; hijas y otro hijo que ahora saltará, decidores y parlanchines. Saltar y agitarse era su característica.

Era el mayor mediano de cuerpo, color claro y treinta años de edad; con veinticinco, le seguía una hermana; un año menos tendría la otra, y en los veintidós frisaría el hermano silencioso.

¿De qué vivían? Pues, las niñas cosían guantes o ribeteaban zapatos, sentadas a la luz de la reja, con lo cual veían y, además, quedaban como diciendo: «Este cuarto está vacío.»

La madre no hacía más que silencio; ¡ni aire!; sentada, parecía de barro.

El hijo mayor tocaba la guitarra, cantaba y se jaleaba, todo al mismo tiempo; en esa labor permanecía desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche. Madre e hijo menor oíanle en silencio; las ventaneras le oían cosiendo y cuchicheando.

Si algún conocido entraba en la casa, animábase la escena; complacíale al artista tener público.

Cualquier recién llegado, a la primera ojeada se daba cuenta del escenario: una sala larga, una alcoba corta, más una cocina inútil (sin lumbre).

Mobiliario: en la sala seis silletas, una mesilla de pino y encima un veloncito sin mecha; en la alcoba, un rebujo de colchones; en la cocina, cuatro platos, una alcuza, dos botellas de vidrio, una maquinilla de alcohol, una tinaja, un jarro de hojalata.

¡Y a aquella gente, que le picaran moscas! ¿De qué vivían?

Si lo digo a personas que no sean de mi tierra, pasaré por exagerado y quizá por embustero. A los que han visto por sus propios ojos, cómo viven y cómo pueden vivir las gentes pobres en Andalucía, ya no les pareceré ni lo uno ni lo otro.

Cada vez que leo los últimos estudios fisiológicos relativos a la alimentación, la transformación de las fuerzas, las relaciones entre el alimento, las calorías y el trabajo... me echo a reir. Todo eso será muy verdad en los climas fríos; en Andalucía y mucha parte de España, no es verdad. Donde no se necesita el fuego, las calorías guardan otra relación con el trabajo. De sol a sol, se siega con un poco de gazpacho por todo alimento. Si come carne el trabajador, enferma irremisiblemente, *toma una borrega* (así llaman a una fiebre gástrica que degenera en tífica).

Nuestro pigmento, que pinta la piel, hace funciones cuales las de la clorofila vegetal. Esta fija en las plantas el carbono y se apropia el sol. Nuestro pigmento fija el ázoe, y cierra o abre paso a la luz y al calor, según lo necesita el organismo.

Cuando el pigmento es excesivo, para cerrar la entrada a la luz y dársela al calor solar, cual sucede en las razas negras; desde el instante en que se ponen a la sombra, sienten frío. Por eso, ved cómo el negro, en pleno verano, al medio día, cuando entra en su choza, enciende lumbre y se acuesta junto a las ascuas.

Podría probar todo lo dicho de la manera más rigurosa, si tuviera paciencia; no la tengo, ni ya quiero tenerla, ni me importa. En este punto, la ciencia está en error; lo dicho dicho, y ya vendrá el tiempo a darme razón.

¿Que cómo vivían? Pues, como voy a decir ahora.

Por la mañana, una taza de te migado con un bollo de pan por barba; por la noche, seis u ocho cuartos de pescado frito (para todos), con un bollo (para cada uno).

Pero, poquito a poco. El sempiterno cantador y guitarrista aportaba también alguna cosa. No había baile de candil, bateo, fiesta o casamiento a que no concurriera, fuese o no fuese convidado. Iba por amor al arte, sin interés alguno ni miras egoístas. Jamás le ofendieron en su dignidad ofreciéndole paga. No hay más sino que el hermano le llevaba la guitarra. Si había refresco, ¡bueno!, se enjuagaban la boca; si había terrones de azúcar, ¡mejor!, algunos al bolsillo; si bateo y dulces, ¡mejor que mejor!; eran golosos y guardaban lo que podían; si bodas o funciones suculentas, ¡aquello sí que era de ver, cómo llenaban ventrículo y bolsillos! Cuanto no deglutían ambos hermanos, repartíase luego en casa como pan bendito. Y aquí paz y después gloria.

Dos cosas sacaban de quicio a las hermanas Baturoni: que las vecinas tuviesen novio, y nunca ellas; que los vecinos fuesen a la plaza de abastos.

Las casas gaditanas ofrecen disposición distinta que las de

Madrid. En la corte pueden vivir pared por medio los vecinos, sin verse ni conocerse en veinte años. Las casas de Cádiz tienen un patio común, cercado de puertas y ventanas, por donde cada vecino se entera hasta de la respiración de los demás.

Intrigadas estaban las ribeteadoras guanteras con lo que ocurría en el otro cuarto bajo.

—Pues ¿no ves? ¡También hoy vienen de la plaza!

—¿Dónde escarbarán *los habitantes de la luna?*

—¿Habrá pillado al padre algún empleo?

—No digas disparates, mujer. ¡Si no sale de casa en todo el día!

—Pues milagros no se hacen. ¡Como no haya sido algún tesoro!

—¡Aquí hay misterio! Las chiquillas son pequeñas; fea la madre.

—Y en la casa no entra nadie.

Semejante conversación se repetía tres o cuatro veces diariamente: cuando iba o venía con el canasto el vecino o la vecina, cuando veían lumbre en el anafe, cuando olían el tufillo del puchero.

—¡Aquí hay misterio! *Los habitantes de la luna* tienen menos que nosotros. Nosotros, si nos faltan guantes, echamos mano a los zapatos; y, entre tú y yo, de tres y medio a cuatro y medio reales nos ganamos diariamente. Los vecinos, hasta hace poco, vivían peor que nosotros: debían seis meses de casa, y andaban para echarlos. Desde que al padre le quitaron el empleo, no gana un cuarto; ¡y todos los días van a la plaza! Conque, ¿me quieres tú decir qué es esto?

La taravilla no se limitaba a moverse entre una hermana y otra. Proponían la cuestión a su madre, a sus hermanos y a cuanto bicho viviente pisaba aquella casa.

En fin, entre reventar o interpelar al mismo vecino, optaron por lo último.

Una mañana, al llegar de la plaza, salieron al patio para

abrirle solícitamente el portón, y, apenas cumplieron con los «buenos días», agregaron:

—Hola, vecinito, ¿viene usted de la plaza? Parece que su posición ha variado. No sabe usted cuánto nos alegramos todos los de nuestra familia. ¡Que sea enhorabuena!

—Gracias, gracias—respondió el vecino.—También yo deseo que mejore la de ustedes. ¿Cómo está mamá?

—Regular; éntre usted en casa, éntre usted, que tendrá mucho placer en verle.

El buen hombre entró, para hacer sus cumplimientos.

—Y, díganos usted, ¿cómo ha sido eso? ¿Le han vuelto el empleo?

—Nada de eso, ¡ni por pienso! La misma necesidad, ¡la misma necesidad! que aguza el ingenio.

—¡Es curioso, es curioso! Siempre nos pareció usted un hombre listo. ¡Así lo fueran nuestros hermanos, que otro gallo nos cantara! Diga usted, diga usted.

—La cosa es bien sencilla: una ocurrencia que me vino al caletre cuando me hallaba a punto de tirarme por la muralla. Verán ustedes.

Y mi hombre, con la mayor naturalidad y casi con fruición, comenzó su relato.

Llamábanle las vecinas a él y a su familia *los habitantes de la luna,* por haber sido comandante de municipales. Qué tengan que ver esos humildes servidores del Municipio con la luna y sus habitantes, es cosa de localidad y de época, que, si no la explico, nadie la podrá hoy comprender.

Pocos años antes del tiempo a que me refiero, no existían ni se conocían los municipales, al menos en la ciudad gaditana.

Para el servicio del Ayuntamiento estaban los alguaciles y una escasa fuerza de bribones, que se llamaba la partida de Fulano o de Mengano (de Faleti, de Raimundo, etc.), según fuese el nombre de quien la mandaba.

Los hombres de *la partida* eran, por lo general, de rompe y rasga: presidiarios cumplidos, perdonavidas, matasietes y

otras gentes maleantes, más o menos arrepentidas y sujetas a la Autoridad municipal.

Vestían a lo jaque y guapetón, con el correspondiente calañés, chaquetón con vivos, calzón corto, etc., y usaban espadón de caballería y retaco, por si fuere menester.

Llegaron tiempos más humanos (¡aquellos eran divinos!), y el Ayuntamiento ideó una fuerza que resultara más urbana, con cierta organización militar, sustituyendo a la guapeza.

Por querer imitar a los *policemen* ingleses, les encajó unos levitones hasta los tobillos; y en vez de casco, un fementido morrión tubular, estrecho por la copa y con una visera excesivamente oblicua, que los dejaba burriciegos.

Con esta facha se aparecieron de repente al público cuando menos se esperaba, y a las gentes de por allá se les ocurrió que habían caído de la luna. Llamáronlos, por consiguiente, así, *los habitantes de la luna;* y tal nombre les quedó, aun variados después los uniformes. Por eso era frecuente oir cantar ¡y con mucha gracia! a las mujeres:

La *pulisía*
tiene fortuna,
tiene habitantes
¡ay, *sunsurito!*
tiene habitantes,
como la luna.

El hombre que se permitía el lujo de ir a la plaza de abastos (lujo irritante para las de Baturoni, porque ellas no iban ni podían ir), había sido comandante de municipales. Al venir un Ayuntamiento moderado, la primera medida fue echar a la calle hasta el último portero, alguacil, escribiente y municipal. Y nuestro pobre hombre, no pudiendo volver al satélite de donde había caído, en este planeta se quedó ¡pegado a la pared!

«—Pues, verán ustedes—prosiguió.—Cuando yo era comandante de municipales y andaba por esas calles a deshoras de la noche, vigilando siempre, alguna vez tropecé con el con-

trabando que salía por los *husillos*. Ya se ve, uno solo, la gente dispuesta a todo por los intereses (¿qué quieren ustedes?), hacía la vista gorda, y ¡a vivir! Se acercaba un hombre, me saludaba con respeto y me alargaba un onza.

»Cuando me vi cesante y se acabaron todos los recursos, ¡a morir! Me metí en mi casa *aburrío*, y ¡a comernos por dentro!

»Ya estábamos en las guías, todos (ustedes lo saben) como unos esqueletos, cuando la misma hambre me dijo: *Vete a los husillos*.

»¡Y está claro! Salgo a las dos o dos y media, voy donde yo me sé; y ya por aquí, ya por allí, paseo como el que no quiere la cosa. Algún conocido de antiguo me saluda; y sus cuatro durillos, sus dos durillos, su durillo, caen; más o menos, no hay quien me los quite.»

—Vaya, vaya, ¡qué talento el de usted! Eso se llama un hombre.

—¡Si nosotras tuviéramos un hombre! ¿De qué nos sirven los zánganos de nuestros dos hermanos?

Descifrado el enigma, pasó de boca en boca todo el círculo de relaciones; así puedo hacer ésta con toda exactitud.

Además, desde aquel punto no cesaron las hermanas de instigar y soliviantar a los hermanos para que imitasen la estratagema del habitante de la luna. Llegaban hasta a insultarles. Entablaban coloquios dignos de alquilar balcones.

—¡Calla esa maldita guitarra y no cantes más, que pareces un grillo y ya nos tienes aburridas con tus coplas! Más valiera que supieses hacer zapatos; que nosotras, con ser mujeres, tenemos que manteneros ribeteándolos.

—¡No seas desvergonzada, deshollinador despalmado! ¿Puedes decir? Con mi guitarra he traído yo en los bolsillos más bollos, más aceitunas y más lonjas de jamón que caben en esta sala. Eso díselo a este zanguango de tu hermano, que no cabe por esa puerta, y no sirve más que para llevarme la guitarra.

Sería el cuento de nunca acabar. Por fin, quieras o no quieras, echaron al zangón a la calle, a las altas horas de la madrugada.

No sabía otra cosa sino que por las bocas de los *husillos* andaba el ajo, pero no por cuál o cuáles iba. Anduvo inútilmente, y se volvió mohino y cabizbajo de vacío.

—¡Torpe, bruto! ¡Si tuviéramos nosotras los calzones!

Y vuelta a empujarlo otra vez y cincuenta.

Al cabo, una noche, en un *husillo* del barrio de San Carlos, topó con un fregado y se hizo el remolón para dar tiempo. La cosa seguía y nadie se acercaba a untarle la mano.

Él siguió a paso de tortuga, silbando y mirando a los balcones. No salía de la plazoleta, y uno de los hombres le gritó:

—¡Eh, D. Lesmes! ¿Se le ha *perdio* a usted algo?

Paróse y dijo:

—No, señor.

—Pues, entonces, ¡largo, a su avío!

—Yo voy por la calle, y la calle es del Rey.

—Pues, si es del Rey, ahora lo verá.

Y con la palanqueta de levantar la losa del *husillo* se fué al pobre, asentándole un golpe que lo tendió en el suelo.

—¡Me han matado!

—Si vuelve usted a gritar, lo tiramos de cabeza al *husillo*.

Llegó a su casa.

—¿Traes algo?

—¡Sí!... ¡Dos costillas rotas!...

XXII

* Demócrata ya.

Y así era la verdad. Cuarenta días estuvo sobre un colchón, ¡y gracias!

Mi pobreza orgullosa, la indiferente y a gala de Sánchez del Arco, la crónica, sistemática y misérrima de los Baturoni, me dieron mucho que pensar.

No veía extraño que existieran desigualdades de fortuna; pero no encontraba razonables las distinciones por la mera posesión de las riquezas. Barrero, enriquecido y orgulloso, me parecía repugnante; menos digno de pública estimación que cualquier pobre sencillo, que no molesta a nadie, que trabaja por atender a su familia y mejorar su estado a ser posible.

Que por el dinero y no por la cualidad de persona humana se tuviera derecho de votar y tomar parte en el Gobierno, lo juzgué injusto. Que quien carece de riqueza sirva a la patria de soldado y quien la posea se halle exento de ese deber, lo tengo por una desigualdad inicua. Que por tener bienes pudiera exponer su pensamiento por escrito, y no pudiera hacerlo quien de ellos careciese, diputábalo por privilegio irritante. Que la comisión de un delito cual el contrabando llevara a presidio al pobre, dejando al rico impune y más enriquecido, era para mí una infamia.

Nada de esto pensaban por entonces los progresistas; hasta la Revolución del 68 no aceptaron los principios de igualdad política y civil; y eso solamente una fracción, como transacción circunstancial y aun así... a regañadientes.

XXIII

* D. José Gardoqui y D. José Gabarrón.

Juntos van los retratos de estos dos maestros míos. De ninguna manera mejor podrá conocerse el estado de la enseñanza en el Colegio de Cádiz por aquellos tiempos, que por la semblanza de sus profesores.

D. José Gardoqui tendría a la sazón cuarenta años. Era alto, proporcionado de carnes; cara seria y de expresión escasa; habla torpe, voz desagradable. Exactísimo en cátedra, desapasionado en sus juicios, justo rayando en severo.

Matemático muy notable y profesor de esa ciencia en San

Felipe Neri. Físico más que D. José María López, a pesar de que éste lo era «más que Dios». Químico y naturalista al par de los mejores.

Desposeído de toda imaginación y brillantez, no parecía andaluz, ni siquiera español. Aparte de no tener ningún dejo extranjero, cualquiera diría que era una inteligencia mitad inglesa y mitad alemana.

No cuidaba de lucirse, ni en cátedra ni en sociedad. Cifraba sus afanes en cumplir bien y exactamente sus deberes; así, resultaba un maestro modelo.

Nunca se impacientaba con las torpezas de los estudiantes, sí con la desaplicación.

Murió antes de que yo concluyese la carrera. El Profesorado español perdió uno de los mejores maestros que he conocido en España. Me complace hacerle justicia.

Más opuesto carácter e inteligencia no podría encontrarse ni con candil, como en la persona de D. José Gabarrón, catedrático de afectos externos.

Alto también y regularmente proporcionado, moreno, gran nariz; ojos más grandes, negros y salientes; labios gruesos, péndulo el inferior; lengua gorda,.que daba a su voz timbre opaco. No obstante, natural y fácil; expresaba con tal encanto el pensamiento y con gracia tal, que íbamos a su clase cual si fuéramos a una función amena.

Inexacto siempre en la hora, faltaba muchos días; circunstancia suficiente para desorganizar la asistencia de los alumnos con cualquier otro profesor, pero no con él: todos le esperábamos tres cuartos de hora, y hasta perder la esperanza de que viniese.

En concepto de todos, D. José Gabarrón era la mayor inteligencia de aquel Claustro; más digo, de toda la Andalucía: Talento como el suyo puede que se vea otro; superior, me parece difícil.

Poseía suma ilustración: perfecto latino, perito en griego,

instruído en humanidades; de todo sabía, y si algo no supiese lo adivinaba como por natural revelación. Lejos de sentirse envanecido por tantas dotes, casi se tenía por cualquiera cosa; y no por afectación de modestia, sino porque daba poco valor a lo que sabía.

Para con los estudiantes era otro estudiante, el primero entre los bromistas y los... calaveras.

Carecía de orden; desconocía toda autoridad, la suya la primera. Hacía imposibles para que no le respetáramos y, sin embargo, se le respetaba; estudiantes y no estudiantes, todos le queríamos.

Tenía alguna clientela; y eso a pesar de que veía a los enfermos como aquel a quien llevan arrastras, una vez por semana, a las altas horas de la noche, a las dos o las cuatro de la madrugada, aporreando las puertas y asustando a los vecinos.

Cierto día, en plena clase, cubiertos por los bancos, dos estudiantes jugaban al monte. En medio de la lección, dijo don José:

—¡Llevo un duro a la sota!

Y prosiguió tan tranquilo su discurso, sin perder de vista los naipes.

XXIV

* El anfiteatro.

Dos había en el Colegio; aún subsisten.

El pequeño, el antiguo, más que anfiteatro resultaba cátedra para explicar Anatomía, con una sola mesa giratoria; bastaba para un muerto cuando la enseñanza anatómica se reducía a la Descriptiva.

En el grande, el nuevo, yo fui el primer disector que trabajó allí; construyóse en mi tiempo, tomando para el solar parte en el jardín botánico, y parte en el corralón del Hospital.

Extenso, bien ventilado (mejor, azotado por los temporales), frío, encrudecido por el marmóreo suelo: seis mesas de piedra, en dos hileras a lo largo; al testero, una mesa y ocho mesas de pino; uno, dos, tres cadáveres, más o menos putrefactos, yacentes en las mesas.

De noche, la luz de la luna y su penumbra, si la había. En todo tiempo, una vela de sebo metida en el agujero occipital de una calavera habilitada de candelabro; un disector encorvado sobre el cadáver, chamuscándose el pelo para ver; otra persona viva, acurrucada en un rincón, dando cabezadas de sueño.

Allá y así pasé la mayor parte de las noches de mi florida y alegre juventud.

¿Qué aprendí allí?

Anatomía me parece que sí, aun siendo tan bruto como pensaba mi D. Diego Choquet, Isla y etc., etc. Operaciones me parece que también. ¿Algo mas? No sé. Mas, ¡aquella sociedad de muertos silenciosos hablaba tanto! Descartémonos del vivo.

—Lafón, traiga otra vela; ésta va consumida. ¡Lafón! ¡Malhaya tu aguardiente! ¡Eh, Lafón! Ni a patadas despierta.

—¿Qué... qué hay?

—Que se levante y me traiga una vela; y que afeite y lave mejor otra vez los cadáveres, pues los deja llenos de inmundicias y piojos.

Dormido y beodo, se levantaba dando tumbos.

—¡Estúpido! ¿Quién conocería tu prosapia?

¿Quiere conocerla el lector? Pues, aunque no quiera, he de contársela. Lafón, el sepulturero, el mozo de anfiteatro, era nada menos que hijo de un General.

Tras la imbecilidad del alcoholismo, tras el velo de la degradación, bien se veía en su fino pelo rubio, en sus ojos azules, manos pequeñas y piel blanca, el retoño de una planta de salón, y no una flor silvestre.

Hijo natural habido en una querida, que con hijo y todo

abandonó su padre, el General diría «¡Ahí queda eso!», y se murió luego.

Pero como la soledad y las tinieblas crean fantasmagorías en la imaginación, yo no veía allí a Lafón el sepulturero: veía al General acurrucado y borracho, al mismo General convertido en mozo de una sala de disección, sin uniforme, cruces, bandas, faja ni sombrero de tres picos.

¿Y por qué no? ¿No eran la misma carne y la misma sangre? La vara que arranca de la tronca de un olivo, ¿no es el olivo mismo? Si se sustituyen en el espacio y el tiempo, ¿qué hace lo nuevo sino prolongar la misma esencial existencia de lo antiguo?

«—¡Ah, General, General!—decía para mí muchas noches.—¿Quién te había de decir que al abandonar a un hijo le condenabas a tiritar de frío y de alcoholismo, pasando las noches en cuclillas en el rincón de un anfiteatro anatómico?»

¡Cuántas veces, al sentir los deseos del amor, asomaba el sepulturero-general, diciéndome: «*¡Presente!*»

¿Se deberá a esto el que, gracias a Dios, haya huído los peligros de tener un hijo natural? Si es así, en el anfiteatro, Lafón fue mi maestro.

Además, el amor es muy bueno para después de haber comido. No es que ayunara: alimentábame con parquedad, pero lo bastante para reponer las fuerzas y aun tenerlas de sobra.

Quise decir, que sin alegría, sin satisfacción de ánimo, los apetitos se apagan. ¿Quién tiene ganas de jaleo bajo el peso de ansiedades y pasiones tristes?

No se achaque a virtud lo que puede depender de otras circunstancias. A ser General, imperante, pleno y satisfecho, ¿quién sabe si me hubieran salido Lafonitos, ahora abandonados para sepultureros? No sé... ¡Me parece que no!

Las cárceles, los asilos, los hospitales, los anfiteatros: he aquí cuatro lugares adonde, andando el tiempo, irán los pedagogos con determinados educandos para enseñarles cosas que no se ven ni se aprenden en excursiones ni museos.

Por la propia gravedad y naturaleza de las cosas, a cárceles, asilos, hospitales y anfiteatros van la espuma y el poso de todas las humanas desdichas. A poco estudio se descubren las causas de las mismas, y se ve también que se reducen a un común denominador, hasta a una simple unidad: *mala educación.*

Estamos hartos de oir el vocingleo de este error: «*¡Instrucción, instrucción! ¡Abrid una escuela y cerraréis un presidio!*» Nada hay más equivocado. Eso no basta.

La instrucción, y menos la consistente en saber la Doctrina de carretilla, leer mal y escribir peor, ante la criminalidad es la carabina de Ambrosio; antes la refina y perfecciona. Hay pueblos absolutamente ignorantes donde la criminalidad es escasa; y *viceversa.*

La educación ya es otra cosa. ¡Basta de tomar el rábano por las hojas!

La educación puede corregir hasta a los criminales natos; dígalo *Paimogo* y el instinto de los colegiales de San Pedro.

Hoy, además, adelantando como va la Fisiología, tenemos en el opio y los narcóticos, en el hipnotismo, en la sugestión y aun en determinadas operaciones quirúrgicas, muchos recursos que añadir, con los cuales modificar y enmendar los desperfectos que originan la tendencia orgánica a la criminalidad.

XXV

* Muertos que hablan.

Necesitábanse diariamente para la enseñanza tres cadáveres, cuando menos; dos o tres lecciones para las cátedras, y luego carne para que se ejercitaran los alumnos.

Tres muertos no era mucho pedir, y casi nunca los había. Entonces, como hoy, escaseaban por no sé qué clase de conspiración para no mermar los estipendios de enterramientos. Quienes no daban un maravedí para evitar que un cristiano

se muriese de hambre, daban un duro como obra de misericordia para enterrarlo.

Así, los muertos andaban por las nubes. Algunos días, por falta de ellos, suspendíanse las cátedras. Los estirábamos hasta más no poder, disputándolos a los gusanos, hasta que la putrefacción los deshacía. Dábase una mala temporada. Tres días seguidos nos dijo Lafón:

—Hoy no hay cadáver.

Al cuarto, entrada la noche, nos anunció uno. Estábamos en lo más rigoroso del invierno, llovía a cántaros; con sólo pasar el jardín, llegué calado al anfiteatro.

Los cristales retemblaban, azotados por el temporal; mugía el viento; cerradas las puertas y ventanas, penetraba, hacía correrse la vela de sebo, oblicuando su llama, y la apagaba. Era una de esas noches de temporal que los campesinos desconocen, y que a los habitantes de islas y costas les ponen pellejo de gallina, imaginando qué será del padre, del hijo, del hermano o del marido navegantes.

Escasa siempre la luz de sebo, en aquella ocasión apenas si se alumbraba a sí misma lo necesario para declarar cuándo la apagaba el viento. Agréguese que los relámpagos, penetrando súbitos, deslumbraban la retina, y así podrá imaginarse con cuánto trabajo iba a emprender la disección.

Tratábase de la región inguinal; y la calavera-palmatoria hacía garatusas con las sombras. Incindí la piel; instantáneamente la luz de un relámpago iluminó cuerpo y rostro del cadáver, presentándolo por completo a mis ojos en el momentáneo fulgor eléctrico.

Pero quedé sin vista y en un confuso estado indefinible allá por lo más hondo del sér, donde se elaboran las ideas. Como no era miedo, repuesto un tanto, me pregunté a mí mismo: «¿Qué te ha pasado?» Y no pude responderme.

Proseguí mecánicamente la disección: el pensamiento estaba en otra parte. Suspendí el trabajo y lo volví a continuar.

Meditabundo crucéme de brazos, como si quisiera ver el cadáver en las tinieblas.

En esto, un bramido del vendaval, acompañado del recio azotar de la lluvia, apaga la luz de la calavera; otro relámpago, entre rojo y azul, ilumina el cuerpo muerto; y el respectivo trueno le sigue inmediato, cual si se viniese abajo la bóveda celeste. Atolondrado, pero menos confuso, grité:

—¡Lafón, luz; trae dos velas!

Lafón, no menos borracho que otras noches, no dormía; sentado en un banco, yacía en las tinieblas de la noche y en las tinieblas de su espíritu.

Echamos fósforos, y con trabajo encendimos tres velas: la del cráneo y otras dos que tomé, una en cada mano.

Por más que había pensado acerca de la impresión que me produjo el muerto al fulgor del primer relámpago, nada había podido discernir. Pero al segundo, no obstante el atolondramiento que causa la conjunción de tan fuertes y ruidosos meteoros, me pareció que aquel cadáver era algo relacionado con mi vida, un algo confuso, así como un conocimiento de ultratumba. Por eso pedí dos velas y me puse a alumbrarle el rostro, mirándolo y observándolo con afán y cuidadosamente. ¡Y nada! Una cara gorda, fofa, inicial de cadavérica descomposición; una cabeza mal rapada, llena de cortaduras y arañazos por la trémula mano y la navaja-serrucho del sepulturero.

Volví a mi tarea; pero la negativa del reconocimiento no bastó para dejarme en paz. Iba la preparación más que mediada, cuando, volviendo y revolviendo, pregunté a Lafón:

—¿De dónde procede este cadáver?

—De los locos del Hospicio.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Pues no pueden haberlo traído sin papeleta. ¿Dónde tienes la papeleta?

—En el depósito estará.

—Pues, vuela y tráemela en seguida.

Lafón fué al depósito, contiguo al frontis Norte del anfiteatro, y trajo la papeleta. En ella leí: *Joaquín Orihuela.*

Quedé suspenso, humedeciéronse mis ojos.

¡Pobre Orihuela! Parece que en el seno de la muerte tenías empeño en que te reconociese yo a la luz de los relámpagos. ¿Qué quieres de mi infantil cariño? Mira mis ojos. ¿Que pida a Dios por ti? Yo pediré. Harto has debido de sufrir: los de Torres vendieron las viñas, dejaste de ser su capataz; bastantes veces pregunté por ti, nada sabían. ¿Me pides que te dé sepultura?

—Lafón, ¿qué cuesta el entierro más barato?

—Quince duros.

—¡Quince duros! Orihuela, ya sabes que no los tengo.

¿Será que me pides que respete tus restos y no los destroce el crudo escalpelo? ¿Si será eso?

¡No! Extraña preocupación mía. No puede ser. ¿Qué le importa a un muerto que se lo coman los gusanos entero o partido? Pero el caso es que mi mano se resiste a seguir dividiendo las carnes de mi buen amigo. ¿Quién te había de decir cuando me acariciabas, querido Orihuela, cuando me llevabas a las viñas delantero sobre el burro pío y sentía en mis espaldas el calor de tu vientre, en mi pecho tu brazo que me enlazaba amoroso para que no cayera, quién te había de decir que aquel niño de cabellos rubios había de abrir tus carnes con hierros afilados? ¡No, no seguiré!

La lección... ¡Que no haya lección mañana tampoco! Mas no puede ocultarse que hay cadáver, faltaré á mi deber, dirán que soy un gandul indigno de mi cargo...

Confesaré la verdad; contaré la historia de este muerto, mi historia... y se reirán de mí, con mucha razón. Estoy resucitando el viejo espíritu oscurantista, que, por respetuoso amor a los cadáveres, vedaba las disecciones, no permitiendo a Galeno que estudiara Anatomía más que en monos, y retrasando así la ciencia, el mejor conocimiento de las enfermedades y su curación, con tan necias preocupaciones. ¿Voy a ser yo ahora

un abogado de ignorancias? ¿Me afiliaré en la hermandad de santurrones, escobas de sacristía, que nos tienen a dieta absoluta de cadáveres?...

Seguí preparando la lección, pero sentía áspero el filo de los escalpelos; parábame fatigado, y continuaba como si hiriese a un vivo operándole contra su voluntad.

Algo da qué pensar este lúgubre suceso.

Considérase el relámpago como el tipo de mayor instantaneidad. Son locuciones frecuentísimas las de: «Ligero como un relámpago; en un relámpago sucedió tal cosa, etc.» Sin embargo, por veloz que sea, tiene momentos: uno en que alumbra y otro en que ciega; tiempos que no estarán en el relámpago en sí, pero que corresponden al ojo y al cerebro nuestros.

Un individuo a quien traté por última vez cuando yo contaba siete o a lo más ocho años, cadáver diez u once después, desnudo, al fulgor del meteoro luminoso, conmueve en mi sér algo indescifrable, algo que, si borroso, en mí subsiste. Dájame pensativo; y, como a quien procupa la solución de un enigma, la visión se repite. Algo menos vago debió determinar, cuando pedí luz para reconocer el rostro; y sin embargo, ese reconocimiento y examen, esa hasta observación, resultan negativos. Una cara desconocida, deformada por la hinchazón, cara basta, de expresión borrada por la enfermedad mental y por la muerte: ¡nada más! Eso no obstante, pospongo lo racionalmente observado a lo indefinidamente sentido; y el pensamiento solitario vaga por los rincones del cerebro como alma en pena, y al fin me impulsa a conocer el nombre del muerto.

Y pienso que debe consistir en que damos más valor a las sensaciones cuanto son más subjetivas. Por eso, el alucinado es el más creyente en la realidad de sus sensaciones. La misma clave entiendo que puede explicar el dominio que los sentimientos ejercen sobre la razón.

Una persona recta y de inteligencia lúcida, desahogaba hace poco su pecho en mi confianza, querellándose de que a

su amada un *malvado* confesor procuraba apartarla de sus relaciones.

Es de ver cómo el poseído por cualquier sentimiento acoge poderosa la más fútil razón que favorezca su sentir; y se exaspera con las más fuertes, y las rechaza si le son contrarias. Por eso es vano convencer al fanático, peligrosísimo y contraproducente predicar la verdad a las masas en efervescencia. Mientras que si llega cualquier pelafustán o malvado, y asegura la certeza del absurdo mayor que pueda imaginarse, con tal que halague o aguce el sentimiento en aquel punto dominante, arrastrará a la multitud como si tuviese una vara mágica.

Cuando luchan el sentimiento y la razón, cosa que sucede con frecuencia, se padece mucho; pero casi siempre, el sentimiento triunfa. Sufrí entre si acabar o suspender la disección en el cuerpo de mi pobre amigo. Venció la razón, porque no podía disponer libremente del cadáver; de haber podido, no hubiera continuado.

Muchas veces, después y hasta ahora mismo, sentí y siento honda pena con aquel recuerdo. El que ha visto quedársele en las manos alguna criatura, entre los horrores y la sangre de cruel operación, y al refrescar en su recuerdo el cuadro lo mira sin remordimientos y sin angustia... ¡siéntese insatisfecho de sí mismo por haber dado unos cuantos cortes más en un cadáver!

Esto debe de consistir en que hay personas que viven de presente en el pasado. Como las hay que sólo viven en el día que les alumbra el sol.

Como los hay (¡no sé si más infelices o más dichosos!) que viven en lo pasado, en lo presente y en lo futuro.

XXVI

* Los muertos siguen hablando.

De ser otro mi plan, y no el propuesto (dar el cuadro de mi particular educación), fácil me sería escribir unas memorias de anfiteatro; ajustado y ceñido a referirlas, resultarían materiales para un novelador materialista y psicólogo.

Y luego, ¡qué mezcla tan horrible! Mudos los muertos para el oído, ¡qué voceadores y escandalosos para el espíritu! Todos yacentes en silencio, pero al mismo tiempo no hay uno que deje de tirar hacia sí, como diciendo: *¡Mírame!*

Ya es una vieja consumida que se ríe de ella misma y de ti que la estás mirando y del mundo entero que no la ve. Ya es un hombrón velludo y fuerte, que blasfema rígido y yerto. Ya un niño encanijado, encorvadito, sorprendido por la muerte tiritando.

Ahora nos detiene un gallardo joven, con la cabeza perforada de un balazo, cristalizadas en sus labios las quejas de la amarga suerte.

Aquí un hediondo, hinchado y ulceroso virulento, horrible de ver; allí una joven cuya belleza no se rinde a la muerte.

El mayor número se complace en declarar su historia. No parece sino que, a punto de borrarse la persona por el escalpelo y la putrefacción, se dan prisa a decir:

—¡Que soy fulano!

Una vieja nos grita:

—¡He sido guapa! ¿No lo crees? ¡Registra mi pellejo!

En efecto, difícil sería encontrar documento más fehaciente: un *tatuaje*, otro y otro; un archivo de los impuros amores (con todas sus consecuencias fisiológicas y morbosas) de aquella mujer graciosa y bella en el siglo XVIII, horrible y repugnante hacia mediados del XIX.

«Francisca Garrido» decía la papeleta; *Soy de Andrés de la*

Cruz, el primer tatuaje, seguido de un corazón bermellón atravesado por dos flechas; debajo, en negro, *Soy de Paco Fuertes, año 1790*, y un falo azul; después, *Perico Garzón*. Y así continuaban por ambos brazos rótulos y signos.

Separé y desequé aquellos pellejos, para conservarlos; hícelo con tan mal arte, que se coarrugaron y ennegrecieron al secarse, borrándose la epigrafía amorosa.

XXVII

* El maestro mundo.

Aparte de los profesores oficiales y de mis condiscípulos, ya estará convencido el paciente lector de que fueron maestros míos: la propia Naturaleza, una mona, una cigüeña, un perro, un cuervo, el campo y otros doctores extraños en quienes nadie podría pensar.

Pero, lo de «conocer el *mundo*, tener *mundo*» y demás frases por el estilo que andan en boca de todos, eso presupone que este enemigo del alma debe y tiene que ser un gran maestro.

El que nace favorecido por la Fortuna, carece de los beneficios suministrados por este supremo pedagogo.

El que nace en oscura condición, dentro de estrecho círculo de necesidades y aspiraciones, tampoco aprende gran cosa de lo que se llama *mundo*.

Los primeros, como los últimos, por opuestas causas, no pueden desenvolver sus facultades de observación: están lejos de sentir el acicate de necesidades insatisfechas; los unos porque gozan de todo sin trabajo, sin esfuerzo propio; los otros, porque con vegetar les basta.

El *mundo* no ejerce sus funciones pedagógicas sino con los que caen y pugnan por levantarse: para con la clase media en general, que tiene un pie en los abismos sociales y otro pie en las alturas de la ambición; o para con los que un tiempo próspero

mudó por otro adverso, teniendo así que conocer diversidad de gentes y lugares, sentir las espinas de las adversidades y las desilusiones, los desengaños, percatándose de lo que los afectos tienen de permanente y de tornadizo, de lo que debe esperarse de la amistad, de lo que se le puede exigir a ésta en cada caso y circunstancia, de lo que vale saber y lo que conviene ignorar o aparentar al menos que se ignora, de cuál es el temple individual de cada carácter y de qué manera nos debemos conducir para no provocar las malas inclinaciones y facilitar las buenas, tanto en nosotros mismos, como en las personas con las cuales necesitemos temporal o constantemente estar en relaciones.

El *mundo* no se desenvuelve como maestro sino a expensas de cierto poder de observación y cierta dosis de indulgencia.

Bien se puede ser gran observador, que como el espíritu no esté dispuesto a perdonar, el *mundo* nada nos enseñaría; convirtiéndose en mera causa de enfermedad moral, en causa de manía melancólica, hipocondría y tedioso pesimismo.

La práctica de observar cosas y personas, cuando se une a un espíritu indulgente, no sólo enseña, sino que las más de las veces alegra y aun hace reir. ¡Con cuánta frecuencia vense en los sabios insignes necedades, en los al parecer estultos admirable tino, en los virtuosos pequeñeces y miserias, en los criminales rasgos casi sublimes; y sin que por eso los sabios dejen de ser sabios, los estultos estultos, y criminales los criminales!

Este conocimiento del *mundo* suple muchas ignorancias, y sólo él da la pauta del arte de la vida social. Llega en algunos espíritus estrechos a un límite bien bajo, haciéndolos meramente *vividores;* quiere decir, que aprovechan su saber para reducirlo a un mezquino egoísmo o arte de medrar. Llega en otros a más nobles esferas, y sólo entonces el *mundo* viene a ser el *supremo maestro*.

Sentadas estas premisas, sigamos con los principales factores de mi *mundo* en la edad verdaderamente crítica en que me hallaba por los años del 1844 hasta el 1850.

XXVIII

* Don Francisco Sánchez del Arco.

Mi conocimiento con dicho señor, ya saben les lectores cómo fue. Ahora debo añadir que, por las singularidades de su persona y carácter, atrayéndose fuertemente mi atención, él consiguió fijarla al impulsarme a observarle, convirtiendo así una facultad inconsciente en un hábito desenvuelto y determinado de estudiar a las personas; lo cual, dicho sea de paso, no ha impedido que a veces cayera en errores de apreciación.

Hay palabras cuyo valor es de circunstancias; pasado el tiempo, casi pierden su significación primitiva o total, dicen otra cosa o nada.

Así, *bullanguero:* hoy por hoy sólo dará la idea de un hombre que brilla, que mete ruido. En los tiempos a que nos referimos, caracterizaba a los exaltados de baja estofa que, no teniendo arraigo ni cosa que perder, gritaban y se agitaban por hábito, dando vivas y mueras en las esquinas en toda ocasión, en las plazas públicas en época de pronunciamientos, y que llegado el triunfo calmaban sus afanes haciendo a las bandas militares tocar el himno de Riego.

De esta ya extinguida clase humilde de políticos de antaño surgieron D. Francisco Sánchez del Arco, D. Luis González Brabo y otras personas que llegaron a ser más o menos honradas y más o menos ilustres.

Sánchez del Arco tenía su mesnada patriótica en una barbería de la plaza de Santo Domingo. El maestro miraba a don Francisco como a un sér superior. La tienda era casino de milicianos desarmados, de cesantes y de algún parroquiano progresista. De este núcleo disponía y era cabeza D. Francisco.

Además, como sabemos, se hizo redactor de *El Nacional*, periódico local, cuya suscripción apenas daba para el papel y

la imprenta. Por tanto, nada pagaba a los redactores; éranlo, pues, por amor al arte y a las ideas, D. José Pereira y nuestro Sánchez del Arco.

El primero se describe con decir que parecía el reverso de la medalla del segundo.

Joven, abogado, medio poeta y medio literato, tímido, comedido, afable, satisfecho con la medianía de su casa. Tipo de lo que entonces llamaban los moderados *la juventud dorada*, por una de esas dislocaciones tan frecuentes en España, ejercía de *progresista,* cuando su naturaleza real debiera llevarle al bando opuesto.

Pero hacía tal religión de sus ideas, que hombre más consecuente no lo he visto jamás. Vivió y murió (mucho después de la República) siendo progresista y redactor sin sueldo de periódicos progresistas, sin haber solicitado ni obtenido puesto alguno retribuído ni honorífico. Y siempre tan contento y tan satisfecho, sin que la envidia o la ambición jamás turbaran su sueño.

¡Oh inocente y buenísimo Pereira, modelo de patriotas desinteresados y humildes! ¡Cuánto más vale tu oscura memoria que las de tantos otros, más ruidosas!

Quizá por el mismo contraste de los caracteres, Pereira y Sánchez del Arco vivían en una paz octaviana. El primero se entretenía en escribir artículos doctrinales, más o menos anodinos; el segundo se ufanaba en la polémica ardiente, en las notas aceradas y en todo lo que fuese batallar.

Una vez amigo de entrambos, también solía yo meter mi cuarto a espadas, por el honor, si no de redactor, al menos de sotaescritor; y, en efecto, escribí alguno que otro articulejo rimbombante, del género declamatorio, zurcido con lugares comunes.

Con esto del periodismo, con las nuevas de las conspiraciones, con las esperanzas de algún comandante o capitán separado del servicio, o con la palabra formal de un sargento en activo de *sacar* su compañía, pasábamos el tiempo gratamente

y sin sentirlo la redacción, los tertulios y los parroquianos del barbero.

Sánchez del Arco no tenía entonces más instrucción que la indispensable para el desempeño de la Secretaría de Conil; pero tenía talento, viveza, travesura y, sobre todo, una energía voluntariosa e irresistible, de hombre chiquitín.

Toda su instrucción literaria reducíase al Brocense y Hermosilla; aula y libro, fuera de éstos, no conocía ninguno. Por lecturas, el *Quijote;* y eso sí, todo el teatro de Calderón, parte del de Lope de Vega, algo de Tirso y de Alarcón. Estas comedias, de ediciones antiguas en forma de cuadernos, juntamente con la ley de Ayuntamientos, constituían su biblioteca, apilada en varias sillas de la casa.

Por Calderón se dió a hacer versos; por el Brocense y Hermosilla, a cobrar el barato entre cómicos y autores de comedias, haciéndose temer desde las columnas de *El Nacional,* y logrando que por conseguir su benevolencia crítica le bailaran el agua delante. De este modo, aun roto, despeinado y sucio, se abrió camino en Cádiz, ¡todo exterioridad y pulcritud!

Por las tardes iba a buscarle a su casa. Tomábamos café en el del Comercio; y luego íbamos al Balón, colándonos de gorra por derecho propio como redactores de un periódico, y departíamos acerca de política y de mil cosas diferentes.

Algunas tardes me leía a Calderón, el cual unas veces me agradaba y otras me hacía bostezar (principalmente en los autos sacramentales). Otras tardes leía sus propios versos (que yo le celebraba); al fin llegó a hacer alguna mala comedia, como *Urganda la desconocida,* que le celebré también, y alguna pieza del género andaluz bastante regular, como *¡Es la Chachi!,* que le aplaudí a rabiar.

En los oficios de periodista y literato para nada entraba el lucro, ni menos se preocupaba él de cosa tan insignificante. Jamás se le pasó por las mientes el pan nuestro de cada día. Su mujer, que era una mujer excelente, y una hermana de don

Francisco que con ellos vivía, cose que te cose, allá se las arreglaban; el caso es que ponían sus sopas y el puchero.

Sánchez del Arco carecía de toda necesidad; tenía dos hijos chiquitines, que consumían poco; y él, cuando le llamaban para comer, iba como a lavarse la cara. Ni se sentaba: en pie, tres cucharadas, un racimo de uvas, y vuelta a leerme Calderón.

Lo mismo salía a la calle con los zapatos rotos que si los acabara de sacar de la tienda; y en funciones de político, como en funciones literarias, lo mismo trataba de igual a igual o por encima del hombro al literato más afiligranado que al propietario progresista o al contrabandista comerciante más fastuoso y cacique de partido. Esta su condición es la que más me enamoraba.

Realmente, Sánchez del Arco no era orgulloso; pero tenía una estimación de sí mismo algo altanera de pellejo adentro, y un menosprecio natural, absoluto y no afectado hacia todo lo que caía de pellejo afuera.

Andando el tiempo, vino a ganar algo; moneda que, acto seguido de recibida, como si le pesase, la entregaba a su mujer. Ella cuidaba de adecentarlo, y al fin se presentó aseado y regularmente vestido. Todas sus exigencias se reducían, cuando estaba en auge, a pedir a su señora un real para café; ni fumaba, ni le conocí devaneo. Prácticamente, es difícil encontrar una persona de mejores costumbres. Teóricamente, es imposible oir nada tan extravagantemente subversivo.

Carecía de afectos, desconocía el amor. Por este lado lo más que se alcanzaba era su consideración, pero a título de no contradecirle ni oponérsele; esto no lo sufría de nadie. Consideraba a su mujer, miraba con indiferencia a sus hijos; consideraba algo a Pereira; un poco más a mí, aunque sólo era un mozalbete; algo más a Adolfo de Castro, porque, siendo éste un erudito notable, le concedía todo en todo y hasta en opiniones, así políticas como literarias.

Complacíame hombrearme con Sánchez y con Castro, que

me parecían dos personas de pro; y que, en efecto, lo eran por diversos modos.

Paseábamos juntos los ratos de vagar, cuidando yo de atender a lo que hablaban y de hablar poco, para no descubrir la hilaza de mi supina ignorancia. La verdad era que Sánchez del Arco estaba a la sazón, sobre poco más o menos, a la altura de mis conocimientos; pero barajaba su Brocense y sus comedias del teatro antiguo con tal aire de perito delante de Castro, que éste casi le concedía autoridad. Por mi parte, abría un palmo de boca cuando Adolfo hacía sus excursiones por los campos de la Bibliografía, que era a cada momento; encontrando en su instrucción e inteligencia muchos puntos de contacto con Imperial Iguino, sólo que el último no hacía profesión de bibliófilo como el primero.

Me causaba sonrojo comparar tanto saber suyo con tanto ignorar mío. Con Iguino podía tenérmelas tiesas; que, en el fondo de las asignaturas, si él entraba por una puerta, entraba yo por otra, y ¡santas pascuas!

Pero oir hablar a Castro de los libros de San Isidoro, del poema del *mío Cid*, de los falsos cronicones, del *Arte de los ingenios*, de las obras de Herodoto, de las ediciones del *Quijote*, de la colección que tenía reunida de éstas y de los libros de Caballería, en fin, de todo un catálogo que a modo de biblioteca llevaba en la mollera, eso causábame vergüenza, por no tener ni la más remota idea de tales cosas. Sánchez del Arco las oía indiferente, cual si le fuesen cosas conocidas.

Como Castro se pasaba la mayor parte del día revolviendo baratillos y puestos de libros viejos, raro era el en que no nos anunciara alguna nueva adquisición.

Cierto día nos mostró, ufano, un manuscrito que decía ser el *Buscapié* de Cervantes. No parecía sino que descubriera el Nuevo Mundo. Nos convocó con otros amigos a una solemne lectura del precioso hallazgo. Concurrimos a su casa para el efecto; y todos aprobamos, yo inclusive, que aquello no podía ser de otra pluma sino de la del mismísimo Cervantes.

A decir verdad, para mi capote, aquel fasciculillo manuscrito me pareció sin gracia ni sustancia. Que no era superchería ni invención de Castro, teníalo y lo tengo por seguro. Ahora, eso de que fuese o no de Cervantes, ¿qué se yo?; a pesar de las muecas que, unidas a las de más respetables concurrentes, hice en señal de calurosa afirmación.

Mucho habría aprendido de la sociedad de Adolfo, si en la escuela no me hubiesen imbuído la endiablada idea de que es un delito inconfesable el ignorar.

—¿Qué es tal cosa?—me preguntaban.

Y como no la supiera de corrido, en vez de decirme: «Pues mire usted, es esto y aquello» (con lo cual bastaba para quedar enterado), venían los apóstrofes de «*¡Bruto, animal!*» y otros halagos semejantes.

Con esto, la ignorancia viene a imponer el disimulo de tan feo pecado, y lleva a la farsa ridícula de aparentar saber y aun emitir opinión sobre aquello que precisamente se ignora, colocándonos en el más miserable caso ante nuestra propia conciencia.

Y gracias, gracias si en esta lucha el amor propio no vence a la conciencia, quedando convertidos en uno de esos fatuos e ignorantes impenitentes que tapan sus desnudeces con la inflación de la vanidad.

Mucho de historia, de literatura y de bibliografía hubiera podido aprender entonces, con sólo preguntar a Adolfo honesta y llanamente tantas cosas como yo ignoraba y él sabía.

De todos modos, algo se me pegó al oído, algunas ideas tomé al vuelo, algún libro viejo rebusqué en los baratillos y leí en casa: entre otros, ciertos tomos incompletos de nuestro gran enciclopedista Feijóo, las *Empresas políticas* de Fajardo (de cuyo gallardísimo estilo quedé prendado y procuré imitarlo), la *Historia de España* por Mariana, las *Guerras civiles de Granada*, algunos escritos de Mayans y Síscar, una admirable y olvidada traducción de la *Vida de Cicerón;* leí a Quintiliano, también la colección del *Semanario erudito* de Villarroel, las

obras en prosa de Quevedo, las *Novelas ejemplares* de Cervantes, las *Noches lúgubres* de Cadalso, *El Lazarillo de Tormes*, *El Escudero Marcos de Obregón*, las obras militares del Marqués de Santa Cruz, el Dioscórides traducido por Laguna, algo de la *Enciclopedia* francesa, la *Moral universal* de no recuerdo quién, libros más o menos viejos y más o menos sustanciosos.

Castro, no obstante su erudición, en el trato era pueril. Sánchez del Arco, más maduro, cogiendo las cosas al vuelo, debía de leer y estudiar a solas, porque adelantó mucho en poco tiempo; no llegó a erudito, pero salvó la barrera de la ignorancia, creciendo con esto en audacia y travesura. Nunca rindió parias a ninguno. Sólo con una persona le pude ver casi humilde y casi cortesano: fue tal persona un viejecillo atrabiliario, que reapareció por Cádiz accidentalmente aquellos días. Llamábase...

XXIX

* D. Bartolomé Gallardo.

Conocíalo de nombre. Lo primero, por un librejillo de poca más lectura que la Doctrina cristiana, con el cual topé de niño entre los libros de D. Ramón de Torres: el *Diccionario crítico-burlesco*, impreso desventurado, de cuyas primeras páginas no pude pasar, según me pareció de insulso y contrahecho.

—¡Aquí está D. Bartolomé Gallardo!—nos dijo un día Adolfo, como quien comunica una importante nueva.

—¿D. Bartolomé?—exclamó del Arco.—¿Usted le trata?

—¡Vaya si lo trato! No le conozco personalmente, pero sigo frecuente correspondencia con él sobre asuntos literarios. ¡Ah, es el primer bibliófilo del mundo!

—Ya, ya lo sé—dijo Sánchez;—conozco su *Diccionario crítico*, el libro más gracioso y mejor escrito que se ha publicado en nuestra lengua. Deseo que usted me presente a él; quiero conocerle y tratarle.

—Pues, ahora mismo; sé dónde vive. La última vez que estuvo en Cádiz fue cuando vino de la emigración, y paró en casa de Luna. Pero, tronó con Tomás, y ahora pára en una casa de pupilos. ¿No sabe usted cómo fue el trueno?

—No—dijo Sánchez.

—Pues, una cosa como suya, graciosísima. ¡Como suya! Usted sabrá que el padre de Tomás era un rico comerciante liberalísimo: al revés de su hijo, que es la quinta esencia de los moderados más pacatos. Pues bien, D. Tomás (el viejo) protegió mucho a Gallardo. Le tuvo en su casa a mesa y mantel; dábale cuanto dinero necesitaba para sus gastos; y, para hacerle esos favores delicadamente, le suplicó que fuese el preceptor literario de Tomasito, jovenzuelo entonces. Vino lo del año 23, y Gallardo y Luna su protector tuvieron que salir a uña de caballo; Luna murió después, y Gallardo siguió en la emigración. Pero, publícase la amnistía de Cristina; y como Gallardo la última casa que habitara en España fue la de Luna, a casa de Luna se vino tan campante; sin tener en cuenta que Luna había muerto, y que la viuda era una señora beata que nunca miró con buenos ojos a Gallardo, soportándolo a regañadientes por mero respeto y amor a su marido. Pero nada, nada de esto se le ocurrió a D. Bartolomé; y del muelle a casa de Luna se fué, donde se metió de rondón con su equipaje. Ni qué decir tiene la cara de la vieja y la cara de Tomás al ver entrárseles por las puertas, sin aviso ni noticia, a don Bartolo. Él, como en país conquistado, comenzó a mandar a los sirvientes; y en la misma habitación que antes ocupara, allí se instaló, tirando los trebejos que le estorbaran, con sus modos y humor de todos los diablos. La viuda y su hijo, cohibidos, nada se atrevieron a decirle; y así quedaron las cosas. Pero D. Bartolo, que ya no tenía que guardar respetos al viejo Luna, por difunto, convirtióse en tirano de la casa; y, lo que fue peor, tomábase licencias con las criadas, y llevaba y traía algunas amigas a su habitación. Después de muchas ansias, la señora, que había consultado como caso de conciencia

al confesor, fue estrechada por éste para que pusiese a Gallardo de patitas en la calle. Pero, ¿quién le ponía el cascabel al gato? La señora temía a D. Bartolomé como a una espada desnuda; y desde el día en que pisó la casa, se lo pasaba encerrada en su habitación, sin atreverse a salir. Tomasito, aunque ya hombre granado, con su timidez, su moderantismo y su filosofía, no sólo carecía de fuerza moral para el lance, sino que, tratado como un doctrino por D. Bartolo, temía (y no sin fundamento) que éste le arrojara por el balcón. Fuéronse entonces con el expediente al cura, suplicándole que él, en nombre de madre e hijo, se encargase de notificar el desahucio; pero el cura dijo «¡nones!», que ellos y sólo ellos lo habían de hacer. Por fin, discurre que te discurre, ocurriósele a Tomás una idea feliz y propia de su filosofía (1). Escribió una carta muy respetuosa y muy untada de jabón para que se le deslizara suavemente, pero que en el fondo venía a decir: «que muerto su señor padre, las circunstancias habían variado; que su señora madre, anciana y enferma, no podía tener huéspedes; que sus preocupaciones religiosas la mantenían en una alarma peligrosa para su vida; que él, entre el amor de su madre y el respeto a su maestro, se hallaba en un conflicto; y que, como no tenía valor para arrostrarlo, le suplicaba, pidiéndole mil perdones, que tomase habitación, que él mismo le proporcionaría, donde pudiera estar tan cómodamente y con mayor libertad. Que, si no aceptaba el ruego y el ofrecimiento que le hacía, tenía decidido salvar el conflicto saliendo él mismo de su casa, para huir las quejas y amonestaciones de su señora madre.» Esta carta púsola Tomás bajo un sobre en la carpeta de D. Bartolomé, aprovechando un momento de su ausencia. Cuando de allí a poco volvió éste a la habitación y vió la es-

(1) D. Tomás de Luna fue el jefe principal y la Iglesia toda de los filósofos eclécticos que en España dieron los fundamentos de la doctrina del *justo medio*; se pasó la vida dando lecciones públicas de Filosofía. Le oí varias: era un espíritu estudioso, desinteresado y benigno.

quela de Tomás, rompió el sobre, la leyó, tomó la pluma y escribió debajo:

Don Tomás:
si te vas,
tonto menos;
si te quedas,
tonto más,
Don Tomás.

—¡Ga, ga, ga!—prorrumpió Sánchez (1).

—¡Ji, ji, ji!—siguió Adolfo, riéndose de la gracia de su propio relato.

Yo no pude reirme.

—¡Vamos a casa de D. Bartolomé!

—¡Vamos!

Y les dejé ir.

En la visita, debieron de quedar citados mis amigos con Gallardo; porque, a la tarde siguiente, estando nosotros en el cafe, entró Gallardo, dirigiéndose a nuestra mesa. Desde que lo divisaron, se pusieron en pie Sánchez y Adolfo, adelantándose a recibirle y ofreciéndole cada uno su respectiva silla.

Entonces conocí al personaje: un viejecillo con cara avinagrada y de color de aceituna, grave, flaco, con cierto aire de superioridad y protección.

Me chocó desde luego, más que el viejo, la actitud de Sánchez. Por primera vez, lo vi despojado de su aire de taco y osadía; antes bien, afectaba una atención entre respetuosa y humilde para con el vejete. Éste saludó de medio cuello, y no quiso sentarse, con lo que todos nos pusimos en pie; él volvió la espalda, dirigiéndose a la puerta de salida. Mis amigos le siguieron, y yo también, sin decir nadie una palabra.

Ya en la calle, dándole la acera, le preguntaron:

—¿Cómo está usted, Sr. D. Bartolomé?

(1) Sánchez del Arco no reía nunca: afectaba reirse. Y, como risa fingida, no salía, naturalmente, de su sitio, sino de la parte más posterior de la faringe; así, no reía sobre el sonido de la *jota*, sino sobre el de la *gue*.

—Psi, ¿cómo he de estar? Viejo y trabajado.

—Pero, de seguro que traerá usted algo entre manos.

—Psi, las aficiones siempre quedan.

Es de advertir que todas las obras juntas del laborioso don Bartolo no harían cuatro libras de lentejas.

Pero, en fin, como las cosas no se aprecian principalmente por la cantidad, sino por la calidad, procuré aquellos días leer sus escritos. Pregunté en varias librerías, inútilmente. Pregunté a Sánchez del Arco, y sólo me dió noticias del *Diccionario crítico;* y, o mucho me equivoco, o me parece que lo había visto aún menos que yo. Yo, al menos, lo había tenido en la mano.

En esto llegamos a la Plaza de San Agustín; D. Bartolo entró en una librería, que, si no recuerdo mal, se llamaba de Moraleda. Apenas abocó en la tienda, salió una exclamación de varias bocas:

—¡Hola, Sr. D. Bartolomé! ¡Tánto bueno por estas tierras!

Y todos se apresuraron a achucharle, mientras el librero, detenido por el mostrador, alargaba el cuerpo y el brazo como para satisfacer pronto el deseo de estrecharle la mano. Mi vejete, grave y serio, se dejaba felicitar como si se lo tuviera de sobra merecido, dignándose contestar con movimientos de cabeza. Luego, dirigiéndose al librero, le dijo:

—¿Ha caído por ahi algo importante?

—No, señor; las ediciones antiguas son cada vez más raras. Un Sorapán de Rieros debo tener por ahí.

—De ese libro, que pasa por raro, no hay coleccionista que no tenga un ejemplar.

Entre las tres o cuatro personas que se hallaban de tertulia en la librería, el que más aspavientos hizo a D. Bartolo fue un viejo, mediano de cuerpo y regordete, colorado como cangrejo cocido; tomó la palabra, y se puso a disertar sobre los libros raros y los incunables. Debió de parecerle desacato a D. Bartolomé que así se tomase la palabra delante de él sobre una materia en que sólo él y nadie más que él se consideraba

competente, y cortando la palabra al locutor, le interrumpió de esta manera:

—Extrañábame yo, Sr. D. Diego Delgado y Pazos, de que no saltara usted con sus sandeces. ¿Somos niños de la escuela, para que nos venga usted a enseñar el abecedario de Brunet?

El vejete gordo saltó cual un sapo hinchado de ira, y metiéndole los puños por los ojos, increpó a D. Bartolomé de este modo:

—Y extrañárame yo, seor cuartero de viejos libros, de que los años no le parasen la insolencia.

—Más le extraña al hijo de mi madre ver al leguleyo, sin que los años le corrijan de su ingénita pedancia.

—*¡Pedancia, pedancia!*—exclamó el otro.—¿De dónde ha sacado el prosista esa palabra?

—De todas partes donde reina el habla castellana—dijo Gallardo.

Y arrojándose a D. Diego con las manos en garra, le derribó el sombrero, juntamente con la peluca. Don Diego contestó a puñadas, y tuvimos que intervenir para separarlos.

Cuatro o cinco días tan sólo permaneció en Cádiz aquel singularísimo personaje. ¡No me dió poco en qué pensar!

¿Qué es la fama, y por qué se alcanza? ¿Cómo tantos, tan buenos y fecundos escritores yacen en el olvido? ¿Y por qué tipos de tan mal carácter y dudosos méritos cual el atrabiliario y vanidoso D. Bartolo, adquieren y mantienen larga fama y gran consideración?

Problemas son éstos que sólo pueden resolverse por el estudio del mundo y de las gentes. ¡Cuántas y cuántas veces en el curso de la vida he podido observar esas aberraciones aparentes que acabo de referir!

¡Hay tanto que observar en la materia del relato, que no acabaría nunca si me parase en el análisis!

Los bibliófilos, en general, se convierten en soberbios por virtud del mismo oficio. El que ejercita su cerebro en conocer libros y autores de todas las materias, adquiere un concepto

exagerado de su propio saber, considérase un portento; y de aquí nace una especial vanidad, intolerancia y soberbia, que, apoderándose de ellos, los convierte en una clase de enajenados, mitad maníacos y mitad ridículos.

Contribuye al arraigo y progreso del daño el público en general, y principalmente los doctos, quienes, por opuestas causas, fomentan con la adulación las pobres pasiones del enfermo moral.

El público, porque comúnmente ignaro, no puede menos de admirar a esos hombres que hablan de tantas cosas y que barajan los nombres de los sabios todos del mundo y sus edades todas, cual si bebieran con ellos en el mismo jarro.

Los doctos... por miedo. ¿Por miedo? Sí, por miedo; y allá va la explicación. A los bibliófilos, su propia vanidad los hace intolerantes. Se atiborran la mollera de lectura y no les queda en los sesos ningún recobeco donde discurrir. Impotentes para la producción fecunda de obras propias, échanse a criticar las ajenas; resultando, no críticos desapasionados y justos, sino apasionados, malignos, mordaces y casi libelistas. Echanse a críticos, y desuellan a todo escritor y a todo aquel que produce alguna cosa. Si éste les cobra miedo, procura librarse de sus mordiscos a fuerza de adulación y halago, para ver si así los atraen, si alcanzan su amistad, y con ella su indulgencia.

Sin embargo, la táctica es ineficaz; por el contrario, tales adulaciones acrecientan más y más las vanidades del bibliómano criticastro, irritan su inconfesable esterilidad y le azuzan, cuando llega el caso, contra el adulador mismo, como éste valga algo y publique alguna cosa. Dígalo, si no, aquel Adolfo Castro, a quien algo después enderezó D. Bartolo su «*A Zapatilla, zapatazo, y a su falso Buscapié, un puntillazo*».

Pues bien; Sánchez del Arco, el hombre más atrevido, el más osado quizá que conocí en toda mi vida, convertíase en gelatina en presencia de Gallardo. Y es que Sánchez... escribía comedias.

Después ya me he explicado muchas cosas raras, de natu-

raleza análoga. Por ejemplo, un personaje que adula a un cómico y se arrastra ante él, para que le ponga en escena un sainete; un ministro que pasa la mano por el lomo a un pobre gacetillero, etc.

XXX

* Abismos del corazón.

Nadie más claro y transparente que Adolfo; no era preciso sondearlo. A mis ojos, su personalidad y su saber aparecían como un lago alpestre: grande, pero tan cristalino, que por todas partes permitía ver hasta los más pequeños guijos de su fondo. Con carácter más arriscado el suyo, hubiera ido a parar en bibliómano, más o menos *abartolado;* de voluntad débil, asomaba las puntas, y como blandas que eran, no pinchaban.

Sánchez del Arco, en cambio, era un abismo cuyo fondo ni él conocía ni lo podía conocer. ¡Cuántas extrañas condiciones, qué mezcla de cosas incongruentes, qué grandes y qué pequeñas facultades!

Carecía de todo principio moral, y la mayor parte de sus costumbres eran morales; carecía de toda ambición, y no consentía ni reconocía superioridad en nadie; sin ser valiente ni pretenderlo, por amor propio resultaba osado, temerario.

No es que despreciara las riquezas y bienes materiales, era que desconocía en absoluto su necesidad; de ahí procedía una procacidad inaudita.

Enemigo, éralo sañudo. Amigo, lo era tibio. Ya he dicho de él que no sentía el amor.

De todas las facultades, la que estimaba en más, por la que más se ufanaba y de la que tenía cierta vanidad, era la travesura. Deleitábase en discurrir el modo de echar la zancadilla a un enemigo; quizá por eso le complacía tenerlos. En las luchas políticas, muchas veces se le vió solo; entonces se le veía más contento, desplegar mayores energías. Ocasiones hubo en que

hasta el barbero y su tertulia, hasta el propio hermano suyo, le fueron contrarios. Con esto, peleó él solo contra moderados y progresistas, contra todo el mundo; y venció y se impuso.

Llegó a jefe de partido en la provincia, fue Diputado a Cortes en las Constituyentes del 54. No pidió nada, ni quiso nada; por no tener ambición, ni aun la de hacerse notar.

Murió de singular manera, y en consonancia con su carácter. Burlábase de la Patria. Como no amaba, no entendía esta idea; afirmaba que la Patria era un falso ente de razón, como Dios y otras ficciones imaginativas. Y, sin embargo, era patriota, según se puede ver.

Llegó la guerra de Africa; sin ser militar ni tener maldita la obligación, al Africa se fué, sin cuidarse de nada, y menos de su persona.

En Ceuta, dispuesto a seguir a un Cuerpo de Ejército, echó de ver que no tenía dinero. Quedóse dos días sin comer, y no se le ocurrió pedírselo a amigo o conocido. Le acometió el cólera; cuando no pudo andar, se echó en el suelo. Moribundo lo recogieron y trasladaron al hospital; y allí finó mi amigo.

Mi amigo, sí, y maestro. ¡Cuánto aprendí en su estudio!

No fue nada. ¡Qué dolor!

Si hubiera amado... ¡qué grande hombre!

(*Continuará.*) FEDERICO RUBIO

DE LA INFLUENCIA EJERCIDA POR LA EMIGRACION JUDÍA

DE ESPAÑA Y PORTUGAL

EN EL DESENVOLVIMIENTO ECONÓMICO DEL GLOBO

A la memoria de mi inolvidable amigo D. José Ojea, devotamente dedico este estudio.

La falta de datos estadísticos hace difícil precisar con exactitud el grado de influencia que la actividad y el genio del pueblo judío ha ejercido en el desarrollo económico del mundo.

Antes de su emancipación política, verificada el año 1845 en la Europa central, y la abolición de las leyes restrictivas, la gran masa de los comerciantes hebreos, castigados y perseguidos por la Administración, veíanse obligados a desarrollar sus obras y trabajos de un modo subrepticio y furtivo, cual si fueran contrabandistas.

Las estadísticas oficiales de la Municipalidad de Viena no registran en el año 1845 más que 65 habitantes israelitas, cuando su número era ya en 1840 de 12 a 15.000, según los registros de la comunidad hebrea, siendo dueños de toda la importante industria textil, así como de la mayor parte de las casas de comercio de las principales arterias de la capital de Austria.

Sin embargo, a pesar de su poca difusión y de la proporción escasa que esta raza representa en la población de las di-

versas naciones, los economistas están unánimes en atribuir a la nación judía un papel importante en la producción de la riqueza mundial. Esta opinión está confirmada por la prosperidad económica de todos los países que, a ejemplo de Francia en 1889, han sabido sustraerse a los prejuicios de la Edad Media, aboliendo las leyes de restricción dictadas contra sus conciudadanos judíos.

La situación social de éstos en cada país puede considerarse como el termómetro que marca su grado de progreso y civilización. Es precisamente en las naciones más civilizadas y prósperas donde la raza judía goza de la igualdad social más completa; mientras que en los países más atrasados, como Rusia y Rumanía, donde el hebreo es todavía víctima de una opresión sistemática, se nota un retraso marcadísimo en el progreso industrial y comercial. De ahí, en Rusia, y más todavía en las regiones prohibidas a los judíos, grandes períodos de hambre y de miseria general.

En España se encuentra un ejemplo típico que demuestra la anterior aserción. La vieja ciudad de Toledo era, antes de la expulsión de los judíos, uno de los centros industriales más importantes de Castilla, poseyendo más de 200.000 almas, y una de las más prósperas colonias judías. Hoy está relegada al estado de ciudad secundaria, con 20.000 habitantes, muerta y reducida a una especie de museo o cementerio histórico.

En este estudio nos proponemos examinar el alcance económico que ha tenido en el siglo XVI el destierro de la raza israelita de los reinos de España y Portugal.

Es un hecho conocido por todos los historiadores, que en el curso del siglo XVI la actividad económica ha emigrado de los países del Sur, dirigiéndose hacia los del Norte. Al impulso vertiginoso del desenvolvimiento comercial operado en esta centuria en los países septentrionales, Bélgica y Holanda en primer lugar, y luego Francia, Inglaterra y las ciudades libres del Norte de Alemania (Hamburgo y Francfort), se han visto decrecer los centros económicos de España.

Este movimiento ha sido de tal importancia, que los sabios y hombres de Estado del siglo XVII se impresionaron, y atribuyendo esta evolución a una más perfecta organización económica y política, dedicaron sus esfuerzos a seguir los procedimientos comerciales e industriales del pequeño país de Holanda, imitándolo hasta en su sistema de comercio ultramarino y en su política de conquistas coloniales.

Los economistas modernos, intentando explicar este éxodo económico del siglo XVI, han creído ver en él, desde luego, la influencia preponderante del descubrimiento de América y camino marítimo de la India.

Pero el gran sociólogo alemán Sombard, refutando estos argumentos, ha dicho, y con razón, que el descubrimiento del Nuevo Mundo, precisamente debido al genio de los españoles, portugueses e italianos, sus primeros colonizadores, debería al contrario haber acrecido el tráfico comercial e industrial de estos últimos países.

No se puede igualmente admitir una explicación de orden político, atribuyendo estos cambios económicos a la consolidación de los poderes del Norte. En efecto, ¿no ha alcanzado España, bajo Felipe II, el apogeo de su poder? ¿No ha ocurrido lo mismo en la república de Venecia?

Y, ¿cómo explicar el abatimiento económico de estos grandes poderes, en relación al estado floreciente de algunas ciudades diseminadas en una nación como Alemania, desgarrada y dividida sin ninguna base de protección política?

Por esto Sombard, rechazando suposiciones inverosímiles, no vacila en derivar de la emigración judía de España y Portugal la evolución económica de los siglos XV y XVI.

La estrecha correlación de ambos acontecimientos históricos, aparece con tal evidencia cuanto más se los considera, que resulta pasmoso que los historiadores no hayan notado más pronto esta verdad, y puéstola de relieve.

***

En el transcurso de los siglos XV y XVI, mientras Colón descubre América y Vasco de Gama el camino marítimo de las Indias orientales, los judíos españoles e italianos, víctimas de la intolerancia religiosa, expulsados y perseguidos, emigran a Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y el Norte de Alemania. Este movimiento, parcial al principio, se generaliza poco a poco, después que los judíos *marannes*, que habían podido quedarse en España y Portugal, pasado el año 1492, abrazando oficialmente la religión católica, tuvieron a su vez que abandonar su país de origen, donde los excesos del fanatismo religioso de la Inquisición les había hecho la vida imposible.

La última fase de la emigración judía, ocurrida a fines del siglo XVI, coincide precisamente con la decadencia económica de los pueblos ibéricos, que tuvieron hasta entonces la supremacía del comercio del globo.

Siguiendo paso a paso a estos judíos errantes en su penoso calvario, *se ve* que en ellos parece ir el germen de la prosperidad económica a los países en que se establecen.

«El pueblo judío—dice Sombard—es como el astro bienhechor; genera la vida y la prosperidad allí donde aparece: todo lo que ha florecido, púdrese allí donde no existe más!!»

La decadencia económica como consecuencia de la expulsión de los hebreos, no ocurre sólo en la Península ibérica; este mismo hecho se registra también en otros países.

Así, cuando en el siglo XV son expulsados los israelitas de las ciudades de Colonia, Ausburgo, Estrasburgo, Erfurt, Nuremberg, Ulm y otras, se inicia en ellas una profunda declinación de sus centros mercantiles.

En Italia se registra el mismo resultado en el siglo XVI, tras la expulsión de los judíos de Nápoles, Génova, Venecia y las islas de Sicilia.

En cambio, allí donde los judíos expatriados se establecen, florece como por encanto la prosperidad y el bienestar.

Una de las ciudades de Italia que se ha librado de la decadencia general ha sido Liorna, gracias a haber sido lugar de

refugio de una importante colonia de hebreos emigrados de España.

Los centros importantes de Alemania, Hamburgo y Francfort, debido también a una importante inmigración judía, han presenciado en esta época el comienzo de una era de riqueza, en la que se establecen relaciones comerciales importantes con la ciudad de Amsterdam, donde, como es sabido, existía ya un grueso núcleo de judíos españoles.

La acogida benévola que esta ciudad prestó a los israelitas procedentes de España y Portugal, la colocó súbitamente a la cabeza del tráfico comercial del globo en el siglo XVI, y ha motivado que en los anales israelitas figure con el nombre sagrado de «Nueva Jerusalem».

En la ciudad de Amberes se registran fenómenos económicos semejantes: después de la inmigración judía de fines del siglo XV, se ve que su comercio adquiere un gran desarrollo, el cual decrece tan pronto como el rey de España la obliga a expulsar de su seno a los hebreos. El corto período de su florecimiento corresponde exactamente al tiempo de la permanencia en ella de los *marannes*. Sus habitantes, que no desconocían el papel importante que en la vida económica de la ciudad desempeñaban los israelitas, presintieron la ruina que la amenazaba, y el decreto Real provocó una vehemente protesta de las personas más notables, *no judías,* contra la tan antieconómica y ruinosa como inhumana medida. El grado de intensidad de los temores que sentían, lo refleja con elocuencia la siguiente frase: «que el éxodo de los judíos arrastrará nuestra ciudad a la ruina, y con ella al país entero».

El desenvolvimiento económico de Inglaterra ha seguido igualmente una marcha paralela a la de la inmigración judía. Las clases directoras inglesas han dado también pruebas de una clara inteligencia de la gran utilidad que podía reportar al país la raza judía. Así, hombres políticos de la talla de Crómwell no ocultan su simpatía hacia ella, y no es extraño ver la facilidad con que han sido coronadas por el éxito las

gestiones que en favor del establecimiento de los judíos en Inglaterra había emprendido uno de los más notables literatos del judaísmo español, Don Menassé ben Israel, de Amsterdam. Notemos al pasar que las negociaciones emprendidas por éste con Inglaterra habían suscitado en Holanda el temor de que los judíos españoles que se habían establecido allí, con gran beneficio del país, intentaban abandonarlo. El Gobierno holandés trató con Don Menassé, el cual debió tranquilizarlo afirmándole que sus gestiones se referían a los *marannes,* que habían quedado en España y Portugal, siendo el blanco de la furia exterminadora de la Inquisición.

Se comprende, pues, que los dos eminentes hombres de Estado que se pueden considerar como creadores del régimen capitalista moderno, Crómwell en Inglaterra y Colbert en Francia, hayan estimado en su justo valor la participación que las maravillosas capacidades productoras de la raza hebrea han tenido en el desarrollo de la riqueza nacional.

Esta clara intuición económica se ha igualmente revelado en los comerciantes, *no judíos,* de Venecia, quienes, cuando el Senado veneciano decretó en 1550 que a los hebreos les fuera prohibida su permanencia en la República, protestaron en nombre de los intereses superiores del país.

El movimiento actualmente iniciado en favor de la vuelta de los judíos a España, debido a la acción inteligente del eminente senador español Dr. Angel Pulido, y al cual el excelente amigo nuestro D. Benito Fernández Alonso aporta toda su inteligente colaboración, puede ser considerado como un acto patriótico en pro de los intereses españoles. España rescataría así, al mismo tiempo que sus hijos expatriados—los cuales conservan todavía, después de quinientos años de destierro, su idioma y costumbres nacionales,—una base importante para su desarrollo económico y para el fomento de las grandes riquezas que encierra la patria sublime de Cervantes.

S. Schwarz

Orense, Marzo, 1912.

CRUEL DESTINO

NOVELA

VI

Días raros empezaron para el padre Vassili, y nuevos pensamientos germinaron en su cerebro. Hasta entonces había vivido tan ajeno y tan inaccesible a los asuntos y entretenimientos que ocupan a los hombres, como si no hubiera sido un hombre, sino solamente la envoltura andante de un hombre.

Hacía, a decir verdad, todo lo que hacen los otros hombres; hablaba, trabajaba, comía, bebía; y, sin embargo, teníase la impresión de que simulaba realizar todo aquello, y que, en realidad, vivía en otro mundo, un mundo bien suyo y cerrado. Porque la huella de una idea profunda y tenaz se leía en su andar pesado, en la lentitud indecisa de su hablar, en que entre las palabras usuales surgían los negros agujeros de los pensamientos que se ocultan; había como un velo tendido ante su mirada chispeante con fuego sombrío y lejano, bajo las cejas salientes.

Y la idea era ésta: había un pedazo de tierra, y en esta tierra el padre Vassili vivía solo, con su gran pesar.

Ahora bien; he aquí que la tierra se había agrandado, y se había poblado de seres semejantes al padre Vassili; cada uno de ellos tenía su propia vida, sus propios sufrimientos, sus esperanzas y sus dudas; y, en medio de ellos, el padre

Vassili sentíase como un árbol aislado en los campos, en cuyo alrededor ha brotado de repente un bosque frondoso y sin límites.

La soledad había terminado, pero con ella, el sol se había velado; las lejanías vacías y claras habían desaparecido, y las tinieblas de la noche se habían hecho más densas.

A mediados de la Semana Santa, el padre Vassili se encontró sin fuerzas, por el crecido número de penitentes que acudía a su confesonario. El último de todos fue el miserable mujick Trifón. Faltábanle las dos piernas, e iba con sus muletas a Zuamenskoie y a las aldeas circundantes. Sus piernas, trituradas en un accidente de fábrica, habíanle sido amputadas al ras del vientre, y no le quedaban más que unos muñones muy cortos que la piel había recubierto; entre los hombros levantados por las muletas hundíase una cabeza sucia, como guarnecida de estopa, con una barba descuidada, y unos ojos descarados de mendigo borracho y ladrón.

Como un reptil, se arrastraba por el lodo y el polvo, y su alma debía de ser oscura y misteriosa como lo son las almas de los animales.

No se sabía con exactitud con qué medios lograba vivir; vivía, sin embargo, se emborrachaba, se peleaba y hasta poseía mujeres, mujeres como él, desprovistas de toda humanidad.

El pope tuvo que inclinarse mucho para oir la confesión de aquel desdichado, y, en el hedor manifiesto de aquel cuerpo mutilado, en el hormigueo de los insectos que pululaban en su cabeza, sobrevió de pronto la inexplicable e inquietante miseria de aquella alma, también estropeada; comprendió con inexorable lucidez que aquel hombre estaba irremediablemente privado de todo lo que es humano, aunque tuviera a ello el mismo derecho que los reyes en su trono, que los santos en sus celdas. Y se estremeció.

—Vaya, vete—dijo;—Dios te perdona tus pecados.

—Espere, todavía tengo que decir—gruñó el mendigo.

Y alzando hacia el pope su cara que enrojeció, contó cómo, diez años antes, había violado, en el bosque, a una niña ya crecida, y le había dado tres kopecks para que no llorase; pero en seguida, sintió perder aquel dinero y la estranguló y la enterró tan bien que nunca se volvió a encontrar.

Diez veces ya había contado su historia a diez popes diferentes; y, a fuerza de repetirla, le pareció sencillísima, naturalísima, como si fuese una historia cualquiera y que no le concerniese.

A veces, variaba los detalles de su relato, reemplazando el verano por el otoño, la muchacha rubia por una morena; solamente, la suma entregada era inmutable.

Algunos sacerdotes no le creían y se burlaban de él; aseguraban que desde hacía mucho más de diez años no había desaparecido en la región ninguna muchacha; le confundían con las numerosas y flagrantes contradicciones de su relato, y le demostraban hasta la evidencia que toda aquella espantosa historia la había imaginado un día que se revolcaba borracho por los bosques.

Y esta incredulidad le ponía fuera de sí: gritaba, maldecía, juraba por Dios y por el diablo, acumulaba, en su furor, detalles tan repugnantes y tan obscenos, que los sacerdotes más ancianos se avergonzaban y se indignaban.

Ahora aguardaba, y se preguntaba si el pope de Zuamenskoie le había o no creído; así fue que se alegró al ver al sacerdote palidecer, apartarse de él, y alzar el puño como para pegarle.

—¿Es eso verdad? — preguntó el padre Vassili con voz sorda.

El mendigo se santiguó rápidamente.

—¡Ya lo creo que es verdad!... Que me vea aplastado si...

—Entonces, ¿sabes tú que es el infierno?—exclamó el pope. —¡Oyes, el infierno!

—¡Dios es misericordioso!—murmuró el mendigo, tomando una actitud sombría y ofendida.

Pero en su mirada, llena de malicia y de espanto, era visible, sin embargo, que esperaba el infierno, y que hasta se había ya acostumbrado a él por adelantado, como a su espantosa historia de la niña estrangulada.

—¡En la tierra, el infierno!... luego, el infierno también... ¿Dónde está tu cielo? Si fueras un gusano, te aplastaría con el pie... pero eres un hombre, sin embargo, ¡un hombre!... ¿Quién eres, pues? ¡Habla!—gritaba el pope, y sus cabellos volaban sobre su cabeza como al soplo de un fuerte viento...—¡Contéstame! ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué te ha abandonado?

«¡Lo ha creído!» pensó el mendigo con alegría, y sentía las palabras del pope deslizarse por él como agua muy caliente.

El padre Vassili se acurrucó sobre los talones, y, sacando una extraña altivez de la humildad de aquella postura, murmuró apasionadamente:

—Escucha, no tengas miedo... ¡no hay infierno! Esto, te lo digo de verdad. Yo mismo he matado a un sér humano... a una niñita..., se llamaba Nastenka. ¡Y no había infierno! Irás al paraíso, ¿me oyes?, con los santos y con los justos... ¡más alto que todos! ¡más alto que todos los demás!... Esto, te lo digo de verdad.

***

Algunos días después de Pascua, cuando ya el campo respiraba la llegada de la primavera, y las tinieblas se hacían transparentes y azules, la popadia tuvo un acceso de embriaguez. Durante tres días, bebió, forcejeó y gritó de espanto.

Al cuarto, apagó la lámpara en su habitación, hizo un nudo corredizo con una servilleta y se colgó. Pero apenas comenzaba a asfixiarse cuando sintió miedo y se puso a gritar, y, como había dejado las puertas abiertas, el padre Vassili y Nastia acudieron y la descolgaron.

Todo se redujo, pues, al susto. Por lo demás, no podía ser de otra manera, porque la servilleta estaba tan torpemente anudada, quo hubiera sido imposible ahorcarse con ella.

La más asustada de todos fue la misma popadia; no cesaba de llorar y pedir perdón; temblaba con todos sus miembros y su cabeza se tambaleaba convulsivamente; en toda la noche no permitió que su marido la dejase un momento, y permaneció sentada y apretada a él.

A petición suya, se encendió la lámpara en su cuarto y se encendieron otras delante de todas las santas imágenes, de suerte que se parecía estar en vísperas de una fiesta solemne.

Pasado el primer minuto de terror, el padre Vassili se había tranquilizado y se mostraba solícito; hasta bromeó y refirió anécdotas divertidas de su vida de seminario; después, evocó su infancia más lejana, el tiempo en que robaba manzanas con los niños de su aldea; y costaba tanto trabajo figurarse al padre Vassili cogido de las orejas por el guarda, que Nastia no quiso creerlo y no se rió, aunque el pope se hubiera echado a reir él mismo, con risa dulcemente infantil.

La popadia se tranquilizó poco a poco; dejó pronto de lanzar miradas furtivas hacia los rincones oscuros de la habitación, y, cuando Nastia se hubo ido a acostar, preguntó a su marido con sonrisa tímida:

—¿Te has asustado?

El rostro del padre Vassili se contrajo y tomó una expresión desagradable; solamente sus labios sonreían aún cuando contestó:

—Claro que me he asustado. ¿Qué idea se te ha ocurrido, Nastenka?

La popadia se estremeció como si se hubiera levantado repentinamente el viento, y, manoseando con sus dedos temblones el borde de su capa, balbució:

—No sé, Vassili... ¡tengo tanta pena!... Y además, tengo miedo de todo; no comprendo todas estas cosas que pasan, y tengo miedo. Así, ahora es la primavera, el verano vendrá después, luego el otoño... y todavía estaremos sentados, como en este momento, tú en ese rincón, yo en el otro. No te enfades, Vassili; bien sé que es imposible otra cosa... y sin embargo...

Suspiró, y continuó con los ojos siempre fijos en su abrigo:

—Antes, creía no temer la muerte. Me decía siempre: si esto va demasiado mal, pues bien, moriré. Hoy la temo. Entonces, ¿qué hacer, Vassinka, querido mío?... ¿Seguir bebiendo siempre?

Posó en el pope una mirada indecisa, llena de una tristeza mortal, de una inmensa desolación; y sus ojos humildes y gastados por las lágrimas parecían pedir perdón.

En la ciudad en que el padre Vassili había hecho sus estudios, se acordó de haber visto un día a un tártaro andrajoso conducir un caballo al albéitar; el animal tenía una pesuña rota que colgaba, y tropezaba a cada instante sobre el muñón ensangrentado. A pesar del frío, su pelo relucía empapado de sudor y exhalaba una especie de vaho blanquecino; sus ojos inmóviles miraban hacia delante, con una aterradora expresión de dulzura y resignación.

Los ojos de la popadia tenían la misma expresión; entonces pensó que si alguien abría una fosa, echaba en ella a esa mujer y la enterraba viva, ese alguien haría una buena acción.

*
* *

Los días siguientes, el padre Vassili recobró sus maneras frías y tranquilas, y nunca volvió a aludir a lo que había ocurrido; pero en su voz, en su mirada, había una ternura viril y silenciosa, que solamente un alma ya sin fuerzas era capaz de discernir.

Hablábanse poco, y sus raras palabras eran sencillas y vulgares; separados a cada momento por los quehaceres diarios, casi nunca estaban juntos; pero sus corazones dolorosos se buscaban y se encontraban sin cesar, y nadie en el mundo podía saber con qué ternura desolada y sin esperanza se querían.

Desde hacía mucho tiempo, desde el nacimiento del idiota, habían dejado de ser esposos; eran de esos amantes tiernos y desgraciados que ni siquiera tienen la esperanza de la felici-

dad; que no se atreven ya en sus ensueños más íntimos a darle una forma concreta.

La popadia había vuelto a su pudor de antes y a su deseo de agradar; hasta se arreglaba tan bien la cara y el pelo, que habían recobrado nueva frescura.

Cuando sobrevenía el acceso de embriaguez, se encerraba en su cuarto oscuro como los perros que sienten llegar la rabia, y allí sostenía, sola y sin un grito, la lucha con la locura y los fantasmas...

Por las noches, cuando todo dormía, no dejaba nunca de entrar en el cuarto de los niños. A veces, su hija Nastia velaba todavía, y la popadia la encontraba sentada en el borde de la cama, sumida en un profundo ensueño.

En su cuerpo delgado y encorvado, los omoplatos salientes y las costillas se dibujaban bajo la piel; una camisa sucia pendía de sus hombros angulosos; con los brazos anudados sobre sus rodillas se balanceaba largamente, parecida a un pájaro negro sorprendido por la helada en los campos; y sus ojos, sencillos y enigmáticos como los de los animales, miraban, miraban obstinadamente en derechura y no pestañeaban nunca.

Sin mirar a Nastia, la popadia ponía entonces la lámpara en el sueló y se inclinaba sobre el idiota que dormía sin ruido; estaba de espaldas, con el pecho monstruosamente abombado, las manos colgantes y abiertas, y dejaba caer hacia atrás su larga cabeza estrecha, en la que la barbilla corta y truncada formaba una mancha blanca.

En este sueño apacible, bajo la pálida luz reflejada por el techo, con los párpados cerrados, tapando sus ojos vacíos de pensamiento, su rostro no parecía tan espantoso como de día; hasta tenía la expresión de cansancio de un actor agotado por un papel difícil, y, alrededor de su boca enorme, de labios apretados, se formaba el pliegue de una amarga tristeza.

Hubiérase dicho que tenía dos almas, y que, dormida la una, se despertaba la otra, consciente y afligida.

Por último, la popadia se deslizaba furtivamente hasta el

lecho de su marido y le santiguaba en la frente, para echar de ella la tristeza y los malos pensamientos; hubiera querido besarle la mano, pero no se atrevía, y se volvía dulcemente.

Y su blancura fundíase lentamente en las tinieblas, como esas formas tristes y confusas que se alzan de noche, por encima de los pantanos y de las tumbas abandonadas desde largo tiempo. La noche tocaba a su fin, y ya los gallos habían cantado por segunda vez.

VII

Una tarde de mediados de Junio, el padre Vassili había ido al campo para acabar de recoger el heno.

La sombra del bosque próximo se proyectaba, oblicua y larga, sobre los prados, cuando de repente, un sonido tenue, desacostumbrado, apenas perceptible, dejóse oir en dirección de Zuamenskoie.

El padre Vassili se volvió vivamente; allí abajo, en el lugar en que el tejado de su casa negreaba entre los sauces, flotaba, inmóvil, una columna compacta de humo negro y resinoso; y mas baja, como aplastada por la humareda, una llamarada ancha y sanguinolenta se retorcía rudamente.

En un abrir y cerrar de ojos, el heno, cargado ya en la telega, fue arrojado al suelo, y el padre Vassili puso el caballo al galope camino del pueblo; pero todo volvía ya a la sombra y el incendio terminaba; las vigas, carbonizadas, habían ardido como cerillas; solamente la estufa de loza, que había permanecido intacta, blanqueaba confusamente en la noche; una humareda semejante a un vaho concluía de enfriarse a ras del suelo.

Envolvía las piernas de los mujicks que habían acudido a prestar socorro, y, sobre el fondo indeciso del incendio moribundo, sus figuras achatadas y confusas parecían suspendidas en el aire.

La calle estaba llena de gente; los mujicks chapoteaban en

el barro fresco formado por el agua derramada, hablaban en voz alta y animada, y se miraban uno a otro con atención, como si no reconociesen de seguida sus voces y sus caras; el ganado, de vuelta de pastar, vagaba lamentablemente; las vacas mugían, las ovejas miraban sin menearse, con sus ojos vidriosos y salientes; luego tropezaban con las piernas de los circunstantes, daban de pronto saltos de costado, poseídas de un terror repentino, y, al patalear, levantaban torbellinos de polvo.

Las mujeres se esforzaban en reunirlas, y en todo el pueblo repercutía un llamamiento monótono:

—¡Kit... Kit... Kit!

Aquellos rostros sombríos y como bronceados, aquel clamor singular y prolongado, aquellos animales y aquellas gentes que confundían en un mismo sentimiento elemental de espanto, todo aquello componía un espectáculo de una salvajería oscura y primitiva.

***

Hacía poco viento aquel día, de suerte que la casa del pope fue la única que ardió. El fuego había empezado, a lo que se creía, en el cuarto de la popadia; estaba ebria y había debido de tirar por imprudencia algún cigarrillo medio consumido. Por desgracia, todo el mundo estaba en los campos; de suerte, que no se pudo salvar sino al idiota, medio muerto de terror, y unos cuantos muebles; en cuanto a la popadia, había sufrido tan horribles quemaduras, que la habían transportado sin conocimiento y respirando apenas.

Cuando refirieron estos hechos al padre Vassili, todos los asistentes esperaban una explosión de dolor y de lágrimas; así fue que se quedaron estupefactos ante la actitud del pope; con el cuello tendido hacia adelante, en actitud concentrada, escuchaba con tanta atención que sus labios se apretaban con fuerza; hubiérase dicho que sabía ya por adelantado todo lo que iban a contarle, y que se limitaba a comprobar el relato; hu-

biérase dicho que, en el instante breve y trágico, en que, con los cabellos flotantes y la mirada clavada en las vigas incendiadas, acudía con anhelo desenfrenado en la telega que saltaba, lo había adivinado todo, la causa del incendio, la pérdida de su mujer y de todo su patrimonio, la sobrevivencia del idiota y de Nastia.

Permaneció un momento silencioso, con los ojos bajos; luego, echando hacia atrás la cabeza, hendió la multitud y se dirigió resueltamente a casa del diácono, adonde habían llevado a la popadia, agonizante.—¿Dónde está?—preguntó con tono firme, a los asistentes que miraban, mudos.

Se la enseñaron; dió un paso y tuvo que agacharse para verla. Entonces percibió una masa informe, de la que salían sordos gemidos; una enorme ampolla blanca cubría todo el cuerpo y el rostro querido, tan cruelmente desfigurado que le costó trabajo reconocerla.

El padre Vassili retrocedió con espanto y se tapó la cara con las manos.. La popadia se agitó vagamente. Tal vez había recobrado el conocimiento y quería hablar; pero, en vez de palabras, su garganta no dejaba pasar más que una especie de gorgoteo ronco y anheloso.

El pope se quitó las manos de la cara; no había en ella lágrimas; hasta ofrecía una especie de inspiración radiante, como la faz de un profeta.

Y cuando se puso a hablar, en voz alta y clara, como se habla a los sordos, una fe invencible vibraba en sus palabras; no tenían ya nada de ese sentimiento que hace a veces temblar la voz de los más fuertes; solamente podía hablar de aquella manera quien sintiera la terrible y misteriosa presencia de Dios.

—En nombre del Señor, ¿me oyes?—exclamó él.—Estoy aquí, Nastenka, estoy a tu lado... y tus hijos también. Aquí está Vassia... aquí está Nastia.

Pero el rostro inmóvil de la popadia no dejaba adivinar si

oía las palabras... Elevando aún la voz, el padre Vassili continuó:

—Perdóname, Nastenka... Yo he causado tu pérdida sin quererlo... Perdóname, solo amor de mi vida, y bendice a nuestros hijos desde el fondo de tu corazón; di adiós a la tierra y no temas a la muerte... Dios te perdona, Dios te ama. Despídete de la tierra.

Los asistentes se retiraron, afligidos y llorando; llevároнse al idiota, que se había dormido, y el padre Vassili se quedó solo con la moribunda, durante toda aquella noche de verano, tan breve y tan larga, que la popadia creía que no llegaría nunca.

Se puso de rodillas, y, con la cabeza cerca del lecho, en la habitación impregnada de un olor de carne quemada, derramó las lágrimas abundantes y silenciosas de su inmensa piedad. Lloró por ella, cuando, en su juventud y su belleza confiantes, esperaba las caricias y las alegrías; cuando, madre dolorosa, lloraba la muerte de su primogénito; cuando, trastornada y demente, huía ante los fantasmas; cuando le esperaba cerca de la puerta, humilde y luminosa, en los crepúsculos estivales.

Y aquella cosa, de la que percibía siempre el atroz olor, era su cuerpo, su tierno cuerpo, al que no había querido bastante. ¡Ah! ¡Cómo había debido de gritar, de forcejear, de llamarle en su socorro!

Con los ojos empañados de lágrimas, el padre Vassili echó en rededor una mirada extraviada y se levantó. Reinaba un gran silencio, ese silencio profundo que llega con la muerte... Miró a su mujer; el cuerpo estaba inmóvil, había adquirido una rigidez singular y absoluta, los pliegues de las ropas de la cama parecían ahora esculpidos en piedra fría; los tintes cálidos de la vida parecían haberse marchitado hasta en el ropaje, y haberse fundido en colores borrosos y como artificiales...

La popadia estaba muerta.

La noche tibia y húmeda respiraba por la ventana entreabierta, y, en alguna parte, a lo lejos, el rumor monótono de las cigarras acentuaba más el silencio de la estancia.

Alrededor de la lámpara, unas mariposas nocturnas revoloteaban sin ruido; caían de repente, y, de nuevo acudían al fuego con aletazos torpes y dolorosos; y, alternativamente, se perdían en la sombra, o blanqueaban en la luz, como copos de nieve.

La popadia estaba muerta.—¡No, no!—exclamó de repente el pope con espanto.—¡Yo creo, tienes razón; yo creo!

Cayó de rodillas, con la cara pegada en el suelo inundado de agua, lleno de restos de algodón y de gasas sucias, como si hubiera querido confundirse con el polvo.

Y de nuevo rezó, sin pensamiento; su oración emanaba de todo su cuerpo aniquilado, por haber experimentado, en el fuego y en la muerte, la misteriosa cercanía de Dios. Dejó de tener conciencia de su propia vida, como si el eterno lazo entre el alma y el cuerpo se hubiese roto, y como si, libre de todo lo que es terrestre, libre de sí mismo, su espíritu se hubiera elevado a alturas desconocidas.

Las angustias de las dudas, las fogosas iras, las rebeliones exasperadas del amor propio humano, todo esto no era más que polvo, como su cuerpo prosternado... Solamente el alma permanecía intacta, porque ella había roto las sombrías cadenas del yo, y vivía al fin con la vida misteriosa del renunciamiento.

.....

VIII

Cuando el padre Vassili se levantó, ya era de día, y un rayo de sol corría por las vestiduras de la muerta. Unas mariposas calcinadas yacían en derredor de la lámpara, que continuaba ardiendo con una llama amarillenta, ya casi invisible; una de ellas, gris y peluda, con una cabeza enorme, estaba todavía

viva, pero había perdido las fuerzas para volar y se arrastraba impotente sobre la mesa; visiblemente sufría y hacía esfuerzos para llegar a la oscuridad; pero por todos lados la luz implacable se derramaba a torrentes sobre su cuerpo disforme, hecho para las tinieblas, y le lastimaba.

Entonces, hizo vibrar desesperadamente sus alas cortas y quemadas, pero no pudo remontarse, y se obstinó en rastrear dolorosamente, con movimientos torpes y angulosos que le hacían caer a cada paso.

El padre Vassili apagó la lámpara y tiró la mariposa palpitante por la ventana; después, descansado como después de un buen sueño, lleno del sentimiento de su fuerza y de una calma inusitada, salió al jardín del diácono.

Anduvo largo rato, pensativo, con las manos cruzadas detrás de la espalda, rozando con la cabeza las ramas bajas de los manzanos y membrillos; el sol matinal, ya ardoroso, empezaba a filtrarse por el follaje de los árboles, y cuando el pope alzaba la cabeza, un torrente de fuego caía sobre sus ojos y le cegaba.

Algunas manzànas roídas por los gusanos caían con un ruido sordo, y, bajo los árboles, una gallina, seguida de una docena de polluelos despelachados, cacareaba y registraba a picotazos apresurados la tierra seca y desmenuzada.

Pero el padre Vassili no veía ni el sol, ni la caída de las manzanas: pensaba.

Su pensamiento era maravilloso; era radiante y sereno como el aire de la mañana pura; iluminaba su conciencia, hasta entonces oscurecida por cuidados absorbentes y mezquinos. Allí en donde no había visto sino el caos ciego y feroz, el azar implacable, veía, por el contrario, ahora el camino recto y tutelar trazado ante él por una mano omnipotente.

Para sustraerle a su familia, a su casa, a los bajos intereses de la vida usual, aquella mano le había lanzado al crisol del dolor humano, y ahora le guíaba hacia las grandes acciones, hacia el sacrificio magno.

Y la columna de fuego y de humo, que tan trágicamente había aparecido pocas horas antes, ¿no era precisamente la columna de fuego que mostrara a los judíos el camino del desierto? Pensó también: «¿Tendrá fuerzas?», y la respuesta fue un resplandor que iluminó su alma, como si el sol hubiera penetrado repentinamente en ella.

¡Estaba elegido!

Estaba elegido para un sacrificio y milagros inauditos, él, Vassili Fiveisky, cuyas quejas insensatas y sacrílegas maldijeran del destino.

¡Estaba elegido! Podía la tierra entreabrirse bajo sus pasos, y el infierno lanzar sobre él su mirada roja: no creería en el infierno. ¡Por qué estaba elegido!... y además, ¿no estaba el suelo cerrado bajo sus pasos?

Se detuvo y golpeó el suelo con el pie; la gallina, asustada, tendió el cuello, inquieta, cloqueando para llamar a sus pollluelos; uno de ellos, que picoteaba a lo lejos, quiso acudir presto; corría con toda la velocidad de sus patas pequeñas; pero, en el camino, dos manazas huesudas y ardorosas le cogieron y le levantaron.

El padre Vassili sonrió tiernamente; había hecho al polluelo un nido blando con sus dos manos juntas, y le confortaba con su aliento tibio y húmedo.

Le estrechó delicadamente contra su pecho, y reanudó su paseo por el sendero desierto. El pollo, confortado por la tibieza de las manos, parpadeó un instante y se durmió; y el pope volvió a sonreir.

—¡Ahí está! Me bastaría apretar un poco las manos, y este animalito moriría. Y, sin embargo reposa, en mis manos, sobre mi pecho, y duerme con toda confianza. ¿Y yo? ¿No estoy yo en manos de Dios?... ¿Cómo me atrevería a no creer en su misericordia, cuando éste cree en mi bondad y misericordia humanas?

Rió con una risa silenciosa, que descubrió sus dientes negros y estropeados; en su rostro duro y arrogante, la sonrisa

concluía en miles de arrugas pequeñas y alegres, como cuando un rayo de sol llega a jugar sobre el agua sombría y profunda, y, con la cabeza baja, murmuró humildemente:

—¡Hágase Tu santa voluntad!

Presentáronse gentes en el jardín: el diácono, su mujer y otras personas; vieron al pope y se apresuraron a acudir a él con ademanes amistosos; pero, cuando se hubieron acercado, acortaron el paso y se pararon, estupefactos, clavados en el sitio, como se detiene uno ante el fuego, ante las aguas surgidoras o ante la mirada tranquila y enigmática de un loco.

—¿Por qué me miran así?—preguntó, asombrado, el padre Vassili.

Pero ellos continuaron mirándole sin decir nada; el hombre que estaba ante ellos era un desconocido, cuyo raro aspecto les mantenía a distancia; era sombrío, incomprensible como la sombra de otro mundo; en su cara, surcada de arrugas claras, brillaba una sonrisa, como cuando el sol llega a jugar sobre el agua oscura y profunda. Y en sus manos grandes y huesudas estrechaba tiernamente un polluelo amarillo.

—¿Por qué mirarme así?—volvió a preguntar sonriendo, el padre Vassili;—¿soy algún prodigio?

IX

Hízose bien pronto evidente que el padre Vassili se esforzaba en romper cuanto antes con todo lo que le unía al pasado y con los cuidados habituales de la vida.

Se entendió con una hermana suya, que vivía en la ciudad, para confiarle a Nastia, y envió a la muchacha sin perder un solo día, por el temor de que el amor paterno se fortificase en su corazón, con detrimento del amor de los otros hombres.

Abandonó a la parroquia el disfrute de sus tierras, y no reservó para el sostenimiento de él sino una cantidad mínima, una «viudedad», como él decía.

A mediados de Octubre, estaba construído el nuevo presbiterio, pero no se había podido terminar y cubrir sino la mitad del edificio; la otra mitad, con sus paredes desnudas, sin tejado, con sus ventanas sin cristales y sin marcos, se agarraba a la parte habitada como un esqueleto a un hombre vivo, y de noche, ofrecía un aspecto abandonado y lúgubre. El padre Vassili no quiso gastar en un mobiliario completo, y no compró para las cuatro habitaciones más que dos sillas rudimentarias, una mesa y unas camas; en las vigas de pino, las gotas de ámbar de la resina no habían tenido tiempo de secarse todavía.

La cocinera, sorda y tonta, no sabía cargar las estufas: así es que el cuarto, siempre lleno de humo, producía dolores de cabeza, y una especie de bruma, de un azul negruzco, rastreaba constantemente al nivel del suelo lleno de manchas.

Hacía frío; en las heladas fuertes, los cristales se cubrían interiormente de escarcha, y no dejaban filtrarse en la casa sino una semiclaridad blanquecina; enormes bloques de hielo habíanse formado desde principios del invierno en el alféizar de la ventana, y, a medida que se derretían, largos hilos de agua helada corrían por el piso.

Hasta los mujicks, poco delicados, sin embargo, cuando llegaban para encargar misas, dirigían de reojo una mirada confusa y turbada, a la miserable habitación del pope, y el diácono, enojado, la calificaba de «abominación de la desolación».

Cuando el padre Vassili entró por primera vez en su nueva vivienda, recorrió largo rato alegremente los cuartos, fríos y desmantelados como soportales, y exclamó en tono festivo:

—Va a ser famoso el vivir aquí los dos, ¿verdad Vassia?

El idiota se lamió los labios y se echó a reir; su lengua era afilada y larga como la de un animal, y su risa se componía de sonidos uniformes que parecían salir a saltos unos en pos de otros: «¡Hu, hu, hu!»

Todo aquel cambio le divertía y le incitaba a reir, pero prontamente sintió el frío, la soledad y el tedio de aquel lugar

desolado; entonces se puso furioso, gritó, se dió de puñetazos en la cabeza; trató de rastrear por el piso, pero a cada instante se caía y se daba de trastazos.

A veces, parecía paralizado en una especie de profundo entorpecimiento; con la cabeza apoyada entre sus dedos largos y delgados, con la afilada punta de su lengua humedeciendo los labios, fijaba ante sí una mirada inmóvil y vacía, bajo sus párpados cortos y estrechos de animal. Y entonces teníase la impresión de que no era del todo idiota, que tenía pensamientos propios, muy diferentes de los de los otros hombres, y que sabía también cosas simples y misteriosas que nadie sabe; no se podía menos de pensar, al ver su nariz aplastada, de levantadas ventanas, y su nuca corta, que formaba una misma pieza con la espalda, como en los animales, que, si llegase a tener piernas fuertes y ágiles, huiría a los bosques para vivir en ellos una vida solitaria llena de juegos crueles y del saber oscuro de las selvas.

***

Y de esta suerte, a solas, al lado de un sér demente, aturdido a veces por sus gritos de animal indómito y perverso, el padre Vassili vivía una vida mística: la del espíritu que ha renunciado a la carne.

Quería purificarse, prepararse para el gran acto y el gran sacrificio, todavía desconocidos, y sus días, como sus noches, no eran más que una oración interrumpida, una inmensa efusión sin palabras.

Desde la muerte de la popadia, se había sometido a un severo ayuno; no bebía más que té, no comía ya ni carne ni pescado, y los días de vigilia, los miércoles y los viernes, se alimentaba exclusivamente de pan mojado en agua; además, por una especie de inexplicable crueldad, que parecía una venganza, había impuesto el mismo ayuno al idiota; y éste, por más que sufriese, rugiese como bestia hambrienta, arañara, hasta derramase gruesas lágrimas, cortas y raras, como las de los perros, no obtenía un pedazo más.

X

Las largas veladas de invierno se deslizaban claras y apacibles en la blanca prisión de las paredes y el techo de pino.

De su antigua vida, el padre Vassili no había conservado más que la afición a iluminarse profusamente; trabajaba a la luz de una lámpara gruesa de tubo ventrudo, cuya blanca llama esparcía su suave claridad por toda la habitación.

Los cristales helados, revestidos de escarcha a los que la viva luz arrojaba chispas, se habían hecho como paredes opacas, que aislaban al pope del resto del mundo y de la noche.

Porque la noche gris ha circundado la vivienda con sus anillos inmensos; la estrecha, busca aberturas por donde pasar su garra negra, y no las encuentra. Entonces se enrabia, palpa las paredes con sus manos heladas, sopla de frío, levanta con cólera nubes de copos de nieve y los lanza airadamente contra los cristales, con un chasquido seco.

—La nieve—murmura el padre Vassili, prestando oído un instante; luego reanuda su lectura.

Inclinando trabajosamente su cabezota, el idiota hace cestos de cartón con cola; el pincel temblequea en el extremo de sus largos dedos, y cada rechinamiento de las tijeras resuena con toda precisión en el cuarto vacío.

Los cestos resultan mal; son informes y sucios como trozos de cartón llenos de cola que sobran por todas partes.

Pero el idiota no lo nota, y continúa su trabajo.

A veces alza la cabeza y fija en el espacio iluminado de la habitación una mirada inmóvil bajo los párpados cortos, estrechos y bestiales.

La leña seca chasca de pronto como un tiro; el padre Vassili se estremece y levanta la vista; durante un momento entrevé las paredes desnudas y las ventanas deslumbradas por la escarcha, y el idiota quieto en su sitio con las tijeras entre los dedos. Todo esto pasa como un relámpago, y de nuevo se desarrolla ante los ojos bajos del pope el mundo inaccesible y ma-

ravilloso, el mundo del amor, de la piedad tierna, del sublime sacrificio:

—Papá—balbucea el idiota.

Ha aprendido esta palabra desde hace poco tiempo, y lanza a su padre miradas irritadas e inquietas. Pero el pope no le escucha, y la inspiración ilumina su rostro; se pierde en los ensueños de un luminoso éxtasis; cree, como creían los mártires que marchaban a la hoguera como a un lecho de placer, y morían glorificando al Señor.

Adora, con amor robusto y sin límites, al amo que manda en la vida y en la muerte, e ignora la trágica impotencia de los amores humanos.

¡Alegría, alegría, alegría!

—¡Papá!—repite el idiota a gritos.—¡Papá!

El pope le oye y levanta la cabeza; entrevé las paredes desnudas, el rostro malo y temeroso del niño; percibe el gemido de la tempestad desencadenada, y su alma se inunda de una angustia inefable. El acto va a realizarse... ¡Se realiza!

—¿Qué haces, Vassia?... ¿Por qué no juegas? Juega.

—¡Papá!

—¿Qué te inquieta? ¿La nieve? Pues bien, sí, es la nieve.

El padre Vassili apoya la frente en la ventana, los ojos en los ojos de la noche, y mira; y al punto, murmura con espanto:

—¿Por qué no toca Nikón? ¿Y si, por acaso, se hubiera extraviado alguien en los campos? Espera, Vassia, voy a casa del chantre y vuelvo en seguida.

—¡Papá!

La puerta rechina y los ruidos penetran—se deslizan tímidos por el umbral de la casa.—¡Nadie!—El cuarto está vacío y claro; uno tras otro avanzan furtivamente hacia el idiota, echan una mirada a sus ojos de irracional, murmuran entre sí, empiezan a reir y a jugar.—Cada vez más alegres, cada vez más vivos. Se persiguen, caen, se levantan, exploran el cuarto inmediato, claro y vacío.—¡Nadie!

De repente el sonido de la primera campanada cae pesada-

mente y aturde a los ruidos pequeños asustados; la segunda resuena, ya breve, como sofocada, porque el viento que se introduce en las abiertas fauces del campanario se ha apresurado a cogerla al paso y ahogarla.

—Aquí estoy—exclama el padre Vassili, pálido y temblando de frío. Se sopla los dedos entumecidos, se restriega las manos, y he aquí que de nuevo, las páginas susurran suavemente, y todo se desvanece: las paredes desnudas, la máscara repugnante del idiota, los tonos monótonos y sordos del campanario; de nuevo su rostro arde con éxtasis insensato: ¡Alegría, alegría, alegría!

—¡Papá!—vuelve a gritar el idiota.

Su cabeza se vuelve inflexible, y sus pies diminutos y sin vida, cuyos dedos encogidos y cuya planta delicada no ha descansado nunca en el suelo, se agitan débilmente como para correr.

—Vamos, cállate, oye lo que voy a leer.

El padre Vassili toma la página empezada, y se pone a leer con voz grave y severa, como se lee en la iglesia.

—... «Y, al pasar, vió a un hombre ciego de nacimiento.»

El pope alza la mano y mira a su hijo, palideciendo de emoción.

—¿Comprendes? ¡Ciego de nacimiento! Jamás vió el sol, ni a sus padres, ni las caras de los amigos; vino al mundo, y en seguida le envolvieron las tinieblas; ¡pobre hombre!, ¡pobre ciego!

La voz del pope tiembla de fe profunda y de piedad insaciable; se calla, y mira largo rato ante él con una vaga sonrisa, como si no pudiera apartar su pensamiento de aquel pobre hombre, que no ha visto nunca el rostro de un amigo, y no sabe lo cerca que está de él la misericordia divina.

—Así, pues, escucha, hijo mío. Sus discípulos le preguntaron: «Rabbí, ¿quién pecó para que haya nacido ciego, él o los que le engendraron?» Y Jesús contestó: «Ni él ni los que le engendraron; sino que esto ha ocurrido a fin de que la gracia de Dios se manifieste en él.»

La voz del pope se afianza y resuena clara en toda la habitación. Y la amplitud de sus sonoridades alterna con los murmullos, los ruidos, los silbidos de la tempestad y los quejidos quebrados y vagabundos del campanario, ya sin aliento.

El idiota se anima; la voz vibrante del pope, el brillo de de sus ojos, el ruido, todo esto le anima; se da sonoros cachetes en sus orejas desmesuradas; muge de placer, y una saliva espesa corre por su barbilla en chorros inmundos.

—¡Papa!... ¡papá!...

—Escucha, escucha... «Tengo que cumplir las órdenes de Aquel que me ha enviado, mientras que es de día, porque llegará la noche, la noche en que nadie puede cumplir nada... mientras que esté en la tierra; porque yo soy la luz del mundo.» Por los siglos de los siglos, por los siglos de los siglos—comenta el pope con voz vibrante y soberana.

«...Yo soy la luz del mundo.» Y habiendo dicho esto, escupió en el suelo; con su saliva hizo barro, con el que ungió los párpados del ciego, y le dijo: «Ve; lávate en el baño de Siloam (que quiere decir enviada)». El ciego fue y se lavó, y cuando volvió, ¡veía!»

—¡Veía, Vassia, veía!—exclamó el pope como una amenaza.

Y levantándose de un salto, se puso a andar rápidamente por la habitación. Después se paró en medio, y exclamó:

—¡Creo, Señor, creo!

Todo estaba silencioso. De pronto, una risa enorme y a borbotones rompió el silencio y resonó a espaldas del pope. Se volvió asustado.

—¿Qué es lo que tienes?—preguntó, retrocediendo involuntariamente.

El idiota reía: un gesto insensato y malo hendía hasta las orejas su máscara inmóvil, y, por la raja abierta de su boca, brotaba, irresistible, una risa brincoteadora y hueca: «¡Hu, hu, hu!»

(Concluirá.) LEÓNIDAS ANDREIEF

RELACIONES ARTÍSTICAS ENTRE SEVILLA Y VENECIA

Puede decirse, sin exageración, que desde los tiempos góticos hasta mediados del siglo XVII no había centro artístico más importante en España que Sevilla (1). Es verdad que la escuela catalana ha hecho gran papel en los siglos XIV y XV. No se puede negar que la escuela valenciana ha producido grandes talentos en todas las épocas, y consta que en el siglo XVII se formaron en Madrid buenos maestros al lado de Velázquez y en su escuela. Pero ninguna escuela ha producido durante tantos siglos tanto movimiento artístico; ninguna escuela puede estar orgullosa de tal riqueza, no de talentos, sino de genios, como la de Sevilla. Hoy el viajero cree encontrar en Andalucía la vida típica española, y quizá fue el arte andaluz el que sabía traducir mejor que el de otras regiones los pensamientos y los sentimientos españoles en madera, piedra y lienzo. Por esta razón, la historia sevillana alcanzó sus glorias en el siglo XVII en que el mundo entero gozaba con las novelas picarescas españolas; se entusiasmó de sus poesías elegantes en que todas las Cortes europeas vivían al ceremonial español, y la gente se vestía a la manera española. Pero esta gloria de la escuela sevillana en aquella época no es exclusivamente el mérito del genio natural de sus artistas. Estos habían sabido

(1) Esta Conferencia, leída en el Ateneo de Madrid, ha sido escrita por su autor en lengua castellana.

aprovechar lo bueno que hallaban por otros lados. Pero hay que decir que lo han aprovechado muy bien, de manera que el resultado fue un arte muy personal y muy característico. Los sevillanos aprendieron, por ejemplo, mucho de los valencianos, especialmente de Ribera, como lo demuestran las primeras obras de Zurbarán, de Velázquez y de Murillo.

Los valencianos le daban en primer lugar la seguridad en el dibujo, la nota monumental. Valencia fue para Sevilla lo mismo que Florencia para Venecia. Florencia ha extendido su influencia hasta el Norte de Italia; pero de su arte no fue acogido más que la monumentalidad y el dibujo. Lo que caracteriza el arte de Florencia, el predominio del dibujo sobre el colorido y la severidad del sentimiento, todo esto ni querían ni podían aceptar, aprender, ni imitar los otros. Y en mayor grado se puede decir esto de Valencia y de Sevilla.

Este fervor religioso, esta nota dramática, esta pasión ardiente valenciana no era del agrado de la Bética serena, sonriente, de la Venecia española; sí, la Venecia española. Como Venecia, que dominaba el mar hasta la isla de Chipre, debe Sevilla el aumento de sus riquezas, la verdadera fuente de su vida, de su comercio, al *mar*, porque desde el descubrimiento de las nuevas Indias, la reina del Guadalquivir se enriqueció de una manera inesperada. Los grandes mercaderes hacían en Venecia el primer papel, y lo mismo ocurría con los de Sevilla. Ya nos dice Alarcón que era un milagro encontrar en Sevilla a un aristócrata sin algo de comerciante. Los ricos mercaderes eran, en Sevilla como en Venecia, grandes amigos del arte, especialmente muy aficionados de los pintores, a quienes hacían muchos más encargos que el clero y la alta aristocracia.

Pero en todo, hasta en la lengua, estas dos capitales se asemejan. La pronunciación, el dialecto dulce veneciano se distingue de la clásica lengua del divino Dante, de la misma manera que el famoso dialecto de la tierra de María Santísima, de la lengua clásica del inmortal Cervantes. Las mujeres gracio-

sas, saladas, de pequeña estatura, que pasan envueltas en sus mantones por las calles estrechas y los puentecitos venecianos por el barrio del Mercado, cerca de San Marcos, semejan mucho a las que paseán por la calle de las Sierpes y otras de Sevilla. La alegría de toda esta gente, que canta, que baila, que se divierte en estas nocturnales venecianas tan famosas, todo, todo esto recuerda a la vida sevillana, al pueblo sevillano, en tal grado, que la bella Venecia puede despertar al viajero un deseo enorme de volar de la costa del Adriático a las riberas del Guadalquivir, a esta población tan feliz, del Sur de España, que ya ha entusiasmado a tantos y tantos que han pasado horas, días y años en la ciudad de la Giralda, de la torre del Oro, del puente de Triana.

Venecia y Sevilla, cada ciudad es única en su manera, pero ambas tienen cierto común aspecto oriental, muy natural para ambas, porque Sevilla no se ha separado de las costumbres y de las cosas que proceden aun de los tiempos de la invasión sarracena. Venecia ha tenido en tantos siglos relaciones tan estrechas, tan íntimas con Oriente, que a nadie puede asombrar que el Oriente haya influído en la vida como en el arte de una población, que por varias razones se prestaba fácilmente a esta influencia. Así se la nota en sus calles y en sus canales estrechos, en su grandiosa Catedral de San Marcos, en la construcción y decoración de sus palacios. Antes que la Europa central, se ha aprovechado el Oriente del cambio natural de luz y sombra, el ritmo del claroscuro para el arte. Esto llegó pronto al Occidente, en primer lugar a Venecia y a España, cuyos artistas lo aprovecharon para su arquitectura y decoración. Caracteriza a la arquitectura veneciana, como a la sevillana, el ritmo singular y original en las fachadas de los palacios, que no parecen casas, sino tiendas de campo, cofres preciosos, cajitas de joyas, porque falta el verdadero sentimiento arquitectónico. Caracteriza esta arquitectura el ritmo de las proporciones, y es una consecuencia de todo esto el cambio de luz y de sombra. Todo aquello parece más obra de arte industrial

que arquitectura. Las fachadas semejan tapices, encajes preciosos, lo mismo que la pala de oro, es decir, el altar mayor de la Catedral de San Marcos y el *retablo mayor* de la Catedral sevillana. Estos dos altares quieren ser vistos en conjunto más que en sus detalles, a pesar que éstos son muy artísticos, verdaderas maravillas del arte.

Caracteriza este estilo, además, el cambio de la luz de la calle con la sombra de las habitaciones, y con la luz del patio de las casas sevillanas o de los jardinillos de los palacios venecianos. Contrasta, por fin, la luz de la plaza de San Marcos con el obscuro del interior de este templo, y la luz de la plaza, radiante de sol, con las místicas tinieblas de la Catedral sevillana.

Voy a exponer esas semejanzas comparando la fachada de la *Casa de Oro*, en su desigualdad original arquitectónica, con su cambio tan raro de luz y de sombra, y la *fachada* de otro palacio gótico con su ritmo interesante de arquitectura y su cambio de luz y sombra. Encontramos un ritmo muy semejante de esta fachada en la del *Alcázar* de Sevilla.

Y la falta de este sentimiento severo arquitectónico, esta predilección para un ritmo interesante y pictórico, lo vemos, tanto en el *patio* principal del Alcázar sevillano, como en el *patio grande* de la Casa de Pilatos, y finalmente, esta vista del *interior* de la Casa de Pilatos da idea de este ritmo tan pictórico de claro y obscuro.

No debemos olvidar de mencionar el gusto que, tanto los venecianos como los sevillanos, tenían por un colorido muy vivo, muy alegre. Muchísimas de las fachadas de los palacios venecianos, hoy en tan triste estado, estaban completamente decorados de pintura, y asimismo los patios y habitaciones de las casas sevillanas lucían una policromía espléndida de azulejos y de losas coloreadas.

Con esta base natural y artística se formó en Venecia, como en Sevilla, en el terreno de la pintura, un estilo verdaderamente pictórico, que aprovechó todo esto para un claroscuro

muy vigoroso, para un colorido brillantísimo, para una técnica muy amplia y pastosa, para un estilo que ve ante todo el colorido y no el dibujo. La semejanza con la pintura sevillana no existe únicamente en cosas de técnica. Todo el sentimiento de ambas escuelas es casi igual, muy bien explicable después de todo lo que hemos dicho acerca del carácter de una y otra población. Común es un sentimiento no dramático, apasionado, sino lírico, suave, sonriente, amable y hasta dulce. Notamos además en ambas escuelas cierta predilección por el empleo de mucho oro en los trajes de las figuras representadas, asimismo en los fondos, quizás explicable por la predilección de los ricos mercaderes hacia el lujo en todos sus actos y preferencias. Muy típico es, por ejemplo, la manera como en las tablas de las Ordenes militares, del Museo sevillano, obra de la segunda mitad del siglo xv, los Santos Cristóbal y Juan Bautista están vestidos con ricos trajes bordados de oro. En Sevilla se puede notar esta predilección aun hasta mediados del siglo xvi. El pintor flamenco Fernando Sturmes, que pasó la mayor parte de su vida en Sevilla, se obligó, en un contrato de 1554, a hacer unos cuadros para el Hospital de los Reyes Magos, y se lee en el contrato el párrafo siguiente: «El oro tiene que estar pintado lo más fino posible.»

Pero dejemos estas observaciones generales a un lado, y pasemos a ver las obras mismas, los cuadros, que nos enseñarán, no solamente la gran semejanza entre el arte sevillano y veneciano, sino tambien en qué grado la pintura veneciana influyó en la sevillana.

Uno de los primeros pintores que más han contribuído a las glorias de la pintura sevillana fue el maestro que introdujo el primero el estilo monumental del renacimiento italiano: Alejo Fernández, hermano del escultor Jorge Fernández Alemán. Es lamentable que sepamos tan poco de los comienzos de este artista, que trabajó a fines del siglo xv en Córdoba, donde se casó, que vivió después muchos años en Sevilla, donde murió en 1543. Nada sabemos de su patria, ni de si fue ale-

mán o flamenco. En todo caso, parece haber estado en la Italia del Norte y en Venecia. Esto nos demuestran los tonos grises en la sombra de sus figuras, especialmente en el cuadro de la *Virgen de la Rosa,* esta joya que decora el trascoro de la iglesia de Santa Ana de Triana, en Sevilla. La influencia veneciana se aprecia además en la manera como está compuesta la *Adoración de los Reyes,* el cuadro monumental de la sacristía de los Cálices, en la Catedral sevillana, que perteneció, con otros cuadros, a un altar muy importante, hecho por Alejo Fernández para la capilla del Jurado Nicolás Durango, en la referida Catedral. Este arco, que encuadra la composición de dicha *Adoración,* parece tomado de tablas venecianas, en que igualmente un marco de la misma clase forma la transición del cuadro al marco, como se ve en muchos cuadros de Juan Bellini, Carpaccio y Chima de Conegliano. Finalmente, la arquitectura y las observaciones de luz y de sombra en el cuadro del *Cristo a la columna,* en el Museo de Córdoba, y en un tríptico en poder de la Seo, de Zaragoza, presentan a nuestro artista como un discípulo de los italianos. El cuadro de Córdoba, que estuvo mucho tiempo atribuído erróneamente a Bermejo, no tiene nada que ver con este artista. Lo que nos interesa es, en primer lugar, el fondo con arquitectura y decoración italianas, y además esta observación de luz y de sombra que se nota en la pared. Asimismo, la arquitectura en los cuadros del tríptico de Zaragoza, es puramente italiana.

Es muy curioso un cuadro que se encuentra en el *Museo de Bellas Artes,* de Budapest, firmado por Pedro Sánchez; representa el *Santo Entierro.* El sarcófago muestra un ritmo singular de claroscuro semejante al de las fachadas de que hemos hablado.

En el curso del siglo XVI reinaba en Sevilla, como por todas partes, el romanismo, el clasicismo, que quiso imitar a las dos grandes luces del orbe, como escribió Francisco Pacheco, es decir, a Rafael y a Miguel Angel. Los mayores representantes de este estilo en Sevilla son el flamenco Pedro de Cam-

paña, que trabajó muchos años en Andalucía, y Luis de Vargas. Pero se puede notar en las obras de Vargas que tampoco este artista había olvidado por completo la tradición pictórica de los antiguos maestros sevillanos. El cuadro de la *Adoración de los Reyes,* en el zócalo del altar de la Natividad de Nuestro Señor, en la Catedral de Sevilla, pintado en 1555, lo demuestra muy claramente; recuerda mucho el primer estilo del veneciano Sebastian del Piombo. También la manera muy pintoresca en que está tratado el fondo del cuadro de la *Virgen de las Angustias,* en la iglesia de Santa María la Blanca, de Sevilla, pintado en 1564, prueba que el artista tenía bastante instinto para la realización de los efectos de luz.

Y al mismo tiempo, en 1555, pintó Pedro de Campaña esta hermosísima *Purificación de la Virgen*, en que el artista demuestra que tenía el ojo muy abierto para los efectos de luz y de sombra, porque representa de una manera muy interesante el contraste de un templo algo obscuro con la luz brillante de la plaza que se ve en el fondo del cuadro. La misma observación aprovechó más tarde Francisco de Zurbarán y supo realizarla, representar el mismo contraste tan interesante de luz y sombra, con una maestría insuperable en la *Famosa glorificación de Santo Tomás de Aquino,* pintado en 1631 para el Colegio de este Santo, en Sevilla, hoy en el Museo de la capital de Andalucía.

Los pintores andaluces aprovechaban para sus obras, en la segunda mitad del siglo XVI, como muchos otros en este tiempo, estampas que reproducían cuadros de famosos artistas italianos. Así, Vasco Pereyra, pintor portugués, que vino muy joven a Andalucía, y pasó después allá su vida, aprovechó en su *Anunciación de la Virgen*, cuadro pintado en 1571 para la iglesia de San Juan, en Marchena, una estampa que reproduce la hermosísima Anunciación, del Tiziano, pintada por este gran artista unos años antes para la iglesia de San Salvador, de Venecia. Naturalmente, la obra de Pereyra es mucho más seca que la del famoso príncipe del arte veneciano. Asimismo se ve,

indudablemente, la influencia del gran Tiziano en la Asunción de la Vírgen, obra principal de Juan del Castillo, maestro de Murillo, hoy conservada en el Museo de Sevilla. Pero hay que decir que las obras del Tiziano no han tenido para los pintores sevillanos la importancia que para los pintores madrileños del siglo XVII, que han estudiado con mucho éxito la colección riquísima de cuadros del Tiziano que podían ver en los reales palacios de Madrid y en El Escorial. En vez del Tiziano, el mayor discípulo suyo fue el que inspiró a los mejores y mayores genios de la escuela sevillana: Yacobo Robusti, llamado el Tintoretto. De este pintor, que ha querido reunir en su persona las calidades pictóricas del Tiziano de la última época, con la monumentalidad gigantesca de Miguel Angel, los sevillanos han aprendido muchísimo, sin hacerse esclavos de su arte, sin copiarlo. Ellos se han fijado en las características esenciales de este maestro veneciano, y con esta base han logrado elevar su arte pictórico hasta las cimas de la gloria. Esta aproximación tan estrecha a la pintura veneciana no era muy natural en esta época, en que aún imperaba la tendencia del clasicismo; al contrario. Fue una audacia, una revolución. Fue la liberación de la pintura sevillana del romanismo, de la manera seca de Villegas Marmolejo, de Alonso Vázquez y de Pacheco. Fue un verdadero renacimiento del arte sevillano. Y a quien se debe la resurrección del arte nacional sevillano fue al licenciado Juan de Ruelas. Digo Ruelas, y no Roelas o de las Roelas, porque el artista firma constantemente en los documentos Juan de Ruelas. Desgraciadamente, sabemos muy poco acerca de la vida de este gran pintor. Los documentos más importantes, es decir, el Archivo de la Colegiata de Olivares se quemó hace ya bastante tiempo. Sabemos que Ruelas nació de padres nobles, pero no está seguro si la fecha de su nacimiento, que nos comunican los antiguos biográfos, es exacta, porque parece poco verosímil que un hombre nacido por los años 1560, haya hecho el 1603 obras que nos revelan claramente a una personalidad que está aún al principio de su carrera artística. Me refiero a

las escenas de la vida de la Virgen, en la Colegiata de Olivares, que pintó, según Ceán Bermúdez, en 1603, para un clérigo de esta Iglesia, y que muestran una manera algo caravaggesca, es decir, la tendencia de marcar muy fuertemente las diferencias entre luz y sombra. Pero ya en estas obras se nota la nobleza de las figuras del maestro y su gran talento para la composición. Mejor y más importante es el cuadro que pintó después para el Hospital de San Hermenegildo, fundación del cardenal Cervantes, que representa el Tránsito de San Hermenegildo con el retrato del donante, hoy conservado en la iglesia del Hospital de las Cinco Llagas, de Sevilla. Tampoco el cuadro de la Natividad en el convento de Santa Isabel, pintado por el año 1606, según los biógrafos antiguos, que no se puede estudiar por razón de la obscuridad de esta iglesia, muestra todavía al artista en la altura de su saber.

Parece que desde los comienzos del año 1607 hasta fines del año siguiente Ruelas estuvo en Italia y en Venecia, porque el cuadro famoso de «Santiago en la batalla de Clavijo», pintado para la capilla de este Santo en la catedral de Sevilla, por encargo del Cabildo, entre Febrero y Setiembre de 1609, ya muestra completamente el estilo nuevo, definitivo, de nuestro pintor. Se admira un claroscuro caliente, un colorido brillante y de tonos intensos, una pasión hasta este tiempo no conocida en Sevilla, una monumentalidad de la composición, de las figuras, del concepto y de las dimensiones, también nuevas para Sevilla. El mismo espíritu y carácter lo demuestran sus otros cuadros como *La Pentecostés* que decora hoy el Museo de Sevilla. Qué dignidad y qué alegría, y a la vez, qué juego más acabado de luz y de sombra. Y asimismo la *Liberación de San Pedro*, pintado en 1612 por el artista citado, como donativo para la entrada gratuita en la cofradía de los señores sacerdotes seculares de San Pedro Advíncula, en San Pedro de Sevilla, es de una monumentalidad extraordinaria y de un claroscuro acabado. Interesante es también la hermosa *Concepción*, con el retrato del donante, D. Fernando de Mata, cuadro pintado

antes del año 1612, que conserva hoy el Museo de Berlín, muy brillante en sus colores y muy importante también por el paisaje. Finalmente, tenemos que mencionar aquí el gran cuadro que representa el Tránsito de San Isidro, que decora el altar mayor de la iglesia de este Santo en Sevilla, cuadro del que se puede decir, para caracterizarlo en una palabra, que es para Ruelas y para Sevilla lo mismo que el Entierro del Conde de Orgaz para el Greco y para Toledo. De unos detalles característicos del arte de Ruelas, influído por Tintoretto, nos informa muy bien *El Martirio de San Andrés*. Fue pintado para la capilla de los flamencos en el colegio de Santo Tomé, en Sevilla. Los flamencos encontraron el precio de 1.000 ducados, en que los artistas sevillanos habían tasado el cuadro, demasiado caro, y lo enviaron a Flandes para que se tasara allí; pero se tasó el cuadro en Flandes a un precio tres veces más alto que en Sevilla. Se nota en este cuadro el mismo movimiento que en los cuadros de los calvarios y de las escenas de batalla que ha pintado Tintoretto, y el mismo ambiente naturalista. El segundo término es más bajo y de una tonalidad más clara, y, como en las obras de Tintoretto, las siluetas se encuentran obscuras, destacando sobre trajes blancos o sobre el cielo.

La Circuncisión, esta obra magistral que pintó Ruelas para el altar mayor de la capilla de la Universidad de Sevilla, y las otras obras de su último tiempo, especialmente las que hizo para la iglesia del convento de la Merced en Sanlúcar, nos muestran el artista a la altura de su saber. El claroscuro de estos cuadros es de una belleza y armonía insuperable, los colores son de una serenidad verdaderamente veneciana. Estos cuadros, en conjunto, son dignos de alternar al lado de un Tiziano o de un Tintoretto.

Por esta predilección al Tintoretto, Ruelas es el que merece el nombre de innovador de la gloriosa pintura sevillana del siglo XVII, de Patriarca de esta escuela tan brillante, y no Francisco Herrera el viejo, a quien se ha llamado durante mucho tiempo Patriarca de los impresionistas, héroe que liberó el

arte sevillano de la manera tímida del siglo XVI. Pablo Legote, Varela y otros pintores menos importantes han aprendido mucho de Ruelas. Herrera ha aprovechado más que todos aquéllos del arte de Ruelas, porque a Ruelas debe el bulto de sus figuras, la monumentalidad de su dibujo y la fuerza de su colorido y el vigor de su claroscuro. Si Herrera superaba quizás a Ruelas en la bravura del toque, en la pasión de sus sentimientos, Francisco Herrera no alcanza jamás la nobleza, la dignidad, la armonía completa de Ruelas. Fijémonos en el cuadro famoso de Herrera, el *San Basilio* que se puede estudiar en el Museo del Louvre, de París. Tiene todo lo bueno del artista, esta monumentalidad, esta técnica tan amplia, y no pocas finuras pictóricas en los detalles. Las figuras son de una vida extraordinaria, son ejemplos del naturalismo marcado de Herrera. Pero de ninguno de estos tipos se puede decir que sería un tipo noble, muy espiritual.

También el hijo de este maestro, Francisco Herrera el joven, sufrió la influencia del Tintoretto, como se ve en el cuadro *El triunfo de San Hermenegildo,* que conserva el Museo del Prado. Herrera ha pintado este cuadro tan vigoroso ya después de haber marchado de Sevilla, aquí en Madrid, para un convento madrileño.

En Madrid sufrió también, como tantos otros, la influencia del Tiziano, pero hay que decir que quizás ningún otro pintor ha entendido tan bien al Tiziano como Herrera el joven; y la prueba de esto son los dos magníficos cuadros que representan el *Ecce Homo* y la *Calle de la Amargura,* que posee el Sr. Marqués de Cerralbo. Ambos cuadros son de una fuerza extraordinaria en el colorido, y de una técnica pastosa verdaderamente monumental.

Con mayor intensidad aún, y con mayor éxito también que Ruelas, el más famoso de todos los pintores sevillanos, Velázquez, estudió el arte del Tintoretto. No habrá habido otro gran pintor a quien más admirara Velázquez que a Tintoretto. *Velázquez* fue quien adquirió en Venecia el famoso cuadro *Lava-*

torio de pies, de Tintoretto, para su Señor el Rey Felipe IV; Velázquez fue quien copió este cuadro y quien dió a esta obra magistral del gran pintor veneciano el sitio de honor en la sacristía del templo de El Escorial. A este cuadro tenía que ceder su puesto el famosísimo *Descendimiento de la Cruz,* de Rogelio Vanderbeyden. ¿Qué admiraba Velázquez en este cuadro del Tintoretto? El arte con que Tintoretto había entendido dar la ilusión de una sala muy profunda, los tonos grises plateados y el ambiente. Y en otras obras del Tintoretto admiraba y aprovechaba los mismos elementos, como una generación antes lo había hecho Ruelas. El ejemplo más elocuente para todo esto es quizás el cuadro de la *Rendición de Breda, las lanzas.* Las figuras del primer término están pintadas con tintas muy fuertes e intensas; el término segundo es, como en los cuadros del Tintoretto, más bajo que el primero. Además, el segundo término y el fondo están tratados en tonos muy claros. Parece que la luz está absorbiendo los colores. Dominan tintas rosadas, azules y amarillas muy claras. Como Ruelas y Tintoretto, aprovechaba el efecto de las siluetas destacando sobre fondo claro. Lo demuestra la figura del soldado puesto delante de esta figura, vestida con traje blanco, maravillosamente pintada.

Se ha dicho que la invención de una parte importante de este cuadro, Velázquez la debe al Greco. Es esta parte la del fondo, inspirado, dicen, en el fondo del famoso cuadro de *San Mauricio,* en El Escorial. El que busca, encuentra. Por de pronto, no es tan importante este motivo como afirman; y además, Velázquez no tuvo necesidad de inspirarse en este cuadro para reproducir una formación militar, muy corriente en estos tiempos. Pero si Velázquez en la composición de este cuadro fue influido por algún otro pintor, no lo fue por este discípulo espiritual del Tintoretto, sino por otro admirador del gran genio veneciano, es decir, por *Rubens.* Dos cuadros de Rubens hay que tienen una composición muy semejante a la de *Las lanzas:* el *Encuentro del Cardenal Infante Don Fernando con el Rey de Hungría,* hoy en el Museo Imperial de Viena, y la *Reconcilia-*

ción de Jacob y Esaú, en la Pinacoteca de Munich. Del primer cuadro, Velázquez puede haber conocido reproducción, y el otro estaba en este tiempo en el Real Alcázar de Madrid. Sabemos que fue regalado a fines de este siglo XVII por Carlos II a su cuñado el Príncipe Elector de Dusseldorf, y con la famosa colección de este Príncipe llegó más tarde a Munich. La manera cómo está compuesto el cuadro, cómo se saludan los Príncipes, cómo está tratado el séquito y cómo están tratados los varios términos, especialmente el segundo, más claro y más bajo, y este joven con el caballo en la parte derecha, todo esto es de una semejanza grandiosa. Pero puede ser una sola coincidencia. Porque la Biblioteca Nacional de Madrid conserva, aparte de los estudios para la figura del General Spínola, precisamente el de este muchacho que está con el caballo, y se ve cómo Velázquez ha trabajado hasta que encontró la postura definitiva para esta figura.

La influencia tan marcada de Tintoretto sobre Velázquez no se aprecia en seguida en toda su intensidad. Las primeras obras de Velázquez después de su primera visita a Venecia, nos revelan de una manera interesantísima cómo este ilustre pintor español quería demostrar a sus compañeros italianos que también él sabía reproducir perfectamente el desnudo, este arte de que los italianos tanto se vanagloriaban. Por esto resulta que la *Fragua de Vulcano,* con sus desnudos, como la escena de los *Hermanos de José,* en El Escorial, se parecen muy poco en su composición a obras españolas, estando más bien inspiradas en su composición de relieves clásicos. Pero ya en estos trabajos, especialmente en la *Fragua de Vulcano,* se notan estos tonos grises plateados, tan típicos en las obras de Velázquez de los años 1630 hasta el 40.

Se ha preguntado de dónde procede esta predilección de Velázquez por estos tonos, así como tanta libertad en la técnica después de la vuelta del artista de Italia, y se ha supuesto que Velázquez debe quizás estas notas a Domenico Teotocopuli, al Greco.

Ya aparece aquí el ilustre discípulo del Tiziano, el tan moderno maestro de Toledo. Antes de entrar en el estudio de las relaciones del Greco y Velázquez, queremos contestar la pregunta sobre los tonos grises. Este gris plateado ya se encuentra en las obras de Pablo Veronés, como en unos de Tintoretto, como ya hemos dicho. Pero aparte de esto, hay que decir que en la misma época, poco más o menos, en que Velázquez demostraba esta predilección por los tonos grises, muchos otros grandes pintores mostraban la misma predilección. No quiero hablar de Rubens, que ya en los años 1618 hasta el 25 manifiesta esta preferencia, influído por su gran discípulo y colaborador Van Dick. No quiero hablar tampoco de la segunda manera de Guido Reni, que es la época de su estilo de gris plateado; pero hay que decir que el famoso pintor Frans Hals dejó por el mismo tiempo que Velázquez los tonos claros y calientes, y prefirió un tono gris, hasta que diez años más tarde se decidió por estos tonos verdinegros, tan característicos en el último estilo de este gran pintor holandés. Y más, Jusepe de Ribera se inclina en una serie de obras, pintadas en el mismo tiempo, igualmente a este tono gris, como lo demuestra especialmente el cuadro de *San Jenaro,* en Salamanca, y el cuadro de *Apolo y Marsias,* en Bruselas.

Pero no hubiera sido menester dar estos ejemplos, porque el gris del Greco y el de Velázquez son cosas muy diferentes. Este gris del Greco tiene que reunir sus brillantes colores; este amarillo, agudo como un sonido metálico; este azul brillante, aunque frío, semejante al cielo de una mañana de invierno; este carmín ardiente, y este verde, jugoso como un prado en Mayo.

El Greco necesita este tono gris para dar la armonía y la firmeza a la composición, a la estructura de sus colores. Este gris es para él como una cinta que sujeta un ramo de flores. En las obras de Velázquez el gris no puede tener este destino, porque Velázquez no es colorista, sino pintor de valores, que no usa ni aprecia generalmente el color en toda su pureza

y claridad, sino en sus variantes, en sus gradaciones determinadas por la luz.

En resumen: no creemos que la influencia del Greco sobre Velázquez haya sido tan decisiva como muchos afirman.

No hay que olvidar que el Greco era no solamente discípulo directo del Tiziano, sino el admirador y discípulo espíritual de Veronés, de los Basano, y en primer lugar del mismo Tintoretto, que tanto entusiasmó a Velázquez.

La Coronación de la Virgen, del Greco, esa joya preciosísima de la colección de D. Pablo Bosch, y el cuadro de Velázquez, del mismo asunto, perteneciente al Museo del Prado, que se ha comparado en los últimos tiempos tantas veces, son en el fondo cosas muy distintas. No tienen más de común sino cierta semejanza en la composición, y ésta ya se encuentra exactamente igual en obras anteriores; por ejemplo, en cuadros de Alberto Durero y también en cuadros ds la escuela flamenca.

Unicamente para sus retratos, Velázquez parece haber estudiado y aprovechado los cuadros del Greco. El retrato del Conde de Benavente, en el Museo del Prado, muestra cierta nerviosidad en la manera como está tratada la luz, una manera que no se encuentra por lo regular en las obras de Velázquez, pero muy común en las creaciones del Greco.

Es muy característico para las relaciones entre Velázquez y el Greco, que Velázquez no diera a ninguna obra del Greco un lugar preeminente cuando estaba arreglando de nuevo, encargado al efecto por Felipe IV, los cuadros de El Escorial. Y muy característico para todo es además que Velázquez tenía en su despacho, no cuadros religiosos del Greco, sino retratos suyos.

El Greco y Velázquez, estos dos grandes artistas, eran carecteres demasiado distintos en su vida como en su arte, para que Velázquez hubiera podido aprovechar mucho del Greco. El Greco es colorista; Velázquez, pintor de valores; el Greco es místico, idealista que busca lo fantástico, lo sobrenatural; Ve-

lázquez es realista, busca la verdad; el Greco es apasionado, dramático; Velázquez es más bien lírico. El arte del Greco tiene algo de gritón, de gesticulador; el de Velázquez es más bien reservado, y no revela sus hermosuras sino muy lentamente. El Greco es la nervosidad; Velázquez, la calma. El Greco, la naturaleza problemática, quizá la más interesante que hubo entre todos los pintores; Velázquez, la armonía más completa, más acabada.

El Greco nada en una abundancia de luz; la derrama en ríos y torrentes sobre sus cuadros. Velázquez busca posesionarse, guardar su encanto, sus maravillas; la luz no es para el Greco problema tan esencial como para Velázquez, que lo aprovechó en el factor importante para la construcción de sus cuadros.

Obras como las *Hilanderas*, o las *Meninas* hubieran sido imposibles para el Greco.

El Greco es de una producción tremenda; pero se repite demasiado, sin decir cosa nueva, y es además muy desigual. Velázquez trabaja poco, pero nunca se repite; cada obra revela un problema nuevo; es un progreso.

El arte del Greco es filosófico sentimental; el de Velázquez es ingenuo.

En el arte del Greco se nota el esfuerzo, el deseo de ser nuevo y original; el arte de Velázquez es natural, se desarrolla como una planta en la tierra.

El Greco es amanerado; pero él ha querido liberarse de su tiempo, que era una época de epigonos.

El arte del Greco es la revolución del epigono. Se admira en el Greco la personalidad, la fuerza de este hombre tan singular, la lucha artística, casi trágica; se admira al hombre para quien el arte era todo. El Greco fue sin duda el artista más artista antes de Rembrand. Velázquez, en vez de esto, es el inexplicable grandioso privilegiado de Dios, es el milagro del genio.

De Zurbarán no tengo mucho que decir.

Zurbarán es sin duda el artista español al que preocuparon menos las influencias extranjeras. Él permaneció en Sevilla, donde realizó un arte muy español, esencialmente castizo. La única influencia que sufrió fue la de Ribera en su juventud—influencia que fue de gran provecho para su arte—y la de Murillo en su última época, que le desorientó en cierto modo en su producción tan peculiar. Por el contrario, Murillo, menos personal, sufrió diferentes influencias. El es tal vez el pintor español de aquellos años que más se dejó influir por grandes maestros, españoles unos y extranjeros otros, pero supo, a pesar de esto, formar un estilo propio. Naturalmente, Murillo aprovechó también mucho de los venecianos, sea por el estudio indirecto, es decir, fijándose en las obras de Ruelas, de quien Murillo aprendió mucho, sin alcanzar la monumentalidad de este maestro, sea directamente por sus estudios durante sus visitas en Madrid y El Escorial. Y se puede decir que especialmente estos cuadros de Murillo, influídos por el arte veneciano, tienen un valor artístico muy importante, mayor que el de muchas otras de sus obras. Una prueba para esto son los dos cuadros hermosísimos, pintados para la *Iglesia de Santa María la Blanca*, en Sevilla, hoy en el Museo del Prado, que se refieren a la fundación de la iglesia de Santa María de las Nieves, en Roma. El claroscuro no puede ser más acabado; el colorido es de una delicadeza y hermosura extraordinarias; la técnica, insuperable.

Muy interesante es de ver cómo también Murillo aprovechó el efecto de la silueta grande, destacándose sobre fondo blanco, como lo muestra la grandiosa figura del Papa.

Por muchas razones, Murillo es quizá el pintor más típico andaluz, porque sus obras respiran este aire templado, este donaire, esta serenidad y alegría, este carácter tan caballeresco con su veneración muy especial por la mujer, sentimiento que encuentra su expresión más característica en los cuadros que representan a la Purísima Concepción.

Como los pintores venecianos, prefiere el sevillano Murillo

la nota lírica a la dramática, un colorido agradable a matices muy austeros.

Se ha designado en el siglo pasado a Murillo como el más grande colorista español del siglo XVII. No es esto cierto.

El mayor colorista de Sevilla en este siglo fue, sin duda, el famoso rival de Murillo, Juan de Valdés Leal, cuya personalidad tan interesante y cuyo arte tan característico empieza a respirar en nuestros días nueva vida, y a encontrar el aprecio que en verdad merece.

El arte de Juan de Valdés Leal revela el mayor brío posible en la técnica, y un sentido expresivo para los colores. Esto se manifiesta especialmente en sus cuadros, tan famosos, de nuestras postrimerías, en la iglesia del Hospital de la Caridad en Sevilla. Muy interesante es de ver cómo Valdés Leal tiene naturalmente en otro sentido, como los primitivos, una predilección muy marcada para pintar joyas y objetos artísticos trabajados en oro y plata.

Los modelos de Valdés Leal son, algunas veces, de una fealdad buscada; pero el artista sabe llegar a la belleza también aquí, por sus fuegos y por la hermosura de su colorido. El quizás superó a Ruelas en la pasión de sus figuras, en la nota dramática de sus representaciones; pero tiene también lo que, por ejemplo, Herrera no había heredado de Ruelas: la nobleza de sus figuras.

DR. AUGUST L. MAYER,
de la Pinacoteca de Munich.

LA AMÉRICA MODERNA

Oratoria malsana. Comentarios a un discurso propagado por una Universidad centroamericana. Imaginería retórica. El intercambio de la Retórica. Valor docente de la elocuencia.—La riqueza minera americana. El ejemplo de Guatemala. La minería en la Argentina. La cordillera de los Andes. Distritos mineros. Condiciones para el desenvolvimiento minero argentino. Falta de industrias. Falta de población. La exportación de la Argentina. Proporción de los productos.—El comercio de Sur América en 1911.—La revolución mejicana. Reconquista del territorio por los indios.—Vocabulario de centro-americanismos. Un libro curioso.

La lectura de un discurso que publica la *Revista de la Universidad*, de Tegucigalpa (Honduras) (1), pronunciado ante los estudiantes mejicanos en Toluca, por el honorable señor D. Rafael Heliodoro Valle, orador hondureño, me lleva a escribir unas consideraciones, dada la trascendencia pedagógica de discursos como el que nos ocupa. Discursos como el que daré a conocer por fragmentos, se leen con deplorable frecuencia en el publicismo americano, compuestos por americanos unas veces, por europeos otras; europeos que creen satisfacer el gusto americano acumulando la hipérbole y el símbolo en sus trabajos; dando el primer puesto a las creaciones fantásticas, a la profusión imaginativa, en vez de buscar la limpidez, el estilo y, sobre todo, la elevación en el pensar. Discursos de

(1) Año IV, núm. 1.

esta clase son estériles, en cuanto se intenta la propaganda de alguna idea mediante ellos; perturbadores siempre, porque despiertan un afán de imitación en los lectores jóvenes, que los conduce a verdaderas desviaciones intelectuales.

He aquí cómo el honorable orador hondureño habla ante los estudiantes mejicanos:

«Dispénseme la joven gente briosa que desgrane en su loor mis collares de agradecimiento enternecido, ya que ella ha desdoblado sobre la hidalguía de su tierra una alfombra de pétalos para que pase mi rocinante lírico. Gracias, amigos míos, porque me habéis hecho millonario con las esterlinas de vuestros aplausos. Son tan bellas esterlinas y tan finamente cordiales, que su oro resplandecerá en mi escarcela, a pesar de su esencia intangible, y tan firme de liga, que no hay otro metal que perjudique la sonoridad encantadoramente gentil con que me alegran.»

En este exordio hay un claro documento para la psicología experimental: se puede fijar un carácter por las asociaciones del vocabulario. En la salutación a la asamblea que le escucha, el honorable orador hondureño asocia cosas afines agotando la representación *moneda;* la libra esterlina tira de los cabellos a las escarcelas, al oro, a la liga de las acuñaciones, a la sonoridad de los metales, al... ¿A qué seguir? Después de haber hecho con el sentimiento de gratitud unos collares (como hubiera podido hacer unos tirantes), para desgranarles sobre una hidalguía que inmediatamente llama a un rocinante lírico, ya todo puede admitirse, puesto que navegamos en franquía por los mares de las anomalías retóricas.

Los jóvenes mejicanos siguen siendo saludados por el retórico hondureño:

«¿Qué otra cosa debía ofrecer a la parvada rumorosa que se pone a cantar sobre mis árboles en fiesta? ¿Qué más podría ofreceros a vosotros que me miráis detrás de transparencias? El esfuerzo del labio mío se arrodilla en este santo minuto, sufre ante la palabra intocada, pero la palabra no se conduele

ante la solicitud del corazón. Hay tantas cosas que quisiéramos decir en nuestros momentos diáfanos, cuando amanecemos con el pensamiento claro, que éste, á pesar de todo, como que se esfuma ante la vaguedad doliente de la palabra que rumorea sin congelarse sobre el hilo de oro de la lira. Y cuando nos sentimos satisfechos de haber encerrado una íntima vibración en el vaso hechicero y astral de la frase armónica, tal parece que Dios mismo se alegra porque nos ha revelado un punto de luz de su granero de astros, una gota de su gran fragancia etérea, un filo envolvente de su nube presididora entre majestad de lampos. Bienaventurados los que dejan el reino de la tierra por el apostolado de la palabra, como deja el ruiseñor que empolla en el hueco tibio a la rumorosa pichonada sólo por irse en éxtasis al aire, a las nubes, a presenciar cómo está de blanco el plenilunio, cómo está de suave la brisa, para decir sus «stacattos» y sus floraciones de música divina. Y este momento es así: quisiera decir muchas cosas que me aletean en lo interior, pero las palabras como que me huyen y se desvanecen temerosas hasta de su sombra. A pesar de tanto brinco en fuga, va mi rocinante alado en pos de ellas; va, como la tarde infantil que ayer adoré iba recogiendo margaritas por el campo azul, vadeando cumbres...»

La profusión de imágenes, la asociación de representaciones de colores y de sonidos, los abusos del símil y el lenguaje simbólico; todo ello, embutido en períodos oratorios de resonancia conseguida por cláusulas inacabables, da por resultado una mesa revuelta que dista mucho de ser el barroquismo, a veces excusable y no pocas artístico. No hay ensambladura posible que dé conexión a tantos elementos dispersos y conglomerados formales, incapaces de contener una idea directriz y, mucho menos, una serie lineal, lógica, de conceptos engarzados, que son los que deben constituir el fondo del discurso. En el arte gracioso o decadente, la línea está a punto de perderse; en el que se extralimita por encima de la divisoria churrigueresca, no hay más que confusión. Ahí está el ejemplo de las

páginas de los Goncourt, en las cuales los tiznados del pastel se entremezclan en confusión multicolor, de tal suerte, que en vez de despertar una sensación cromática definida, se sentía más bien la impresión de una serie de palabras como azul, verde, rosa, amarillo, que impresionaba el oído, pero no la retina.

En resumen: que esa manera de hablar, en fuerza de querer decir muchas cosas, no llega a decir nada. Y si no, allá va otro parrafito del orador hondureño, a ver quién lo descifra:

«Bendita sea la esperanza, que no nos abandona en este viaje tan largo y con tanto guijarro, que nos es morral de amor y báculo de frescura en el diario batallar, que se toma hasta el trabajo de ponernos en los labios la alabanza con que hemos de bendecirla, tras el pan cotidiano que cae de su mesa en la forma del libro empollador de soledad, o de la tecla enfermadora de almas enfermas, o de la lira de áureos topes, en cuyo cordaje sonoro se enreda contrito el sufrimiento, o de la espada sacrosanta, enfloradora de glorias, que trueca el épico páramo donde las banderas desdoblan sus palios solemnes y bárbaros en un valle de laureles, en cuyo seno se refrescan los huesos de la batalla y se sientan a descansar las bellas cabezas trémulas de los luchadores invictos, que si se quitaron el sombrero purpúreo y se empinaron...»

Hasta ahora no creo que los estudiantes de Toluca se hayan enterado de algo, como no sea del nunca visto *báculo de frescura y del morral de amor* del honorable orador hondureño, cuyos discursos propaga la Universidad de Honduras. Por lo demás, se ven en estos párrafos dos palabras, camino y espada, que sirven de aglutinante a una parrafada de retorcidos lirismos. Nótese que no hago cuestión de los solecismos y de la peculiar sintáxis del orador; en las exigencias del casticismo, no me meto; en las de la lógica, hay que ser inflexible.

Tampoco se descubre nada cuando el Sr. Heliodoro Valle abre su alma; la obsesión del símil le inunda por completo:

«Este instante se me abre en el alma, muy dentro del alma,

con la caricia, con la excelsitud, con la fineza de una vara de reseda, verde y blanca; blanca, porque el instante es purísimo, y verde, porque es enternecedor. Después del viaje a tientas hacia donde apunta la rompiente lanza de la melodía, tras la ráfaga cruenta, crucificada y sin morirse la Esperanza, con cilicios la mente, húmedas las manos por los claveles que gotean nuestras plantas, ya que a veces, en la romería nos hacen falta la venda verónica y el pañuelo untado de consuelo; sin poner a la pena hostil y al cardo heridor más rompeolas diamantino que el del verso, ni más aceite remediador que el de la plegaria toda vuelta al santuario entre la tarde reverente...»

Una serie de discursos como éste, y a fin de curso los estudiantes de Toluca se habrán vuelto locos u oradores de este estilo.

El orador hondureño sigue la vieja preceptiva retórica que aconseja hacer una llamada sentimental al auditorio, preparadora de los aplausos. ¡Pero de qué manera! El lector más esquinado, bronco y austero, se convierte en humorista, y tal vez tocará en los linderos de la frase equívoca y de dudoso gusto al contemplar las últimas serpentinas lanzadas por nuestro lírico vocero. Hágase la prueba:

«Señores: yo no sé qué es lo que estoy diciendo, qué es lo que siento, qué es lo que me aletea y me tortura en lo interior; pero tengo muchas cosas que quisiera echarlas afuera o encerrarlas en estuches de silencio sacrosanto. Es como si alguna mano blanca me arrojara un fácil gotear de hojas de rosa, como si muy allá, muy dentro de la boca, sintiera un ir y venir de rocío que endulzara mis palabras, como si detrás de mis pupilas pasara un río de magnolias recién abiertas que anegan con la ternura de su perfume el valle de oro de mi sér. ¿Qué tienen mis labios para que se endulcen con la seda musical de una inspiración casi intempestiva que pugna en vano por engastarse con decoro en la sortija de brillantes de la palabra cantada? ¿Qué tienen mis sienes que se inundan con el temblor que sube de estas olas del corazón tan cubiertas de es-

pumas de lirismos, de ramazones de recuerdos y de nidos en calma? ¿Se ha dado cuenta mi cabeza de todas estas manos que me constelan el pecho con unciones de cariño gentil, de todos estos vuelcos del entusiasmo que me ponen fino el corazón, que me hacen suave como bajo un ungüento magdalino, y que me rellenan con una madeja hilada, quién sabe por qué, buenas manos generosas?...»

¿A qué vienen esas inesperadas torturas, esos claveles, esas magnolias, esos ungüentos de María Magdalena, ese algodón hidrófilo, que en todo estará bien menos en los arranques líricicos? ¿Dónde esté el valle de oro del Sr. Valle, ni qué modestia es esa? Después de leer este discurso (que si no miente la *Revista de la Universidad*, de Honduras, fue muy aplaudido), no queda idea alguna en la conciencia del lector ni una impresión definida en la memoria; deja tan sólo la impresión del espectáculo indiferente de un carro de mudanzas que se descarga y saca hacinados las cosas y enseres más distintos.

No es labor sin finalidad la que se hace exponiendo y comentando discursos de esta clase, reveladores de una desviación de muchas mentalidades; una balumba de literatura viene y va a Ultramar con el sello de la vaciedad y de la incongruencia, sazonada de lirismos. Este discurso es un símbolo; este orador, un tipo representativo. Yo he leído parecidos párrafos en oradores europeos exportados a América, y he escuchado análogos períodos en oradores americanos que hablaron en Madrid. Me han hablado de Garibaldi, encajando en la descripción de su retrato el color de su blusa, los trigales de la la Argentina, el piafar de los potros; y al final de la descripción, he tenido que preguntar: «¿Dónde está Garibaldi?» El héroe yacía sepultado por la montaña de imágenes retóricas.

Esta oratoria, que siempre es deplorable, resulta nociva cuando se deja oir en centros docentes, o tiene influencias pedagógicas más o menos inmediatas, como en el caso de los estudiantes de Toluca. Cuando se quiere adoctrinar, enseñar, hacer pensar, hay que comenzar por atarle las alas al Pegaso

de la fantasía y hacer que tire pacientemente de la coyunda en unión de la inteligencia ilustrada, para abrir el surco hondo en el cual se ha de depositar la semilla. Y no es que la elocuencia sea antipedagógica; que la oratoria, hablando en términos generales, deba proscribirse de la enseñanza, como algunos quieren (generalmente, malos oradores o cerebros de paso boyuno); el buen orador, en la cátedra realiza la incomparable labor de hacer que las ideas por él vertidas sean asimiladas por el oyente, como si realmente éste mismo las hubiese pensado, dice Paulsen, el profesor que fue de Filosofía en la Universidad de Berlín, en su libro sobre las Universidades alemanas (*Die deutschen Universitäten*. Berlín, 1902). Buenos filósofos eran Simmel y Paulsen; sin embargo , Simmel tenía más discípulos por su superioridad como orador comparado con Paulsen; grandes economistas son Schmoller y Wagner, pero Schmoller hace más discípulos por sus condiciones de superioridad oratoria. Lo que hay que combatir es esa oratoria que se confunde con la farsantería propia de la farándula y que tiende a dejar anulada la vida de la conciencia, y sólo despierta la vida medular, la emoción, que busca la vanidad del aplauso o el efecto útil parlamentario.

*
* *

La minería está destinada a ser una gran rama de la producción en los países ibero-americanos. Los buscadores de oro fueron los primeros productores que se manifestaron en el suelo americano; éstos fueron después reemplazados por los comerciantes y agricultores. En la actualidad, la industria minera no se ha desarrollado en los países a que nos referimos por varias causas, sobre todo, porque el comercio y la agricultura dan ganancias más rápidas que la minería, que exige grandes investimentos de capital, tiempo para penetrar las capas del suelo, abrir galerías, etc.; el campo de acción de la minería es, sin embargo, muy extenso en América.

En pequeñas repúblicas centroamericanas, en las cuales atrae más la busca de la ganancia comercial, que consiste en vender más caro lo que se compra a algunas leguas de distancia, absorbiendo así gran parte de la actividad industrial, la riqueza minera ofrece un campo de negocios de importancia.

Respecto de Guatemala, ha dicho el ingeniero A. E. Roberts, en el importante periódico *The Dayle Ficayune:*

«En la actualidad y en tiempos pasados, la industria minera ha sido muy descuidada en Guatemala, y la atención general ha estado dedicada a la agricultura con una consagración especial al cultivo del café. Sin embargo de esto, el campo mineral del país es muy extenso, y no encuentro una razón que justifique suficientemente, no explotar esta inmensa riqueza que vendrá a ayudar poderosamente al desarrollo material del país.

Yo puedo juzgar a Guatemala hasta donde alcanza la órbita de las investigaciones a que estuve dedicado, y la considero como un gran país minero y susceptible de un grandioso desarrollo.

En la parte Norte de la República hay una rica zona, donde se encuentran ricos depósitos de plomo argentífero, y dentro de algún tiempo, que creo no estará muy remoto, estarán trabajadas en una extensa escala con magníficos resultados. En línea diagonal hacia el Sur, la zona mineral puede trazarse por todo el camino que sigue hasta la frontera de Honduras y también entre la frontera de Honduras y el Salvador.

En la parte oriental de Guatemala hay numerosos placeres que pertenecen a las familias Potts y Knight, de los EE. UU. los que producen considerables cantidades de oro.

La región aurífera de Guatemala existe en la parte oriental de la República, en toda la extensión de la frontera hondureña, de la que hemos recibido numerosas muestras que indican ricos veneros. Algunos de los ensayos hechos de estas muestras, tomados a granel, acusan varios miles de dollars por tonelada, cuando otras no producen más que unos cuantos do-

llars. Concienzudamente puede decirse que hay cantidades considerables, tanto de escaso como de abundante mineral, y que será un negocio muy productivo la explotación de las regiones minerales de este país.

Encontramos algunos grandes veneros argentinos en el departamento de Santa Rosa, en que el mineral acusa 40 pesos plata por tonelada. Concentrando estos veneros, pueden producir un magnífico provecho.

Hasta ahora, nuestros esfuerzos se han concentrado a los proyectos; pero tan pronto como estén localizados definitivamente, se principiarán los trabajos, estableciéndose las instalaciones necesarias para la explotación económica que haga obtener el producto.

El capital americano y extranjero se dirigirá a Guatemala de una manera que no tiene precedente y, ciertamente, tanto los recursos minerales como los agrícolas, están preparados para un maravilloso desarrollo en un período muy próximo. El Presidente de Guatemala es un hombre progresista, y ha hecho y está haciendo admirables trabajos. Es activo y enérgico, y los esfuerzos que está poniendo en actividad para reconstruir el país, es seguro que serán premiados con los resultados que persigue.»

Esta información que presentamos respecto de Guatemala ofrece análogos resultados a los que se obtienen de los otros países del continente, sobre todo, en la Argentina.

La producción de los países ibero-americanos es agrícola principalmente; en la Argentina está casi toda la actividadd absorbida por la agricultura, no obstante su riqueza minera y su capacidad industrial.

Desde 1905 se ha producido un movimiento a favor de la industria del oro, de la plata y del cobre, en la Argentina, y se han creado, con tal motivo, importantes sociedades anónimas. El Gobierno argentino, para fomentar tal desenvolvimiento, construyó un transportador áereo destinado a las minas de Famatina, que es una maravilla de la ingeniería.

A lo largo de las vertientes orientales de la cordillera de los Andes, desde Bolivia a la Tierra de Fuego, se extienden los distritos mineros, sobre todo en las provincias de Mendoza, San Juan, la Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy, Tucuman, Córdoba y San Luis. En estas zonas se encuentran vestigios de antiguas explotaciones mineras. La base de vida para toda esta población está en las explotaciones mineras que se realizan, en gran parte, de una manera rudimentaria. La dificultad en los transportes ha impedido durante algún tiempo el desenvolvimiento de las explotaciones, que han entrado en una nueva fase de desarrollo, cuando las ramificaciones de las líneas ferroviarias han cruzado los distritos mineros, y se han establecido, por otra parte, por transportes áreos. Hay además de los distritos mineros de la cordillera otras comarcas del interior, ricas en yacimientos minerales, que no han sido explotadas todavía, porque los mineros prefieren ir a los distritos ya conocidos, y no entregarse a los trabajos de exploración e instalación.

He aquí la distribución geográfica de la riqueza minera argentina en explotación:

En la provincia de Mendoza existen minas de cobre, galenas argentíficas, cuarzo aurífero, petróleo, hulla, alabastro y mármol. En la provincia de San Juan se encuentra el cuarzo aurífero, la plata, el cobre, el antimonio, la hulla, el azufre y el amianto. Para favorecer la explotación minera de que es susceptible esta región, sobre todo en las minas de Salagasta (Mendoza), el gran Oeste argentino construyó los necesarios empalmes.

En la provincia de la Rioja hay ricas minas de plata nativa y minas de cobre, en cuyos minerales van mezclados el oro y la plata. Para facilitar la explotación se construyó el transportador áereo, que había de reunir el Cerro de Famatina y el centro minero de Chilecito con las líneas férreas.

En la provincia de Catamarca, que constituye el centro de la región minera de Capillitas, existen minas de cobre, cuyo

mineral tiene un gran contenido de oro y plata; la explotación se realiza desde hace más de treinta años. Estas minas están reputadas como las más ricas, fueron adquiridas por una compañía extranjera que comenzó a explotarlas en vasta escala, estableciendo un transportador áereo para descender los minerales de la montaña. En otros puntos se han encontrado a flor de tierra los filones de cobre, de galena argentífera, de bismuto, de antimonio, de mica, de cuarzo aurífero y minas de hulla.

En las provincias de Salta y de Jujuy se encuentran ricos filones de cuarzo aurífero, galena argentífera, cobre, borato de calcio, lignito, y también se encuentra el petróleo. Los ríos que descienden de sus montañas arrastran arenas auríferas. Se formaron varias empresas con capital argentino y extranjero, a fin de explotar todas estas riquezas, y los resultados han sido satisfactorios. Como sucede en otros distritos mineros, la falta de comunicaciones contiene el desarrollo de las explotaciones mineras; es de esperar que cuando los ferrocarriles argentinos se prolonguen hasta Bolivia, las explotaciones mineras de estas provincias adquirirán un gran desarrollo.

En la provincia de Tucumán se explotaron, desde hace tiempo, las minas de plata. Las minas de cobre de Alconquija se consideran como una continuación de las minas de Catamarca.

En las provincias de Córdoba y San Luis hay yacimientos auríferos, galenas argentíferas, cobre, manganeso, wolfran, canteras de mármol, etc.

En los territorios nacionales de Tierra de Fuego y de Santa Cruz, situados en las riberas del Atlántico, se encuentran arenas auríferas, en las cuales se entremezcla el polvo fino de oro y en pepitas, en cuya explotación se ocupan muchos trabajadores. En Tierra de Fuego se formó una sociedad importante, con capitales argentinos y norteamericanos, para dedicarse a esta explotación. También se encuentran en estos territorios el lignito y la turba. En Santa Cruz hay explotaciones de sa-

linas, cuyo producto se destina al mercado de Buenos Aires.

También en el Chubut, el río del mismo nombre lleva mineral aurífero, cuya presencia se encuentra también en los numerosos afluentes que nacen en la región andina. La presencia del oro se ha notado a más de 100 millas de la cordillera, y las distintas expediciones que se han organizado para la rebusca del oro han conseguido encontrarle al pie de la montaña en forma de pepitas.

En el territorio de Neuquen se ha obtenido oro en abundancia, y se han descubierto minas de cobre, galenas argentíferas, de carbón y de petróleo. La cantidad de oro que se ha extraído anualmente en Neuquen, en los lavaderos de Villa Michicó y sus alrededores, se calcula en 150 kilogramos.

En el territorio de Río Negro hay abundantes canteras de materiales de construcción; en la Pampa Central se explotan minas de cobre; en Misiones se encuentra el cobre nativo, el hierro y el manganeso; en Puña de Atacama (Andes) los depósitos de borato de calcio son abundantes, lo mismo que los yacimientos de cuarzo aurífero.

Lo descubierto representa una pequeña proporción de lo que realmente existe; los territorios son muy extensos y las exploraciones todavía incompletas, lo que hace suponer que la riqueza minera argentina tiene un vasto campo por explotar y un porvenir de indudable grandeza. La legislación, por otra parte, no pone trabas a las explotaciones: todo solicitante capaz de administrar sus bienes puede ser concesionario de las minas; la misma legislación de minas comprende a todo el país.

La propiedad minera se adquiere presentando una solicitud por escrito, en la que se indica con exactitud la propiedad que se demanda, los detalles de su descubrimiento y otras informaciones útiles, a las que se acompañan muestras del mineral encontrado. Una vez presentada tal demanda, la Administración la inscribe con la fecha de la presentación, para hacer constar la prioridad, y cuando la concesión ha sido fijada, el

solicitante puede disponer de la mina en plena propiedad. No soporta ningún impuesto, está sometido al mismo régimen que los demás minerales que se venden en el país o son exportados. Al propietario se le impone sólo la obligación de trabajar la mina con cuatro obreros, por lo menos, durante doscientos treinta días al año; si esta condición no la realiza el propietario, entonces cualquier otra persona podrá pedir la concesión de la mina abandonada.

Todo, pues, está ordenado a favor del desenvolvimiento minero; no obstante, éste no avanza tanto como las posibilidades lo permiten. Las causas son bien claras.

La Argentina no ha entrado aún en la fase económica del desenvolvimiento industrial, esa fase que, como dice el economista alemán Schönberg, representa la cúspide del desenvolvimiento económico, el ciclo espiritual y progresivo. La tierra absorbe los capitales, brazos, iniciativas; el producto que se obtiene de tales empleos es muy remunerativo, y por esto el trabajo rehuye la cuidadosa iniciativa industrial, cuyos resultados son siempre más inseguros que los agrícolas. Si la población hubiese adquirido esas densidades que hacen preciso el empleo de brazos sobrantes, el desenvolvimiento industrial no se haría esperar. La mano de obra es poco abundante; forzosamente ha de concentrarse el trabajo en contadas explotaciones. Un fuerte proteccionismo industrial es lo indicado para favorecer el desarrollo de tal orden en los países necesitados de él; pero en la Argentina, hoy por hoy, no se hace necesario el estimular el desenvolvimiento industrial por tales medios. Falta masa de población consumidora, y, por otra parte, los ingresos de aduanas se verían disminuídos por falta de importación industrial y no compensados con el necesario desarrollo de la población, productora y consumidora.

Todo depende, pues, del desarrollo de la población. El incremento natural de la población argentina no permite un rápido desenvolvimiento de sus industrias; pero tiene en cambio el incremento por inmigración, que puede sustituir a

aquél. Bajo toda clase de consideraciones, se ofrece el valor del hombre como el más preciado para países como la Argentina. Malthusianismo y neomalthusianismo son doctrinas que la Argentina no necesita conocer en mucho tiempo; antes al contrario, una gran confianza en el porvenir y procurarse gran cantidad de material humano, han de ser el objeto de sus inspiraciones y esfuerzos.

No es un obstáculo, como algunos creen, el que los yacimientos mineros argentinos se encuentren distanciados del mar por trechos de 1.500 kilómetros; claro está que tal situación no es una ventaja, pero el desarrollo industrial en algunos pueblos como Alemania y los Estados Unidos, se ha conseguido a pesar de encontrarse muy distanciados de la costa los centros industriales. El combustible y el hierro son la base de todas las industrias, y cuando el combustible no existe con la necesaria abundancia, se aprovecha entonces la fuerza motriz del agua. En cuanto a lo primero, no puede decirse o concluirse que la Argentina no posee combustible en abundancia, porque, como queda dicho anteriormente, no se ha podido estimar en toda su magnitud o aproximadamente, la riqueza minera del territorio argentino; le hay, si bien no se pueden hacer comparaciones con el desenvolvimiento adquirido por los Estados Unidos. Todo esto es aún algo problemático, y no deben aventurarse afirmaciones. En cuanto al empleo de la fuerza motriz del agua, no puede afirmarse en la Argentina que pueda sustituir la falta de combustible. En la región de Córdoba, de Tucumán, hay algunos saltos de agua, pero las fuerzas que se pueden sacar no hacen esperar una vasta adaptación a grandes industrias. Las cataratas de l'Iguazú, que están situadas en el alto Paraná, en los confines del Brasil y del Paraguay, representan una fuerza tres veces más importante que la del Niágara. Estos saltos tienen 3.700 metros de extensión y 65 metros de altura. Está situada en los confines del territorio y en medio de una región forestal algo innacesible, lo que hace difícil su aprovechamiento; por lo menos durante algún tiempo.

Finalmente; para tener una representación clara de la clase de riqueza predominante en la Argentina y del gran campo que el desenvolvimiento industrial se le ofrece en lo futuro a la República, bastará comparar las cifras más importantes de la exportación conforme a las diversas clases arancelarias:

		Pesos oro.	Por ciento.
Productos de la cría del ganado.			
Animales vivos	2.844.836		
Lana, cuero, etc.	97.746.156		
Materia animal trabajada	12.373.801		
Residuo animal	2.153.670		
		115.118.457	31,5
Productos de la Agricultura.			
Materia primera	231.277.837		
Materia vegetal trabajada	5.239.346		
Residuo vegetal	5.159.981		
		241.677.164	66,1
Productos diversos.			
Productos minerales	810.961		
Productos de la caza y de la pesca	498.612		
Productos forestales	6.347.234		
Productos y artículos diversos	1.552.913		
		9.209.720	2,4
	Total....	366.005.341	100,0

***

Según las últimas estadísticas publicadas por el Departamento de Comercio y Trabajo de los Estados Unidos, el comercio de este país con los de la América del Sur, durante los once primeros meses de 1911, alcanzó un valor total de 273 millones de pesos oro. Tomando como cifras correspondientes al mes de Noviembre, que acusan un total de 29 millones, puede calcularse el valor del comercio para todo el año en 300 millones de pesos oro, o sea una cantidad mayor a la obtenida en años anteriores. En 1900, dicho total fue de 144 millones; en 1905, de 211 millones, y en 1910, de 290 millones.

En los primeros meses de 1911, las importaciones de los Estados Unidos excedieron a las exportaciones de este país a Sur

América. Las primeras fueron valuadas en 165 millones y las segundas en 109 millones, representando estas últimas el 40 por 100 del valor total. En 1910, las importaciones fueron valuadas en 103 millones, en tanto que las exportaciones sólo alcanzaron un valor total de 41 millones, o sea un 29 por 100 del valor total del comercio.

Las exportaciones de Sur América a los Estados Unidos, clasificadas por orden de importancia y calculadas para todo el año de 1911, de acuerdo con las cifras publicadas por el departamento arriba citado, fueron como sigue: Brasil, 100 millones contra 104 en 1910; Argentina, 28 millones contra 32 en 1910; Chile, 19 millones contra 20 en 1910; Colombia, 10 millones en comparación con 7 $^{5}/_{4}$ en 1910; Perú, 9 millones contra 8 y medio en 1910, y Venezuela 8 y medio millones contra 7 y medio en 1910. Las exportaciones del Ecuador alcanzaron un valor de un poco más de 3 millones.

Las exportaciones de los Estados Unidos a los países suramericanos, en 1911 tuvieron un gran aumento, comparadas con las del año anterior, pues se calculan en 120 millones contra 100 millones en 1910. Las efectuadas a la Argentina, cuyos mercados son los de más importancia hasta ahora para los productos americanos, aumentaron de 42 $^{3}/_{4}$ millones en 1910, a 50 millones en 1911; las de Brasil, de 25 a 28 millones; las de Chile, de 10 a 15 millones; las del Perú, de menos de 5 millones a 6 millones; las del Uruguay, de 4 y medio a 5 y medio millones; las de Venezuela, de 3 a 4 millones, y las de Colombia, de 4 $^{3}/_{5}$ a un poco más de 5 millones.

Los principales artículos de exportación de la América del Sur a los Estados Unidos consistieron en substancias alimenticias y materia prima para las industrias, en tanto que las de este país a los de Sur América consistieron en productos manufacturados.

* * *

La revolución mejicana no es toda ella un movimiento político de los que suelen producirse en las Repúblicas hispano-

americanas con harta frecuencia: tiene la revolución actual una significación social desconocida por muchos, sobre todo en Europa.

Los que intentan derribar a Madero para poner en su lugar a Vázquez, a Orozco o a otro candidato, son ciertamente agitadores políticos, los eternos representantes de las luchas de bandería, pero llevan como colaboradores de su acción revolucionaria una masa de gente aborigen que lucha por la reconquista del suelo.

Una revista americana, *Collier's,* impresionada por el carácter de la revolución, mandó a Méjico un corresponsal, quien se entrevistó con Zapata y otros jefes del movimiento agrario. De la información hecha traducimos lo siguiente:

«En mi visita al distrito insurreccionado, al principio fu recibido con prevención, pero pronto ésta fue sustituída por una extrema cordialidad. Tan pronto como los indios supieron que era yo americano, se despojaron de toda su reserva y suspicacia, y me hablaron con toda franqueza. El argumento principal para justificar su conducta es éste: «Durante cuatrocientos años hemos nacido y vivido en la esclavitud, hambrientos y despojados de todos nuestros derechos. Cada vez que un político revolucionario nos necesitaba para derribar a un Gobierno malo, acudían a nosotros; pero, luego que veían realizados sus deseos, se olvidaban de las promesas que nos habían hecho. Lo que nosotros queremos ahora es que nos devuelvan las tierras que nos arrebataron, y estamos dispuestos a recuperarlas por todos los medios, buenos y malos.»

Esto ha sido calificado por algunos como revelaciones de una revolución agraria. Nada más incierto. Las revoluciones agrarias van encaminadas a transformar el derecho de propiedad del suelo, aun sin tener como fundamento la reivindicación histórica de los indios mejicanos. El rescate de tierras se lleva a cabo, como en Irlanda, por exigencias de una política económica de finalidad social. En Méjico se trata de una lucha de razas. La raza aborigen ha sido en grandes zonas del terri-

torio nacional completamente desplazada y sustituída por el elemento colonizador español; la lucha se libra, pues, entre conquistadores y conquistados, no entre clases sociales de un mismo pueblo y por la transformación del derecho agrario.

Los que, llevados de una falsa idea de la historia mejicana y teniendo sangre española, se entusiasman con los héroes indios vencidos por los conquistadores, ya tienen la contestación de su origen en esos mismos indios que ahora se sublevan, no para apoyar a tal o a cual presidente o candidato, sino para disputar el suelo de Guatemuz a los descendientes de Cortés, los sacrificadores del caudillo mejicano.

Entre ambos caudillos no es dudosa la elección. Los hispanófobos y los ignorantes elegirán al indio y le llamarán su padre; los cultos y de espíritu sereno reconocerán su progenie española y no renunciarán a la gloria de ser los hijos de los conquistadores.

La lucha de razas se perpetúa aún. Para encontrar episodios cruentos entre conquistadores y conquistados, no es necesario remontarse a los días del descubrimiento; basta escuchar ahora a los indios mejicanos...

***

Con títulos patológicos se han publicado varios libros sobre determinados países ibero-americanos. Bolivia y Centro América han sido los países más castigados por la crítica de los escritores. El nuevo libro sobre el estado insano de Centro América se titula *La enfermedad de Centro América*. (Barcelona, 1911.) Y su autor, Salvador Mendieta, se titula «Extranjero pernicioso de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, y últimamente, de Honduras, ex-presidiario de estos tres últimos Estados».

La primera impresión que se recibe al leer por fuera el libro, es la de que un *mattoide* ha hecho gemir la prensa. Después, dejando aparte los resquemores del autor, nos encontra-

mos ante una obra de apreciable valor. De él me ocuparé, dando ahora un resumen del vocabulario de centro-americanismos que inserta el autor al final del libro.

He aquí lo más sustancioso:

Acapetate: Petate grueso.
Azacualpa: Lugar donde roban; cueva de ladrones.
Aceite de comer: Aceite que, generalmente, con alcanfor, se emplea en fricciones, y que nunca se come.
Al paso que dura y no que madura: Lentamente.
Al pelo: De memoria, al pie de la letra.
Ayote: Fruto de planta rastrera, bueno como alimento. (Cucúrbito pepo.)
Auzol: Tierra volcánica, llena de ciénagas y aguas termales.
Atornillar: Molestar, principalmente en el sentido del gobierno que persigue y extorsiona a sus enemigos:
Alistador, alistadora: El hombre o mujer que en las zapaterías alista los cortes de calzado para que entren a la máquina.
Batido: El mismo tibio, con el aditamento del chile. (Véase Tibio.)
Bajar voluntad: Hacerse querer.
Bayunco: Grosero, rústico, tonto.
Bocadillo: Dulce de coco y azúcar prieta.
Comal: Utensilio de barro, cóncavo, que se coloca sobre las llamas, y donde se cuecen las tortillas.
Cotona: Camisa de género basto, muchas veces con bolsillos al modo de la chaqueta.
Caites: Especie de sandalias, generalmente de vaqueta.
Casusa: El aguardiente clandestino.
Cuma: Machete corvo con un mango largo.
Cutacha: Machete pequeño, de hoja recta y angosta.
Cuentos de camino: Cuentos inverosímiles.
Cachureco: Conservador,
Cuerito a cuerito: De cabo a rabo.

Campisto, Campista: El individuo que en las haciendas se ocupa de reunir el ganado.

Cabro: Macho cabrío.

Cuto: Manco o cojo.

Cajeta: Conserva de coco, zapote, etc.

Colgada. Tormento que consiste en colgar de los dedos pulgares, poniéndole un peso en los pies, al atormentado.

Culebra de cacho: No hay tal culebra de cacho; vale decir: eso es mentira.

Cholotón: Gordinflón.

Chacalin, zipote, patojo, chigûin: Muchacho.

Chotear, choteo: Estar de perezoso, perder el tiempo.

Chancla: Estudiante.

Chunero: Aprendiz de algún oficio, principalmente de albañilería.

Chichâcaste: Arbol de hojas ásperas que, al tocarlas, producen comezón. (Urtica urens.)

Chan: Refresco muy agradable.

Chilillo: Látigo.

Chapín, cháfiro: El originario de Guatemala.

Dundera, dundereta: Simpleza, bagatela.

Desnudos, mechudos: Antiguas fracciones políticas de Nicaragua.

Estacar el cuero: Morirse.

Embolarse hasta la cacha: Emborracharse hasta más no poder.

Endamarse: Amancebarse.

Esperanza de la patria: Estudiante.

Fregada: Modestia.

Fonda: Taberna.

Figurar: Tener alguna influencia en la política.

Guacal: La cáscara del fruto del jícaro; es muy resistente, y con ella se prepara un utensilio medio redondo que sirve para coger agua. Es el guacal.

Guaro: Nombre vulgar del aguardiente.

Güipil: Especie de camisa con que las indias se cubren el busto.

Goma: Estado de debilidad y nerviosidad en que amanece el que ha bebido licores fuertes. Se cree que con un trago de aguardiente o cosa parecida se quita o se calma esa molestia.

Güiris: Inteligente en minería.

Guayaba (la): El poder, la Presidencia de la República.

Gallo-gallina: Ni chicha ni limonada; esto es, un veleta, sobre todo en política.

Güisquil pataste: Fruta alimenticia de planta trepadora. Chayote, según la Academia.

Guatuza, cotuza: Cuadrúpedo de pelaje amarillento y de carne muy apetecida.

Garrobo: Animal de sangre fría, que en las piedras y árboles toma el sol. Abunda en las tierras calientes. (Lacerta hórrida).

Gallera: Cancha de gallos.

Giro: Color amarillento pajizo.

Guanaco: El originario de El Salvador, Honduras ó Nicaragua.

Hacer una raya en el aire: Cuando sucede algo muy raro, dícese: «Eso es hacer una raya en el aire.»

Hallado: Dícese de las imágenes de santos que han sido halladas casualmente.

Hijo de dominio: Menor de edad.

Hacer fuerzas: Hacer ejercicios gimnásticos.

Huate: Forraje que se obtiene sembrando muchos granos de maíz en cada hoyo y dejando éstos muy próximos. De este modo la planta no da fruto y las cañas no son gruesas.

Islito: Indio, indezuelo, en sentido despectivo.

Igualado: El individuo de clase inferior que se da aires de pertenecer a otra superior.

Istapopo, curuma: Piedra de sal que lame el ganado.

Jalar, antinear, emiguelear: Enamorar, *flirtar*.

Jícara: La fruta del jícaro, oblonga, que sirve como taza o vaso.

Jagüilla: Cerdo montés.

Labor: Nombre que se da a las fincas, especialmente si son pequeñas.

Lana: Bandido, ladrón, ratero.

Ley fuga: Fusilar, pretextando que el prisionero trata de escaparse.

Llevar al poste: Llevar a los animales que andan vagando a la casa municipal, donde se les ata a un poste mientras el dueño los recoge y paga el daño que hayan ocasionado.

Matonear: Asesinar, escondiéndose detrás de las matas.

Manta: Tela de algodón muy usada por las clases pobres.

Mozo: Sirviente:

Milagrero: Milagroso, aplicado a los santos.

Macho, gringo, sele: Extranjero, sobre todo si es yanqui, inglés ó alemán.

Moto, pepe: Huérfano, recogido.

Mengala: Mujer de clase media que usa camisa de mangas cortas.

Máistro: Maestro.

Mijito: Hijo mío.

Mártir, tonto: Individuo que se mete en política con buenas intenciones.

Mecapeloro: Indio que carga a estilo de mula.

Nance, nancite: Fruta redonda, amarilla, muy sabrosa (Byrsomina crasifolia).

Nana: Madre, nodriza, vieja.

Pujar para dentro: Aguantar sin chistar.

Patrón: El Presidente.

Polvillo: Piel curtida, de la que se hacen zapatos muy fuertes.

Pantera, panterista, pirujo: Liberal.

Pesor: Pesantez.

Poca: Un juego de baraja.

Pas y pinto: Envite.

Pasado por agua salada: Venido de Europa a los Estados Unidos.

Pisto: Dinero.

Penco, concho: Campesino.
Papo: Tonto.
Persogo: Cuerda larga.
Persogar: Amarrar con el persogo, especialmente a los caballos o mulas ariscas.
Padre Chombo: Prototipo del cura de misa y olla.
Poblano: Habitante de pueblo o caserío.
Piales: Largas tiras de cuero que sirven de cordeles.
Pinolero: Originario de Nicaragua.
Quita-calzón: Difícil de aprender. Como en las antiguas escuelas se aprendía a latigazos, los muchachos temían que, al no saber la lección, se les aplicase el zurriago, quitándoles los calzones previamente.
Quijongo, caramba: Instrumento músico que consiste en una cuerda de alambre sujeta a un arco de madera. Es muy monótono.
Rey zope: Un hermoso animal de plumaje blanco y negro, al que parecen obedecer los zopilotes (Gyparchus papa).
Rajar a cuero: Dar de palos.
Réplica: Examinador.
Sierreño: El habitante de las sierras de Managua.
Sombrero limeño, de junco, de pita: El jipijapa o panamá.
Sacarle el unto: Explotar a alguno.
Semita: Acemita.
Súrtuma: Especie de palmito muy común en Costa Rica.
Semitas de Camasca: Ir al destierro.—Camasca es un pobre lugar de Honduras, fronterizo á El Salvador.
Tapexco: Camastro de cañas.
Tibio: Brebaje compuesto de harina de maíz, azúcar y agua caliente.
Tiste: El mismo brebaje, pero con agua fría y cacao.
Tirarse al otro: Ganarle en algo, engañándolo.
Tajona, aceal: Látigo pendiente de un palo.
Tata: Papá.
Tetuntes, tenamastes: Piedras sueltas y no muy grandes.

Tembeleque: Tembloroso.

Tierras calientes: Los lugares de temperatura ardiente.

Tamal, nacatamal: Cocimiento de masa de maíz con carne de cerdo, pavo, etc., y envuelto en hojas de plátano.

Tuza, doblador: La hoja dura que recubre la mazorca de maíz.

Tico: El originario de Costa Rica.

Tanate, tanatillo: Haz, hacecito.

Totopoxte: Preparación de maíz, sal y algunas veces azúcar prieta.

Texiguat: El originario del pueblo de Texiguat, en Honduras.

Timbucos: Gordos (nombre de una antigua fracción política de Nicaragua).

Tunco, coche, chancho: Cerdo.

Tortilla: Masa de maíz en forma de torta; es el pan de los centroamericanos.

Tepescuinte: El tepeizquinte de la Academia.

Túnico: El vestido de mujer, con mangas largas.

Tunicuda: La mujer que usa túnico.

Tapado: Prenda de vestir que usan las mujeres para salir a la calle, y con la que se cubren la cabeza.

Tun: Tamboril, que generalmente acompaña a la chirimía.

Traslopada: La levita cerrada.

Tamagás: Culebra muy venenosa.

Taltuza: Especie de topo.

Viveza: Desvergüenza, sobre todo en política.

Vaina: Molestia, calamidad, sufrimiento.

Valle: Caserío.

Ventear, venteo: Ponerle el fierro de comprador al ganado que se vende.

Zopilotera: Partida de zopilotes, y por extensión, grupo de gente codiciosa.

El psicólogo Binet, en sus estudios de psicología experimental, ofrece un espécimen de la significación del vocabula-

rio como revelador de un carácter. Mendieta, en su vocabulario, incluye una palabra de la terminología política, que es toda una revelación: la guayaba, el Poder, la Presidencia de la República.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: La España de Felipe IV.=Costumbres: La amistad y la enemistad en el amor.=Literatura: La quiebra de la novela literaria.=Psicología social: Los semitalentos.=Ocultismo: La magia.=Pedagogía: Lo que saben los soldados.=Impresiones y notas: Los errores de la crítica de arte.—Gazapos y planchas.—Verdiana.—Napoleón y la reina Luisa de Prusia.—La estética miguelangelesca.

HISTORIA

La España de Felipe IV.—Es una España vista por los ojos de Martín Hume, y dada a luz en la *Revue Bleue* como primicias del libro *La Corte de Felipe IV*, editado por Plon. Los materiales de que Hume se ha servido no pueden ser mejores, pues tiene como fuentes de información los *Avisos de Barrionuevo*, especie de crónica epistolar semanal, dirigida al Deán de Zaragoza y otros varios personajes; el *Viaje por España* del holandés Arsex, de Sommerdyck, fino observador que residió en Madrid lo bastante para poder recoger impresiones acabadas de la vida de la corte; la *Relación del Estado y Gobierno de España,* del francés Bonnecasse; las cartas del mismo Felipe IV a Sor María de Agreda, y los informes de los embajadores de Venecia, testigos todos y actores irrecusables de aquellos tiempos.

El cuadro resultante, muy distinto del que pudiera imaginarse tratándose de la corte del rey-poeta, es tan sombrío, que

parece exagerado en sus tonos negros, si no se tuvieran a mano los comprobantes de los hechos. Aunque a principios del reinado, la masa del pueblo estaba ya hundida en la miseria, había siquiera la nobleza, el clero y los funcionarios que, gracias al favor real y al saqueo de la Hacienda pública, podían pasar por ricos. Pero al final del reinado ni aun estas clases estaban a salvo de la ruina; los empréstitos forzosos las despojaban de sus bienes, la creación de fondos de guerra tragaba todos los productos, y el contrabando minaba las mejores fuentes del Tesoro. Haro encajaba 130.000 ducados anuales, y los funcionarios coloniales volvían de América forrados de oro; pero esas eran excepciones contadísimas.

El fausto, el *postín* y la pereza eran vicios corrientes en todas las clases, y casi todo lo que había que hacer, contratas, comercio o industria, lo hacían los extranjeros. Madrid contaba entonces con unos 260.000 habitantes; pero entre ellos no había menos de 40.000 franceses que ejercían todas las industrias y todos los oficios; la clase obrera española se dedicaba al tráfico menudo, a pedir destinos y a pedir limosna. Eran tan corrientes los atentados contra las personas y contra la propiedad, que no se les prestaba atención. Las calles estaban imposibles de suciedad y las casas mostraban al descubierto sus cascajos; pero los paseos de la calle Mayor en invierno, y del Prado y orillas del Manzanares en verano, estaban siempre llenos de ociosos y vagabundos; la gente del pueblo se codeaba con las clases altas, y entonces, como ahora, Madrid daba el espectáculo de ser el pueblo más demócrata del mundo, pues el hecho de ser español trocaba en hidalgo al pordiosero.

Lo que más chocaba a los extranjeros y a los españoles observadores, era la licencia de costumbres de la capital. Las mujeres ligeras se habían apoderado de los paseos públicos; eran 30.000 mujeres las dedicadas a la vida galante, y es natural que todo lo invadieran. Su impudencia había llegado a rebajar el nivel moral hasta en las clases honestas, no considerando una mujer honrada como un insulto, sino más bien como

una gloria, el verse piropeada en la calle por desconocidos. Aun hoy, esta libertad del piropeo es una de las cosas que más chocan en Madrid a los extranjeros. Martín Hume atribuye esto al poco influjo que la mujer ha tenido en la sociedad, y en esto se equivoca: una nación en que no existía la ley Sálica, y donde han ejercido el poder supremo Doña Urraca, Doña Berenguela, Doña María de Molina y Doña Isabel la Católica, no puede decirse que haya tenido en poco a la mujer. Sobre que es un error de los extranjeros creer que el hecho del piropeo constituye un acto de desconsideración; puede ser así en algún caso, pero en general es todo lo contrario, y ve las cosas muy superficialmente quien de ese modo piensa.

La miseria era tan grande, que hasta en el mismo Palacio se hacía sentir. Según cuenta Barrionuevo, el día de San Francisco sirvieron a la infanta María Teresa un capón que hubo que retirar por lo mal que olía; la trajeron un pollo en salsa, pero tan plagado de moscas que daba asco. La reina gustaba mucho de las tartas, y como se pasaran varios días sin que se las sirvieran, preguntó la causa, y la dijeron que el repostero encargado del servicio había manifestado que, mientras no le pagaran la factura de lo que le debían, no volvía a llevar tartas a Palacio; la reina se quitó una sortija y encargó a un criado que la comprara donde quisiera unas golosinas; el bufón Manolito de Gante, presente, devolvió la sortija a la reina, y sacando un real de su bolsillo, dijo al criado: «Anda a comprar dulces para que esta señora pueda acabar su comida.»

En cambio, el primogénito de Haro daba a los reyes en la Zarzuela un banquete de mil cubiertos, en el que se sirvió un guisado, preparado en una marmita monumental, instalada sobre una hoguera, con cuatro carneros, doscientas gallinas, doscientos pichones, cien perdices, cien conejos, mil pies y mil lenguas de cerdo, treinta jamones, quinientas salchichas y otras diez mil menudencias accesorias; asistieron a la fiesta de tres a cuatro mil personas, y sobró para volver a Madrid restos enteros; claro es que aquel era el plato fuerte, pero hubo

abundancia de todo, pasteles, frutas, tartas, legumbres, conservas, vinos y licores; solo el embajador de Venecia regaló para la fiesta por valor de cien mil ducados de cristalería y no menos invirtió Altavilla en vajilla fina.

El rey gustaba poco de estas frivolidades; pero la reina combatía con ellas sus crisis de nostalgia. El rey andaba siempre triste y preocupado, y una de sus manías era pasarse horas enteras en el panteón de El Escorial, contemplando el sepulcro en que habían de encerrar sus restos. La falta de heredero le preocupaba en extremo; fuera del príncipe Baltasar Carlos, inmortalizado por Velázquez, y muerto en la flor de la edad, sólo tenía hijas, y aun esas morían al nacer o poco después; conservaba de su primera mujer a la infanta María Teresa; pero la reina prefería a la infanta Margarita María. En 1657, se sintió la reina embarazada de nuevo, y los astrólogos predijeron el nacimiento de un niño; el rey no tenía dinero, hasta el punto de que en la vigilia de la Presentación no pudo comer pescado, por negarse los pescaderos a vender nada al fiado; la reina, con el embarazo, tenía mil caprichos costosos que había que satisfacer; se sacó de donde se pudo, y hubo comedias en el Retiro, y partidas alegres en el estanque, y corridas de toros con caballeros en plaza, y todo lo que a la reina se le antojaba. A fines de Noviembre, dió a luz Mariana un varón: era el príncipe Felipe Próspero, muerto desgraciadamente cuatro años después.

La noticia volvió loco al pueblo; en Palacio no quedó ni una silla ni un banco sano, ni en la ciudad una taberna ni una pastelería que no fueran saqueadas; en la fiebre del regocijo público, nadie consiguió que su capa quedara intacta. En la ceremonia del bautismo, esplendorosa, al entregar la dama de honor a la infanta María Teresa el niño, cubierto sólo con una camisita, la infanta protestó irritada:—«¿Cómo es esto? ¿Por qué me dais el niño sin vestir?—Señora—respondió la dama,—es preciso que todos vean que es un varón.» Cuando le echaron el agua del Jordán, la criatura gritó enérgicamente, y el rey

dijo:—«¡Hola, hola! ¡Bien se conoce que ya tenemos en casa un hombre!»... ¡Desdichado!

Para que se vea lo que era el orgullo de la nobleza castellana: el duque de Béjar era el encargado de llevar la bandeja del mazapán (la miga de pan en que el obispo se limpiaba los dedos, terminadas las unciones de la ceremonia); pero como se había hundido una escalera con el tropel, no podía abrirse paso; el conde de Puñonrostro consultó con el rey, temiendo se retrasara la ceremonia por aquel percance; el rey dispuso que se encargara el Condestable de llevar el mazapán; pero el Condestable alegó que le dolían los brazos, para excusarse; el rey insistió, y el Condestable dijo al de Puñonrostro: «Decida Su Majestad que los Condestables de Castilla tienen demasiada superficie para poder servir de tapón.» El Condestable fue desterrado; pero así se trataba al poder real. Y lo mismo que los nobles trataban a los reyes, trataban los pajes a los nobles, y los mendigos a los caballeros; la indomable altivez castellana, viva todavía en cualquier villorio, no se doblaba ante nadie, cosa que parece extraña a Hume, pero que a los españoles nos parece sumamente natural, porque la llevamos en la sangre, y si a veces es un defecto, también es una hermosa cualidad.

COSTUMBRES

La amistad y la enemistad en el amor.—Dora Melegari trata, en la *Nuova Antologia*, de este interesante tema, y aunque lo hace con cierta superficialidad, merece recogerse lo que dice, pues puede servir perfectamente para ampliar y completar el estudio de esta cuestión.

Se trata, naturalmente, de la amistad o enemistad entre ambos sexos, pues la amistad unisexual es cosa enteramente aparte, aunque en ella se hallen las raíces más profundas de toda simpatía. La amistad entre los dos sexos, dice Dora Melegari, templa con oportuna virilidad la mente de uno y mitiga

el corazón del otro, sirviendo de fundamento a ese mutuo respeto que plasma en las conciencias el sentido benéfico de la dignidad humana. El hombre que tiene la fortuna de tropezar con una amiga, profesa mayor estimación a la mujer, y la mujer que acierta a tener amigos, no simples admiradores de su cara, siente por el hombre mayor respeto. En la intimidad de la conversación han aprendido a conocerlos, y allí es donde se muestran en sus mejores aspectos. (¡Cuántas veces en el amor no se ven sino los peores!) La base de estas relaciones, en general, es intelectual; y con eso solo ya se remonta uno a otra escala. La mujer habituada a la sociedad de hombres distinguidos, trata de ponerse en condiciones de comprenderlos; lee y está al corriente de multitud de cuestiones, que de otro modo desconocería, si no fuese por el deseo de serles agradable.

Hoy se habla mucho de los progresos de la cultura y la instrucción. En efecto; es más amplia y está más difundida; pero en cuanto a cultura general, hay que confesar que se ha retrocedido; basta arrascar un poco para descubrir el vacío; y la razón es que las mujeres no leen ya, y viviendo entre sí, no se abrevan en manantiales fuertes y profundos. Las jóvenes de hoy desprecian a las anteriores, estimando en mucho lo que llaman «su cultura». Es verdad que cometen menos faltas de ortografía y de sintaxis; tienen nociones de física y de química desconocidas por sus antepasadas; pero el estilo fácil y claro, el espíritu ágil, el arte de pintar las cosas con un rasgo de pluma, de expresar los afectos con términos vivos y delicados, de juzgar por intuición y al mismo tiempo con conocimiento de causa de cuestiones políticas y literarias importantes, todo eso lo ha perdido la mujer de hoy, salvo raras excepciones.

Basta comparar la mujer actual con la de veinte o treinta años hace, y se nota la diferencia. Es cierto que eran entonces menos numerosas las que sabían leer y escribir. Pero si la cultura de hoy no pasa de la mediocridad, ¿qué se gana

con extenderla? Si el fin probable de la civilización es la formación de personalidades eximias, más vale tener alguna mujer superior más, aunque se tengan muchas tituladas menos. ¿Y de dónde viene esa mediocridad? De que la mujer deja de aprender demasiado pronto. Todas tienen prisa por recitar su *particella* en el escenario del mundo. ¡Grave error! La intención no basta, hay que meditar y reflexionar, y hoy la mujer no sabe recogerse; corre de un sitio a otro, y todo pasa sin dejar huella en su cerebro. Las ideas, como los niños, necesitan un período de incubación.

Una de las causas de la disminución de la amistad entre ambos sexos es ese empobrecimiento de la intelectualidad femenina. Los hombres hallan menos satisfacción junto a la mujer, que, preocupada ante todo de sí misma, no sabe reflejar el alma de su compañero ni estudiar sus gustos. Hasta en este cultivo de la amistad es precisa la gestación. Antes, las mujeres tenían mil pensamientos para sus amigos, que se sentían atraídos por ellos; seguros de ser escuchados, comprendidos y consolados, se apresuraban a volver a su amiga, que se interesaba en sus trabajos, se complacía en conocer sus fases, y hasta en política tomaba su partido, cooperando así al éxito del hombre. Alguna vez, raramente, hablaba de sí, para pedir consejo o ánimos; y así se formaban afectos que duraban toda la vida, y algunos de los cuales se han hecho célebres, consignando la Historia su recuerdo.

Hoy el hombre, que gusta tanto, que necesita tanto, contarse a sí mismo, no es escuchado sino con oído distraído. Las mujeres están demasiado preocupadas con el lujo, con el vestir, con los sports, con las diversiones; todo esto las aleja del hombre. Sus trajes, más que para agradar al hombre, están hechos para darse envidia unas a otras; y los hombres lo saben y se irritan por ello sin confesárselo. Las menos frívolas quieren por lo menos escribir un libro, exponer un cuadro, recitar una conferencia, fundar una obra social, ¡envanecimiento universal! No queda tiempo que dedicar a la amistad,

no hay tiempo para ser *escuchadoras*. «Y no digo esto—añade Dora Melegari—por hablar mal de las mujeres de hoy; consigno el hecho de que, habiendo ganado tanto en conocimientos, la mujer está en el camino de perder su antigua influencia, cuando podía haberla conquistado mucho mayor.» Y si el amor no se ha de reducir, con Chanfort, al contacto de dos epidermis, tiene que basarse en la amistad, de la que cada vez se aleja más la mujer.

La amistad sirve al hombre de sostén y de consuelo, y el hombre la cultiva como bien precioso. El amor fundado en la amistad y nacido de ella es sano y verdadero, y tiene porvenir porque hace de la mujer lá compañera y la confidente del hombre y recíprocamente. Lo demás, lo que hoy se ve dondequiera con tristeza, tiene otro nombre. Dos amigos que se deciden a fundir sus existencias, tengan veinticinco años o cuarenta, pueden considerarse casi a cubierto de sorpresas. «Pero entonces—dirá alguno—no había misterio, y el misterio es el gran fascinador.—Con ciertas mujeres—contesta Dora,—siempre habrá bastante.»

El nudo que liga el hombre a la mujer no se desatará nunca ciertamente; el genio de la especie vigila para ello; pero podía convertirse en cadena de esclavitud forjada por manos brutales. Ambas partes tienen igual interés en que eso no ocurra. Los hombres se hacen la ilusión de conservar siempre su imperio en esa materia; se equivocan. Entre las mujeres se está realizando una profunda modificación; si ciertos elementos de sensualidad y de interés las acercan todavía a los hombres, el elemento sentimental, el único que vale, las aleja de su mentalidad, y hacen mal los hombres en no ver aquí un peligro para su felicidad.

Eduardo Rod ha dicho que entre el hombre y la mujer hay siempre sordos gérmenes de desconfianza y odio, y que el amor los embota. Dora Melegari cree que el amor nace de ellos, si no los provoca. Los que se aborrecen están próximos al amor. A veces la aversión nace de un *malentendu;* a veces es

antipatía real y hasta repugnancia física; en ocasiones la aversión es de una sola parte, y en ocasiones es recíproca; pero siempre al llegar al ápice, un incidente cualquiera se produce, y el viento cambia. Los extremos se tocan.

Las mujeres especialmente suelen mostrarse hostiles a los que empiezan a querer; lo hacen de buena fe, sin fingir, y creen detestar al que ya están amando sin saberlo. No obstante, los amores que nacen de la enemistad vuelven a la enemistad; la levadura de antipatía primera acaba, pronto o tarde, en sentimientos hostiles; son amores sin base afectiva real. Y no siempre es la hostilidad la que provoca el amor; frecuentemente es el amor el que provoca la hostilidad. Apenas el hombre y la mujer se atribuyen derechos, se hacen adversarios; la mujer quiere que el hombre se someta, porque en su sumisión ve una prueba de amor; el hombre se rebela porque quiere a su vez que la mujer le demuestre su cariño sometiéndose. Si la mujer tiene habilidad para disimular sus intenciones, el hombre cae en la red, aunque al darse cuenta se produzca la reacción. Generalmente esta lucha es sorda; pero hay momentos en que la mirada se hace dura, y la tempestad ruge en los corazones; si estas ráfagas se repiten mucho, la ilusión se disipa, y sólo queda a flote el interés o la indiferencia. Nazca de la amistad o de la enemistad, el porvenir del amor, en una época como la nuestra, está siempre preñado de amenazas para ambos sexos.

LITERATURA

La quiebra de la novela literaria.—Habla en *La Grande Revue*, de París, Armando Charpentier, y relata con tonos pesimistas la historia de la novela literaria, de su apogeo y de su derrumbamiento, en la imposible lucha contra la novela de oficio, la única que triunfa, y que da dinero y hasta gloria a sus autores. Podrá darles fama, notoriedad, nombradía; pero

la gloria es algo más que eso. La fama la da el vulgo; la gloria no la da sino la consagración de la opinión del vulgo por los inteligentes, y hasta el voto de la minoría de los inteligentes contra el vulgo. ¿Quién ha tenido, por ejemplo, en España más fama como novelista que Pérez Escrich? Si al lado de toda la enorme producción de Pérez Escrich (y es de lo mejor que hemos tenido, y por eso le cito) se pone *Pepita Jiménez*, de Valera, ¿qué persona de buen paladar literario aceptaría el cambio? La fama es de Pérez Escrich, pero la gloria es de Valera. Conviene puntualizar para no incurrir en errores de trascendencia.

La literatura de hoy—dice Charpentier—no se parece a la que florecía hace treinta años. Entonces se sufría la sugestión de maestros que se llamaban Baudelaire, Teófilo Gautier, Teodoro Banville, Gustavo Flaubert, Goncourt, Barbey d'Aurevilly, Alfonso Daudet y Zola; entre ellos y nosotros estaban Guy de Maupassant, Pablo Bourget, Pedro Loti y Huysmans, nuestros hermanos mayores, y unos como otros cultivaban la «novela literaria», a pesar de la diversidad de escuelas a que pertenecían. Novelescas como las de Gautier y Barbey, emotivas como las de Loti, psicológicas como las de Bourget, vivientes como las de Flaubert, cinceladas como las de Huysmans, naturalistas como las de Zola, todas estas obras eran ante todo literarias, todas llevan la marca del arte. De ellas se dice: «Eso es literatura»; de las demás se dice: «Eso es industria.»

No chocaba que el público prefiriera las obras de industria, cuyo interés está en la intriga y en la tramoya; pero había siempre inteligentes que buscaban la obra intelectual, y para ellos trabajaban los grandes estilistas. La prensa, naturalmente, entregaba sus folletines a los tramoyistas; pero desde la fundación del *Gil Blas* y luego del *Eco de París*, los buenos literatos tenían también campo en que ejercitar sus talentos; la creación de *La vie populaire* por Catulo Méndes, a pesar de lo modesto de su forma, contribuyó no poco a mantener el fuego sagrado, llegando a penetrar, por su gran tirada y su

baratura, hasta en las clases vulgares, difundiendo el buen gusto del estilo artístico. Por un instante pudo creerse que la batalla entre la novela literaria y la popular podría ganarla la primera.

Fue el tiempo de los salones literarios, en el que en todas las grandes redacciones y tertulias se hablaba de literatura y de arte. Edmundo de Goncourt, «capitán general de las letras» como le llamaba Juan Lorrain, recibía todos los domingos en su hotelito de Auteuil a los más fieles de sus admiradores, y allí no hubiera entrado nunca por segunda vez quien hubiera considerado la literatura como un oficio. La sombra de Flaubert flotaba en el cenáculo, y Goncourt encarnaba en su *desván* lo más puro, altivo y glorioso del arte. Goncourt, como Flaubert, amaban el estilo por sí mismo, por su brillo, por su magia, por lo que tiene de tirano y acariciador cuando se sabe trabajar como quien talla una piedra preciosa. Un libro escrito así requiere ser empollado meses y meses; siempre hay en él palabras inútiles que suprimir, epítetos inexactos que reemplazar. Escribir así una novela no es cosa de oficio; es un sacerdocio; y todos los que visitaban el desván de Goncourt tenían el orgullo de ser dignos de ese sacerdocio.

Por desgracia, ese concepto de las letras no lleva a la fortuna, ni siquiera a la comodidad de un bienestar pasadero. Los discípulos de Goncourt y Flaubert no encontraban periódicos que admitieran sus obras. Si mañana resucitara Flaubert mismo, a pesar de su nombre, no encontraría un diario que publicara en folletín su *Madame Bovary* ni menos su *Salammbô*. Hasta las revistas literarias se resistirían a recibirlo. Entonces no bajaban hasta la novela de crímenes, pero gustaban de la novela mundana a lo Octavio Feuillet. Los editores no faltaban todavía, de 1880 a 1890, pues todos andaban al acecho de un nuevo Zola, y se prestaban a sondear la mina. Pero en el mejor caso, el autor que lograba hacer imprimir su obra, cobraba 350 francos, y a eso se reducía el fruto de un año de trabajo, a menos de que la venta llegara a la cifra de las obras

de Zola o Daudet, o por lo menos a las de Maupassant o Loti. ¡Y era eso tan difícil! Esas ventas—cuestion de talento aparte—sólo se consiguen con gastos formidables de publicidad, que jamás están al alcance de un principiante.

Para dedicarse al arte por 350 francos anuales, no basta tener el talento de Goncourt. Hay que tener también sus rentas. Y ahí está la causa principal de la caída de la novela literaria, en la imposibilidad para el artista de vivir de su pluma; o se sacrifica al gusto del público, o se crea una posición independiente que le permita vivir y dedicar su tiempo libre al arte. Jamás hubiera podido Huysmans producir sus sabrosas obras, sin su sueldo de funcionario en el ministerio de la Gobernación; soltero además y algo misántropo, podía con holgura cultivar el arte sin contar con sus productos para vivir. Hay, sin embargo, que haber vivido esta doble vida de funcionario y de literato, para saber lo que deprime y agota (1); lo que se gana en tranquilidad material, se pierde en emociones estimulantes; el horizonte del papel sellado y el balduque acaba por enmohecer el espíritu y entristecer la vida.

¿Para qué, por otra parte, obstinarse en hacer literatura de arte, cuando la otra, la industrial, es tan tentadora, tan fácil y tan productiva? ¿Para hacerse célebre? ¡Pues qué! ¿No son Montepin o Ponson tan célebres, más célebres que Goncourt o Flaubert? ¿Para ser un genio cuya gloria irradie a través de los siglos? Ese sueño se tiene siempre a los veinte años; pero

(1) Yo la he vivido, en efecto, ocho años, y con decir que llamo ese período «mi cautiverio de Babilonia», está dicho todo; o hay que despreocuparse por completo de las tareas oficinescas, como hacía Ricardo de la Vega, mi compañero; o hay que prescindir por completo del arte, como hice yo. En esos años, salvo estos artículos de La España Moderna, apenas he producido otra cosa. Mis poesías, mis estudios de filosofía, mi labor de crítica artística, todo ha quedado paralizado. Sólo desde que, estrujado por el peso del trabajo y rendido por la enfermedad, presenté mi dimisión, he podido comenzar a aletear de nuevo, y si acabo de reponerme, espero todavía hacer algo por el arte.

cuando se llega a los treinta, no tarda uno en notar que no hay más que un Víctor Hugo o un Zola. Y eso es lo que se dijeron los escritores que del 80 al 90 se lanzaron en pos de la gloria, sin obtener con sus obras de arte nombre ni dinero, mientras que los que cultivaban la literatura como un oficio, se abrían paso en la vida. Unos, como Pablo Hervieu, fueron al teatro; otros, como Abel Hermant, se lanzaron a las novelas ultramundanas de *La Vie Parisienne*; otros, como Luciano Descaves, se dirigieron al periodismo, y alguno, como Fabre des Essarts, buscó consuelos en la gnosis.

Hubo héroes, ¿cómo no?, que siguieron firmes en su puesto rindiendo culto al arte por el arte, en medio de la indiferencia de la multitud, como los Rosny, que han tenido que agotarse para vivir. De éstos, unos, como Pablo Adam, han tenido que prodigarse tanto, que su labor no nos ofrece ni un solo fruto maduro; y otros, como Pablo Margueritte, han tenido que bajar unos escalones para ponerse al alcance del público. Mientras vivió Edmundo de Goncourt, todavía se mantuvo el fuego sagrado; pero desde 1896 el fracaso de la novela literaria se hizo evidente. La crisis social de 1897 no contribuyó poco a ello. Entonces aparecieron nuevas revistas, magazines a estilo americano, llenas de fotograbados y repletas de novelas policíacas. El gusto francés se pervirtió. El público pedía las nuevas golosinas, y los autores se apresuraron a fabricarlas, como Lope. Es típico el ejemplo de Mauricio Leblanc: publica *La Fortuna de Fouque,* una obra maestra, y el libro no se vende; inserta en *Je sais tout* un cuento a la americana, *Arsenio Lupin*, y logra tal éxito que se ha hecho popular.

Otra causa de fracaso la encuentra Charpentier en el viento de beaterío, de pudibundería y de tartufismo que sopla en Francia desde hace algunos años, y en esto no estamos de acuerdo. «La novela de arte—dice—es forzosamente realista.» Eso es una herejía: la novela de arte—diríamos nosotros—es forzosamente idealista. Sin un grano de ideal, no hay arte posible, ni siquiera el arte de Rabelais, ni siquiera el arte de Zola, por

realista que parezca. Novelas de arte tiene a montones Francia, que nada tienen de realistas; verdaderas joyas literarias nos ofrecen Víctor Hugo y Chateaubriand, Lamartine y Fernán Caballero, que nada tienen de naturalistas, en el sentido que Charpentier da a esa palabra. La vida, pues, debe pintarse con personajes de carne y hueso, sin que haya necesidad de llevar a los personajes al retrete y tenerlos allí toda la obra, como en *Los perfumes de Barcelona*, o a las alcobas, como en *El barón de Faublas*. La intención del autor del primero le salva, pues se propone hacer gracia y la hace, y en ello no hay perjuicio para nadie; la intención del autor del segundo le condena, pues se propone pervertir y pervierte, y en ello causa un daño positivo; y un daño semejante causa el realismo de *La Tierra* o de *Nana*, y rebelarse contra la difusión de esas novelas, fírmenlas Zola o Sade, no es tartufería ni pudibundismo, es cumplir honradamente con un deber cívico en defensa de ideales sagrados, los de la familia y de la patria. Tiene gracia además, que Charpentier diga que «si esto continúa, será imposible colocar una novela cuyos personajes no sean todos vírgenes o legítimamente casados», y que por eso muere la novela de arte. ¡Qué disparate! ¡Cuánto ganaría la novela de arte con que eso sucediera, cuando precisamente quienes han matado la novela de arte son los explotadores de la curiosidad malsana del vulgo y de la juventud, los exhibidores de personajes de lupanar y de presidio, los cultivadores de las novelas de crímenes y de adulterios! Ahí, ahí es donde hay que buscar la caída de la novela de arte. El público se aparta del arte cuando se le ofrece el espectáculo del vicio; y la decadencia del arte empieza con el abandono de los únicos ideales en que se inspira, abandono que crea ese círculo opresor que obliga al artista al halago del mal gusto público para vivir, y que refuerza con los alimentos que ese halago proporciona el mal gusto que los inspira.

Precisamente de esa reacción que Charpentier señala con tanta amargura, y que atribuye a influencias anglo-sajonas,

cuando es sólo producto natural y espontáneo de los excesos mismos a que nos ha llevado la literatura zolesca, puede y debe esperarse un movimiento regenerador que devuelva al arte la misión redentora de que han pretendido despojarle muchos de sus modernos pseudo-sacerdotes: la de ser expresión del ideal, gran señor de las nobles y viriles ideas, en lugar de vil servidor de pasiones bajas.

PSICOLOGIA SOCIAL

Los semitalentos.—Dice Max Nordau, en *La Revue*, que cuando las buenas hadas quieren bien a un niño, le obsequian, como donativo de nacimiento, con un gentil talento, talismán mejor para la dicha que la riqueza o el rango. La prueba del aprecio en que lo tienen sus poseedores, es la actividad con que lo cultivan. La reina Victoria, de Inglaterra, en medio de su ardua labor de gobernante concienzuda, hallaba siempre tiempo para lavar sus lindas acuarelas; su primo coburgués, el desgraciado rey Carlos, de Portugal, pintaba con fortuna, y sus lienzos llamaban la atención en las Exposiciones, aun sin saberse su procedencia; el emperador Guillermo dibuja en sus ratos de ocio, y si se tercia, no se desdeña de componer algún *lied;* el tío de su madre, el duque Ernesto II de Sajonia Coburgo, había compuesto una ópera que hizo representar anónima en su teatro de corte, y nada era para él más agradable que desempeñar un papel en una comedia; el infortunado emperador de Méjico, Maximiliano, era un poeta, y la que hoy sería reina de Sajonia, si no se hubiera convertido en la señora Toselli, ha hecho publicar un tomo de poesías no del todo despreciable. A estos ejemplos de personajes de regia estirpe, podríamos agregar los del gran Federico tocando la flauta, el desgraciado Luis XVI arreglando relojes, nuestra popular infanta Paz escribiendo artículos y poesías; su marido, el príncipe de Baviera, haciendo operaciones quirúrgicas; la simpática

reina de Rumanía haciendo de su pseudónimo de Carmen Silva un nombre de fama mundial, y el ilustrado príncipe Alberto de Mónaco echando los cimientos de la Oceanografía.

Si se dejan las gradas de los tronos, se encuentran también en las altas capas sociales aficionados ilustres al arte y a la ciencia. El conde de Beust componía madrigales aceptables en francés; la duquesa viuda de Uzés, modela estimables estatuas; y en España tenemos al conde de Balazote representando dramas maravillosamente, como tuvimos al duque de Rivas componiéndolos del mismo modo. En París, las damas del gran mundo cuentan con un salón donde exponen anualmente sus obras, y no hay carrera que no esté inundada de aficionados a la pintura, a la música o a la poesía, como flores que perfuman su existencia oficial, haciéndolos más humanos y mejores. Un talentito, un semitalento es una bendición.

Pero a este dón de las buenas hadas, las malas hadas suelen agregar otro, el de la ambición, y les hacen y nos hacen desgraciados. El semitalento con ambición, apunta y no da nunca en el blanco, ni siquiera lo alcanza. El semitalento no se cultiva entonces como planta de adorno para alegrar la vida propia, sino como planta de rendimiento, de la que se espera una gran cosecha, gloria, honores y riquezas, que no llegan nunca, pues no están al alcance del semitalento, ni siquiera del talento completo.

En la *Psicología del genio y del talento* ha dicho Max Nordau: «Un talento es un sér que ejercita actividades, general o frecuentemente practicadas, mejor que la mayoría de los que han tratado de adquirir la misma aptitud.» Es, pues, inherente a la naturaleza misma del talento—añade—no sorprender ni conmover por la novedad; no exigir del público esfuerzos personales, insoportables a los espíritus perezosos, pero que llenan a los activos y valientes de alegría y orgullo, como un sport viril. «El elemento fundamental es la imitación, que supone un modelo, estudio y ejercicio. Todo hombre normal puede ser un talento, forma enérgicamente activa de la cultura. Como

hoy la cultura está difundida universalmente, los talentos abundan: de cada dos hombres, hay uno con talento. Y como se habla del proletariado de levita, no tardará en hablarse del proletariado de talento. De ahí las horribles tragedias íntimas, no sólo de las necesidades materiales no satisfechas, sino del amor propio torturado y aplastado.

Schiller ha resumido, hace ya un siglo, en una frase lapidaria la pavorosa cuestión de los semitalentos. «Porque has logrado hacer un verso en una lengua cultivada que crea y piensa por ti, ¿crees ser un poeta?» La multitud de ocasiones que tiene cada cual de aprender un poco de dibujo o de manejar el yeso, hace creer a muchas personas que pueden ser pintores o escultores, alimentando en ellas la ilusión de que deben buscar en el cultivo del arte su porvenir. ¡Qué error tan grande! Su ocupación de pintor y escultor sería un noble pasatiempo, y contribuiría a embellecer su casa, si se dedicaran a ella por entretenimiento en los ratos de ocio. Haciendo de ella una profesión, es para ellos una plaga y para sus amigos una peste; esa profesión los envilece, trocándolos en mendigos que buscan encargos de limosna. ¿No es doloroso ver el tropel lamentable de hambrientos que acechan el maná de unas miserables pesetas en las antesalas de los ministerios o del municipio, donde se reúnen las comisiones encargadas de las compras en las Exposiciones? ¿No irían todos esos desdichados con la frente más alta si se hubieran dedicado a remendones o a mozos de café?

En literatura todavía es peor, pues aquí la ilusión es más fácil, el número de postulantes mayor, y el desconocimiento de la inexorable ley de la oferta y la demanda más difundido todavía. El repertorio de Kürschner contiene más de 20.000 escritores que persiguen el engañoso aspecto de la gloria poética; casi todos han conseguido hacer «el verso que una lengua cultivada ha creado y pensado por ellos». La mayor parte han firmado una novela, un drama, que no son obras supremas, pero que alcanzan generalmente al nivel medio del género; las nueve décimas partes permanecen perpétuamente desconocidos

fuera de su círculo particular, y cada contacto con la realidad les produce una herida. Sufren todavía más por el éxito de los otros que por su fracaso. Los anuncios de obras ajenas en los periódicos o en los escaparates de los libreros les mortifican. «¿Por qué él y no yo?»—se preguntan con amargura, y muchas veces hasta con razón.

Los genios son raros, y el éxito muchas veces se aparta de los verdaderos talentos, y hasta del genio mismo, para premiar, siquiera sea de momento, una obra mediana y aun menos que mediana. La causa del éxito no está en el valor intrínseco de la obra, sino en circunstancias de todo punto independientes de ese mérito: en el capricho de la moda, en la especulación sobre un artículo del momento, en la habilidad por sacar partido de un suceso sensacional, en las relaciones personales del autor con críticos y editores, en la competencia y empeño de un editor, en el reclamo, en un azar cualquiera estúpido e inexplicable. Si de las treinta mil novedades que aparecen anualmente, sólo cinco o diez sobrenadan en el naufragio, sin ser por eso mejores que la masa espantosa de las que se hunden, fuerza es convenir en que se trata de una especie de lotería, y se comprende que haya tantos desgraciados que maldigan de la Fortuna que pasa desdeñosa a su lado sin dignarse otorgarles uno de los lotes que con tanta liberalidad reparte.

El que funda en su semitalento la existencia, no puede sacar otro resultado que el triste y funesto de la degradación de su carácter. Quien, pudiendo ser un buen sastre o un excelente zapatero se empeña en ser un dramaturgo o un novelista, sin condiciones superiores para ello, se abona al desengaño y al disgusto si tiene otros medios de vivir, rentas, pensiones o cargos; y a la miseria, además, si tiene que contar con los productos de su ingenio para comer y vestir. Se ha hablado mucho del *odium theologicum* y de la *invidia medicorum;* pero no hay envidia ni odio como los de los vencidos en las letras contra los triunfadores. Todos están convencidos de que el éxito es debido a una competencia desleal; y esa herida, siempre abierta en

el alma, explica la maledicencia corriente en las tertulias literarias, la maldad con que se maltratan personas, obras y reputaciones de los compañeros de profesión, la maligna alegría con que se asiste a cualquier tumbo o derrota definitiva de cada cual.

El semitalento es antisocial. Su acritud irremediable, es quizá la causa principal del pesimismo ordinario de su labor, que se difunde luego por toda la vida contemporánea por lo difundido de esa literatura de los insuficientes, de los agriados, de los fracasados. Se buscan otras muchas explicaciones al fenómeno, y la verdadera explicación, o por lo menos, la más importante, está en esa disposición de espíritu incurable, reacción natural de tantas y tantas organizaciones defectuosas, y más que defectuosas, desviadas, extraviadas, que tienen forzosamente que percibir el mundo con hostilidad, como enemigos, pagando su desvío con su odio.

El genio, el talento completo, el verdadero aficionado agradece las indicaciones de la crítica, y sabe sacar partido de ellas para afinar y perfeccionar sus obras; pero el semitalento profesional se hace el sordo a esas indicaciones, por prudentes y benévolas que sean. Cuantas censuras se le dirijan, y hasta cuantas reservas se hagan, le parecen incomprensión o maldad. El semitalento es digno de compasión, sin duda; pero es más digno de lástima todavía el círculo en que vive, su familia y sus amigos.

A quien se quiera bien, se le debe desear la carencia total de talento, mejor que un talento mediano unido a la ambición, porque la ambición del semitalento, cuando la tiene, bastaría para satisfacer al genio más prodigioso. Y estas indicaciones, limitadas por Max Nordau al semitalento artístico y literario, se aplican, y tienen otra trascendencia, al orden político y social en todas sus manifestaciones, y por lo tanto, a los sentimientos de las profesiones liberales, industriales y políticas, al foro, a la tribuna, a la ciencia, a la enseñanza, al comercio, a la industria, a toda la actividad humana, en una palabra. Hay

en cada uno de estos órdenes amplio campo de investigación, y ahondando en el estudio, no sería difícil hallar la levadura de las revoluciones en la acción de los semitalentos, ya en la acción afirmativa del gobernante, ya en la negativa del gobernado. La lotería que favorece a los unos, engendra a veces los malos gobiernos, y la que olvida a los otros los lleva, en ocasiones, a los actos de desesperación que hacen bambolear las naciones.

OCULTISMO

La Magia.—Dice en *Ultra* la Sra. Blavatsky—el verbo de la Teosofía—que la Ciencia esotérica es ante todo el conocimiento de nuestras relaciones con nuestro *Se* divino, y en la Magia divina, de nuestra inseparabilidad de nuestro *Se,* entendiendo por Se divino algo más alla de nuestro propio espíritu superior. Hay millones de cristianos que conocen el nombre de Simón Mago, y lo poco que de él dicen las *Actas* de los Apostoles; algunos conocen también la historia de sus pretensiones y muerte, por los relatos parciales y semifantásticos de San Ireneo, San Epifanio y San Justino, y especialmente de los anónimos *Philosophumena*; pero son poquísimos los que saben quién era y qué sostenía realmente Simón Mago.

El epíteto de Mago, aceptado por todos para caracterizarle, indica desde luego el poder sobrenatural que se le atribuía, independientemente de la cuestión del origen divino o infernal de ese poder. En el sistema de Simón y en el de su discípulo y sucesor Menandro es donde se encuentra el verdadero sentido que la palabra *Magia* tenía para los iniciados de aquellos tiempos. Simón, como todos los demás gnósticos, enseñaba que nuestro mundo era creado por los ángeles inferiores que el llamaba *Eones*. Para Simón, el ápice de toda la creación manifiesta era el *Fuego,* principio universal, potencia infinita nacida de la potencialidad oculta. Este fuego era la causa primera del mundo manifiesto, y tenía un aspecto ostensible y

otro secreto. El aspecto secreto está escondido en el visible u objetivo, y el objetivo es producido por el secreto; esta doctrina de Simón es la misma de Platón al hablar del *Noeton* (inteligible), y *Aistheton* (sensible) y está conforme con la enseñanza de Aristóteles sobre la Fuerza *(Dynamcis)* y el Acto *(Energeia)*. El fuego lo contenía todo; así todas las partes de este fuego, estando dotadas de inteligencia y de razón, son susceptibles de desarrollo por medio de la extensión y de la emanación; es el símbolo del lado activo y viviente de la Naturaleza divina, tras de la cual se halla «lo que ha estado, era y estará», o sea la Estabilidad permanente, la Inmutabilidad personificada.

La Ideación divina pasó así de la Potencia del pensamiento a la Acción, y de aquí la serie de emanaciones primordiales por medio del pensamiento generador del Acto, en las que el aspecto visible del Fuego es la Madre y el secreto el Padre. Simón llamó a éstas emanaciones *sizigias* (parejas, pues se manifiestan de dos en dos, una como Eono activo, y otra pasivo). Así emanaron tres parejas: Mente y Pensamiento, Voz y Nombre, Razón y Reflexión *(Nous, Epinoía; Fone, Onoma; Logismos, Enzumesis)*, siendo masculinos los primeros y femeninos los segundos de cada pareja. De estos seis Eones primordiales emanaron los otros seis del Mundo medio. Cada uno de ellos contenía en sí la Potencia infinita de su padre, pero en potencia, no en acto. Si excitada, despertada o conformada esa Potencia, se manifestaba en sus efectos, se hacía semejante al Padre; en otro caso quedaba atrofiada. Producir emanaciones o adquirir el dón de Kriyashakti (poder creativo), es el resultado directo de aquel poder, un efecto de nuestra propia acción. Tal poder es inherente al hombre, como a los Eones primordiales, y aun a las emanaciones secundarias, por el hecho solo de nuestra escisión del único principio primordial, la Potencia infinita.

Simón compara los Eones al «árbol de vida», y dice en *La gran Revelación*: «Escrito está que hay dos ramificaciones de los Eones universales que no tienen principio ni fin, ambas sa-

lidas de la misma raíz, la Potencialidad invisible e incomprensible, Sige (silencio). Una aparece en alto; es la gran Potencia, la Mente Universal (la Ideación divina, el *Mahat* de los Indios); lo ordena todo y es masculina. La otra es de abajo, el Gran Pensamiento (manifestado), el Eono femenino, que todo lo engendra. Ambos se corresponden, se unen y ponen de manifiesto la distancia media (la esfera o el plano), el Aire incompresible sin principio ni fin.»

Este *Aire* femenino es nuestro Eter, o sea la luz astral de los cabalistas, y ahí está el segundo mundo de Simón, nacido del Fuego, el Principio de toda cosa. Los teósofos lo llaman vida una, la llama inteligente divina, omnipresente e infinita. Este mundo está regido por un Sér o Potencia macho-hembra, activo y pasivo, bueno y malo. Cuando emanó de hecho de su Genitor, no era dual o andrógeno; es el Pensamiento, que se hizo semejante a su antetipo. «El Genitor—dice Simón—era uno, porque teniendo el Pensamiento en sí mismo, era solo. No era, sin embargo primero, aunque fuese preexistente; pero manifestándose él mismo a sí mismo por sí mismo, se hizo el segundo, y no fue llamado Padre antes que el Pensamiento le diera aquel nombre. El Pensamiento, ya manifestado, viendo al Padre, lo escondió en sí mismo, es decir, su Potencia; y así la Potencia *(Dynamis,* es decir, *Nous)* y el Pensamiento (*Epinoia*) son macho-hembra; y así se encuentra en las cosas de lo alto la Potencia, y en las de abajo el Pensamiento.

El tercer mundo de Simón con su tercera serie de seis Eones y el Genitor emana del mismo modo. En todo sistema gnóstico se halla la misma nota: el desarrollo gradual descendente en la Materia por semejanza, ley que se encuentra tan bien en el Ocultismo y en la Magia primordial. Para gnósticos y teósofos, esa séptima potencia que las sintetiza todas, es el espíritu que vaga sobre las aguas oscuras del Espacio no diferenciado, Naravana o Visnú en la India, el Espíritu Santo en el Cristianismo. Todo sér racional—hombre en la tierra—es de la misma esencia y posee potencialmente todos los atributos

de los Eones más altos, los siete primordiales, y puede desarrollar por medio de la imitación *in actu* la potencia de que fueron dotados los elevadísimos entre sus genitores o padres: «Yo y tú, uno; antes que yo, tú; después de ti, yo.»

De estos triples Eones, el primero existe como «el que ha sido, es y será», o sea el Poder increado, Alma; el segundo es engendrado en las aguas oscuras del espacio (Caos o sustancia no diferenciada, en teosofía Buddhi) por, o a través de la imagen del primero reflejada en aquellas aguas; el tercero (hombre, Manas, la Mente) estará dotado de todos los poderes de aquella imagen omnipotente y eterna asimilada a sí mismo.

Los primeros tres capítulos del Génesis son tan ocultos como todo lo que precede. Según Simón, el Paraíso terrestre es el Útero, y el Edén la región que lo circunda; el río que viene fuera del Edén para regar el jardín es el cordón umbilical, dividido en cuatro cabos, y las corrientes que discurren por él son los cuatro canales que sirven para alimentar el feto; esto es, las dos arterias y las dos venas que transmiten la sangre y llevan el aire. Toda esta ciencia, con el empleo de exorcismos, encantos y filtros, dón de sugestión hipnótica y poder sobre los espíritus inferiores, era conocida de Simón y de sus discípulos, y constituía la Magia.

El discípulo directo de Simón, Menandro, fue también un gran Mago. San Ireneo lo menciona diciendo que era «un samaritano de nacimiento que llegó a los más altos vértices en la ciencia de la Magia». El poder del hechizo o encantamiento que tenían Simón y Menandro no pueden obtenerse, como sostienen los cristianos, sino «con ayuda del diablo», y, sin embargo, sus operaciones «eran idénticas a las de que se habla en el Nuevo Testamento, donde esos mismos fenómenos maravillosos se llaman milagros divinos». Veamos ahora cuál es el verdadero sentido de la palabra Magia, según la Blavatsky, que es casi el Simón Mago de nuestro siglo.

Hay la Magia blanca y la Magia negra, según se entienda la unión de Simón con Elena. Para los cristianos, Elena es un

sér real, una mujer que Simón encontró en una casa de mala fama de Tiro; para los simonistas, Elena era la *Epinoia* (el Pensamiento) de Simón. Los ángeles inferiores o terceros Eones, como son materiales, tienen en sí más malicia que los demás; el pobre hombre, creado o emanado de los mismos, tenía el vicio de su origen, y recibió en su cuerpo ya contaminado el Pensamiento divino maltratado por los Eones; tras esto, Epinoia pasó a través de multitud de cuerpos femeninos, hasta que Simón la encontró en la forma de Elena, «la prostituta», «la oveja extraviada» de la parábola. Los más altos hechos mágicos se atribuyen a Simón por medio de su unión sexual con Elena, y de aquí la Magia negra. Los que lo entendían directamente sabían que todo ello se reducía a la unión de Nous con Manas, en cuya virtud Voluntad y Pensamiento se hacen uno y son dotados de poderes divinos. La resurrección que Menandro prometía a los iniciados significaba simplemente el paso de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la verdad, el despertar del espíritu inmortal del hombre a la vida superior y eterna. Y esta es la ciencia del Rajá Yoghi, la Magia.

Y aquí me detengo en este estudio de la Magia, en el que he hecho los imposibles para lograr que no se duerman mis lectores, pero temiendo siempre no poderlo conseguir.

PEDAGOGIA

Lo que saben los soldados.—No viéndolo no se cree: parece mentira que en pleno siglo xx, con el desarrollo de la instrucción obligatoria, con lo que se gasta en enseñanza, con la difusión de la prensa, con este ambiente de superficial, pero constante comunicación del saber en que vivimos, haya miles y miles de personas que no sepan nada de tantas y tantas cosas. Un oficial del ejército francés, curioso y observador, ha recogido las respuestas de 50 soldados, que representan aproximadamente el promedio de instrucción, sobre diversos nom-

bres y hechos de los más conocidos y vulgarizados por unas u otras causas, y he aquí el resultado de esta información, que no vacilamos en calificar de interesantísima por la triste situación que revela, tal como la publican *L'Opinion* y la *Revue Hebdomadaire:*

1.ª pregunta: ¿Quién es Juana de Arco?—37 soldados sabían de quién se trataba, aunque sólo decían una palabra casi exacta.—8 lo ignoraban completamente.—5 no han podido contestar sino lo siguiente: 1.°, Juana de Arco entregó Francia a los ingleses (este soldado había estudiado cinco años en la escuela); 2.°, es una joven; 3.°, es una francesa; 4.°, una que fue quemada; 5.°, fue la que libró a Francia de los galos (este tenía seis años de escuela).

2.ª pregunta: ¿Quién es Enrique IV?—36 sabían de quién se trataba.—14 lo ignoraban completamente.

3.ª pregunta: ¿Quién es Napoleón I?—36 soldados lo sabían.—11 lo ignoraban por completo, y de ellos 3 habían ido cinco años a la escuela, otro seis años y otro siete.—3 respondieron lo siguiente: 1.°, era un emperador que reinaba en Orleans (este soldado había ido cinco años a la escuela); 2.°, ignoro su nacionalidad (siete años de escuela); 3.°, es un emperador de Rusia.

4.ª pregunta: ¿Quién es Víctor Hugo?—30 soldados lo sabían.—14 lo ignoraban completamente.—6 respondieron así: 1.°, un escritor que vivía hace doscientos años, no sé de qué país; 2.°, un escritor de no sé qué país (siete años de escuela); 3.°, un gran sabio; 4.°, un emperador; 5.°, un republicano que salvó a París (cinco años de escuela); 6.°, un general francés (seis años de escuela).

5.ª pregunta: ¿Qué es la Alsacia-Lorena?—38 soldados lo sabían.—12 lo ignoraban completamente, entre ellos 4 con cinco años de escuela.

6.ª pregunta: ¿Qué es «la guerra de 1870»?—39 soldados lo sabían.—9 lo ignoraban por completo (entre ellos 3 con cinco años de asistencia a la escuela).—2 respondieron que fue una

guerra entre Francia e Inglaterra (uno de ellos había ido a la escuela cinco años).

7.ª pregunta: ¿Quién es Bismarck?—25 soldados lo sabían.—17 lo ignoraban por completo.—8 respondieron así: 1.°, es un escritor (cinco años de escuela); 2.°, era un francés (nueve años de escuela); 3.°, era un francés (siete años de escuela); 4.°, es un emperador prusiano (siete años de escuela); 5.° y 6.°, es un general que hizo traición a Francia (cuatro y seis años de escuela); 7.°, es un francés (seis años de escuela); 8.°, es un rey (seis años de escuela).

8.ª pregunta: ¿Qué es Marruecos?—38 soldados lo sabían.—10 lo ignoraban completamente.—2 respondieron: el uno, que era una potencia extranjera en Italia (cinco años de escuela), y el otro, que «en Marruecos ha habido huelgas».

9.ª pregunta: ¿Cómo se llama el actual presidente de la República francesa?—40 lo sabían.—8 lo ignoraban, y 2 contestaban que Loubet (siete años de escuela), y Casimiro Perier (seis años) (1).

10.ª pregunta: ¿Qué es Inglaterra?—38 sabían, aproximadamente, de qué se trataba.—9 lo ignoraban por completo. Los 3 restantes dieron las siguientes respuestas: 1.ª, es un país francés; 2.ª, es una potencia enemiga; 3.ª, es una ciudad.

11.ª pregunta: ¿Qué es un aeroplano?—48 lo sabían.—2 lo ignoraban, y ambos sabían leer y escribir.

12.ª pregunta: ¿Qué es la patria y cuál es tu patria?—43 lo sabían.—6 lo ignoraban por completo, y de ellos uno contaba siete años y otro seis de asistencia a la escuela.—Otro contestó que «es una vida cristiana»; y sabe leer y escribir.

---

(1) Estas últimas respuestas me recuerdan una famosa instancia que recibí yo, estando en 1904 de Jefe de la Sección de Estadística e Inspección en el Ministerio de Instrucción Pública, de un Maestro de Andalucía, que se dirigía en súplica de mejora de sueldo a S. M. la Reina D.ª Isabel II. Para aquel infeliz habían pasado inadvertidas la Revolución, el Gobierno provisional, Amadeo I, la República, la Restauración, Alfonso XII, la Regencia y Alfonso XIII. ¡Dichoso él!

13.ª pregunta: ¿Qué es París?—46 lo sabían.—4 lo ignoraban.

14.ª pregunta: ¿Qué es la bandera?—43 lo sabían.—6 lo ignoraban, entre ellos uno con seis años y otro con siete de asistencia a la escuela.—Otro respondió: «Es una gloria de Francia» (cinco años de escuela).

15.ª pregunta: ¿Qué es «la gran Revolución de 1789?»—25 lo sabían más o menos bien.—25 ignoraban por completo de qué se trataba (de ellos 14 habían ido a la escuela, el que menos, cinco años, y el que más, nueve).

¿No es verdad que es asombrosa tanta ignorancia? ¡Y esos soldados serán luego electores y, lo que es todavía peor, elegibles!

IMPRESIONES Y NOTAS

Los errores de la crítica de arte.—Un anticuario florentino, el anciano Juan Treppa, inteligente como pocos y muy estimado por su numerosa clientela nacional y extranjera, ofrecía en 1864 a los aficionados una *terra cotta* que era una maravilla. Se aseguraba ser una obra del Renacimiento, y todos la admiraban reconociendo su mérito indiscutible. En lo que no se estaba de acuerdo era en el nombre del autor. Unos la atribuían a Girolamo Benivieni, del siglo XV, amigo de Savonarola y de Pico de la Mirandola; otros a Mino de Fiésole, y algunos con Pablo Manz, que dedicó al busto un artículo magistral, a Bendetto da Maiano, que vivía por los años de 1498.

El conde de Nolivos, coleccionista francés de excelente olfato, según dice en la *Rassegna Nazionale* Foresi, ofreció por aquella joya 700 liras, y el anticuario acepto el trato, pasando el busto a París. Algunos meses después, la colección Nolivos fue vendida en el hotel Drouet, y el conde Nieuwerkerke, director general de las galerías del Louvre adquirió para el Estado, en 15.000 francos, con el beneplácito de los artistas más eminentes, aquel magnífico ejemplar del arte italiano que pasó

a ocupar honroso puesto en una de las salas del Louvre, entre los *Prisioneros,* de Miguel Angel, y la *Ninfa del castillo de Anet,* de Benvenuto Cellini.

Pues bien: ahora resulta que el verdadero autor de la *terra cotta* era sencillamente Juan Bastiani, de Fiésole, que nació en 1830 y murió en 1868, antes de que se le hiciera justicia y de que la fama le consagrara. Oscurecido y necesitado, este maestro no ha logrado entrar en el templo de la gloria sino muy recientemente, gracias a los estudios de Martín Schaus, de Berlín, y de Andrés Michel, de París. Hoy se sabe con plena certeza que el supuesto *Benevieni* no era del siglo XV; que los cuatrocentistas se equivocaron de medio a medio sobre el origen del famoso busto, y que su verdadero autor fue el genial Bastiani, que murió pobre en 1868, y a quien le hubieran venido muy bien, no los 15.000 francos que dió por su obra Nieuwerkerke, sino las 700 liras en que se la compró Nolivos a Treppa. ¿En cuanto se la habría vendido Bastiani al anticuario?

***

Gazapos y planchas.—En el estado de fiebre en que hay que redactar, componer, corregir y tirar los grandes diarios, no es extraño que se cometan deslices de más o menos bulto, incorrecciones de más ó menos gravedad y erratas de mayor o menor cuantía. Dejamos a un lado todas estas minucias, salvadas por la inteligencia de los lectores avisados, e inocentes desde luego por su origen. Pero lo que no puede ni debe pasar es la incorrección que arranca de la incultura, el desliz que revela ignorancia; quienes lo cometen incurren en confesión de incompetencia periodística y deben ser licenciados en toda redacción que estime en algo su crédito. En la «Academia de periodismo» que yo fundé—la primera que haya existido de este género (V. España Moderna, 1911, tomo de Noviembre) — dedicaba precisamente a este análisis crítico de la prensa uno de los ejercicios prácticos diarios, para ayudar,

por una parte, a formar el espíritu crítico del periodista, y para rectificar de paso errores fundamentales de fondo o de forma de su educación profesional y de su cultura general. Es la misión obligada de todo *regente de imprenta* para con los cajistas, y de todo director de periódico para con sus redactores.

Tomo, por ejemplo, *La Noche,* uno de nuestros diarios mejor hechos, literariamente hablando, nacido con grandes bríos, con redacción lucida y dirigido por periodista tan culto y tan experto como Antonio Palomero, y tropiezo, en la clasificación que hace de los diputados elegidos para formar el *Reichstag,* o Dieta del Imperio alemán, con que entre los diversos grupos, socialistas, conservadores, alsacianos, polacos, etc., que la integran, hay uno con el nombre de «lorenanos», es decir, representantes de Lorena o partidarios de la autonomía de la Lorena. Es un nombre formado por analogía con el de «alsacianos», pero es un disparate, tan grande como si nosotros llamáramos a los hijos de la Coruña *coruñanos.* El redactor que haya puesto semejante nombre no ha cometido un *lapsus* disculpable; es sencillamente un indocumentado que ignora el castellano, que carece de cultura y que podrá servir para barrer la redacción, pero no para emborronar cuartillas dignas de ser impresas. Los de Lorena se llaman *loreneses,* y no *lorenanos,* como los de Madrid se llaman *madrileños* o *matritenses,* y los de Castilla *castellanos,* y los de Palencia *palentinos,* y los de Cádiz *gaditanos.* Puede perdonarse que no se sepa que los de Calatayud son *bilbilitanos* y los de Ciudad-Rodrigo *mirobrigenses;* pero la ignorancia que supone llamar *lorenanos* a los de Lorena es indisculpable.

En el extracto de la sesión de Cortes del 29 de Enero, el redactor encargado en *La Noche,* de este trabajo, pone en boca del Sr. Sol y Ortega esta enormidad: «El art. 47 de la Constitución de 1876 es hoy un artículo muerto, puesto que la Revolución de Setiembre lo anuló.» Claro es que Sol y Ortega no ha podido decir, ni por descuido, semejante disparate; el

último diputado rural sabe que la Revolución (así, con mayúscula y todo, para que la duda no sea posible en Historia de España) de Setiembre es la revolución de 1868, y claro es que una revolución de 1868 no puede anular una Constitución de 1876. Es, pues, evidente que el redactor quiso darse lustre, y puso en sus cuartillas, no lo que Sol y Ortega dijo, sino lo que él creía que quiso decir, conforme a sus apuntes. Y un redactor que tamaño gazapo deja escapar, merece también que se le mande a la escuela, para que aprenda la ración de historia elemental que le falta para poder alternar con personas cultas, cuanto más para dirigir la opinión. Pero ¡así anda el mundo! y ¡así andan los rotativos mejor hechos!

También el popular *A B C,* reseñando la sesión del Senado del mismo día, hace hablar mal a Rodrígez San Pedro, que, como latoso, tiene su fama bien adquirida, pero que, en cuanto a castellano correcto, puede dar lecciones a no pocos de nuestros Académicos de la Lengua. El falso testimonio levantado al aprovechado senador asturiano en la crónica de *A B C* es el siguiente: «El asunto es de tanta gravedad, que *no puede por menos que ser* examinado con detenimiento.» ¡Válate Dios, empecatado redactor de mi alma, con el girito de «no poder por menos que»! ¿No te bastaba decir «no puede menos de», y no tenías que arrastrar por los suelos la pobre lengua castellana, a la que tanto hacéis sudar con vuestros *sud-expresos, sud-africanos* y *sud-americanos,* que no se os caen de la boca, a pesar de que la misma Compañía del Norte, dirigida por franceses, os dan con su ejemplo saludable lección diciendo *Sur* y no *Sud,* como decís vosotros, renegando de vuestra lengua?

***

Verdiana.—Del concienzudo estudio que Camilo Bellaigue ha dedicado a Verdi en la *Revue Hebdomadaire,* entresacamos algunas anécdotas.

Un día que preguntaban a Verdi cuál de sus óperas prefe-

ría, contestó: «Si fuera un maestro, *Rigoletto;* si fuera un aficionado, la *Traviatta.*» Lo que no dice Bellaigue es en qué época daba Verdi esta respuesta. ¿Era en sus últimos años, cuando ya podía tener presente toda su labor? Porque sólo en ese caso tendría su declaración verdadera importancia.

En 1859, en el momento en que se ventilaban los destinos de Italia, el ministro Cavour, el hombre a quien debe Italia su unidad, estaba en su gabinete, inquieto, nervioso, esperando el aviso del paso del Tessino por las tropas austriacas, señal segura de la intervención francesa. El telegrama no llegaba. Por último, llega. Cavour lo arranca de manos del portador, lo abre, lo lee, y su rostro se inflama. Quiere hablar, y no puede. Se tambalea, creen que se va a caer, y todos se apresuran a rodearle; pero de pronto, abre la ventana y rompe a cantar para desahogarse, con toda su voz, la ya famosa cabaletta del *Trovador*, «*Di quella pira*». Solo la música, aquella música, había sido capaz de servir de vehículo a su intensa emoción.

Verdi, que conocía el efecto de sus creaciones en sus compatriotas, sabía preverlo y prepararlo. Cuando se ensayaba *Rigoletto*, una noche que habían ensayado todo el tercer acto, el tenor Mirate, encargado del papel del duque de Mantua, dijo al terminar los ensayos a Verdi: —«Perdón, maestro, pero yo creo que ahí debía haber algo para mí. —¡Paciencia!—respondió Verdi,—más tarde será.» Siguieron ensayando otros días, y todo seguía lo mismo. Sólo la víspera del ensayo general, es cuando el maestro, sacando un papel del bolsillo, dijo al tenor: —«Aquí tienes; pero me vas a jurar aprenderte eso completamente solo, a no cantarlo, a no tranlarearlo, a no silbarlo a nadie ni en ninguna parte, ni en la calle, ni en la escalera, ni en el café, ni en góndola.» Mirate juró, y el secreto quedó guardado. La noche del estreno, cuando brotó, sin que nadie tuviera noticia de ella, la alegre balada *La donna è mobile*, fueron tales las aclamaciones, que le costó trabajo al artista empezar la segunda copla. Media hora más tarde, la multitud salía del teatro cantando *La donna è mobile*, y toda la noche

estuvo Venecia entera repitiendo lo que Verdi no había querido, prudentemente, entregar de antemano a los ecos.

***

Napoleón y la reina Luisa de Prusia.—Uno de los episodios de la gran epopeya napoleónica, es el de la tentativa hecha por la hermosa y discreta reina de Prusia, cuya dulce figura ha popularizado el arte, para obtener de Napoleón las mejores condiciones posibles para la paz en Tilsitt. Se contaba con el efecto que la hermosura de Luisa podía hacer en Napoleón y con el deseo que éste parecía tener de ver de cerca a la hermosa reina.

La entrevista se preparó en Tilsitt. La reina había ido a Picktupöhnen, y como Napoleón no quería pasar el Niemen, iría la reina a la casa que el rey de Prusia había tomado en Tilsitt, y allí la vería Napoleón, que luego la invitaría a comer o a cenar con él. La reina, en efecto, llegó a Tilsitt a las cuatro de la tarde, siendo recibida por el emperador Alejandro de Rusia, que sólo estuvo un momento, y diez minutos después llegó Napoleón con su brillante séquito. La reina Luisa le recibió en lo alto de la escalera sin cortarse, y su hermosura pareció impresionar a Napoleón, que la invitó a cenar en su casa, después de una hora de conversación. La reina aceptó, y a las ocho y media fué con la señora de Voss.

En sus conversaciones con Alejandro de Rusia, Napoleón le habló varias veces de su *buena fortuna,* contándole que la Providencia estaba por él, y que durante la campaña de Egipto, «estando una noche acostado y profundamente dormido junto a la pared de un antiguo edificio, parte de esa pared se derrumbó sin que nada le tocara; al levantarse, se encontró con una piedra en la mano, que guardó maquinalmente; al examinarla después, vió que era un camafeo de Augusto, de gran belleza; y así es como todo lo que puede perjudicarme —añadió—me produce efectos felices y con frecuencia inesperados».

En la primera entrevista, la reina dijo a Napoleón, según el autor de *Cuarenta y cinco años de mi vida:* «—Señor, sé que me habéis acusado de mezclarme en política.—¡Ah, señora! No creáis...—No, señor, estoy segura de ello, y debo explicaros el paso que estoy dando en este momento.—Señora, no penséis que yo dé oídos a insinuaciones calumniosas.—Señor, soy esposa y madre, y esos son mis títulos para recomendaros la suerte de Prusia, a cuyo país tantos lazos me ligan y donde tantas pruebas de afecto nos han dado. El rey tiene empeño por la provincia de Magdeburgo más que por ninguna otra; por la orilla izquierda del Elba, que V. M. I. le arrebata en las primeras proposiciones. Yo recurro a vuestro corazón generoso, y a él pido y de él espero la dicha...—¿Estaréis encantada, señora, de volveros a ver en Berlín?—Sí, señor; pero no con cualesquiera condiciones; de V. M. I. depende que volvamos sin dolor y que le debamos nuestro afecto y nuestra gratitud.—Señora, seguramente celebraré mucho... Tiene usted un traje soberbio; ¿dónde lo han hecho?—En casa, señor.—¿En Breslau? ¿En Berlín? ¿Se fabrica también el crespón en vuestro país?—No, señor... Pero V. M. no me dice una palabra consoladora acerca de lo único que interesa a mi corazón en este momento en que espero obtener de V. M. una existencia más feliz para todo lo que me es querido. El corazón de V. M. I. es demasiado noble, y une a sus grandes cualidades sobrado gran carácter para ser insensible a mis penas.» Napoleón se iba ablandando, cuando la entrada del rey de Prusia interrumpió la conversación. «Llegó bien a propósito—decía luego Napoleón al emperador Alejandro;—si hubiera venido un cuarto de hora más tarde, se lo prometo todo a la reina.» «Esta reina de Prusia—añadía—es una mujer encantadora, y su alma corresponde a su rostro; en lugar de quitarla una corona, se siente uno tentado de poner otra a sus pies.»

Todas estas frases corrían de boca en boca, y hacían esperar el mejor resultado para Prusia en las negociaciones. Alejandro mismo fué a felicitar a los reyes de Prusia por la buena

impresión que la reina Luisa había hecho en Napoleón, y todos contaban con que la paz se haría en excelentes condiciones para los vencidos. Pero Napoleón, pasada la primera impresión, recobraba su clarividencia, y al discutir con Alejandro de Rusia sobre las condiciones de la paz, había dicho: «Está en mi sistema debilitar a Prusia; quiero que deje de ser una potencia en la balanza política de Europa.» Por eso las condiciones fueron duras, y en la cena del siguiente día, conocida ya la resolución de Napoleón, apenas se habló nada. Sólo al partir dijo la reina: «—Señor, después de la cena que hicimos juntos anoche, después de todo lo que V. M. se dignó decirme de amable y de atento, yo le dejé consolada, creyendo deberle nuestra dicha, la de mi país y la de mis hijos; hoy, todas mis esperanzas están perdidas, y me despido con harto diferentes sentimientos.» «—Señora—la dijo Napoleón al darla el brazo para montar en el coche,—me habéis desollado por la buena boca...—Señor, os he expresado mi dolor.—Creed, señora, que haré todo lo que pueda para probaros el interés y la estimación que me habéis inspirado.—Señor, eso de vos sólo depende; todavía es tiempo y nuestra felicidad está en vuestras manos.» La reina montó, Napoleón la saludó, y no volvieron a verse, y la paz de Tilsitt se hizo sin que Napoleón cediera, ni el enorme sacrificio de aquella hermosa reina, que ponía en peligro su honor por salvar su reino, obtuviera nada del coloso.

*
* *

La estética miguelangelesca.—Francisco de Holanda, discípulo de Miguel Angel, nos ha conservado en sus *Cuatro diálogos sobre la pintura,* las ideas que el maestro profesaba en materia de arte. «La pintura—decía—consiste en imitar un sér creado cualquiera, dotándole de toda la perfección de que es susceptible. Cuanto más imita la pintura la obra de Dios, más excelente es. Imitar a la perfección cada sér en su especie, es imitar el Arte de Dios mismo. La obra más noble es la que

reproduce a los seres más nobles, los que han sido concebidos con más ciencia y delicadeza. ¿Quién no comprendería que el pie de un hombre es más noble que su zapato; su piel, que la de las ovejas de que está tejido su traje, llegando así a encontrar el rango y el mérito de cada sér?» «Porque un gato o un lobo son seres menos nobles, no pretendo—añade—que quien los pinte con talento no tenga tanto mérito como si representara un caballo o un león. Un simple pez exige tanto arte y ciencia como la forma humana, y hasta diré que, como el mundo entero con todas sus ciudades.» ¿Hay contradicción? No: la jerarquía de los seres establece la jerarquía de las obras; pero en igualdad de perfección de la representación artística, «dotándole de toda la perfección de que es susceptible», hay también otra jerarquía, que es la establecida por la perfección; y en esta doble jerarquía, si por la primera vale más el hombre que el animal, por la segunda puede valer el animal más que el hombre.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

Estudio filológico de la semana hebraica, vascongada y asirio-babilónica, por Julio Cejador 5

El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Amor, dolor, compasión y personalidad, por Miguel de Unamuno 29

Mis maestros y mi educación: Memorias de juventud, por el doctor D. Federico Rubio 50

De la influencia ejercida por la emigración judía de España y Portugal en el desenvolvimiento económico del globo, por S. Schwarz 103

Cruel destino (novela), por Leónidas Andreief 109

Relaciones artísticas entre Sevilla y Valencia, por el Dr. August L. Mayer 130

La América Moderna, por Vicente Gay 148

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 173

AP
60
E8
año 24
no.280-82

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY